José Soto Chica

LOS VISIGODOS

HIJOS DE UN DIOS FURIOSO



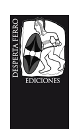
LOS VISIGODOS

HIJOS DE UN DIOS FURIOSO

LOS VISIGODOS

HIJOS DE UN DIOS FURIOSO

José Soto Chica



Los visigodos. Hijos de un dios furioso
Soto Chica, José
Los visigodos. Hijos de un dios furioso / Soto Chica, José.
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2020. – 592 p., 8 de lám. : il. ; 23,5 cm – (Historia Medieval) – 1.ª ed.
D.L: M-22589-2020
ISBN: 978-84-120798-9-0
94(460).02
94(363.1/62)

LOS VISIGODOS

Hijos de un dios furioso

José Soto Chica



Los visigodos. Hijos de un dios furioso
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha
28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com
ISBN: 978-84-120798-9-0
Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Cartografía: Desperta Ferro Ediciones
Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Revisión técnica: Alberto Pérez Rubio
Producción del ePub: booqlab
Primera edición: octubre 2020

Para mi amigo José Julio Ríos García, con quien contemplé en Bosnia el rostro del dios furioso y junto al que sangré en España. Julio, no tentaremos más la suerte ¿vale? Reconozcámoslo, ya estamos mayores para eso, no somos inmortales. Pero nuestra amistad sí lo es.

Índice

H Agradecimientos e de comenzar agradeciendo a mis editores, Alberto Pérez Rubio, Javier Gómez y Carlos de la Rocha la confianza e ilusión que han depositado en mi trabajo y la amistad con que las han acompañado. Alberto, en afortunada frase, me dijo que «era un honor que estuviera junto a ellos en el muro de escudos de Desperta Ferro». «Pelear» hombro con hombro junto a vosotros en el campo de batalla de la pasión por la historia es todo un épico regalo de los dioses.

Pero, además, Alberto me lanzó tras la pista de los hijos del dios furioso y ha tenido la paciencia de leer el manuscrito,

sugerir correcciones e ideas, elegir la preciosa portada, así como las imágenes que ilustran la obra, *etc.* Y todo ello con montañas de cariño y amistad y con horas de buena conversación sobre historia.

Carlos de la Rocha ha creado los mapas que acompañan al volumen y con ello lo ha hecho más comprensible para los lectores.

Javier Gómez siempre vela porque la información llegue de forma fluida y atractiva y porque uno tenga la sensación de que no se puede estar en mejores manos a la hora de escribir un libro.

Desperta Ferro cuenta con un maravilloso equipo de profesionales que, junto a su saber hacer, ofrecen a sus autores amabilidad y simpatía de calidad y proporciones tales que hubieran brillado con fuerza en el *thesaurus* del rey godo con más intensidad que la mesa del rey Salomón. Gracias Isabel López-Ayllón por las oportunas correcciones al borrador inicial de este libro, por estar atenta a todos los innúmeros detalles que hacen de un manuscrito un buen libro y por ejercitar una paciencia salvífica con mis manías como autor y mis correcciones de última hora. Gracias a ti también, Mónica del Hierro, por recibir los primeros envíos de los *Visigodos: Hijos de un dios furioso* y gracias, Laia San José, Cristina Gil y Beatriz Pascual por estar siempre atentas a mis peticiones y a ofrecerme siempre soluciones con gentileza y una sonrisa, y gracias también a todo el equipo en general de Desperta Ferro Ediciones.

La doctora Esther Sánchez Medina, cuyo buen hacer como historiadora solo palidece ante la generosidad y grandeza de su corazón, tuvo a bien regalarme un maravilloso prólogo. Esther, tu amistad es un lujo y el poder disfrutar de ella y de tu saber, una suerte sin medida.

Siempre digo que mi sobrino, el doctor Jorge Juan Soto, pone la mirada que a mí me falta. Sus ojos rastrean para mí lugares de batalla o rutas de migración, escudriñan marfiles romanos, examinan mosaicos… y, además, su magia informática me permite siempre avanzar pese a mi inveterada costumbre de hacer que los ordenadores se bloqueen. Gracias por estar siempre ahí y por compartir conmigo tu saber y tu gusto por la historia.

Ana María Berenjeno y Eduardo Kavanagh, arqueólogos y amigos, transitaron conmigo y con mi hijo Ciro Alejandro, las montañas Transductinas en busca del escenario auténtico en donde se libró la gran batalla en la que el reino visigodo se hundió y la historia de nuestro país giró. Su saber me ha permitido rectificar errores, ver la batalla de una nueva forma más acorde con las fuentes y, sobre todo, disfrutar como un enano en un proyecto de investigación conjunto que seguro que dará frutos jugosos y sorprendentes.

Ana, además, con sus excavaciones en la Isla Verde, poco a poco, va rescatando la memoria de la olvidada Mesopotaminoi y su sonrisa y amistad siempre han sido un faro luminoso para mí en estos ya veintitrés años de amistad.

Eduardo, que además de arqueólogo es el editor de *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , también me ayudó con una mejor y más precisa ubicación de la decisiva batalla de Vouillé y sus apreciaciones son siempre motivo de fructífera reflexión.

He de agradecer también al bombero forestal José Turrillo Blanco que nos guiara por las fragosas lomas de los antiguos montes Transductinos y que haya puesto a mi disposición su amplio conocimiento de la zona y de sus tradiciones e historia oral, tan útiles, por ejemplo, para estipular asuntos tales como hasta dónde llegaban las marismas del Almodóvar o la de La

Janda en un año lluvioso o hasta dónde alcanzaban en el estío más riguroso.

El doctor y comandante médico militar, Francisco Aguado Blázquez, cuyo hercúleo conocimiento de la historia de Bizancio y Asturias y de la historia de la Medicina tiene algo de heroico, siempre ha estado atento a mis preguntas y siempre las ha contestado todas arrojando luz y buen sentido sobre todas ellas, amén de facilitarme textos y trabajos y su amistad generosa y firme.

La esposa de Paco, Ana Cadena, tuvo también la amabilidad de facilitarme textos de su amplísima y fascinante biblioteca y siempre es un regalo contar con su ayuda.

El profesor y doctor Luis Gonzaga Roger Castillo, el último hombre renacentista, tuvo la amabilidad de ayudarme en la traducción e interpretación de no pocos oscuros textos latinos de los siglos V al VIII y compartió conmigo su enciclopédica maestría en filosofía, hermetismo, religiones comparadas, y media docena más de disciplinas y saberes.

Mis compañeras del Centro de Estudios bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, las doctoras Maila García Amorós y Panagiota Papadopoulou, me auxiliaron con la traducción de textos griegos y el doctor Carlos Martínez, también compañero del centro, me facilitó varios trabajos y fuentes. El doctorando Daniel Hernández hizo otro tanto y me ayudó a comprender bajo una nueva óptica las enigmáticas conexiones entre Bizancio y el norte de Hispania a inicios del siglo VII.

Miguel Jerónimo Navarro, doctorando, discípulo y amigo, me ha ayudado a consultar obras antiguas y medievales, analizar piezas de arte visigodo, *etc.* Su ayuda ha sido todo un alivio y sus ideas y opiniones sobre la influencia del modelo palatino bizantino entre los visigodos me han resultado muy esclarecedoras.

Pero, sin duda, mi centro de investigación, el Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada, gira en torno a dos grandes personas y maestros: la doctora y profesora titular Encarnación Motos Guirao, mi maestra y amiga, siempre dispuesta a ayudarme y a ofrecerme su consejo y el catedrático Moschos Morfakidis Filactós, tan sabio como generoso. Gracias por tantos años de enseñanzas y amistad.

La doctora Gracia López volvió a ofrecerme la aclaración de algunos términos árabes y su ayuda con los textos en dicha lengua. Gracias.

El arqueólogo Jaime Vizcaíno, el maestro de la arqueología bizantina en España, me ofreció su saber y unas estupendas imágenes sobre uno de sus descubrimientos en la antigua Cartago Spartaria y de la famosa inscripción de Comenciolo y por si fuera poco, su amistad y el recuerdo de un inolvidable momento sentados en las gradas del teatro de Cartagena como dos buenos ciudadanos romanos.

Juan José Sánchez Guerrero, jefe del centro de coordinación y gestión de la biblioteca universitaria de Granada, siempre ha velado porque pudiera acceder a todos los libros, artículos y documentos que necesité y siempre me ha ofrecido su amistad generosa. Gracias, Juanjo.

Mis hijos, Ciro Alejandro y Darío Ulises, ejercitaron de nuevo una bíblica paciencia con su padre y me auxiliaron miríadas de veces consultando concilios y crónicas que el travieso escáner se empeñaba en oscurecer y que me obligaban una y otra vez a volver al viejo papel por mor de una palabra que la informática no había logrado rescatar del todo. Ellos también han sido mis ojos y siempre son el centro de mi corazón.

Mi hermana Esperanza, un ángel de la guarda, mi hermana Mari y mi cuñado Antonio Fernández, otro par de ángeles

guardianes, siempre están cuidándonos y haciendo más fácil nuestra vida. Muchas gracias.

En fin, soy un hombre con suerte y eso quiere decir: amigos, muchos y buenos. Vosotros sabéis lo importantes que sois para mí. Gracias de corazón.

E Prólogo scribía el escritor argentino Julio Cortázar en «Destino de las explicaciones», relato brevísimo contenido en *Un tal Lucas* (1979), que:

> En algún lugar debe haber un basural donde están amontonadas las explicaciones. Una sola cosa inquieta en este justo panorama: lo que pueda ocurrir el día en que alguien consiga explicar también el basural.

Puede que esta no sea la más hermosa de las citas para iniciar el prólogo de un libro. Estoy de acuerdo con usted. Cierto. Sin embargo, es probable que sea una buena reflexión de partida para esta obra que tiene ahora entre sus manos y que se dispone a leer tan pronto como este preludio llegue a su fin.

La Historia, y las pequeñas historias –con minúscula– que la componen, se nos presenta por múltiples vías, pero no de una forma sencilla y lineal, sino a través de la superposición de cientos de relatos, y también a través de la cultura material, tan cotidiana a veces como pueda serlo una moneda o los restos de una iglesia, un palacio o una simple granja. Esta compleja y necesaria superposición no siempre nos permite vislumbrar con claridad el pasado, en especial si este es tan lejano como aquel de los días de Alarico, de Leovigildo, o del malogrado Wamba. Necesitaremos, por tanto, un guía, alguien que dé algo de luz al legado de aquellos siglos, de modo que este se vuelva aprehensible, cercano. Ese será el papel de nuestro autor, José Soto Chica. Él, que tanto sabe de ver en la oscuridad, será nuestro lazarillo, pues los siglos centrales de estas historias sobre

los visigodos transcurren en una supuesta oscuridad que, sin embargo, resultará fascinante bajo una tea adecuadamente orientada ante nuestros ojos.

La Antigüedad tardía, periodo en el que se desarrolla plenamente el mundo visigodo y en que se producirá su consolidación plena, primero, en la Galia y, más tarde, con mayor éxito, en las antiguas provincias hispanas, es una época de claroscuros. Una época en la cual, la historia de los godos o de cualquier otro pueblo, no puede ser otra que la historia misma de la gran Roma, pues es esta la que, además de dejar testimonio escrito de todo lo acaecido, marca las pautas de relación con el resto de poderes. Así, en las siguientes páginas veremos cómo, desde los primeros contactos con los godos, Roma se muestra rectora de las relaciones. A través de pactos logrará su participación en la guerra contra los persas sasánidas de Sapor I y con cuantiosos subsidios despertará el interés de este y otros pueblos por la política del Imperio y por todo aquello que ocurría en el interior del *limes* . Pues no nos engañemos, los *limites* del Imperio no eran más que las permeables fronteras que envolvían el verdadero tesoro de Roma, el Mediterráneo. El *mare nostrum* era la auténtica Roma. A través de él se desarrollarán los más importantes capítulos de una historia, la de la Antigüedad tardía, absolutamente vertebrada y en la cual nada puede concebirse sin el tejido interconectado que supone este mar y la romanidad que articuló, desde el proceso de expansión territorial tardorrepublicano, los territorios provinciales, entre los cuales Hispania siempre desempeñó un importante papel. Esta romanidad estaba, a su vez, basada en un peligroso binomio: *Romanitas vs. Barbaricum,* el cual encerraba la paradoja de sustentarse sobre un desequilibrio imprescindible, el de la superioridad de la civilización romana frente a la barbarie de las *gentes* que poblaban dentro y fuera del Imperio. Pero ¿qué

ocurrió en estos postreros siglos de la otrora floreciente Roma?, ¿se rompió acaso ese equilibrio en pos de una progresiva integración de elementos bárbaros en el seno de una transformada romanidad? Así fue y, en gran medida, ello se debió a las actuaciones godas que jalonaron de importantes hitos político-militares la historia del Bajo Imperio.

En realidad, fue la propia Roma la que concedió carta de naturaleza a unos godos que, a partir del *foedus* del 332, comenzarán a instituirse como intermediarios entre las distintas *gentes,* a uno y otro lado del *limes,* y Roma. Estas *gentes* formaban parte de una realidad étnica muy compleja que la actual historiografía –desdeñados ya los principios esencialistas que acompañaron la ciencia histórica en épocas pasadas– nos muestra cada vez con más claridad como híbrida, fruto de un intenso mestizaje tanto interno como externo, el cual facilitó sin duda el desarrollo de los mecanismos de integración necesarios para que el *barbaricum* , los bárbaros, acabaran convertidos en portadores de la romanidad más allá de la tan pregonada «caída» de Roma del año 476.

Constantino Cavafis en su famoso poema «Esperando a los bárbaros» afirmaba que estos, los bárbaros, eran al fin y al cabo una solución. Pero solución o no, los bárbaros, en especial los godos, son la clave interpretativa para comprender los cambios de equilibrio entre la parte oriental y occidental del Imperio, así como su distinta suerte durante el siglo V. Los godos forman, por tanto, parte de esas *amontonadas explicaciones* que mencionaba Cortázar en su cuento, pues la ambivalente relación de Roma con las *externae gentes* , convertidas con el paso de los siglos en intralimitáneas, es el eje central de los siglos finales de la Antigüedad.

Esta relación estuvo siempre animada por el mutuo interés y generó desde sus orígenes controvertidas emociones en ambos lados. Así, el historiador hispano Orosio, ante la debacle sufrida

por Teodosio en la batalla del río Frígido en el 394, se atreve a afirmar que la muerte de más de 10 000 godos aliados del emperador «fue sin duda una ganancia y su derrota una victoria» (VII, 35, 19). Desde luego, los romanos no hicieron de la necesidad –de entenderse– virtud y tampoco los godos, cuya relación se movió siempre en el estrecho margen que iba del amor al odio, sin dejar por ello, de buscar la aprobación de Roma y emular sus poderes, de los que en muchos casos acabaron formando parte a través de las magistraturas militares.

Más tarde, el vacío de poder creado por una exigua administración imperial dio lugar a crecientes aspiraciones políticas en todo el Occidente, entre las cuales destacará sobremanera, la del reino visigodo. El proceso se inició en Galia con un primigenio proyecto, que se vio truncado en la batalla de Vouillé del 507, pero que, sin embargo, logró consolidarse al otro lado de los Pirineos, en las antiguas *Hispaniae*. La península ibérica vería así surgir un reino heredero del poder de Roma, del que solo de un modo tardío trataría de desligarse, a raíz del intento de Constantinopla de retomar de manera efectiva el control de los territorios *–renovatio imperii* – que en otro tiempo habían formado parte de la nómina provincial. En este contexto absolutamente interconectado de los siglos VI y VII vivirá el reino visigodo de Toledo sus mejores momentos. Por una parte, emulando a la vieja Roma *–e.g.* fundando ciudades reales como Recópolis– y, por otra, avanzando hacia un mundo claramente medieval, en el cual la unificación religiosa bajo el credo niceno desempeñará un importantísimo papel como aglutinador identitario de la población peninsular y sus poderes eclesiásticos asumirán gran parte de las acciones rectoras de su sociedad.

Todo este proceso se verá interrumpido y transformado en una nueva realidad debido a la rápida irrupción de los araboberebere s, los cuales, con su vertiginoso avance hacia el

Occidente irán quebrando uno a uno los miembros del anciano cuerpo político de legitimidad y *fides* que había supuesto durante siglos Roma, para terminar conquistando no solo cada una de las extremidades de este cuerpo agonizante que era el antiguo Imperio –reino visigodo incluido– sino también su tejido interconectivo, su sangre, el Mediterráneo.

Esta es, en líneas generales, la historia que encontrará el lector en las siguientes páginas, una historia en la cual su autor, José Soto Chica, Pepe, se muestra empático, cercano a los autores antiguos a los que sigue con devoción, ofreciéndonos unas páginas narradas con entusiasmo, con una prosa en ocasiones épica, pues en este libro que el lector se dispone a leer, el escritor, el novelista, vence con frecuencia al historiador, al académico, y junto a los datos y el análisis se amontonan también los detalles, las anécdotas, y también los muertos y el olor a sangre… y los gritos de desesperación de los heridos y los hambrientos.

Ahora, no tenga miedo, no se detenga. Avance. Busquemos juntos el *basural* y ayúdese del autor, de Pepe, para desentrañar todas las *amontonadas explicaciones* que necesita el mundo visigodo y no espere –como hacían los romanos de Cavafis– a los bárbaros…, ahora son ellos los que le esperan a usted.

En la vieja Complutum, más tarde
Alkal'a Nahar, a 31 de julio de 2020,
Esther Sánchez Medina

Introducción Los godos y la primera España Tú eres, oh, España, sagrada y madre siempre feliz de
príncipes y de pueblos, la más hermosa de todas las tierras que se extienden desde el Occidente hasta la India. Tú, por derecho, eres ahora la reina de todas las provincias, de quien reciben prestadas sus luces no sólo el ocaso, sino también el Oriente. Tú eres el honor y el ornamento del orbe y la más ilustre porción de la tierra, en tu suelo campea alegre y florece con exuberancia la fecundidad gloriosa del pueblo godo.

Isidoro de Sevilla, *Historias* , 1-10 [1]

La cita con la que comienza el capítulo es el inicio del *De laude Spaniae* (*Alabanza de España*), y fue escrita por Isidoro, obispo de Sevilla, en el año 626 –hace ya casi mil cuatrocientos años– y bajo el reinado del rey godo Suintila (621-631) en el momento en que este último había completado el control godo sobre la totalidad del territorio de la península ibérica. [2]

El *De laude Spaniae* de san Isidoro fue el primer panegírico dedicado a Hispania como entidad independiente. De hecho, desde la segunda mitad del siglo VI y a lo largo del siglo VII, fue cada vez más común usar el término Spania como sinónimo del territorio del estado erigido por los godos de Occidente. Así, por ejemplo, Juan de Bíclaro, obispo de Gerunda (Gerona), reservaba ese nombre, Spania, al territorio que los godos controlaban en la península ibérica, mientras que designaba como Reino de Gallaecia a las tierras controladas por los suevos. Cuando en el 585 estos últimos perdieron su independencia frente a los godos, sus antiguos dominios se integraron en lo que Juan de Bíclaro llamaba *Provincia Hispaniae* . Y es que aunque los reyes visigodos seguían llamándose *Rex Gothorum* también se denominaban a sí mismos y eran llamados *Regis Spaniae atque Galliae* . [3] Fuera del Reino tampoco se tenía duda alguna de lo que en realidad eran y así, Gregorio de Tours, un cronista franco de finales del siglo VI, llamaba a Leovigildo (569-586) Rey de los Hispanos y a su hijo, Recaredo (586-601), Rey de Hispania. [4] Y lo cierto es que al subir al trono un nuevo monarca, a quien se exigía el juramento de fidelidad era a «Todos los pueblos de Spania». [5] Era esta una fórmula muy significativa que identificaba Spania con el ámbito de la soberanía ejercida por el rey godo. Identificación que, por otra parte, y de forma aún más señalada si cabe, también se reflejaba en la Lex Visigothorum o Liber

Iudiciorum, código constituido en un principio por Recesvinto en el 654. Así, por ejemplo, en una ley promulgada por Wamba (672-680) podemos leer como encabezado de la ley que debía regir la movilización general en caso de ataques enemigos: «qué hay que hacer si se originasen hostilidades en los confines de Hispania». Como se habrá advertido, no se nombra ni a Gallaecia, ni a Galia, pese a que las disposiciones nombradas regían para todo el reino, sino que se abarcaba por completo a este último en la palabra Hispania y para que no quedara duda de ello, algo más abajo el legislador aclaraba: «y si alguien dentro de las fronteras de Hispania, de la Galia, de Galicia, esto es, en todas las provincias que están sujetas a la jurisdicción de nuestro gobierno [...]». Y lo que acabamos de evidenciar al citar esta ley, es decir, la equivalencia y concreción de todo el reino en el término Hispania de las partes que lo constituían, se sigue manifestando en leyes como la que trataba de los siervos huidos: «así mismo cualquier persona que resida o se halle en los límites de Hispania [...]». Y es que la realización de la unidad política, legislativa y religiosa del reino godo se estaba concretando y se iba expresando en una creciente sinonimia entre *Regnum gothorum* (reino de los godos) y Spania. Una patria, un *regnum* que era asimismo condensado por los «intelectuales» como Juan de Bíclaro, Braulio de Zaragoza, Isidoro de Sevilla, Eugenio de Toledo o Julián de Toledo en la voz Spania, [6] que no era sino la nueva identidad labrada desde la segunda mitad del siglo VI por reyes como Leovigildo, Recaredo, Sisebuto o Suintila. Pues es que, aunque Isidoro era hispanorromano y Suintila era godo, esas diferencias, antaño tan importantes, se estaban difuminando y se estaba consolidando una nueva realidad.

Esa identidad, esa realidad, se asentó por completo y puede comprobarse en los textos que se escribieron en los cien años que siguieron a la destrucción del reino visigodo de Toledo. Así,

en el 715/716, pasados apenas cuatro años de la gran batalla que vio sucumbir ante los musulmanes al ejército godo encabezado por Rodrigo, un cronista contemporáneo de los hechos, el de la *Crónica mozárabe* del 754, nos dice:

> Abd al-Aziz había impuesto la paz por toda España durante tres años, sometiéndola al yugo del censo. Vanagloriándose en Hispali [Sevilla] con sus riquezas y honores que compartía con la reina de España, a la que se había unido en matrimonio, y con las hijas de los reyes y príncipes con las que se amancebaba y después abandonaba imprudentemente. Promovida una conjuración de los suyos, fue asesinado por consejo de Ayyub cuando se dedicaba a la oración. Éste gobierna España durante un mes, y por orden del príncipe le sustituye en el trono de Hesperia Al-Hurr, a quien se le informa de la muerte de Abd al-Aziz en el sentido de que por consejo de la reina Egilóna, anterior esposa del rey Rodrigo, con la que aquél se había casado, intentaba alejar de su cerviz el yugo árabe y asumir individualmente el conquistado reino de Iberia. [7]

El texto anterior es muy significativo. Primero nos habla de un reino, esto es, de la dimensión espacial de una identidad política, que persistía más allá de la destrucción del gobierno de su rey nativo, Rodrigo, el *gothorum rex* , el rey godo que había sido derrotado y muerto por los invasores musulmanes en julio del 711. Ese reino que ahora administraban gobernadores árabes designados por el califa, se denomina Spania (España), y de forma arcaizante, poética y helenizante, Iberia y Hesperia. Los conquistadores árabes asumirían estas designaciones, Spania y Hesperia, y las harían figurar en las monedas que desde el 712 comenzaron a acuñar en la península ibérica, y en las que puede verse la estrella de ocho puntas que simbolizaba a Hesperia, «el país de la estrella del ocaso», y las latinas letras

SPAN que designaban al reino que acababan de someter: Spania. De hecho, el nombre árabe, al-Ándalus, solo aparecería en las acuñaciones monetarias islámicas a partir del 717 y como equivalente del latino Spania que, además y para reforzar esa equivalencia, seguía apareciendo en la otra cara de la moneda en letras latinas: Span. [8]

En segundo lugar, el texto de la *Crónica mozárabe* del 754 deja claro que Abd al-Aziz, que por cierto era hijo de Musa ibn Nusair, el conquistador y primer valí (gobernador) de España, pretendía, por consejo de su esposa, la reina goda Egilona, la enviudada esposa del rey Rodrigo, a la que nótese que se sigue llamando *reginam Spanie* (reina de España), hacerse con el trono de Spania e independizarse del poder del califato. Para ello, Abd al-Aziz contaba con el soporte y legitimidad que parecía darle su matrimonio con esta reina, una mujer a todas luces influyente y poderosa.

En tercer lugar, el texto constata que más allá de la conquista y destrucción del reino godo de Toledo, Spania pervivía como entidad política, si bien integrada como provincia del gigantesco imperio del califa de Damasco. Por eso, cada vez que era nombrado un valí para al-Ándalus, e iniciaba su gobierno, el cronista mozárabe del 754 lo consignaba en su crónica con expresiones como «llega al trono» o «reina en España» (*regnat in Spania*). [9]

Así de sencillo y claro. Más de cuarenta años después de la mal llamada batalla de Guadalete, Spania, esto es, lo que hoy suman desde un punto de vista peninsular Portugal y España, pervivía como idea política, como entidad que podía estar dominada por los musulmanes, sí, pero que no tenía por qué seguir estándolo, o al menos no en su totalidad, y cuya unidad intrínseca, en tanto que sujeto político, se reconocía y se aspiraba a mantener o a recomponer, según el caso y en función

de si pertenecía a los dominadores islámicos, a los dominados mozárabes o a los rebeldes norteños.

También lo creían así los visigodos que resistieron en la Septimania y que terminarían sumándose a los carolingios y reconquistando las tierras de la Marca Hispánica, solar de los condados catalanes, tierras que, por cierto y como señal inequívoca de la percepción que de sus gentes se tenía y que de sí mismas ellas tenían, serían llamadas, a partir del año 817, marquesado de Gotia, denominación que agrupaba a todos los condados de la Marca Hispánica y de Septimania, y que mantendrían hasta el 865. Esta denominación perviviría en el nombre del territorio hasta conformarlo y con tanto prestigio que, todavía en el año 972, el conde Borrell II de Barcelona haría ostentación del título de duque de Gotia en un alarde hispánico que, asimismo, quedó reflejado, en el 988, en la adopción del título de duque de Iberia o en el de «duque de la España Citerior» que le otorgó el contemporáneo historiador Richer. [10]

Y es que los godos de Septimania y la Marca Hispánica también creían que Spania, bajo el control musulmán, debía de ser recuperada por los cristianos que combatían a los conquistadores sarracenos. Por eso, en el año 797, un escritor de la antigua Septimania gótica, al sudeste de la actual Francia y la más septentrional provincia del debelado *Regnum gothorum* , escribía en la obra llamada *Chronologia Regnum Gothorum* :

> Rodrigo reinó 3 años. En este tiempo, llamados los sarracenos por los que habitaban aquella tierra, ocuparon las Hispanias, y tomaron el reino de los godos; el cual aún sin interrupción poseen pertinazmente en parte; y contra los cristianos entablan combates día y noche, y diariamente luchan hasta que la predestinación siempre divina disponga que en lo porvenir sean cruelmente expulsados. [11]

Esa idea, la de la lucha de los cristianos por recuperar el control de Spania en pugna con los conquistadores musulmanes, también quedó explicitada pocos años más tarde, en el 812, esto es, justo a un siglo del inicio de la conquista islámica, en el Testamento de Alfonso II el Casto, rey de Asturias: Pero te ofendió –dirigiéndose a Dios– la jactancia prepotente de ellos en la era de 749, cuando en aquel tiempo el rey Rodrigo perdió la gloria del reino. Con razón se mantuvo la espada árabe. Cuya peste, por tu diestra, Cristo, expulsaste por medio de tu siervo Pelayo. El cual al principio, haciéndose con el poder, victoriosamente golpeó a los enemigos que combatía y, alzándose victorioso, defendió al pueblo de los astures y de los cristianos. [12]

No hay, pues, duda. Tanto los conquistadores como los conquistados y los que aún se resistían al dominio islámico entendían, décadas después de que el gobierno instaurado por los godos hubiera sido destruido, que Spania pervivía. Pero ¿de dónde provenía esa idea de un reino hispano? Dicho de otro modo: ¿cómo Spania había cobrado forma e identidad propia e independiente? Pues bien, esa identidad la fundaron los godos. La erigieron sobre una realidad preexistente que se sustanció en el año 298 en la creación de la *dioecesis Hispaniarum* (diócesis de las Hispanias) que agrupaba a las siete provincias sujetas al *vicarius Hispaniae* (vicario de Hispania): Bética, Tarraconense, Cartaginense, Gallaecia, Lusitania, Mauritania Tingitana y Baleares. Esa realidad subyacente, la de la diócesis hispana, era la que llevaba a un teólogo e historiador como Paulo Orosio, nacido hacia el 382 en Bracara Augusta (la actual Braga en Portugal), y que escribía hacia el 414, a sentir como propia la destrucción por los bárbaros de Tarraco, *Tarraconem nostra* [13] escribe, significativamente, es decir, «nuestra Tarragona». Pero he aquí que Tarraco era una ciudad que no se hallaba en la Gallaecia natal de Orosio, sino en la Tarraconense. Y, sin

embargo, Orosio la siente como «suya»: *Tarraconem nostra* , o «nuestra Tarragona», es decir, «su Tarragona». Nótese que Orosio no emplea esa expresión *nostra* cuando señala la destrucción de otras ciudades y lugares del Imperio, sino tan solo al referirse a la ciudad hispana. *Tarraconem nostra* , escribe, pues lo sentía así, del mismo modo que sentía «suya» a Hispania al completo y en un grado que sobrepasaba por un punto, un sentimental punto, a lo que sentía por el resto del Imperio romano.

Esa misma realidad, esa misma idea y sentir, era la que con posterioridad reflejarían, continuando y ampliando la senda abierta por Juan de Bíclaro, san Isidoro de Sevilla y san Julián de Toledo, muchos cronistas, poetas y pensadores medievales como el castellano Rodrigo Jiménez de Rada, el gallego Lucas de Tuy, [14] o el anónimo autor castellano del *Poema de Fernán González* , [15] el cual escribe hacia 1250:

> Fuertemente quiso Dios a Espanna honrar, qant al Santo apostol quiso y enviar, d'inglatierra e França quiso la mejorar.

Con ello explicitaba que, por encima de Castilla, León o Aragón, se hallaba una entidad comparable –superior a estas en el orgulloso sentir del poeta– a Inglaterra o Francia y que se denominaba España.

Lo arriba señalado se sustancia aún de forma más explícita en el «Loor de Espanna» que aparece en la *Primera crónica general de España* del contemporáneo Alfonso X el Sabio, quien escribe: Espanna sobre todas es engenosa, atreuda et mucho esforcada en lid, ligera en afan, leal al señor, afincada en estudio, palaciana en palabra, complida de todo bien. [16]

Es curioso, o quizá no tanto, que Alfonso X, tras narrar las historias de los héroes y reyes antiguos de «Espanna» inserta su «Loor a Espanna», justo tras contar la derrota y muerte del rey

Rodrigo, como si quisiera señalar que las virtudes de la primera sobrevivieron al abrupto fin de la soberanía goda que, por otra parte y como se hacía señalar en un texto del siglo XIII a Sancho II de Castilla (1065-1072) era el modelo a seguir en lo político, en lo jurídico y en lo administrativo: «Los godos antiguamente ficieron su postura entre que nunca fuese partido el imperio de España. Mas que siempre fuese todo de un solo Señor». [17]

A los autores del siglo XIII que acabamos de citar, les siguieron otros muchos durante los siglos XIV a XVII y los *Laudes Hispaniae* se multiplicaron. No era solo un afán que interpelara a Castilla. Pedro de Medina, que escribió a inicios del siglo XVI su *Libro de las grandezas u cosas memorables de España* , nos aclara que va a cantar los hechos y cosas notables, pasados y presentes de España y para que no se tenga dudas al respecto de lo que se quiere abarcar con dicho término, aclara: «Andalucía, Lusitania, Extremadura, Castilla y León, Galicia, Asturias, Vizcaya, Guipúzcoa, Navarra, Granada, Cartagena y Valencia, Aragón y Cataluña». [18] Y otro tanto haría el portugués Luís Vaz de Camões quien en sus *Os Lusíadas* , la obra fundadora de la literatura portuguesa, al cantar la hazaña del Reino de Portugal al abrir los océanos y someter la India a su comercio, hacía de Portugal «cabeza de España» y a esta última «cabeza de Europa» y glosaba una por una a las regiones que componían España hasta coronar sus prendas con las de Portugal. [19] Camões, que también escribía en castellano y a quien escritores castellanos como Miguel de Cervantes o Félix Lope de Vega tenían como al «príncipe de los poetas de España», no era una excepción a la hora de «cantar» a España, sino la regla. De hecho, será Francisco de Quevedo, ya en 1609, quien lleve el género de las *laudes Hispaniae* a su cima y será una cima erudita y apasionada, pues escribía su *laude Spaniae* en defensa de España, su patria: «Cansado de ver el sufrimiento

de España, con que ha dejado pasar sin castigo tantas calumnias de extranjeros, quizá despreciándolas generosamente, y viendo que desvergonzados nuestros enemigos, lo que modestos juzgan que lo concedemos convencidos y mudos, me he atrevido a responder por mi patria y por mis tiempos». [20]

Así pues, la idea, la creación de una identidad de nombre Spania –España–, tenía hondas raíces, las cuales llevaron a los Reyes Católicos a justificar su conquista de las Canarias y de las plazas del norte de África en la legitimidad que les confería el ser los sucesores de los reyes godos y, a través de ellos, de la vieja legitimidad romana que hacía de la Mauritania Tingitana una de las siete provincias de la *dioecesis Hispaniarum* . [21]

¿Neogoticismo? De acuerdo. Y también propaganda política, por supuesto, y construcción ideológica, claro está. Todo eso es cierto y, además, muy antiguo, pues brota, como muy tarde, en la época en que en Asturias reinaban Ordoño I y Alfonso III el Magno, es decir, que el neogoticismo como factor de propaganda y legitimidad política arranca, como poco, de la segunda mitad del siglo IX. [22] Pero todo ello, el sentimiento y la identidad, y la propaganda política también, se apoyaban en una línea argumental que se asentaba sobre la vieja realidad romana de la diócesis hispana y, más aún y, sobre todo, sobre el viejo reino visigodo de Toledo.

Lo que importa de una idea es su aceptación y su consolidación. La idea de Spania fue aceptada por musulmanes y cristianos y, antes que por ellos, por hispanorromanos y godos y por todos sus descendientes durante siglos. Fue esa idea consolidada la que hacía que los cronistas de la corte de Alfonso III de Asturias recrearan y ansiaran, por así decirlo, el pasado del reino visigótico, y también fue la que llevó al abad Oliva y al abad Bernardo de Palencia, hacia 1030, a llamar a Sancho Garcés III, padre de los primeros reyes de Castilla y Aragón, Fernando I y Ramiro I, y de García, rey de Pamplona, como

Sancio Rex ibericus , (Sancho, rey ibérico) y como «rey de los reyes de Hispania», y la que motivó que un cronista franco contemporáneo de todos ellos, Rodolfo el Calvo, lo consignara en sus *Cinco libros de historia* como *Rege Navarriae Hispaniarum* (rey de Navarra de las Hispanias). [23] Fue también la que propició que un rey de León y Castilla, Alfonso VI, se intitulara *Imperator totius Hispaniae* en 1077. En fin, la fuerza de esa idea, de esa identidad, fue la que motivó que, en España, desde Portugal a las Baleares y desde Asturias a Almería, los cristianos y a veces los musulmanes, dataran la mayor parte de sus documentos oficiales y crónicas con la «Era hispánica» que contaba los años desde el 38 a.C. La Era hispánica la comenzó a usar el obispo y cronista Hidacio hacia el año 468 aplicándola para consignar los acontecimientos que en la Hispania de su tiempo acontecían, mientras que para los que se daban más allá de los Pirineos seguía usando la Era de las Olimpiadas o consignaba el año de reinado del emperador. Nótese que con su uso de la Era hispánica, Hidacio singularizaba a Hispania del resto del Imperio, a la par que, por así decirlo, la «unificaba» en lo que a cronología se refiere. [24] De hecho, y como curiosidad, el término «era» que significa el año o suceso inicial de una forma de cómputo temporal, aparece en la España goda de los siglos V y VI y, desde ella, se extenderá al resto de Europa, primero, y del mundo, después. En el reino godo de Hispania, la Era hispánica se adoptó de forma oficial como cómputo del tiempo en el siglo VI y se mantuvo como tal en el condado de Barcelona hasta finales del siglo XII, en Aragón y Castilla hasta el siglo XIV y en Portugal y Navarra hasta finales del siglo XV.

Así que por muy fruto que sea de la supuesta «propaganda de la monarquía asturiana del siglo IX», por mucho neogoticismo que se señale en ella, la idea de Spania es una sólida, tenaz y vieja idea. Sí, y por eso, san Isidoro, en el 626 y sin tener que esperar al siglo IX, si se me permite la ironía, y aun siendo el

vástago de una familia hispanorromana que abandonó sus predios en la Cartaginense para mudarse a la Bética y poder seguir así bajo dominio godo, pudo cantar a Spania. Una Spania que para san Isidoro ya no solo era romana, sino también goda o, mejor dicho, hispanogoda. Una realidad que tiene su proyección jurídica en los códigos y leyes, hasta el compendiador y definitivo Liber Iudiciorum del rey Recesvinto, código promulgado en el año 654 y en los que un solo código de derecho servía ya para regir la vida y relaciones de todos sus súbditos, hispanorromanos y godos por igual. Fue este un paso revolucionario en una Europa occidental en la que por esos mismos años y durante mucho tiempo aún, cada pueblo (francos salios, francos ripuarios, burgundios, alamanes, galorromanos, bávaros, etc.) se regía por sus propias leyes pese a vivir todos juntos y bajo unos mismos monarcas, los merovingios. [25]

Pero como se me podría aducir que soy español y peco de nacionalismo, dejaré que sea un francés –también podría citar a un alemán o a un inglés– quien lo exprese de forma rotunda y clara: *De fait, le regnum gothorum se confond désormais avec le regnum Hispaniae* […] *De cette fusion entre le regnum barbare et la grande province hispanique est née, la première en Europe, la nation d'Espagne, l'hispania* . [26]

Aquella Spania, la del obispo hispanorromano Isidoro de Sevilla y la del godo rey Suintila, fue la primera España, *la première en Europe* y la España primigenia y común de la que surgirían las Españas musulmana y cristiana con sus múltiples ramas que, a la postre, volverían a sumarse en el siglo XVI.

Pero todo comenzó con los godos. Con su «Reino de Hispania» como escribía a finales del siglo VI el franco Gregorio de Tours. Aquí se contará la historia de ese reino y de los bárbaros que, surgiendo de las nieblas de las leyendas escandinavas como «hijos de un dios furioso» y tras merodear

por toda Europa, terminaron por erigir un poderoso estado en el confín occidental del orbe romano: Spania. Es la suya una larga historia de sangre y batalla, de mudanza y quebranto, pero también de creación política y esplendor cultural. Es nuestra historia y merece ser contada.

Notas

1 San Isidoro, *Historias* , *De laude Spaniae* , 1-10, en Rodríguez Alonso, C., 1975.

2 San Isidoro, *Historias* , I, 63. Para la correcta datación del texto, véase Martín, J.C.: «La *Crónica universal* de Isidoro de Sevilla: circunstancias históricas e ideológicas de su composición y traducción de la misma», 199-239. Isidoro emprendió sus dos obras históricas, las *Historias* y la *Crónica* , en época y a demanda del rey Sisebuto y las terminó ambas en el quinto año del reinado de Suintila, entre el 625 y el 626.

3 Juan de Bíclaro, en Campos, J., 1960. Para la identificación del término «Spania» con el territorio peninsular del reino visigodo, véase, entre muchos ejemplos, Juan de Bíclaro año VII del emperador Justino y V de Leovigildo, 2; año II del emperador Tiberio y X de Leovigildo, 4. Para el uso de la designación «Reino de España» para denominar al reino visigodo: Juan de Bíclaro, año III del emperador Tiberio y XI de Leovigildo, 3. Y para «Reino de Galicia» como denominación del reino de los suevos, véase Juan de Bíclaro, año IV del emperador Justino y II de Leovigildo, 4 y año I del emperador Mauricio y XV de Leovigildo, 1. En general, el *Regnum gothorum* se consideraba compuesto por tres partes: el Reino de Hispania, el Reino de Gallaecia y la Galia. Pero en el IV Concilio de Toledo (633), se habla ya de «un solo reino» y se asiste claramente a la identificación del Reino de Gallaecia y el de Hispania en una sola identidad equiparable al *Regnum gothorum* .

4 Gregorio de Tours, *Historias* , VI, 40 y IX, 32, en Herrera Roldán, P., 2013.

5 Para el juramento que el rey prestaba a los pueblos de Hispania véanse Actas del XII Concilio de Toledo del 681, pp.381-389, en: Vives, J., 1963; Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 4, en Velasco, T., 1981, tomo I, apéndice VI, 413-433 y Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, XLVII-XLVIII.

6 Liber Iudiciorum, IX.2 y IX.1, en Ramis Barceló, R., Ramis Guerra, P., 2015; Bronisch, A.P.: «El concepto de España en la historiografía visigoda y asturiana», 9-42. El autor desconoce, al parecer, que fue Juan de Bíclaro el primero en usar Spania como sinónimo de *Regnum gothorum* . Pero dejando ese detalle de lado, su trabajo es magnífico. Para el *De laude Spaniae* de san Isidoro de Sevilla y su influencia, véase Martínez Pina, J.: «San Isidoro de Sevilla. El origen de la tradición del *De laus Hispaniae* », 90-93.

7 *Crónica mozárabe* del 754, 80, en López Pereira, J.E., 1980.

8 Frochoso Sánchez, R.: «Las acuñaciones andalusíes en la primera mitad del s. VIII», 175-187; Ariza Armada, A.: «Los dinares bilingües de al-Ándalus y el Magreb», 137-152; García San Juan, A., 2013, 159-167; Manzano Moreno, E., 57.

9 *Crónica mozárabe* del 754, 79, 80 y 91.

10 Menéndez Pidal, R., 1992, t.VI, 434-436, 445-465 y 482-499.

11 *Chronologia Regnum Gothorum* , en Migne, J.P., 1850, vol. 83, col.1118.

12 Sanz Fuentes, M.J., 2005, 85.

13 Orosio, VII, 22.8, en Sánchez Salor, E., 1982.

14 Jerez Cabrero, E.: «El Chronicon mundo de Lucas de Tuy (h.1238). Técnicas compositivas y motivaciones ideológicas», 2006 [tesis doctoral].

15 Poema de Fernán González, 144-157, en Salvador Martínez, H. (ed.), 1991.

16 Alfonso X el Sabio, *Crónica general de España* , p. 311 B, en Menéndez Pidal, R., 1955.

17 Citado por D. Ramón Menéndez Pidal en su introducción de Menéndez Pidal, R., 1991, t.III, vol.I, XXXIX.

18 Pedro de Medina, Proemio segunda parte del *Libro de Grandezas u cosas Memorables de España* , en González Palencia, A. (ed. y pról.), 1944, vol.I, cap. 28.

19 Luis Vaz de Camões, *Os Lusíadas* III, 18-22, en Pinto Pais, A., 2000.

20 Buendía, F., 1979, vol.I, 548-B.

21 Sánchez Prieto, A.B., 2004, 273-301.

22 «Pérez Marinas, I.: «*Regnum gothorum* y *Regnum Hispaniae* en las crónicas hispano-cristianas de los siglos VIII y IX: continuación, fin o traslado en el relato de la conquista árabe», 175-200.

23 Lacarra, J.M., 1975, 226 y Sarasa Sánchez, E., 2000, 1004-1035.

24 Introducción de D. Ramón Menéndez Pidal en Menéndez Pidal, R., 1991, t.III, vol.I, XIX.

25 *Ibid.* , t.III, vol.I, L-LI.

26 Teillet, S., 1984, 473-475 y 594-501. Para consultar la cita del texto, véanse 497-498. Su traducción sería: «De hecho, el *regnum gothorum* se confunde en adelante con el *regnum Hispaniae* […] De esta fusión entre el *regnum*

barbare y la gran provincia hispánica nace, la primera en Europa, la nación de España, la Hispania».

1

«Los que ponen a prueba el valor de los romanos»

El origen de los godos y sus primeras guerras con Roma (100 a. C.-337 d. C.) Estos son los que Alejandro afirmó que había que rehuir,
los que temió Pirro y horrorizaron a César.
Tuvieron durante muchos siglos un reino y reyes que,
como no fueron anotados en las crónicas, permanecen ignorados.
Fueron incluidos en las historias desde el momento
en que los romanos pusieron a prueba su valor contra ellos.

San Isidoro, *Historias* , I, 2.

El texto con el que se abre este capítulo fue escrito por Isidoro, obispo de Híspalis (Sevilla) en el año 626. Dejando de lado la hipérbole, señala una cuestión fundamental sobre los godos: «[…] tuvieron durante muchos siglos un reino y reyes que, como no fueron anotados en las crónicas, permanecen ignorados […]». En efecto, los godos carecían de historia hasta confrontarse con los romanos en el siglo III de nuestra era: «[…] Fueron incluidos en las historias desde el momento en que los romanos pusieron a prueba su valor contra ellos». Fue en ese momento, en el segundo tercio del siglo III, cuando los godos aparecen como merodeadores en el *limes* danubiano. A partir de ahí sembrarían el terror, primero, y se convertirían, después, en una pieza clave y a tener muy en cuenta en el complicado juego que Roma tuvo que jugar

durante la segunda parte del siglo III y la mayor parte del siglo IV para sostener sus fronteras.

Saqueadores, piratas, mercenarios… Esos fueron sus primeros «oficios» en el mundo romano y los godos los desempeñaron muy bien antes y después de fundar en las estepas pónticas y en las montañas carpáticas reinos y señoríos que luego barrerían los hunos. Pero antes, aunque Isidoro de Sevilla ignorara los detalles, antes de que «pusieran a prueba el valor de los romanos» los godos, bajo el manto neblinoso de las leyendas, emprendieron una saga de emigración, conquista y mestizaje que los llevó desde el sur de Escandinavia a las llanuras y montañas de lo que hoy son Ucrania, Moldavia y Rumanía. Fue un lento proceso que, en su primera fase, duró trescientos años y que la arqueología, la filología y un mejor análisis de las fuentes literarias grecorromanas y de las leyendas y noticias godas que sobrevivieron en la tradición oral y que fueron recogidas en los textos de autores como Casiodoro, Jordanes o Isidoro, han ido colocando, con todos los matices y discusiones eruditas que se quiera, a la luz de la historia.

En 1973 moría Gustavo VI Adolfo de Suecia. Fue el último monarca sueco en ostentar el título de *Dei gratia, suecorum, gothorum et vandalorum rex* , esto es, «por la gracia de Dios, rey de los suecos, los godos y los vándalos». Este era el título tradicional de la monarquía sueca desde los lejanos días en que Olaf Skötkonung (995-1022), hijo de Erico el Victorioso y segundo rey de Suecia, comenzó la larga y difícil cristianización de su belicoso, diverso y complejo reino norteño. En ese reino habitaban los *götar* o gautas, los godos. Su tierra se denominaba y aún se denomina, Götaland, y se hallaba dividida en muchos señoríos y reinos menores agrupados en dos entidades mayores: Vestrogotia, literalmente, Gotia del Este, y Ostrogotia, esto es, Gotia del Oeste. Al norte de Götaland estaba Sveeland (Svealand), el país de los *sveear* , es decir, de los suecos propiamente dichos, y al sur se extendía Escania, que formaba parte de Dinamarca y que continuó formando parte de ella hasta el siglo XVII.

A lo largo de toda la Edad Media y hasta tiempos recientes, los habitantes de Götaland, los gautas o *götar* , han sido considerados y se han considerado a sí mismos descendientes directos de los primitivos godos. Esta identificación de los *götar* con sus supuestos antepasados godos es tan antigua que se puede remontar, como mínimo, al siglo VIII, cuando parece haberse configurado de forma definitiva el poema épico anglosajón conocido como *Beowulf* . Un héroe que, recuérdese, aparece en dicho poema como rey de los gautas/godos. [1] Esa temprana y general identificación entre gautas/godos y suecos se prolongó e intensificó a lo largo de todo el Medievo y hasta tal punto que en el Concilio de Basilea de 1431-1438, veremos a los delegados suecos discutir con los castellanos sobre quien de entre ellos, suecos o castellanos, tenía más derecho a atribuirse el título de descendientes de los antiguos godos.

Todavía en pleno siglo XVII la idea de que suecos y españoles tenían sus antepasados comunes en los godos era tan fuerte que el diplomático español Diego de Saavedra Fajardo escribió en 1646 una erudita obra: *Corona gótica, castellana y austriaca políticamente ilustrada* , [2] cuyo propósito era facilitar un acercamiento entre las delegaciones española y sueca durante las negociaciones que, al cabo, darían como fruto la Paz de Westfalia de 1648.

Pero ¿qué hay de cierto en la identificación entre los gautas/*götar* de la Suecia altomedieval y los primeros godos?

Jordanes, en sus *Getica* , obra escrita hacia el año 551, afirma que era de Escandinavia desde donde habían partido los godos y que allí estaba su cuna. [3] Si se lee bien el relato de Jordanes, se advertirá que no retrata a la Escandinavia de alrededor del año 100 a.C. que presuntamente vio surgir de sus ásperas tierras y dilatados bosques a los primitivos godos, sino que dibuja el panorama de la Escandinavia de su tiempo, mediados del siglo VI. En efecto, Jordanes coloca en las tierras árticas a los misteriosos adojit y al sur de ellos a los escrerefenos «que no comen grano, sino que se alimentan con la carne de las fieras y con los huevos de las aves». Un pueblo que se suele identificar con los lapones o con los fineses y que también señalan Procopio y Pablo Diácono. [4] A continuación, Jordanes nos habla de los sueanos, esto es, los *sveear* o suecos propiamente dichos. De ellos nos dice que criaban excelentes caballos y que comerciaban con pieles finas de un preciado color negro azulado que hacían llegar a los romanos, es decir, a Bizancio, a través de muchos intermediarios. Tras los sueanos se señala a multitud de tribus, llegando así a los gautigodos, de quienes dice que son una «raza de hombres fieros, siempre dispuestos a combatir». Tras los gautigodos estarían, hacia el sur y el oeste, los ostrogodos y los greoringos/ottingis «que viven en refugios excavados en las rocas como si fueran fieras salvajes». Y aún más

al sur habitaban los otsuétidas y los daneses, pueblos de «elevada estatura» y tan fieros que habían expulsado de sus tierras a los belicosos hérulos septentrionales. [5] En fin, Jordanes cita también a otros muchos pueblos hasta finalizar su exhaustiva y escandinava descripción con los ranios, a todas luces una subdivisión de los hérulos. [6]

La lista anterior es desconcertante y lo sigue siendo pese a los intentos del hipercriticismo de algunos arqueólogos e historiadores; y, lo es, porque ofrece información que podemos contrastar con otras fuentes históricas y porque algunos datos, los nombres de pueblos como los gautigodos, los ostrogodos y los greoringos/ottingis, parecen reforzar la creencia de que los *götar* o gautas de la Suecia medieval eran, en efecto, un resto de los primitivos y originales godos que, surgiendo de la fría y salvaje isla de Scandza, o Escandía –así se llamaba a Escandinavia y no ha de confundirse con la isla de Götaland como sucede con frecuencia–, migraron hasta los dilatados pantanos y bosques que se extendían entre las tres bocas en las que el Vístula se dividía al desembocar en el mar Báltico, en las costas de la actual Polonia, en algún momento entre el comienzo y el final del siglo I a. C.

La identificación de los gautigodos recogida por Jordanes hacia el año 551 con los gautas/godos del poema *Beowulf* , escrito unos doscientos años más tarde, parece ineludible, y no solo porque las sagas y poemas nórdicos y anglosajones sitúen en los siglos V y VI a los héroes de los gautas/godos, sino porque Procopio, plenamente contemporáneo, que escribió hacia el 552 y describió Escandinavia, de la que tenía informes directos, sitúa a los gautos/gautas en el mismo lugar en el que Jordanes coloca a los gautigodos y ese lugar es idéntico al que el poema *Beowulf* adjudica al pueblo del héroe. Es evidente que los gautos de Procopio son los gautigodos de Jordanes y la similitud del etnónimo y de la ubicación geográfica solo puede

apuntar en la dirección de los gautas/godos del poema *Beowulf*, lo que el propio Procopio refuerza y aclara en otra de sus obras, en la que nos informa de que los godos provenían de Escandinavia en donde habían morado con sus parientes, vándalos y gépidos. [7]

Pero ¿nos permite lo anterior establecer también una conexión, siquiera tenue, entre esos etnónimos y los godos que aparecieron en las fronteras romanas en el siglo III de nuestra era? Y también ¿qué valor pueden tener las noticias de Jordanes, el cual apoyaba sus informaciones en las de otros historiadores, en especial, Casiodoro, pero también Ablavio y Dexipo, así como en los cantos y relatos orales que los godos aún conservaban en la primera mitad del siglo VI? [8] Dicho de otro modo y resumiéndolo en una sola pregunta: ¿podían los godos del siglo VI tener noticia cierta de su origen escandinavo?

Sí, podían. Procopio, contemporáneo de Jordanes, nos recoge una curiosa historia que así lo demuestra. Veámoslo.

En tiempos de Procopio, un fuerte contingente de hérulos se hallaba asentado como federados del emperador Justiniano en la región danubiana en torno a Singidunum, la actual Belgrado. Habían llegado allí entre el 509 y el 510 tras haber sido derrotados en Panonia, la actual Hungría, por los longobardos. Sin embargo, no todos los hérulos habían decidido instalarse al sur del Danubio y en territorio romano. En efecto, Procopio señala a dos bandas que se desgajaron del cuerpo principal: la primera de ellas marchó hacia el oeste y el sur para luego dividirse de nuevo e instalarse unos junto a los ostrogodos de Italia y otros junto a los rugios del Nórico, la actual Austria; la segunda banda original, la que nos interesa, emprendió una «larga marcha» que desde Panonia los llevó hacia el norte a través de las selvas y pantanos que habitaban los esclavenos, esto es, los eslavos, hasta alcanzar la costa báltica en el país de los varnios, en lo que hoy sería Pomerania y Mecklemburgo, en las

fronteras norteñas de Alemania y Polonia. No se quedaron allí, sino que, conducidos por caudillos de la familia real, esta banda de hérulos cruzó el Báltico hasta la tierra de los daneses y llegó al territorio de los hérulos del norte, sus parientes y los mismos que señalaba, recordémoslo, Jordanes. Allí se instalaron, junto a los gautas/godos. Pero nuestra historia no termina con la dispersión de los hérulos de Panonia. Años más tarde, en el 538, los hérulos que se habían asentado en territorio romano, junto a Singidunum y que servían como federados del imperio, asesinaron a su rey. «Les pareció una buena idea» nos dice Procopio, pero al poco se arrepintieron y como no se ponían de acuerdo para nombrar un nuevo monarca, decidieron enviar una embajada a sus lejanísimos parientes de Escandinavia, los mismos que, casi treinta años atrás, habían decidido dirigirse al lejano norte para volver a instalarse junto a los restos de su pueblo que, unos cuatrocientos años antes o más, habían decidido quedarse en Escandinavia. Pues bien, la delegación hérula, formada por una pequeña banda guerrera, abandonó su territorio en torno a Singidunum, atravesó media Europa, alcanzó el Báltico, lo cruzó y llegó a las tierras de los daneses, desde donde penetraron en las tierras de sus parientes, a la sazón, recordémoslo, habitando junto a los gautas/godos en lo que hoy sería la región histórica sueca de Götaland.

Tras seleccionar a un miembro superviviente de la vieja familia real hérula, y tras afrontar inesperados contratiempos, la embajada de los hérulos del Bajo Danubio, ahora engrosada con 200 guerreros de los hérulos escandinavos, emprendió el largo camino de vuelta atravesando el Báltico y fatigando las enormes extensiones de bosques, pantanos y salvajes montañas de la Europa oriental del momento que los separaban de los asentamientos hérulos en la Mesia romana, en torno a la actual Belgrado.

Mientras tanto, los hérulos del Bajo Danubio se habían cansado de esperar y habían pedido al emperador Justiniano (527-565) que les nombrara un rey. Este no se hizo de rogar y les envió a Suartuas, un noble hérulo de su confianza, que servía en Constantinopla en la guardia imperial y que de inmediato fue aclamado como rey de los hérulos. Todo fue bien hasta que a los hérulos danubianos les llegaron noticias de que su embajada, la misma que ya habían dado por perdida, regresaba triunfante y con un rey escandinavo por cuyas venas corría auténtica sangre real hérula y que, por si eso no bastara, venía escoltado por 200 norteños guerreros hérulos que, tras tan largo viaje, no parecían muy dispuestos a darse la vuelta con las manos vacías. Enfrentadas ambas huestes, los hérulos danubianos decidieron abandonar al monarca que les había enviado Justiniano y pasarse al campo contrario. [2]

La historia, claro está, no tuvo final feliz. El emperador se negó a reconocer como rey de los hérulos al norteño recién llegado de Escandinavia y apoyó con fuerzas y oro a su candidato que retomó la lucha por el trono. Envueltos en la guerra civil y temerosos de la cólera del emperador a quien habían desairado, la mayoría de los hérulos se puso bajo la protección de los gépidos, a la sazón controlando la ribera norte del Danubio y, lentamente, se fueron «diluyendo» hasta desaparecer, bien como mercenarios en los ejércitos de Justiniano, bien, y sobre todo, como aliados y vasallos de otras tribus de la región, gépidos, longobardos y ávaros, en perpetua guerra entre sí y contra los romanos. La última mención que tenemos de los hérulos es del año 599 en la que aparecen entremezclados con grupos de gépidos, búlgaros y eslavos, sirviendo como vasallos del jagán de los ávaros.

Pero lo que aquí nos importa es que podemos constatar, pues Procopio aclara que tomaba sus noticias de informantes directamente llegados de Escandinavia y de hérulos que habían

participado en persona en los acontecimientos antes narrados, [10] que en pleno siglo VI un pueblo germánico que había migrado desde Escandinavia a la par que lo habían hecho los godos y que durante siglos había nomadeado por toda Europa, desde España a Ucrania, conservaba vivo recuerdo de su origen escandinavo. Un recuerdo tan vivo y tan seguro como para decidirse a atravesar media Europa y regresar a los lares de sus antepasados escandinavos. Algo que, como es obvio, ni se hubieran planteado si, además de recuerdos, no hubiesen contado también con noticias ciertas y recientes sobre la pervivencia de sus parientes en el remoto norte. Esa pervivencia está probada, ya lo vimos, no solo por Procopio, sino también por Jordanes, y es también atestiguada, para los siglos IV y V, por informes de cronistas e historiadores como Hidacio quien, al llegar el 456, registra un ataque de 7 naves cargadas con 400 piratas hérulos que trataron de saquear sin éxito las costas lucenses y que, tras ser rechazados, asaltaron las de Cantabria y Vardulia. [11] Un ataque que, claro está, solo podía provenir de asentamientos hérulos radicados en el septentrión.

Pero, ante todo, el relato de Procopio sobre los hérulos nos muestra con qué facilidad un pueblo o una fracción de un pueblo podía migrar en la Europa de las invasiones, y también evidencia cómo una pequeña banda guerrera, como la integrada por los 200 guerreros hérulos escandinavos que partieron hacia el Danubio, se podía plantear, no ya cruzar media Europa, sino incluso reclamar un trono y unas tierras situadas del lado romano de la frontera.

En suma, la historia que Procopio nos cuenta sobre los hérulos de su tiempo, debería de hacernos reflexionar sobre la complejidad, divisiones y desviaciones que podían operarse en y durante una migración bárbara, así como sobre las extrañas causas e inesperadas consecuencias que podían tener o deparar dichos movimientos.

Así que las sagas y canciones germánicas a las que con frecuencia alude Jordanes como fuente de sus noticias, podían encerrar en su seno no poca verdad y, en este caso, el origen escandinavo de los godos, acertar de pleno. Máxime cuando ya en el siglo IV a. C., en el periplo de Piteas, navegante griego de Massalia (la actual Marsella) que hacia el 323 a. C. exploró los mares del norte de Europa en busca de estaño y ámbar, se señalaba en lo que hoy serían las regiones meridionales de Suecia, alrededor de las islas y costas que se extienden desde Heligoland a Götaland, al pueblo de los «gutones». [12] Un etnónimo que reaparece después de más de trescientos años en las obras de Estrabón, Pomponio Mela, Plinio el Viejo y Tácito que ubican a los gutones en la misma región báltica en que ya lo hiciera Piteas a finales del siglo IV a. C., pero trasladándolo esta vez a las tierras en torno a la desembocadura del río Vístula y señalándolo como una de las cinco grandes agrupaciones tribales en que se dividían los germanos [13] .

¿Y la arqueología? ¿No puede venir en nuestro auxilio? La arqueología muestra que en el siglo I a. C. se produjo un brusco despoblamiento por abandono de lo que hoy serían las tierras suecas que Jordanes y Procopio señalaban como tierra natal de los godos, pero, por otro lado, no se han encontrado pruebas sólidas de que dichas poblaciones se trasladaran a la costa sur del Báltico. Además, la búsqueda de restos materiales que agrupar en «culturas» que a su vez puedan asignarse a pueblos nombrados por los autores grecorromanos en las tierras de las antiguas Germania y Sarmatia es, en puridad, un ejercicio de buena voluntad. Así, por ejemplo, se ha querido identificar a los gutoni/gutones/gotones que, como vimos más arriba, señalaban Estrabón, Pomponio Mela, Plinio y Tácito desde el 10 a. C. al 98 de nuestra era en torno a la desembocadura del Vístula, con las llamadas culturas de Wielbark y Przeworsk, así como con la cultura de Jastorf, todas

ellas ubicadas en lo que hoy serían el norte y el centro de Polonia, y se ha tratado de enlazar estas culturas con la de Cherniajov, ya en la región carpática y póntica, en las actuales Ucrania, Moldavia y Rumanía, para así ofrecer «evidencias científicas» de la lenta migración de los godos desde el Báltico al mar Negro y al Danubio. Sin embargo, esos esfuerzos siguen sin ofrecer resultados claros de unos hechos que, por otra parte, están sólidamente constatados por las fuentes escritas de los siglos I al IV y de cuyos testimonios, al igual que de los de Jordanes, siguen dependiendo, aunque sea a regañadientes, los arqueólogos para llevar a cabo sus «identificaciones». [14]



Más feliz, aunque parca, ha sido la contribución de la filología. Esta última ciencia arroja evidencias sólidas de la instalación de los godos en la costa báltica, en el país que Jordanes llama Gotiscandia. Jordanes afirma que todavía en su tiempo, mediados del siglo VI, seguía denominándose así, Gotiscandia, a esa región báltica y ese dato lo confirman tanto la filología como la historia, pues hacia el año 978 la región aún tenía un nombre derivado de Gotiscandia: Goth-danisk designación que, hacia el 997, pasó a Git-Danzin y que

terminó dando como resultado el eslavo Gdanzky, que pasó al cabo a denominar a la ciudad principal de la zona: la polaca Gdansk que hasta 1945 tuvo el nombre alemán de Danzig.



Figura 1: Par de brazaletes de plata hallados en una tumba femenina de la necrópolis de Gronowo (Polonia), una de las más características de la llamada cultura de Wielbark, que cuenta con un importante conjunto de importaciones romanas. El ajuar de la tumba se fecha en el siglo III.

Del mismo modo, mediante la detección en la lengua gótica de palabras procedentes de otros idiomas no germánicos, como las procedentes de lenguas bálticas, finoúgrias, dacotracias e indoiranias, la filología constata que los godos, en su migración, atravesaron tierras pobladas por tribus hablantes de esas lenguas o se relacionaron largamente con ellas y que por lo tanto progresaron desde el Báltico central hacia el sur y el este, Vístula arriba y luego Dniéster, Bug, Prípiat y Dniéper abajo, hasta alcanzar los Cárpatos y el mar Negro. De hecho, es tal el número de palabras de raíz o procedencia indoirania y dacotracia en el gótico que algunos filólogos apuntan a que las denominaciones que los autores romanos daban a los godos,

getas, saurómatas y escitas, quizá no sean solo arcaicismos eruditos, sino la constatación de que, cuando los godos aparecieron frente a las fronteras romanas, no se trataría ya de un grupo étnico germano homogéneo, sino de una entremezclada aglomeración de gentes de muy diversa procedencia entre las que habría muchos sármatas, costoboques y carpos junto a godos propiamente dichos. [15]

Así que podemos concluir que en torno al año 100 a. C. hubo grupos de gutones/godos que comenzaron a abandonar Escandinavia para instalarse al otro lado del Báltico y que hacia el 20 a. C., tras haber sometido a las gentes del lugar o haberse mezclado con ellas, estaban sólidamente asentados en las tierras que se extendían alrededor de la desembocadura del río Vístula. Ya hemos visto que allí los sitúa Estrabón, quien los denomina *gutoni* y su testimonio lo corrobora Plinio, quien los llama *gutones* , y Tácito y Ptolomeo que los denominan, respectivamente, *gotones* y *guti* . Tácito, en su *Germania* , escrita hacia 98 d. C. nos dice sobre ellos: Tras los ligios están los gotones; con régimen monárquico, con una sujeción algo mayor que la de los restantes pueblos germanos, aunque no tanto como para suprimir su libertad. A continuación, nos encontramos, por la parte del Océano, a los rugios y lemovios. Típicos de todos estos pueblos son los escudos redondos, las espadas cortas y la sumisión a sus reyes. [16]



Volveremos sobre la descripción que Tácito hace de los primitivos godos, pero se habrá advertido que, de los testimonios de los autores clásicos, de Estrabón a Ptolomeo, se deduce que los godos permanecieron en sus tierras en torno a la desembocadura y el curso medio del Vístula durante unos doscientos años. Esto lo ha corroborado la arqueología, la cual no detecta en la región cambios significativos durante ese periodo, además del hecho de que Marco Aurelio y Cómodo, durante los más de veinte años de guerras marcomanas y sármatas (165-189), no tuvieran que lidiar con los gotones/godos, a los que tampoco se menciona como aliados o enemigos de las tribus contra las que sí tuvieron que combatir sin cesar en los *limes* danubiano y dácico: marcomanos, cuados, sármatas yaciges y roxolanos, naristios, longobardos, vándalos silingos, asdingos y lacringos, vinctumalos, costoboques, hermunduros, cotinos, burios, carpos, *etc.* [17] Nótese que sí aparecen pueblos que Tácito y Plinio, menos de cien años antes, habían colocado junto a los gotones/godos, los longobardos y vándalos. Y como Jordanes señala que los godos, en la época en que iban a iniciar su migración hacia el sur y el

este, arrollaron a los vándalos, [18] se ha establecido, con bastante buena y simple lógica, cierta relación entre la migración de los godos hacia el sur y el este y los desplazamientos hacia el oeste y el sur de otros pueblos de la Germania oriental, longobardos, vándalos y burgundios y, por ende, con el desencadenamiento de las feroces guerras marcomanas del 165-189. [19] De ser esto cierto, los godos deberían de haber comenzado su lento migrar desde el Báltico hacia los Cárpatos y el mar Negro alrededor del año 160 aunque no alcanzarían sus nuevos asentamientos en el Bajo Danubio, los Cárpatos orientales y las estepas del mar Negro, hasta el 215-230. Su migración y conquista de sus nuevas tierras abarcaría, pues, unos setenta años.

Ahora bien, establecidos el punto de origen y destino de la migración de los primitivos godos y las fechas aproximadas de su inicio y fin, habrá que preguntarse el por qué y el cómo.

Cuando Tácito describió Germania hacia el año 98 de nuestra era, el mundo, la sociedad que describía, estaba cambiando a un ritmo acelerado y en una dirección que desmentía la idealizada descripción del historiador romano. Germania estaba cambiando y lo hacía creciendo.

En efecto, cuando Cayo Julio César se enfrentó a los germanos en el curso de su conquista de las Galias (58 a 51 a. C.), Germania era una tierra pobre poblada por pequeñas agrupaciones tribales. Los bosques y pantanos, así lo demuestran no solo las descripciones de los autores grecorromanos, sino también los estudios polínicos más recientes, cubrían enormes extensiones de territorios en los que los asentamientos humanos, pequeños, dispersos y efímeros, eran como islas aisladas en un mar verde. La economía de esta inmensa región, la Germania Libera, esto es, la Germania libre o no sometida por los romanos, que se extendía entre el Rin y el Vístula, era harto primitiva. La arqueología muestra un mundo de pequeñas aldeas cuyos habitantes llevaban una vida

pobre limitada por el uso de técnicas agrícolas deficientes en las que se usaba un arado sin reja de hierro incapaz de profundizar el surco y de voltear la tierra, por lo que no llegaban a arrancar las hierbas y raíces, ni a mezclarlas con la tierra para enriquecer a esta última oxigenando y amalgamando nutrientes y minerales. Como se tendía al monocultivo y no se empleaba más abono que el de la ceniza, obtenida por la quema de rastrojos, tenían que recurrir a labrar campos que, una vez recogida la cosecha, debían dejarse en barbecho por un mínimo de dos años para que recuperasen la fertilidad. Esto, claro está, limitaba la extensión y la producción de la tierra disponible y, además, no evitaba que en el curso de un par de generaciones los campos se agotaran y que la aldea al completo tuviera que emigrar para buscar un nuevo asentamiento en el que roturar el bosque y recomenzar el ciclo de subsistencia que acabamos de exponer y que basaba su penosa economía en el cultivo de alguna de las variedades existentes de cereal y, en particular, de la cebada y del trigo.



Figura 2: Reconstrucción moderna de una vivienda de los siglos II-III en Masłomęcz (Polonia). Se fundamenta en los vestigios hallados en yacimientos de la cultura de Wielbark, en la cuenca del Vístula.



Figura 3: Esqueleto de uro, *Bos primigenius* , mamífero de la familia de los bóvidos, ya extinto pero que durante la

Antigüedad pobló buena parte de la Europa septentrional. Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague.

La ganadería no paliaba la escasez de alimentos que proporcionaban los cultivos, pues la falta de forraje para el invierno limitaba la estabulación de ganado y obligaba a sacrificar al final del otoño a la mayoría de los animales para así asegurar la supervivencia de los reproductores, por lo que las cabañas ganaderas no eran muy numerosas. Vacas, cerdos, cabras, ovejas y caballos constituían el grueso de los animales domésticos.

En fin, la caza seguía ocupando un importante puesto como fuente de proteínas y, a menudo, tras una mala cosecha, para un poblado podía significar la diferencia entre la muerte por inanición o la supervivencia. Los ciervos y los jabalíes eran las principales piezas de caza y el abatimiento de un caballo salvaje, con sus 300 a 500 kg de carne, de un alce, con sus más de 500 kg, o mejor aún, de un uro o de un bisonte, que podían representar 1000 kg de carne, podían asegurar el consumo de toda una aldea durante muchos días.

Por supuesto, este tipo de economía no permitía que las aldeas contaran con artesanos especializados. Se desconocía la fabricación de la alfarería con torno y con piezas bien cocidas que en el Mediterráneo era norma desde hacía muchos siglos y los germanos de comienzos de nuestra era tenían que conformarse con rústicas vajillas hechas a mano y muy frágiles. Lo mismo ocurría con los adornos y los demás lujos y objetos de prestigio: o procedían del mundo romano y se obtenían mediante el comercio del ámbar, los esclavos, las pieles, *etc.* o se robaban en incursiones al otro lado de la frontera. Aun así, la inmensa mayoría de los adornos de este periodo encontrados en los yacimientos arqueológicos son de bronce, mas son escasos los de plata y casi inexistentes los de oro.

Las armas eran, asimismo, muy deficientes. La mayoría de los germanos del siglo I no llevaban ni yelmo, ni armadura de ninguna clase, ni portaban espadas de larga hoja, ni lanzas pesadas, sino que tan solo se protegían con escudos de madera de sauce o de aliso, y esgrimían ligeras lanzas de estrecha y afilada hoja, aptas tanto para ser arrojadas como para ser blandidas, llamadas frámeas, o bien se contentaban con venablos cortos, aún más ligeros, llamados bebras. [20]

Así que podría decirse que la pobreza en el vestir, en el comer y en el guerrear era la tónica de la vida en la Germania Libera.

Mas todo comenzó a cambiar con la consolidación de las fronteras romanas del Rin y del Danubio Superior y Medio. La instalación de decenas de miles de legionarios y auxiliares, unos 120 000 en el siglo I de nuestra era desplegados entre el mar del Norte y lo que hoy sería Austria, significó una demanda imparable de bienes de consumo y eso dinamizó la economía de las tribus ribereñas y, poco a poco y por extensión, la de las que se hallaban inmediatamente tras ellas. La plata romana comenzó a circular entre las aldeas germanas del oeste y con la plata, nuevos cultivos y, sobre todo, nuevas técnicas de agricultura. Esto último fue decisivo. Comenzaron a usar un arado más pesado y dotado de cuchillas y reja de hierro de estilo romano. Con este tipo de arado, los aldeanos germanos podían revolver la tierra y arar más profundo y, con ello, labraban más campos y aseguraban su fertilidad por más tiempo a la par que incrementaban su rendimiento. A ello se vino a sumar el uso del estiércol de los ganados para abonar los campos y la introducción de un sistema de rotación que introducía en el ciclo trienal de cultivo a una segunda planta: trigo el primer año y cebada, avena o leguminosas el segundo, por ejemplo, o cebada el primer año y centeno o heno el segundo, etc., por lo que los campos pasaban de tener que estar dos años en barbecho a uno solo. Ahora las aldeas de la Germania Libera

podían extender sus campos y, sobre todo, mantenerlos productivos, no solo por un par de generaciones, sino de manera indefinida.

El crecimiento exponencial de la productividad agrícola incrementó a su vez la población. Las aldeas pasaron de ser pequeños asentamientos de unas pocas decenas de chozas que, tras cincuenta o sesenta años tenían que ser abandonadas, a transformarse en grandes poblados permanentes que podían albergar no ya a unas decenas o a unos pocos centenares, sino a millares de individuos.

Fue toda una revolución económica y demográfica que para el año 100 había transformado a las tribus situadas entre el Rin y el Elba y que, hacia el 150 llegó al Óder, sin haber alcanzado las tierras del Vístula, las que habitaban las tribus godas, hasta aproximadamente el año 200. De modo que mientras que entre las tribus occidentales la riqueza y la población crecían sin parar y con ello se daba paso a una transformación social y política de la que hablaremos más tarde, las tribus de los gotones/godos señaladas por Plinio, Tácito y Ptolomeo seguían sometidas a unas condiciones de vida mucho más duras y limitadas tal como evidencian las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en asentamientos de las culturas de Wielbark y de Przeworsk, con sus diminutas y pobres aldeas del siglo II.

Es importante que tengamos muy en cuenta lo que acabamos de exponer más arriba y que, en consecuencia, saquemos la inevitable conclusión: la migración de los godos y de otras tribus orientales como los vándalos, los longobardos o los burgundios no estuvo provocada por una explosión demográfica. No, lo que impulsó a estas tribus orientales a migrar fue precisamente la atracción irresistible que sobre ellos ejercía la riqueza que bullía, por así decirlo, entre sus parientes más afortunados del occidente y del sur. Dicho de forma más clara: los vándalos y longobardos que participaron en las

guerras marcomanas de Marco Aurelio y Cómodo (165-189) buscaban mejorar su vida y obtener, cuanto menos, lo que ya poseían los marcomanos y cuados.



Figura 4: Prototipo temprano de *sax* hallado en Herzsprung (Brandeburgo) y fechado en el siglo III o IV. El *sax* , daga o espada corta de hierro, será una de las armas características de la mayoría de los pueblos germanos durante el periodo de las migraciones y la Alta Edad Media.

Pero ¿y los godos? ¿Por qué no se sumaron a sus vecinos vándalos, burgundios y longobardos y emigraron hacia el sur y el oeste para buscar nuevas oportunidades en el Dorado del *limes* romano? ¿Por qué tomaron una ruta de migración distinta que los llevaba hacia el sur y el oriente y que no los puso en contacto con las fronteras romanas hasta la década del 230? Pues porque los godos se sintieron atraídos por otro «foco de riqueza»: Oium. Sí, así era como los godos llamaban a las riquísimas tierras de la Escitia o Sarmatia que se desplegaban desde las laderas de los Cárpatos orientales hacia los valles del Bug y el Dniéster y hasta las dilatadas estepas pónticas del Dniéper y el Don [21] y que *grosso modo* se corresponden con lo que hoy son Moldavia, Ucrania, el sur de Rusia y el este de Rumanía. Jordanes resalta la riqueza de estas tierras y cómo ejercieron su atracción sobre los emigrantes godos, los cuales quedaron «sorprendidos por la riqueza de estas regiones». En efecto, la Oium gótica, la tierra que griegos y romanos conocían como Escitia o Sarmatia, era rica de verdad. De hecho, sus tierras negras y grasas son las más fértiles de toda Europa, pero aquel país era también tierra de próspero comercio. Pues siguiendo el curso de sus grandes ríos, Bug, Dniéster, Dniéper, Prípiat y Don arriba y Vístula, Niemen y Dviná occidental abajo, los comerciantes de las pujantes ciudades del reino grecoescita del Bósforo Cimerio, intercambiaban productos de origen mediterráneo y oriental por el ámbar, las pieles finas y los esclavos de las regiones bálticas.

Pero por esas rutas comerciales no solo circulaban el ámbar, las pieles, el vino o el oro, también lo hacían influencias culturales, artísticas, sociales, tecnológicas y guerreras. Desde la segunda mitad del siglo I de nuestra era, los reinos y señoríos nómadas de las tribus sármatas, aorsos, siraces, yaciges, roxolanos y alanos, que pastoreaban sus rebaños por las llanuras del mar Negro, Polesia, Valaquia y Hungría, ejercían una notable influencia sobre los godos. [22] No es, pues, de extrañar que los godos del Báltico se sintieran atraídos por las regiones del mar Negro.



Figura 5: Collar de cuentas de ámbar perteneciente a la cultura Przeworsk, que ocupó el centro y sur de la actual Polonia, entorno del valle del río Vístula, entre los siglos III y V. Al igual que sus vecinos, los miembros de la cultura

Cherniajov, participaban de la lucrativa ruta del ámbar que discurría desde el Báltico hasta el mar Negro.

Y llegados a este punto debemos poner en concordancia lo que nos dice Jordanes con lo que la arqueología nos ha revelado sobre cómo la revolución agrícola y demográfica germana no alcanzó las tierras habitadas por los godos hasta finales del siglo II o inicios del III, por lo que los godos bálticos no contaron con el auxilio de los nuevos métodos agrícolas para poner en valor sus tierras, agotadas tras doscientos años de cultivo basado en el primitivo ciclo de roturación, siembra y abandono. Sin embargo, hacia el sur y el este, en el país que los godos llamaban Oium, en las llanuras donde nomadeaban los sármatas, había abundancia de tierras muy fértiles y sin explotar.

OIUM: LA TIERRA DEL MESTIZAJE GÓTICO

¿Conocían su destino? Por supuesto. Ya hemos hablado del comercio con las ciudades costeras del mar Negro y con la Dacia romana y de la intensa influencia sármata sobre los godos del Báltico y el valle del Vístula. Esa influencia fue decisiva y ha quedado evidenciada en la forma y contenido de las llamadas tumbas Fürstengräber, o sepulturas principescas, en las que los nobles de los gotones/godos aparecen enterrados junto a ricos ajuares de influencia sármata entre los que destacan largas espadas de doble filo de estilo sármata y lanzas de caballería: la *contos* sármata.

La aparición de estas tumbas principescas entre los godos antes de que se produjera la «Revolución agrícola» muestra que el comercio y la guerra, y no la agricultura, estaban siendo para ellos el motor de los cambios sociales y que la aristocracia militar estaba ocupando un puesto relevante y decisivo que, como es evidente, tuvo que desempeñar el papel principal en la

inmediata migración hacia el mar Negro y la frontera romana. [23]

Recordaremos ahora el pasaje que Tácito escribió hacia el año 100 sobre los gotones: «Tras los ligios están los gotones; con régimen monárquico, con una sujeción algo mayor que la de los restantes pueblos germanos, aunque no tanto como para suprimir su libertad». [24] Hoy día se tiende a aceptar que entre los germanos orientales se comenzó a operar una transformación social importante en los primeros siglos de nuestra era que fue dando cada vez mayor protagonismo a los jefes guerreros, los cuales, apoyándose sobre el dominio de fincas cada vez más extensas y sobre el control de portazgos y rutas de comercio, lograban reunir a su alrededor a un cada vez más nutrido grupo de esclavos, siervos y seguidores libres, a la par que tendía a hacerse hereditaria. Esta nueva nobleza recibía el nombre de *jeburtsadel* y sus miembros, que a menudo ostentaban el título de *herzog* , contaban con cada vez más nutridos grupos de seguidores armados, o *gefolge* , con los que compartían aventuras guerreras, mesa y riquezas y, en caso de fracaso, la muerte.



Figura 6: Estela funeraria de Tryphon, jinete sármata muerto en algún momento entre los siglos II y III. Hallada en Tanais, actual Rostov del Don (Ucrania). La leyenda que acompaña reza «Tryphon, hijo Andromenes», en lengua griega, por efecto de la fuerte helenización de las costas del mar Negro. Se trata de un testimonio del modo de combate sármata, con empleo de la lanza larga –*contos* – esgrimida con ambas manos, así como de armadura corporal de escamas metálicas. Se cubre con un gorro cónico o, lo que es más probable, casco. Museo del Hermitage, San Petersburgo.

La nueva nobleza y sus *gefolge* fueron, sin duda, el motor de la migración y la tenemos que imaginar como el flujo hacia oriente y el mediodía de *gefolge* godos encabezados por sus *herzog* y acompañados por sus siervos, esclavos y familias. Estos grupos podían en ocasiones agruparse para enfrentar peligros y enemigos, pero, en general, debían de ser bastante

independientes entre sí. No obstante, Jordanes sitúa a la cabeza de la migración a un mítico rey godo: Filimer, hijo de Gadarico. [25] Sin embargo, no hay evidencia alguna de que Filimer existiera, ni de que en fecha tan temprana los godos dispusieran de un monarca supremo. Más bien, y como ya hemos apuntado, habría que pensar en muchos *herzog* , príncipes y reyes godos. En cualquier caso, ya fuera bajo la dirección del legendario Filimer o de cabecillas menores, los godos remontaron el valle del Vístula, giraron hacia el sudeste y, casi con toda probabilidad, se subdividieron en varios grupos, para encaminarse unos hacia Polesia y el río Prípiat, atravesando los inmensos pantanos del mismo nombre y alcanzar el Dniéper y sus riquísimos pastizales hacia el 230, mientras que otros grupos tomaban las rutas más occidentales y accedían a las laderas orientales de los Cárpatos o bajaban por los valles del Bug y el Dniéster para, asimismo, llegar a las riberas del mar Negro hacia el 215-220. Unas tierras que, precisamente y por aquellos mismos años, último tercio del siglo II e inicios del III, estaban siendo desocupadas por los sármatas roxolanos que, empujados por los alanos, se estaban sumando a sus parientes, los sármatas yaciges de la llanura panónica, en sus guerras contra Roma. [26]

Sin embargo, las tierras de Oium/Sarmatia no eran terrenos vacíos. Bandas de sármatas roxolanos, taifales y dacios no sometidos, como los carpos y costoboques, se entremezclaban con grupos muy complejos como los boranos, «gentes del norte», con otras agrupaciones de germanos como los burios, cotinos, hérulos, bastarnos y peucinos y con los alanos, el último grupo sármata que, empujando desde el Kubán, el Don y el Dniéper, se estaba instalando en las estepas del Dniéster y el Bug. Por si fuera poco, la arqueología y las fuentes de la época señalan evidencias en la región de grupos que podríamos denominar protoeslavos y que habitaban ya en los pantanos del

Prípiat, en los valles y montes más aislados de los Cárpatos orientales y en las márgenes boscosas de los grandes ríos de la región: Dniéster, Dniéper y Don. Son los vénetos o esclavenos y antas que señala Jordanes y los esclavenos y esporos que cita Procopio. [27]

Los godos lograron hacerse sitio entre todos estos pueblos guerreando contra ellos y expulsándolos de sus tierras o sometiéndolos, pero también aliándose y mezclándose con ellos. Hacia el 215-225 ya estaban asentados en las llanuras del norte y centro de Moldavia y en las laderas orientales de los Cárpatos, en lo que hoy son las regiones fronterizas de Rumanía con Moldavia y Ucrania. Luego alcanzaron las fronteras de Dacia y del *limes* danubiano. De hecho, la primera evidencia de que los godos se estaban aproximando al *limes* romano, [28] nos la suministra la inscripción de un oficial romano de tiempos de Caracalla (211-217), quien nos proporciona el nombre de su hijo: Guta. Nombre claramente gótico y que, teniendo en cuenta el rango de su padre, *praepositus* , apunta a que este último se había enrolado en las filas romanas en tiempos del emperador Septimio Severo (193-211). [29]

Ya en sus nuevos asentamientos, los godos no tardaron mucho en darse cuenta de las «posibilidades» de saqueo que ofrecían las cercanas provincias romanas de Dacia, Mesia y Tracia. Así que, a partir del año 238, comenzaron a asaltar la frontera junto con otras tribus.

El pueblo godo comenzaba a «poner a prueba el valor de los romanos» y sería una dura prueba, pues, como dice Jordanes, eran una «raza de hombres fieros y dispuestos siempre a combatir». [30]

«LOS HIJOS DEL DIOS FURIOSO»: LOS GODOS Y SUS PRIMERAS GUERRAS CON ROMA (238-337) Hacia el año 230, las bandas

guerreras y los asentamientos godos podían hallarse ya en una amplia zona que iba desde las fronteras nororientales de la Dacia romana, *grosso modo* la actual Rumanía, hasta las riberas occidentales del río Dniéper, en el corazón de la actual Ucrania. Desde el primer momento, estos grupos godos interactuaron con los pobladores del inmenso país batallando contra ellos, coaligándose con ellos, extorsionándolos, aniquilándolos o conquistándolos. Con los sármatas roxolanos, yaciges y alanos la relación oscilaría entre la alianza y la fascinación por su cultura y modo de vida, y la hostilidad y la guerra sin cuartel. Así, por ejemplo, los godos terminarían por expulsar a los sármatas roxolanos de las llanuras del Dniéster, del Bug y del Bajo Danubio, pero tomarían de ellos y de los alanos un nuevo estilo de vida, más pastoril y en el que el ganado y, sobre todo, el caballo se constituía en elemento central de la vida de los nobles y de los guerreros. Y no es que los godos no usaran antes el caballo, pero como demuestra la lingüística, es en los siglos III y IV cuando en estrecho contacto con los sármatas incorporaron a su idioma la palabra de origen indoiranio *hors* , vocablo que designaba a un tipo de caballo apto para guerrear y no solo para servir de montura y que sustituyó al vocablo germánico *eorh* que hasta entonces había sido el genérico usado para denominar al noble bruto. Este «descubrimiento» del caballo de batalla por mor de la relación más estrecha con los sármatas, queda ya apuntado en Tácito, quien señalaba que los germanos poseían caballos lentos y desmañados y que, por eso, la

inmensa mayoría de sus guerreros preferían combatir a pie. Por lo demás, la influencia sármata se evidencia en múltiples campos: en el de las armas, estilos de lucha, organización militar, formas de contar, adornos y costumbres. Lo que se manifestaría en detalles tan curiosos como el «traje real godo», el llamativo atuendo de pieles de clara influencia sármata que lucían los reyes godos, o en que las denominaciones de los jefes de 100 guerreros y de un millar: hundafaps y *msundifaf* , fueran también de procedencia indoirania. [31]

Con los carpos y costoboques, dos pueblos dacios no sometidos por los romanos, y con los taifales, un oscuro pueblo que con toda probabilidad era una mezcla de germanos con elementos dacios y sármatas, la hibridación fue asimismo muy intensa, como también lo fue con otros grupos germanoorientales recién llegados a la región o establecidos en ella desde hacía siglos, entre los que era en especial relevante la progresiva incorporación al pueblo godo de bandas de bastarnos, cotinos, burios y peucinos.

Los godos, además, mantuvieron alianzas de conveniencia con otros grupos bárbaros de difícil filiación étnica como los boranos, un pueblo, o más bien, una confederación tribal muy volátil en la que sin duda había godos, hérulos, sármatas, dacios y otros pueblos y que se fue fundiendo con los godos, o como los urugundos, un misterioso y salvaje pueblo que habitaba al este del Don, junto a las riberas del lago Meotis, nuestro mar de Azov, y que se sumó a las grandes expediciones de saqueo de los godos, boranos y hérulos acaecidas entre los años 257 y 269 y que puede que fueran una avanzadilla de los pueblos prototurcos que precediera en más de un siglo a los hunos o que se tratara de una división de los sármatas.

Las tribus finoúgrias y eslavas, este último pueblo en plena etnogénesis, también se mezclaron y relacionaron de forma intensa con los godos que llamaban a los pueblos finoúgrios, *Finn* , literalmente «los que encuentran», porque eran cazadores-recolectores que vagaban por los inmensos bosques y pantanos de Europa oriental acechando a los animales salvajes y buscando frutos silvestres. Por su parte, los eslavos incorporaron a su lengua una parte notable del vocabulario dedicado al comercio, a las estructuras de poder, a la agricultura y, sobre todo, a la guerra, como por ejemplo la palabra *helm* , «yelmo». [32]

En fin, en el nuevo y complejo escenario bárbaro en el que ahora habitaban los godos, también se establecieron alianzas puntuales salpicadas de guerras feroces con otros pueblos germanos, como aquellas acordadas o sostenidas, según el caso, con y contra vándalos asdingos, gépidos y hérulos. [33]

Es muy probable que el nombre tribal de los godos fuera teogonista e hiciera referencia a su antiguo dios de la guerra: Guton o gaut, «el furioso», esto es, Gutones o «el pueblo de Guton». Debido a que los godos creían que Guton era su padre y que había nacido en su país, [34] aún estaban tratando de adaptarse a su nuevo medio y, como todos los emigrantes, no tenía que ser fácil. De ahí que la «tentación» de cruzar el *limes* romano y caer sobre las ricas provincias del Imperio fuera irresistible. Así, en el 238, al comienzo del reinado de Gordiano III (238-244) los godos asaltaron la Dacia romana y luego cruzaron el Danubio y saquearon Mesia Inferior, llegando a tomar la ciudad de Istria, en la desembocadura del Danubio. Era su primer ataque a la frontera romana y su primer contacto masivo y brutal con el Imperio. [35]

Este primer ataque godo tuvo que ser lo bastante importante como para que Roma firmara con ellos un acuerdo en el que se establecía el pago de subsidios y el alistamiento de miles de

guerreros godos en el ejército romano que debía de enfrentar a los persas. El pago de subsidios a los godos queda recogido en diversas fuentes y, sobre todo, en Jordanes. En cuanto a la participación de guerreros godos en la guerra contra Persia emprendida por Gordiano III se nos muestra con claridad en la inscripción triunfal que el *shahansha* , o «rey de reyes», Sapor I, mandó esculpir para conmemorar sus grandes victorias sobre Gordiano III y Filipo el Árabe y en la que los godos aparecen como integrantes del ejército romano derrotado en el 244 en Misikhe por el soberano sasánida. Como esta noticia no es muy conocida por los especialistas que abordan la historia de los godos y las fuentes romanas no la transmiten y solo la conocemos por la inscripción de Sapor, reproducimos aquí el pasaje en cuestión: [...] Cuando nos establecimos sobre el Eranshar [Imperio sasánida] el César Gordiano levantó en todo el Imperio Romano una fuerza desde los reinos godos y germanos y marchó sobre Asuristán [Mesopotamia Central y Meridional] contra el Imperio de Irán y contra nosotros. Al lado de Babilonia en Misikhe tuvo lugar una gran batalla frontal. El César Gordiano fue muerto y la fuerza romana fue destruida [...] [36]

La mención explícita de los godos entre las fuerzas que Gordiano III y Filipo el Árabe llevaron contra la Persia sasánida en el año 244 es harto significativa, sobre todo si se tiene en cuenta que seis años antes acababan de establecer contacto directo y violento con los romanos y apunta a que su fuerza les estaba singularizando rápidamente y les hacía destacar entre las numerosas tribus que pululaban en las lindes de los *limes* danubiano y dacio.

Ese poderío gótico volvió a desatarse de inmediato contra Roma. Jordanes alude a que los romanos dejaron de pagar los subsidios a los godos y es posible que la derrota y muerte de Gordiano III tuvieran algo que ver pues, como se evidencia en

el texto de la inscripción de Sapor I que acabamos de reproducir, miles de godos militaron en el ejército romano y miles debieron de morir y de ser hechos prisioneros, con el consiguiente malestar y desazón entre las gentes de sus belicosos pueblos que habían quedado en sus asentamientos transdanubianos y pónticos. Así que podemos colegir que los godos «olían» la debilidad del Imperio y que mezclaban la oportunidad de hacerse con cuantiosos botines con el deseo de cobrarse venganza por el desastre en el que se habían visto hundidos los guerreros que habían partido junto a las legiones para morir en las batallas libradas contra los persas. En cualquier caso, en la primavera del 245, los godos volvieron a cruzar la frontera romana y a devastar Mesia y Tracia. Sus correrías desmantelaron las defensas fronterizas y obligaron a Filipo el Árabe (244-249) a enviar contra ellos en el 246-247 al general Marino Tiberio Pacatiano quien logró derrotarlos en el otoño del año 247, aunque no de forma decisiva. Además, Marino Tiberio Pacatiano se levantó contra Filipo el Árabe en la primavera del 248 y tuvo que ser derrotado por Decio, a la sazón enviado por el emperador para aplastar la rebelión y los godos sacaron provecho de la guerra civil acogiendo entre sus filas a miles de desertores del derrotado ejército de Pacatiano y reanudando sus correrías contra territorio romano que Decio, encargado ahora de la defensa del *limes* , trataba de frenar.

Según Jordanes, las bandas guerreras godas sumaban 30 000 hombres y estaban reunidas en torno a un rey supremo: Ostrogota, quien en el año 248 y a la cabeza de una confederación tribal que incluía a los peucinos, a los taifales, a los carpos y a los vándalos asdingos, volvió a cruzar el Danubio junto con sus lugartenientes Argaito y Gunderico para devastar Mesia Inferior y Tracia, llevando a sus huestes ante las murallas de la ciudad de Marcianópolis (actual Devnya, en Bulgaria) a la que asediaron y obligaron a pagar un cuantioso rescate para que

levantaran el sitio y repasaran el Danubio. Este movimiento lo efectuaron cargados de botín y cautivos y sin que los romanos pudieran estorbarles. [37]

Ostrogota no solo condujo a su pueblo contra los romanos sino también contra los gépidos, pueblo emparentado con los godos y que acababa de abandonar sus agotadas y pobres tierras septentrionales situadas entre el Óder y el Vístula, para buscar nuevos territorios donde asentarse. Los gépidos arrollaron a los burgundios a los que obligaron a desplazarse más hacia el oeste y continuaron avanzando hacia el sur y el este para terminar alcanzando las ricas tierras de lo que hoy es el norte de Moldavia y el este de Rumanía, en donde pretendían instalarse tras desalojar de allí a los godos que apenas si llevaban establecidos ahí treinta años. Pero Ostrogota reunió a sus bandas guerreras y marchó contra los invasores gépidos a los que derrotó en una salvaje batalla que obligó a los norteños a retirarse hacia el noroeste y a alejarse del territorio godo. [38]

Vencidos los gépidos, apareció un nuevo jefe godo, Cniva, señal inequívoca de que, pese a los afanes de Jordanes, los godos no estaban en modo alguno sujetos a una monarquía regulada ni poderosa, sino divididos en muchos grupos y jefaturas entre las cuales se establecían cambiantes hegemonías que, en ocasiones, elevaban a un jefe sobre los demás y agrupaban a varios contingentes tribales bajo su liderazgo. En esos cambios de hegemonía y dominio, de reunión de bandas guerreras y de disgregación de las mismas, la guerra y con ella la obtención de botín y victorias eran el elemento principal.

Pero, entonces, ¿por qué el victorioso Ostrogota desapareció de la escena principal y cedió su sitio a Cniva? Pues porque es probable que los triunfos de Ostrogota no fueran tan notables como pretende hacernos creer Jordanes y, ante todo y en ese punto, el autor de los *Getica* sí se ve obligado a reconocerlo a

regañadientes, porque la victoria de Ostrogota sobre los gépidos se logró a costa de numerosas bajas y sinsabores.

En cualquier caso, en la primavera del año 250 y aprovechando que los carpos habían invadido Mesia Superior y Panonia Inferior y atraían hacia ellos la atención de los romanos, Cniva reunió una gran hueste de godos y carpos que, según Jordanes, sumaba 70 000 guerreros y cruzó el Danubio para volver a devastar la provincia de Mesia Inferior. La cifra de guerreros que condujo Cniva, 70 000 hombres, puede ser exagerada. No obstante, a tenor de lo que los bárbaros lograron y, sobre todo, teniendo en cuenta a las fuerzas romanas con las que se enfrentaron, es harto posible que Cniva reuniera no menos de 40 000 hombres. En esa gran horda bárbara, godos y carpos debían de estar muy igualados en número, tanto como para que Lactancio les otorgue a estos últimos, a los carpos, el mérito principal, aunque las fuentes mejor informadas dan la primacía a los godos y ponen el acento en el caudillaje de Cniva.

Tan formidable hueste se dividió en dos saqueadoras columnas: una marchó contra Oestus y Novae y la otra contra Marcianópolis, pillando e incendiando a su paso aldeas y villas. Pero el recién nombrado gobernador, Treboniano Galo, al frente de sus dos legiones, la I Italica y la XI Claudia, logró hacer frente con cierto éxito a los invasores godos derrotándolos cerca de Novae y limitando sus asaltos y devastaciones, consiguiendo así tiempo suficiente como para que, al año siguiente, 251, acudiera en su auxilio el mismísimo emperador Decio.

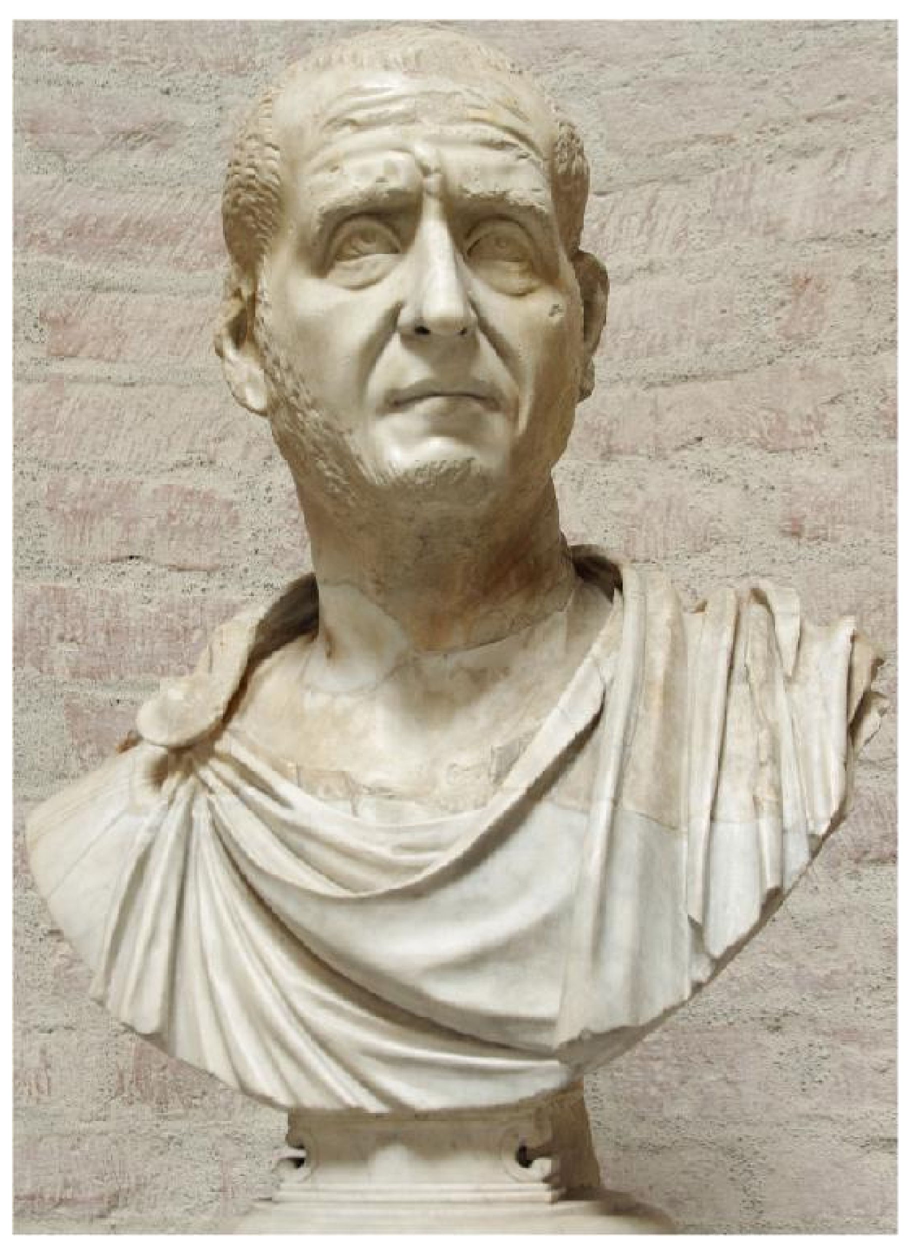


Figura 7: Busto del emperador Decio, conservado en la Gliptoteca de Múnich.

Que el augusto Decio marchara al frente de un gran ejército y acompañado por su hijo y coemperador, Herenio Etrusco, da fe de que la invasión goda de 250-251 era un asunto grave.

Decio acudió en ayuda de la sufrida provincia de Mesia Inferior a la cabeza de los pretorianos, no sabemos si al completo o en parte, así como de la totalidad de los *equites singularis augusti* , 1500 jinetes de élite, y de la legión II Parthica al completo, sumando además nutridas *vexillationes* procedentes de las legiones X Gemina, XIV Gemina, I Adiutrix y II Audiutrix, completándose el ejército con las correspondientes unidades auxiliares legionarias de caballería y de infantería ligera. Así que Decio debió de llegar al Bajo Danubio a la cabeza de un ejército que debía de rondar los 30 000 hombres.

En la primavera del año 251, el emperador llegó a Mesia Inferior y logró sumar sus tropas a las del gobernador Treboniano Galo y, con ello, el ejército romano debió de ascender a unos 45 000 hombres y pudo enfrentar con éxito a los godos. Estos sufrieron un descalabro notable en Nicópolis (Nikub, en el norte de Bulgaria) ciudad que estaban asediando y junto a la cual Cniva fue derrotado y obligado a huir. Poco más tarde, en Ad Istrum, no lejos de Nicópolis, los godos fueron alcanzados por los romanos y derrotados de nuevo, lo que ocasionó que los bárbaros perdieran el botín acumulado hasta entonces y que los romanos liberaran a un buen número de cautivos.

Sin embargo, Cniva logró zafarse de sus victoriosos perseguidores y encaminó a sus hordas hacia el monte Hemo, los Balcanes propiamente dichos, pasando a la llanura tracia y alcanzando la gran ciudad de Filipópolis (Plovdiv, sur de Bulgaria) a la que los bárbaros pusieron sitio.

Decio no podía permitir que una ciudad tan próspera cayera en manos bárbaras, así que llevó a sus tropas hacia el sur en persecución de los godos, pero dejó tras de sí a Treboniano Galo con sus dos legiones para que cortaran cualquier posible intento de retirada de los bárbaros hacia el Danubio. Mientras tanto, la guarnición de Filipópolis, aterrorizada ante la horda

bárbara que Cniva había reunido bajo sus murallas, se había plegado a un usurpador, Prisco, que trató de negociar con los godos. Este, entonces, pactó el apoyo de los godos a su levantamiento contra Decio a cambio de la entrega pacífica de la ciudad, que pagaría un crecido tributo a modo de rescate por las vidas y haciendas de sus ciudadanos. Pero, conforme se abrieron las puertas de Filipópolis, Cniva y sus godos se arrojaron sobre la población y la guarnición pasando a degüello a la mayor parte de los hombres comunes y tomando como esclavos y rehenes a nobles, niños y mujeres. Amiano Marcelino cita que 100 000 habitantes fueron asesinados o esclavizados por los bárbaros.

Ajeno al desastre y ya muy cerca de la debelada Filipópolis, Decio acampaba con su ejército en Beroea (Stara Zagora) y allí fue atacado por Cniva, el cual, informado de la proximidad del ejército imperial, trató de sorprenderlo. Jordanes insiste en que los godos lograron vencer a Decio, pero teniendo en cuenta lo que pasó a continuación es poco probable que así fuera y es mucho más lógico pensar que los godos fueron rechazados, pues se vieron obligados a abandonar la fértil Tracia y a cruzar a toda prisa el monte Hemo perseguidos de cerca por Decio y sus tropas. Sin embargo, al otro lado de la cordillera, a Cniva lo esperaba Treboniano Galo con sus dos legiones y la horda bárbara fue copada, no lejos del Danubio, entre los dos ejércitos romanos.

Tras una serie de combates preliminares y de tanteo librados en un lugar llamado Ad Puteam, los godos fueron obligados a ceder más terreno y retroceder hasta una zona pantanosa cercana a Abrittus (actual Hisarlak, cerca de Razgrad, en la Dobrudja búlgara) en la que Cniva y sus godos quedaron entonces en una situación desesperada: encerrados entre dos ejércitos romanos que habían rodeado sus posiciones y apelotonados en una comarca pantanosa y estéril en la que no

tardarían en sucumbir debido al hambre y la enfermedad. A los romanos, que ocupaban lugares más salubres y con su sofisticada logística asegurándoles los abastecimientos, les bastaba con sostener sus posiciones y esperar a que los godos perecieran. Pero no esperaron.

El emperador quería sangre y la quería ya. Su hijo y sucesor, Herenio Etrusco, había sido herido durante los últimos combates y murió al poco a causa de sus heridas. Decio no quería esperar a que los godos se consumieran de hambre, sino que ansiaba vengarse en batalla. El 6 de agosto, el augusto movió sus tropas hacia las posiciones bárbaras. Por su parte, Cniva, el jefe godo, dividió a sus huestes en tres cuerpos y los situó de forma escalonada para enfrentar el avance romano, pues temía que Treboniano Galo y sus dos legiones, que ocupaban las alturas que cerraban la retaguardia goda, cayeran sobre la hueste bárbara cuando enfrentara al emperador.

Zósimo afirma que antes de que la batalla comenzara, Treboniano Galo envió mensajeros a Cniva asegurándole que sus legiones no entrarían en combate. Pero esta versión de los hechos es poco creíble y, como veremos más adelante, la traición de Treboniano Galo solo se consumó cuando este tuvo la seguridad de que el desastre apresaba ya a Decio y a sus tropas.



Figura 8: Antoniniano de plata de Herenio Etrusco, acuñado en la ceca de Roma en el 251 a. C. En el anverso, busto de Herenio, con clámide y corona radiada, como corresponde a su posición como sucesor de su padre el emperador Decio. En el reverso, dos diestras entrelazadas con la leyenda CONCORDIA AVGG (*Concordia Augustorum*).

Establecida la batalla, la primera sección de las tres en las que Cniva había dividido a su ejército chocó con Decio y con sus pretorianos, *equites singularis augusti* y legionarios, y fue deshecha por completo. Decio continuó avanzando, conduciendo a sus tropas sobre los cadáveres godos y llevándolas contra la segunda división goda que también fue aplastada por las tropas romanas. Tan solo quedaba una hueste bárbara, la tercera, comandada directamente por Cniva y esta no esperó a que los romanos le pasaran por encima. Dándose la vuelta y acompañados por los fugitivos de las dos divisiones godas ya derrotadas por Decio y sus soldados, huyó a lo más profundo de los pantanos. En ese momento, exultante por el triunfo y la venganza, Decio recibió mensajeros de Treboniano Galo, quien lo exhortaba a continuar avanzando para empujar a los bárbaros pantano adentro y más allá, hasta sus posiciones en donde sus dos legiones, la I Italica y la XI Claudia, aguardaban para consumar la derrota y el exterminio de los godos.

Decio aceptó el consejo de Treboniano Galo y condujo a su victoriosa hueste al interior del pantano en persecución de Cniva y sus hordas. Al principio todo fue bien. Los godos eran perseguidos y, donde eran alcanzados, muertos. Pero pronto, con su pesada armadura y equipo, los soldados de Decio se vieron apresados por el fango y el barro. Percatándose de ello, Cniva y su *gefolge* , su comitiva armada, se detuvieron y giraron para contraatacar. Era una trampa. De súbito, mientras los legionarios y pretorianos se hallaban hundidos en el barro hasta las rodillas y trataban de rechazar el salvaje ataque de Cniva y

de sus guerreros más recios, contemplaron alarmados cómo desde las espesuras del pantano brotaban bandas de guerreros que los atacaban por los flancos y la retaguardia lanzándoles venablos y flechas.

Se desencadenó, entonces, un feroz y desesperado combate. Los bárbaros, pertrechados con armas más ligeras y acostumbrados a combatir en los pantanos, se movían con agilidad y atacaban una y otra vez, mientras que los romanos iban cayendo uno tras otro. El desastre se estaba consumando.

Decio, consciente ya de que la victoria se estaba trocando en derrota, envió mensajes a Treboniano Galo para que acudiera en su auxilio, pero el gobernador de Mesia Inferior no se movió y sus dos legiones aguardaron en sus posiciones sin mover un dedo mientras los pantanos de Abrittus se teñían de rojo con la sangre de miles de legionarios y pretorianos. Fue una matanza terrible que no se detuvo ni con la caída de la noche.

Decio murió combatiendo con valentía, rodeado por sus *equites singularis augusti* . El emperador se batía a caballo, el animal corcoveaba con denuedo mientras trataba de zafarse del barro y de los salvajes atacantes, pero la noble bestia se hallaba hundida hasta los corvejones y no podía sacar de aquel infierno a su imperial jinete. Al cabo, una flecha hirió al animal y la pobre bestia se encabritó. Decio, incapaz de dominar a su caballo herido, cayó de su lomo y fue pisoteado por los combatientes que se arremolinaban en torno suyo. Su cadáver se hundió en el fango y nunca fue encontrado. Caído el augusto, las líneas romanas terminaron por quebrarse del todo y la práctica totalidad de los soldados fueron exterminados.

Cuando el sol se alzó en la mañana del 7 de agosto del 251, iluminó el escenario de una matanza: miles de cadáveres flotaban en la superficie o yacían sobre el fango, mientras las aves carroñeras y los lobos se alimentaban de su carne. Un

ejército romano al completo, uno que había reunido en sus filas a las mejores tropas del Imperio, yacía desangrado y muerto sobre el barro.

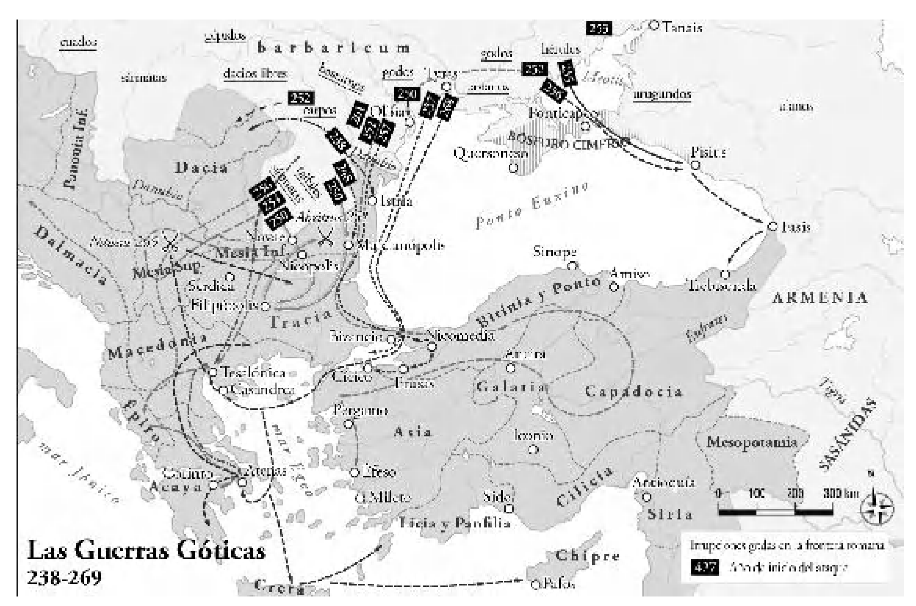
Esa misma noche, el traidor Treboniano Galo fue aclamado emperador por sus dos legiones y al día siguiente pactó con Cniva un ventajoso acuerdo para los godos: se les dejaba paso libre hacia el Danubio y podrían regresar a sus tierras cargados con todo el botín y los cautivos tomados en Filipópolis. Además, Treboniano Galo pagó a Cniva un sustancioso subsidio. [39]

Es probable que en Abrittus sucumbieran más de 20 000 soldados romanos y la muerte del emperador en batalla y ante los bárbaros fue un auténtico «choque emocional» para los ciudadanos romanos. Cierto es que, siete años antes, Gordiano III también había caído en batalla, en su caso frente a los persas, pero estos no eran bárbaros y en el ordenado mundo romano, los bárbaros existían para ser derrotados y era inconcebible que un emperador, la gloria y el poder de Roma encarnados, cayera ante un «irracional» y salvaje caudillo bárbaro. Hasta ese momento y desde los días de Augusto (31 a. C. a 14 d. C.) los bárbaros podían poner en aprietos al Imperio y hasta lograr victorias puntuales, pero nunca habían aplastado a todo un ejército encabezado por el mismísimo emperador. Ahora, en Abrittus, los godos lo habían hecho y parecían muy dispuestos a seguir haciéndolo.

Treboniano Galo marchó, entonces, veloz a Italia para hacer efectiva su toma del poder imperial. Creía tener asegurada la frontera danubiana con el pacto recién firmado con Cniva. Pero los godos no eran un pueblo unificado y su jefe no era dueño sino de los guerreros de su comitiva y de aquellos que, de forma voluntaria, se le unieran para una expedición puntual. Puede que Cniva firmara un pacto con los romanos, pero ese pacto no ataba a los demás jefes godos ni a sus belicosos guerreros que,

tras el triunfo de Cniva, querían emular a sus vecinos. Así que, en la primavera siguiente, año 252, bandas de godos cruzaron de nuevo el Danubio y asaltaron otra vez Mesia y ello a la par que otros grupos de godos y grandes multitudes de carpos saqueaban la Dacia romana.

La situación se estaba complicando mucho para Roma. En el verano del 252, Sapor I, el victorioso *shahansha* persa, infligió una nueva y devastadora derrota a los romanos y, a continuación, asoló la mayor parte de la Mesopotamia y la Siria romanas, llegando incluso a apoderarse de Antioquía, la tercera ciudad del Imperio, que saqueó a conciencia antes de retirarse a su reino con ingentes cantidades de botín y con docenas de miles de cautivos. Al mismo tiempo y en la frontera del Rin y del Danubio Superior, las nuevas confederaciones germanas, alamanes y francos, así como los sármatas yaciges, ponían a prueba una y otra vez la resistencia del *limes* romano y en cada uno de sus ataques penetraban más y más en las provincias limítrofes, mientras que, por su parte, en el mar germánico, en Britania y la costa septentrional de las Galias, los piratas sajones, frisios y francos atacaban sin descanso. No es, pues, de extrañar que los godos no se contentaran esta vez con saquear Mesia Inferior y Tracia o con hacerse prácticamente dueños de la totalidad de Dacia. En el 253 reanudaron y aumentaron sus ataques y esta vez lo hicieron no solo acompañados de contingentes de guerreros carpos, sino también de bandas de salvajes urugundos llegados desde las costas orientales de la laguna Meótide (mar de Azov) y de grupos de boranos, una misteriosa tribu germana en la que es probable que se incluyeran restos de antiguos pueblos de la región, como los borístenos, y grupos de dacios, sármatas y protoeslavos.



Que los godos contaran con aliados o acompañantes tan orientales nos lleva a poner la atención sobre que, mientras unas bandas godas se instalaban junto al Danubio y en los Cárpatos meridionales y orientales y asaltaban una y otra vez las provincias romanas de Dacia, Mesia Inferior y Tracia, otros grupos de godos continuaban su expansión hacia el este cruzando el Bug y el Dniéper y sometían, aplastaban, empujaban o se aliaban con las tribus sármatas, con grupos más oscuros como los urugundos y, asimismo, se entremezclaban con otros pueblos germanos como los boranos, los esciros, los bastarnos y los hérulos. En esta expansión hacia el Don, la primera víctima sería la ciudad grecoescita de Olbia, situada en la desembocadura del Hípanis (Bug) que, en el 250, y a la par que Cniva conducía a sus godos al sur del Danubio, fue tomada y saqueada por otra banda goda de cuyo jefe no se ha conservado el nombre. Tres años más tarde, en el 253, los godos y los hérulos asaltaron Tanais, situada sobre el río Don y obligaron a Rescoporis IV, a la sazón soberano del reino grecoescita del Bósforo Cimerio, a pagarles tributo y

proporcionarles naves con las que saquear las provincias romanas del Ponto Euxino (mar Negro). [40]

Mientras tanto, los godos, carpos, boranos y urugundos que habían cruzado el Danubio en el 252, saqueaban y mataban sin apenas hallar oposición. En el 253 habían pasado de la Mesia Inferior a Tracia y desde allí y dirigidos por tres jefes, Respa, Veduco y Duruaro, alcanzaron el estrecho del Bósforo tracio, junto a la actual Estambul y, apoderándose de embarcaciones, pasaron a Asia Menor. Bitinia, la Tróade, Jonia, Paflagonia y hasta Capadocia fueron pilladas y ciudades tan célebres como Éfeso, Calcedonia, Troya y Pesinunte (actual Ballihisar) fueron tomadas al asalto y su población dispersada, degollada o esclavizada. A las penalidades de la guerra se sumaron las de la peste, favorecida por la gran mortandad, la anarquía y el terror que imperaban por doquier.

La afortunada incursión de los godos y sus aliados en Asia Menor terminó en catástrofe cuando, ya de regreso en los Balcanes, fueron interceptados y derrotados por el gobernador de Panonia Inferior y Mesia Superior, Emiliano. El victorioso general persiguió a los supervivientes hasta sus asentamientos al otro lado del Danubio, pero interrumpió su campaña para proclamarse emperador y acudir a Italia a disputarle el trono a Treboniano Galo. Logró su objetivo, pero poco más tarde fue a su vez destruido por Valeriano, gobernador de Germania que se proclamó augusto junto con su hijo Galieno.

Las guerras civiles y los cambios en el trono que se dieron en el año 253 animaron a godos, carpos, boranos y urugundos a volver a cruzar las fronteras romanas. En el 254 algunas de sus bandas cayeron sobre Mesia y Tracia y luego alcanzaron Macedonia en donde pusieron en graves aprietos a Tesalónica que, con gran valor, logró resistirles. No se retiraron, sin embargo, sino que, dejando de lado la invicta Tesalónica, saquearon Tesalia, Épiro y Grecia Central, forzaron el paso de

las Termópilas que guarnecía una fuerza romana y llegaron a presentarse ante las apresuradamente restauradas murallas de Atenas, para terminar obligando a las ciudades del Peloponeso a reclutar a toda prisa milicias urbanas y a fortificar el istmo de Corinto en donde al fin fueron detenidos y rechazados. [41]

En el 255, otros grupos godos, en coalición con los boranos y con toda probabilidad supeditados a ellos, se echaron al mar en las costas septentrionales del mar Negro con el auxilio de naves y marineros grecoescitas y trataron de tomar al asalto la fortaleza de Pisius (actual Pitsunda, en la costa de Georgia). La ciudad, aunque perteneciente al reino del Bósforo Cimerio, contaba con una guarnición romana, a la sazón bajo el mando de un tribuno, Sucesiano. Este sacó el máximo partido de las formidables murallas de Pisius e infligió a godos y boranos una terrible derrota. Grande tuvo que ser en verdad la victoria de Sucesiano, pues ese mismo año 255 fue llamado por el augusto Valeriano, que se hallaba en Antioquía organizando la contraofensiva romana contra Persia, y promovido al cargo de prefecto del pretorio.

La derrota de Pisius no desalentó a las bandas de piratas godos y boranos que en el año 256 regresaron y, tras saquear los santuarios del río Fasis (el actual Rioni, en Georgia), el mismo del que según la leyenda se llevaron el vellocino de oro Jasón y los argonautas, atacaron de nuevo las murallas de Pisius. Esta vez, sin tener a su mando al hábil Sucesiano, las gentes y la guarnición de la fortaleza sucumbieron y Pisius fue saqueada a sangre y fuego.

Tras este éxito, embarcados de nuevo, los boranos y godos pusieron rumbo al sur y alcanzaron Trebisonda (Trabzon, en Turquía) y su rica región. Las gentes del Ponto huían a su paso y buscaban refugio en la formidable Trebisonda que, con su doble muralla, se consideraba inexpugnable.

Pero no son las murallas, sino los hombres, los que defienden una ciudad y la guarnición romana de Trebisonda estaba tan segura de sus defensas que descuidó su vigilancia. Aprovechando esto, los godos arrimaron dos grandes troncos de árbol a las murallas y los usaron a modo de primitivas escalas por las que fueron trepando a los muros. Al percatarse de que los guerreros bárbaros inundaban ya la ciudad, muchos soldados, en vez de tratar de repeler el ataque, huyeron aterrorizados dejando que el resto de sus compañeros pereciera y con ellos multitud de ciudadanos y refugiados. Los templos fueron incendiados y miles de cautivos encadenados y llevados a los barcos godos que se atestaron de botín y esclavos.

Al comprobar con cuanta riqueza volvían los expedicionarios a sus norteñas tierras, otras bandas guerreras de godos y boranos decidieron hacer ellos también fortuna. En el año 257, tras proveerse de barcos con ayuda de los cautivos, a los que obligaron a construirlos, y de comerciantes romanos sin escrúpulos, se dirigieron hacia la desembocadura del Danubio, marchando unos por tierra y otros por mar. Atravesaron el *limes* sin dificultad y saqueando alcanzaron las proximidades de Bizancio, donde convencieron a los pescadores locales de que les ayudaran a pasar a su infantería al otro lado, pues no contaban con barcos para toda su gente. Al otro lado del Bósforo se encontraba un potente ejército romano destinado allí por Valeriano que, todavía en Antioquía, lidiaba con los persas. Pero los legionarios huyeron antes de trabarse en combate con los bárbaros y dejaron el país abierto y sin defensa. Los godos saquearon Calcedonia, Nicomedia, Nicea y Prusas (Bursa) y marcharon hacia Cícico (Aidinjik, Turquía) que no pudieron tomar por la súbita crecida del río de la ciudad.

Sin que nadie les importunara, llevando tras ellos largas cordadas de miles de cautivos, los godos cruzaron de nuevo el Bósforo sin que la nutrida guarnición romana de Bizancio, ni

las naves de la *classis* del Ponto se atrevieran a impedirles el paso. Luego, atravesando las anteriormente devastadas Tracia y Mesia, cruzaron el Danubio y regresaron a sus tierras. [42]

Mientras tanto, por esos mismos años 256 y 257 y durante los años 258 y 259, en Dacia, Tracia y el Ilírico, desde Grecia a la frontera de Italia, continuaron, asimismo, las incursiones de godos, boranos, carpos y urugundos. Desde el norte se les sumaron sármatas, marcomanos, asdingos, silingos y cuados y Galieno, el hijo del augusto Valeriano y su coemperador, se las vio y deseó para salvaguardar Rávena. Pese a todo, bandas de godos, alamanes, marcomanos y cuados penetraron en Italia y pusieron en peligro hasta a la mismísima Roma cuyo senado tuvo que reclutar a toda prisa a todos los hombres útiles de la ciudad y presentarlos en formación de batalla ante las hordas invasoras para desalentar a estas últimas y alejarlas de la urbe.

En las Galias, francos y alamanes lograron romper las defensas romanas y en el año 259 alcanzaron incluso Hispania en donde Tarraco fue arrasada por los francos y donde estos últimos y los alamanes destruyeron y mataron durante doce años, viviendo sobre el terreno y llegando incluso a apoderarse de naves para pasar a África y continuar allí sus devastaciones y correrías. [43] Roma nunca había estado tan asediada, ni tan cerca de perecer y, sin embargo, aún quedaba lo peor.

Y es que, en el año 260, en Edesa (Urfa, en el sudeste de la actual Turquía), Valeriano, el augusto principal, fue derrotado por el *shahansha* Sapor I quien, cuando Valeriano trataba de negociar la paz, lo apresó junto con miles de sus legionarios. Sabemos que este último, como antes ocurriera con Gordiano III y Filipo el Árabe, contaba entre sus filas con miles de aliados o mercenarios godos y ello señala que Roma no solo estaba combatiendo sin descanso a los godos, sino que también pactaba con ellos y trataba de utilizar su fuerza bélica.

De nada le sirvieron esos guerreros godos a Valeriano. Fue llevado a Ctesifonte y durante años sirvió de escabel al rey de reyes Sapor I, quien tenía a bien servirse de la espalda del cautivo emperador romano para apoyar en ella el pie y subir así con más comodidad a su caballo. Con el tiempo, el rey de reyes de Persia se cansó de humillar al augusto Valeriano y ordenó que lo desollaran y curtieran su piel que fue pintada de rojo y se rellenó de paja para colgarla del techo del Gran Templo del Fuego de los guerreros, el actual Tep Suleyman, en el noroeste de Irán, en donde quedó expuesta como tétrico trofeo. [44]

Fue el caos en medio de la destrucción. Galieno vio limitada su autoridad por mor de la sublevación de Póstumo en las Galias y por la independencia *de facto* de Odenato en Oriente. Con tan solo un tercio de los recursos del Imperio en sus manos dedicó todos sus esfuerzos a defender Italia y los Balcanes de los continuos asaltos de los godos, alamanes y demás tribus norteñas.

Fueron «años salvajes» para los godos. Entre los años 261 y 270 sembraron el miedo y la destrucción desde Creta y Rodas, a Dacia y desde las fronteras orientales de Italia al Ponto y la Cólquide. Las bandas guerreras y las hordas godas se mezclaron y aliaron durante estos años con grupos de hérulos y carpos.

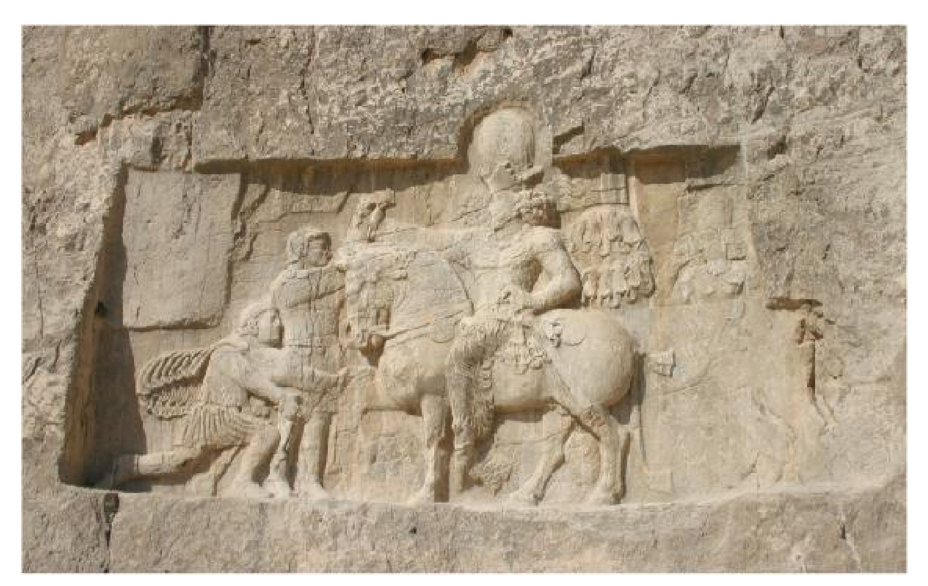


Figura 9: Relieve rupestre de Naqsh-e Rustam, donde se representa al triunfante *shahansha* Sapor I, a caballo, recibiendo la sumisión de dos emperadores romanos, presumiblemente Filipo el Árabe –arrodillado– y Valeriano, de pie, pero con las muñecas atadas y sujeto por Sapor. Detrás de Sapor I aparece el sumo sacerdote del culto zoroástrico, Kerdir. El emplazamiento del relieve justo debajo de la tumba del monarca aqueménida Darío el Grande (549-486 a. C.) era un claro intento de enlazar la legitimidad sasánida con la antigua gloria de la Persia aqueménida.

En el 261, una hueste de godos pasó desde Mesia y Tracia a Macedonia y tras tentar por segunda vez las murallas de Tesalónica, saqueó Tesalia y trató de asaltar Atenas que, una vez más y como siete años antes, logró resistir. Entre el 262 y el 266, grupos de godos, carpos, bastarnos, peucinos y sármatas, recorrieron Mesia y Tracia, a la par que los piratas hérulos y godos navegaban por el mar Negro llevando a cabo devastadores ataques. En el 267 los hérulos, a la sazón instalados ya en las tierras situadas entre el Dniéper y el Don, y unidos a bandas de guerreros godos, lograron armar 500 naves

y, costeando las tierras occidentales del Ponto Euxino (mar Negro), sorprendieron a Bizancio. Luego se internaron en la Propóntide (mar de Mármara) y atacaron Cícico. Fueron rechazados y poco después fueron derrotados por la flota romana que les causó ingentes pérdidas. No obstante, muchos de aquellos piratas hérulos y godos lograron cruzar el estrecho del Helesponto (Dardanelos) para caer sobre las islas griegas del Egeo saqueando Lemnos y Esciros, arribando a las costas de Grecia y asaltando Argos, Corinto y Esparta para terminar concentrándose contra Atenas.

Esta ciudad armó a toda prisa una milicia ciudadana para enfrentar a los bárbaros y a su cabeza se puso el historiador Dexipo. Eran 2000 atenienses que dieron muestras de un valor y determinación sobresalientes e hicieron recordar a los contemporáneos los días de Maratón y Salamina. Los atenienses no solo rechazaron a los bárbaros, sino que los persiguieron hacia el norte, acosándolos de continuo en los desfiladeros y sitios estrechos y causándoles 3000 bajas. Al cabo, los milicianos atenienses conducidos por Dexipo lograron reunirse en Macedonia con el cuerpo de reserva del ejército romano situado en Lychnidus (actual Ohrid, Macedonia del Norte) bajo el mando del *praepositus* Rufio Sinforiano y del *dux* Aurelio Augustiano.

Mientras, godos y hérulos habían alcanzado en su retirada las fértiles tierras de Tracia Meridional en donde trataron de sorprender a Filipópolis, que se estaba recuperando de la debacle del 251 y que logró sostenerse. Para ese entonces, el augusto Galieno acudía al rescate de sus provincias al frente de un potente contingente en el que se incluían tropas del ejército de maniobra creado por él en Sirmio (Sremska Mitrovica, Serbia) y tropas traídas desde Italia. El conjunto estaba formado por la II Parthica, la IV Flavia y *vexillationes* de las legiones XX Valeria, VI Augusta, I Minervia, I Italica y III Augusta, así

como por los pretorianos y los *equites singularis augusti* , fuerzas que debían de sumar unos 35 000 hombres y que en Filipópolis convergieron con las milicias atenienses y con las tropas romanas acantonadas en el norte de Macedonia.

Sorprendidos ante la proximidad de tan gran ejército, los godos y los hérulos levantaron el asedio de Filipópolis y trataron de huir hacia el monte Hemo y el Danubio. Pero una tercera fuerza romana, comandada por Marciano, lugarteniente de Galieno y es probable que al mando de una unidad de caballería, los cortó el paso y los obligó a girar hacia el oeste. Días más tarde, en septiembre del año 267, en Macedonia, en las riberas del río Nessos o Nestos (en la actualidad frontera entre Grecia y Bulgaria), río que en la antigüedad fue famoso por sus bosques repletos de leones y uros, [45] los bárbaros fueron alcanzados por los romanos y obligados a combatir.

Los godos y los hérulos trataron de fortificar sus posiciones colocando sus carros en círculo junto al río Nessos que guardaba su espalda, pero Galieno y sus tropas lograron desarticular las defensas bárbaras y asaltar con éxito su campamento dando muerte al rey de los hérulos, aniquilando a miles de guerreros, cautivando a buena parte de sus mujeres y niños y liberando a los cautivos romanos. [46]

La gran victoria de Galieno sobre los godos y los hérulos fue con toda probabilidad inmortalizada en los relieves del llamado sarcófago Ludovisi en el que puede que encontrara su última morada el infortunado augusto, pero el emperador no pudo aprovecharla de forma conveniente, pues, aunque destacó tropas para continuar los combates y restaurar el *limes* del Bajo Danubio, tuvo que marchar con premura a Italia a la cabeza del grueso de sus fuerzas. Y es que Galieno tenía ahora que enfrentar la sublevación de Aureolo, uno de sus generales que, al mando de un cuerpo de ejército acantonado en Mediolanum (Milán) invitaba a Póstumo, el emperador rival de Galieno que

desde el año 260 gobernaba sobre las provincias más occidentales, a invadir Italia. Póstumo nunca lo hizo, pero Galieno se vio obligado a sitiar Mediolanum. Durante el sitio, los mandos superiores del ejército, en especial Marco Aurelio Claudio, Marco Aurelio Heracliano y Lucio Domicio Aureliano, todos ellos de origen ilírico, conspiraron para asesinar al augusto. La suerte de Galieno estaba echada. Tras el regicidio (agosto de 268), el ejército elevó a Marco Aurelio Claudio, convertido en Claudio II, que de inmediato se desplazó a Roma para recibir la confirmación del Senado.

Eliminado Aureolo, Claudio II tuvo que enfrentar en la primavera del 269 una invasión de los alamanes a los que destrozó en la batalla del lago Benaco (lago Garda, Italia). No tuvo descanso, pues ya llegaban noticias alarmantes de los Balcanes donde la guerra ardía de nuevo.

En el 268, en la primavera, godos, hérulos, peucinos, gépidos y bastarnos, cruzaron el Danubio en enorme número. Zósimo, recogiendo al contemporáneo Dexipo da la cifra de 320 000 bárbaros, una cantidad que también constata el autor de la biografía de Claudio II en la *Historia Augusta* citando una carta enviada por el augusto a su gobernador en Iliria. Puede que se trate de una exageración, pero sin duda era una masa gigantesca de gente. La horda se había reunido en la desembocadura del Tyras (Dniéster) donde se hicieron con miles de embarcaciones. La mayor parte de dichas naves no pasaban de ser barcas de pesca o monóxilos, una suerte de canoas excavadas en un solo tronco de árbol, pero bastaban para conducir a la horda hacia el sur junto con millares de carros que marchaban con lentitud por la costa. Aquello era la pesadilla de los romanos y así lo narraba Trebelio Polión, el autor de la biografía de Claudio II: «Eran 320 000 guerreros. Añade a esa cifra el número de los esclavos, añade también a sus familias y caravanas de carromatos y piensa en los ríos desecados, en los bosques

destruidos y en el cansancio de la misma tierra que soportó a una masa tan ingente de bárbaros». [47]



Figura 10: Frontal del llamado sarcófago Ludovisi, monumento funerario de mediados del siglo III destinado a contener los restos de un alto dignatario romano, acaso un miembro de la familia imperial. Aunque la ausencia de epigrafía o referencias en las fuentes clásicas nos impide identificar con seguridad a la persona que sería enterrada en él, podemos afirmar, con bastante convicción, que corresponde a la figura representada a caballo en el centro del relieve. Se ha sugerido que pudiera corresponder al emperador Galieno o a Hostiliano, el hijo del emperador Decio. La escena representa una batalla, en apariencia caótica, pero que esconde un triunfo romano sobre pueblos bárbaros, y está diseñada para reflejar el ideal de relaciones entre romanos y bárbaros desde el punto de vista romano: mientras los primeros ofrecen una imagen de serenidad, disciplina y seguridad en sí mismos, los bárbaros aparecen asustados, vacilantes, a menudo gravemente heridos o muertos. Tanto unos como otros van armados y ataviados con una mezcla de objetos reales y fantasiosos o convencionales.

El primer objetivo de la «pesadilla» fue Tomis, una antigua colonia griega. Pero la guarnición romana y los ciudadanos lograron rechazar a los bárbaros que, deseosos de encontrar presas más fáciles, se dirigieron a Mesia Inferior para probar suerte con Marcianópolis. No obstante, tampoco allí lograron nada y, favorecidos por los vientos, se acercaron a Bizancio. Aunque como la destreza marinera de los bárbaros no era mucha, al ser sorprendidos por la fuerte corriente de los estrechos del Bósforo, cientos de sus barcas y naves se estrellaron contra los islotes y arrecifes o encallaron en la costa. Muchas embarcaciones se perdieron y miles de bárbaros se ahogaron, pero el grueso logró cruzar a la Propóntide y pusieron proa a Cícico que, una vez más, logró rechazar a los godos. Desde allí, la flota bárbara se aproximó al Helesponto y tras cruzarlo, costeó Tracia y tras rodear el monte Atos, hicieron un alto para reparar sus naves y reunir sus fuerzas, hecho lo cual trataron de expugnar Casandrea y Tesalónica. En estos asedios pusieron gran empeño y a tal punto que es la primera vez que tenemos noticia de que los godos emplearan máquinas de guerra. Pero ni aun así y pese a que los asedios se prolongaron largamente, lograron romper las defensas de Casandrea o Tesalónica.

El invierno llegó y pasó y hambrientos y descorazonados ante tantos fracasos los godos y sus aliados se dividieron: una parte, sobre todo hérulos y godos, se reembarcó para poner proa a las islas del Egeo y el grueso emprendió el camino hacia el interior de Macedonia con la intención de devastar el país y hacerse con abastecimientos. Pero Claudio había destacado ya a Aureliano, su *dux equitum* , su jefe de caballería, quien, a la cabeza de la élite de la misma, la caballería dálmata, sorprendió en los campos del valle de Pelagonia (hoy región fronteriza entre Grecia y Macedonia del Norte) a las bandas de forrajeadores y saqueadores godos ocasionándoles 3000 muertos y

obligándolos a reagruparse y marchar a toda prisa hacia el norte. Era lo que Aureliano y Claudio II habían planeado, pues el emperador aguardaba no lejos de Naissus (Niš, Serbia) para interceptar a los bárbaros.

El ejército de Claudio II era imponente. Estaba formado no solo por *vexillationes* de caballería dálmata y de la reserva central, sino también por los 1500 *equites singularis augusti* y, por ende, su caballería era numerosa y de primera calidad. También lo eran sus infantes, entre los que se contaban los pretorianos y las legiones II Parthica, I Italica y IV Flavia, así como nutridas *vexillationes* de las legiones X Gemina, XX Valeria, VI Augusta, III Augusta y II Audiutrix. Tirando por lo bajo, 6000 jinetes y 45 000 infantes.

Iniciada la batalla, las huestes romana y bárbara oscilaron con la furia del combate que fue brutal en extremo y que parecía ir inclinándose del lado de los godos y sus aliados. De súbito, la caballería romana pareció retirarse y la infantería se replegó. Los godos y sus aliados se veían ya vencedores y avanzaron en tropel, pero los jinetes romanos comandados por el *dux equitum* Aureliano solo habían fingido su retirada y tornaron al campo de batalla por caminos que flanqueaban y rodeaban a los bárbaros. En ese momento la infantería romana capitaneada por el emperador detuvo su repliegue y cargó sobre los godos completando el cerco. La victoria romana fue grande y más grande aún la matanza: 50 000 godos quedaron sobre el campo.

El propio Claudio II recoge en una carta la magnitud apocalíptica de la debacle goda en aquella sangrienta campaña: Claudio a Broco. Hemos aniquilado a trescientos veinte mil godos, hemos hundido dos mil naves. Los ríos están tapados por sus escudos, todas las playas están cubiertas de sus espadas y sus lanzas. Los campos se ocultan debajo de sus huesos; ningún camino está vacío, el inmenso tren de carromatos bárbaros ha

sido abandonado. Hemos capturado a tan gran número de mujeres que cada uno de nuestros victoriosos soldados puede solazarse con dos o tres de ellas. [48]

La victoria le mereció a Claudio II el sobrenombre de *Gothicus* (el Gótico). Sería el primer emperador romano en ostentar dicho título y con ello y tras más de treinta años de combates feroces, los godos ascendían a la «primera división» de los enemigos de Roma.

Y, sin embargo, pese al gran triunfo de Naissus, los godos invasores aún no habían sido exterminados del todo. Muchos habían logrado zafarse de Claudio II y sus huestes. Dispersándose, huyeron hacia el sur y se dedicaron a saquear Macedonia, Tesalia y Grecia Central. Tras volver a ser rechazados en Tesalónica, un gran número de bandas de godos y hérulos se reunió frente a Atenas y, esta vez, en su cuarto intento por tomar la ciudad desde el año 254, lograron quebrantar la defensa y entrar en la ciudad. La Estoa de Átalo II fue incendiada y también la Academia, el Areópago, la Biblioteca de Adriano y otros importantes edificios. Los godos pronto perdieron el control y se enfrascaron en el pillaje y la matanza. Zonarás, que recogía textos hoy perdidos para nosotros, relata que un grupo se dedicó a reunir los libros de las bibliotecas de la ciudad para prenderles fuego. En cualquier caso, los bárbaros no advirtieron que los atenienses, bajo la dirección del ingeniero militar Cleodamo, habían recobrado el valor y recompuesto sus filas y que caían sobre ellos en un devastador contraataque combinado que, desde la Acrópolis y desde el mar, pues muchos ciudadanos se habían refugiado en Salamina, los rodeó y aplastó ocasionándoles muchos muertos y obligándoles a huir de Atenas.

Incapaces de tomar ninguna otra ciudad griega, los godos siguieron sembrando el terror en los campos de la Hélade. En su auxilio acudió la caballería romana capitaneada por

Aureliano. Muy despacio fue limpiando de enemigos las tierras de Grecia y Tesalia y obligó a los godos a reunirse de nuevo y tratar de escapar hacia Tracia.

Para ese entonces, los bárbaros estaban agotados y al borde de la inanición. Al respecto Zósimo nos dice: «A medida que marchaban, extenuados por el hambre, pues carecían de víveres, iban pereciendo tanto ellos como sus animales». Trataron de pasar el monte Hemo y alcanzar el Danubio, pero una vez más Claudio II los interceptó. La batalla librada entonces contempló la desesperación de los godos y la desesperación les dio fuerzas para resistir. Por el contrario, la falta de coordinación entre la caballería y la infantería casi propició la derrota de los romanos que no se consumó gracias a la oportuna carga que Aureliano lanzó con sus jinetes.

Sin embargo, la batalla se podía dar por terminada en tablas. Los godos habían resistido en el campo de batalla, pero se morían de hambre. Aureliano fue encargado de seguir acosándolos, cosa que el *dux equitum* hizo con maestría atacando una y otra vez a las partidas de forrajeadores godos y acosando a sus bandas y campamentos hasta lograr copar a un gran número y obligarlos a rendirse a finales del verano del 270. Docenas de miles de mujeres, niños y hombres bárbaros fueron vendidos como esclavos o asentados como colonos en Mesia en donde pasaron a ser llamados mesogodos: «El que antes era godo se convirtió en colono del *limes* bárbaro. No hubo región alguna que no dispusiera de esclavos godos». Además, las fuentes destacan la enormidad del botín hecho y en concreto el increíble número de caballos, bueyes, ovejas y cabras. En fin, el Imperio no solo obtuvo esclavos, colonos y botín, sino también soldados, pues miles de guerreros godos fueron alistados en el ejército romano.

En cuanto a los godos y hérulos que se habían echado al mar y puesto proa a las Cícladas, atacaron estas islas y asaltaron,

asimismo, Creta y Rodas. Pero sus correrías no tuvieron mucho éxito, pues las ciudades estaban ya prevenidas y habían restaurado sus murallas y ello a la par que la flota romana, dirigida por el prefecto Probo, los acosaba de continuo. Al cabo, regresaron a tierra y trataron de unirse de nuevo a sus tribus y así, al igual que estas, se vieron obligados a rendirse a Aureliano.

Estas nuevas victorias sobre los invasores no pudieron ya ser paladeadas por Claudio II el Gótico, ya que en julio contrajo la peste y la enfermedad lo mató en agosto de ese mismo año en Sirmio. [49]

Tras la «inevitable» lucha por el trono, Aureliano, el victorioso *dux equitum* , se hizo con el Imperio y encaró la terminación de la larga y dura guerra gótica. Nuevas bandas y grupos cruzaban el Danubio para sumarse a los supervivientes de los desastres de los años 267 a 270. Algunos atacaron sin éxito Panonia Inferior, en donde fueron rechazados sin mucho esfuerzo, pues los romanos habían tomado la medida a los bárbaros y Aureliano ordenó a las ciudades y fortalezas que recogieran tras sus murallas todas las vituallas y abastecimientos. Privados de alimento y con los pobladores resguardados tras unas defensas que eran incapaces de asaltar, los bárbaros se vieron pronto sometidos al azote del hambre y, acosados por la caballería romana, repasaron al cabo el Danubio y solicitaron la paz. Pero el grueso de los godos se había concentrado en Tracia y Mesia Inferior en donde asaltaron Anquíalo y Nicópolis. Aureliano, a quien los soldados romanos llamaban «Aureliano, espada en mano», los derrotó y los persiguió hasta más allá del *limes* , cruzando el Danubio y llevando la guerra al *Barbaricum* . En el verano del año 271, el emperador aplastó a una alianza bárbara encabezada por el rey godo Canabaudes y puso con ello fin a la larga guerra gótica, obligó a los bárbaros a solicitar la paz y se alzó con el título de

gothicus maximus , un título que tenía en mayor estima que el de *carpicus maximus* , que también le confirió el Senado y que muestra que, para esta fecha, 271, eran ya los godos el pueblo más temido por Roma en su frontera danubiana. Es posible que el jefe godo derrotado por Aureliano, Canabaudes, fuera también el cabecilla principal de la gran invasión del 268. [50]

Sin embargo, las victorias de Aureliano sobre los godos no impidieron que el emperador reconociera en el 271 *de iure* y *de facto* que Dacia, la Dacia conquistada por Trajano, estaba definitivamente perdida. [51] Y es que Aureliano, enfrentado a una invasión alamana en Retia y al desafío de Zenobia, la viuda de Odenato que acababa de conquistar Egipto y someter casi toda Asia Menor, no contaba con tiempo, ni con fuerzas para reconquistar Dacia. Se limitó, pues, a guarnecer bien el *limes* danubiano y a conformarse con mantener al otro lado a los godos, trasladando al sur del río a docenas de miles de civiles romanodacios y fundando para ellos una nueva Dacia entre las dos Mesias: Dacia Aureliana.

El emperador fue el primero desde los días de Gordiano III (238-244) que logró mantener el orden en los Balcanes y restablecer la seguridad en las costas del mar Negro. Su capacidad se demostró de forma fulgurante en el aplastamiento del Imperio de Palmira que sometió por completo, restaurando así el Oriente romano y en la sumisión, asimismo, completa del Imperio galo que fue reintegrado al Imperio. Al llegar el año 275, la gravísima crisis que se abrió con la muerte de Decio ante los godos, 251, y la captura de Valeriano por los persas, 260, se había superado y Roma volvía a ser fuerte y a estar unida bajo un solo emperador.

Cuando Aureliano celebró sus triunfos en Roma no solo arrastró tras de sí a la bella Zenobia y al entregado emperador galo Tétrico, sino también a muchos jefes godos y, para delirio de los espectadores romanos, a diez mujeres godas que,

capturadas durante los combates con las armas en la mano y vestidas como guerreros, marchaban tras su vencedor encabezadas por un cartel que anunciaba que eran amazonas. [52]

Tácito y Floriano, los inmediatos sucesores de Aureliano, demostraron el poderío romano reconstituido al obtener grandes victorias sobre los godos que, desde las regiones septentrionales del mar Negro y poniendo como excusa que habían sido convocados por el difunto Aureliano para participar como aliados en su inminente guerra contra Persia, asaltaron las costas de Asia Menor y se internaron por el Ponto hasta Capadocia y Galatia e incluso llegaron hasta Cilicia. Otros grupos, en colaboración con los sármatas alanos, lanzaron también expediciones a través del Cáucaso. Ninguna fue afortunada y entre los años 275 y 276 todas fueron aplastadas. [53]

Probo (276-282), Caro (282-283) y Carino (283-284) batallaron con éxito en Panonia, pero no contra los godos, sino contra sármatas y cuados.

Diocleciano, Maximiano y Galerio apenas si tuvieron que hacer frente a los godos, solo se registra una campaña en los años 294 y 295, pero sí tuvieron que combatir de forma reiterada a sármatas, carpos y bastarnos, señal inequívoca de que los godos, tras tantas derrotas, aflojaban la presión sobre el *limes* romano y de que, tras la cesión de Dacia, tenían un nuevo vector de expansión.

En efecto, cuando Diocleciano enfrentó a los sármatas roxolanos y yaciges en el año 285, estos se estaban viendo empujados por los godos y solicitaban, o bien ayuda contra sus enemigos para recuperar sus tierras, o bien derechos de pasto en las provincias romanas fronterizas que paliaran la pérdida de pastizales a manos de los godos. Diocleciano se negó a ambas reclamaciones y combatió, con éxito variable, a los sármatas en

los años 285, 288-289 y 294-295, y contra los carpos en 295-297 sometiendo a gran número de ellos y deportándolos a Panonia Superior para asentarlos allí como colonos, y adjudicándose los títulos de *sarmaticus maximus* y *carpicus maximus* por sus victorias sobre estos pueblos. También Galerio tuvo que lidiar con carpos, sármatas y bastarnos entre los años 299 y 302 obteniendo señaladas victorias sobre los sármatas y carpos que, empujados por los godos, buscaban hacerse con nuevas tierras al sur del Danubio. [54]

Los godos no solo no dieron excesivos problemas al Imperio en estos años, sino que precisamente en época de Diocleciano y Galerio miles de ellos se sumaron al ejército romano para alistarse en las campañas contra Persia del 295 al 298. [55]

Por otra parte, Diocleciano logró reforzar la frontera danubiana y eso desalentó y contuvo a los godos. El augusto fundó nuevos fuertes al norte del río y destinó al sector danubiano del *limes* a 14 legiones, una fuerza imponente que, junto con el asentamiento de nuevos pobladores, por ejemplo, gentes de Asia Menor, y de colonos bárbaros sometidos al Imperio, mesogodos y carpos, y una mejora de las condiciones económicas, restableció y reactivó la seguridad y prosperidad de las provincias ilíricas y tracias del Imperio.

Por supuesto, los godos, en plena fase de expansión contra sármatas, bastarnos, carpos y vándalos, no tardaron mucho en reponerse de las terribles y continuas derrotas sufridas frente a los romanos entre el 267 y el 276. De modo que, en cuanto Diocleciano abdicó, y la muerte de uno de sus augustos sucesores, Constancio Cloro, trajo consigo la «ilegal» proclamación de su hijo Constantino en Britania como augusto, y con ello se abrió de nuevo «la caja de los truenos» de las guerras civiles, los godos trataron de sacar partido de la nueva situación de vulnerabilidad de los romanos, bien atacando de nuevo al Imperio, bien interviniendo no solo como

mercenarios en los ejércitos romanos enfrentados entre sí, sino también como aliados de un bando o de otro y, por ende, tratando de sacar partido de la posible victoria obtenida con su concurso.

En el 319 los godos rompieron las defensas adelantadas que Diocleciano y Galerio habían construido en el Danubio durante sus campañas contra sármatas, carpos y bastarnos e irrumpieron en Mesia y Tracia. Constantino, a la sazón en Tesalónica y vencedor de Licinio en la primera de las dos guerras civiles que mantendrían, acudió de inmediato a taponar la brecha, pero en vez de enfrentarse en batalla con los invasores, los convenció de que para ellos sería mejor retirarse y liberar a los cautivos romanos que habían apresado durante su incursión. Puesto que buena parte de los destrozos y saqueos cometidos por los godos se habían perpetrado en Tracia y esta seguía bajo la autoridad de Licinio, este se mostró ofendido por semejante pacto. [56]

Ofendido o no, Licinio buscó entonces el apoyo de los godos en su nueva guerra contra Constantino. El rey Alica, un jefe godo, le prestó todo su apoyo y sus guerreros se destacaron mucho en la defensa de Calcedonia y en la batalla de Crisópolis en el 324. [57]

Pero Alica y sus godos no pudieron impedir la derrota de Licinio y el Imperio estuvo de nuevo unificado y de nuevo proyectó su poder hacia las fronteras. Estas estaban en alerta. Al otro lado del *limes* , en lo que antes del año 271 habían sido las tres provincias de la Dacia romana y en las estepas panónicas de los sármatas yaciges, los godos seguían presionando a los carpos y a los sármatas. Estos últimos que, tras haber sido derrotados por Constantino en el 323 se consideraban «clientes» del Imperio, recurrieron al augusto en demanda de auxilio. El emperador no podía permitir que los godos siguieran creciendo en poder. Ahora se estaban agrupando en una suerte de

confederaciones tribales similares a las ya desarrolladas en el siglo anterior, el tercero, en las regiones renanas por las tribus germanas occidentales y que habían dado como resultado la aparición de francos y alamanes. Los godos, por su parte, divididos hasta finales del siglo III en unas doce tribus principales o reinos menores, se estaban coaligando, en su mayoría, en dos grandes agrupaciones tribales: los tervingios, entre el Dniéster, el Danubio y el Tisza y los greutungos, entre el Dniéster y el Don. Eran entidades muy laxas y complejas y, a menudo, volátiles en cuanto a su unidad política. Tampoco eran homogéneas en lo étnico, si bien es cierto que el elemento gótico era el que las encabezaba, pero, sin duda, tervingios y greutungos eran un salto cuantitativo en cuanto a la cantidad de poder militar que los godos podían reunir y proyectar y la evidencia visible, si se me permite la expresión, de que a finales del siglo III e inicios del IV se había operado entre ellos una transformación cualitativa notable en cuanto al progreso de su organización política y de su desarrollo social y económico.

Ambas confederaciones, tervingios y greutungos, estaban dominadas por clanes reales y tenían a su cabeza un jefe supremo. Los greutungos tenían un rey, Ermenrico, y los tervingios hegemones que suelen recibir el nombre de «jueces», pero también el de reyes. Pero fuera cual fuera el título de los jefes supremos de los tervingios, lo cierto es que esa jefatura suprema permaneció en la misma familia durante unos setenta años y se transmitió de padre a hijo durante tres generaciones: Ariarico, Aorico y Atanarico.

Eran los tervingios, los que se habían avecinado junto al *limes* danubiano, los que preocupaban a Constantino, ya que eran los que se estaban haciendo con el control de las tierras situadas entre el Dniéster y el Tisza y amenazaban con someter a los sármatas yaciges y roxolanos. Eso era demasiado peligroso e inaceptable para la idea que Roma tenía de su papel en el

mundo. No, Roma tenía que dejar claro que era ella y no los godos, la que ejercía el control a un lado y a otro del *limes* .

En el año 323, tras una guerra con los sármatas, Constantino los puso bajo su protección en un claro intento de marcar los límites a la expansión tervingia hacia el *limes* panónico. En el 328, Constantino ordenó reforzar las defensas del *limes* frente a los godos y construir nuevas fortalezas. La tensión creció y en el año 331 la guerra estalló al fin. Fue una guerra dura. Constantino y su hijo del mismo nombre, el joven César Flavio Claudio Constantino (316-349) aprovecharon el punto débil de los godos: su carencia de logística. Las fuerzas romanas fueron aislando a las columnas godas y privándolas del acceso a los víveres. Mientras tanto, fuerzas romanas cruzaban el gigantesco puente de piedra que Constantino había mandado construir sobre el Danubio Inferior en Oestus en el 328, y penetraban en territorio godo talando y saqueando los campos. El dominio absoluto del gran río, patrullado por las liburnas y limbus romanas de la *classis* fluvial acantonada en Sirmio, Oestus, Istria y Novae dificultaba aún más los movimientos de las fuerzas bárbaras y aseguraban por completo la rapidez y solidez de las comunicaciones romanas. En el invierno, con un frío glacial, la situación de la confederación de los tervingios se hizo desesperada. Estaban hambrientos y muchas de sus aldeas habían sido arrasadas. La caballería romana y los jinetes sármatas aliados de Constantino mantenían la presión y las legiones y la flota impedían cualquier intento de escapar del gigantesco cerco que la estrategia romana había ido apretando sobre las bandas guerreras tervingias. Según el anónimo autor de la *Origo Constantini Imperatoris* , que escribía en la segunda mitad del siglo IV, 100 000 godos perecieron en el invierno del 331-332 por mor del hambre y del frío.

A los supervivientes no les quedaron ganas de continuar combatiendo. En el verano del año 332, Constantino firmaba

un *foedus* con los tervingios. Su jefe principal, el juez o rey Ariarico, aceptaba dejar de recibir los subsidios que hasta entonces habían recibido los godos, juraba respetar el territorio de los sármatas y el *limes* romano y enviar al menos 3000 guerreros al ejército imperial cuando este lo solicitara, así como entregar rehenes y entre ellos, a su propio hijo y heredero, Aorico. A cambio, Ariarico y sus tervingios eran reconocidos por el Imperio en su posesión de la mayor parte de la antigua Dacia y se les permitía el comercio con las provincias romanas limítrofes. [58]

Ahora bien, nótese que ya habíamos advertido que no todos los godos al norte del Danubio se habían agrupado en las confederaciones de tervingios y greutungos. Por eso, aun cuando los tervingios se habían avenido a firmar la paz en el 332 y la mantuvieron hasta el año 348, no por ello cesaron del todo los problemas con los godos. En efecto, Constantino enfrentó después de esta guerra a otros godos y eso indica que no estaban, nunca lo estarían, agrupados del todo en torno a las confederaciones más notables dirigidas por Ariarico, Aorico o Ermenrico.

Por ejemplo, tras su gran éxito sobre Ariarico, Constantino se vio obligado a enfrentarse en 334-335 a los sármatas yaciges. Estos se mostraban belicosos, pero cuando estalló la guerra con Roma, sus siervos y esclavos se alzaron contra ellos y muchos solicitaron entonces asilo a Constantino que dejó entrar en el Imperio a 300 000 hombres, mujeres y niños sármatas y los asentó como colonos con obligaciones militares en Italia, Macedonia, Mesia y Escitia Menor (la Dobrudja actual, territorio de Rumanía y Bulgaria). Durante estas campañas en territorio sármata, en la antigua Dacia romana, Constantino destruyó por completo a una poderosa tribu goda: «Destruyó a la más poderosa y numerosa de las tribus godas», nos dice el autor de *Origo Constantini imperatoris* y ello nos lleva a pensar

que la consolidación de los tervingios recibió «un empujón» de Constantino. Pero ya volveremos sobre esto en el siguiente capítulo.

Esta segunda victoria de Constantino sobre los godos, la del 334, quedó reflejada en la intitulatura conmemorativa que recogía sus triunfos y potestades. En ella, Constantino dice que ostentó por dos veces el título de *gothicus maximus* .

Otro indicio de que pese a la paz con Ariarico los godos, los no sujetos a Ariarico, seguían siendo un peligro para el Imperio es el nombramiento, quizá en el 336 o 337, de su sobrino Dalmacio como césar con el encargo de que se ocupara de la defensa de las costas frente a los ataques godos. Es decir, que los godos asentados al norte del mar Negro seguían pirateando y que sus incursiones piráticas, seguramente sobre las costas de Bitinia, Paflagonia y Ponto, debían de ser tan graves como para que Constantino confiara a todo un césar la defensa de las provincias minorasiáticas amenazadas. [59]

Nos hemos detenido en aclarar los orígenes de los godos y en glosar con cierto detalle sus primeras guerras contra Roma porque en general la historiografía no suele detenerse en ello y, sobre todo, porque en particular los historiadores españoles apenas si suelen dedicar unas líneas a esta etapa de la historia de los godos, una etapa que, sin embargo, es decisiva en su conformación y en cuyas experiencias y hechos se hallan muchas de las claves del posterior éxito de los godos sobre Roma y sobre todo en su modelo de relación con los provinciales.

Como veremos a continuación, fueron las experiencias vividas por los godos en el «salvaje mundo» de Gotia y del Imperio romano en crisis, las que crearon a los «nuevos godos». Unos «nuevos godos» que eran un pueblo muy distinto al que

salió de las pantanosas tierras del Bajo Vístula y que sería la base del pueblo de Alarico: los visigodos.

Notas

1 Entre otros muchos ejemplos: *Beowulf* , vv. 195, 205, 260 y 325, en Larate Castro, L., 1974.

2 Saavedra Fajardo, D. de, 2008.

3 Jordanes, *Getica* , IV 25, en Sánchez Martín, J. M., 2001.

4 Jordanes, *Getica* , III 19-21; Procopio de Cesarea, V, 2.15, en García Romero, F. A., 2006 y Pablo Diácono, *Historia de los lombardos* , 1, 5, en Herrera Roldán, P., 2006.

5 Jordanes, *Getica* , III 19-24.

6 Jordanes, *Getica* , III 24.

7 Procopio de Cesarea, VI, 15, 27-35 y Procopio de Cesarea, III, 2.1-6, en García Romero, F. A., 2000.

8 Jordanes conocía de primera mano los cantos y poemas épicos de los godos y los menciona, de forma directa o indirecta, en repetidas ocasiones. Por ejemplo: Jordanes, *Getica* , V 43, enumera cantares godos dedicados a Etherpamara, Hanala, Fritigerno y Vidigoya. En el mismo pasaje aclara que dichos cantos no eran los únicos que poseían los godos.

9 Procopio de Cesarea, VI, 14-15.

10 Procopio de Cesarea, VI, 15, 7-10.

11 Hidacio, *Cronicón* , a. D., 456, en Díaz, M., 1906.

12 Roseman, Ch. H., 1994, 71 y ss.; Gómez Espelosín, F. J., 2000, 135-150.

13 Plinio el Viejo, *Historia natural* IV, 99-100, en García Arribas, I., 1998.

14 Sobre esta cuestión, véase Heather, P., 1996 (reed. 1997), 14-70 y 78-90; Sanz Serrano, R., 2009, 58-81 y 96-99; Green, H.: «Linguistic Evidence for the Early Migration of the Goths», 11-40 y muy en especial 15-17; Carbó García, J. R.: «Godos y getas en la historiografía de la Tardo Antigüedad y el Medievo: un problema de identidad y de legitimación socio-política», 179-206; Svennung, J., 1967, 5-48 y Bierbrauer, V.: «Archäologie und Geschichte der Goten», 51-71. Por supuesto, sigue siendo imprescindible partir de los capítulos introductorios e iniciales de las obras de P. Heather, H. Wolfram y M. Kazanski: Heather, P., 1991; Heather, P., Matthews, J., 1991; Wolfram, H., 1990; y Kazanski, M., 1991.

15 Green, H.: «Linguistic Evidence for the Early Migration of the Goths», 11-40.

16 Estrabón, *Geografía* VII, 1, 2-13, en Vela Tejada, J., Gracia Artal, J., 2001; Claudio Ptolomeo, *Geográfica* II, 11 y III, 5-11, en Nobbe, K. F. A., 1843-1845; y Tácito, *Germania* , 43, 6, en Requejo, J. M., 1981.

17 Las guerras marcomanas y sármatas de Marco Aurelio y Cómodo son narradas por Dion Casio, *Historia romana* . Epítomes de los libros LXXI, 3, 5, 7-21 y 33, y libro LXXII, 2-3, en Cary, E., 1914-1927. La biografía de referencia para Marco Aurelio es la de Birley, A., 2009. Se puede encontrar un detallado estudio de las campañas en el Danubio en López Fernández, J. A., 2018, 83-131; Roldán, J. M., Blázquez, J. M., Castillo, A., 1995, 223-228.

18 Tácito, *Germania* , 43, 6; Plinio el Viejo, *Historia natural* IV, 99-100 y Jordanes, *Getica* , IV 25-26.

19 Musset, L., 1982, 9-11.

20 Tácito, *Germania* , 6, 1-3; Vegecio, *Epitoma rei militaris* , I.XX.21, en Paniagua Aguilar, D., 2006.

21 Jordanes, *Getica* , IV 27.

22 Brzezinski, R., Mielczarek, M., 2002, 25-26; Sulimirski, T.: «Los nómadas sármatas. Un pueblo ahora olvidado, disperso entre las naciones», 291-296; Melyukova, A. I., Crookenden, J.: «The Scythians and Sarmatians», 97-117.

23 Halsall, G., 2012, 134-152.

24 Tácito, *Germania* , 43, 6.

25 Jordanes, *Getica* , IV 26-27.

26 Sulimirski, T.: «Los nómadas sármatas. Un pueblo ahora olvidado, disperso entre las naciones», 289-297; Brzezinski, R., Mielczarek, M., 2002, 12-32; Melyukova, A. I., Crookenden, J.: «The Scythians and Sarmatians», 108-114.

27 Jordanes, *Getica* , 35 y XXII, 119 y Procopio de Cesarea, VII, 14.29.

28 Sanz Serrano, R., 2009, 96-98. Estoy en desacuerdo con la posibilidad de identificar a los getas asentados por Augusto en Mesia con grupos godos. El etnónimo geta correspondía desde los días de Heródoto a una tribu tracia que habitaba a ambos lados del Bajo Danubio y que fue combatida por Augusto y sus sucesores que seguían teniendo muy claro que los getas eran tracios y no germanos de ninguna clase. Es el gusto por los arcaísmos cultos y el hecho de que los getas hubieran destacado por su valor y, sobre todo, el de que los godos se instalaran en el siglo III en las tierras que antaño ocuparan los getas, lo que llevó a que

muchos autores latinos y griegos de los siglos III al VII los denominaran getas. Sobre el etnónimo getas como arcaísmo erudito véase *Ibid* ., 34-43. Sobre los getas como tribu tracia famosa por su valor: Heródoto, *Historia* , IV, 93-95, en Schrader C., García Gual, C., 1979. Tampoco estoy de acuerdo con asignar a los hérulos una ascendencia escita. Los hérulos eran un pueblo germano y, aunque se mezclaron profusamente con los alanos y otros pueblos sármatas o escitas, nunca se sarmatizaron, sino que conservaron su lengua y costumbres germanas. *Ibid* ., 97-99.

29 Green, H.: «Linguistic Evidence for the Early Migration of the Goths», 37-40. Inscripción citada por Schwarcz en la discusión con Heather, en Heather, P., 1996 (reed. 1997), 70-71.

30 Jordanes, *Getica* , III 22.

31 Tácito, *Germania* , 6, 3-4; Green, H.: «Linguistic Evidence for the Early Migration of the Goths», 12-16 y 27-30.

32 Jordanes menciona a varias tribus finoúgrias sometidas a los godos: merenos, mordenos e inmiscaros. Véase, Jordanes, *Getica* , XXIII 116. Para la influencia goda en las lenguas finoúgrias y eslavas, véase Green, H.: «Linguistic Evidence for the Early Migration of the Goths», 19-24.

33 Jordanes, *Getica* , XVII 94-100 y XXII 113-115.

34 Jordanes, *Getica* , V 41 y Procopio de Cesarea, V, 15, 24-26; Halsall, G., 2012, 135. Aunque san Isidoro da otra explicación al etnónimo godo y afirma que, en realidad, significaba «techo» o «fortaleza»: San Isidoro, 2; Heather, P., 1996 (reed. 1997), 78-91.

35 Musset, L., 1982, 30-32; Halsall, G., 2012, 134-152.

36 Jordanes, *Getica* , XVI 89. El pago de subsidios o tributos por parte de varios emperadores romanos a los godos se halla también evidenciado en otras fuentes como por ejemplo Eusebio de Cesarea, quien reconoce que antes del favorable *foedus* firmado por Constantino con los godos en el año 332, los romanos pagaban subsidios a los godos: Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino* , IV, 5. La inscripción de Sapor I en Frye, R. N.: «Res Gestae Divi Saporis», 371-373.

37 Jordanes, *Getica* , XVI 90-93; Zósimo, *Nueva Historia* , I, 20.

38 Jordanes, *Getica* , XVII 94-100.

39 Zósimo, *Nueva Historia* , I, 23; Lactancio, *De mortibus persecutorum* , 4, 3, en: Teja, R., 1982; Aurelio Víctor, *Libro de los Césares* , 29, 2-5; Paulo Orosio, VII, 20.3; Jordanes, *Getica* , XVIII 101-103; Amiano Marcelino, *Historia* , 31.5.16-17 y 31.13.13, en Harto Trujillo, M.ª L., 2002; Eutropio, *Breviario* , IX, 4; Sanz Serrano, R., 2009, 97-99, que comete el error de situar la batalla de Abrittus en Hisarlak, en el territorio europeo de la actual Turquía y a más de 300 km del verdadero emplazamiento de la batalla que, en efecto, fue cerca de Hisarlak, pero en este caso no en Turquía, sino en la ubicación del mismo nombre situada en Bulgaria, en la región fronteriza con Rumanía de Dobrudja y muy cerca de Razgrad. Para una correcta ubicación de la batalla y de sus pormenores: Rodríguez González, J., 2005, 11.

40 Sulimirski, T.: «Los nómadas sármatas. Un pueblo ahora olvidado, disperso entre las naciones», 289-298;

Heather, P., 1996 (reed. 1997), 78-90.

41 Jorge el Sincelo, *Crónica universal* , 5754, 466, en Adler, W., Duffin, P., 2002.

42 Zósimo, *Nueva Historia* , I, 24-38; Jordanes, *Getica* , XIX y XX; Amiano Marcelino, *Historia* , 31.5.16-17; Aurelio Víctor 33, 1-12; Paulo Orosio VII, 22.7-9; Rodríguez González, J., 2005, 532; Sanz Serrano, R., 2009, 98-102.

43 Aurelio Víctor, *Libro de los Césares* , 33, 2-29 y Eutropio, *Breviario* , IX, 8; San Jerónimo, Crónica, 1832; Paulo Orosio, VII, 22.7-9 y VII, 41.2; Jorge el Sincelo, *Crónica universal* , 466-467. Sigue siendo de utilidad la lectura de Sánchez Real, J.: «La invasión germánica del 259», 129 y ss.

44 Frye, R. N.: «Res Gestae Divi Saporis», 371-373; Lactancio, *De mortibus persecutorum* 5, 1-7; Zósimo, *Nueva Historia* , I, 36-37; Paulo Orosio VII, 22.4-7; Aurelio Víctor, *Libro de los Césares* , 31, 5; Eutropio, *Breviario* , IX, 7; San Isidoro, *Historias* , 4. Los «Alpes» que nombra en este pasaje san Isidoro como morada de los godos se refieren a la sección meridional de los Cárpatos, los llamados Alpes transilvanos.

45 Las fuentes constatan la existencia de leones y uros en esta región de Macedonia desde la época de Heródoto a la de Pausanias. Esto es, hasta el año 180 de nuestra era como poco. Al ser el de Pausanias el último testimonio sobre la cuestión, es probable que los leones europeos se extinguieran en los siglos III o IV. Véase Heródoto, *Historia* , VII, 126 en Schrader, C., Cabellos Álvarez, B., García Gual, C., 1985; Pausanias, *Descripción de Grecia* , VI, 5, 4.

46 Zósimo, *Nueva Historia* , I, 29 y I, 37-39; Jordanes,

Romana , 287; *Historia Augusta* , «Los dos galienos», 23.8-9, en Picón, V., Cascón, A. (eds.), 1989; Jorge el Sincelo, *Crónica universal* , 468; Juan Zonarás XII,23 y 26, en: Grigoriadis, I., 1995; Rodríguez González, J., 2005, 73-74 y 491-492; Heather, P., 1996 (reed. 1997), 69-78, quien sitúa las batallas de Nessos y Naisus no en 267 y 269, como es correcto, sino en 268 y 270.

47 *Historia Augusta* , El divino Claudio, 255.

48 *Historia Augusta* , El divino Claudio, 25.7.4-6.

49 Zósimo, *Nueva Historia* , I, 41-46; Juan Zonarás, XII, 26; *Historia Augusta* , El divino Claudio, 25.5-11 y El divino Aureliano, 26.16.1-7; Aurelio Víctor, *Libro de los Césares* , 33, 26-35 y 34, 1-7; Paulo Orosio, VII. 23, 1; Eutropio, *Breviario* , IX, 11.2; Rodríguez González, J., 2005, 487 y 74; Heather, P., 1996 (reed. 1997), 68-85.

50 *Historia Augusta* , El divino Aureliano, 26, 30 y 34; Heather, P., 1996 (reed. 1997), 69-77.

51 *Historia Augusta* , el divino Aureliano, 26, 39.7-8.

52 *Historia Augusta* , el divino Aureliano, 26-34.

53 Zósimo, *Nueva Historia* , I, 63-64; *Historia Augusta* , Tácito, 27, 13 y Probo 28, 1.3-4; Heather, P., 1996 (reed. 1997), 69-77.

54 Amiano Marcelino, *Historia* , 28.1.5; Heather, P., 1996 (reed. 1997), 84-86.

55 Sulimirski, T.: «Los nómadas sármatas. Un pueblo ahora olvidado, disperso entre las naciones», 289-298; Aurelio Víctor, *Libro de los Césares* 39, 43-44; Eutropio,

Breviario , IX, 18-19 y 25-26; Jordanes, *Getica* XXI, 110-112.

56 *Origo Constantini Imperatoris* , 5, 21, en Lasala Navarro, I., López Hernando, M. P.: «"Origo Constantini Imperatoris", comentario, notas y traducción», 271-285; Potter, D., 2013, 343-344; Heather, P., 1996 (reed. 1997), 57-75.

57 *Origo Constantini Imperatoris* , 5, 27.

58 Amiano Marcelino, *Historia* , 31.3.1-5; Zósimo, *Nueva Historia* , IV, 25, 2 y IV, 34, 3; *Origo Constantini Imperatoris* , 5, 27 y 6, 31; Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino* , IV, 5; Paulo Orosio, VII, 26-28; Eutropio, *Breviario* , X, 6.1-2; Heather, P., 1996 (reed. 1997), 57-68.

59 *Origo Constantini Imperatoris* , 6, 32, 34 y 35; Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino* , IV, 6; Barnes, T. D.: «The Victories of Constantine», 149-155; Potter, D., 2013, 343-344.

2

De los tervingios a los visigodos (337-378) Como un rayo que se precipita entre las montañas.

Amiano Marcelino, *Historia* , 31.12.17e

LA REVOLUCIÓN DE «LOS NUEVOS GODOS»

La cita con que se inicia el capítulo propone una imagen muy potente, con la que el historiador Amiano Marcelino, contemporáneo de los hechos, trata de hacernos entender el devastador efecto que causó el ataque de la caballería goda y alana sobre las legiones, cohortes, *alae* y *vexillationes* del emperador Valente durante la apocalíptica batalla de Adrianópolis, el 9 de agosto del año 378. Fue una gran victoria para los bárbaros y cambió para siempre las relaciones entre Roma y los godos.

Roma, desde los días de César, había establecido siempre sus relaciones con los bárbaros sobre un principio de fuerte desigualdad. Es decir, no toleraba vecinos fuertes en sus fronteras y si algún pueblo bárbaro trataba de establecer una posición hegemónica sobre los demás, Roma no tardaba mucho en destruirlo. Tal ocurrió, por ejemplo, con los dacios que, demasiado poderosos y demasiado amenazantes, fueron derrotados y anexionados por Trajano. Esa idea romana de lo que debían de ser sus relaciones con los bárbaros casi se quiebra en el siglo III. Si los ataques sufridos por el Imperio en el reinado de Marco Aurelio habían sido formidables, los que

soportó a partir del 251 fueron casi imparables y en esos ataques, ya lo hemos visto, los godos fueron un actor determinante. Y, sin embargo, pese a todo, el Imperio se alzó con la victoria. ¿Del todo? No, pues el esquema tradicional de relaciones entre bárbaros y romanos, la total e incuestionable superioridad romana, se hallaba en cuestión.

En efecto, Roma había logrado rechazar a los godos y a los pueblos que con ellos participaron en las grandes invasiones del siglo III, pero, al firmar el *foedus* del 332 y al intervenir contra los godos no adscritos a la confederación tervingia, reconocía que esta última era no solo su aliada, sino también su único «interlocutor válido» entre los pueblos godos y, *de facto* , el poder hegemónico al norte del Danubio. ¿Qué había pasado? ¿Cómo era posible que las bandas y grupos godos que se abalanzaban de forma anárquica una y otra vez sobre territorio romano estuvieran ahora constituyendo una poderosa confederación justo en las fronteras del Imperio?

Las invasiones del siglo III siempre han sido poco valoradas por los especialistas, que solo las abordan como una suerte de antecedente o «ensayo» de las del siglo V. De hecho, a estas últimas se las suele adjetivar como «grandes» como queriendo resaltar que lo vivido antes, en el siglo III, solo había sido un bárbaro «aperitivo». Pero cuando uno se detiene en las invasiones del siglo III, cuando se las pone sobre el mapa y evalúa los recursos que el Imperio movilizó para detenerlas y hacerlas retroceder, cuando se constatan las formidables fuerzas desencadenadas y los interminables años de guerras y luchas necesarios para frenarlas, uno comienza a sospechar que lo vivido por Roma en la segunda mitad del siglo III fue tan grande o incluso mayor que lo que tuvo que afrontar en el siglo V. ¿La diferencia? Del lado romano la inquebrantable voluntad de resistir, de sobreponerse y vencer y del lado bárbaro y muy

en particular del de los godos, la capacidad para reinventarse y aprender.

En efecto, el Imperio de la segunda mitad del siglo III, fragmentado y empobrecido, no era en modo alguno más rico o poderoso que el de finales del siglo IV, pero al contrario que este último encajó mejor la avalancha bárbara. Y es que hacia el año 265 el Imperio se hallaba en quiebra técnica, económica, política y militarmente hablando, pero tan solo una década después, hacia el 275, había frenado a bárbaros y persas, recompuesto su unidad política y fortaleza militar y se hallaba en el buen camino para restablecer su economía. Si comparamos la situación del año 265 con la de, por ejemplo, el 421, tendríamos que convenir que en ese último año el Imperio se hallaba en mejor situación que en 265 y, sin embargo, mientras que a partir del 265 el Imperio no hace sino avanzar, a partir del 421 no hizo sino retroceder.

Los bárbaros de la segunda mitad del siglo III eran tan fieros y numerosos como los del V. La diferencia estaba en el grado de organización y, aunque resulte paradójico, de romanización: los del siglo V y, en especial, los godos, eran mucho más «romanos» que sus antepasados del siglo III y por eso mismo eran mucho más peligrosos, tanto que resultaron mortales para el occidente romano.

Por su parte, los romanos del siglo III contaban con una fuerte voluntad de resistencia, recuérdese por ejemplo la capacidad combativa de los ciudadanos de Atenas que se organizaron en milicias para defenderse de los saqueadores hérulos y godos, o la habilidad del Senado romano para poner en pie un formidable ejército de voluntarios y reclutas a fin de ahuyentar a los merodeadores bárbaros. Pero, además de con esta capacidad combativa de sus ciudades y ciudadanos, el Imperio romano de la segunda mitad del siglo III contó con la brutal energía de emperadores soldado como Claudio II o

Aureliano. En el siglo V, por el contrario, la resistencia ante el empuje bárbaro es menos firme y, sobre todo y si se me permite la expresión, menos popular. De hecho, podríamos concluir que, en lo militar, Roma confió mucho más en sí misma en la crisis del siglo III de lo que lo haría en la del V. Mientras que, en la primera crisis, la del siglo III, confió en sus propias fuerzas, en la del siglo V se demostró muy dependiente de los federados bárbaros y, en concreto, de los godos.

Además, y esta es otra gran enseñanza de las invasiones del siglo III, para el Imperio y al final, resultó mucho más gravoso tener que lidiar con las pequeñas pero múltiples bandas guerreras que se infiltraban en su territorio que con los grandes ejércitos que, seguidos por sus familias y esclavos, rompían las fronteras y se adentraban arrasándolo todo. A estos últimos se les enfrentó y se les aniquiló, pero a las primeras, a las pequeñas bandas de unos cientos de guerreros o incluso de unas docenas de ellos, no se las podía controlar y eran ellas, en verdad, las que hacían imposible la vida en las provincias que infectaban. [1] Para neutralizarlas, Roma acudió primero a impermeabilizar sus fronteras con el acantonamiento en ellas de más legiones, con la elevación de más fortalezas y con la disposición de fuerzas de maniobra que pudieran acudir a los lugares amenazados de forma inmediata. Así lo hicieron Galieno, Claudio II, Aureliano y, sobre todo, Diocleciano. Tuvieron éxito, pero no completo y, por eso, ya con el emperador Constantino, asistimos a otra acción complementaria: estabilizar a los bárbaros, a los godos en nuestro caso, poniendo fin a su anárquica disgregación tribal y facilitando su cohesión y fijación mediante el expediente de reconocer a los jefes, los jueces tervingios, para que actuaran como interlocutores del Imperio y fueran garantes del buen comportamiento de sus díscolas gentes. Podríamos, pues, concluir que Roma fue un factor esencial en la génesis de los tervingios, como también lo

sería en la de los visigodos. Un factor que, con toda probabilidad, fue el más importante, pero no el único. Veámoslo. [2]

Cuando los godos dejaron Gotiscandia y llegaron a las tierras que ellos llamaban Oium y que pronto pasarían a denominarse Gotia, se encontraron inmersos en un ambiente que hoy denominaríamos multiétnico y multicultural. Ya hemos aludido a la importancia que tuvieron para ellos las relaciones con los pueblos sármatas y dacios y el impacto de la civilización grecoescita del Reino del Bósforo en su propia cultura. Hemos aludido también a la integración en lo que podríamos llamar «complejo gótico» de otras tribus germanas, protoeslavas, ugrofinesas, *etc.* y también se ha evidenciado que miles, docenas de miles de civiles y soldados romanos, se sumaron a los godos en el siglo III, bien como cautivos y esclavos, bien como aliados de fortuna. [3] Así que hacia el año 332 los godos debían de ser un pueblo muy diferente de aquel que había abandonado el Báltico ciento cincuenta años antes. Esa «diferencia» se manifiesta de forma notable en la arqueología. En efecto, si hacia el año 200 los godos habitaban en pequeñas aldeas en las que llevaban una vida de subsistencia y en la que los trabajadores especializados eran excepción, ahora, en el siglo IV y en sus nuevos asentamientos, nos hallamos ante grandes aldeas que han adoptado modernos modelos de explotación agrícola y ante variados tipos de asentamientos entre los que no faltan auténticos complejos de producción artesanal masiva, casi industrial, en los que no solo se fabricaban en gran número objetos, armas y herramientas de calidad, sino que también se exportaban muy lejos.

Exportaban e importaban. La expresión *Biberum ut gothi* , que significa «beber como un godo», era tan frecuente en los siglos IV al VI como lo fue en los siglos XIX y XX la de «beber como un cosaco» y, en efecto, los yacimientos de asentamientos

godos del siglo IV en las actuales Rumanía, Moldavia y Ucrania están repletos de ánforas de vino procedentes del Imperio romano. No solo vino, sino vajillas de calidad, joyas, armas… Nos hallamos de repente ante los restos de una nueva sociedad rica y populosa que ha sustituido al paupérrimo mundo de las culturas de Wielbark y Przeworsk que atisbábamos entre los godos bálticos de los siglos I y II. Ahora nos hallamos ante unos «nuevos godos». Unos godos complejos desde el punto de vista étnico y avanzados cultural y económicamente, cuyo estilo de vida nos ha quedado reflejado, de acuerdo con la arqueología, en los restos de la llamada cultura de Cherniajov. Así, por ejemplo, en el yacimiento de Budeşti, en la actual Rumanía y correspondiente al siglo IV y que con sus buenas 35 hectáreas es el mayor asentamiento godo del mar Negro, debieron de habitar unas 7000 personas lo que sería equivalente en extensión y población a muchas pequeñas ciudades del Imperio romano de su tiempo. [4] Budeşti es la más grande, pero no la única de las grandes aldeas godas que surgen en el siglo IV entre los Cárpatos y el Dniéper. Junto a esas grandes aldeas había multitud de asentamientos más pequeños y, lo que en realidad nos importa, en todos esos asentamientos se usaba ya el arado con reja de hierro y se roturaban sin cesar nuevos campos, pues el análisis polínico demuestra que se pusieron en cultivo más tierras que nunca antes en la región, lo que, como es evidente, trajo consigo un incremento formidable de la población. Este crecimiento agrícola y demográfico se reflejó en todos los órdenes de la vida y sobre todo en la economía de los «nuevos godos». Por ejemplo, tenemos pruebas de que se incrementó de un modo exponencial la producción y elaboración de herramientas y armas de hierro y a tal nivel que comenzó a exportarse desde los yacimientos y factorías –no encuentro otro nombre que les haga justicia– radicadas en los Cárpatos y en los grandes valles fluviales de la Estepa. Una de

esas «factorías» dedicadas a la producción casi industrial de herramientas y armas de hierro es Sinicy, en la actual Ucrania. Allí, en el siglo IV, se agrupaban 15 herrerías en pleno funcionamiento y en las que debieron de trabajar no menos de 45 herreros que fabricaban armas y herramientas de calidad que exportaban muy lejos de su aldea. No solo hierro, conocemos asentamientos semejantes especializados en la fabricación de alfarería y, lo más significativo para que podamos comprender hasta qué punto se había vuelto complejo, rico y sofisticado el mundo gótico del siglo IV, también existían poblados dedicados a la fabricación de vidrio, joyas, textiles y hasta de peines de asta de ciervo y marfil. Sí, hasta el año 300, el vidrio era un artículo de lujo que llegaba a los germanos desde el Imperio, pero a partir de esa fecha comenzó a fabricarse en aldeas situadas en pleno territorio godo, en el norte de los Cárpatos, en auténticas fábricas, *fabricae* si queremos usar el equivalente y contemporáneo vocablo romano, que exportaban su mercancía de lujo a todo el mundo germánico, desde Noruega a Crimea. También los peines de asta de ciervo o de marfil eran un artículo de lujo. En Birlad-Valea Seaca, Rumanía y dentro del territorio que dominaba Ariarico, el rey o juez godo que se enfrentó a Constantino entre los años 331 y 332 y que sería el abuelo del célebre Atanarico, podemos estudiar un yacimiento que muestra un asentamiento constituido por 20 casas en las que todos sus habitantes, seguramente más de un centenar, estaban por completo dedicados a la fabricación de peines de asta de ciervo.



Figura 11: Peine hallado en Cacabelos, Castro Ventosa, comarca del Bierzo, Léon. Los peines característicos de la cultura de Cherniajov aparecen distribuidos por diversos lugares de la Europa central y occidental, en particular en fortalezas y necrópolis romanas de la frontera altodanubiana, así como también en las del *limes* renano, que testimoniarían la presencia de guerreros godos. En el caso de este peine, dado el lugar en donde se encontró, una plaza fuerte, quizá deban asociarse a la etapa de la irrupción y ocupación de la Península por los germanos.

Así que los godos no eran ya unos pobres y salvajes desarrapados que vagaban por las provincias balcánicas y minorasiáticas romanas en busca de botín y esclavos, sino gentes que habían incrementado su riqueza y sofisticación hasta niveles muy similares a los de la mayoría de sus vecinos romanos. Cuando en el 376, docenas de miles, quizá 200 000 godos, cruzaron el Danubio, eran gentes que es muy probable que no se hubieran reconocido en los guerreros que el jefe godo Cniva capitaneó en el año 251 o en los saqueadores godos y hérulos que incendiaron Atenas en el 269. Seguían siendo godos, desde luego, pero no los mismos godos.

¿Cómo se operó el cambio? A través de las invasiones, las menoscabadas invasiones del siglo III fueron su motor, como veremos a continuación.

Lo primero que facilitaron las invasiones de la segunda mitad del siglo III fue el mestizaje. Uno bárbaro o interior y otro romano o exterior. Del primero ya hemos hablado: intensa influencia y mezcla con sármatas y dacios y coalición y mezcla con otros pueblos germanos y de diversos orígenes que son sometidos o integrados por completo en el nuevo pueblo godo. Peter Heather concluyó que los visigodos de Alarico contenían al menos un 25 % de no godos en su seno. [5] Estamos de acuerdo con él, pero, como hemos demostrado, previamente y antes de que ese 25 % de no godos se les sumaran para constituir lo que, andando el tiempo, Casiodoro denominaría «visigodos», los godos habían ya integrado a muchas gentes de etnia y lengua no germánicas. Por mi parte y teniendo en cuenta esto último, no creo que más allá del 50 % de los seguidores de Alarico contaran con antepasados puramente godos. Esta integración de gentes diversas originó un importante enriquecimiento del «conglomerado» godo, sobre todo en lo que se refiere a la cultura y la economía, pues algunos de esos pueblos poseían técnicas y conocimientos muy superiores a los que los godos traían consigo desde el Báltico.

Pero es indudable que fueron los esclavos, cautivos y fugitivos romanos los que más colaboraron a que los godos cambiaran. De la lectura de la *Pasión de San Sabas el Godo* , un fascinante texto que nos permite echar un vistazo a la vida cotidiana en la Gotia del año 372, se deduce que esos «romanos» vivían a veces en aldeas independientes de las de los godos, pero sometidos a algún noble godo que, de tanto en tanto, pasaba por la aldea rodeado de su séquito armado para cobrar tributos y recordar que se le debía obediencia. [6] Como es obvio, otros muchos cautivos de origen romano vivían junto a

sus señores godos y de una manera u otra se aprovechaba su trabajo, ya en los campos, ya como artesanos. Las técnicas y conocimientos que estas gentes transmitieron aceleraron sin duda las transformaciones económicas y culturales que la arqueología exhibe en los yacimientos godos del siglo IV. [7] Tampoco habría que desdeñar el efecto que pudieron producir en Gotia el regreso de miles de mercenarios godos que, tras años de servicio en los ejércitos de Roma, tornaban a sus hogares. Ya señalamos que el primer testimonio sobre un godo que sirvió en el ejército romano nos retrotrae a los primeros años del siglo III y que, al menos desde el 244, miles de mercenarios y aliados godos servían bajo los estandartes romanos en las guerras contra Persia y el número de soldados godos no dejó de incrementarse a lo largo del siglo III y, sobre todo, a partir de los primeros años del siglo IV cuando tanto Constantino como Licinio hicieron un uso masivo de mercenarios y de aliados godos. Licinio, por ejemplo, enfrentó a Constantino en el 324 contando con la alianza del rey godo Alica, el cual acudió a su llamada al frente de miles de sus guerreros, mientras que Constantino obligó en el 332 al juez o rey de los godos tervingios, Ariarico, a proporcionarle 3000 guerreros para su próxima campaña contra Persia. No obstante, la conocida maledicencia de Zósimo, tan contrario a Constantino, de que los ejércitos del primer emperador cristiano estaban compuestos en su mayoría por bárbaros germanos es, en esencia, una noticia falsa. Y, no obstante, esta noticia de Zósimo se ha venido usando no solo para señalar la «barbarización» creciente de los ejércitos romanos, sino incluso para resaltar su «goticización». [8]

Pero de un modo u otro, los godos se vieron sometidos a una creciente y cada vez más directa influencia romana en sus hábitos de vida y en su civilización. [9] No solo en los aspectos materiales, también en los espirituales. En efecto, es ahora

cuando, por influencia directa de los cautivos romanos, el cristianismo comienza a extenderse entre los godos. El principal promotor de esa cristianización fue el nieto de unos cautivos romanos minorasiáticos capturados en el 257 en Capadocia, en una aldea llamada Sagadoltina situada en la comarca de la ciudad de Parnaso y llevados por sus captores a Gotia. Su nieto fue llamado Ulfilas, «el pequeño lobo», y que el nieto de unos cautivos romanos procedentes de la helenizada Capadocia recibiera un nombre godo evidencia la fuerza del mestizaje cultural que se daba en las regiones de Gotia a finales del siglo III e inicios del siglo IV. Una tierra en la que los godos imitaban a los romanos y los romanos trataban de identificarse con los godos. Ulfilas, nacido hacia el 311, conocía el latín y el griego, pero también hablaba la lengua goda y llevaba un nombre godo y todo eso nos señala algunas cosas importantes: que al norte del Danubio las comunidades de cautivos romanos mantenían su lengua y tradiciones, que podían llevar una vida bastante autónoma y que esa vida era lo suficientemente próspera como para proporcionar a sus hijos una buena educación, así como que las relaciones con sus señores godos eran fluidas y que estos últimos no dejaban de ejercer sobre ellos una atracción que, sin duda, era fruto de su poder y prestigio. Puesto que Ulfilas se ordenó y promocionó hasta el grado de lector, podemos entrever también que las comunidades de cautivos romanos eran en su mayoría cristianas y que gozaban de una notable libertad religiosa pese a que la mayoría de sus señores godos seguían siendo aún paganos.

Pero las cosas estaban cambiando. Ya en el Concilio de Nicea se designa un obispo godo, Teófilo, que como es evidente y por su nombre griego, era un cautivo o hijo de un cautivo romano; y, en el 337, el augusto Constancio II, uno de los hijos y herederos de Constantino, nombró a Ulfilas obispo de Gotia y también cuatro años más tarde, en el 341, de manera que por

segunda vez en su vida, el flamante obispo de Gotia viajó a Constantinopla formando parte de una embajada tervingia y allí, en la Nueva Roma, fue formalmente consagrado obispo con todo esplendor y pompa. Esta noticia apunta a que el cristianismo en Gotia no era ya solo una cuestión de cautivos romanos, sino una cuestión de alta política y que el emperador estaba muy interesado en su propagación y fortalecimiento. Lo estaba no solo porque el propio emperador y el Imperio fueran ya cristianos, sino porque por eso mismo la cristianización de Gotia podía convertirse en un factor fundamental en las relaciones romanogodas y en un agente que «moderara» e hiciera más manejables a los tervingios. Estos últimos también lo entendieron así. Cuando sus relaciones con el Imperio eran buenas no estorbaban a los cristianos de su territorio, pero cuando se tensaban, perseguían a las comunidades cristianas como medida de presión contra el Imperio. Así, por ejemplo, en el 348 cuando Constancio II se hallaba presionando a los tervingios para que le proporcionasen más guerreros para su inminente campaña contra Persia, durante el tira y afloja entre el emperador y Aorico, el nuevo juez tervingio, este mostró su descontento expulsando de sus tierras al obispo de Gotia, Ulfilas, junto con muchos de sus seguidores cristianos. Constancio II recibió a Ulfilas como si se tratara de un «nuevo Moisés» [10] y lo instaló junto con sus seguidores en Nicópolis, ciudad situada en la fronteriza Mesia Inferior para que pudiera seguir estando cerca de su «perseguido rebaño» del otro lado del *limes* . Durante los siguientes dos años, Ulfilas estaría enfrascado en una obra decisiva para la historia del pueblo godo: tradujo los Evangelios y la mayor parte de la Biblia a la lengua gótica. Era la primera vez que una lengua germana se ponía por escrito y esa lengua germana era goda. Es evidente que si Ulfilas escribía en godo era porque tenía reales o potenciales oyentes y lectores en esa lengua y ese simple dato

apunta no solo a que los godos de lengua germánica se estaban convirtiendo al cristianismo, sino también al nivel de sofisticación que iban alcanzando las élites de Gotia.

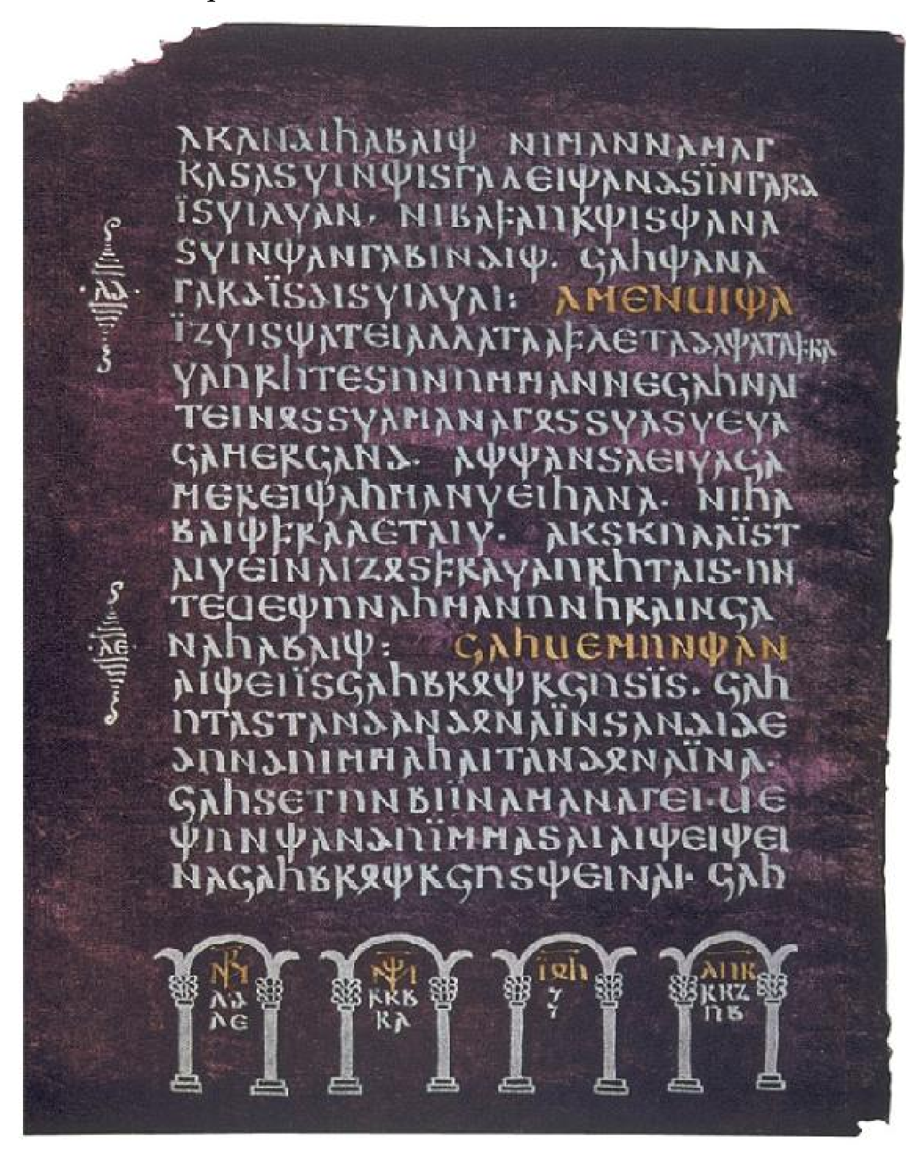


Figura 12: Página del llamado *Codex Argenteus* , manuscrito del siglo VI que copia, a su vez, un original del siglo IV que contiene la traducción al idioma godo de la Biblia. La tradición atribuye este mérito al obispo Ulfilas, si bien en la obra se

percibe la mano de varios autores, lo que nos lleva a considerar la existencia de un equipo de traductores, acaso supervisados por el mencionado obispo. Se trata de la primera obra redactada en alfabeto gótico, desarrollado por Ulfilas para evangelizar a los godos. Emplea veinticinco caracteres, que son adaptaciones de runas, caracteres griegos y latinos. Dado que Ulfilas era arriano, la conversión del pueblo godo se hizo, asimismo, a este credo.

Otro dato significativo es que Ulfilas no tradujo el Libro de los Reyes, pues consideraba que las hazañas de David y de los demás campeones de Israel solo servirían para incrementar aún más las virtudes guerreras de los godos e inflamar su belicoso espíritu.

La influencia de Ulfilas fue decisiva. En una época en que la cuestión confesional era radicalmente importante y en la que los debates cristológicos convulsionaban no ya a la Iglesia, sino al Imperio, que un obispo arriano, pues arriano era Ulfilas, tradujera la Biblia a la lengua de los godos y que fuera por su intermedio que su cristianización se viera acelerada y potenciada, determinó en buena medida las relaciones entre romanos y godos para los siguientes doscientos cincuenta años. Ulfilas, cuya «profesión de fe» se nos ha salvado en un manuscrito denominado *Parisinus latinus 8907,* más conocido como *Carta de Auxencio de Durostorum* [11] , no solo dejaba clara su fe arriana, sino su influencia en el cristianismo de su tiempo. No fue un actor marginal en los acontecimientos, sino uno principal y si en última instancia su visión del cristianismo fue condenada en el Imperio durante el Concilio de Tesalónica del año 381, aunque resulte paradójico pervivió donde más había sido perseguida: entre los godos. En efecto, todavía en tiempos de Atanarico, tercer juez o rey de los tervingios, la mayor parte de la realeza y la nobleza goda se mantenía pagana y hostil al cristianismo. En el 372, por ejemplo, un godo, el ya citado

Sabas el Godo, fue martirizado por negarse a abjurar de su fe cristiana en un momento en que, de nuevo, se tensaban las relaciones entre tervingios y romanos. Solo a partir del *foedus* del 382 y, sobre todo, a partir del ascenso de Alarico en el 392, se fue imponiendo mayoritariamente el cristianismo entre los godos asentados al sur del Danubio, mientras que entre los grupos que permanecían al norte del *limes* el paganismo siguió siendo norma hasta bien entrado el siglo V.

Pero, sin duda, el ejemplo más palpable y espectacular, literalmente, de la obra e influencia de Ulfilas entre los godos nos lo ofrece el llamado *Codex Argenteus* de la biblioteca de la Universidad de Upsala, Suecia. Se trata de un espléndido libro realizado sobre suave cuero de becerro nonato teñido con púrpura de Campania sobre la que se estampó una cuidada caligrafía que usaba tintas de oro y plata. Es una lujosísima copia de los Evangelios traducidos por Ulfilas al gótico mandada hacer por Teodorico I, rey de los ostrogodos de Italia, a inicios del siglo VI. En origen, contaba con 336 folios de los que se nos han conservado 188. El *Codex Argenteus* tuvo que tener sus «hermanos» entre los visigodos de Hispania y Galia, quizá menos lujosos, eso no importa, lo que importa es que este tipo de libros realizados a finales del siglo V e inicios del siglo VI muestran que los godos o al menos las élites dirigentes ostrogodas conservaban aún su lengua y que esta seguía siendo prestigiosa y, sobre todo, el *Codex Argenteus* nos permite conocer esa lengua. Pues solo a través de él y de un «vocabulario» recogido por un embajador holandés entre los godos de Crimea, el último pueblo que habló godo y que lo hizo hasta el siglo XVIII, podemos reconstruir el idioma de los godos y así adentrarnos aún más en su cultura. [12]

Pero ¿y las transformaciones políticas? ¿Cómo explicar que los godos pasaran de ser un conjunto bastante laxo y diverso de bandas y tribus a constituir poderosas confederaciones capaces

de poner en aprietos al Imperio y de firmar con él *foedera* ventajosos?

Ya vimos que las laxas coaliciones tribales que se formaban en torno a los años medios de la segunda mitad del siglo III eran puramente circunstanciales. En algunas de ellas aparecen los godos como grupo principal o dirigente, tal fue el caso de la gran expedición de los años 250 y 251, en otras parecen subordinados a grupos como los boranos o como los hérulos, tal ocurrió, por ejemplo, entre el 252 y el 257 en el caso de las expediciones en el mar Negro junto a los boranos, o entre el 267 y el 271 en el caso de las expediciones sobre Grecia y el Egeo. Pero en todas esas correrías de los godos se advierte una realidad constante y se evidencia un error muy común de la historiografía: en primer lugar, que los jefes o reyes godos vienen y se van. Esto es, que no dejan tras de sí continuidad política alguna y que no hay relación de parentesco ni de ninguna otra clase entre ellos. Sus jefaturas, su poder, no es heredado ni transmitido. Sus gentes son, simplemente, sus seguidores y no constituyen una realidad política o tribal homogénea, estable ni estructurada. En segundo lugar, como ya hemos apuntado, las noticias recogidas en las fuentes primarias desmienten a Jordanes y a buena parte de la historiografía tradicional, es decir, los tervingios y los greutungos ni eran los antecesores directos de visigodos y ostrogodos, ni eran los dos únicos «reinos» godos existentes en el siglo IV.

En efecto, lo que se observa entre los godos del periodo comprendido entre los años 238 y 337 es que estaban divididos entre un buen número de unidades políticas independientes e incluso rivales entre sí. Así, por ejemplo, en el año 249 los godos que atacaron Marcianópolis eran mandados por dos jefes, Argaito y Gunderico, y aunque puede que estuvieran subordinados de algún modo a Ostrogota, atestiguado por Dexipo y por Jordanes y que pudo ser una suerte de rey

hegemónico o supremo de los godos, lo cierto es que parecen operar de forma independiente. Al año siguiente, 250, y totalmente independiente de los anteriores y sin conexión alguna con ellos, nos encontramos con Cniva, un jefe godo que muestra un despliegue de poder impresionante pero que desaparece de la escena tras su gran victoria de Abrittus en el 251. Dieciséis años después, entre el 267 y el 270, durante las correrías de godos y hérulos por el Egeo que los llevaron a saquear Atenas, el Templo de Artemisa de Éfeso –una de las siete maravillas del mundo antiguo–, Rodas, Creta y Chipre, los godos aparecen agrupados bajo tres jefaturas distintas encabezadas por Respa, Veduc y Thuruar y en el 271, Aureliano aniquiló al norte del Danubio a las fuerzas de un cuarto y poderoso rey godo llamado Canabaudes. Así que a lo largo de tan solo veintidós años contamos con ocho jefes o reyes godos que no se sucedieron entre sí, que se mostraron independientes unos de otros y que no parecen haber contado entre ellos con lazos familiares de ningún tipo. En definitiva y cuando los vemos asociados, su alianza no va más allá de las habituales, circunstanciales, puntuales e interesadas alianzas militares. Cierto es que dos de esos soberanos, Cniva y Canabaudes, parecen haberse destacado en poder sobre los demás, pero también es cierto que las fuentes primarias hablan siempre de reyes y no de un rey o jefe godo. La arqueología, ya lo apuntó Peter Heather en 1997, señala también en esa dirección, pues en la Gotia de finales del siglo III y de la primera mitad del IV se han hallado media docena de grandes fortificaciones que parecen haber sido el centro político de otras tantas jefaturas o reinos. La más formidable de esas fortificaciones es Pietroasa, junto al Dniéster y en la actual Rumanía. Un impresionante centro fortificado dotado de torres, zanjas y empalizadas que aprovechó un antiguo fuerte romano y que, con sus 30 grandes

edificios, sin duda fue el centro político y militar de una poderosa facción de los godos. [13]

Esa situación de fragmentación política se puede haber atemperado con la aparición de tervingios y greutungos. Estas dos realidades políticas parecen haberse gestado en la sexta década de la segunda mitad del siglo III en directa relación con las correrías y ataques godos contra el Imperio y, aunque parecen haberse constituido en las más poderosas, no fueron realidades uniformes y, por supuesto, no fueron las únicas agrupaciones tribales godas. Heather, por ejemplo, pudo identificar hasta doce grupos godos independientes entre sí durante el periodo 375-478 y señaló, asimismo, que, en el mejor de los casos, esos 12 grupos podrían reducirse a 6 originales en el siglo IV. [14] Estamos de acuerdo con él e incluso añadiremos a la lista de Heather otros dos grupos no listados por él: los que en el 324 mandaba el rey godo Alica y los que aniquiló Constantino en el 334 y que formaban por ese entonces y según el anónimo autor de la *Origo Constantini Imperatoris* , «la más poderosa y numerosa de las tribus godas». [15]



Figura 13: Dibujo que reproduce el llamado anillo de Pietroasa, hallado en 1837 en la localidad homónima de Rumanía. Su datación, aunque controvertida, podría establecerse entre principios del siglo III y principios del V. Es el testimonio más antiguo de escritura rúnica, y sus caracteres producen la frase *gutaniowi hailag* , de interpretación controvertida, y para la que se han propuesto diversas lecturas: «año de los godos, sagrado e inviolable», «dedicado a las madres godas», «sagrada reliquia de la sacerdotisa», «dedicado al templo de los godos», entre otras.

Lo cierto es que tervingios y greutungos fueron simplemente los godos más «visibles» para los romanos, por así decirlo, y lejos de las hipérboles de Jordanes, las fuentes primarias no

muestran evidencia alguna de un «Imperio godo» como el de Ermenrico de los greutungos que, según el exagerado testimonio de Jordanes, abarcaba las tierras y pueblos que se extendían entre el Báltico y el mar Negro y entre el Dniéster y el Don. [16] Tampoco hay evidencia sólida alguna en las fuentes primarias que permita pensar que los greutungos ejercían algún tipo de supremacía sobre los tervingios.

Pero como nuestro objeto son los visigodos, nos centraremos ahora en su génesis. Estos no fueron los continuadores directos de los tervingios. Dicho de un modo claro: los tervingios no son los visigodos, sino que fueron un elemento, uno importante, pero uno nada más, en su etnogénesis. En efecto, cuando se observa el devenir de los godos entre el 376, el año en que comenzaron a cruzar el Danubio y a instalarse en territorio romano, y el 395, el año en que Alarico, el primer auténtico rey visigodo se rebeló contra Roma, lo que se advierte es que los godos de Alarico estaban conformados por varios grupos godos de origen tervingio y greutungo que, hasta por lo menos el año 382 habían sido independientes entre sí, y a los que con posterioridad se les fueron sumando godos provenientes de grupos que todavía en el año 378 seguían permaneciendo al norte del Danubio y de los cuales el más destacado sería el de Radagaiso cuyos seguidores supervivientes se sumaron a los godos de Alarico en el 408. Unos godos, los de Radagaiso, que parecen no estar relacionados directamente ni con los tervingios, ni con los greutungos. Además, en el «pueblo» de Alarico había grupos considerables de alanos, muy numerosos entre el 376 y el 378 y todavía muy visibles y poderosos en el 411, así como nutridas bandas de hunos, pequeños contingentes de taifales y masas de campesinos y esclavos romanos de dispar origen y, todo eso, ese ejército-pueblo tan complejo, desde el punto de vista étnico y cultural, fue el que en el 415 penetraría por primera vez en Hispania.

Como vemos, una realidad muy alejada de aquella que recrearon muchos historiadores del siglo XIX y de las primeras siete décadas del siglo XX en la que se presentaban las invasiones, en el caso español la invasión visigoda, como una suerte de «inyección racial» en la que unos en apariencia vigorosos y racialmente puros germanos renovaban la «mestiza y decadente» sangre romana. [17]

Pero lo que está claro es que los tervingios, aunque no son los visigodos propiamente dichos, sí fueron el núcleo en torno al cual se construyó el pueblo visigodo. Y esto hace que nos planteemos las siguientes preguntas: ¿cuándo y cómo habían surgido los tervingios? ¿Cómo se había alzado entre ellos una dinastía real? ¿Qué relación tenían los tervingios con los futuros visigodos de Alarico?

LOS TERVINGIOS: ORIGEN, AUGE Y CAÍDA DEL PRIMER REINO GODO (268-376) Si aceptamos el controvertido testimonio recogido en el «Divino Claudio» una de las vidas de emperadores que componen la *Historia Augusta* , la primera aparición de los tervingios se podría remontar al año 268, cuando son citados en la lista de tribus que, tras reunirse en la desembocadura del Dniéster, avanzaron sobre el *limes* romano y durante tres años saquearon, combatieron y dejaron sus huesos en y por lugares tan diferentes y distantes entre sí como Chipre o Mesia Superior. [18] En esa lista están los peucinos, greutungos, tervingios, gépidos, hérulos y también, y de forma más genérica, los escitas y los celtas, denominaciones estas últimas que, por ser arcaizantes y literarias, podían englobar pueblos muy diversos y bajo las cuales es probable que se hallaran otros pueblos godos diferentes a los tervingios y

a los greutungos, así como bandas de sármatas y de pueblos dacios. Sin embargo, la *Historia Augusta* es una fuente compleja y es posible que la vida del «Divino Claudio» tradicionalmente atribuida a Trebelio Polión y en mi opinión es muy posible que compuesta a inicios del siglo IV, en realidad lo fuera por un anónimo compilador de la segunda mitad de ese mismo siglo que «pusiera al día» las informaciones recogidas en una obra precedente.

En cualquier caso, unos veinte años más tarde, en un panegírico del emperador Maximiano declamado por el poeta Claudio Mamertino en Augusta Treverorum (Tréveris) en abril del 292, se mencionaba a los tervingios de forma expresa y como parte del agitado *Barbaricum* que Maximiano había tenido que enfrentar y afrontar durante los años 285-292: Furit in vifcera fua gens effrena Mauroum. Gotthi, Burgundios penitus excindunt. Rurfum pro victis armantur Alamanni, itemque Teruigi, pars alia Gottorum, adjuncta manu Thaifalorum, averfum Vandalos, Gypedefque concurrunt.

Cuya traducción sería: Se desencadena el pueblo de los moros con ira en sus entrañas. Los godos cayeron sobre los burgundios. Por el contrario, a favor de los vencidos se arman los alamanes y concurren los tervingios, otra fracción de los godos, estrechamente aliada con los taifales, hostigan a los vándalos, y a los gépidos.

Nótese que se menciona a los godos dos veces en el pasaje. La primera por sí mismos, *Gotthi* , la segunda, la que nos interesa, como tervingios: *Teruigi, pars alia Gottorum* , esto es, «los tervingios, otra fracción de los godos». Una fracción poderosa pues, según aclara Claudio Mamertino, se habían aliado con los taifales para atacar a los vándalos y gépidos:

adjuncta manu Thaifalorum, averfum Vandalos, Gypedefque concurrunt [19] .

La mención de Claudio Mamertino refuerza, según creo, la que se hace en la vida del «Divino Claudio» recogida en la *Historia Augusta* . Pues si en el 292 los tervingios eran ya tan célebres y poderosos como para que un poeta cortesano los mencionara en un panegírico pronunciado en Tréveris, al otro lado del mundo romano por así decir, no podían ser una «novedad» excesivamente reciente. Su poder era manifiesto, pues estaban empujando a los vándalos y gépidos, dos poderosas confederaciones tribales situadas al norte y al oeste de la antigua Dacia y sabemos que por esos mismos años y durante las siguientes cuatro décadas, hicieron otro tanto y de forma asimismo exitosa, con los carpos y los sármatas.

Jordanes, de tan poca utilidad para aclarar el origen y la historia de los tervingios, rellena esta parte de la historia de los godos con noticias que tratan de establecer una historia engrandecida y fabulosa cuya misión es realzar a los Amalos, la familia real a la que pertenecía Teodorico I el Grande y a los baltos o baltingos, los «audaces», la familia o linaje real a la que pertenecía Ataúlfo, el segundo rey visigodo e hijo de Atanarico, el último soberano tervingio, y con la que, mediante matrimonio, emparentó Alarico. [20]

Ahora bien, solo con la consolidación de los tervingios observamos el establecimiento de un poder fuerte y continuo en la familia de Ariarico. Como Amiano Marcelino usa el término de «magistrado» o «juez» para referirse a Atanarico, el soberano tervingio con quien se enfrentó el augusto Valente entre los años 367 y 369, mientras que usa el término de «rey» para Ermenrico, el contemporáneo jefe de los greutungos, y como el bien y directamente informado Temistio explicita que Atanarico no ostentaba el título de rey, sino que prefería el de juez, se ha querido ver en esa diferenciación la prueba de que

los supremos jefes tervingios tenían un poder limitado y que no constituían un linaje real. Pero Zósimo, que recoge noticias muy antiguas, señala que los tervingios contaban con una dinastía real, algo que, por otra parte, también dejan claro otros textos del siglo IV en los que queda meridianamente claro el fuerte poder ejercido por Ariarico, Aorico y Atanarico y sobre la continuidad dinástica de dicho poder dentro de la misma familia. [21]



Figura 14: Reverso de un sólido de oro del emperador Valente, acuñado en Tesalónica en torno a los años 364-367. El emperador aparece empuñando un estandarte de tipo lábaro (crismón constantiniano) y un orbe que sostiene a una Victoria alada. Esta última, a su vez, coloca a Valente una corona de

laurel. A sus pies, un bárbaro cautivo y maniatado, cuya barba y largos cabellos sirven, conforme al tópico, para identificarle. En torno a la imagen se lee la leyenda *salus rei p* (*ublicae*), es decir, «la salvaguarda de la República = el Estado», dando a entender que el emperador es el garante de la seguridad del Imperio.

Los tervingios fueron muy capaces de sobrevivir y expandirse en el turbulento mundo de la frontera romana. No sabemos tanto sobre ellos como sobre otros pueblos como por ejemplo los alamanes. Pero es muy probable que se estructuraran de forma muy parecida. Así, en el 357, cuando el césar Juliano, el futuro augusto Juliano el Apóstata se enfrentó a los alamanes, estos estaban organizados bajo la jefatura de dos reyes supremos pertenecientes a la misma familia, Chonodomario y Serapión. Este último, Serapión, al igual que Atanarico, el tercero de los jueces tervingios, era hijo de un rehén educado en territorio romano. Por debajo de los dos reyes supremos, Chonodomario y Serapión, había cinco reyes de poder algo menor, diez príncipes y un gran número de nobles y siguiéndolos a todos, bien por una soldada, bien por cumplir juramentos personales debidos a sus protectores o benefactores, 35 000 guerreros de diversas tribus y pueblos.

Temistio, que escribía entre el 369 y el 370 y, como ya se ha dicho más arriba, tenía conocimiento directo y bien informado sobre los tervingios, señala entre ellos la existencia de varios reyes. Estos reyes aceptaban la jefatura suprema del juez Atanarico que los dirigía en la guerra y que los representaba ante el augusto Valente con el que negociaba directamente en nombre de todo su pueblo. [22] Todo lo cual prueba que, al igual que los alamanes, los tervingios contaban con soberanos hegemónicos o supremos bajo los que se hallaban reyes menores, príncipes y nobles y que el título de juez es probable que se deba entender como una expresión del poder supremo, algo así como «juez de reyes». [23]

Puesto que los alamanes y los tervingios desempeñaron un papel militar y político muy similar durante el periodo que comprende los años del 331 al 376, se puede deducir también que su poderío militar era asimismo muy parecido: en torno a 35 000 guerreros.

Por tanto, trataré ahora de arrojar nueva luz sobre el origen de los tervingios y sobre las tensiones y fuerzas internas que operaron en su seno desde un principio, atrayendo la atención del lector hacia una noticia poco recordada por la historiografía especializada y que aparece en la vida del «Divino Aureliano» de la *Historia augusta* , la cual cronológicamente se ubica hacia el 274. Veamos esa noticia.

Cuando se describe el fastuoso triunfo en Roma de Aureliano, la procesión triunfal que mostró a los romanos la gloria y el poder reconstituidos de Roma y en la que sus ciudadanos contemplaron a Zenobia de Palmira cargada de cadenas de oro y junto a ella todos los tesoros de Oriente, también pudieron ver, entre muchas otras maravillas, un grupo de amazonas godas y multitud de cautivos godos con las manos atadas a la espalda y, lo más llamativo para nosotros, el carro del rey de los godos. Y esto resulta llamativo no solo porque fuera tirado por cuatro ciervos, sino porque fue el elegido por el augusto Aureliano para mostrarse a los romanos. Y no es que Aureliano no contara con carros más ricos e ilustres, pues en la misma procesión triunfal marchaban el carro de oro de Zenobia y el aún más rico de Odenato, e incluso desfilaba un tercer carro revestido de un modo espectacular de oro y joyas que el mismísimo rey de reyes de Persia había regalado a Aureliano, sino porque estaba claro que el augusto quería destacar sobremanera su triunfo sobre los godos y su rey. [24] ¿Su rey? Tres años antes, en el 271, Aureliano había cruzado en Mesia el Danubio y vencido a Canabaudes a quien dio muerte junto a 100 000 de sus guerreros. [25] Dejando de lado la hipérbole o no

de la cifra, lo cierto es que el tal Canabaudes es el mejor candidato a ser el dueño del carro tirado por cuatro ciervos que Aureliano usó como carro triunfal por las calles de Roma. ¿Que por qué eligió Aureliano tan singular vehículo? Trebelio Polión nos dice que el augusto había jurado sacrificar a Júpiter Capitolino los cuatro ciervos que tiraban del gótico carro si el dios le concedía la victoria sobre el rey de los godos, pero Aureliano podría haber cumplido su juramento sin necesidad de pasearse por toda Roma, y en el día más importante de su vida, montado sobre un rústico y bárbaro vehículo, máxime cuando tenía a su disposición los lujosos carros de Zenobia, Odenato y del rey de los persas. Así que habrá que pensar que Aureliano daba mucha importancia a su triunfo sobre Canabaudes. Pero ¿por qué? No era su primera victoria sobre los godos. No, ya había obtenido otras antes y después de ser proclamado augusto. ¿Qué hacía, entonces, tan especial aquella victoria en particular sobre los godos? Es obvio: Canabaudes, un caudillo que destacaba sobre cualquier otro jefe godo como no lo había hecho antes ninguno. Llegados a este punto recordaremos de nuevo la noticia de la vida del «Divino Claudio» en la que se citaba a los tervingios como uno de los pueblos bárbaros invasores del Imperio en el 268 y el panegírico de Claudio Mamertino que los mencionaba en el 292 como una poderosa fracción de los godos. Si reunimos todas estas informaciones se nos hará evidente que para el año 268 los tervingios eran una realidad y que su primer rey o juez solo pudo ser Canabaudes y si eso es así solo nos quedan dos posibilidades: o bien Canabaudes pertenecía al mismo linaje real que Ariarico, Aorico y Atanarico, esto es, Canabaudes sería un baltingo perteneciente al mismo linaje que los jueces tervingios que podemos atestiguar con claridad por las fuentes contemporáneas del siglo IV, o bien pertenecía a otro linaje real que, bien tras su muerte en el 271, bien en algún momento

anterior al año 328, año en el que, más o menos, aparece Ariarico como jefe supremo de los tervingios, perdió el control de la confederación tribal. Creo que esto último fue lo que pasó. Veámoslo.

Jordanes señala que los godos contaron con un rey de nombre Geberico, el cual reinó después de Ariarico y Aorico. [26] Ahora bien, si así fuera, habría que colocar a ese Geberico después del 365 y eso desplazaría a Atanarico, hijo y sucesor de Aorico. Pero Atanarico, al contrario que Geberico, está del todo constatado y cronológicamente precisado por fuentes contemporáneas de los hechos tales como, por ejemplo, Temistio y Amiano Marcelino. [27] Así que la noticia de Jordanes sobre Geberico no es creíble desde el punto de vista cronológico. De hecho, el dislate cronológico de Jordanes lo evidencia él mismo al afirmar en un lugar que Geberico reinó en tiempos de Constantino, es decir, en algún momento entre el 306 y el 337, y en otro que lo hizo después de Ariarico y Aorico, esto es, después del 365. [28] ¿Hacia dónde apunta eso? Hacia que Jordanes tenía noticias sobre un poderoso caudillo tervingio, Geberico, pero que no tenía muy claro donde situarlo. Lo que sí sabía a ciencia cierta es que Geberico luchó con éxito contra los vándalos y que logró expulsarlos de sus territorios en la antigua Dacia. [29] ¿Cuándo pudo ocurrir eso? La mayoría de los especialistas ha señalado una fecha en torno al 334, cuando grupos de vándalos solicitaron a Constantino tierras en Panonia para escapar de la presión de los tervingios. Ahora bien, puesto que para el 328 y sin ningún género de dudas, Ariarico era el juez de los tervingios, no podemos pensar en Geberico como el jefe que empujó a los vándalos hacia Panonia. Además, los godos que en el año 334 llevaron a cabo esas acciones contra vándalos y sármatas no fueron los tervingios, sino otra tribu goda, «la más poderosa y numerosa de las tribus godas», dice el anónimo y contemporáneo autor de

la *Origo Constantini Imperatoris* distinguiendo de los godos de Ariarico a esos otros godos que guerreaban contra vándalos y sármatas y a los que, por otra parte y en ese mismo año del 334 o en el 335, Constantino casi exterminó. [30] Así que Geberico y su guerra vándala no pueden situarse en el año 334. [31] ¿Entonces? ¿Recordamos lo que Claudio Mamertino decía sobre los tervingios en el 292? Pues que estaban empujando a los vándalos fuera de sus territorios. [32] Eso situaría a Geberico entre el 292, aproximadamente, y la aparición en escena de Ariarico hacia el 328. Ahora bien, Jordanes deja claro que Geberico no era un baltingo y puesto que Ariarico, ya lo hemos demostrado, era juez o rey de los tervingios hacia el 328, y puesto que gracias a la *Origo Constantini Imperatoris* sabemos que en el 324 Licinio contó con un poderoso aliado godo, el rey Alica, [33] todo apunta a que Canabaudes, Geberico y Alica, al igual que luego Ariarico, Aorico y Atanarico, eran miembros de un mismo linaje real [34] y que ese linaje fue el primero que gobernó a los tervingios. Un linaje, además, que logró reunir a muchas bandas godas con posterioridad al 257 y antes del 268 y que puso las bases del poder que luego ejercerían Ariarico, Aorico y Atanarico.

Todo lo que acabo de exponer más arriba es, según creo, una novedad, y además creo que resuelve muchos problemas sobre el origen y primeros pasos de los tervingios. Por lo pronto tendríamos no 3, sino 6 jueces o reyes de los tervingios y no una, sino 2 dinastías o linajes reales que se sucedieron en el poder y cuya rivalidad explicaría mucho mejor la súbita y dramática fragmentación que el estado tervingio sufrió en el 376 cuando Atanarico perdió el control sobre la mayoría de su pueblo en favor de otros jefes no ligados a su familia o linaje como era el caso de Alavivo y Fritigerno. ¿Quiénes eran estos? Es evidente que señores poderosos, lo más probable es que fueran parte de ese grupo de reyes tervingios sometidos a

Atanarico que señalaba Temistio en su panegírico de finales del 369 o inicios del 370. Pero de linaje tan alto y prestigioso como para disputarle el poder a un hijo y nieto de jueces/reyes supremos y eso me sugiere que uno de ellos o los dos, bien podrían haber sido descendientes de la familia real a la que pertenecieron Canabaudes, Geberico y Alica. La misma que, desplazada del poder supremo entre el 324 y el 328, aprovechó la derrota de Atanarico ante Valente a finales del 369 y, sobre todo, los ataques hunos del 375-376 para comenzar a cuestionar su autoridad y tratar de retomar el perdido control sobre los tervingios. [35] Creo que, de esta manera, además, podemos trazar una historia continua y más plausible de los tervingios entre su aparición, hacia el 268, y su derrumbe en el 376.



Figura 15: Moneda de «tipo cabaña», acuñada bajo el emperador Constante en Augusta Treverorum (348-350). En su reverso se aprecia a un soldado romano sacando pacíficamente a un bárbaro de una cabaña muy simplificada, cuyo aspecto quiere hacerse eco de las que los pueblos de allende el Imperio construían con muros de tapial, cubiertas vegetales y una carcasa de materiales perecederos –sobre todo madera y caña–, al modo habitual en la tradición constructiva no mediterránea.

Esta iconografía celebraba el asentamiento de grupos de bárbaros dentro de las fronteras del Imperio.

Ahora bien, tal como señalábamos en el primer capítulo, el «éxito tervingio», la consolidación de la hegemonía tervingia al norte del Danubio, recibió un empujón, por así decir, del Imperio. Roma no solo optó por convertir a los tervingios en sus «interlocutores» estableciendo *foedera* , tratados que otorgaban ventajas comerciales y subsidios, amén de emplear a miles de guerreros godos y de realzar el prestigio del juez tervingio entre las tribus godas, sino que intervino para eliminar a quien sin duda y en mi opinión era un poderoso rival de los tervingios: la misteriosa tribu goda que según el anónimo autor de la *Origo Constantini Imperatoris* era «la más poderosa y numerosa de las tribus godas» [36] en el 334. Constantino derrotó cumplidamente a esta fracción de los godos y, con ello, sin duda, allanó el camino de Ariarico y sus sucesores como hegemones de los pueblos godos situados entre el Danubio y el Dniéster.

La historia de las relaciones entre tervingios y romanos es agitada. Aorico, el hijo de Ariarico que quedó como rehén en Constantinopla en virtud del *foedus* del 332, no terminó de adaptarse al papel que el Imperio le tenía destinado, el de rey bárbaro complaciente y sumiso. Ni siquiera los agasajos y honores que se le concedieron, se le llegó a erigir una estatua junto a la Basílica de Illus, templaron su odio hacia Roma. Cuando su cautiverio terminó y reemplazó a su padre al frente de la confederación tervingia, tensó las relaciones con el hijo y sucesor en Oriente de Constantino, Constancio II. De hecho, y según parece, Aorico desconfiaba tanto de Roma que obligó a su hijo, Atanarico, a jurar que no visitaría Constantinopla. En cualquier caso, Aorico tuvo varios enfrentamientos diplomáticos y bélicos con Constancio II y como parte de esos

enfrentamientos y como ya vimos más arriba, persiguió a los cristianos de su territorio.

Pero sería su hijo, Atanarico, que parece que llegó al poder hacia el 364-365, quien tuvo el enfrentamiento más duro con Roma. El contexto de dicho enfrentamiento es muy significativo pues nos ilustra sobre cómo el poder tervingio no había dejado de crecer desde el 332 y cómo, en consecuencia, deseaba cambiar las bases de su relación con Roma y tener un papel más igualado con el Imperio.

En el 363, Procopio, un primo del augusto Juliano, recibió el encargo de este último de dirigir una de las dos «tenazas» del ejército romano que debían de adentrarse en Persia y destrozar su resistencia. Esto es significativo, ya que Procopio mandaría 30 000 hombres (18 000 según Zósimo), la mitad poco más o menos del total de la fuerza empleada, y los llevaría por Armenia para, una vez sumadas sus fuerzas a las del rey Arsaces, aliado de Roma, pasar a Adiabene amenazando el norte de Mesopotamia y tratando luego de converger con Juliano que mandaría el resto del ejército llevándolo directamente y Éufrates abajo, contra la capital persa, Ctesifonte.



Figura 16: El *Missorium* de Kerch, datado en la época del emperador Constancio II (*reg* . 337-361), hijo y sucesor de Constantino el Grande. A la izquierda vemos a un soldado elegantemente vestido y con un torques al cuello, lo que denotaría su condición de miembro de la guardia de palacio. En el centro destaca la figura del emperador Constancio, que viste una túnica corta decorada con *segmenta* , vaina de espada decorada, pantalones ajustados y calzado enjoyado. La cabeza tocada con una diadema, emblema inequívoco de realeza, y el nimbo que la rodea es un remanente de la iconografía pagana. Sobre el escudo del soldado vemos claramente marcado un crismón (las letras griegas ji, X, y ro, P, que aluden al nombre de Cristo en esa misma lengua, Χριστός) pero, al tiempo, el

caballo del emperador aparece coronado por una tradicional Victoria alada, que extiende sobre su cabeza una corona de laurel, símbolo del triunfo militar. Con la mano opuesta sostiene una palma, representación asimismo de la victoria. El escudo que vemos bajo el caballo remacha la cualidad de triunfador del emperador. Museo del Hermitage, San Petersburgo.

La guerra de Juliano contra Persia fue un desastre. También lo fue para Procopio. Aislado en Armenia, no pudo intervenir en la sucesión de su infortunado e imperial primo y cuando se enteró de que Joviano había sido elegido nuevo augusto, temió por su vida. Tenía motivos. Juliano le había entregado, según se decía, un manto de púrpura imperial, un símbolo inequívoco de que le consideraba su heredero y ahora, con Joviano en el trono, Procopio podía ser considerado como un peligro potencial y ser ajusticiado sin más. Este último logró escapar del verdugo renunciando a la vida pública y marchando a sus fincas de Capadocia, pero cuando al poco murió Joviano y subió al trono Valentiniano (364-375), este consideró que no le convenía que un miembro de la familia de Constantino siguiera vivo y envió hombres a detenerlo. Procopio logró huir con su familia y tras alcanzar el Quersoneso Táurico, la actual Crimea, aprovechó que Valente, el coemperador nombrado por Valentiniano para gobernar Oriente, se hallaba preparando una campaña contra Persia, para plantarse en Constantinopla donde inició una sublevación en septiembre del 365. Apoyado por la guarnición de Constantinopla y por algunas tropas enviadas previamente por Valente a detener incursiones godas en la frontera danubiana, Procopio obtuvo además, y esto es lo que nos importa, el apoyo explícito de Atanarico, que acababa de suceder a su padre, Aorico, como juez de los tervingios y que le envió 10 000 guerreros godos.

Procopio logró algunos éxitos iniciales en Nicea y Cícico, pero al cabo sus generales fueron derrotados en la batalla de Tiatira, en Frigia (en el oeste del Asia Menor turca), y el propio Procopio fue vencido en Nacolea el 26 de mayo del 366, capturado al día siguiente y ejecutado de inmediato. [37]

La derrota de Procopio dejó a Atanarico en una posición delicada. Había apoyado al bando perdedor en la guerra civil romana y una parte considerable de su poder militar, 10 000 guerreros, alrededor de un tercio del total de sus tropas, había sido capturado por el augusto triunfante. Atanarico trató de salir del entuerto pretextando que él, como fiel aliado de Roma, se había limitado a enviar sus guerreros en demanda del augusto Procopio a quien creía legítimo soberano de los romanos. La excusa de Atanarico no coló. Valente le señaló que su hermano Valentiniano y él mismo, Valente, habían sido elevados como augustos meses antes de que Procopio se levantara en armas contra ellos y que el propio Atanarico, como juez de los tervingios, les había enviado la pertinente embajada de reconocimiento y renovación del *foedus* . Además, Valente recordó al juez tervingio que los godos habían lanzado incursiones contra territorio romano aun antes del alzamiento del debelado usurpador y que, simplemente, habían aprovechado la revuelta de este último para tratar de sacar partido de una guerra civil que parecía prometerles una mejora de su relación con el Imperio.

Pese a todo, Atanarico siguió tratando de zafarse de lo que parecía una inminente y desastrosa guerra contra el Imperio. Cuando el *magister equitum* Víctor se presentó ante él para exigirle explicaciones y reparaciones, Atanarico volvió a insistir en sus excusas y reclamó que Valente le devolviera sus guerreros pretextando que todo había sido fruto de la confusión que había reinado en el Imperio y de la que los «inocentes»

tervingios habían sido víctimas. Él, Atanarico, era fiel a Roma y a sus augustos, Valentiniano y Valente.

Pero Valente no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de aplastar a los godos. Preparaba una guerra contra Persia cuando precisamente las incursiones godas del verano del 365 le habían obligado a enviar tropas a Tracia y Mesia y esas incursiones y el posterior y casi inmediato apoyo de Atanarico al alzamiento de Procopio demostraban que el juez tervingio era todo menos un aliado fiable. Así que lo mejor, de acuerdo con la tradición romana, era aplastarlo y recordar a los bárbaros que jugar con Roma salía muy caro.

Tras distribuir a los 10 000 prisioneros godos por varias fortalezas y ciudades para que no constituyeran un peligro y quedaran bien vigilados, Valente comenzó a reunir y a abastecer un formidable ejército para, a la primavera siguiente, cruzar el Danubio y acabar con Atanarico y sus tervingios.

En el invierno del 366-367, sus preparativos estaban ultimados y el augusto y el núcleo de su ejército de maniobra invernaba en Marcianópolis, junto al *limes* .

En abril del 367, Valente cruzó el Danubio al frente de una impresionante fuerza bien adiestrada y abastecida. Controlaba el río y no tuvo problema alguno en construir un puente de barcos a la altura de la fortaleza de Dafne, punto estratégico fortificado por Constantino en el 328, y en avanzar por territorio tervingio quemando aldeas y talando sus campos.

Atanarico, temeroso de enfrentar directamente al ejército imperial y privado de un tercio de su fuerza, como ya señalamos, optó por la guerra de guerrillas, dispersando a sus bandas guerreras por los pantanos y bosques para desde ellos acosar al ejército romano. Pero Valente ofreció una cuantiosa suma por cada cabeza de godo que se le presentara y los soldados romanos y aun sus sirvientes se internaban en los

pantanos y espesuras como cazadores de hombres y su deseo de oro logró lo que parecía imposible: expulsar a los godos de sus sombríos bosques y laberínticos lodazales.

Atanarico condujo entonces a sus gentes hacia las montañas de los Cárpatos, pues seguía rehuyendo una batalla campal y deseaba que Valente y su ejército, ante las aldeas vacías que encontraran en su avance, desistieran de la guerra y repasaran el Danubio.

Pero Valente no cejó. Envió por delante a Ariteo, *magister peditum* , para que, internándose en los bosques, cortara el paso a los refugiados godos y así fueron capturados varios miles de campesinos, mujeres y niños del pueblo de Atanarico, antes de que alcanzaran la seguridad de las montañas. Al llegar el otoño, sin haber logrado una gran victoria, pero arreando a docenas de miles de cabezas de ganado y arrastrando a miles de cautivos, las huestes romanas atravesaron el Danubio para aguardar el inicio de la siguiente campaña que esperaban fuera la definitiva.

En la primavera del 368 Valente volvió a cruzar el Danubio, pero el mal tiempo vino esta vez en auxilio de Atanarico y sus godos. Las lluvias, copiosísimas esa primavera, sacaron de madre a los ríos de la región y limitaron mucho las operaciones del ejército romano que terminó por acuartelarse en un poblado de los carpos, pueblo dacio que por entonces estaba sometido a los tervingios y que recibió bien a unos romanos que, sin embargo, al llegar el otoño volvieron a cruzar el Danubio para invernar en Marcianópolis.

La tercera campaña goda de Valente se inició en la primavera del 369 cruzando de nuevo el ejército romano un puente de barcos esta vez amarrados entre sí a la altura de Noviodunum. Valente, una vez más, avanzó sin oposición y dirigió sus tropas hacia el Dniéster para atacar a los greutungos de Ermenrico que estaban prestando apoyo a los tervingios de Atanarico. Valente

libró varios combates contra los greutungos que no fueron muy importantes, pero que bastaron para que Atanarico, reunidas todas sus fuerzas, bajara de las montañas para acudir en auxilio de sus aliados. Como ni Amiano Marcelino, ni Zósimo, ni Temistio, nuestras más confiables fuentes, dan detalles sobre la batalla que se libró entonces, solo se puede concluir que Valente logró la victoria, sin duda, pero que esa victoria no fue aplastante y que la situación de la guerra en el otoño del 369 poco variaba de la que había ofrecido dos años y tres campañas antes.

Cruzado de nuevo el Danubio, un frustrado, aunque victorioso Valente, invernó en Marcianópolis en donde recibió embajadas de Atanarico, el cual, una vez más, le suplicaba la paz. [38]

Aunque Valente estaba logrando éxitos, estos no eran decisivos y la situación en Oriente no paraba de complicarse. La guerra goda de Valente se estaba alargando en exceso y los gastos eran demasiado grandes y no estaban siendo compensados por los éxitos obtenidos. De ahí que el emperador tuviera que recibir una embajada del senado constantinopolitano, en la que figuraba Temistio, que le instaba a firmar la paz con los bárbaros. Unos bárbaros que seguían en las montañas, ocultándose y librando una guerra de guerrillas que, aunque no desgastaba seriamente al ejército romano, le impedía obtener una victoria decisiva.

Por su parte, Atanarico tenía muy claro que nunca vencería al Imperio y sabía asimismo que su pueblo dependía en grado sumo del comercio con Roma. Sus mejores tierras habían sido devastadas y su pueblo no podía sembrarlas de nuevo pues desde la primavera del 367 vagaba disperso y cada vez más hambriento, por las montañas. Los tervingios no habían sido derrotados, pero estaban al límite de sus fuerzas y una nueva

campaña de Valente los llevaría al exterminio, bien por hambre, bien por la espada.

Sin embargo, el emperador no podía permitirse una cuarta campaña. Necesitaba volverse hacia Persia. Así que cuando los enviados de Atanarico se presentaron de nuevo ante él suplicando la paz, envió a sus *magistri equitum* y *peditum* , Víctor y Ariteo, a comprobar cuáles eran las verdaderas intenciones de Atanarico. Eso dicen las fuentes. Lo cierto es que Valente no quería arriesgarse a entablar unas negociaciones con un jefe bárbaro que, aunque derrotado, podía mostrar a los súbditos del romano que las cuantiosas sumas que habían tenido que aportar para la larga guerra goda solo habían rendido una paz que simplemente restableciera la situación previa al 365. No, Valente quería asegurarse de que la escenificación de la paz y sus términos dejaban bien clara su victoria. Se trataba no solo de paz, sino también de prestigio imperial y él, el augusto de Oriente, estaba muy necesitado de ese prestigio tras la sublevación de Procopio y tras tres duras, pero poco concluyentes campañas contra los tervingios.

Pero también Atanarico tenía que «salvar su cara». Había sido su política agresiva la que había llevado a los tervingios a meterse de lleno en la guerra civil romana y a hacerlo en el bando perdedor. Había «perdido» los 10 000 guerreros que envió a Procopio y luego había tenido que sufrir tres arrasadoras campañas en su territorio sin poder hacer otra cosa que abandonar sus mejores tierras y desperdigar a su pueblo por las montañas. Si ahora acudía a Marcianópolis, donde aguardaba el emperador, para echarse a sus pies y pedir clemencia, su gobierno sobre los tervingios estaría acabado.

Así que Atanarico dejó claro a Víctor y a Ariteo que deseaba la paz, que la firmaría mejorando para el Imperio lo que ya firmaran su padre y su abuelo, pero que no se humillaría para lograrla. Creo que Atanarico también dejó entrever a los

generales de Valente que el augusto ganaría tranquilidad si él seguía al frente de los tervingios y que por eso mismo era mejor que no lo humillara en exceso, ni apretara en demasía la soga en torno al cuello de los tervingios.

En diciembre del 369 o en enero del 370, Víctor y Ariteo rindieron sus informes a Valente y se acordó que Atanarico no acudiría a suplicar la paz a Marcianópolis, lo que hubiera evidenciado su derrota y humillación de una forma contundente, sino que negociaría la paz en mitad del río, en la frontera entre ambos estados. Era una buena salida para Atanarico y que Valente aceptara muestra que había llegado a la conclusión de que no le convenía socavar en exceso el poder del juez tervingio.

Peter Heather ha concluido que la paz del 370 y el consiguiente nuevo *foedus* evidencian que los intentos de Temistio por mostrar que el triunfo romano había sido completo, no podían ocultar que Valente no había sido capaz de meter en cintura a los tervingios. No estoy del todo de acuerdo con Peter Heather. Creo que Valente se limitó a ser pragmático: había mostrado su poder a los tervingios y los había obligado a aceptar, una vez más, la incuestionable superioridad romana. Pero no eran los godos, sino Persia, la que lo inquietaba y ante esa desazón, por así decir, necesitaba tener las manos libres y eso se lo garantizaba mejor un Atanarico agradecido y lo bastante fuerte como para sujetar a sus bandas guerreras, que una confederación tervingia deshecha en la que el caos y la anarquía impidieran a un debilitado juez tervingio imponer a su díscolo pueblo los términos de un acuerdo de paz con los romanos. De ahí que consintiera en entrevistarse con Atanarico en mitad del Danubio. De ahí que le concediera términos que, aunque duros y empeorando los acordados antes por Aorico y Ariarico, los antecesores de Atanarico, todavía eran aceptables. Guy Halsall es de la misma opinión y señala

con acierto que la entrevista en el río, una circunstancia muy señalada por Peter Heather, tampoco constituyó nada excepcional, pues casi a la par que Valente se entrevistaba en medio del Danubio con Atanarico, su imperial hermano, Valentiniano, hacía otro tanto en el Rin con un rey de la confederación alamana sin que ello desmereciera su victoria sobre dichos bárbaros. [39]

En una liburna magníficamente acondicionada, rodeado de su estado mayor, de su corte y de una delegación constantinopolitana en la que figuraba el filósofo, panegirista y político Temistio, y mostrándose con toda la pompa y dignidad del poder romano, Valente recibió a Atanarico y a sus reyes subordinados. Tras un artificial tira y afloja, se firmó el acuerdo en los términos que, semanas atrás, ya habían negociado los *magistri* Víctor y Ariteo con Atanarico y sus reyes menores. Mientras tanto, para darle un toque dramático a aquella cuidada representación, docenas de miles de godos, guerreros, campesinos, siervos, esclavos, mujeres y niños, llenaban las riberas norteñas del Danubio suplicando la paz y clamando por recibir alimentos, mientras que, en el lado romano del río, las tropas romanas formaban una disciplinada y rutilante línea de acero y cuero. Temistio lo describe así: «Se podría exclamar al contemplar en aquel momento las dos orillas del río, la una resplandeciente por los soldados que atendían en orden a los acontecimientos con calma y serenidad, la otra llena del confuso griterío de hombres que suplicaban postrados en tierra». [40]

En efecto, los godos suplicaban la paz. Tenían hambre y esa era la prueba de que, pese a que su juez había logrado no tener que ir a echarse a los pies del emperador, su derrota era inapelable.

Se ha querido ver en las excusas de Atanarico para no cruzar el río y firmar allí la paz, no sé qué limitaciones religiosas y

políticas de los jueces tervingios. Lo único que se debe ver tras los pretextos de Atanarico, recogidos por Temistio y Amiano Marcelino, es su desesperada situación política.

Los términos de la paz, del nuevo *foedus* , no dejan lugar a dudas de que Atanarico estaba vencido: en primer lugar, los 10 000 guerreros que habían quedado cautivos de Valente tras la derrota de Procopio, no volvían con su juez, sino que serían alistados en el ejército romano. En segundo lugar, los tervingios se comprometían a no cruzar el Danubio bajo ningún pretexto y a cesar en sus incursiones de bandidaje lanzadas desde el delta del Danubio y aceptaban que los romanos levantaran allí una gran fortaleza en los pantanos para controlar cualquier posible correría goda al sur de la desembocadura del río. En tercer lugar, los godos renunciaban a los subsidios y «regalos» del Imperio. En cuarto lugar, limitaban su comercio con Roma, cuestión clave para ellos, a solo dos puntos, dos ciudades designadas para tal fin por el emperador y en donde los funcionarios imperiales velarían por el pago de los impuestos pertinentes. [41]

Amiano Marcelino, tan contemporáneo como Temistio, pero menos preocupado por lo conveniente, deja claro que la nueva relación de Atanarico con Valente lo convertía en un hombre del Imperio y, de hecho, como veremos, Atanarico terminaría sus días en Constantinopla en donde fue enterrado con todos los honores. [42]

Valente podía despreocuparse de su *limes* danubiano y centrarse en la frontera persa. Atanarico, por su parte y pese a sus esfuerzos por salvar su prestigio, vio seriamente comprometido su poder. Sin duda fue en ese momento, a partir del invierno de 370, cuando Alavivo y Fritigerno comenzaron a socavar el poder de Atanarico y de su clan real, los baltingos. Pues, aunque se había evitado la derrota completa, estaba claro que los sufrimientos que la guerra había impuesto a los

tervingios no habían sido compensados y que el responsable de la hambruna y de la destrucción había sido Atanarico.

Así que fue con la división sembrada en su seno como los tervingios iban a afrontar la más terrible de las invasiones: la de los hunos. Pues ese mismo año del 370 un pueblo salvaje y todavía poco conocido por los godos, los hunos, surgía de Asia Central para atacar a los alanos y comenzar a inquietar a los godos greutungos del viejo rey Ermenrico.

LA TEMPESTAD HUNA Y EL DESASTRE DE ADRIANÓPOLIS (370-378) Los siglos que se extienden entre el final de la Antigüedad y lo que podríamos llamar «Edad Media plena» están llenos de enrevesados debates historiográficos. Uno de esos debates eruditos de imposible solución es el referido al origen de los hunos. La controversia sobre la filiación étnica y lingüística de los hunos es un auténtico «campo de batalla historiográfico» desde el siglo XVIII. A los hunos se les han buscado orígenes turcos, mongoles, tibetanos, ugrofineses y hasta indoeuropeos al vincularlos con pueblos tocarianos o iranios. Esto último es poco probable y hoy, a tenor de las pruebas e indicios literarios, antropológicos, filológicos y arqueológicos, todo parece apuntar a una procedencia prototurca. En esta línea, la vinculación de los Hsiung-Nu o Xiung-Nu de las fuentes chinas con los hunos, sigue siendo la más fuerte y lógica de las posturas. [43]

La primera mención de los hunos en las fuentes grecorromanas podría ser la recogida por Ptolomeo hacia el año 160, quien menciona un pueblo de nombre *khounoi* , un vocablo griego del que en apariencia derivaría la forma latina del gentilicio «hunos». Ptolomeo colocaba a estos *khounoi* entre

los pueblos de la Sarmatia oriental, es decir, entre los nómadas que habitaban al este del río Volga y hasta las fronteras del «país de los seres» que *grosso modo* parece corresponderse con las actuales regiones chinas de Asia Central.

No obstante, la primera noticia cierta que tenemos sobre los hunos nos la proporciona Amiano Marcelino, quien escribió su obra hacia 395 y que fue bien y directamente informado por un jefe tervingio, Munderico, el cual ocupó un alto puesto en el ejército romano y que en el 375-376 combatió a los hunos [44] en los días en que estos últimos empujaron a greutungos y tervingios al sur de la frontera romana, a donde algunas bandas hunas los siguieron, participando junto a godos y alanos en los saqueos y devastaciones que siguieron a la gran batalla de Adrianópolis librada en agosto del 378. [45] Los hunos impresionaron vivamente a Amiano Marcelino quien los definió como: «El pueblo que sobrepasa todos los límites de la crueldad». [46] Los describió como un pueblo nómada, con un estilo de vida muy parecido al de los alanos indoiranios que, como el resto de los pueblos sármatas, llevaban siglos relacionándose con los romanos. Pero los hunos, aunque vivían como los alanos, no se parecían a ellos. Si los alanos eran altos, de miembros largos, pelo y piel claros, ojos redondos y a menudo azules y fieros, [47] los hunos eran bajos, fornidos, de piernas cortas y arqueadas, cuellos gruesos, cabezas grandes con narices chatas y ojos rasgados y pequeños, con rostros lampiños o escasamente barbados que solían estar desfigurados por cicatrices rituales. [48] Esta apariencia física fue impactante no solo para los romanos, sino también para los pueblos germanos. Y es que parece ser que los hunos fueron el primer pueblo turcomongol que apareció en Europa. Amiano Marcelino llega a compararlos con «bestias de dos pies». [49] Su apariencia aterrorizaba a los europeos y sus costumbres también. El historiador recogía noticias inquietantes sobre que los hunos no

usaban el fuego para cocinar la carne que ingerían, que cortaban las mejillas de sus niños al nacer, que vestían con túnicas de lino basto y sin teñir, pantalones y polainas de piel de cabra y con zamarras y mantos de pieles a medio curtir que no se quitaban hasta que se les pudrían encima y se les caían a pedazos. Noticias de «gentes extrañas» que se pasaban la vida sobre sus caballos hasta el punto de que comían y dormían sobre ellos y que, por ello, apenas si podían andar. Hombres salvajes que se cortaban el rostro con sus cuchillos cuando sus jefes morían para llorarlos con sangre y no con lágrimas. Noticias sobre hombres crueles, avariciosos, traicioneros, inconstantes, irracionales… Pero noticias que también dejaban claro que, por encima de todo, los hunos eran valientes y fieros hasta lo inimaginable. [50]

Este pueblo que, a los ojos romanos y aún germanos, parecía tan salvaje como singular, en origen estaba dividido en un sinfín de clanes y tribus independientes que, en ocasiones y por mor de la guerra, se agrupaban en hordas más grandes: «No están sometidos a ninguna autoridad regia, y tan solo obedecen a un confuso grupo de nobles» [51] , nos dice Amiano Marcelino desautorizando al muy posterior e inseguro Jordanes que colocaba a la cabeza de los hunos que asaltaron las tierras góticas a Balamber que, o bien es un personaje mítico, o bien fue uno entre muchos reyezuelos hunos. [52] Es decir, los hunos no contaban con reyes supremos cuando arremetieron contra alanos, godos y romanos en las décadas finales del siglo IV, sino que se alineaban bajo jefes guerreros pertenecientes a casas nobles ferozmente independientes y enfrentadas entre sí. Esta anárquica situación se prolongaría hasta inicios del siglo V y solo con Ruga, tío de Atila, y hacia el 431, culminaría con la completa unificación de las tribus y clanes hunos bajo un solo soberano.

Así que los hunos no eran un pueblo unido, sino un conjunto de tribus de origen prototurco con un núcleo étnico, lingüístico y cultural común, pero entre las que también había un gran número de bandas de muy diverso origen y en particular de guerreros y seguidores alanos tanaitas, muy numerosos entre las hordas hunas, cuya costumbre guerrera de cazar cabezas y de adornar sus monturas con los cueros cabelludos de los enemigos impresionaba sobremanera a los romanos, y también de gelones, pueblo especialmente salvaje y fiero cuyos guerreros desollaban los cadáveres de sus enemigos para vestirse con sus pieles ensangrentadas, además de cubrir con semejantes despojos el lomo de sus caballos. [53]

Pues bien, tras años de expediciones esporádicas de saqueo contra alanos y greutungos, expediciones menores que es probable que comenzaran poco después del 360, en el 370 las hordas hunas cruzaron en masa el Volga y arrollaron a los alanos. [54] Parte de ellos huyó hacia occidente, desgajándose después de esa masa de refugiados varios grupos que se incorporaron a los godos, y llegando otros hasta las riberas del Rin y del Danubio Superior, y ello a la par que otros alanos se refugiaban en las estepas norcaucásicas y la mayor parte de sus bandas se sumaban a los invasores, aliándose con ellos y participando de sus nuevas correrías y conquistas. Así, hacia el 372 y unidos hunos y alanos, cayeron sobre los greutungos del viejo rey Ermenrico, derrotaron a sus huestes y asaltaron sus asentamientos. Herido y desesperado, Ermenrico se suicidó y tras nuevas derrotas y ya hacia el año 375, los greutungos, aplastados por los alanos aliados de los hunos pese a contar también ellos con el apoyo de bandas mercenarias hunas y alanas, o bien se sometieron, o bien y bajo los jefes Alateo y Sáfrax, este último indudablemente un jefe alano o de origen alano, huyeron hacia el Dniéster para buscar el apoyo de los tervingios de Atanarico. Este, con sus fuerzas todavía

menguadas por la reciente guerra contra el augusto Valente y con graves problemas internos que con toda probabilidad habían desencadenado una guerra civil dentro de la confederación tervingia, trató de parar a las bandas de hunos y alanos en su frontera, pero los hunos lo derrotaron en una batalla nocturna que le obligó a retroceder. Tras fracasar su plan de contener a los invasores mediante el levantamiento de una tosca muralla de tierra apisonada y estacas afiladas que unieran las riberas del Danubio y el Geraso (Siret), Atanarico optó por refugiarse en los Cárpatos. Sin embargo, una parte considerable de su pueblo, aterrorizado y con los padecimientos sufridos en las montañas durante las recientes campañas de Valente aún frescos en la memoria, optó por seguir a los nobles Alavivo y Fritigerno y dirigirse bajo su mando a la frontera romana en busca de asilo y protección frente a los hunos. [55]

Ya hemos apuntado que los hunos contaban con una organización social y política mucho más básica que sus «víctimas» alanas y godas. De 6 a 10 familias formaban un clan que contaba con en torno a un centenar de personas que pastoreaban juntas sus rebaños bajo la dirección de un jefe. Varios clanes emparentados entre sí o que creían tener un antepasado común, se coaligaban formando pequeñas tribus que defendían de forma conjunta sus pastos y que se reunían para lanzar expediciones de saqueo contra otras tribus hunas u otros pueblos. A la cabeza de estas tribus menores estaban los *cur* o nobles, jefes guerreros que podían reunir bajo sus estandartes a unos centenares de hombres armados. En fin, varias de estas tribus se reunían en ocasiones en una horda o agrupación tribal, bajo el comando de un rey, probablemente denominado *shan yu* [56] y que podía lanzar al combate a varios miles de guerreros.

¿Cómo explicar entonces la rapidísima y avasalladora progresión de los hunos? Pues porque no era su unidad política,

su organización, sino su forma de guerrear la que había desmantelado la resistencia de los alanos, greutungos y tervingios: formaciones de caballería densas pero irregulares, cargas y retiradas fingidas, uso de un promedio de diez caballos por jinete, con la consiguiente rapidez y potencia en las marchas y durante el combate, a la par que les servían de «despensa móvil», pues les proporcionaban leche de yegua, sangre y carne. A todo esto, los hunos sumaron una ventaja decisiva: el arco compuesto asimétrico o arco reflejo huno.

Los hunos contaban en sus bandas guerreras con un número importante de jinetes armados pesadamente, pero en su mayoría los ejércitos hunos estaban constituidos por caballería ligera armada con lanza y arco. El arco compuesto asimétrico les otorgaba un poder decisivo frente a otros pueblos de jinetes como lo eran los alanos, gelones, roxolanos, yaciges, taifales e incluso, y en cierta medida, como los greutungos, y no digamos ya sobre pueblos en los que la infantería era la pieza fundamental de sus huestes como en el caso de los tervingios.

Y es que aunque el arco compuesto se conocía desde al menos el tercer milenio antes de Cristo se trataba de arcos de pequeña envergadura incapaces de lanzar flechas con suficiente potencia como para atravesar una armadura a una distancia superior a los 25 o 30 m y ello solo si el impacto era directo y sobre un punto débil, mientras que el desarrollo en el siglo III a. C. del gran arco compuesto asimétrico por los Hsiung-Nu, con su combinación de madera, cuerno y tendones y, sobre todo, con su gran envergadura de hasta 160 cm era muy capaz de herir a un hombre sin protección a 300 m de distancia, siendo letal a 200 m contra tropas no dotadas de armadura, mientras que manejado por un buen arquero podía dar muerte a hombres provistos de ella a 100 m de distancia. [57]

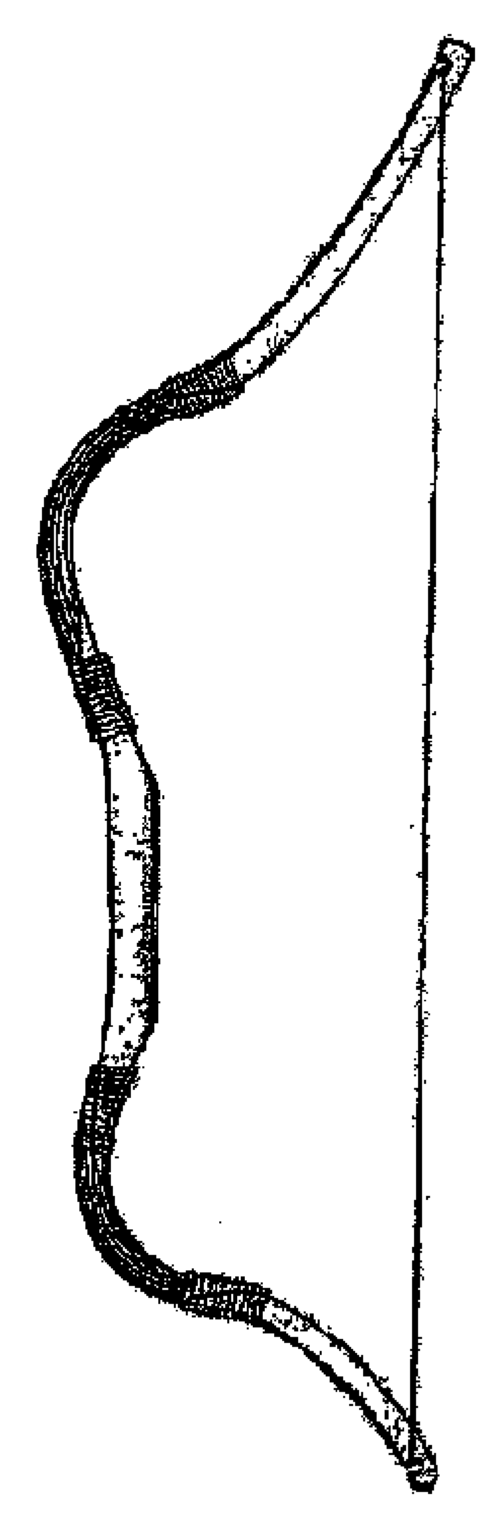


Figura 17: Reconstrucción de un arco de tipo huno, conforme a los hallazgos del yacimiento de Viena-Simmering (Austria). Pertenece a la tipología de arco compuesto: asimétrico, con la pala superior mayor que la inferior, lo que facilita su empleo a lomos de un caballo, con doble curvatura y empleo de distintos materiales en su factura, a fin de conseguir la flexibilidad y fuerza necesarias. Se han documentado restos de arcos hunos que debieron alcanzar los 130 e incluso 160 cm, lo que les confería una gran potencia.

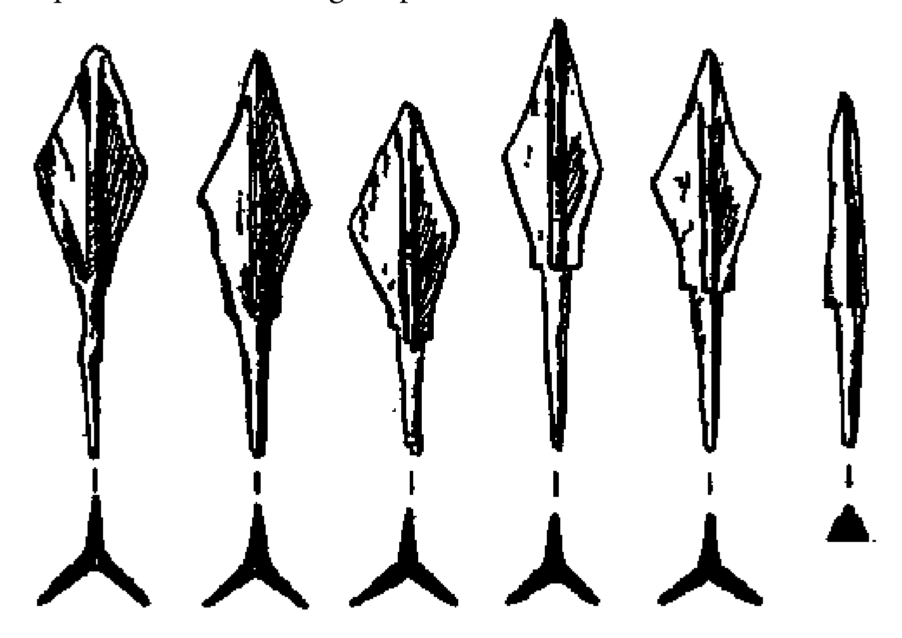


Figura 18: Lote de puntas de flecha de perfil trilobulado, es decir, con tres lóbulos o aletas, tal como se aprecia en la vista cenital. Fabricadas en hierro, proceden todas ellas del yacimiento de Novohryhorivka (Ucrania), de influencia cultural huna o alana.

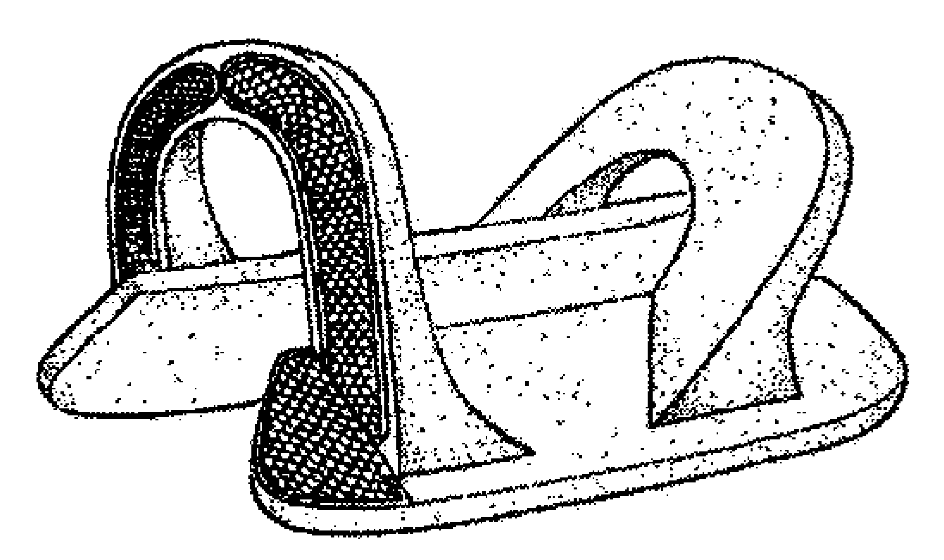


Figura 19: Reconstrucción de la silla de montar distintiva de la estepa póntica, empleada tanto por hunos como por sármatas y alanos. Consiste en dos láminas de madera que se apoyan sobre los lomos del animal. Sobre estas se yerguen dos arzones, uno delantero y otro trasero, entre los que se encaja la cadera del jinete para minimizar el riesgo de caída.

En tan solo cinco años, 370-375, armados con tan demoledora y revolucionaria arma, los *cur* y *shan yu* hunos llevaron a sus bandas guerreras a una espiral salvaje de expediciones de saqueo y guerras anárquicas en las que, ora luchando entre sí, ora aliándose con los alanos, ora alistándose como mercenarios de grupos godos, fueron aterrorizando y empujando a docenas de miles de tervingios, greutungos, taifales y otros grupos hacia el *limes* romano, donde se iba a desencadenar una crisis de grandes proporciones.

Ambrosio de Milán, contemporáneo de estos hechos, los supo concretar a la perfección: «Los hunos se han lanzado sobre los alanos, los alanos sobre los godos y los godos sobre los taifales y los sármatas; los godos, expulsados de su tierra, se han lanzado sobre nuestra Iliria y todavía no se atisba el final». [58]

Algunos autores modernos sostienen que la aparición de los hunos no fue tan traumática ni tan decisiva como nos trasladan las fuentes de la época. Ponen el acento en que, al fin y al cabo, hunos y godos solo deseaban asentarse en tierras fértiles y prosperar en ellas. Es cierto, pero la historia no es el relato de nuestros deseos, sino de cómo se materializan y, en este caso, los hunos y los godos trataron de llevarlos a cabo desencadenando una oleada imparable de violencia que provocó una tremenda crisis y conmovió el orden romano que había imperado a ambos lados del *limes* desde los días de Constantino el Grande. 59

Pero hablarle de crisis en el otoño del año 376 a Atanarico, el último juez de los godos tervingios, debía de ser como hablarle de lluvia a Noé. Con sus huestes guerreras derrotadas, dispersas o pasándose a otros jefes tervingios como Alavivo y Fritigerno, Atanarico debía de ser muy consciente de que su reino estaba deshecho. Pero ¿por qué no fue capaz de ponerse al frente del grueso de su pueblo para llevarlo al lado romano de la frontera y dejó que Alavivo y Fritigerno le robaran la autoridad? Esta pregunta, que me parece clave, o no se plantea, o se contesta sin reflexión. Se sugiere que Atanarico, atado por un supuesto juramento a su padre, se negaba tozudamente a entrar en territorio romano. Esta explicación es absurda si no se atiende al matiz introducido por Amiano Marcelino que muestra a Atanarico esperando cruzar el Danubio junto a sus fieles justo después de que Alavivo y Fritigerno lo hicieran con sus seguidores y a la par que lo intentaban los jefes greutungos Alateo, Viterico, Sáfrax y Famobio. Amiano aclara, además, que fue la negativa de las autoridades romanas a que grupos godos que no fueran los de Alavivo y Fritigerno cruzaran el *limes* lo que descorazonó a Atanarico, pues el juez de los tervingios consideró que sus antiguas disputas con Valente no lo dejaban en buen lugar para negociar con los romanos. Si algo demostró

el juez de los tervingios antes y después de su derrota ante los hunos, fue que era un político pragmático y realista. Sabía que había fallado como federado del Imperio. Había sido incapaz de sujetar a sus gentes y de salvaguardar su lado de la frontera ante el empuje de los hunos y alanos, pero también había fracasado ante la avalancha de refugiados greutungos y de otras tribus que huían ante los invasores llegados del este. Y lo que es peor, con su política anticristiana propició una suerte de guerra civil dentro de su reino en la que las autoridades romanas tuvieron que intervenir realizando auténticas «operaciones de comandos» como la que llevó a un contingente de soldados romanos a cruzar el Danubio e internarse en territorio tervingio para apoderarse del cuerpo del martirizado san Sabas y con las que Valente jugó la antiquísima, útil, pero peligrosa carta del «divide y vencerás» que propició la consolidación de Fritigerno y Alavivo como adalides del partido godo procristiano frente al pagano Atanarico. Con estos fracasos y antecedentes en su haber, Atanarico juzgó que le convenía no pasar todavía al lado romano y que era mejor internarse en lo más fragoso de los bosques de las montañas, abrirse paso entre los sármatas y carpos y esperar allí a ver como se desarrollaban los acontecimientos. [60] ¿Hubo, entonces, una guerra civil tervingia? ¿O fue una intervención romana? La respuesta a estas preguntas ha quedado reflejada en la *Pasión de San Sabas el Godo* y en un apunte, por lo general ignorado, de san Isidoro de Sevilla. Como ya señalamos más arriba, Atanarico salió debilitadísimo de la firma del *foedus* de enero del año 370. Su prestigio como jefe guerrero estaba seriamente dañado y las penalidades sufridas por su pueblo durante la guerra contra Roma y el consiguiente endurecimiento de las condiciones del tratado con el Imperio, socavaron aún más su prestigio y autoridad, lo que alentó a los nobles poderosos a tratar de usurparle el poder.

Atanarico trató de compensar su pérdida de prestigio y autoridad mediante dos iniciativas: mostrar que no era un mero títere de Roma y aplastar militarmente cualquier amago de resistencia a su autoridad, aunque eso llevara a la guerra civil. Primero trató de probar que su derrota ante Valente no lo había convertido en un mero y sumiso vasallo del Imperio, llevando a cabo una política agresiva contra los cristianos que habitaban en su territorio. Es en este contexto cuando el ya citado san Sabas el Godo fue martirizado y, en verdad, no fue el único. De hecho, esta faceta de Atanarico como perseguidor del cristianismo es la que más largamente se conservó y de ella se hace todavía poderoso eco hacia el 626 san Isidoro que condensa el reinado de Atanarico en dicha persecución para, a continuación, indicarnos que en el 376 los godos se hallaban divididos entre aquellos que aún seguían a Atanarico y los que se habían puesto bajo la autoridad de Fritigerno; añade, además, que ambas facciones combatían entre sí y que el emperador Valente intervenía en la contienda apoyando a uno de los partidos. Dejando de lado los errores de contexto y la inexactitud cronológica del relato de san Isidoro, que coloca en la década del 70 y bajo Valente la traducción al gótico de la Biblia efectuada por el obispo Ulfilas, lo cierto es que el historiador hispano guardaba el recuerdo de que la separación de los tervingios en facciones diversas fue violenta y que los godos que cruzaron el Bajo Danubio en el otoño del 376 no solo lo hacían como refugiados que huían de los ataques de hunos y alanos, sino también como exiliados de una guerra civil que habían perdido pese a contar con el apoyo romano. Esto último es muy importante, pues nos aclara la trayectoria y papeles desempeñados en los siguientes y cruciales años por Fritigerno y Atanarico y, asimismo, resalta el equívoco juego que Valente se traía con los tervingios y su erróneo cálculo, pues al debilitar y disgregar el poder tervingio, este facilitó el

derrumbamiento del sistema defensivo del Bajo Danubio del que el reino tervingio había sido un elemento esencial y, con ello, propició la avalancha de refugiados y el ascenso imparable de los hunos.

En ese contexto es como debemos de interpretar la aparición de Atanarico junto al Danubio mencionada por Amiano Marcelino. Atanarico llegó al *limes* romano como perseguidor de sus rivales, Fritigerno y Alavivo y no tanto como potencial «refugiado».

Así que la intervención de Valente en la política interna de la confederación tervingia fue una causa directa de la crisis de los años 376 a 378. La política goda de Valente durante los años del 370 al 376 fue un acrobático ejercicio de doblez. Cuando a Valente le llegaron los informes sobre que docenas de miles de refugiados godos querían cruzar el Danubio e instalarse en el Imperio, no solo realizó un cálculo sobre si al Imperio le convenía o no aprovechar el potencial agrícola y militar de los godos de Alavivo y Fritigerno, [61] sino que también tuvo que sopesar las ventajas políticas que le ofrecería el debilitamiento de su federado, Atanarico, que ahora no solo veía como los hunos y los alanos saqueaban sus tierras, sino que, pese a su victoria en la inmediata guerra civil, se vería privado de una considerable parte de sus fuerzas si, conducidas por Alavivo y Fritigerno, se ponían bajo la protección de Valente y quedaban en manos de este como un «arma» siempre presta a ser usada contra él si no se plegaba por completo a los deseos del Imperio. Creo que esto último fue concluyente en la decisión de Valente de acoger a los seguidores de Alavivo y Fritigerno. Para él, los derrotados jefes tervingios eran un nuevo factor que jugaría a su favor en el complicado juego de las relaciones entre godos y romanos. Por supuesto fue un cálculo erróneo, pues no eran ya los godos, sino los hunos, los que ocupaban el papel hegemónico al norte del Danubio y, sobre todo, porque Alavivo

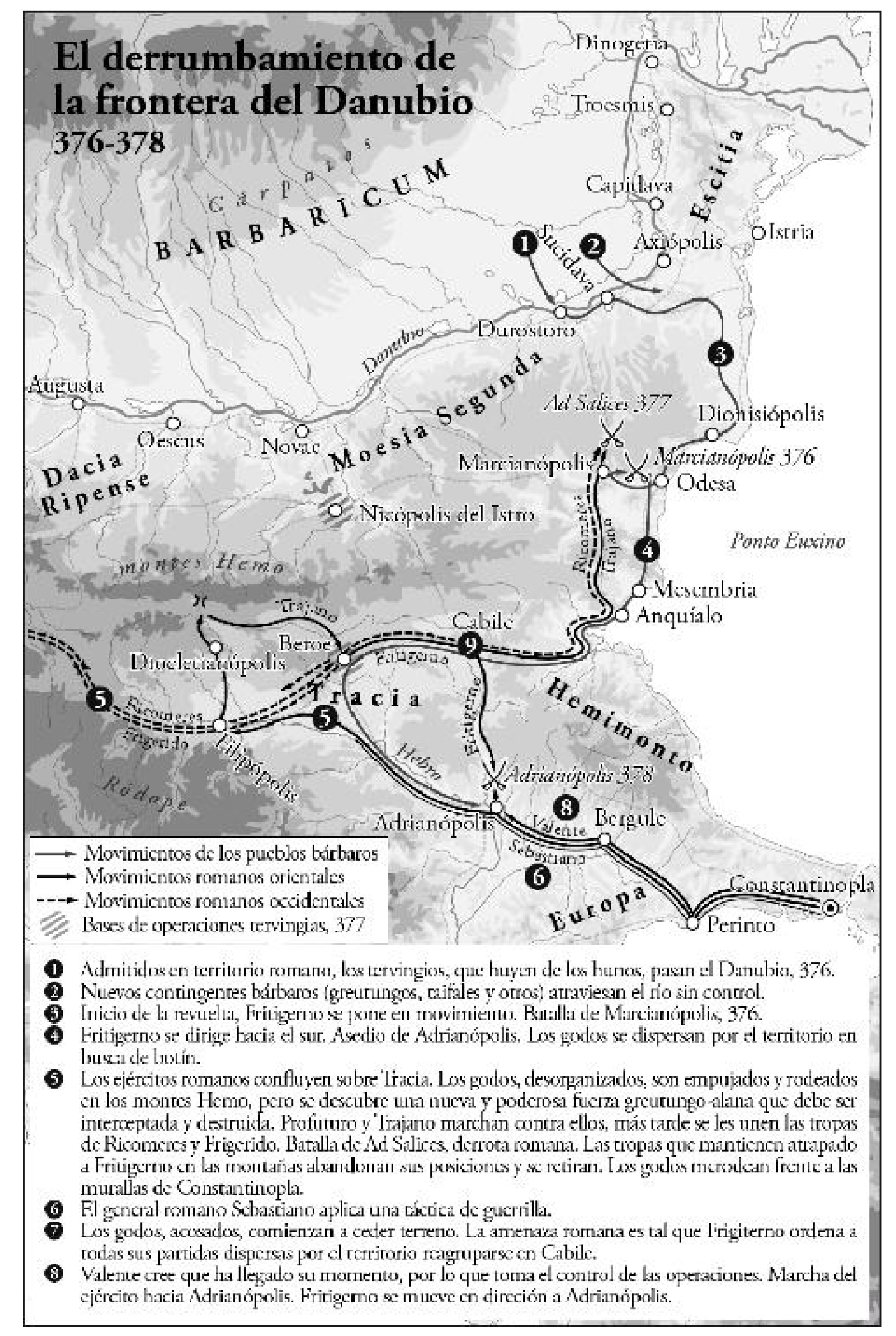
y Fritigerno no estaban dispuestos a jugar el papel que la política imperial quería asignarles.

Lo que acabamos de exponer tampoco fue advertido por nuestra mejor fuente, Amiano Marcelino. El gran historiador centró toda su atención en lo más evidente: los godos huían de los hunos y su división era fruto del colapso de su reino tras la derrota sufrida ante los salvajes jinetes asiáticos. [62] No se percató de que, además, la división de los godos también tenía causas internas alentadas por Roma. No podemos recriminárselo. La vertiginosa secuencia de calamidades que se desencadenó a continuación de que Valente decidiera acoger en el Imperio a los refugiados/exiliados godos fue tan espectacular y compleja que bastante tuvo con recoger los hechos y sus consecuencias.

Según narra Amiano Marcelino, los tervingios capitaneados por Alavivo y Fritigerno –en este momento parece que Alavivo era el hegemón de estos godos– se agruparon en la orilla norte del Danubio para solicitar pasar a Tracia y asentarse allí. De hecho, los godos de Alavivo y Fritigerno renunciaban a su anterior condición de *foederati* , primero porque ya no estaban bajo la autoridad de Atanarico, el responsable del *foedus* con el Imperio, y segundo porque al solicitar la instalación en Tracia, lejos de la línea fronteriza, entregar las armas y someterse por completo al emperador ofreciéndole además su reclutamiento ilimitado en caso de que el augusto así lo considerara necesario, se transformaban en *dediticii* , esto es, en sometidos al emperador sin condiciones.

Ahora recalcaremos que, mientras los godos de Alavivo y Fritigerno enviaban emisarios a Valente, se les fueron sumando nuevos grupos de refugiados de muy diverso origen y procedencia. Amiano Marcelino lo recoge así: «En toda la zona que se extiende desde los marcomanos y los cuados hasta el Ponto, una multitud bárbara de pueblos desconocidos,

expulsados de su territorio por un ataque inesperado, se habían diseminado en torno al Íster junto con sus familias». [63] Esta noticia es vital para que comprendamos lo complejo del proceso que se estaba poniendo en marcha por mor de los ataques iniciados por las hordas hunas durante los años 370 a 376. No solo se estaban moviendo los tervingios y los greutungos, sino que otros muchos pueblos lo estaban haciendo a lo largo de todo el *limes* danubiano, desde el sur de lo que hoy es Alemania a la desembocadura del gran río en el mar Negro. Miles y miles de familias estaban agrupándose junto a la frontera romana para pasarla. Fue esta sobrecogedora dimensión del movimiento migratorio lo que terminaría sobrepasando al Imperio. Según Eunapio, un historiador contemporáneo de los hechos y fuente principal para Zósimo, 200 000 refugiados cruzaron el Danubio [64] y esta cifra se refiere solo al grupo principal de tervingios que había logrado el permiso del augusto Valente para instalarse «legalmente» en Tracia, mientras que por Amiano Marcelino, Eunapio y Zósimo sabemos que otros grupos, como los tervingios de Atanarico, los greutungos y alanos conducidos por Viterico, Alateo, Sáfrax y Famovio, es muy probable que tan numerosos o incluso más que los tervingios de Alavivo y Fritigerno, también estaban esperando a pasar o directamente pasando «ilegalmente» la frontera para asentarse en el Imperio y que estos intentos desembocaban en anárquicos choques armados que, claro está, generaban más y más tensión entre los refugiados, legales o ilegales, el ejército imperial y los provinciales romanos. [65]



Fue el caos. Aquel otoño del 376 Valente se hallaba en Siria, en Antioquía del Orontes, tratando de arreglar el sangriento

embrollo que él mismo había organizado con sus federados árabes de la confederación Tanuqh a los que había tratado de imponer un nuevo *foedus* que su nueva reina, la belicosa Mavia se había negado a aceptar. La guerra con los sarracenos de Mavia estaba siendo un auténtico desastre y las derrotas romanas se sumaban a la par que los sarracenos saqueaban las provincias romanas desde Egipto al Éufrates y todo ello cuando se suponía que Valente estaba organizando una campaña contra Persia para retornar Armenia a la influencia romana. [66] No solo los sarracenos de Mavia estaban en armas, también lo estaban los isauros o isaurios, un pueblo montañés y bravo que habitaba en las montañas del Tauro desde Pisidia al norte de Siria y que a la sazón estaba devastando el sudeste de Asia Menor.

Esta era la ya de por sí complicada situación militar de Valente cuando Lupicino y Máximo, los generales encargados de controlar el asentamiento ordenado y pacífico de los godos en Tracia, añadieron el desastre al caos.

En primer lugar, las autoridades imperiales fueron incapaces de llevar a buen término el paso ordenado del Danubio de las ingentes masas de refugiados. Las fuentes señalan no solo la caótica y anárquica forma en que se procedió, repleta de choques armados y de espantosos naufragios con miles de víctimas ahogadas en las aguas del turbulento Danubio, muy crecido por las lluvias otoñales e invernales del 376-377, sino que también señalan la frustración de las autoridades romanas no ya por su fracaso en la tarea de desarmar a los guerreros que cruzaban junto a sus familias, sino también por su incapacidad de establecer un simple pero imprescindible censo de los refugiados que entraban en territorio romano. Es decir, los romanos, desbordados por el número y las penosas circunstancias del cruce del Danubio, estaban dejando entrar en su territorio a miles de hombres armados de los que ni siquiera conocían su número y a los que, por el acuerdo de

deditio , sometimiento sin condiciones, firmado con ellos por el emperador, se les debía de proveer de alimentos y tierras. Pero ¿cómo alimentar y asentar de un modo conveniente a semejante masa de la que además ni tan siquiera se había hecho censo alguno? Si a ello añadimos la creciente infiltración de grupos de greutungos, alanos, taifales, sármatas roxolanos, carpos, esciros, hérulos, boranos y hunos que estaban pasando el río sin autorización, no es de extrañar que como dice Zósimo siguiendo a Eunapio, las bandas de saqueadores se extendieran durante la primavera del 377 desde «Mesia a Tesalia». [67]

Por si lo anterior no fuera bastante, Lupicino y Máximo, las máximas autoridades encargadas de ordenar aquel caos, decidieron sacar provecho de él y comenzaron a extorsionar a los refugiados a los que cobraban cifras desorbitadas por unos abastecimientos que debían de haberles proporcionado de forma gratuita o a bajo coste. La corrupción se extendió de arriba abajo a lo largo de toda la cadena de mando romana y se hizo más violenta. En consecuencia, muchos godos, en especial campesinos desarmados, mujeres y niños, fueron sin más esclavizados y vendidos a propietarios romanos; otros grupos de refugiados se vieron obligados a vender sus ganados por cifras ridículas y pronto el hambre les obligó incluso a vender a sus hijos para evitar que perecieran de inanición. La desesperación de los godos y la perfidia de los funcionarios y oficiales romanos llegó al punto de que –según se dice– intercambiaban a los godos uno a uno por perros que, de inmediato, eran devorados por los hambrientos bárbaros.

Ni siquiera la nobleza goda se libró de los abusos, y la rabia hacia los romanos fue creciendo hasta estallar de forma violenta. Los choques armados se fueron generalizando. Los soldados y provinciales romanos asaltaban a los grupos de refugiados y masas de estos últimos se organizaban en bandas guerreras y saqueaban los campos asaltando villas y aldeas

romanas. Al cabo, la situación se hizo insostenible y derivó en una guerra abierta. El venal Lupicino trató de sofocar la creciente revuelta goda tomando como rehenes a los jefes tervingios en la ciudad de Marcianópolis, pero todo salió mal. Fritigerno logró que lo soltaran y de inmediato se transformó en el jefe de la sublevación. La guerra estaba servida. Muy pronto hubo todo un ejército godo a las afueras de Marcianópolis y el ineficaz y corrupto Lupicino demostró ser, además, un pésimo y cobarde general que se dejó aplastar por completo en una batalla campal por Fritigerno. [68]

Migraciones masivas e incontroladas, abusos terribles sobre los emigrantes, rechazo de la población local e incapacidad de los recién llegados para integrarse en una sociedad extraña. Todo eso nos suena mucho, ¿verdad? Pero el nivel de caos y violencia del mundo antiguo está más allá de nuestra imaginación. No por su dimensión, sino por su clara inmediatez que no deja lugar a ningún artificio ni disimulo.

Tras la derrota de Marcianópolis, las fuerzas romanas locales se vieron incapaces de controlar no ya a los seguidores de Fritigerno, sino también la línea fronteriza al completo. Aprovechando esta circunstancia, los greutungos de Alateo, Sáfrax, Viterico y Famovio pasaron el río en masa y con ellos grandes grupos de alanos, taifales, carpos, sármatas y esciros y pequeñas bandas de hunos que ofrecían sus «servicios» como mercenarios a los jefes guerreros. De hecho, buena parte de los efectivos romanos que debían de haber estado custodiando la frontera del Bajo Danubio no estaban allí, en Mesia, la Escitia Menor y Tracia, sino en Oriente con el emperador.

En efecto, Valente había reunido en Siria a una buena parte de sus *comitatenses* para llevar a término su proyectada campaña contra Persia y los había tenido que reforzar con contingentes de *limitanei* sacados de aquí y allá, para hacer frente a los sarracenos de Mavia y a los saqueadores isaurios.

En semejantes circunstancias, no es raro que las menguadas tropas romanas de los Balcanes perdieran el control en toda la región que iba desde Adrianópolis, al sur, hasta Nicópolis, al norte y desde el Castra Martis (Campamento de Marte) al oeste, a Istria, al este. Pues otros dos jefes godos –desconocemos si tervingios, greutungos o de alguna otra tribu goda–, Suerido y Colias, que habían sido ya instalados con sus bandas en Adrianópolis, se levantaron en armas ante la creciente hostilidad de los habitantes locales, que los culpaban de los saqueos que efectuaban otros grupos bárbaros, [69] y ante la exigencia de las autoridades para que pasaran de inmediato a Asia Menor, a Bitinia, para asentarse allí. Desesperados, Suerido y Colias se sumaron a Fritigerno incrementando así aún más sus huestes. [70]

Estas crecían y crecían con la incorporación no solo de nuevas bandas procedentes del norte del Danubio, sino también con la llegada de miles de godos que, al haber sido hechos esclavos durante el terrible invierno, se liberaban ahora y se alzaban en armas contra sus amos. También se sumaban a los godos miles de esclavos y gentes desesperadas no solo de origen godo o bárbaro, sino aún romano. [71]

Valente comprendió que debía de volver de inmediato a los Balcanes y hacerse cargo del desastre, pero no era fácil. Primero tuvo que lograr un acuerdo con Persia y ello a la par que se aseguraba de la pacificación de los salvajes montañeses isaurios y se avenía a firmar un *foedus* con Mavia, la victoriosa reina de los árabes tanuqh que quedó sellado con ventajosas condiciones para los árabes y con el matrimonio de la hija de Mavia con el *magister equitum* Víctor.

Valente necesitaba paz y guerreros, pero también tiempo y no lo tenía. Su primer paso fue solicitar ayuda a su sobrino Graciano, a la sazón el augusto de Occidente junto con su

pequeño hermano Valentiniano II. Graciano respondió leal enviando tropas desde Panonia.

El segundo paso dado por Valente fue enviar por delante algunas legiones desde la frontera armenia hacia Tracia bajo el mando de Trajano y Profuturo que demostraron ser dos auténticos incompetentes pues llevaron a sus excelentes tropas a una ratonera en las montañas de la cordillera del Hemo, en el corazón de Tracia, donde fueron dispersadas por los guerreros de Fritigerno que logró así más fama y botín.

En el verano del 377, tras reunirse con las tropas occidentales enviadas por Graciano y mandadas por Ricomeres, Profuturo y Trajano acecharon a los seguidores de Fritigerno reunidos en un gran y circular «campamento de carros» situado no lejos de la ciudad Tracia de Salices. Pero los bárbaros se percataron de la aproximación de los romanos y presentaron batalla. Nótese que Amiano Marcelino, al narrarnos cómo romanos y bárbaros se preparaban para entrar en combate, señala que los segundos «se expresaban cada uno en su lengua». [72] Esto es, no solo había allí godos, sino también gentes bárbaras de lengua diferente a la gótica, lo que refuerza la idea de que las gentes que en breve vamos a llamar «visigodos» eran una mezcla diversa tanto de grupos godos como de alanos, hunos, taifales, carpos, esciros y desertores y renegados romanos.

Tras lograr ocupar una ventajosa posición, los godos rechazaron a la infantería ligera romana y recibieron con furia a las legiones formadas en testudo. La batalla librada entonces fue durísima y Amiano señala que aún en los días en que él escribía, entre el 392 y el 395, la zona seguía cubierta de huesos humanos. La matanza terminó en tablas y con muchas bajas para ambos bandos. [73]

Pero lo cierto es que Fritigerno logró abandonar la región montañosa y pasar de nuevo a las fértiles llanuras para

continuar los saqueos y devastaciones. Valente, que estaba ya avanzando hacia Constantinopla con el grueso de los *comitatenses* orientales, se desesperaba y envió por delante a Saturnino con el grueso de la caballería. Pero ni siquiera esto contuvo a los bárbaros. Reforzados por nuevos grupos de greutungos, alanos, taifales y hunos, desbordaron a los romanos y extendieron de nuevo sus correrías desde el Danubio hasta los arrabales de Constantinopla desatando el pánico y haciendo millares de cautivos, en especial mujeres y niños que eran horriblemente arreados a latigazos por los caminos en dirección a los campamentos bárbaros. 74



Figura 20: Detalle de uno de los mosaicos de la Villa del Casale, en Piazza Armerina (Sicilia), fechado en el siglo IV, en el que se representa un carro de transporte tirado por bueyes. Desconocemos el aspecto de los vehículos empleados por los godos, pero podemos conjeturar el aspecto que ofrecerían a partir de los paralelos romanos de la misma época. En el *Barbaricum* se han documentado tanto de dos como de cuatro ruedas y tanto con radios como sin ellos, lo que demuestra que, en transportes, su tecnología era bastante pareja a la de los romanos. El círculo de carros empleado por los godos en Adrianópolis bien pudo estar formado por vehículos similares a este.

El caos seguía aumentando día tras día. Los greutungos, que habían pasado el Danubio aprovechando el descontrol provocado por la revuelta de los tervingios de Fritigerno, se habían dispersado por todos los Balcanes saqueando todo a su paso. Uno de estos grupos de greutungos, el conducido por Famovio, se alió con una gran masa de salvajes jinetes taifales, un grupo mitad germánico, mitad sármata y carpodacio, cuyos guerreros solían expiar sus faltas matando en combate singular a un jabalí o a un oso. Con toda esta fuerza reunida bajo su estandarte, Famovio trató de lograr fama similar a la de Fritigerno enfrentando al grueso del contingente enviado desde Panonia por Graciano en auxilio de la diócesis de Tracia. Estas tropas romanas, dirigidas por Frigerido, vencieron a los greutungos y taifales de Famovio dando muerte al jefe godo y capturando a los supervivientes que fueron deportados a la llanura padana en Italia para que cultivaran allí las tierras y sirvieran como reclutas en el ejército occidental. [75]

Nos estamos deteniendo en narrar con cierto detalle los acontecimientos previos a Adrianópolis por dos razones: primero para hacer bien visible al lector que no se trató de una contienda entre tervingios y romanos, ni tan siquiera entre godos y romanos, sino entre una confusa multitud de bandas procedentes de pueblos muy diversos y, a menudo, ni siquiera germánicos y las tropas imperiales. En efecto, ya hemos listado a tervingios, greutungos, alanos, hunos, taifales, carpos, sármatas roxolanos, hérulos, boranos y esciros entre los invasores y es muy probable que también hubiera gentes de otros grupos. Alanos, hunos, carpos y sármatas no eran germanos y los taifales y boranos es probable que solo lo fueran a medias; en segundo lugar, demostrar que los grupos godos carecían de unidad de mando. A menudo, los historiadores, al simplificar los acontecimientos despreciando la complejidad de las operaciones bélicas, presentan la falsa imagen de una única y

homogénea masa de bárbaros moviéndose al unísono por Tracia hasta ser enfrentada por Valente en los campos de Adrianópolis. Como podemos ver, aunque es cierto que Fritigerno logró destacar entre los otros dirigentes godos que operaban en los Balcanes, ni era el único jefe godo, ni su grupo era el único que se desplazaba y combatía por la región.

Se trató pues de una caótica contienda emprendida sin coordinación ni jefatura suprema por grupos a cuya cabeza había una multitud de jefes/reyes, pues de esta última forma, «reyes» los llama ya Amiano Marcelino. Me parece a mí que esto último, la confusión y división de las bandas bárbaras, jugó a su favor, pues impidió a los romanos concentrar sus fuerzas en un solo punto y generó una destrucción descorazonadora en las provincias de Mesia Inferior, Escitia Menor y Tracia que, a su vez, propició una creciente presión sobre Valente por parte de los senadores y demás grupos influyentes para que precipitara sus acciones y resolviera de una vez por todas aquella espantosa crisis. Eso, las presiones y las prisas por lograr una victoria decisiva perdieron al Imperio y condujeron a Valente al desastre de Adrianópolis.

Mientras tanto, en la parte occidental del Imperio, Graciano, tras vencer a los lentienses, una tribu de la confederación alamana, reunía tropas para acudir en persona al Ilírico y Tracia. Pronto alcanzó Sirmio y su avance lo hubiera llevado pronto a Tracia si no se hubiera visto retrasado por haber contraído unas fiebres y, sobre todo, porque le atacó una gran banda guerrera de jinetes alanos. Este ataque alano, que también se pasa por alto, fue quizá responsable directo de la derrota de Adrianópolis, pues impidió a Graciano llegar a tiempo para sumarse a Valente. [76]

Este último, por otro lado, no estaba muy dispuesto a esperar a su sobrino. Mientras que Graciano venía en su ayuda con la aureola de haber aplastado a los alamanes y de haber

conseguido, por medio del *magister* Frigerido, la única victoria significativa sobre los godos, la obtenida sobre Famovio y sus seguidores greutungos y taifales, él, Valente, el augusto sénior, se había visto frustrado una y otra vez en sus deseos de gloria militar. No solo no había vencido a Persia, sino que ni tan siquiera había podido emprender la campaña proyectada y la había tenido que abortar con una paz vergonzosa y precipitada. Y eso sin detenerse en la humillación que Mavia, la reina de los árabes tanuqh, le había infligido. Y luego, y sobre todo, estaban los godos. Su rebeldía, correrías y saqueos eran el máximo insulto que se le podía hacer, pues él, Valente, era el responsable directo de su entrada en el Imperio. Por eso, cuando el *magister equitum* Víctor logró significativas victorias sobre las bandas de saqueadores godos al frente de los ágiles jinetes sarracenos proporcionados al ejército imperial por su nuera, la reina Mavia, obligándolos a abandonar los campos que se extendían entre los arrabales constantinopolitanos y Adrianópolis, y sobre todo, cuando el general Sebastiano logró a finales de junio o inicios de julio del 378 una rotunda victoria sobre una numerosa banda de saqueadores seguidores de Fritigerno junto al río Hebro, no lejos de Adrianópolis, Valente se convenció a sí mismo de que podía vérselas sin ayuda con los bárbaros y de que no sería necesaria la prudencia y así librarse de tener que compartir la gloria de la victoria con su joven sobrino, Graciano, a la sazón retrasado por los ataques alanos. [77]

Esta decisión resultó ser funesta. Fritigerno, asustado por la reciente victoria de Sebastiano y por las noticias de que dos grandes ejércitos romanos, el de Graciano y el de Valente, convergían sobre sus posiciones, comenzó a reunir a todos sus hombres y a buscar la proximidad de los grupos greutungos y alanos conducidos por Sáfrax y Alateo.

Y es que Valente, que llevaba en Constantinopla desde el 30 de mayo, al fin se movía hacia el norte y tras recibir informes de

que los bárbaros capitaneados por Fritigerno apenas si superaban los 10 000 guerreros, se creyó más que capaz de aplastarlos sin ayuda alguna de Graciano. Llegado a Adrianópolis al frente de un ejército que las fuentes cifran en 60 000 hombres y que, por mucho que se empeñen algunos historiadores contemporáneos, no pudo bajar de los 40 000, Valente contaba con la superioridad numérica y táctica.

No obstante, tras reforzar Adrianópolis, dejar en ella el tesoro imperial y buena parte de los abastecimientos del ejército, y desdeñando la enésima epistolar petición de Graciano de que le esperara, y desoyendo también los consejos del *magister equitum* Víctor que abogaba por esperar al *augusto iunior* , Valente avanzó sobre el campamento de carros de Fritigerno situado a unos 23 km de Adrianópolis. Era el 9 de agosto del 378 y la ruina rondaba al Imperio. [78]

La marcha del ejército romano, bajo un sol de justicia, le llevó unas seis horas. A la hora octava del día 9 de agosto, es decir, sobre las dos de la tarde y por ende en el momento de máximo calor del sofocante día, las tropas romanas avistaron el círculo de carros del gran campamento de Fritigerno. En los días previos, el jefe tervingio había tratado de negociar, pero de forma altanera y exigiendo la entrega de Tracia a cambio de la paz y la alianza. Ahora, a la vista del formidable ejército romano y con su caballería en buena parte alejada de su campamento, envió de nuevo emisarios de paz que esta vez se mostraron humildes y nada exigentes. Su propósito no era otro que el de retrasar a Valente en espera de que su caballería regresara y de que lo hiciera junto a nuevos contingentes bárbaros, alanos y greutungos, que acampaban cerca sin que, en apariencia, los exploradores romanos se hubieran percatado de ello.

Aunque resulte sorprendente, Valente se dejó enredar por las maniobras dilatorias de Fritigerno. Mientras su ejército aún

estaba formándose en línea de batalla sufriendo lo indecible bajo el sol y sin contar ni con agua, ni con alimentos, pues los víveres estaban aún en camino, su augusto se dedicaba a negociar y a exigir que le enviaran emisarios de más alta alcurnia. Era una torpeza. Valente tenía dos opciones igual de buenas: o comenzar de inmediato la batalla sin que Fritigerno hubiese logrado reagrupar por completo a sus bandas de saqueadores ni recibir los refuerzos que esperaba, o dar orden de acampar y fortificarse para que sus hombres descansaran y comieran y dejar la batalla para el siguiente día o, mejor aún, para unos días más tarde y dar así oportunidad a Graciano de que se le sumara con las tropas de occidente.

Pero Valente no hizo ni lo uno, ni lo otro. Dejó pasar el momento de lanzar un sorpresivo ataque pasando de la columna de marcha al combate, maniobra difícil pero que las legiones del siglo IV conocían a la perfección y se dedicó a perder el tiempo en unas negociaciones que, una vez con su ejército sobre el campo de batalla, carecían de sentido y, todo ello, mientras sus hombres se cocían en sus armaduras bajo un sol implacable y se debilitaban más y más por efecto del hambre y de la sed. Y, mientras tanto, Fritigerno se reforzaba a cada instante con los pequeños grupos de forrajeadores que volvían presurosos al campamento y, además, aumentaba las penurias y desazón de los romanos enviando a sus hombres a incendiar los campos cercanos para que el humo y el calor azotaran los rostros de los legionarios.

Por si lo anterior fuera poco, Valente fue incapaz de retener a sus tropas y mantenerlas en orden y sosteniendo la posición. Bien al contrario, la batalla se desencadenó sin que Valente lo ordenara y cuando sus líneas aún no estaban formadas del todo.

En efecto, mientras que el ala derecha de la caballería romana estaba ocupando posiciones adelantadas protegiendo así el despliegue de la infantería, el ala izquierda de la caballería

romana, retrasada por la congestión de los caminos, atestados de tropas y de carros de suministros, aparecía muy por detrás de las posiciones que se le habían marcado y estaba aún incompleta en sus filas, pues algunas de sus *alae* aún marchaban por los caminos que comunicaban Adrianópolis con el campo donde se iba a dar la batalla. Por su parte, la infantería legionaria había formado en un denso y formidable cuadro, pero su flanco izquierdo, el que debía de proteger el ala izquierda de la caballería, aparecía peligrosamente expuesto por mor del deficiente e incompleto despliegue de esta última.

Así, sin una firme línea de batalla y ofreciendo un flanco expuesto, se inició la contienda cuando la infantería ligera y los arqueros, dirigidos por Pacurio, avanzaron de súbito sobre el campamento godo agobiados por la espera y deseosos de iniciar un enfrentamiento que se presumía victorioso. Pero en la contienda nada debe de darse por hecho.

Los arqueros e infantes ligeros romanos fueron rechazados y puestos en desordenada fuga. No es de extrañar, el propósito de este tipo de fuerzas no es cargar sobre un enemigo atrincherado en una fuerte posición, sino hostigarlo desde media distancia sin entrar en el cuerpo a cuerpo. Todo lo contrario de lo que hizo Pacurio quien condujo a sus hombres directamente contra la línea goda apoyada en sus carros.

El fracasado ataque de Pacurio no tenía por qué ser un golpe irremediable para los romanos, pero su desordenada retirada se produjo justo cuando la caballería de Fritigerno regresaba a su campamento acompañada por los greutungos de Sáfrax y Alateo y por bandas de jinetes alanos que lanzaron una formidable e inesperada carga sobre el débil flanco izquierdo romano, desatando la matanza y el caos y generalizando el combate.

Fue una carga devastadora a la que pronto se sumaron los infantes de Fritigerno que se resguardaban tras los carros. Amiano Marcelino lo deja bien claro: «Todos los godos, además de los tervingios participaron en la batalla» esto es, los exploradores y espías romanos habían fracasado de un modo lamentable. Valente había esperado enfrentarse solo a los tervingios de Fritigerno, los mismos que sus informadores habían estimado en «poco más de 10 000 guerreros» pero ahora tenía destrozando sus líneas no solo a esos 10 000 tervingios, sino también a los greutungos de Alateo y Sáfrax, sin duda tan numerosos como los hombres de Fritigerno, y a los temibles jinetes alanos. Es decir, no menos de 30 000 enemigos. Unas cifras que reducían considerablemente la superioridad numérica romana que tanta confianza había dado a Valente, el mismo que ahora contemplaba cómo su flanco izquierdo se hundía y era aniquilado y cómo su infantería legionaria, formada en apretado cuadro, era «martilleada» una y otra vez por salvajes ataques frontales de la infantería tervingia y por repetidas cargas de la caballería greutunga y alana que caía sobre ella desde su expuesto flanco izquierdo. Además, cada vez más jinetes godos y alanos desmontaban y echaban pie a tierra para acosar con más intensidad al inconmovible cuadro romano. Este había cerrado escudos y hacía uso de sus *spicula* , mientras que los bárbaros que las tenían usaban hachas para abrirse sangriento camino entre las filas enemigas.



Figura 21: Detalle del mosaico de la gran cacería, en la villa romana del Casale (Piazza Armerina, Sicilia), fechado en la primera mitad del siglo IV. En él vemos a dos jinetes romanos armados con los característicos escudos amplios, planos y ovalados del periodo. El arma de caballería del Imperio había mejorado sustanciosamente su calidad y número desde que en el siglo III emperadores como Galieno y sucesores suyos invirtieran recursos en su desarrollo.

La batalla se fue transformando en un infierno. El calor era agobiante, el humo y la polvareda impedían a los soldados hacerse una idea de lo que en realidad estaba pasando, mientras que los bárbaros, con el punto fijo y claro de su campamento de carros siempre a la vista, se orientaban mejor. Pese a todo, la infantería legionaria plantó fiera batalla. Se luchó con saña durante horas manteniéndose la formación cerrada. Rechazando una y otra vez a los bárbaros, mientras que la tierra se llenaba de cadáveres de las propias filas y de las enemigas y el suelo se volvía fangoso a fuerza de tragar sangre. Se peleó con desesperación bárbara y romana, los combatientes se alzaban

sobre los cuerpos muertos y heridos que yacían por doquier y que, golpe a golpe, se iban apilando hasta formar montañas de carne muerta y ensangrentada.

Amiano Marcelino, soldado amén de historiador y que contó con narraciones de la batalla de primera mano, nos deja un espantoso cuadro de la batalla que, con la tarde avanzando, desembocó en ruina y matanza, pues, al cabo, las apretadas filas de las legiones romanas se quebraron y se impuso el pánico, destructor de tantos ejércitos.

Al romper filas sobrevino una implacable persecución. Los romanos fugitivos eran cazados y muertos por los jinetes godos y alanos, o acorralados por los infantes bárbaros y acuchillados o alanceados sin piedad. Los caminos que llevaban a Adrianópolis se llenaron de miles de soldados romanos que trataban de alcanzar la seguridad de sus defensas. [79]

Muchos no lo lograrían. El propio emperador se vio arrastrado por el caos. Llevado por sus servidores hasta una granja cercana al campo de batalla, quedó aislado de la mayor parte de su guardia y separado del grueso de los fugitivos. Valente estaba herido, pero antes de que pudiera recibir auxilio o escapar hacia Adrianópolis, su refugio fue rodeado por una partida de guerreros bárbaros que, ignorantes de que en la granja se había refugiado el emperador y rabiosos por las flechas, dardos y venablos que les arrojaban desde el edificio, le prendieron fuego. [80]

Así murió Valente, augusto de la parte oriental del Imperio romano. Caía la noche y dos tercios de su ejército, puede que unos 25 000 hombres, yacían sobre el campo de batalla o habían sido apresados. Junto a los soldados y centuriones yacían también los *magistri militum* Sebastiano y Trajano, así como 35 tribunos, 32 de los cuales con mando efectivo sobre unidades. [81] Roma nunca volvería a ser la misma y los godos, ciento

veintisiete años después de la batalla de Abrittus, volvían a dar muerte a un emperador romano. Pero esta vez, y al contrario de lo que sucedió tras Abrittus, los godos no serían expulsados del Imperio, sino que lo socavarían profundamente.

La bibliografía sobre Adrianópolis es extensísima y, con frecuencia, frustrante. Muchos historiadores que abordan esta batalla ni siquiera se detienen a considerar los aspectos tácticos, ni las consecuencias estratégicas de la gran batalla. Otros investigadores como Simon MacDowall o Peter Heather, se empeñan en ofrecer cálculos ridículamente bajos de las cifras de combatientes o de las bajas sufridas por el ejército romano. Así, por ejemplo, los autores ya citados rebajan la cifra de soldados romanos presentes en la batalla a 15 000 hombres y ello sin ningún apoyo en las fuentes. Y es que sabemos que Valente acudió con la mayor parte de los *comitatenses* de Oriente y hasta tal punto que Constantinopla, como veremos más adelante, casi quedó desguarnecida. Como las tropas *comitatenses* de Oriente sumaban unos 100 000 efectivos, es imposible pensar en un ejército de 15 000 hombres y ello cuando Amiano Marcelino proporciona el preciso dato de que 32 tribunos con mando directo sobre unidades cayeron en combate, de lo que se infiere que el número de tropas pasaba ampliamente de los 30 000 hombres, pues solo esos 32 tribunos tendrían bajo su mando a unos 16 000 soldados. Por si fuera poco, podemos hacer otra deducción basada en una fuente contemporánea, la *Notitia dignitatum* , en la que se advierte que 16 unidades del ejército de Oriente fueron creadas tras el desastre y eso arroja una cifra de bajas que sumada a las provenientes de otras unidades no del todo aniquiladas, nos llevaría a calcular una cifra razonable de bajas que rondaría, cuanto menos, los 20 000 efectivos. [82]

Para compensar, esos mismos autores realizan cálculos «imaginativos» y a veces singularmente detallados, sobre la

fuerza bárbara. Estos cálculos tampoco se apoyan en ninguna fuente y hacen oscilar el contingente bárbaro entre los 11 600 hombres y los 19 300 efectivos. [83] Más sensatas son las cifras estimadas por otros autores. Cifras que, además, se apoyan en los datos que sí nos dan las fuentes. Tal es el caso de Noel Lenski que estima la fuerza romana en de 30 000 a 40 000 efectivos y la bárbara en torno a los 40 000. [84]

Por mi parte coincido en buena medida con Noel Lenski y estimo que Valente acudió a Adrianópolis con una fuerza de 40 000 hombres y que se enfrentó a una alianza bárbara que debió de reunir, como poco, a 35 000 guerreros y que, con toda probabilidad superó esa cifra e igualó la que los romanos habían puesto sobre el campo de batalla.



Figura 22: Aplique decorativo del siglo VI hallado en la necrópolis alamana de Bräunlingen (Alemania). Representa a un jinete y su caballo, y el primero blande una lanza larga – *contos* – con ambas manos, característica de la forma de combatir de los sármatas y alanos, luego adoptada por los pueblos germanos. Badisches Landesmuseum Karlsruhe, Alemania.

Por fortuna, la vieja idea de que Adrianópolis fue el triunfo de la caballería germánica sobre la infantería romana ha quedado descartada, aunque aún suelen frecuentarse tópicos relacionados con esta vieja idea, como que los jinetes bárbaros basaban su superioridad en el uso del estribo, una cuestión que es una aberración cronológica, pues como es bien sabido, el estribo solo comenzó a usarse entre los pueblos germánicos y en general europeos, a partir de la llegada a la llanura panónica de los ávaros hacia el 562 y solo muy lentamente se generalizó su uso.

Se ha señalado también una supuesta quiebra de la disciplina y de la capacidad combativa de las legiones y tropas romanas e incluso se ha apuntado a que el equipo de los soldados romanos era deficiente y que no era ya el adecuado para luchar en orden cerrado. [85] Pero lo cierto es que si la batalla se analiza no basada en presupuestos preestablecidos y paradigmas historiográficos, sino a partir del estudio cuidadoso de las fuentes primarias, se pueden establecer tres hechos incuestionables y significativos y una conclusión inevitable.

Primero que, en efecto, la caballería bárbara desempeñó un papel decisivo con su carga sobre el flanco izquierdo romano. Ahora bien, esa caballería estuvo compuesta por godos y alanos y es probable que estos últimos fueran tan numerosos como los primeros. Además, y esto es aún más importante desde el lado puramente táctico de la cuestión, esa caballería, tras las

primeras cargas, desmontó en su mayor parte para continuar la lucha a pie.

Segundo, que la infantería bárbara desempeñó un papel asimismo decisivo al rechazar los primeros ataques de la infantería ligera enemiga y al sostenerse frente a la presión de la infantería pesada romana contra la que cargó repetidamente y con la que sostuvo una reñida pelea. Amiano Marcelino deja bien claro que la lucha entre las dos infanterías, la romana y la bárbara, supuso la parte central, decisiva y más sangrienta de la batalla.

En tercer lugar y más importante, el estudio de la batalla muestra que la disciplina y la capacidad combativa de los romanos fue excelente y que su armamento seguía siendo superior al de los bárbaros. Si bien es cierto que algunos grupos de godos, aquellos que habían desertado del ejército romano en Adrianópolis meses antes, estaban equipados por los propios romanos y que los mejores guerreros de Fritigerno contaban asimismo con equipo romano.

Por otro lado, algunos autores señalan que Amiano Marcelino quiso mostrar en su narración de la batalla que los romanos habían perdido su fortaleza y disciplina militar. [86] No sé qué Amiano Marcelino han leído, pero no es el mismo que he leído yo. Amiano Marcelino resalta una y otra vez la solidez de las líneas romanas, el valor de sus soldados, su férrea determinación a morir combatiendo: «Las líneas chocaron entre sí como lo hacen las proas de dos naves de guerra y sus avances alternativos parecían los vaivenes de las olas del mar» [87] , nos dice y también: «[…] puesto que lo compacto de las formaciones quitaba toda posibilidad de huir, también los nuestros, despreciando su propia muerte, empuñaron sus espadas y mataban a sus enemigos…» [88] y, también: «[…] tenían las lanzas rotas debido a los golpes continuos, se lanzaban contra las compactas tropas de los enemigos confiados

tan solo en sus espadas desenvainadas y sin pensar en su propia vida […]» 89 . Y estos pasajes son solo tres escogidos entre otros muchos similares que pueden hallarse en el relato de la batalla dado por Amiano Marcelino.

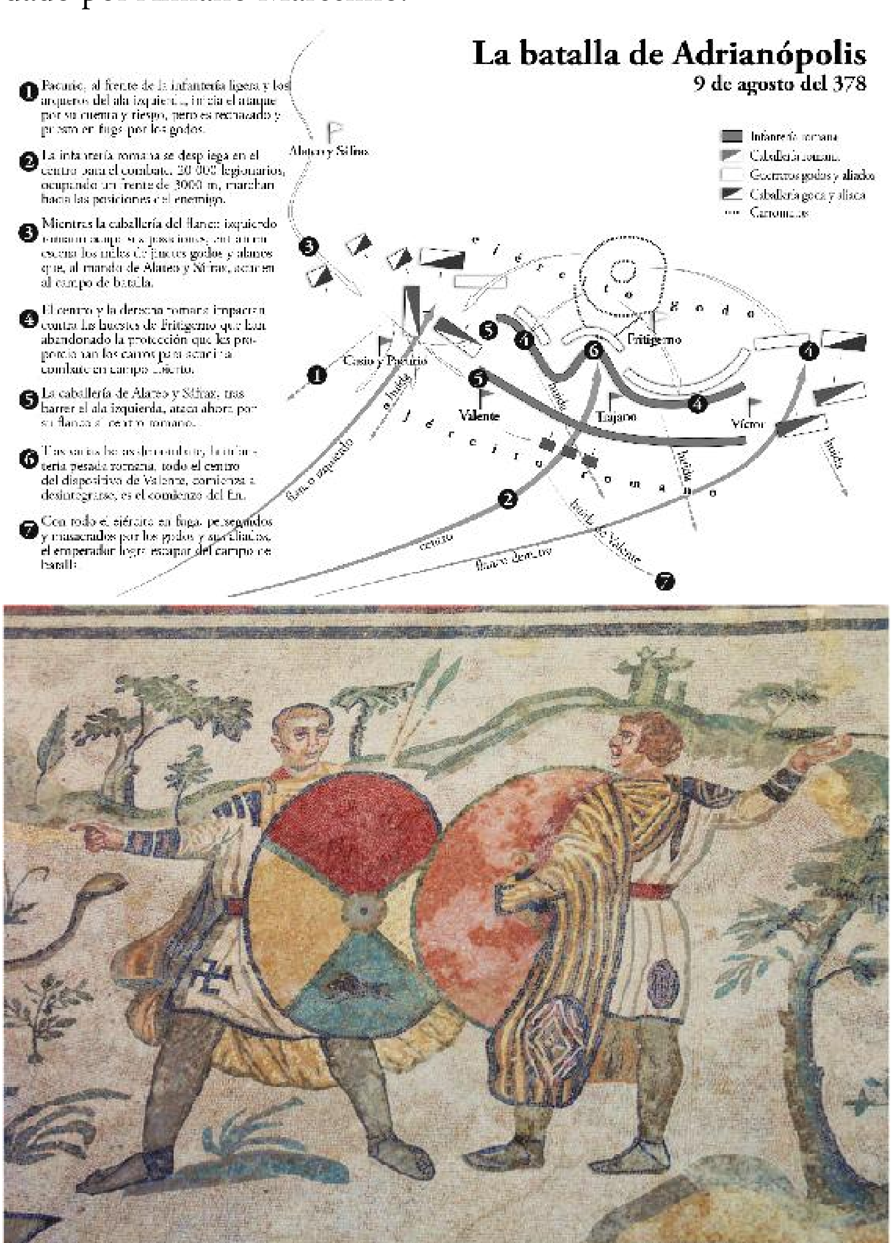


Figura 23: Detalle de uno de los mosaicos de la mencionada villa del Casale en Piazza Armerina (Sicilia), que muestra a dos soldados armados con sendos escudos circulares, grandes y planos. El empleo desde el siglo III de este tipo de escudos estaría relacionado con el desarrollo de tácticas que requerían una línea cohesionada, con los escudos entrelazados (*synaspismos*), presentando un frente continuo y compacto de infantería, y es simultáneo al progresivo abandono de los *pila* a favor de lanzas de estoque y jabalinas.

Como puede constatarse, este autor no mostraba a unos soldados desmoralizados, indisciplinados, poco combativos o indisciplinados, sino a hombres de férrea disciplina dispuestos a morir matando y sosteniendo sus filas en una situación desfavorable que hubiera provocado de inmediato la disolución de cualquier otro ejército que no fuera el romano. No, los romanos aguantaron horas enteras peleando en orden y sin casi esperanza y eso solo se hace a fuerza de disciplina y valor.

Y ¿por qué perdieron entonces los romanos? Ahí es cuando aparece la conclusión inevitable: por culpa de la mala información y el pésimo liderazgo.

En efecto, los exploradores romanos no supieron evaluar correctamente la fuerza enemiga, un error fatal a la hora de comenzar una campaña o batalla: «algo más de 10 000 guerreros» le dijeron a Valente al evaluar las tropas de Fritigerno. Pero en Adrianópolis y en el momento decisivo, a esos «más de 10 000» seguidores de Fritigerno, se sumaron los greutungos y alanos que seguían a Alateo, Sáfrax y otros jefes menores y, con ello, casi con toda seguridad, la cifra de enemigos a enfrentar por el ejército imperial subió a unos 35 000, con lo que se triplicaban ampliamente las cifras que Valente estaba barajando cuando decidió dar la batalla.

Así que los «servicios de inteligencia» del ejército romano fallaron de una forma estrepitosa. Además, a ese error ya señalado de infravalorar la fuerza enemiga, se sumó otro igualmente fatal: los exploradores y los espías romanos no supieron ubicar correctamente las fuerzas enemigas. Y es que Valente y sus generales llegaron a la conclusión de que toda la fuerza enemiga estaba reunida en un solo punto: el campamento de carros de Fritigerno. Pero lo cierto es que no era así y que el grueso de los potenciales enemigos, la caballería tervingia y los greutungos y alanos conducidos principalmente por Alateo y Sáfrax, se hallaban a unas millas del campamento de carros de Fritigerno y, por ende, del campo de batalla. Un campo de batalla al que pudieron acudir en el momento decisivo trayendo con ellos una «sorpresa táctica decisiva» y con ella, la victoria.

¿Y el mando? Valente lo hizo todo mal. En primer lugar, porque puso por encima de las consideraciones militares, tácticas y estratégicas, las políticas. Pensaba más en su prestigio que en la batalla. Por eso no esperó a Graciano, muy cerca ya y que, de haber sumado sus fuerzas a las de Valente, habría duplicado los efectivos romanos y garantizado la victoria.

En segundo lugar, no nos extenderemos de nuevo sobre ello, Valente no aprovechó su ventaja inicial y no fue capaz de desplegar de forma acertada su fuerza y no supo controlar a su infantería ligera.

La batalla de Adrianópolis no fue la batalla de un Imperio decadente y condenado a caer ante el empuje de unos bárbaros dinámicos y renovadores. [90] La prueba de ello es que el Imperio que fue derrotado, el de Oriente, aguantó y se mantuvo en pie durante mil años más. Pero sí fue el comienzo de una nueva fase en la relación entre romanos y bárbaros y, sobre todo y para el objeto de estudio de este libro, fue el comienzo de la verdadera génesis del pueblo visigodo.

La formación de pueblos en esta época está muy ligada a la aparición de líderes carismáticos y guerreros capaces de lograr triunfos notables que aportaran prestigio y bienestar a sus seguidores. Ese prestigio era lo que hacía que un tervingio, un greutungo, un alano, un sármata, un taifal o un desertor romano, por ejemplo, comenzara a identificarse como miembro de algo nuevo. Como partícipe de una nueva identidad que, conservando lo que podríamos llamar «núcleo étnico de prestigio», casi siempre aquel al que pertenecía el líder, aglutinaba elementos diversos y a menudo dispares.

Pero no sería Fritigerno, un hombre que había crecido en el viejo reino tervingio, sino un hombre que ascendió en el nuevo escenario de relaciones romano-bárbaras surgido tras Adrianópolis, quien forjaría la identidad visigoda, Alarico.

Notas

1 Heather, P.: «The late Roman art of client management, Imperial defence in the fourth century West», 15-72, en especial 37.

2 También Guy Halsall ha señalado el papel clave que Constantino desempeñó en la consolidación de la confederación tervingia: Halsall, G.: «Los gérmenes del apocalipsis», 6-11.

3 Recuérdense, por ejemplo, los miles de soldados romanos que desertaron del ejército del usurpador Pacatiano para pasarse a las filas del caudillo godo Cniva, o los cautivos minorasiáticos llevados a Gotia y entre los cuales nacería Ulfilas, el «Apóstol» y primer obispo de los godos.

4 Heather, P., Matthews, J., 1991, 52-54; Heather, P., 2006, 118-120.

5 Heather, P.: «The creation of the Visigoths», 59-61.

6 Passio San Sabae II.2, III.1, IV.4, VII.1-6 y VIII.1, en Delehaye, H.: «Saints de Thrace et Mésie», 161-300.

7 Heather, P., 2006, 117-118.

8 *Origo Constantini Imperatoris* , 5, 27 y 6, 31; Zósimo, *Nueva historia* , II, 88; Sanz Serrano, R., 2009, 92-94. La supuesta germanización e incluso gotización de los ejércitos de Constantino se apoya en la noticia ya referida de Zósimo. Ahora bien, este no menciona a los godos que, por otro lado y teniendo en cuenta el contexto de la noticia, la guerra civil con Majencio en el 312, no podían militar en las huestes constantinianas, a la sazón limitadas a la prefectura de las Galias. Además, Zósimo menciona que 98 000

bárbaros «germanos y celtas» formaban en los ejércitos de Constantino y que Constantino los había reclutado entre los cautivos bárbaros que había hecho y entre las tropas de Britania y Germania. De esto último y del arcaizante «celtas» podría deducirse que muchos de esos supuestos 98 000 bárbaros no serían sino soldados romanos procedentes de Britania, las Galias y las Germanias.

9 Kazanski, M.: «Los godos en el siglo IV», 26-34. El autor hace hincapié en el carácter pluriétnico de los nuevos godos y de su cultura y en la importancia de los cautivos, emigrantes y mercaderes romanos. No estamos de acuerdo con él en otro punto: la vinculación entre tervingios y visigodos y entre greutungos y ostrogodos. En este punto y al igual que Peter Heather, Guy Halsall o Roger Collins no creo que pueda sostenerse dicha aseveración si nos basamos en las informaciones de las fuentes primarias.

10 Filostorgio, *Historia eclesiástica* , 2.5, en Amidon, Ph. R., 2007.

11 Tjäder, J. O.: «Der Codex Argenteus in Uppsala und der Buchmeister Viliaric in Ravena», 144-164 y Gryson, R., 1980.

12 Tjäder, J. O.: «Der Codex Argenteus in Uppsala und der Buchmeister Viliaric in Ravena», 144-164. Los llamados godos de Crimea se dividían en tetraxitas, asentados en ambas orillas del Estrecho que separa el mar de Azov del Negro y los godos de Dori, que habitaban en las montañas del sudoeste de Crimea. Sostuvieron su independencia hasta el siglo XV en que fueron dominados por los turcos otomanos. No obstante, mantuvieron su lengua y su cristianismo hasta

bien entrado el siglo XVIII en que terminaron fundiéndose con los griegos y los tártaros de Crimea.

13 Heather, P., Matthews, J., 1991, 51-93; Heather, P.: «The creation of the Visigoths», 41-73.

14 Heather, P., Matthews, J., 1991, 51-81.

15 *Origo Constantini Imperatoris* , 5, 27 y 6, 34.

16 Jordanes, *Getica* , XXIII 116-119.

17 Roger Collins señala esta idea subyacente en la mayor parte de la historiografía de la primera mitad del siglo XX. Collins, R., 2005, 9-12.

18 *Historia Augusta* , El divino Claudio, 25, 5.

19 Claudio Mamertino, *Panegírico de Maximiano Hercúleo* , 17.20, 1-4, en De la Baune, J.,1676, 137-138.

20 Jordanes, *Getica* , XXIX 146 y XXX 158.

21 Amiano Marcelino, *Historia* , XXVII.5.6; Temistio, A Valente por la paz, X.7, 134 y X.10-11 en Ritoré Ponce, J., 2000; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 25, 2.

22 Temistio, A Valente por la paz, X.7 y 10-11.

23 Halsall, G.: «Los gérmenes del apocalipsis», 6-11.

24 *Historia Augusta* , El divino Aureliano, 26, 32-34.

25 *Historia Augusta* , El divino Aureliano, 26, 22.2.

26 Jordanes, *Getica* , XXI 112.

27 Temistio, A Valente por la paz, X.10-11 y Amiano Marcelino, *Historia* , XXVII.5.6.

28 Jordanes, *Getica* , XXI 112 y XXII 113. Toda esta parte de la historia de los godos es un desbarajuste

cronológico y narrativo. Jordanes, entre otros dislates, hace a Atanarico sucesor de Fritigerno: Jordanes, *Getica* , XXVIII 142.

29 Jordanes, *Getica* , XXII 113 y XXXI 162.

30 *Origo Constantini Imperatoris* , 6, 34. Y sobre la común y a mi entender, errónea, ubicación de la guerra vándala de Geberico hacia el 334, véase la nota 198 de la página 123 de la traducción española de los *Getica* de Jordanes.

31 Herwig Wolfram no aclara las contradicciones cronológicas del relato de Jordanes y por ello tampoco puede aclarar qué relación tendría entonces Geberico con Ariarico, Aorico y Atanarico, ni con los otros godos señalados por la *Origo Constantini Imperatoris* . Véase: Wolfram, H.,1990, 62-63.

32 Claudio Mamertino, *Panegírico de Maximiano Hercúleo* , 17.20, 1-4, 137-138.

33 *Origo Constantini Imperatoris* , 5, 27.

34 Que Ariarico y Aorico no eran parientes de Geberico lo deja claro Jordanes al glosar la genealogía de Geberico por muy fantástica que esta última pueda ser: Jordanes, *Getica* , XXII 113. Según Jordanes, Geberico era hijo de Hilderico, nieto de Ovida y bisnieto de Nidada. ¿Se hallarán Canabaudes y Alica detrás de esos nombres? No lo sabemos ni es necesario; para sostener nuestra tesis basta con que Geberico, Alica y Canabaudes fueran parientes, algo que, por otra parte, aprueba Jordanes, pues ni el padre, ni el abuelo, ni el bisabuelo de Geberico aparecen como reyes de los godos. Y, puesto que las fuentes romanas del siglo IV sí atestiguan como reyes a Alica y a Canabaudes, la

conclusión es inevitable: Geberico pudo ser sobrino, primo, etc., pero no su hijo o su nieto.

35 Wolfram, H., 1990, 71-72 y 118-121.

36 *Origo Constantini Imperatoris* , 6, 34 nadie señala la importancia de este hecho en relación con el poder de los tervingios.

37 Amiano Marcelino, *Historia* , XXIII.3.1-2, XXIII.3.5, XXV.7.10, XXV.9.12-13, XXVI.5.8, XXVI.6-10, XXVII.4.1 y XXVII.5.1; Temistio, Del fracaso de los usurpadores en tiempos de Valente, VII.4-5; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 4-8 y IV, 10-11.

38 Amiano Marcelino, *Historia* , XXVII.5.1-9; Temistio, A Valente por la paz, X, 6-12; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 11.

39 Halsall, G.: «Los gérmenes del apocalipsis», 6-11.

40 Temistio, A Valente por la paz, X, 8.

41 Amiano Marcelino, *Historia* , XXVII.5.1-9; Temistio, A Valente por la paz, X, 6-17; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 11; Heather, P., 2006, 102-106.

42 Amiano Marcelino, *Historia* , XXVII.5.10.

43 Sinor, D.: «The hun period», 179.

44 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.3.5.

45 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.16.2.

46 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.2.1.

47 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.2.21.

48 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.2.1-2.

49 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.2.2.

50 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.2.3-12.

51 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.2.7.

52 Jordanes, *Getica* , XXIV 130.

53 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.2.22 y XXXI.2.14.

54 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.3.1-3; Jordanes, *Getica* , XXIV 129-130. Jordanes, siempre atento a ensalzar a los godos, omite el suicidio de Ermenrico para no empañar su imagen heroica.

55 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.3-4. Para la génesis y ascenso de los hunos pueden consultarse los dos capítulos iniciales de nuestra obra: Soto Chica, J., 2019, 1-122.

56 Grousset, R., 1991, 105-106.

57 Soto Chica, J., 2019, 1-122.

58 Ambrosio de Milán, *Expositio evangelii secundum Lucam* , X, 10 en Adriaen, M. (ed.), 1972.

59 Guzmán Armario, F. J.: «El cruce del Danubio», 26-34.

60 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.4.12.

61 Esto es lo que percibió lo que hoy llamaríamos la «opinión pública» y lo que muchos consejeros de Valente vieron en un primer momento: Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.4.4.

62 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.3.8 y XXXI.4.1-5.

63 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.4.2.

Eunapio de Sardes, *Historia* , frag. 42, en, Blockley, R.

64 C., 1981.

65 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.4.5-6 y XXXI.4.12; Eunapio de Sardes, *Historia* , frag. 42.

66 Las fuentes primarias y principales para el estudio de la guerra de Mavia son: Rufino de Aquilea, *Historia eclesiástica* , II, 6, en Migne, J. P. (ed.), 1878; Teodoreto de Ciro, *Historia eclesiástica* , IV, 20 en Migne, J. P., 1864; Sócrates Escolástico, *Historia eclesiástica* , IV, 25 y IV, 36 en Migne, J. P., *Patrología Graeca* , vol. 60; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , VI, 38-39 y VII, 1 en Migne, J. P. (ed.), *Patrología Graeca* , vol. 67; Teófanes el Confesor, *Crónica* , 5869 y 5870, en Mango, C., 1997; Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.16.5-7; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 22. Pueden consultarse nuestros trabajos: Soto Chica, J.: «Mujeres al frente de ejércitos: Mavia, reina de los árabes, vencedora de los romanos. 375-383», 445-472 y Soto Chica, J.: «Señoras de la Alta Edad Media en la guerra: el caso de Mavia», 79-90.

67 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.4.5-11; Eunapio de Sardes, *Historia* , frag. 42 y ss.; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 20-22.

68 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.8-11 y XXXI.5.1-10; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 20-22.

69 Para las difíciles relaciones entre romanos y bárbaros, véase el estupendo artículo de Esther Sánchez Medina: Sánchez Medina, E.: «Xenofobia a la romana», 50-54.

70 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.6.1-8.

71 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.6.1-8.

72 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.7.11.

73 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.7.1-16.

74 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.8.1-10; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 20-22.

75 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.9.1-5.

76 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.11.6.

77 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.11.4-5; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 20-22.

78 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.12.1-10 y Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.13.5 y ss.; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 20-22; Sócrates Escolástico, *Historia eclesiástica* , IV, 34 y 36; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , VI, 38.

79 Son muchas las fuentes que narran o recogen la gran batalla. Las primarias o principales son: Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.12.10-17 y XXXI.13.1-11; Eunapio de Sardes, *Historia* , frag. 44 y 45; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 20-22 y 24; Jordanes, *Getica* , XXVI 138; Orosio, *Historias* , VIII, 33.11-15; Filostorgio, *Historia eclesiástica* , IX, 17; Libanio XXIV, 4, en Foerster, R., 1903-1927; Sócrates Escolástico, *Historia eclesiástica* , IV, 38; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , VI, 40; Juan Zonarás XIII, 16, en Grigoriadis, I., 1995; San Isidoro, *Historia* , 9.

80 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.13.13-17; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 22; Jordanes, *Getica* , XXVI 138; Orosio, *Historias* , VIII, 33.15-19; San Isidoro, *Historia* , 9.

81 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.13.18.

82 MacDowall, S., 2001, 26-33 y 60-83; Heather, P., 2006, 234-238.

83 MacDowall, S., 2001, 26-33 y 60-83; Heather, P., 2006, 234-238.

84 Lenski, N.: «El día más nefasto», 38-44.

85 El mejor análisis de la batalla sigue siendo en mi opinión el de Arther Ferrill. Solo se puede señalar un error grave al gran maestro: ignora el papel de los greutungos y alanos. Pero su evaluación de las tropas y de los condicionamientos tácticos es impecable: Ferrill, A., 1989, 56-64; Pavan, M.: «La battaglia di Adrianopoli. (378) e il problema gotico nell'imperio romano», 153-165; Rodríguez González, J., 2005, 213-214.

86 Un ejemplo, entre muchos: Guzmán Armario, F. J.: «El cruce del Danubio», 26-34.

87 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.13.2.

88 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.13.3.

89 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.13.5.

90 Soto Chica, J.: «Antes de la batalla. El Imperio romano en vísperas del desastre», 12-18.

3

«El inicio del terror para el Imperio romano»

De la creación de los visigodos al saqueo de Roma (378-410) Aquella batalla fue el inicio del terror para el Imperio romano.

Rufino de Aquilea, *Historia eclesiástica* , XI, 13

EL EMPERADOR HISPANO Y EL NUEVO *FOEDUS* CON LOS GODOS (379-382)

«Aquella batalla fue el inicio del terror para el Imperio romano». Así de concluyente y claro era el historiador Rufino de Aquilea cuando, al escribir poco antes del 400, recordaba los años que siguieron a la gran derrota romana de Adrianópolis.

Hoy día, vistos en retrospectiva, los acontecimientos que siguieron a Adrianópolis nos parecen el primer y fatal paso que llevaría de forma inevitable al saqueo de Roma perpetrado por Alarico en el 410 y a la caída del Occidente romano. Pero, a los romanos que vivieron en primera persona los acontecimientos, lo último que se les pasaba por la cabeza es que Roma estuviera condenada.

Tampoco se les pasaba por la cabeza a los godos y demás bárbaros que habían logrado vencer en Adrianópolis. Fritigerno condujo a sus victoriosas huestes contra la vecina Adrianópolis, atestada de refugiados, soldados derrotados e ingentes cantidades de víveres y tesoros. Pero, una vez más, Fritigerno tuvo que concluir que él «estaba en paz con las murallas» y desistir de tomar la ciudad. [1]

Desde Adrianópolis la horda saqueadora descendió hasta los arrabales de Constantinopla. La movilización general llevada a cabo por el infortunado Valente había dejado la capital sin tropas suficientes que garantizaran su defensa. Por fortuna para los constantinopolitanos, los jinetes sarracenos de la reina Mavia estaban allí y se bastaron para dispersar a unos godos que huían aterrorizados ante el salvajismo de aquellos jinetes de negras lanzas y aterradoras costumbres guerreras: Uno de sus hombres, con el pelo largo y completamente desnudo con la excepción del pubis, lanzando un alarido ronco y lúgubre, sacó un puñal y se lanzó en mitad de la tropa de los godos. Entonces, mató a uno de los enemigos, acercó los labios a su garganta y bebió la sangre que se estaba derramando. Los bárbaros, aterrados ante esta monstruosa escena, no mostraron ya su ferocidad habitual y, cada vez que intentaban hacer algo, avanzaban con paso vacilante. [2]

Lo cierto es que los guerreros de Fritigerno y los demás jefes bárbaros eran incapaces de apoderarse de una ciudad, que Graciano estaba muy cerca a la cabeza de un gran ejército y que los víveres escaseaban. Así que los godos se dispersaron. Pero el daño estaba hecho. La frontera del Bajo Danubio estaba abierta y bandas guerreras de saqueadores bárbaros operaban desde las orillas del gran río hasta Macedonia y Tracia meridional. Así que, a Graciano, el joven augusto superviviente, que se encontró de súbito y de forma inesperada al frente de todo el Imperio, la situación no debió de parecerle nada prometedora.

En efecto, los ejércitos de campaña de Oriente habían quedado muy mermados y Graciano no tenía tiempo de quedarse a reparar aquella catástrofe, pues las fronteras de Occidente también estaban amenazadas.

Teodoreto de Ciro insiste en que fue entonces cuando Graciano se acordó de un joven militar hispano caído en desgracia: Teodosio el Joven. Este había nacido en Cauca (la

actual Coca), no lejos de Segovia, el 11 de enero del 347. Era hijo de Teodosio –al que llamamos «el Viejo», para distinguirlo de su imperial hijo–, un militar que sirvió bajo Juliano y Valentiniano y acompañó desde muy joven a su padre en las campañas militares. Es harto probable que ya en el 366-367 combatiera junto a él a los francos y sajones en la frontera del Bajo Rin y, en cualquier caso, en el 368 asistió a su padre en la fulgurante y exitosa campaña que este último emprendió para restaurar el orden en Britania.

Las victorias de Teodosio el Viejo en Britania le valieron ser elevado a la categoría de *magister militum* en el 369 con mando sobre tropas desplegadas en Britania y el *limes* renano. Así, en el 371, lo vemos conducir una expedición de castigo contra los alamanes, internarse en el territorio de estos últimos desde la Retia romana y hacer miles de cautivos que luego fueron reasentados en el norte de Italia.

En el 372, Teodosio el Viejo y su hijo del mismo nombre estaban peleando contra los sármatas yaciges en el Danubio Superior y, en el 373, Teodosio el Viejo fue enviado a África para tratar de poner allí orden. Una vez más lo acompañó su hijo y de nuevo el exitoso militar hispano pareció ser el hombre de la victoria. Tras imponerse a las autoridades locales y librar dos duras campañas, a finales del 374 derrotó al rebelde Firmo y a las tribus moras que lo apoyaban. [3]

El magnífico «palmarés» militar de Flavio Teodosio el Viejo catapultó la carrera militar de su hijo. Como hemos apuntado, el joven Teodosio tenía ya una larga experiencia militar tras combatir a las órdenes de su padre contra los sajones, francos, alamanes, pictos, atacotes, escotos, sármatas y moros en el Bajo Rin, Britania, Retia, Panonia y África. Ahora, a inicios del año 374, se le confería su primer mando independiente, pues fue nombrado *dux Moesiae* y enviado a la Mesia Superior en el Danubio.

El *dux Moesiae* Flavio Teodosio lo hizo bien. Eran momentos duros para la frontera. Los cuados y los sármatas presionaban con fiereza. Teodosio se batió reciamente contra los sármatas de las llanuras de Bărăgan y los montes Cárpatos, en el sur y el oeste de la actual Rumanía, y los hizo retroceder al otro lado del Danubio infligiéndoles varias derrotas y causándoles graves pérdidas: «Llegó a saciar a las aves y a las fieras con un auténtico banquete de cadáveres» [4] , nos dice Amiano Marcelino.

Algunos especialistas ponen en duda que las batallas libradas por el joven Teodosio contra los sármatas fueran en realidad tan decisivas, pero lo cierto es que Amiano Marcelino parece bastante equilibrado al respecto y que, se mire como se mire, Teodosio fue capaz de revertir una situación difícil –justo antes de su nombramiento dos legiones habían sido duramente derrotadas por los sármatas– y obligar a los enemigos a retroceder hasta sus propios territorios, persiguiéndolos después hasta obligarlos a pedir la paz. Así que en su primer destino logró una prometedora victoria que, por desgracia, pareció volatilizarse cuando le llegaron terribles noticias acerca de su padre: Teodosio el Viejo había caído en desgracia y había sido ejecutado en Cartago a inicios del 376. Fue este un giro de la fortuna que paralizó la carrera de Teodosio el Joven y que arrojó sobre él el pesado manto de la infamia. Su padre, que se había enfrentado con las autoridades africanas y que había llevado ese enfrentamiento hasta el punto de mandar apresar al *comes Africae* , había sido víctima de una conjura palaciega que logró hacerle pasar por traidor y que consiguió su condena a muerte. O, al menos, eso cuentan nuestras fuentes convenientemente pasadas por el tamiz de la autocensura, pues sus autores escribían bajo el gobierno del hijo del infortunado general hispano o de sus nietos y bisnietos.

Lo que importa es que la ejecución de Teodosio el Viejo supuso que el Joven perdiera su mando y tuviera que retirarse a

sus posesiones hispanas. Allí se casó y tuvo un hijo, el futuro emperador Arcadio y allí debió de creerse destinado a vivir para siempre lejos de los círculos de poder. [5]

Mas, no fue así. Teodoreto de Ciro y el muy posterior Jordanes insisten en que Teodosio se hallaba en Hispania cuando Graciano lo llamó con urgencia para ponerlo al mando de las tropas en el Danubio. Teodoreto de Ciro insiste también, y en esto lo acompañan muchas fuentes, en que Teodosio logró una señalada victoria sobre los bárbaros, la cual le valió que el joven y abrumado Graciano le confiriera la dignidad de augusto y lo pusiera al frente de la mitad oriental del Imperio. [6] Ahora bien, conocemos la fecha de la elevación al trono de Teodosio, 17 de enero del 379 y puesto que Adrianópolis tuvo lugar el 9 de agosto del 378, no hay tiempo material para que Graciano, una vez informado del desastre, enviara mensajeros a Hispania que hicieran ir a Teodosio a toda prisa hasta Tracia, tomar allí el mando de un ejército, conducirlo a la victoria y ser coronado emperador. Así que lo más plausible es que Teodosio se hallara ya con Graciano cuando a este le llegaron las noticias de la derrota. [7] De ser así, Graciano habría sacado a Teodosio de su ostracismo hispano cuando comenzó la crisis goda, en la primavera o el verano del 377, y fue en el Estado Mayor de Graciano donde el general hispano fue haciendo de nuevo méritos.

Esos méritos fueron relevantes, pues Graciano nombró a Teodosio *magister equitum* a finales del verano del 378 y lo puso al frente de un cuerpo de ejército con el que logró una señalada victoria sobre una masa de sármatas que, aprovechando que tras Adrianópolis la frontera romana no existía *de facto* , habían cruzado el gran río. Teodosio les obligó a atravesarlo de nuevo y les recordó que Roma aún tenía fronteras.

Además de esta gran victoria sobre los sármatas, Teodosio parece haber logrado algún triunfo sobre los godos, no sabemos cuáles, pues así lo señala el poeta galo Pacato Drepanio en su panegírico a Teodosio declamado en agosto del 389 en Roma ante el emperador y el Senado. [8] En cualquier caso, las victorias de Teodosio y la apurada situación de Graciano se conjugaron para que este último lo elevara al trono.

Graciano necesitaba un colega y aquel hispano parecía capaz de poner orden en el caos balcánico surgido de la debacle de Adrianópolis.

No fue fácil. Graciano dejó a Teodosio algunos buenos generales y pocas tropas. Así que este último tuvo que reclutar a toda prisa campesinos, pastores, mineros, sirvientes, etc., y transformarlos en soldados romanos. Eso no se improvisaba. Formar a un soldado romano era un proceso largo y caro. Recordar esto es muy conveniente si se quiere entender por qué Adrianópolis fue tan importante. La pérdida de 25 000 hombres experimentados era algo que no se podía remediar de la noche a la mañana y si además esas bajas iban acompañadas de la muerte de 2 generales y 35 tribunos, el daño se hacía casi insuperable. ¿De dónde sacar 35 tribunos? Los tribunos eran los mandos intermedios en el campo de batalla y no se improvisaban, sino que se formaban a partir de largos años de servicio y experiencia. Tampoco se improvisaban los centuriones y demás oficiales y suboficiales, y si en Adrianópolis murieron 35 tribunos se puede inferir que el número de centuriones debió de rondar el centenar y medio y eso siendo muy prudentes.

Así que Teodosio comenzó su reinado con el agobio de reconstruir a toda prisa un ejército y de hacerlo con el enemigo en casa. Pues los godos, alanos, hunos, carpos, sármatas, esciros, taifales, gelones, bastarnos y demás bandas guerreras que se habían alzado en armas en el 377 o que desde entonces habían

ido cruzando el Danubio para internarse en territorio romano, seguían saqueando y matando.

Temistio, ahora al servicio de Teodosio y en aquel momento en Constantinopla, señala que Teodosio tuvo que combatir, y vencer, con tropas poco numerosas, mal adiestradas y, sobre todo, desmoralizadas: «Todos, generales y soldados, tenían el ánimo hundido». [9] Su ejército estaba compuesto por unidades traídas a toda prisa desde Armenia y desde el resto de la ya desguarnecida frontera oriental, o desde Egipto, y por levas apresuradas y de poca calidad. A todo ello sumó cuantos bárbaros quisieron alistarse bajo sus estandartes. Fueron muchos los que lo hicieron. No debemos visualizar las guerras entre romanos y bárbaros como la lucha de dos pueblos diferenciados y enfrentados sin remedio. Ya hemos visto como desertores romanos y provinciales desesperados se sumaban a los bárbaros y algunos de ellos incluso impostaban la identidad de un grupo bárbaro concreto y se hacían pasar por él para sembrar el terror y escapar al control de las autoridades: «Se vio Tracia sumida en la confusión, pues fugitivos que o eran esclavos o habían abandonado las filas y decían de sí mismos que eran hunos, se dedicaban a devastar el campo». [10] También hemos visto como los bárbaros se alistaban con entusiasmo en los ejércitos romanos. No fueron pocos los grupos godos, alanos, hunos o sármatas que, aun habiendo combatido meses antes en Adrianópolis contra Roma, ahora, atraídos por el brillo del oro, lo hacían a las órdenes del augusto Teodosio. De hecho, un grupo de guerreros godos no sentía la más mínima solidaridad hacia otro y aún menos hacia una banda de alanos o esciros. La idea «nacional» que de la cuestión tenemos los contemporáneos no se puede trasladar a la Antigüedad. No era la pertenencia a un pueblo, por otra parte inexistente en la forma en que nosotros lo entendemos, sino el juramento a un jefe lo que ligaba a estos hombres y ese jefe bien podía ser el

augusto de los romanos si así lo convenían los cabecillas de la banda guerrera.

De esta forma, reclutando a toda prisa a cuantos provinciales pudo, alistando grupos de bárbaros y trayendo tropas desde Egipto y Oriente, Teodosio fue estabilizando la situación. En junio del 379 se hallaba en Macedonia, en Tesalónica, y desde allí tuvo que girar hacia Tracia combatiendo y empujando a las partidas de saqueadores bárbaros, pues el 17 de noviembre Teodosio obtuvo una gran victoria sobre godos, alanos y hunos que fue recogida por los *Consularia constantinopolitana* . [11]

La nueva victoria de Teodosio tuvo que traer cierta tranquilidad a sus súbditos. No duró mucho, pues, aunque se insiste en que «El rey de todos los pueblos godos se sometió al emperador», tras la victoria del 17 de noviembre, aquel «rey de los godos» o no era el único, o no tardó mucho en volver a alzarse.

Es evidente que no era el único. Había muchas bandas de guerra godas, pero también de otros pueblos y la guerra continuó y continuó haciendo girar la rueda de la fortuna de nuevo para traer victorias y derrotas. Así, en la primavera del 380, Modario, un general de Teodosio que era godo amén de pariente de Atanarico, masacraba en Tracia a un gran grupo de godos a los que sorprendió en mitad de la noche mientras acampaban borrachos y ajenos al peligro que los acechaba. Fue una matanza terrible, pues aquel grupo de bárbaros debía de constituir una enorme masa ya que Modario se apoderó de 4000 carros y de millares de cautivos, sobre todo mujeres y niños, pues los guerreros fueron pasados a espada en su práctica totalidad. [12]

Pero el 380 también trajo consigo una pavorosa derrota. A inicios del verano, en algún lugar del norte de Macedonia, el augusto fue sorprendido por un ejército godo que lo más

seguro es que fuera conducido por Fritigerno, Alateo y Sáfrax, al que se sumaron nuevas bandas guerreras recién llegadas desde el norte del Danubio con grupos ya asentados en el Imperio desde el otoño del 376 y con desertores godos del ejército imperial. Esta masa de guerreros cayó sobre el campamento romano en mitad de la noche, lo que provocó el desconcierto y la deserción masiva de las tropas bárbaras recién reclutadas por Teodosio. El propio emperador estuvo a punto de ser hecho prisionero por los bárbaros y si no lo capturaron, fue gracias al valor de los soldados de las unidades romanas recién llegadas desde Egipto que combatieron hasta la muerte para cubrir la retirada del emperador a fin de que este pudiera huir hasta Tesalónica. [13]

La derrota fue muy importante, tanto como para que la mayor parte del «nuevo ejército» de Teodosio fuera destruido o dispersado en ella y como para que el emperador se viera obligado a pedir ayuda a Graciano.

El augusto de Occidente, una vez más, respondió con generosidad y envió refuerzos a su colega de Oriente. Con los refuerzos venían dos generales: Arbogastes y Baudón o Pauto, dos *magistri militum* de origen franco que lograron restablecer un tanto la situación al rechazar a los bárbaros de Tesalia y Macedonia y empujarlos hacia Mesia. De un apunte de Zósimo, y como ya señalamos más arriba, se puede inferir que esos «godos» eran las bandas de tervingios, greutungos, alanos y hunos dirigidas por Fritigerno, Sáfrax y Alateo, pues el historiador nos cuenta a continuación que esos reyes godos, tras ser rechazados por los romanos, habían cruzado hacia el norte del Danubio y dirigido sus bandas hacia las fronteras de la parte occidental del Imperio. Zósimo llega a situar sus posteriores ataques en la frontera renana, pero esto es fruto de una confusión geográfica que el propio Zósimo reconoce de forma indirecta cuando aclara que Graciano les ofreció instalarlos en

Panonia y Mesia Superior a cambio de que depusieran las armas. No querían hacerlo, su propósito era atravesar de nuevo el Danubio y caer sobre Iliria y Épiro para alcanzar desde ellas el Aqueloo y entrar así en Grecia Central y Meridional para saquearlas. Pero Fritigerno, Sáfrax y Alateo tenían graves problemas: sus gentes estaban hambrientas. Así que decidieron abastecerse de víveres atacando los asentamientos de los tervingios que aún obedecían a Atanarico y que se hallaban instalados en los Cárpatos. Atanarico no pudo frenar a sus antiguos subordinados y aliados y sus gentes sufrieron mucho bajo aquellos ataques. El viejo juez tervingio perdió el control de su acosado reino y tuvo que huir a territorio romano para pedir la protección imperial. [14]

Como puede verse, la situación era harto confusa. Se peleaba con saña a lo largo y ancho de los Balcanes y no había un frente definido. Tampoco un enemigo definido. Los bárbaros luchaban entre sí y contra los romanos o se aliaban con estos últimos para enfrentar a otras bandas guerreras. Estas últimas, tervingias, greutungas y de otros grupos godos, amén de alanas, hunas, esciras, taifales, carpodacias y sármatas, cruzaban o volvían a cruzar el Danubio en desesperados intentos de hacerse con víveres y tierras. Por su parte, los romanos se las veían y deseaban para establecer una línea clara de defensa. Tras su derrota y tras haber sido auxiliado por Arbogastes y Baudón, Teodosio tuvo que acudir en octubre del 380 a Mesia Superior para coordinarse allí con los generales de Graciano que, desde Panonia Inferior, trataban de frenar a los godos, alanos y hunos de Fritigerno, Sáfrax y Alateo que, como ya se ha mencionado, querían repasar el Danubio e invadir otra vez la Romania.

Los *Consularia* señalan una nueva victoria, sin determinar sobre quién, con la consiguiente entrada triunfal del emperador en Constantinopla el 24 de noviembre del 380. Fueron victorias si no decisivas, sí relevantes, pues la gran alianza

bárbara, la formada por los seguidores de Fritigerno, Sáfrax y Alateo que se había dividido por mor del hambre, quedó definitivamente deshecha tras esta campaña otoñal. Sáfrax y Alateo fueron vencidos por Graciano y, por lo que parece, buena parte de sus gentes fueron asentadas en Panonia; mientras que Fritigerno parece haber logrado atravesar las líneas de defensa romanas y alcanzar Macedonia y Tesalia y aún el Épiro y Acarnania y llevar allí a cabo saqueos y devastaciones importantes, pero sin tomar ninguna ciudad y siendo al final rechazado. [15]

El año 380 mostraba que los godos y demás bandas guerreras que operaban en los Balcanes no podían, a la larga, sostenerse. Empero, también mostraba que el Imperio no era capaz de volver a la situación previa al otoño del 376 en la que la seguridad de la frontera y la superioridad romana eran indiscutibles. Ahora, en la nueva situación surgida tras Adrianópolis, los romanos debían de buscar soluciones parciales y contentarse con ir «parcheando» aquí y allá, combinando las batallas y matanzas con acuerdos y lo que hoy llamaríamos «integración» de los invasores/refugiados y que se llevaba a término en este momento enrolando más y más bárbaros en las filas del ejército.

Teodosio no podía hacer otra cosa. Necesitaba tiempo y paz y parecía que la guerra no podía resolverse simplemente por medio de la acción militar. El emperador recurrió, entonces, a la diplomacia. Invitó a Atanarico a Constantinopla.

Como ya vimos, el viejo juez tervingio había tenido que dejar su territorio transdanubiano ante los ataques de las bandas guerreras de Fritigerno, Sáfrax y Alateo y con los seguidores que le quedaban pasó a territorio romano para ponerse allí bajo la protección de Teodosio. Este quería sacar partido de la nueva situación y utilizar el prestigio y ascendencia de Atanarico. De modo que en enero del 381 el viejo juez tervingio estaba en

donde había jurado no estar nunca: en Constantinopla y lo estaba como invitado «suplicante», así lo denomina Temistio, de Teodosio. [16] El augusto quería usar al jefe tervingio para debilitar la posición de Fritigerno y de los demás reyes godos contra los que llevaba combatiendo desde el otoño del año 378. Era una buena idea, pero salió mal.

En efecto, pues Atanarico tuvo la mala idea de morirse catorce días después de llegar a la corte imperial. Teodosio trató de sacar partido hasta de eso y preparó unos magníficos funerales para el juez tervingio. Luego, sin dejarse amilanar por la fortuna y haciendo uso de los servicios de Saturnino, un experimentado *magister militum* que ya había negociado para el difunto Valente la paz del año 370 con los godos, y seguramente haciendo uso también de los buenos oficios de los seguidores del infortunado Atanarico, trató de negociar con los cada vez más fraccionados godos.

La cronología correspondiente a las campañas del 380 y a los movimientos de tropas romanas y bárbaras correspondientes al 381 es harto confusa y difícil de reconstruir, pero se advierte una clara atomización de las bandas godas entre las que parecen haber surgido nuevos jefes que discutían la autoridad de los viejos cabecillas. Esta «atomización» de los godos, ya de por sí muy divididos y ahora fraccionados en infinidad de bandas, está atestiguada en las fuentes y sin duda tiene su origen en la desesperación de unas gentes que, tras haber pasado al Imperio romano en busca de seguridad y prosperidad, se habían visto envueltas en una guerra de cinco años en la que no solo habían tenido que combatir de continuo, sino en la que se habían visto constantemente desplazados, sin poder instalarse y sembrar, pasando hambre y sufriendo enfermedades y el miedo perenne a ser rodeados y exterminados. Estas gentes no confiaban ya en los viejos caudillos guerreros como Fritigerno y comenzaban a

ver con buenos ojos la posibilidad de entablar una paz con Roma.



Figura 24: Medallón con valor de 8 silicuas (pequeña moneda de plata) del emperador Teodosio I acuñado en torno al 383. En el anverso aparece la efigie del soberano rodeada de la leyenda *D(ominus) N(ostrum) Theodo/sius P(ius) F(elix) Aug(ustus)* , es decir, «Nuestro Señor Teodosio, emperador piadoso y afortunado». En el reverso aparece de nuevo Teodosio, vestido con panoplia militar y sosteniendo un orbe con una mano y un estandarte de tipo lábaro con la otra. A sus pies, un bárbaro maniatado y arrodillado. La leyenda que acompaña reza *Triumfator gent(ium) barb(arum)* , «vencedor de pueblos bárbaros», y es claramente una alusión a la restauración de la paz tras el desastre de Adrianópolis.

En el lado romano también se advertían signos de cansancio. Teodosio había logrado varias victorias importantes, pero la guerra continuaba y sus ejércitos no podían sostenerse sin el apoyo de los de Occidente y estos tenían sus propios problemas y no podían seguir eternamente implicados en los Balcanes. Además, la guerra impedía reparar el *limes* y ello facilitaba que nuevos grupos bárbaros entraran una y otra vez en el Imperio.

En la primavera del 381 una masa considerable de carpos, esciros y hunos cruzó el Danubio y se adentró en la desolada Tracia. Teodosio en persona tuvo que acudir y presentar batalla. Gracias al concurso de auxiliares bárbaros y a la llegada durante el invierno de unidades regulares provenientes de Armenia, así como de aliados de la Iberia caucásica, el emperador logró un gran triunfo y empujó a los supervivientes de la horda enemiga hacia el Danubio obligándoles a cruzarlo otra vez. [17]

Pero la victoria no nubló el entendimiento de Teodosio. Había conseguido ya muchas victorias como aquella y no por ello se solucionaba la catastrófica situación de los Balcanes. Necesitaba paz y perseveró en su búsqueda. Fueron unas negociaciones largas y accidentadas. No tenemos noticia alguna de actividad militar relevante entre el otoño del 381 y el del 382, lo que indica que ambas partes, godos y romanos, querían lograr un acuerdo, pero que no era fácil de conseguir y ello era así porque, en realidad, no había dos partes, sino una parte, el Imperio y un sinfín de partes, las múltiples bandas de godos, alanos y hunos que seguían merodeando al sur del Danubio.

Tras numerosos tira y afloja, encontronazos y choques armados de pequeña magnitud, así como bloqueos y presiones diversas, el 3 de octubre del 382 los godos y los romanos firmaron una *deditio* muy particular, o mejor dicho, un *foedus* muy particular disfrazado de *deditio* . Temistio, amigo del *magister militum* Saturnino nos pone al corriente de los detalles en una *gratiarum actio* , un discurso de agradecimiento, pronunciado en Constantinopla en enero del 383 para celebrar el consulado de Saturnino que de esta manera recibía el agradecimiento y recompensa del emperador por lograr la paz con los godos. Con elaborado lenguaje, Temistio, declamando ante el emperador, el nuevo cónsul y el Senado, no dejaba lugar a dudas sobre las motivaciones que justificaban llegar a la paz: «encontrando el sapientísimo Príncipe que esta era la única

fuerza invulnerable y sin contestación posible que le quedaba a los romanos, y sabiendo que cuanto más daño le infligieran a los bárbaros tanto más iba a recaer sobre sí mismos, comprendió que era mejor perdonar las culpas que combatir hasta el final».

Según narra también Temistio, un grupo numeroso de jefes bárbaros se presentó en Constantinopla y de forma simbólica suplicó la paz y entregó sus espadas al emperador: «[…] llevando tan sólo, como ramos de suplicantes, las espadas que iban a ofrendar al Príncipe, desnudos, en definitiva, y en son de paz, y derrotados, no en sus cuerpos, sino en sus ánimos».

Dicho en román paladín: los godos no habían sido vencidos por las armas, o al menos no solo por ellas, sino por el agotamiento y las privaciones, es decir, por el desengaño en suma, que la larga guerra les había infligido. Fue un enfrentamiento de desgaste y Roma estaba en mejores condiciones para soportar las privaciones y lograr un acuerdo que pusiera fin a la guerra.

Lo hacía, eso sí, a regañadientes: «Ved, pues, cuan amable es ahora, cuan grato, cuan familiar, el tan abominable nombre de los escitas. Participan con nosotros en los honores que se le tributan al general por el que en buena hora fueron vencidos y comparten con nosotros la celebración por una victoria que se obtuvo a su costa. Y no hay que sentirse contrariados porque no hayan sido aniquilados por completo». [18]

Era el pragmatismo romano el que se había impuesto sobre el orgullo romano en aquella larga negociación del 381-382: «¿Es mejor llenar la Tracia de cadáveres que de labradores?». [19]

Pero, aunque Temistio creaba con sus elegantes palabras ante el emperador, el nuevo cónsul y el Senado constantinopolitano imágenes de unos godos vencidos, sumisos y tan agradecidos por la paz que transformaban sus «espadas y armaduras» en

azadas y arados y que ofrendaban a Teodosio sus armas como si fueran ramos de olivo, nadie olvidaba ni por un momento que todo aquello no era sino lo que eran: palabras. [20] La realidad es que la entrega de las armas que llevaron a cabo los godos era simbólica, pues el nuevo *foedus* aceptaba que los godos siguieran armados y que lo estuvieran dentro del Imperio en donde se les asignaban tierras en Mesia, Tracia y Macedonia. En estas tierras podían asentarse y conservar sus leyes y autonomía como federados del Imperio. Además, recibirían un subsidio anual y exenciones fiscales y todo ello a cambio de la paz y de que, cuando el Imperio lo necesitara, acudieran como tropas auxiliares y se pusieran bajo el mando de los generales del emperador.

Por supuesto, los romanos aspiraban a asimilar a aquellos bárbaros, a que con el tiempo se sometieran a las leyes y hábitos romanos, así como a su régimen fiscal. Temistio lo deja bien claro y recalca esa aspiración romana de total asimilación en breves años que borrara las condiciones más nocivas del acuerdo de octubre del 382. [21] Como a Fritigerno no se le menciona por ninguna parte durante el periodo de negociaciones o después de ellas, se asume que murió en el 381. Nada hay de cierto, solo que desaparece. [22]

Se suele olvidar que la paz de octubre del 382 no solo afectó a godos y romanos, sino también a los grupos de alanos y hunos que habían batallado junto a las bandas de godos. Temistio así lo reconoce de forma explícita nombrando a los «escitas», esto es, a los godos, a los alanos y a los «masagetas», es decir, a los hunos, como a los pueblos que se sometieron a Teodosio en octubre del 382. [23] Así que también ellos fueron asentados en Mesia y Tracia en las mismas condiciones ventajosas que los godos y, poco a poco, entre el 382 y el 411, estos grupos de alanos y hunos se fueron fundiendo con los de los godos federados.

Las condiciones del *foedus* de octubre del 382 estaban muy lejos del acuerdo de *deditio* que Fritigerno y Alavivo habían firmado con Valente en el otoño del 376 y hasta mejoraban de un modo notable lo firmado por Atanarico en enero del 370 o lo que Ariarico logró de Constantino en el 332. En verdad, ningún pueblo bárbaro había recibido antes condiciones tan favorables y ninguno se había asentado en tan gran número y de forma tan autónoma y ventajosa en el Imperio. Los godos estaban dentro del Imperio, pero no eran el Imperio y esa era la clave.

Sin embargo, en aquel otoño del 382, todos, romanos y godos, respiraron aliviados. La pesadilla, la «Indescriptible Ilíada de males del Istro» [24] que había sido desencadenada por los luctuosos acontecimientos del otoño del 376 parecía encontrar su final.

TEODOSIO, LOS GODOS Y EL ASCENSO DE ALARICO (382-395) Una manera muy certera de sopesar los beneficios inmediatos que el *foedus* del 382 proporcionó a Teodosio es la de evaluar el sorprendente incremento de poder militar que experimentó la parte oriental del Imperio. En efecto, si hasta la paz de octubre del 382 Oriente dependió en buena medida de la «ayuda militar» de Occidente, a partir de octubre del 382 se mostrará como el garante del orden y la legitimidad e intervendrá por dos veces, y ambas con éxito, contra los ejércitos occidentales rebeldes a la autoridad de la dinastía valentiniana. El despliegue de poder militar de Teodosio a partir del 383 resulta apabullante: intervención contra los federados sarracenos de la reina Mavia a quienes se derrota y somete a un *foedus* menos favorable, intervención en el

Cáucaso para rechazar incursiones de los albaneses caucásicos y atar en corto a los aliados íberos; aniquilamiento de los greutungos de Doroteo en el 383 cuando trataban de cruzar el Danubio, destrucción de una horda de greutungos y otras tribus que trataron de atravesar el Danubio en el 387, las victorias de Siscia, Poetovio y Aquilea sobre el ejército del usurpador Máximo en el 388, derrota de los rebeldes federados godos y bastarnos en el 392, y victoria del río Frígido sobre los ejércitos romanos de Occidente dirigidos por el *comes et magister utriusque militiae* Arbogastes en el 394.

¿Qué había pasado? La razón principal, aunque no la única, fueron los godos. Fue su alistamiento masivo como soldados en las unidades romanas de Oriente y, sobre todo, su participación como federados en un gran cuerpo de ejército, 20 000 guerreros, [25] la que otorgó a los ejércitos de Oriente el poderío que a su vez permitiría a Teodosio ostentar el sobrenombre de «el Grande».

Que se lo debiera a los godos no quiere decir que eso le fuera grato. Ni a él, ni al pueblo romano. La brecha de odio entre godos y romanos era enorme. Los acontecimientos de los años 377-378 dejaron profunda huella. Después de Adrianópolis, quizá en el otoño de ese mismo año del 378 o puede que ya en el 379, Julio, *magister militum* de las tropas de campaña de Oriente, llevó a cabo una traicionera matanza indiscriminada de soldados y rehenes godos y de sus familias que fue por lo general aplaudida y que Amiano Marcelino elogia calurosamente. Los godos que servían en las filas del ejército comandado por Julio o que habitaban en las provincias puestas bajo su mando militar, no habían dado muestra alguna de desobediencia, pero fueron un chivo expiatorio necesario en el

altar del rencor y del miedo romanos desatados tras el desastre de Adrianópolis. [26]

No fue el único ejemplo de odio entre romanos y godos. Para tratar de equilibrar la composición de sus fuerzas tras los reclutamientos masivos de godos, alanos y hunos, Teodosio decidió trasladar unidades, en su mayoría formadas por provinciales, desde Egipto al frente balcánico y enviar a Egipto unidades formadas por reclutas godos. Egipcios y godos se cruzaron en sus respectivas marchas hacia Macedonia y Egipto en Filadelfia del Lidia y no tardaron en enzarzarse en feroces combates callejeros. Las tropas egipcias, al ver como los godos maltrataban a los civiles de Filadelfia, cayeron sobre los recién reclutados bárbaros y dieron muerte a 200 de ellos imponiendo así la disciplina entre los nuevos y góticos soldados romanos. [27]

La animadversión romana hacia los godos no se atemperaba. De hecho, crecía en igual proporción que la importancia del factor godo en la defensa de la parte oriental del Imperio. En el 387, junto a la ciudad de Tomis, a orillas del mar Negro y ya en el *limes* romano, la guarnición de la ciudad, formada por tropas romanas, se enfrentó a una unidad goda acantonada junto a los muros de la ciudad. ¿El motivo? Los *milites* de origen provincial romano estaban hartos de la arrogancia de los godos y, sobre todo, de que el emperador los honrara más que a ellos. [28]

Ese odio a los godos no solo se daba en el ejército, los civiles también los detestaban. Por ejemplo, en Constantinopla se asesinó a un godo y se arrojó su cadáver al mar para que no fuera enterrado y la reacción de Teodosio fue cortar el suministro de trigo a la plebe urbana como castigo. [29]

Sinesio de Cirene, discípulo de la célebre Hipatia y obispo de la ciudad líbica de Ptolemaida, expresaría mejor que nadie la mezcla de desprecio, recelo y miedo que los romanos sentían ante los bárbaros y en particular ante los godos que militaban

en su ejército, trabajaban en sus campos o servían en sus casas. Sinesio abogaba por expulsarlos del ejército y no ocultaba su desprecio y su odio, clamando ante el emperador y sus consejeros: «[…] expulsar de aquí a esos perros arrastrados por la muerte […]». [30]



Figura 25: Lateral occidental del pedestal o base del obelisco de Teodosio, erigido por este emperador en Constantinopla en torno al año 390. En el centro aparece el emperador acompañado por miembros de su familia en el palco del circo. A los lados, altos dignatarios romanos vestidos con *togae* . Tras estos, se aprecia una fila de soldados dotados del característico peinado germánico; son, con toda probabilidad, tropas de ese origen reclutadas en el Ejército romano. En la base se aprecia una doble fila de bárbaros arrodillados que portan regalos, ofrendas para el emperador, en señal de sumisión al Imperio. Quizá los del registro izquierdo puedan interpretarse como

orientales, dado su gorro frigio, y los del diestro como occidentales. Nótese la asimetría en el tratamiento de los bárbaros integrados en el Ejército, en la fila superior, tras los dignatarios, y los bárbaros «incivilizados», del registro inferior.

Pero por mucho que los romanos odiaran y despreciaran a los godos, los necesitaban. Sin ellos la defensa de la frontera y del Imperio ya no podía garantizarse o al menos no hasta que las filas del ejército volvieran a completarse. No lo harían. Las dos guerras civiles libradas en el 388 y el 394 fueron costosísimas y las continuas embestidas de los bárbaros en las fronteras demandaban más y más unidades militares y esas unidades experimentadas en la guerra solo podían completarse o encontrarse acudiendo a los godos. Por eso, el pragmático Teodosio se preocupaba en persona de castigar a sus propios oficiales y al pueblo llano cuando «se les "iba la mano" con los godos». [31]

En buena medida, fue gracias a los federados godos que la frontera del Bajo Danubio pudo sostenerse. Así lo explicitan Temistio, contemporáneo de los hechos, y el bien informado Zósimo. Ambos señalaban cómo los seguidores del difunto Atanarico, junto a otras bandas de godos federados, custodiaban con eficacia la frontera danubiana. [32]

Era aquella una cuestión de mutuo interés. Para los godos federados asentados en Mesia, Tracia y Macedonia era vital mantener al otro lado del *limes* a sus parientes y al resto de pueblos bárbaros que seguían soñando con un futuro mejor dentro de la dorada Romania. La prosperidad y seguridad que brindaba el Imperio a sus *foederati* no podía compartirse sin ser puesta en riesgo y eso lo sabían muy bien los godos. Por eso se implicaron tanto en la defensa de la frontera. Una frontera que seguía siendo objeto de intentos de asalto por parte de tribus godas. En el 382 o 383, un gran grupo de greutungos mezclados con otras muchas tribus «hasta entonces nunca

vistas» se presentó en la desembocadura del Danubio y comenzó a hacer preparativos para pasar al lado romano. Según cuenta Claudiano, los greutungos talaron los bosques cercanos y excavaron en sus troncos 3000 monóxilos, una suerte de canoas, para cruzar el Danubio. [33] Su rey era Odoteo y no quería un no por respuesta. Se lo dieron en forma de espolones de liburnas y disparos de *toxobolistres* . El *magister militum per Thracias* , Prómoto, esperó a que los godos greutungos y sus aliados pasaran desde la orilla norte del Danubio hasta la isla de Peuce y cuando desde esta trataron de pasar al lado romano, embistió sus monóxilos con las liburnas de la *classis* del Bajo Danubio. Las naves romanas hicieron uso también de sus máquinas de guerra y pronto las aguas del delta se tiñeron de sangre greutunga y millares de cadáveres y de cascos destrozados de embarcaciones bárbaras se amontonaron en las lodosas playas: «Los cuerpos muertos oprimen la isla de Peuce. La corriente, fluyendo por cinco desembocaduras, apenas puede vaciar la sangre de los bárbaros». [34]

No fue el único gran ataque lanzado por los greutungos contra la frontera. Los godos del este volvieron a intentarlo en el 387 y esta vez reunieron una horda aún más poderosa y diversa que volvió a intentar cruzar el Danubio. De nuevo, Prómoto supo detenerlos combinando la fuerza de su infantería con la potencia de la flota que patrullaba el gran río y sumando a todo ello la astucia, ya que engañó a los bárbaros haciéndoles creer que estaba dispuesto a dejarse sobornar para hacer «la vista gorda» mientras los greutungos cruzaban de noche. Los bárbaros dispusieron sus tropas y reunieron a sus mujeres y niños y comenzaron a cruzar el río en sus monóxilos en mitad de la noche. Iban hacia la muerte, pues Prómoto había dispuesto su flota como una tenaza y esta se cerró sobre los desventurados godos causándoles miles de muertos. Los que llegaban a la ribera opuesta eran acuchillados por los soldados

de infantería. Al amanecer la horda estaba aniquilada y los supervivientes, unos pocos miles de guerreros y docenas de miles de mujeres y niños, cautivos de los romanos. Teodosio, que no andaba lejos del escenario de la matanza, acudió y ordenó que los prisioneros fueran asentados en Mesia y Asia Menor, así como que sus guerreros supervivientes fueran enrolados en el ejército con vistas a la campaña que ya estaba preparando contra el usurpador Máximo. [35]

El fracasado ataque greutungo del 387 mostraba que la frontera romana del Bajo Danubio volvía a ser sólida, pero ese mismo año el emperador fue muy consciente también de que su continuo alistamiento de federados y de tropas bárbaras podía convertirse en un arma de doble filo. En efecto, Máximo, que tenía buenos informes sobre lo inestable de la situación de los federados godos de Teodosio, despachó emisarios hacia sus asentamientos y logró mediante sobornos y promesas, que algunas de aquellas bandas de guerreros federados se alzaran en armas contra el augusto de Oriente. Teodosio se mostró implacable y envió de inmediato tropas fieles que acosaron a los rebeldes hasta acorralarlos en los pantanos y bosques de Macedonia en donde los cazaron hasta exterminarlos. [36] O eso cuenta Zósimo, porque poco después añade que no todos fueron castigados, sino que muchos continuaron moviendo guerra desde sus refugios en Macedonia y que para derrotarlos de una vez hizo falta una dura campaña cuyas operaciones se extendieron a Tracia y que se prolongó durante los años 391-392. Durante esa campaña el propio Teodosio sufrió una dura derrota en Tracia por los godos entre cuyos jefes estaba ya un joven Alarico. Por cierto, la derrota de Teodosio fue tan completa como para que el augusto tuviera que huir a uña de caballo del campo de batalla y como para que solo la oportuna intervención del *magister militum* Prómoto le permitiera escapar de ser apresado por los bárbaros. No obstante, al año

siguiente, Prómoto y Estilicón, que se estrenaba con su primer mando como *magister militum* , derrotaron a los seguidores del rebelde Alarico junto al río Hebro, en Tracia, donde aplastaron a otras bandas godas y aniquilaron a los bastarnos, imponiendo de nuevo a los rebeldes la autoridad romana y el regreso de todos ellos a las benignas condiciones del *foedus* del año 382. Algo que evidencia que más allá de las ampulosas palabras de poetas como Claudiano, las victorias romanas no eran tan decisivas como pregonaban. [37]

Así que la relación entre los godos federados y Teodosio no era en modo alguna idílica, pero Teodosio los necesitaba sobre todo para sostener su posición frente a los usurpadores. En el 383, Graciano, el mentor de Teodosio y el augusto sénior, sufrió un levantamiento militar y fue asesinado. Un general hispano ligado a la casa de Teodosio y que había servido con él en Britania bajo el mando de Teodosio el Viejo, el *comes Brittaniarum* Magno Máximo, tomó el poder en la prefectura de las Galias. Fue reconocido por Teodosio con la condición de que se mantuviera al oeste de los Alpes y dejara el gobierno de Italia, Iliria y África bajo el augusto niño Valentiniano II, el hermano del asesinado Graciano. Máximo terminó rompiendo aquel acuerdo en el 387 y ocupando el resto de Occidente, pero Teodosio acogió a la fugitiva familia imperial en Tesalónica: a Justina, la madre de Valentiniano II, a este último y a su bellísima hermana, Gala. Para Teodosio, que acababa de quedarse viudo, era la oportunidad de entroncar con la dinastía valentiniana y no la desaprovechó. Se casó con la joven Gala y se dispuso a reunir un gran ejército para invadir Occidente y reponer en su trono a su nuevo cuñado, Valentiniano II.

En el 388 lanzó su ofensiva. En ella los federados godos, alanos y hunos desempeñaron un destacado papel en las batallas decisivas: Siscia, Poetovio y Aquilea. En Siscia (actual Sisak, Croacia) y sobre la orilla del Savus (actual Sava), en el

verano del 388, los *magistri militum* Prómoto, Timasio, Ricomeres y Arbogastes, a cargo de la fuerza expedicionaria, lanzaron a las tropas de Teodosio a un repentino ataque a través del ancho Savus sobre las posiciones de los sorprendidos soldados de Máximo que no esperaban semejante maniobra en la que las tropas bárbaras, godas, hunas y alanas, sin duda destacarían por su conocida habilidad de cruzar ríos a nado o aferrados a sus caballos, estableciendo así la necesaria cabeza de playa para que pudieran cruzar las tropas regulares. [38] Tras esta primera victoria, el ejército teodosiano avanzó por Panonia Superior hasta Poetovio (hoy Ptuj), en Eslovenia, en donde el ejército de Máximo había reorganizado sus fuerzas y presentó reñida batalla en agosto de aquel mismo año. Parece que Teodosio situó a sus federados en el centro de su línea de batalla y que sufrieron muchas bajas aguantando el avance de las duras legiones de Occidente, mientras las alas del ejército oriental, con la infantería legionaria y la caballería regular, envolvían y aplastaban al enemigo. En fin, en Aquilea, Máximo fue definitivamente derrotado, poniendo fin a aquella dura campaña. [39]

Una campaña que generó «mala sangre» entre los federados godos y los soldados romanos del ejército regular. De hecho, tras la campaña contra Máximo, los federados godos se dividieron en dos facciones, una de ellas, dirigida por Eriulfo, que abogaba por romper el *foedus* del año 382 y negarse a seguir sirviendo a Teodosio; y, la otra, encabezada por Fravita, el cual quería mantener por completo el *foedus* , aunque ello implicara volver a participar en una nueva contienda civil romana. [40] Una contienda civil que se acercaba a pasos agigantados. Arbogastes, el viejo y experimentado *comes et magister utriusque militiae* de origen franco que servía como generalísimo del joven Valentiniano II en Occidente, estaba cansado de las impertinencias de su augusto y terminó

asesinándolo y elevando al trono a un senador pagano, Eugenio, el *magister scrinii* , maestre de las oficinas de la cancillería imperial, de Occidente. Aquello era un desafío en toda regla a Teodosio y tanto Eriulfo como Fravita tenían claro que los federados godos volverían a ser llamados a las filas del ejército de Oriente para combatir contra el de Occidente.

Cuando la situación se aclaró, evidenció la raíz de las desavenencias que ya habían dividido a los federados godos de Oriente: que mantenerse fieles al *foedus* del año 382 implicaría volver a enviar al matadero de la guerra civil romana a miles de sus hombres. Fue esto lo que desencadenó la rivalidad entre Eriulfo y Fravita, una contienda que de lo personal pasó a la guerra civil abierta entre ambas facciones y que implicó al Imperio que intervino para reforzar la posición de Fravita.

Las fuertes disensiones y enfrentamientos entre los federados godos mostraban cuán profundos eran los desacuerdos entre los bárbaros y cuán divididos políticamente estaban. Pero también mostraban cuán inestables eran las relaciones entre Teodosio y sus federados. De hecho, del pasaje de Zósimo se puede inferir que el emperador llevaba a cabo un maquiavélico juego con sus federados, pues por un lado parecía alentar sus divisiones internas y por otro, acudía de continuo a ellos para asegurarse el triunfo frente a sus rivales de la parte occidental del Imperio.

Fue así como en mayo del 394, y tras lograr que el partido encabezado por Fravita triunfara entre los godos, Teodosio logró reunir un gran ejército de 100 000 hombres de los que unos 20 000 eran federados godos, alanos y hunos. [41]

En los párrafos anteriores hemos visto a los federados godos alternar la defensa de la frontera y el fiel servicio al emperador en sus ejércitos, con el resentimiento, la rebeldía y la guerra abierta. ¿Por qué? Pues, en buena medida, porque para los federados godos una cosa era defender una frontera que

también era ya la suya y otra muy distinta participar en lejanas y sangrientas guerras civiles en las que tenían la acertada impresión de que los romanos los usaban como «carne de lanza».

La impresión se tornó certeza en la batalla del Frígido, del 5 a 6 de septiembre del 394. Teodosio abandonó Constantinopla en mayo del 394 a la cabeza de un poderoso ejército de 100 000 hombres entre los que se contaban los 20 000 godos y demás bárbaros federados ya referidos. Tras apoderarse por sorpresa de los pasos alpinos de los Alpes julianos, se encontró con el ejército de Arbogastes en las riberas del río Frígido (el actual Vipava), en la frontera entre Eslovenia e Italia, el día 5 de septiembre del 394. Arbogastes contaba con una poderosa fuerza que es probable que en calidad sobrepasara a la de Teodosio y que se le aproximaba en número: unos 80 000 hombres, en su mayoría legionarios y tropas regulares provenientes de Britania, las Galias, la frontera renana, Hispania, Retia y el Nórico. Arbogastes era un general experimentado y conocía muy bien a Teodosio y a los generales de su estado mayor, no en vano había luchado para Teodosio entre el 380 y el 382 y de nuevo en la campaña contra Máximo del 388. El *comes et magister utriusque militiae* de Occidente preparó concienzudamente sus tropas desplegando a su ejército sobre las alturas que dominaban el valle del Frígido y detrás de una poderosa línea de defensa constituida por un *vallum* torreado y con foso y manteniéndose a la defensiva. Aquella inexpugnable posición no presagiaba nada bueno. Los presagios se confirmaron. Teodosio lanzó a sus federados godos, alanos e íberos caucásicos, apoyados por la infantería ligera y los arqueros, contra la formidable línea de Arbogastes. Como no había espacio para desplegar a aquellos más de 20 000 hombres, tuvieron que cargar en columna pasando de la marcha al combate conforme coronaban el paso recién tomado y bajaban

al río. Fue un ataque mortífero y, en buena medida, suicida. Por Zósimo sabemos que Gainas, el futuro generalísimo godo de Oriente comandaba a los federados godos y que junto a él se hallaba como jefe de los íberos caucásicos y de los infantes ligeros romanos el viejo rey Pacurio que ya combatiera en Adrianópolis con tan mal tino y fortuna. Pero Zósimo y con él otras fuentes, también resaltan entre los jefes godos al joven Alarico y señalan asimismo una destacada participación de los alanos encabezados por uno de sus reyes, Saúl, y todo apunta a que otros muchos jefes godos, alanos, etc., conducían a sus bandas bajo la jefatura suprema del godo Gainas.

El combate de la tarde del 5 de septiembre del 394 fue, en palabras de Arther Ferrill: «una lucha de ratas». Esto es, en argot militar, una durísima lucha cuerpo a cuerpo sin posibilidad de flanquear al enemigo, ni de realizar movimiento alguno que no fuera avanzar acuchillando y alanceando y en la que las bajas por ambas partes fueron tremendas. Claudio Claudiano, que conocía en persona a muchos de los generales que participaron en la gran batalla, dice que las aguas del Frígido «humeaban con la sangre derramada en ellas» y que «se colmaron de cadáveres».

Por su parte, Zósimo señala, de forma equivocada, que en mitad de la pelea se produjo un eclipse, fenómeno que en realidad tuvo lugar el 20 de noviembre del 393, y que el frenesí del combate era tal que ni tan siquiera la oscuridad pasajera que propició detuvo la lucha.

Pero las posiciones de las tropas de Arbogastes eran muy sólidas y la disciplina de las legiones de Occidente extraordinaria. Así que, carga tras carga, los federados godos, los aliados íberos y las tropas ligeras de Teodosio se fueron estrellando contra aquel muro de acero y, al cabo, deshechas y ensangrentadas, tuvieron que retirarse dejando tras de sí 10 000 muertos, la mayoría de ellos godos.

Entre los caídos estaba el viejo rey Pacurio y muchos jefes godos. Sufrir un 50 % de bajas es algo que pocos ejércitos logran superar. Tuvo que ser una matanza descorazonadora. Un ejemplo contemporáneo quizá nos ayude a entender la magnitud de lo ocurrido: en la batalla librada el día 6 de junio de 1944 por el control de la playa de Omaha entre el ejército estadounidense –1.ª División y 29.ª División más fuerzas de Rangers, fuerzas acorazadas y dotaciones asignadas a la logística– y el alemán, la lucha más dura sostenida en el famoso Día D del desembarco de Normandía, los estadounidenses desembarcaron 34 250 hombres en la playa y sufrieron un total de 2374 bajas, de las que 1465 fueron muertos. Esto es, un porcentaje total de bajas con respecto a la fuerza desembarcada del 6,9 % y un 4,2 % de muertos con respecto al total. [42] Esta última cifra, el 4,2 % de muertos, es la que tenemos que comparar con la del aproximadamente 50 % de muertos sufrida por los federados godos el 5 de septiembre del 394 para así poder comprender la conmoción que para ellos supuso aquella batalla en el río Frígido.

Lo peor para los godos es que tenían la impresión de que los romanos que combatían junto a ellos no lamentaban del todo que los hubieran diezmado. Orosio, contemporáneo de los hechos, corrobora esa retorcida y rencorosa actitud del bando teodosiano hacia los godos de su propio campo ufanándose sin recato alguno de su matanza: «[…] sin contar los 10 000 godos a los que, enviados delante por Teodosio, se dice que aniquiló totalmente Arbogastes: el haber perdido a estos fue sin duda una ganancia y su derrota una victoria». [43] Así que esa noche, a la luz de las hogueras, los godos tenían el semblante contraído por la ira y la humillación. Se sentían como lo que habían sido, carne de lanza, y no olvidarían aquella afrenta. Y no es que Teodosio estuviera en particular contento. Su ataque directo en columna de marcha por desgracia había fracasado y muchos de

sus consejeros y generales le recomendaban retirarse al abrigo de la noche y dar por perdida aquella batalla. Mientras tanto, en el campamento de Eugenio y Arbogastes se celebraba ya la victoria. Demasiado rápido al tratarse de dama tan inestable y veleidosa, pues Teodosio había optado por no retirarse.



Figura 26: Moharra de *plumbata* de procedencia desconocida. Se aprecia la punta de hierro alargada y barbada y el peso de plomo en su base. Detrás se desarrollaría el astil de madera, de alrededor de 40 cm de longitud, dotado a su vez de plumas para mantener la dirección en vuelo. Musée d'Art Classique, Mougins.

El día 6 de septiembre se reanudó la lucha. Esta vez Teodosio envió a sus mejores legiones comandadas por el viejo general Timasio y por el joven *magister militum* Estilicón, el marido de su sobrina Serena y el hombre que había derrotado a los rebeldes federados godos de Alarico y a los bastarnos en el 392.

De nuevo la lucha fue durísima y desesperada. Las filas de uno y otro bando avanzaron y retrocedieron, pero parecía que de nuevo la fuerte posición ocupada por Arbogastes daría la victoria a sus legiones. Entonces llegó el Aquilón, el viento del Norte que en aquellas tierras recibe el nombre de Boras. Este es un viento huracanado que al final del verano suele bajar con fuerza desde los Alpes julianos hasta las llanuras del Véneto y aquel día azotó los rostros de los soldados de Occidente cegándolos y amortiguando el vuelo de sus *plumbatae* , venablos y flechas. Inflamados ante lo que les parecía un prodigio que el Dios cristiano desencadenaba a su favor, los hombres de Teodosio cobraron ánimo y cargaron de nuevo, y tras salvaje combate, superaron la línea defensiva de Arbogastes. Este último podría haber rehecho sus quebradas líneas, pero parte de sus unidades se pasaron en el momento decisivo al campo de Teodosio y pronto se vio obligado a huir hacia las montañas.

Aquel mismo día el usurpador Eugenio fue decapitado y Arbogastes se suicidó poco después. [44] Para Claudio Claudiano, poeta cortesano de Estilicón y de Honorio, a la sazón un niño de diez años que acababa de ser elevado a la condición de augusto, aquella batalla sangrienta demostraba que Dios estaba

con Teodosio ¿Acaso no había enviado al viento del Norte contra los paganos Arbogastes y Eugenio?

Dios era romano, pero 10 000 de los 15 000 muertos habidos en las filas de Teodosio eran godos y eran pasto de aves y fieras porque el emperador de los romanos los había lanzado a un ataque suicida.

Creo que la matanza sufrida por los federados godos en la batalla del Frígido fue clave en el éxito del posterior alzamiento de Alarico. Sin duda fueron el rencor y la desconfianza que allí se sembraron los que germinaron en torno a los estandartes del joven caudillo de los visi. Pues entre los supervivientes de la salvaje batalla del Frígido, la batalla más dura y grande de todo el periodo, estaba Alarico y pronto un nuevo «viento del Norte» haría su presencia en el Imperio y esta vez llegaría hasta la vieja Roma.

ALARICO, EL REY GODO QUE SOÑABA CON SER *MAGISTER MILITUM*

Si el lector ha estado atento, habrá advertido que los godos federados de Roma no constituían una unidad. Cuando firmaron la *deditio /foedus* del 382 estaban agrupados en multitud de bandas y así continuaron durante los catorce años que siguieron. Los nombres de sus caudillos van y vienen: Modario, Hellebich, Gainas, Fravita, Eriulfo, Alarico, Tribigildo, Saros, Plinta… Todos ellos son no solo jefes o reyes godos, sino también altos oficiales del ejército romano o de sus tropas federadas. Algunos de ellos, como Modario, Hellebich, Gainas o Fravita se elevan hasta alcanzar el grado de *magister militum* y hasta llegar a tener el honor de ser nombrados cónsules de Roma. Hellebich, por ejemplo, fue nombrado *magister militum* en el 383 y Gainas era el comandante supremo de los federados en el 394 y durante los siguientes años sería el generalísimo de Oriente hasta su aparatosa y

sombría caída en el 400. Otros, como Tribigildo o Alarico, deben conformarse con recibir títulos menores como el de *comes* y quedar exclusivamente al mando de tropas de federados sin participar de verdad de las magistraturas militares superiores romanas.

Otro hecho destacable es la continua tensión que se observa dentro de estos grupos. A menudo aparecen enfrentados entre sí, a veces llegando al choque violento y abierto como en el 391-392 y otras veces metiéndose de lleno en las luchas de poder que se desarrollaban subrepticiamente en torno a Teodosio. Así, por ejemplo, Rufino, el prefecto del pretorio y un hombre de una ambición desmedida, contó con el auxilio de un grupo de bárbaros, bastarnos y godos para asesinar al *magister militum* Prómoto, su rival en la pugna por influenciar al emperador. [45] Los jefes godos eran, además, el recurso inmediato para asegurar la victoria no solo en los campos de batalla o en las luchas de palacio, sino hasta en las querellas religiosas. Así, por ejemplo, Gregorio Nacianzeno recurriría al *magister militum* Modario para asegurarse el triunfo sobre los arrianos en un sínodo provincial. [46]

La relación entre godos y romanos se basaba en la mutua necesidad y en el mutuo convencimiento de que era imposible eliminar al otro. Una relación así siempre lleva al mismo sitio: al conflicto.

Por otro lado, hemos visto que la presión sobre la frontera danubiana se mantuvo constante a lo largo de la década del 380 y que nuevos grupos de bárbaros, godos y no godos, trataron de pasar al lado romano y que, ya como cautivos, ya como invasores reconvertidos en soldados al servicio de Roma, muchos lograron asentarse y lo hicieron en las tierras que ya ocupaban los federados del 382 mezclándose con ellos y generando más inestabilidad. Esta estallaba en rebeliones abiertas como la que ensangrentó Macedonia y Tracia durante

el periodo del 387 al 392 o como el intento de alzamiento que protagonizó Eriulfo hacia el 391 y que, casi con toda seguridad, fue la chispa que desencadenó el alzamiento de Alarico, sin duda junto a otros jefes godos del partido de Eriulfo, en el 391-392 y que tanto costó reprimir al ejército imperial.

El 25 de febrero del 395, a la muerte de Teodosio el Grande en Mediolanum se desató una lucha por el poder. Esto es, por tutelar o dirigir a los hijos de Teodosio, pues este había decidido dividir el Imperio entre sus hijos: Oriente para el incapaz Arcadio y Occidente para Honorio, a la sazón de diez años de edad. El hombre fuerte del ejército era Estilicón, de origen vándalo y ligado a la familia imperial por medio de su matrimonio con Serena, la sobrina del emperador Teodosio. Tras la batalla de Frígido, Teodosio había nombrado a Estilicón *comes et magister utriusque militiae* de las fuerzas de Occidente y, cuando enfermó, dejó en sus manos la tutela de su hijo, Honorio. Como lo mejor del ejército de Oriente y la totalidad del de Occidente se hallaban bajo el mando de Estilicón en febrero del 395, cualquiera que tramara disputarle el poder al *comes et magister utriusque militiae* necesitaría apoyarse sobre los godos.



Figura 27: Díptico de marfil, datado cerca del año 400, que muestra a Estilicón (359-408) y su familia. Estilicón viste una lujosísima túnica y una capa abrochada con una gran fíbula de ballesta de una variante con buenas correspondencias en el registro arqueológico. En sus manos empuña una lanza y un escudo ornamentado que incluye un umbo con forma apuntada, de uso habitual en contextos germánicos desde el Alto Imperio y crecientemente incorporado a la panoplia romana. Nótese también que algunos detalles de la espada y la vaina, como la empuñadura o la pieza de suspensión, tienen su eco en los ejemplares hallados en el *Barbaricum* , y que a diferencia de lo que se aprecia en otras representaciones de la

época, la vaina se suspende del cinturón y no de un tahalí que descanse sobre el hombro. Estilicón era hijo de padre militar de origen vándalo y madre romana, y llegó a alcanzar el rango de *magister militum* durante el reinado de Teodosio I, e incluso ejerció como regente del Imperio a la muerte de este. En el registro de la izquierda del díptico aparece su mujer Flavia Serena, la sobrina del emperador Teodosio, y su hijo Euquerio.

En efecto, Estilicón contaba con la mayor fuerza militar romana, pero algunos de sus federados godos habían regresado a sus asentamientos. Sabemos que Gainas, el principal jefe godo y el mismo que los encabezó en el suicida ataque del día 5 de septiembre del 394 a las posiciones fortificadas del ejército romano de Occidente en el río Frígido, aún estaba en Mediolanum cuando Teodosio murió y que estaba en buenas relaciones con Estilicón. Pero también sabemos que antes de mediada la primavera del 395 Rufino se había puesto en contacto con Alarico y que para ese entonces este último ya estaba de regreso en su asentamiento a caballo entre el norte de Macedonia y el sudoeste de Tracia. [47]

Se recordará ahora que los federados godos no regresaron muy contentos de la batalla del Frígido. Las 10 000 muertes con que habían tenido que pagar la victoria de Teodosio les pesaban mucho. Máxime cuando algunos de sus caudillos consideraban que no se les había compensado y honrado de forma adecuada por ello. Uno de esos jefes descontentos era Alarico. No era el jefe de todos los godos, ni mucho menos, ni tan siquiera el más importante de los jefes tervingios, pero sí el más descontento de todos ellos y Rufino, el intrigante rival de Estilicón, acudió a él.

Zósimo, bien informado, no deja lugar a dudas: Rufino, como vio a Alarico en trance de rebelarse y decidido a dar la espalda a las leyes, pues se hallaba irritado porque no ostentaba mando militar alguno, sino sólo contaba con aquellos bárbaros

que le entregara Teodosio cuando con él abatió al usurpador Eugenio, le indicó entonces secretamente que, pues todo estaba ya preparado para la conquista, avanzara trayendo a los bárbaros bajo su mando y demás efectivos aglomerados en torno suyo. Ante lo cual, Alarico partió de los lugares que ocupaba en Tracia para lanzarse sobre Macedonia y Tesalia, destruyendo cuanto encontró a su paso. [48]

El texto anterior no tiene desperdicio. Sobre todo si se recurre al original griego. Dos pasajes del párrafo anterior son vitales para entender el origen y carácter de lo que podríamos denominar «identidad visigoda», así como para comprender acertadamente la evolución que habían experimentado los godos asentados en el Imperio desde el 376: «irritado porque no ostentaba mando militar alguno, sino sólo contaba con aquellos bárbaros que le entregara Teodosio cuando con él abatió al usurpador Eugenio». De este pasaje se deduce que las jefaturas sobre las bandas o grupos de federados godos no solo dependían de circunstancias relacionadas con la organización social y política de dichos grupos, pertenencia a un linaje noble, elección por parte de la asamblea de guerreros o ancianos notables, etc., sino también de la designación o apoyo explícito del emperador. De ahí que Zósimo diga: «sólo contaba con aquellos bárbaros que le entregara Teodosio». El hecho es aún más claro si acudimos al original griego en donde constatamos que Zósimo no usa ningún título para definir el poder que Alarico ostenta sobre el grupo de «bárbaros» cuyo mando le entregara Teodosio con vistas a la campaña contra el usurpador Eugenio, sino que utiliza el verbo ἡγεῖτο, [49] que no indica más que la acción de mandar o guiar. Alarico no es el rey de ese grupo, sino el hombre encargado por el emperador para guiarlos a la batalla. Dicho de otro modo, Alarico no está encabezando a su «pueblo» sino a una banda guerrera de federados que en última instancia está sometida a las

condiciones impuestas por Teodosio en el *foedus* del 382 en cuanto a su servicio militar al Imperio. [50] Sin duda, Alarico contaría también con sus seguidores propios, con los guerreros de su *gefolge* o comitiva armada y con los procedentes de su clan o facción tribal, ligados a él por lazos de sangre y/o juramento. Pero, sin duda, también que el grueso de esos «bárbaros» cuya guía o dirección, ἡγεῖτο, le confió el emperador, estaba formado por guerreros provenientes de diversos grupos o bandas y que era de ellos de donde Alarico podía extraer verdadero poder.

Ahora bien, como ya he señalado, creo que el texto muestra que la elección de Alarico como jefe de ese grupo de «bárbaros» se debía a factores y circunstancias externos a la sociedad bárbara, llamémosla así, y directamente ligados a las necesidades militares del Imperio y a la conveniencia política del momento, por eso Zósimo dice: «cuando con él abatió al usurpador Eugenio», esto es, Alarico recibió su mando en virtud de una campaña concreta, la que se emprendió contra Eugenio y Arbogastes y, por ello, era un mando temporal y sujeto a posibles modificaciones y cambios conforme las circunstancias militares y políticas que lo habían propiciado se alteraran. De ahí que Alarico no estuviera contento y que deseara algo más potente, prestigioso, lucrativo y, sobre todo, más estable: «irritado porque no ostentaba mando militar alguno», escribe Zósimo, o dicho de otro modo, lo que ambicionaba Alarico era formar parte del selecto grupo de mandos de origen godo que, como Modario, Hellebich, Fravita o Gainas saltaban desde las oscuras filas de los mandos intermedios de las tropas federadas y las jefaturas bárbaras, al prometedor campo de las altas magistraturas militares romanas.

La cuestión se aclara aún más si buscamos un paralelo de lo que era en realidad Alarico en el 394-395. Pues bien, ese paralelo lo tenemos en la figura de Tribigildo, el jefe godo que

se alzó en Asia Menor en el 399 a la cabeza de los federados greutungos y ostrogodos allí instalados. Zósimo deja bien claro que Tribigildo no ostentaba mando alguno sobre tropas romanas, sino tan solo sobre los contingentes bárbaros puestos bajo su mando por el Imperio a los que comandaba como *comes* . [51]

Peter Heather señaló que tras la rebelión de Alarico y su reclamo de un puesto de *magister militum* se hallaba una suerte de aspiración colectiva de los godos de que se les reconociera contar con un jefe único que, investido de una magistratura superior romana, pudiera defender mejor sus intereses y modificar a su favor las condiciones del *foedus* del 382 y, sobre todo, la obligación de seguir enviando grandes contingentes de guerreros a las luchas que entablaban entre sí los romanos. [52] A Peter Heather se le olvida que antes y después de la rebelión de Alarico, los godos contaron con varios *magistri militum* en el organigrama militar romano y que no por ello se agruparon bajo una sola jefatura, ni se modificaron las condiciones del *foedus* . Y, lo que es más, aun después del alzamiento de Alarico los godos siguieron divididos y muchos de ellos siguieron al servicio del Imperio y bajo las condiciones del *foedus* del 382.

Pero continuemos con los hechos. Cuando Alarico se plegó a los deseos del intrigante Rufino y se alzó en armas, se ponía fuera de la protección del *foedus* y por eso Zósimo dice: «decidido a dar la espalda a las leyes». Es evidente, esas «leyes» a las que se refiere el texto son las disposiciones del *foedus* del 382, el mismo que Eriulfo ya había cuestionado en el 391 y, sobre todo y en mi opinión, las del nuevo *foedus* que el propio Alarico tuvo que firmar con el emperador Teodosio tras ser derrotado por Estilicón en el 392 y que es el tratado que en mi opinión menciona Claudio Claudiano en su *Guerra contra los getas* ». [53] Sí, sin duda serían las disposiciones de ese tratado del 392 a las que Alarico estaba «decidido a dar la espalda». ¿Qué

disposiciones contendría ese tratado? Una de ellas, lo veremos en detalle más adelante, quizá dejó su rastro indeleble en un documento administrativo de la época, la *Notitia dignitatum* , en donde aparece consignada una unidad de los *auxilia palatina* denominada *visi* .

Pero ahora nos detendremos en el que, sin duda, es el pasaje más revelador del texto de Zósimo referente a la rebelión de Alarico en el 395. Recordémoslo: «avanzara trayendo a los bárbaros bajo su mando y demás efectivos aglomerados en torno suyo» ¿Demás efectivos aglomerados en torno suyo? Como vemos, Zósimo resalta aquí la existencia de dos grupos entre las fuerzas que se alzaron con Alarico: «los bárbaros bajo su mando» y «los demás efectivos aglomerados en torno suyo». La luz se hace cuando, de nuevo, acudimos al texto griego original y constatamos que Zósimo utiliza para definir a ese otro grupo que se unió a Alarico la siguiente y precisa frase: σύγκλυδας ὄντας ἐξαγαγεῖν. [54] *Sínglidas* es un sustantivo y *sínglidas ontas eksagaguín* , esto es y como ya hemos citado en alfabeto griego σύγκλυδας ὄντας ἐξαγαγεῖν es una expresión muy perfilada y de larga tradición que se remonta a Platón y cuya traducción literal sería «grupo de gentes de diverso origen». ¿Qué tenemos aquí? Ya hemos señalado en multitud de ocasiones que lo que al final cuajó como visigodos no era sino un complejo conglomerado de gentes de muy dispar origen étnico que se convirtieron en seguidores de un caudillo, Alarico, quien los conformó en torno a un núcleo de prestigio: los «visi», que en mi opinión no serían sino la fracción de godos tervingios que constituían los seguidores de Alarico en el 391 y que a su vez no eran sino una división de los tervingios que siguieron a Alavivo y a Fritigerno en el 376 tras separarse de Atanarico. Pero ¿no es Alarico el yerno de Atanarico? ¿No es un baltingo? [55] ¿No es eso prueba de que pertenecía al grupo que quedó junto a Atanarico y que fue

recibido en Constantinopla en enero del 381 y asentado en el norte de Tracia? Sí y no. Cuando Claudio Claudiano, el poeta al servicio de Estilicón y testigo de los hechos, cantó la victoria de su señor sobre Alarico en el 402 en Pollentia, señala que los romanos tomaron el campamento de los visi y se apoderaron de su tesoro y que en ese tesoro se hallaba buena parte de lo que los godos habían tomado del campo de batalla de Adrianópolis. [56] Esta entrada de Claudiano se ve confirmada por otra del mismo autor en la que un anciano guerrero del pueblo de Alarico le recuerda cómo treinta años atrás, cuando Alarico era un niño, lo llevó sobre sus hombros y cruzó con él el Istro, el Danubio Inferior, y cómo le proporcionó sus primeras armas y le enseñó su manejo durante los años de batallas contra los romanos, [57] lo que situaría la infancia plena y la adolescencia de Alarico durante la guerra gótica comprendida entre el 377 y el 382, cuando Fritigerno y otros caudillos godos peleaban contra los romanos mientras Atanarico se mantenía en paz al norte del Danubio y solo entraba en territorio romano para congraciarse con Teodosio en Constantinopla en el 381. Por este motivo sería poco plausible situar a Alarico junto a Atanarico y mucho más lógico colocarlo junto a Fritigerno o junto a cualquier otro jefe godo de los que combatían a los romanos. Si Claudiano tiene razón, y debe de tenerla, pues tenía contacto directo con Estilicón y con sus generales y oficiales superiores, muchos de ellos godos y todos ellos buenos conocedores de su enemigo, Alarico, el núcleo de guerreros que originó a los visi peleó en Adrianópolis y de ser así, Alarico no estaba junto a Atanarico en el 378, cuando posiblemente era un adolescente de trece años, sino con Fritigerno.



Figura 28: En la necrópolis de Apahida (Cluj, Rumanía) se han excavado tres tumbas correspondientes a la aristocracia bárbara de la segunda mitad del siglo V. En la tumba 2 aparecieron un par de fíbulas en forma de águila y una hebilla de cinturón y una bolsa de accesorios. Museo Nacional de Historia de Rumanía, Bucarest.

¿Entonces? Lo cierto es que no tenemos ningún testimonio claro en las fuentes primarias sobre el origen de Alarico o sus primeros años. Lo que sabemos sin duda alguna es que aparece de súbito en el 392 al mando de una banda guerrera goda, los visi, y lo hace en abierta rebelión contra el Imperio. Eso parece situarlo más cerca de los belicosos seguidores de Fritigerno que de los de Atanarico, pero era del linaje de este último, el linaje de los jueces tervingios, de donde emanaba más prestigio y legitimidad. Por tanto, creo que Alarico buscó enlazar con ese

linaje y lo hizo mediante una alianza matrimonial, que es a lo que Jordanes se refiere cuando dice que Ataúlfo y Alarico eran parientes. [58] También lo dicen claramente otros, como Filostorgio, cuando afirman que Alarico era esposo de la hermana de Ataúlfo [59] y, por ende, yerno de Atanarico. Así que Alarico no sería un baltingo por nacimiento, sino por casamiento y adopción.

En conclusión, los visi, en origen, no serían sino el *gefolge* de Alarico y las familias y gentes que le debían obediencia por lazos de juramento y sangre. Ese sería el «núcleo de prestigio» en torno al cual «crecería» una nueva identidad goda: los visi que Alarico llevó a Italia y Ataúlfo a Galia e Hispania. Pero como acabamos de ver, a esos visi originales del 391-392 se sumaron en el 395 otras bandas tervingias y grupos de greutungos, alanos, bastarnos y hunos, entre otros. De ahí que Zósimo, que tomaba su información de una fuente contemporánea de los hechos, usara la precisa y esclarecedora expresión: σύγκλυδας ὄντας ἐξαγαγεῖν (grupo de gentes de diverso origen), para señalar su compleja formación étnica. [60]

Nuestra idea de pueblo no es la más adecuada para entender el proceso de etnogénesis que acabamos de mostrar. Téngase en cuenta que los grupos o bandas guerreras de federados eran a menudo designados y/o equiparados como unidades militares. Así, por ejemplo, Claudiano dirá al respecto de los greutungos asentados como federados en Asia Menor: «Los greutungos, antes legión romana, a los que dimos leyes tras haberlos vencido, a los que concedimos campos y casas [...]». [61] Lo mismo ocurriría sin duda con los visi de Alarico y con los demás grupos de muy dispar origen que se sumaron a él en la rebelión del 395. Dicho de otro modo: los visigodos surgieron del deseo de Alarico de convertirse en *magister militum* del Imperio romano. Tremenda paradoja e ironía suprema, pues el

pueblo surgido de la ambición de Alarico sería el que más contribuiría a la caída de Roma.

Muchos historiadores siguen haciendo una asociación directa entre tervingios y visigodos y entre greutungos y ostrogodos. Según estos historiadores, los gentilicios tervingios y visi serían dos formas diferentes de llamar a un mismo pueblo y ese pueblo no sería otro que el visigodo. Otro tanto ocurriría con greutungos y ostrogodos que serían dos formas distintas de nombrar al mismo pueblo godo. Sin embargo, los textos contemporáneos van en contra de esta asociación. Amiano Marcelino, por ejemplo, nunca habla de visi ni, por supuesto, de visigodos o de ostrogodos. De hecho los visi, que no los visigodos, no aparecen claramente en los textos hasta el año 395 en el que se lista con ese nombre, visi, a una unidad de los *auxilia palatina* , infantería de élite de los *comitatenses* , puesta bajo el mando del *magister militum in praesentis I* de la parte oriental del Imperio y ello a la par que se menciona a los tervingios, *teruingi* , como a una de las 17 unidades de *auxilia palatina* adscritas al *magister militum in praesentis II* de Oriente. [62]

Poco después, en enero del año 400, para Claudio Claudiano, poeta al servicio de Estilicón, a la sazón en pugna con Alarico, no hay duda de que el pueblo al que Estilicón derrotó en el 392 y al que de nuevo combatía desde el 395, el pueblo/ejército de Alarico, era el de los visi: *quis enim Visos in plaustra feroces reppulit* […], [63] nos dice Claudiano y hemos recalcado la fecha del 392 porque la batalla con los visi librada por Estilicón a la que su poeta está haciendo referencia en la frase anterior se libró en Tracia en el 392 y es justo en ese momento cuando por primera vez aparecen Alarico y su gente, los visi. Del texto: *quis enim Visos in plaustra feroces reppulit* , se deduce que Alarico contaba con seguidores armados, con guerreros, que lo seguían junto con sus familias amontonadas

con sus enseres y posesiones en carros tirados por bueyes. Eran de nuevo y en esa fecha, 392, emigrantes que circulaban por Tracia y Macedonia saqueando y combatiendo. Estilicón les obligó a regresar a sus asentamientos del norte de Macedonia y del sudoeste de Tracia y a volver a someterse a un pacto en el que de nuevo se comprometían con el emperador a proporcionarle tropas. Lo hicieron de inmediato. Es en ese momento, 392, cuando sin duda se creó el *auxilia palatina* de los visi que se puso bajo el mando del *magister militum in praesentis* y al que ya hemos aludido más arriba. Ese tuvo que ser el «primer pago» que Alarico tuvo que hacer tras su derrota. El segundo fue más gravoso y ya hemos hecho referencia a él, en mayo del 394 tuvo que acudir con sus guerreros al llamamiento general que Teodosio hizo a sus federados para encuadrarlos bajo el mando de Gainas. Fue entonces cuando Alarico recibió el mando sobre una parte considerable de los federados godos a cuya cabeza participó en el suicida ataque del 5 de septiembre del 394 a las posiciones fortificadas de las tropas romanas de Occidente. [64]

Creo que la diferencia entre los visi y los demás tervingios y godos se relacionó también con las crecientes disensiones internas que se fueron manifestando entre los federados godos desde el año 387 y que terminaron estallando en las revueltas de entre los años 388 y 391 y en el intento de sublevación encabezado por Eriulfo en el 391. Creo que Alarico, o bien fue uno de los caudillos que, instigados por los agentes del usurpador Máximo se alzaron en Macedonia en el 387-388, o bien era uno de los jefes que formaban parte del partido de Eriulfo y que el asesinato de este último desencadenó su alzamiento del 391-392. En cualquiera de los dos casos, quedaría claro que Alarico ya desde su primera juventud no se hallaba contento con su condición de federado.

Por su parte, los ostrogodos no aparecen con claridad en los textos hasta el 399. Lo hacen en un poema de Claudio Claudiano dirigido contra el eunuco Eutropio, sucesor de Rufino. Claudiano los menciona así: «La tierra Frigia es habitada por los ostrogodos y los greutungos mezclados». [65] Ahora bien, como se habrá advertido, se cita a ostrogodos y greutungos como dos pueblos distintos que ocupan un mismo asentamiento y no como dos formas distintas de denominar a un solo pueblo. Es decir, son dos pueblos claramente distinguibles, pero que se están mezclando.

Así que de los textos contemporáneos lo que se infiere es que los grupos godos estaban divididos en muchas agrupaciones tribales y que alguna de ellas, como los tervingios y greutungos, habían sido y seguían siendo muy reconocibles y destacables para los romanos que las conocían desde hacía más de un siglo, mientras que otras, como los visi y los ostrogodos, solo se habían hecho visibles para los romanos en la década del 390.

Ahora bien, creo que esos ostrogodos que en Frigia y hacia el 398-399 se estaban mezclando con los greutungos tuvieron su origen en los intentos de invasión de los años 383 y 387, cuando grandes masas de bárbaros se concentraron junto a la desembocadura del Danubio para forzar su paso. En esos intentos de invasión, los greutungos tuvieron el papel director, o al menos fueron el grupo «reconocible» para los romanos, pero junto a ellos había otros muchos grupos o tribus «de nombre desconocido». Ya sabemos que esos intentos fueron un completo fracaso que terminó con el exterminio y con el cautiverio y que los supervivientes fueron instalados en diversas partes del Imperio como federados. Pues bien, una parte considerable de ellos fue asentada en Asia Menor, de ahí que Claudiano diga: «La tierra Frigia es habitada por los ostrogodos y los greutungos mezclados». [66] Y ellos son los que se levantaron en armas contra el Imperio durante el desastroso gobierno del

eunuco Eutropio (395-399) y Claudiano, una vez más y si se le lee con atención, nos rebela su origen y condición: Los greutungos, antes legión romana, a los que dimos leyes tras haberlos vencido, a los que concedimos campos y casas, devastan ahora con fuego a los lidios y lo más fértil de Asia y si algo dejó atrás la primera invasión, y no es que estén confiados en su fuerza, ni en su número. Pero los incita la cobardía y la traición de nuestros generales, por cuya culpa nuestro ejército huye ante sus propios prisioneros, a los que sometió siendo testigo de ello el Danubio, y teme a una parte aquel que los rechazó a todos juntos. [67]

Queda, pues, claro: aquellos greutungos y ostrogodos asentados en Frigia como federados eran parte de los supervivientes de las desastrosas invasiones danubianas del 383 y el 387. Y digo parte, porque otra porción de ellos quedó asentada en Mesia y Tracia y una parte aún mayor quedó al norte del Danubio donde fue sometida por los hunos hacia el 395 o «impulsada» contra la frontera del Nórico y Panonia desde donde en el 405-406 pasaría a Italia encabezada por Radagaiso.

Como cierre a esta disertación sobre etnogénesis godas, añadiré que esos greutungos y ostrogodos que fueron asentados como federados en Asia Menor y que se alzaron contra el Imperio, terminaron por ser sometidos y, al igual que los visi de Alarico, fueron de nuevo tratados como *foederati* . Su proceso de mezcla y aculturación continuó y pasaron a ser denominados «godo-griegos» pues terminaron adoptando el griego como lengua. Si bien es cierto que siguieron siendo un pueblo claramente distinguible hasta bien entrado el siglo VIII, de entre sus filas llegó a salir un emperador: Apsimar (698-705). [68]

Aclarado el origen de los visi y su relación directa con Alarico y sus ambiciones, es hora de centrarnos en la rebelión de este último y en la forja de los visigodos sobre el yunque de Roma.

LA GUERRA DE ALARICO Y EL SAQUEO DE ROMA Al parecer Alarico era ya en el 394 uno de los cinco godos más poderosos del Imperio. Gainas y Fravita eran, sin duda, los que encabezaban la lista y ostentaban u ostentarían bien pronto, los títulos de *magister militum* , mientras que Alarico, Tribigildo y Saros ocupaban un segundo escalón como *comes* .

La rebelión de Alarico se inició en la primavera del 395 y, como vimos más arriba, pronto se extendió a otros grupos de federados asentados junto al suyo. Esto es, se amplió a los federados asentados en el norte de Macedonia y en las zonas colindantes de Tracia, pues por Claudio Claudiano sabemos que el grupo de Alarico tenía su asentamiento en el nordeste de Macedonia y por Zósimo que estaba asentado en Tracia, [69] lo que puede conjugarse como que su territorio se expandía por las tierras limítrofes de ambas provincias.

Pues bien, Alarico condujo a sus guerreros y a sus familias desde Tracia hacia Constantinopla, pero pronto fue consciente de que su amago de ataque a Constantinopla no iba a obtener resultado alguno. Así que desvió a su hueste hacia el oeste y penetró en Macedonia meridional y en Tesalia saqueándolo todo a su paso con inusitada ferocidad y sin hallar oposición. El devastador avance de Alarico se veía favorecido por dos factores de oportunidad: en primer lugar, porque Oriente seguía teniendo a buena parte de sus unidades *comitatenses* en Italia, junto a Estilicón y, en segundo lugar, porque la revuelta de Alarico coincidió con un aterrador ataque de los hunos que, tras cruzar los pasos caucásicos del Darial, se desparramaron sobre la Armenia romana, sobre Capadocia y Mesopotamia y, después de atravesar Siria, llegaron a inquietar incluso a Palestina. Así que Oriente no contaba con fuerza efectiva para poner coto a las correrías de Alarico y sus seguidores. [70]

Alarico lo sabía, de manera que se dirigió a las Termópilas, las cuales, en teoría, estaban bien defendidas desde los días de las invasiones del siglo III, pero que, ya por traición, como sugieren Zósimo y otras fuentes, ya por cobardía o descuido, los bárbaros las pudieron franquear. [71] Por fortuna, en ese momento Estilicón desembarcó en Grecia central al frente de un potente ejército de campaña compuesto por unidades *comitatenses* de Oriente y Occidente y Alarico se vio obligado a retroceder y enfrentar al peligro. Este fue derrotado y acorralado y, sin duda, hubiera sido aplastado por completo, si en ese momento no hubiese intervenido el ambicioso e intrigante Rufino.

En efecto, el prefecto del pretorio de Oriente veía en Estilicón a su principal enemigo. Desde la muerte de Teodosio, en febrero del 395, Estilicón aspiraba a regir los destinos de todo el Imperio, Oriente y Occidente, en nombre de sus parientes: Arcadio y Honorio. Afirmaba que esa era la última voluntad de Teodosio, así que Ambrosio de Milán y muchos otros, fuera por conveniencia política o porque realmente así lo creyeran, apoyaban su pretensión. Rufino, claro está, hacía todo lo que podía por obstaculizarla y en ese «juego» de política a corto plazo, el prefecto del pretorio no retrocedía ni ante la obligación de proteger a los ciudadanos y aniquilar a los rebeldes.

Por otro lado, Estilicón reclamaba y parecía estar haciéndola efectiva, la anexión a Occidente de las diócesis orientales de la prefectura del Ilírico: las provincias dacias y macedonias. Aquellas provincias eran fundamentales, desde el punto de vista militar, y hasta la elección de Teodosio como augusto en enero del 379 habían pertenecido a la administración occidental del Imperio y ahora, o eso aseguraba Estilicón, se trataba de cumplir la última voluntad de Teodosio y que volvieran al dominio de Occidente. Rufino utilizó la aparente anexión de

Iliria que llevó a cabo Estilicón para reforzar el recelo de Arcadio hacia el poderoso general de origen vándalo.

Por eso, cuando Estilicón tenía ya acorralado a Alarico y el rey y sus gentes parecían condenadas al exterminio, Rufino logró que Arcadio ordenara al general vándalo de forma terminante que evacuara Tesalia y que enviara de vuelta a Constantinopla a las unidades *comitatenses* de Oriente que hasta ese momento combatían junto a las de Occidente bajo su mando. Aunque resulte sorprendente, como recalca el genial Arther Ferrill, Estilicón obedeció y Alarico se salvó. [72] En efecto, el general vándalo obedeció de inmediato. Evacuó a sus tropas occidentales en dirección a Italia y despachó a las orientales hacia Constantinopla bajo el comando del *magister militum* Gainas, un poderoso señor de la guerra godo, y Alarico y sus seguidores pudieron huir hacia Épiro y continuar allí sus saqueos y matanzas. Y es que Estilicón ponía por encima de la necesidad militar la conveniencia política. Deseaba demostrar al augusto Arcadio que él, Estilicón, era su fiel servidor y que las maledicencias de Rufino no tenían base real alguna.

Además, guardaba una «sorpresa» para el prefecto del pretorio de Oriente: Gainas, el general godo al que Estilicón había confiado el mando sobre las unidades orientales que debían de regresar a Constantinopla y que había sido el hombre que había dirigido a los federados godos, alanos e íberos al suicida ataque del día 5 de septiembre del 394, tenía la secreta misión de cobrarse la cabeza de Rufino y supo conjugar esa orden con su propia ambición. Lo hizo en noviembre del 395 nada más presentarse ante Rufino y el emperador Arcadio. Ante los espantados ojos de este último, Gainas y sus hombres descuartizaron al intrigante prefecto del pretorio. Las distintas partes del mutilado cuerpo se exhibieron con sorna por las calles de la ciudad y uno de los godos al servicio de Gainas se paseó con la mano de Rufino pidiendo a los ciudadanos que

pusieran monedas en la palma para significar así la ambición desmedida del difunto propietario de aquel sangriento despojo. [73]

Pero Estilicón falló en sus cálculos. A Rufino le sustituyó en el favor imperial un hombre aún más peligroso: Eutropio, un eunuco de origen persoarmenio que pronto dirigió de nuevo la política de Arcadio contra Estilicón y sus pretensiones de tutelar también a Oriente. Para colmo de males, en el invierno del 395-396, aprovechando que el Danubio estaba congelado, los hunos lo pasaron a caballo y saquearon Mesia y Tracia a placer. [74]

Alarico, sin la presencia ya de tropas romanas, no dejó escapar la nueva oportunidad que la inestabilidad de Oriente y la ambición de Estilicón le ofrecían y en la primavera del 396 abandonó el agreste y pobre Épiro y bajó de nuevo a las fértiles llanuras de Tesalia, cruzó otra vez las Termópilas, devastó Beocia, destruyó el sagrado santuario de Eleusis, donde desde hacía más de mil años se celebraban los famosos «misterios» y se plantó ante las murallas de Atenas.

Pero Atenas estaba bien defendida. Sus grandes murallas, construidas, recuérdese, para hacer frente a los ataques de los godos y los hérulos en la segunda mitad del siglo III, eran formidables y Alarico tuvo que conformarse con saquear el puerto, El Pireo, y con hacerse pagar un tributo a cambio de dejar a la ciudad en paz. Se cuenta que, una vez acordado el pago de su retirada con los atenienses, Alarico entró en la ciudad de Atenas y banqueteó con los notables de la ciudad que le mostraron las maravillosas construcciones y esculturas de la Acrópolis. También se cuenta, lo hace el pagano Zósimo con exultante regocijo, que Alarico no fue de verdad detenido por las potentes murallas, ni por el oro que le entregaron los atenienses para que se retirara, sino por la mismísima Atenea

Promacos que, escoltada por Aquiles, sembró el terror entre Alarico y sus guerreros.

Desde Atenas, Alarico dirigió a sus huestes y seguidores hacia el Peloponeso. Fue un festín para el saqueo y la matanza. Mégara, Corinto, Argos, Esparta, todas las ciudades fueron cayendo una tras otra y miles de personas fueron asesinadas o esclavizadas. La situación era desesperada y la inacción del gobierno de Oriente, ahora en manos del eunuco Eutropio, alentó a Estilicón a llevar a cabo una «segunda intervención» en Oriente. Desembarcó esta vez cerca del istmo de Corinto y bloqueó a Alarico en el Peloponeso. Luego avanzó hacia las huestes bárbaras y las derrotó y, una vez más y como en el 395, demostró su pericia táctica cercándolas en las montañas de Fóloe que se extienden entre la Élide y Arcadia.

Alarico, cargado con un inmenso botín y con docenas de miles de mujeres, niños, ancianos y cautivos, se veía en situación desesperada. El hambre comenzó a hacerse sentir y la disentería comenzó a diezmar a sus tropas. Seis años más tarde, Claudio Claudiano, en su *Guerra contra los getas* , haría que un anciano guerrero godo recordara a Alarico las matanzas sufridas por su pueblo por mor de los soldados de Estilicón: «Tú mismo sabes cuán apretados amontonó los huesos en las piras por la tierra de Arcadia, con cuanta abundancia de sangre calentó los ríos de Grecia». [75]

Pero de nuevo la intervención del gobierno de Oriente, más preocupado por el ascendiente que tendría un Estilicón victorioso que por eliminar el peligro que Alarico y sus gentes representaban, salvó a los visigodos. Estilicón recibió orden del augusto Arcadio de que saliera con sus tropas de Grecia y aunque algunos informes señalan que lo que en verdad pasó fue que el supremo *magister militum* de Occidente no supo controlar a sus tropas y que estas, distraídas por el saqueo, dejaron huir a los bárbaros, lo cierto es que no solo no hay

prueba de ello, sino que lo que evidenciaron esas tropas en los años que siguieron fue su disciplina y fidelidad a Estilicón y lo que evidenció Eutropio y con él la política de Oriente es que preferían tener a Alarico cerca y devastando provincias que a Estilicón controlando la situación.

Además, Estilicón tenía sus propios problemas. Gildón, un rebelde africano, instigado por Eutropio, se alzaba contra el gobierno de Occidente y ofrecía ponerse bajo la autoridad de Oriente. Así que Estilicón volvió a Italia y se centró en aplastar la sublevación africana y en poner orden en las fronteras de Britania y Germania.

Alarico había logrado escapar de nuevo. Ya fuera por la indisciplina de las tropas de Estilicón o por las intrigas de Eutropio, se había zafado del cerco y salido con bien de aquella peloponésica ratonera pasando a Acarnania y Épiro y de allí a Iliria. Entonces tuvo lo que siempre había ansiado. El eunuco le ofreció la magistratura militar que tanto ansiaba y le nombró *magister militum per Illyricum* . Iliria era una región en disputa, ya lo hemos visto, y nombrando a Alarico *magister militum per Illyricum* se le alejaba de Grecia y de Tracia y se le colocaba, a modo de estratégico colchón, entre Oriente y las ambiciones políticas de Estilicón.

Alarico debía de estar exultante. No solo pasaba a desempeñar una alta magistratura militar, sino que además ello implicaba contar con los recursos necesarios para abastecer, armar y asentar a sus tropas y pueblo. Las *fabricae* romanas de Iliria podrían ahora armar a sus hombres y los pagos en especie y en dinero de las provincias puestas bajo su jurisdicción llenarían los estómagos y bolsas de sus seguidores. Estos, además, pudieron instalarse, a modo de guarniciones, en la Dacia Ripensis, Dardania y Macedonia. Era el año 397 y el sueño de Alarico parecía haberse cumplido. Una muestra de hasta qué punto godos y romanos eran conscientes de que

nombrar a Alarico *magister militum per Illyricum* representaba poner en sus manos los mecanismos y medios para convertir a sus seguidores en un formidable ejército excelentemente armado y abastecido que, en consecuencia, cobraba una nueva dimensión y capacidad bélicas, nos la dan estos versos que Claudio Claudiano pone en boca de Alarico: ¿Qué me queda sino Roma? Nuestro pueblo destacaba en fuerza incluso entonces, cuando no contaba con las armas de nadie. Pero ahora, desde que me fueron concedidos los poderes sobre el Ilírico y me hicieron su jefe, con el sudor de los tracios me procuré tantos dardos, tantas espadas, tantos cascos [...] Y con órdenes legítimas obligué a las ciudades romanas a destinar un tributo de hierro a mis necesidades. [76]

Poco le duraría la satisfacción. Eutropio podía haber triunfado sobre Estilicón por el momento y haber logrado una solución al problema godo encarnado por Alarico y sus gentes, pero tenía enemigos poderosos muy cerca de él. El más formidable de ellos era Gainas, el *magister militum* de origen godo que había eliminado a Rufino y que no soportaba verse frenado en sus ambiciones por aquel eunuco. La oportunidad para deshacerse de él le llegó en el 399. Quizá instigada por él mismo, estalló una rebelión entre los greutungos y ostrogodos instalados en Asia Menor de los que ya hablamos más arriba. Su jefe era el *comes* Tribigildo y condujo a sus hombres y a sus familias a una vorágine de saqueos y pillaje que ensangrentó Frigia, Lidia, Jonia, Licia y Panfilia. Gainas, enviado para aplastar la revuelta, se puso en connivencia con ella y pronto planteó que o se cobraba la cabeza de Eutropio o la rebelión crecería sin control. El eunuco, en septiembre del 399, cayó y fue exiliado a Chipre, aunque al poco fue mandado ejecutar y Gainas pudo sentir que al fin él sería en Oriente lo que Estilicón era en Occidente. Craso error. El partido antigermano, llamémoslo así, era muy fuerte en Constantinopla

y Gainas y sus godos no eran muy populares. En el año 400, como sin duda se recordará, estalló una revuelta popular en Constantinopla propiciada por el nuevo prefecto del pretorio. En consecuencia, miles de godos fueron asesinados en las calles de la capital y el emperador llamó a un viejo guerrero, Fravita, siempre leal al Imperio, para que tomara el mando del ejército y enfrentara a Tribigildo y Gainas.

Paradójicamente y como se recordará sin duda, Fravita también era godo y, además, pagano. Pero pagano y godo como era, se mostró hábil y fiel al gobierno imperial y derrotó a Gainas. Este, por su parte, condujo a sus derrotados guerreros hacia el norte con la pretensión de buscar refugio y nuevas fuerzas al otro lado de la frontera. Y, entonces, encontró la muerte. El 23 de diciembre del año 400, Uldino, un poderoso jefe huno, lo derrotó y envió su cabeza conservada en vinagre a Arcadio. [77]

Con la cabeza de Gainas, Oriente recuperó la estabilidad. El gobierno comenzó a hacerse cargo de la situación y el ejército impuso el orden en las provincias. El fiel Fravita recibió el consulado y todos los honores que pudiera soñar y Alarico, que había logrado su mando militar en Iliria gracias a Eutropio, se vio desplazado y en el más absoluto «vacío político». Oriente se lo negaba ahora todo. La región que en realidad controlaba Alarico, Macedonia, Dacia Ripensis, Dardania y parte de Épiro, estaba agotada tras años de guerra y sin el apoyo del aparato administrativo romano, el único capaz de hacer funcionar el complejo mecanismo de la recaudación de impuestos y el transporte y distribución de abastecimientos, el hambre volvía a amenazar a su pueblo. Así que miró a Occidente y se puso en marcha hacia allí en la primavera del 401.

El momento era propicio, Estilicón no esperaba ese movimiento y se hallaba en la frontera de Retia tratando de detener a una coalición bárbara integrada por suevos, vándalos

y alanos, la misma que, con toda probabilidad, cinco años más tarde, cruzaría el Rin helado y la misma también que en octubre del 409, pasó los Pirineos e invadió Hispania. En aquel momento, suevos, vándalos y alanos, sumándose a tribus locales como los vindélicos y los jutungos, trataban de abrirse camino a través de una ancha franja del *limes* que iba desde Vindelicia al Nórico, lo que da muestra del número y poderío de los atacantes. Estilicón estaba combatiéndolos con lo mejor que tenía [78] y, claro está, el norte de Italia quedó desguarnecido. Así que Alarico avanzó por las Panonias y penetró en Italia por los Alpes julianos, un camino que los godos a sus órdenes, como señala Claudiano, conocían bien por haberlo hecho con los ejércitos de Teodosio durante las guerras civiles del 388 y el 394. [79] Pudo así entrar en Italia en octubre sin casi oposición, aplastar en noviembre a un ejército romano apresuradamente enviado a detenerlo en el río Timaro, y plantarse ante las murallas de Mediolanum a mediados de noviembre del 401.

Mediolanum era en ese entonces la capital efectiva de Occidente. Contaba con sus buenos 300 000 habitantes y en ella residía la corte. Una corte asustada. Estilicón aún estaba junto al Danubio Superior y con él estaban las mejores tropas del Occidente romano enredadas en una difícil lucha mientras que Alarico y sus «visi» se desparramaban por la llanura padana saqueando a placer. Aquilea, la importante ciudad y puerto del norte del Adriático, había sido saqueada en octubre y en Roma se apresuraron a reparar los muros aurelianos.

Italia hervía en malos presagios y la corte de Honorio estaba paralizada. Se aconsejó al emperador huir a Arelate (Arlés), y así ponerse a salvo interponiendo los Alpes y el Ródano entre él y los godos. Pero no tenía sentido aquel consejo y es probable que se debiera más a la imaginación de los poetas e historiadores antiguos que a la realidad ¿Cómo iban a trasladar la corte a Arelate sin un ejército que la custodiara teniendo a los bárbaros

al acecho? ¿Cómo cruzarían los Alpes en pleno invierno? No, Honorio sabía que su mejor opción era quedarse detrás de las murallas de Mediolanum, y si no lo sabía, ya se ocupó Estilicón de contárselo. [80]



Figura 29: Los muros aurelianos de Roma fueron erigidos entre el 270 y el 273 por el emperador Aureliano (*reg* . 270-275) en el contexto de la crisis del siglo III, con el Imperio sumido en guerras civiles e incursiones bárbaras. Los muros fueron elevados por Majencio (*reg* . 306-312) hasta los 15 m de altura, y se les dotó de una galería con aspilleras. Es, en ese momento, cuando la antes modesta Porta Asinaria, que aquí mostramos, se monumentaliza con los dos grandes bastiones semicirculares que todavía se conservan. A la derecha de la fotografía se puede observar parte de la torre cuadrada de los muros originales, anexa al bastión semicircular. Se aprecian

también las troneras desde las que se dispararían las *ballistae* contra los atacantes.

Estilicón mantuvo la mente clara. Despachó correos a Mediolanum en los que ordenaba a la guarnición que permaneciera tras los muros y envió también mensajeros a las mejores unidades *comitatenses* de Occidente y a algunas de las mejores legiones *limitanei* para que se reunieran con él. Cuatro de estas últimas comenzaron de inmediato su larga marcha hacia Italia: la VI Victrix acantonada en Eburacum (York), Britania, la Legio III Italica asentada en Castra Regina (Ratisbona), Retia, la I Minervia de guarnición en Bonna (Bon) y la XXII Primigeneia con base en Mogontiacum (Maguncia). [81] Las cuatro legiones *limitanei* que se acaban de nombrar eran auténticas unidades de élite con un historial impecable de combate en las fronteras más duras del Imperio y al llegar la primavera del 402 ya estaban junto a Estilicón que, además, había logrado el apoyo de Saúl, el *rex* alano que ya había servido como federado en la batalla del Frígido en el 394 y que deseaba lavar con sangre de los visi la fama de cobarde que había obtenido en aquella infausta jornada. [82] Estilicón logró también reclutar auxiliares vindelicios, jutungos y vándalos y con todos ellos, amén de con las citadas cuatro legiones *limitanei* , los alanos de Saúl y numerosas unidades *comitatenses* del Ejército de Campaña de Italia, contaba con una formidable fuerza [83] que debía de rondar los 20 000 soldados a los que se sumarían no menos de 8000 auxiliares, la mayoría de ellos alanos.



El *comes et magister utriusque militiae* de Occidente se movió como un rayo pese a tener los cabellos blancos. Alarico había concentrado el grueso de su fuerza en torno a Mediolanum y parece que no fue capaz de prever los movimientos de su enemigo, pues este pudo aproximarse y sorprender al rey de los visi rompiendo las líneas de su cerco a Mediolanum a la cabeza de una tropa escogida con la que penetró en la ciudad cercada reforzando su guarnición y colocando a Alarico en una difícil posición táctica: entre una ciudad ahora fuertemente defendida y un ejército que se le echaba encima. [84]

Alarico reaccionó de inmediato, reunió a sus guerreros y puso en marcha a su pueblo. Las quizá 4000 carretas de los visi y sus 30 000 guerreros y 120 000 civiles marcharon entonces a toda prisa hacia los Alpes marítimos con el aparente deseo de trasponerlos y pasar a las Galias.

No lo lograron. Estilicón, de nuevo a la cabeza de todo su ejército, los alcanzó el 6 de abril del 402, en los Alpes cotios, junto al río Urbe (actual Orba), afluente del Tanarus (actual Tanaro), en las proximidades de la ciudad de Pollentia, a unos 16 km de la actual Pollenzo, en el Piamonte, y los obligó a

detenerse. Alarico logró situarse sobre una colina y fortificar en lo posible su campamento de carros.

El general vándalo trató de aplazar la batalla con el argumento de que era domingo y Pascua de Resurrección y que no se debía combatir en fecha tan sagrada. Parece ser que Alarico pensaba lo mismo, pero no así los alanos del rey Saúl. Ya hemos mencionado que este ya había combatido junto a Alarico en la batalla del Frígido y que, al contrario que el visi, el alano había huido del campo de batalla. Puede que Alarico se burlara de Saúl y que el alano se la tuviera jurada o puede que este último simplemente quisiera demostrarle a Estilicón que era un federado fiable; en cualquier caso, el rey alano cargó con heroica furia contra las cerradas y profundas líneas de guerreros dispuestas por Alarico en torno a su campamento de marcha. La carga de los caballeros alanos fue formidable y Claudiano la cantó con emoción. El pequeño Saúl, del que Claudiano dice que era de «pequeños miembros», peleó como un león y sus jinetes quebraron las filas de los visi, pero Alarico logró rehacerlas, lo que provocó que los alanos perdieran empuje cuando su rey cayó muerto con un sinfín de heridas y se vieran obligados a retroceder en desorden perseguidos por los guerreros de Alarico que amenazaban ahora con romper la línea romana. No obstante, Estilicón acudió en auxilio de los alanos con la infantería legionaria y con sus mejores tropas *comitatenses* de caballería y logró estabilizar el frente y luego, palmo a palmo, hacer retroceder a los godos colina arriba hasta sus carros. Para ese entonces la caballería romana y los jinetes alanos lograron lanzar una nueva carga y las filas godas se quebraron. Los soldados romanos penetraron en el campamento de Alarico recogiendo en él una espantosa cosecha roja y apoderándose de la mayor parte del botín que los godos habían acumulado en Italia y hasta, según se dice, de tesoros y trofeos tomados por los godos a los romanos en la batalla de

Adrianópolis. Claudio Claudiano lo cantó así pocos meses después: Nuestros soldados, ansiosos por apurar la sangre odiosa, pasan por encima de variadas vestimentas, carros cargados de oro y por montones de plata y, ávidos de matanza, pisotean las desdeñadas riquezas. La sangre era más valiosa que el oro. Por todas partes la cólera enloquecida, pródiga del despreciable botín, sacia su odio con las espadas desenvainadas. [85]

Hay autores que señalan que Alarico logró huir a causa de la codicia de los soldados romanos que se entretuvieron con el botín y dejaron escapar a una considerable parte de los guerreros y familias de los visi pero, como acabamos de mostrar con los citados versos de Claudiano, no fue el ansia de botín, sino la de sangre, lo que rompió la disciplina romana. Puede que Alarico lograra huir del campo de batalla, pero otros, miles de ellos, no tuvieron esa suerte y fueron hechos cautivos; entre ellos se encontraban la mujer y los hijos de Alarico. [86]

Estilicón, había vencido, por tercera vez, a Alarico. Ahora, el rey de los visi se retiraba a toda prisa hacia el sur, hacia Etruria, acosado por las tropas romanas que le infligían de continuo fuertes castigos. Ya en la región fronteriza entre Etruria y Umbría, Alarico envió emisarios a Estilicón y solicitó que le devolviera a su mujer y sus hijos a cambio de evacuar Italia de forma pacífica y volver a Iliria. Alarico no estaba en situación de pedir mucho, pues había perdido miles de guerreros en Pollentia y las enfermedades y el hambre se cebaban en su acorralado pueblo. Pero el *magister militum* de Occidente le creyó, se mostró clemente y devolvió al rey de los visi su familia, permitiéndole libre paso desde Umbría a la llanura padana. Era el mes de julio del 402 y conforme las gentes de Alarico se vieron libres de la presión romana y en aquel país inmensamente rico, se olvidaron de su pacto con los romanos.

Alarico también se olvidó y a la cabeza de su hueste ocupó Verona.

Se equivocaba. Estilicón no tardó en acudir y sitiarlo a finales de julio. Alarico no podía permitirse un asedio, no estaba preparado para ello, así que a primeros de agosto del año 402 optó por hacer una salida general. Fue derrotado o al menos no logró dispersar a sus enemigos, pero estos tampoco lograron retenerlo y el rey consiguió abrirse paso con buena parte de los guerreros que le quedaban. [87]

Derrotado, mermado su pueblo, pero no destruido, Alarico puso rumbo a los Alpes dináricos y los cruzó para llevar a los restos de su pueblo al Nórico y Panonia por el valle del río Savus. Luego, tras reordenar a su gente, regresó a sus viejos asentamientos del norte de Macedonia, Dardania y Dacia Ripensis. Los visi estaban tan deshechos que pasarían cuatro años lamiéndose las heridas y es probable que combatiendo contra un formidable rival: Radagaiso, el cual amenazaba la jefatura de Alarico desde el otro lado del Danubio o así al menos lo recogió san Isidoro que nos cuenta que Alarico y Radagaiso se disputaron con saña y grandes matanzas la jefatura de los godos. [88]

La primera invasión de Italia llevada a cabo por Alarico fue un desastre para su pueblo, mientras que la gloria y fama de Estilicón alcanzaron su cénit. Fue, sin duda, un momento crítico para el pueblo de Alarico. Habían sufrido muchas pérdidas y de nuevo se hallaban en una tierra dura, que ya habían esquilmado durante años y en la que, además, no contaban con el apoyo de las autoridades romanas. El prestigio guerrero de Alarico, su «activo» más importante como rey, debía de estar muy bajo. Cierto era que había logrado zafarse de los romanos, pero cierto era también que Estilicón le había infligido dos nuevas derrotas y que ahora, en Iliria de nuevo, se

hallaba entre dos Imperios que no estaban dispuestos a darle nada.

Además, otros pueblos bárbaros se estaban moviendo. Los hunos se desplazaban hacia el oeste. En el año 395 su horda principal aún estaba en las llanuras norcaucásicas, entre el Don y el Volga, pero al llegar el año 400 su núcleo principal ya estaba instalándose en las llanuras de Bărăgan, en el Bajo Danubio y en el 410 la mayoría del pueblo huno se hallaba ya sólidamente instalado en la llanura Panónica, en la actual Hungría. Este desplazamiento de los hunos hacia Occidente provocó que los pueblos godos, vándalos, alanos, etc., que aún permanecían al norte del Danubio hacia el 395 y que tan activos habían sido en la década del 380 en sus desesperados intentos por cruzar la frontera e instalarse en suelo romano, se dirigieran hacia el oeste. Sin duda, el grupo más heterogéneo y numeroso fue el que encabezó Radagaiso.

Este parece haber sido godo y haber aglutinado a varias tribus godas junto a otros pueblos de muy diverso origen. En el año 406, invadió Italia a la cabeza de una formidable masa de pueblos entre los que había muchos godos, de los que las fuentes dicen que había entre 200 000, según Orosio y san Isidoro, y 400 000, según Zósimo. Por su parte, san Agustín, parece corroborar a Orosio cuando afirma que los seguidores de Radagaiso sufrieron más de 100 000 bajas en la batalla de Faesulae (Fiesole), mientras que Olimpiodoro nos dice que, tras su derrota y pese a vender a miles como esclavos, Estilicón aún pudo alistar a 12 000 de los más nobles guerreros de Radagaiso. Esta última cifra invita a pensar en que, como mínimo, Radagaiso contó con 20 000 guerreros y con unos 100 000 seguidores, por lo que la cifra de 200 000 que proporciona Orosio no es en modo alguna descabellada, sino tan solo y quizá, algo exagerada. [89]

Roger Collins afirma que los pueblos bárbaros que invadieron el Imperio en estos años tenían una población que oscilaba entre las 10 000 y las 30 000 personas, de lo que se inferiría que los guerreros con que contaban sumarían de 2500 a 7000. Collins reconoce, eso sí, que su estimación no tiene soporte en las fuentes, tampoco en la lógica militar. Pensar que un Imperio como el romano se tambalearía como lo hizo ante el ataque de 7000 guerreros es rozar el disparate y el argumento de que una masa de 100 000 o 200 000 personas no podría sobrevivir en territorio romano como fuerza invasora es, en el mejor de los casos, ingenioso. La realidad es que Collins no evalúa correctamente lo que un ejército puede llegar a saquear y requisar en unas tierras y en unas ciudades prósperas y bien organizadas pero indefensas. [90]

La confederación de pueblos que encabezaban Radagaiso y sus godos debía de constituir una fuerza muy heterogénea agrupada en torno a tres grandes grupos, pues la *Crónica gala* , escueta pero bien informada, dice que la gran horda bárbara estaba dividida en tres grupos. [91] Por su parte, Peter Heather, que recoge el dato proporcionado por Olimpiodoro de que, tras la derrota de Radagaiso, 12 000 de sus hombres fueron incorporados al ejército romano y ello tras saturar los mercados de Italia con la venta de miles de cautivos apresados de entre las filas de la debelada horda, evalúa las fuerzas de Radagaiso en algo más de 20 000 guerreros y el número de sus seguidores en unos 100 000, [92] cifra que me parece razonable y que yo haría ascender a 30 000 guerreros y 150 000 personas en total. Radagaiso se precipitó sobre el norte de Italia entrando en ella por Aquilea y tras devastar durante medio año la llanura padana, pasó a Etruria y puso sitio a Florentia (la actual Florencia).

Una vez más, Estilicón se tuvo que poner a reunir fuerzas antes de avanzar sobre los bárbaros. Sin duda de nuevo retiró

muchas unidades de la frontera renana y de Retia y al fin logró reunir una fuerza imponente. Zósimo la evalúa en 30 *numeri* , [93] esto es, en 30 unidades de 500 hombres de lo que resultaría un ejército de 15 000 hombres. Pero sabemos a ciencia cierta que Estilicón contaba con al menos 4 legiones entre las filas de su ejército y eso nos invita a pensar que la noticia de Zósimo de que el ejército de Estilicón estaba compuesto por 30 *numeri* es una generalización y que esas 30 unidades incluían *numeri* , *vexillationes* , *auxilia* y cohortes, todas ellas unidades de unos 500 hombres, pero también legiones y que el número total de efectivos con que contó Estilicón rondaría los 20 000 soldados a los que además unió numerosos federados y mercenarios alanos y hunos capitaneados por Saros y Uldino, por lo que la cifra total de sus efectivos rondaría los 30 000. Con todo ello, obligó a Radagaiso a levantar el sitio de Florentia y lo acorraló en Faesulae, donde aplastó a los bárbaros el 23 de agosto del 406. Italia, una vez más, parecía a salvo.

Tan solo lo parecía. Estilicón cometió entonces su gran error. Podía ser un general de genio, pero como político demostró siempre ser inoportunamente deplorable. Y es que, tras su gran triunfo sobre Radagaiso, Estilicón se lanzó a finales del 406 a un peligroso juego: exigió de nuevo a Oriente que se le reintegrara a Occidente el control administrativo sobre las diócesis de Dacia y Macedonia, esto es, sobre lo que hasta el 378 había sido la parte oriental de la prefectura del Ilírico y que en el año 379 Graciano había entregado a Teodosio para que pudiera enfrentar con mejor efectividad la crisis goda. ¿Por qué de nuevo esa exigencia? En los años 395 y 397 Estilicón había intervenido en Oriente con la clara pretensión de tutelar a Arcadio y desempeñar ahí el papel que ya tenía en Occidente, pero ahora sus demandas eran concretas y limitadas: que se le entregaran unas provincias del Ilírico oriental. Algunos autores han sugerido que, ante la crisis que en Britania y la frontera

renana se estaba preparando en el 406, Estilicón necesitaba con urgencia recuperar el control efectivo sobre unas provincias que, desde siempre habían sido y siguieron siendo, un semillero de reclutas para el ejército romano. Ahora bien, como apuntó Peter Heather, los reclutas no se transforman en soldados de un día para otro [94] y los problemas surgidos en la frontera renana, que daba ya claras muestras de que iba a venirse abajo de un momento a otro, y en Britania, en donde se había desencadenado un levantamiento militar, no aconsejaban esperar mucho. Además, y esto lo señalo yo, Estilicón se acababa de hacer con 12 000 nuevos soldados: los guerreros supervivientes de Radagaiso que en septiembre del 406 decidió incorporar a sus filas y no vender como esclavos. Es cierto que, sin duda, necesitaba más. En abril del 406 se había emitido una desesperada orden de leva para su ejército y era indudable que las batallas contra Alarico y Radagaiso habían ocasionado muchas bajas. Pero no creo que los motivos de Estilicón para reclamar el control de las diócesis de Dacia y Macedonia fueran provocados por una urgencia de reclutar soldados nativos, sino que creo que Heather tuvo razón al señalar la solución a la cuestión de por qué Estilicón reclamó de nuevo y con violencia la administración del Ilírico oriental: era en territorios de las diócesis de Dacia y Macedonia en donde estaban los visi de Alarico y era con él, con Alarico, con quien Estilicón quería pactar a finales del 406 y para establecer ese pacto tenía que otorgar a Alarico lo que este deseaba y que ya había tenido en el año 397 gracias a Eutropio: ser nombrado *magister militum per Illyricum* y, por ende, volver a tener acceso al aprovisionamiento regular de armas y víveres para sus guerreros y seguidores que ello implicaba, amén de la «seguridad jurídica» y real que le sería de nuevo otorgada.

Ahora bien, el problema era donde asentar a los visi de Alarico, pues Estilicón no los quería cerca de Italia, en las

Panonias o el Nórico, y por supuesto, tampoco contaba con asentarlos en las Galias y nombrar a Alarico *magister militum per Gallias* , sino que lo que quería, lo que le convenía, era que los godos de Alarico siguieran donde estaban: en las provincias dacias y macedonias. Para ello necesitaba hacerse con su control efectivo y así volver a nombrar a Alarico *magister militum per Illyricum* . A cambio, Alarico apoyaría a Estilicón en la crisis que amenazaba con estallar en el Rin y con el levantamiento militar en Britania.

Así que Estilicón simplemente quería seguir el ejemplo de su antiguo señor, Teodosio, y usar la fuerza militar de los godos para imponer su hegemonía y asegurar su dominio. No era mal plan en principio. Pero ya se sabe que todos los buenos planes salen mal y Estilicón no supo reaccionar y corregir a tiempo.

Al cabo, Estilicón fracasó porque el Rin se derrumbó antes de lo que él esperaba, porque el usurpador britano, Constantino III, no se conformó con dominar Britania sino que pasó a las Galias y porque Alarico se cansó de esperar y se acercó peligrosamente a Italia.

Y es que, en la noche del 31 de diciembre, la Nochevieja más bárbara de todos los tiempos, una coalición de alanos, vándalos silingos, vándalos asdingos y suevos cruzó el congelado Rin y comenzó el saqueo de la prefectura de las Galias. De súbito, Estilicón perdió el control efectivo sobre buena parte de las Galias y sus planes para obligar a Oriente a entregarle las diócesis de Dacia y Macedonia y colocarlas legalmente bajo la autoridad militar de su nuevo aliado y *magister militum per Illyricum* , Alarico, se fueron al traste.

Alarico estaba de acuerdo con Estilicón. Se movió al norte de Épiro y esperaba allí que su nuevo jefe y aliado llegara con tropas de Italia para iniciar la campaña que obligaría a Oriente a aceptar las reclamaciones de Occidente, cuando le llegaron

noticias de que Estilicón no podría comenzar su proyectada campaña en los Balcanes. Y es que Estilicón se veía desbordado por la magnitud de los acontecimientos. En la primavera del 407, Constantino III, el nuevo usurpador britano, desembarcó en Galia y logró que las unidades militares que habían sobrevivido a la avalancha bárbara sobre el Rin se pusieran bajo su mando. Las élites senatoriales galas hicieron otro tanto y pronto Constantino III tomó el control de toda la prefectura y restauró el *limes* renano demostrando ser un emperador más efectivo que Honorio. [95]

Estilicón, de súbito, había perdido el control sobre buena parte de Occidente. No fue lo único que perdió. Honorio, el yerno y emperador de Estilicón comenzó a dar pie a los oponentes de su suegro en la corte. Podía aducir motivos de intranquilidad para ello. Al fin y al cabo, lo único que Estilicón había hecho para frenar al usurpador Constantino III había sido enviar a uno de sus generales, Saros, un godo, al frente de un puñado de tropas auxiliares alanas y godas que no pudieron hacer nada para frenar al britano. Obstinadamente, Estilicón seguía pensando que lo prioritario era obligar a Oriente a cederle las provincias dacias y macedonias y sancionar así su acuerdo con Alarico y esa obcecación de Estilicón estaba haciendo tambalear su, hasta ese momento, indiscutible posición de poder. Y es que Alarico, que llevaba un año largo en el norte de Épiro, una zona poco agradable para un pueblo hambriento, pues las montañas son ásperas y los valles poco productivos, se impacientaba y exigía que se le pagara por su alianza. Al fin y al cabo, no era culpa suya que Estilicón no acudiera a poner en marcha su acordada campaña contra Oriente. Así que pidió en pago 4000 libras de oro, el equivalente, aproximadamente, a 1300 kg de oro, para hacer frente al pago de sus guerreros y de los abastecimientos que necesitaban para seguir «a las órdenes» de Estilicón. Pero este,

con las Galias y Britania en poder de Constantino III e Hispania a punto de perderse, no podía pagar sin el apoyo explícito del emperador y de la élite senatorial itálica y tanto el emperador como los senadores italianos estaban distanciándose de Estilicón. El nuevo hombre fuerte era Olimpio, el cual susurraba a Honorio que su suegro ambicionaba el trono.

Alarico, por su parte, no estaba dispuesto a seguir esperando eternamente y movió a su pueblo/ejército hacia el norte, hacia el Nórico, para desde allí dar fuerza a sus reclamaciones con la explícita amenaza de invadir Italia. Es ahora, como ya sugirió Peter Heather, cuando Ataúlfo fue enviado a Panonia por Alarico al frente de un contingente de godos y hunos a guardar el flanco del avance de los visi.

El movimiento de Alarico hacia el Nórico socavó aún más la posición de Estilicón. Honorio y el Senado exigieron que Alarico fuera destruido y Estilicón se opuso. Era sensato, desde el punto de vista militar, que lo hiciera. Pero desde el político daba armas a sus enemigos. En efecto, Estilicón sabía que Occidente, con el usurpador Constantino III controlando las Galias y Britania y abriéndose paso en Hispania, no contaba con recursos como para enfrentarse además a Alarico. Pero su negativa podía interpretarse también de otra manera y así lo hicieron sus enemigos: Estilicón tenía una alianza secreta con Alarico. ¿Acaso no era él también un medio bárbaro?

Aun así, Estilicón se impuso. Acudió al Senado de Roma y logró que se votara la asignación del oro exigido por Alarico. Pero como prueba de cuánto dolía aquello a los senadores, al final del debate un senador de nombre Lampadio gritó: *Non est ista pax, set pactio servitutis* , es decir, «Esto no es paz, sino un pacto de servidumbre». [96]

Pero el oro se pagó y Alarico renovó su pacto con Estilicón. Este quería enviarlo a Galia a combatir a Constantino III y

comenzó a reunir tropas romanas en Ticinum (la actual Pavía), para que se sumaran a la proyectada expedición. Entonces, en mayo del 408, llegaron noticias de que Arcadio había muerto en Oriente y que su hijo de siete años, Teodosio II, era el nuevo augusto de Oriente. De nuevo se le «nubló la vista» a Estilicón. Primero discutió con Honorio acerca de la conveniencia o no de que Honorio se desplazara a Oriente a reclamar la tutela de su sobrino, algo que este quería hacer y luego trató de convencerlo de que debía de ser él, Estilicón, quien se desplazara a Oriente al frente de un ejército para asegurar la regencia de Teodosio II. Esta pretensión de nuevo retrataba al generalísimo y descuidaba aún más la amenaza que suponía Constantino III, el cual, paso a paso, no solo se había ido apoderando de toda la prefectura de las Galias, sino que estaba consolidando su propia dinastía con el nombramiento de su hijo como augusto.



Figura 30: Sólido del emperador Honorio, acuñado en Constantinopla alrededor del 402-403. En el reverso, busto del emperador galeado y con diadema de perlas, sosteniendo una lanza y un escudo, y leyenda D N HONORIVS P F AVG. En el reverso, una personificación de la ciudad de Constantinopla sedente, sujetando un cetro y una Victoria sobre un globo, y posando su pie derecho sobre la proa de un navío.

Honorio, ya bastante alarmado por las insidias de Olimpio contra Estilicón y consciente de que su *comes et magister utriusque militiae* parecía no ser consciente de la catástrofe que los amenazaba, decidió separarse de él y permitir a Olimpio que preparara la caída de Estilicón. El 13 de agosto, cuando Honorio estaba pasando revista a las unidades *comitatenses* que debían de marchar a Galia junto a los visi de Alarico, los soldados, convenientemente aleccionados, se alzaron y dieron muerte a los generales y oficiales fieles a Estilicón y aclamaron a Honorio. Estilicón se mostró entonces perplejo, pues no lo esperaba. Los jefes de las unidades que estaban junto a él, la mayoría eran tropas provenientes de los antiguos seguidores de Radagaiso, le juraron fidelidad y se mostraron dispuestas a marchar contra los rebeldes y aplastarlos. Pero Estilicón dudó y perdió. Pronto se vio cada vez más solo y al cabo, el 21 de agosto se entregó y fue decapitado. A su muerte le siguió una «reacción» antibárbara. Miles de soldados de origen bárbaro, fundamentalmente los godos alistados en el 406 tras la derrota de Radagaiso, fueron asesinados junto con sus familias. El resto, miles de ellos, se refugiaron junto a Alarico reforzando sus filas de un modo extraordinario. [97] No solo con su número, sino también porque se trataba de hombres bien equipados por el ejército romano y que a su experiencia guerrera sumaban dos años de servicio en el ejército imperial.

Olimpio, el nuevo gobernante *de facto* de Occidente, no quería saber nada de Alarico y este, entre agosto y septiembre del 408 se veía igual que en septiembre del 399: desdeñado por el gobierno imperial con el que creía haber logrado un *foedus* y una alta magistratura imperial. Pero al contrario que en el año 399, Alarico contaba con los recursos para no plegarse al nuevo desaire romano. En efecto, la llegada de los desertores/refugiados bárbaros del ejército del caído Estilicón, la mayoría antiguos seguidores de Radagaiso, reforzó sus filas

hasta que estas contaron con más de 30 000 guerreros y eso era mucho poder, pero aún obtuvo más. Era, pues, un formidable ejército el que se reunió en el Nórico en octubre del 408 y un ejército así necesitaba algo que hacer de forma inmediata. Así que Alarico lo lanzó contra Italia. Su ataque fue devastador. Traspuso los Alpes a comienzos de octubre y como no podía poner sitio al emperador, refugiado en la inexpugnable Rávena, Alarico se dirigió hacia Roma.

Mientras avanzaba se le sumaban miles de esclavos huidos de las grandes propiedades de la nobleza senatorial y de las ciudades italianas, la mayoría eran godos, vándalos y alanos que habían sido esclavizados tras las desastrosas invasiones de Italia de Alarico en el 401-402 y de Radagaiso en el 406, pero también había gentes de origen muy diverso que veían en el pueblo de Alarico una oportunidad de redención. Lo cierto es que cuando Alarico llegó ante Roma en noviembre del 408, contaba con 40 000 hombres armados y llevaba tras de sí a quizá 200 000 personas.

Roma entró en pánico. La ciudad contaba con defensas formidables y que se habían restaurado a toda prisa con ocasión de la primera invasión de Italia por Alarico en el 401-402 y vueltas a poner en orden con la intentona de Radagaiso en el año 406, pero la guarnición era escasa y poco combativa, y lo que es peor, Roma no estaba aprovisionada para sostener un largo asedio, pues Alarico había sido muy rápido, había tomado Portus, el puerto de Roma, y bloqueado la ciudad antes de que el prefecto de la ciudad (*praefectus urbis*) y el Senado completaran sus preparativos de protección. Así que Roma tuvo que pagar.

Eso era lo que en realidad quería Alarico: oro y plata y los obtuvo en cantidad. El Senado, consciente de que Honorio y su mano derecha, el *magister officiorum* Olimpio, no enviarían un ejército de rescate, ya que, de hecho, no lo había, optaron por

entregar a Alarico la gigantesca suma de 5000 libras de oro y 3000 de plata, el equivalente a 1613 kg de oro y 975 kg de plata, amén de 4000 túnicas de seda, 3000 pieles escarlatas y 30 000 libras de pimienta. Se trató de reunir el enorme tesoro echando mano de los bienes de los notables de la ciudad, pero como no bastaran, se acudió a despojar de sus adornos a las estatuas de los dioses y templos paganos y hasta a fundir estatuas sagradas y antiguas reliquias de la historia de Roma. [98]

Un tesoro increíble, pero muy necesario, pues Alarico tenía que pagar a sus guerreros y asegurarse su fidelidad. Como buen rey bárbaro tenía que ser un dispensador de fortuna y victoria si quería mantener unido a su heterogéneo y belicoso pueblo. El Senado también accedió a enviar una delegación al emperador solicitando que Alarico fuera nombrado *magister militum* y que sus gentes recibieran un asentamiento en el Imperio como federados. Era la eterna reivindicación de Alarico: quería ser parte del Imperio y gozar de su poder y seguridad, no seguir enfrentándose a él.

Pero, aunque la prudencia y la lógica aconsejaban a Honorio que aceptara la propuesta de Alarico que el Senado le trasladaba, Olimpio le aconsejó mantenerse firme. Era una locura. Tras la rebelión de Constantino III, la invasión bárbara de las Galias y la ejecución de Estilicón, con las purgas y deserciones masivas que la siguieron, Occidente, o más bien Italia y África, pues eso era lo que en verdad le quedaba a Honorio, no contaba con una fuerza militar efectiva capaz de oponerse a Alarico. En semejante situación la política de Olimpio era una carta al desastre y el desastre contestó a aquella carta de forma terrible.

Alarico, que tras cobrar la cuantiosa suma del Senado se había desplazado a Etruria, se enfureció al conocer la respuesta de Honorio. Además, una columna de sus guerreros había sido emboscada y aniquilada junto al río Arno y estaba dispuesto a

cobrarse un elevado precio por sus vidas. Así que, tras sumar a sus filas a miles de esclavos de las fincas de Etruria, regresó frente a Roma y logró que el Senado enviara una nueva delegación a Honorio escoltada por guerreros de Alarico y ello a la par que este último bloqueaba de nuevo Roma. [99] Honorio respondió enviando a 6000 soldados escogidos procedentes de las legiones de Dalmacia a reforzar la guarnición de Roma. Alarico los interceptó y aplastó de un modo tan salvaje que solo poco más de un centenar de ellos logró escapar con vida de la encerrona y alcanzar la seguridad de Roma. [100] Para abundar aún más en aquel pozo de fracasos militares, Olimpio dispuso una fuerza para interceptar a Ataúlfo, el cuñado de Alarico, que marchaba desde Panonia a reunirse con este a la cabeza de sus guerreros y de un contingente de mercenarios hunos. Los romanos fracasaron en su intento de impedir la reunión de las dos fuerzas bárbaras. [101]

Aquel nuevo fracaso colmó la paciencia de Honorio y Olimpio fue eliminado. Su política era el desastre y hasta Honorio se dio cuenta. Tarde, muy tarde. Constantino III seguía avanzando y Honorio necesitaba desesperadamente acabar con el problema «Alarico» para dirigir todas sus fuerzas contra el usurpador britano. Así que su nuevo hombre fuerte fue Jovio, un hombre que ya había negociado con Alarico en tiempos de Estilicón. Jovio envió una toga púrpura a Alarico, un signo de que estaba dispuesto a aceptar que Alarico se integrara en el selecto grupo de los hombres más poderosos del Imperio.

Pero el verano del 409 se acercaba y las posiciones de Honorio y Alarico, o más bien de Jovio y Alarico, no terminaban de acercarse y lograr un acuerdo aceptable para ambas partes. Alarico exigía ahora que se le nombrara *comes et magister utriusque militiae* , esto es, quería ser el máximo jefe del ejército romano de Occidente, pues aquel era el título que

había ostentado durante trece años el generalísimo Estilicón. Además, Alarico exigía más oro, un pago anual regular y previamente establecido, grano para alimentar a sus gentes, también entregas anuales, y que sus guerreros y familias se instalaran en el Véneto, Dalmacia y el Nórico. Honorio, persuadido por Jovio y por las circunstancias, aceptaba el pago en oro y la entrega de grano y hasta que las provincias exigidas por Alarico le fueran atribuidas para asentamiento de sus gentes, pero no concedía que se le nombrara *comes et magister utriusque militiae* , pues sabía que eso era otorgar a Alarico el mismo papel que había tenido Estilicón. Dicho de otro modo, eso era hacer de Alarico el regente efectivo de Occidente.

Alarico, entonces, montó en cólera. Pero se calmó pronto y envió una nueva delegación con peticiones muy mesuradas. ¿Por qué? Porque era consciente de que su poder militar era inestable y que la debilidad de Occidente era transitoria y que si quería sobrevivir necesitaba, como siempre había ansiado y necesitado, una base estable de poder dentro del Imperio. Así que fue más sensato que nunca y solo reclamó esta vez que se le diera el mando sobre el Nórico y que se le enviara el grano que se creyera justo y necesario para sostener a su gente. [102] Aquello sí que era moderación. El Nórico estaba en la frontera danubiana. Estaba constituido por dos provincias y no era precisamente la sede de la riqueza y esplendor de Roma, sino un lugar pobre y sometido de continuo a ataques bárbaros. Pero por increíble que parezca, Honorio también desdeñó esta oferta. ¿Cómo interpretarlo? Bueno, a veces la capacidad de un historiador tiene sus límites, pero la estupidez humana, ya lo dijo Albert Einstein, no.

Es posible que Honorio creyera que la nueva postura de Alarico, tan mesurada, escondiera su debilidad y que eso indicara que bastaba con mantenerse firme un poco más, o bien puede ser que creyera que pronto tendría capacidad militar

suficiente como para enfrentar a Alarico. Lo cierto es que Honorio quería contratar a 10 000 guerreros hunos [103] y poco más tarde llegó un ejército de Oriente en su auxilio. Pero los hunos no llegaron a tiempo y el ejército oriental que terminó llegando a Rávena fue muy pequeño y si Honorio pensaba cambiar las cosas con él se equivocó en sus estimaciones.

Alarico volvió a estrechar el sitio de Roma y cambió de estrategia. Si el emperador no quería negociar con él y darle lo que necesitaba cambiaría al emperador. Así que nombró al suyo propio. El Senado de Roma, desesperado al ver que Honorio no solo no lograba auxiliar a la ciudad, sino que parecía dispuesto a hacer todo lo posible para que pereciera, aceptó la propuesta que al respecto le hizo Alarico y nombró un nuevo augusto: Prisco Átalo, un senador que se convirtió en el emperador títere de Alarico a finales del 409.

El pagano y senatorial emperador Átalo nombró de inmediato *comes et magister utriusque militiae* a Alarico y este dedicó los siguientes meses a someter a su autoridad, supuestamente a la de Átalo, el norte de Italia y a sitiar Rávena. Incluso se procedió a enviar una fuerza de tropas romanas fieles al nuevo emperador, Átalo, a someter África. Honorio estaba desesperado y podía dar por perdido su trono. Pero entonces llegó el ejército enviado por Oriente que estaba esperando desde hacía meses y al que ya hemos aludido. En la primavera del 410, 4 legiones *comitatenses* de tropas escogidas desembarcaron en el puerto de Rávena, Classe, sumaban 4000 hombres [104] que por muy escogidos y bien equipados que llegaran debieron de arrancar lágrimas de frustración a Honorio. Pero frustrado o no, era todo lo que tenía para oponer a Alarico y a su emperador títere. Además, el intento de este último por hacerse con África sin que intervinieran tropas de Alarico fracasó y los envíos de trigo y de oro africanos llegaron justo en ese momento también a Rávena y, con todo

eso, con los 4000 soldados de élite orientales y el oro africano para pagar al resto de sus tropas, Honorio se creyó capaz de seguir aguantando la presión bárbara.

Alarico volvió a dar un giro a sus pretensiones. En desacuerdo con Átalo que, al fin y al cabo, parecía no ser tan sumiso como se había esperado de él, lo depuso y se acercó él mismo a Rávena para volver a negociar con Honorio. Este parecía dispuesto, pero ya lo hubiera preparado de antemano o ya fuera incapaz de controlar a sus oficiales, su *magister militum* , Saros, un godo que parecía tener cuentas pendientes con Alarico –al parecer y teniendo en cuenta el precedente de Saúl, todos los jefes bárbaros que habían servido con Alarico en el ejército romano las tenían– atacó a Alarico a 12 km de Rávena. Alarico escapó por poco con vida y aquel ataque colmó su copa de la paciencia y la amargura. [105] Como he apuntado ya con irrefrenable ironía, Saros debía de ser un viejo enemigo. Se ha especulado y se especula con que Saros y Alarico ya habían sido enemigos en los días de Teodosio I y que ambos se habían disputado el dominio sobre parte de los federados godos, aquellos que luego empezaron a ser llamados visi. Lo cierto es que Saros y Alarico se odiaban y que el hermano de Saro, Sigerico, sería el asesino de Ataúlfo y que, entre ambos clanes, el de los baltingos y los rosomones, parecía haber un odio bien asentado y mucha mala sangre.

Alarico ya no quería negociar. Volvió a asediar Roma. Era la tercera vez en menos de dos años que Roma era asediada por él. La ciudad estaba exhausta. Había hambre en sus calles y enfermedad. Se decía que se estaba recurriendo al canibalismo y que los muertos llenaban las calles. La Urbe no podía aguantar más. Bien por traición, bien por piedad, como recoge una tradición, el 24 de agosto del 410 la Puerta Salaria se dejó abierta y Alarico y sus gentes penetraron en Roma. [106]

Roma había caído. Las calles se llenaron de docenas de miles de guerreros de Alarico y se organizó un saqueo. Digo se organizó, porque Alarico impuso una serie de límites a sus hombres y, aunque se produjeron excesos, asesinatos y violaciones y se hicieron cautivos, en general, se mantuvo cierto orden y no hubo matanzas en masa. Algunos atribuyeron esta magnanimidad saqueadora al cristianismo, aunque fuera arriano, de Alarico. Así lo creía Orosio. [107] Era mucho creer. Muchos, quizá la mayoría de los seguidores de Alarico, debían de ser paganos. Lo eran la mayor parte de los seguidores de Radagaiso que ahora constituían al menos la mitad del pueblo de Alarico y lo eran muchos de los alanos, hunos y demás bárbaros que se le habían unido en los Balcanes. Sin duda, Alarico lo sabía y por eso acudir al cristianismo para moderar a sus guerreros debió de parecerle inútil. Recurrió a la codicia. Saquear Roma con cierto orden dejó a los visi en posesión de un botín inmenso. Orden y acuerdo. Las ricas familias senatoriales pagaron crecidas sumas en concepto de rescate y el botín llenó los carros del pueblo de Alarico.

También los trofeos y tesoros sagrados de Roma fueron saqueados. Buena parte de lo que desde hacía siglos se custodiaba en el *forum pacis* de Vespasiano y en los santuarios capitolinos fue a parar a manos de Alarico y a integrar el tesoro real visigodo. Entre otros objetos preciosos y sagrados, se cuenta que Alarico se llevó de Roma la mesa de Salomón. Según algunos el Mar de Bronce que se describe en la Biblia como una de las maravillas que Salomón mandó elaborar y según otros la mesa de las ofrendas, uno de los objetos sagrados del sanctasanctórum del Templo de Salomón.

La historia de este objeto fascinante merece una digresión. Sobre todo, porque para los godos como para el resto de los pueblos bárbaros del periodo, su *thesaurus* era, por así decirlo, la áurea condensación de su identidad y la memoria viva y

palpable de su historia y de sus gestas. Y en esa historia, en esa gesta, la mesa de Salomón y su conquista en Roma por Alarico, era una pieza principal.

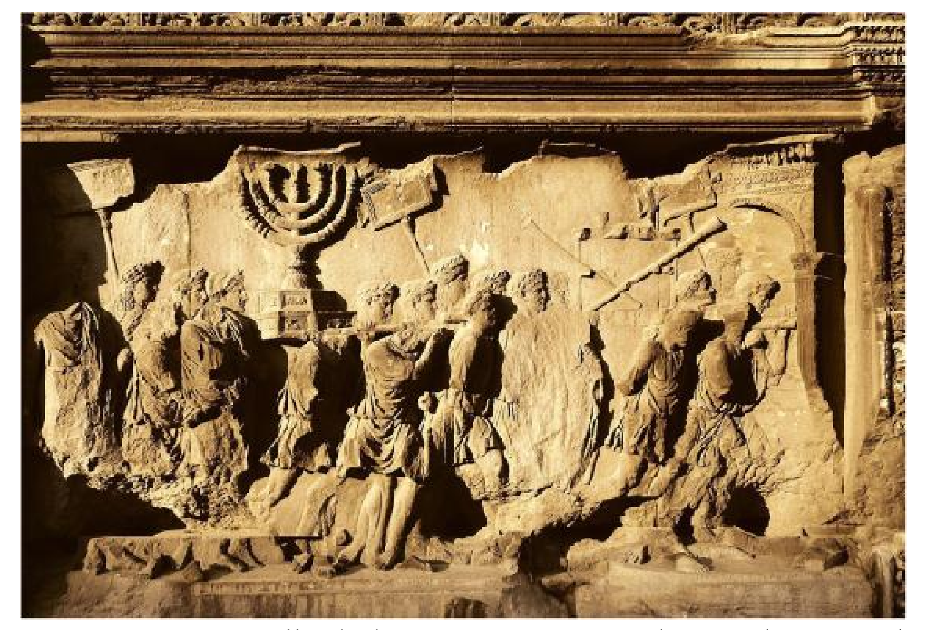


Figura 31: Detalle de la escena representada en relieve en el interior del Arco de Tito, en Roma, que muestra un momento de la ceremonia triunfal de Vespasiano y Tito en conmemoración de la victoria en la Primera Guerra Judeoromana. Se aprecia una litera sobre la que se traslada la menorá judía, expoliada del Templo de Jerusalén por las tropas romanas en el 70 d. C., junto con otros objetos sagrados como la mesa de Salomón.

Como ya se ha dicho, la mesa de Salomón formaba parte de los objetos sagrados que el rey Salomón mandó construir para ornato del templo que construyó en Jerusalén a mediados del siglo X a. C. Cuando en el año 587/586 a. C. el rey Nabucodonosor de Babilonia saqueó Jerusalén la llevó, con el resto de tesoros del Templo, a Babilonia. Ciro, tras tomar Babilonia en el año 539 a. C., y después de elaborar un cuidadoso inventario en el que se contaron 5400 objetos de oro

y plata provenientes del Templo de Jerusalén, devolvió dichos tesoros a los judíos y bajo la dirección de Zorobabel, una parte de los deportados regresó a su tierra. [108] Con el tiempo, la mesa, la menorá y el resto de preciosos y sagrados objetos serían honrados en el gran templo mandado edificar por Herodes el Grande y allí serían tomados por Tito, el hijo del emperador Vespasiano, cuando conquistó Jerusalén en el año 70 de nuestra era. Asimismo, Tito llevó el tesoro del Templo de Jerusalén a Roma y lo mostró en triunfo por sus calles. Esa escena puede verse todavía hoy, hecha piedra, en los relieves que adornan el famoso Arco de Tito. En esos relieves, además, podemos ver la menorá o candelabro de siete brazos colocada sobre una litera o mesa y a hombros de los triunfantes legionarios.

La mesa de Salomón y el resto de tesoros de Jerusalén quedaron en Roma hasta la noche de agosto del 410 en que Alarico penetró en la Urbe y se los llevó consigo. Por alguna razón que desconocemos, Alarico no se llevó la menorá. Pues el candelabro de siete brazos de un talento de oro, unos 34 kg, que Yahvé mandó hacer a Moisés en «oro fino y macizo», [109] permaneció en Roma hasta que en el 455 los vándalos de Genserico se lo llevaron a Cartago de donde sería recuperado por Belisario, quien envió tan maravilloso tesoro a Constantinopla en donde fue expuesto en el Hipódromo durante las celebraciones que en el 534/535 acompañaron el triunfo de Belisario y su consulado. Procopio, testigo de los hechos, relata que un judío advirtió de la mala fortuna que el portentoso objeto había traído sobre todas las ciudades que lo habían custodiado: Jerusalén, Babilonia, Roma, Cartago… Y que Justiniano, asustado ante la evidencia que dichas palabras mostraban, ordenó sacarla de inmediato de Constantinopla y enviarla a Jerusalén en donde se le pierde la pista en el 614, cuando los persas saquearon la ciudad. [110]

Pero volviendo sobre la mesa de Salomón, se tiene que tener en cuenta que el *thesaurus* real, del que ya formaba parte el sagrado y reluciente objeto, marchaba con los godos. Viajó con ellos hacia el sur de Italia y una parte, según se dice y como veremos, fue enterrada con Alarico cuando este murió. Pero no la mesa de Salomón que Procopio, al describir los maravillosos objetos que formaban parte del Templo de Salomón y que en su tiempo poseían los visigodos, refiere como de oro y cuajada de esmeraldas. [111] Una descripción que, siglos más tarde y en esencia, corroborarían las fuentes musulmanas.

La mesa siguió con los visigodos y peregrinó por las Galias e Hispania hasta que Walia firmó el *foedus* del 418 y asentó a su pueblo en Aquitania. Entonces el tesoro se guardó en Tolosa y allí quedó hasta que la pavorosa derrota de Vouillé (507) y el avance de los francos de Clodoveo (Clovis) sobre la capital del reino visigodo lo puso en peligro y obligó a los godos a llevar la mayor parte de su *thesaurus* hasta Carcasian (Carcasona) donde la oportuna llegada del ejército de rescate ostrogodo logró «espantar» a los sitiadores francos que pugnaban por apoderarse de él.

Teodorico I el Grande, el soberano ostrogodo que reinaría también sobre los visigodos durante la minoría de su nieto, el huérfano Amalarico I, mandó llevar la mesa de Salomón y el resto del tesoro a Rávena y allí permaneció hasta que Teodorico I el Grande murió (526) y Amalarico tuvo edad suficiente como para reclamar su tesoro y gobernar por sí mismo su reino.

Ya veremos también cómo Amalarico I, en el 531 y tras haber sido vencido por los francos en Narbona y perseguido por ellos hasta Barcino perdió la vida y parte del tesoro real. Pero, de nuevo, los godos lograron poner a salvo las piezas más preciosas del *thesaurus* y entre ellas, claro está, la mesa de Salomón.

En el 550 o 551, Agila I perdió una parte considerable del tesoro real sobre las ensangrentadas calles de la rebelde Corduba sin que san Isidoro nos dé el más mínimo detalle sobre qué se perdió allí o de si, pasados los años, se recuperó de algún modo lo perdido. [112]

Lo que sí sabemos es que objetos fundamentales del gran tesoro real godo como el maravilloso *missorium* (bandeja) de oro y gemas preciosas de 500 libras de oro(163 kg) que el patricio y tres veces cónsul Flavio Aecio regalara a Turismundo por su valor en la gran batalla de los Campos Cataláunicos librada por visigodos y romanos contra Atila, seguían en poder de los visigodos en época del rey Sisenando (631-636) [113] y ello invita a pensar que también estaría aún bajo su custodia la mesa de Salomón, pues las fuentes islámicas, fascinadas por la riqueza del tesoro real visigodo y por contar este con objetos provenientes del fabuloso templo del rey Salomón, dedicaron páginas y páginas a describir el sagrado objeto y a narrar las peripecias de su conquista por los árabes y de su llegada a Damasco como pieza principal de los tesoros logrados por las lanzas de los conquistadores musulmanes en Hispania.

Según la fuente árabe más fidedigna y antigua de cuantas se conservan directamente, la de Ibn Abd al-Hakam, escrita hacia 860, la mesa de Salomón se guardaba en una fortaleza llamada Firas, situada a dos días de Toledo, estando allí bajo la responsabilidad de un sobrino del rey Rodrigo. Al respecto Ibn 'Abd al-Hakam nos dice: España fue conquistada en favor de Musa ibn Nusair; allí se consiguió la Mesa de Salomón hijo de David, la paz sea con él, y también la corona. Se indicó a Tariq que la mesa estaba en un castillo llamado Firas, a dos días de Toledo, gobernado por el hijo de una hermana de Rodrigo. Envió a decirle Tariq que le concedía protección a él y a los suyos. Él se presentó a Tariq, el cual le concedió el «aman» y le dio garantías. El jefe árabe le dijo: «Entrégame la Mesa» y él la

dio. Estaba adornada de oro y piedras preciosas sin semejanza. Tariq arrancó una de sus patas, incrustada de joyas y oro, y puso en su lugar otra. Esta mesa fue valorada en doscientos mil dinares de oro, con todas sus piedras preciosas.

> Tariq se hizo con cuantas riquezas allí había: joyas, armas, oro, plata, vasos y otros tesoros como jamás se han visto. [114]



Figura 32: Sólido acuñado en Rávena entre el 426 y el 430. En el anverso, busto diademado de Gala Placidia coronada por la mano de Dios, y la leyenda D N GALLA PLA-CIDIA P F AVG. En el reverso, Victoria erguida que sostiene una cruz.

La mesa fue llevada por Musa ibn Nusair, el Conquistador, ante el califa de Damasco y fue motivo de enfrentamiento entre él y su cliente y general, Táriq ibn Ziyad, provocando el incidente no poco disgusto al califa.

A partir de aquí (715/716), se pierde la pista histórica a la fabulosa mesa del rey Salomón que, sin duda, fue el ornato más misterioso del triunfo de Alarico en Roma.

Cuando Alarico salió de Roma lo hizo como conquistador, sí, y hasta arrastrando tras de sí, metafóricamente hablando, a la mismísima hija de Teodosio I el Grande, Gala Placidia. Pero en el fondo, pese a todo, pese a la toma de Roma y el inmenso botín, Alarico sabía que estaba en el mismo punto que en el

año 395: fuera del verdadero poder del Imperio. Seguía siendo solo un rey bárbaro y no lo que en realidad quería ser: un general de Roma. Era el 27 de agosto del año 410 y Alarico llevó a su pueblo hacia el sur. El norte estaba muy devastado ya y Alarico sabía ahora que la «sangre», esto es, el trigo y el oro que hacían funcionar el corazón de Occidente, estaban en África. Así que condujo a su pueblo hasta la punta de la bota de Italia. Pero no contó con las tormentas de finales del verano e inicios del otoño, ni con la falta de barcos: Roma controlaba aún el mar. Así que retrocedió.

Hasta la muerte. Unas súbitas fiebres, quizá la pestilencia que asolaba Roma cuando la tomó o quizá unas fiebres palúdicas, lo alcanzaron y lo mataron. Debía de tener unos cuarenta y cinco años y una fama inmensa: el conquistador de Roma. El eco de su acción, la toma de Roma y su saqueo, llegó a Belén e inspiró a san Jerónimo un horror sin medida y también llegó a África, a Hipona, en donde san Agustín compondría una obra inmensamente influyente en la historia del mundo, *La ciudad de Dios* , en la que trataba de tranquilizar a los romanos cristianos, ya la mayoría, que veían en la caída de Roma un cataclismo que anunciaba cosas peores y hacía tambalear su fe: ¿Acaso roma no estaba bajo la protección de Dios? ¿Acaso el emperador no era el representante de Cristo en la tierra? ¿Acaso aquella desgracia no sería el castigo de los viejos dioses por abandonarlos?

Alarico estaba muerto. Sus gentes lo honraron como debían. Quince años atrás era solo un jefe, y no el mayor ni el más conocido, de los godos federados de Oriente. Ahora era el rey de un pueblo que había saqueado Roma: los visigodos. Ataúlfo, hijo de Atanarico y cuñado de Alarico, dispuso sus funerales. Fueron muy bárbaros y muy poco cristianos. Cientos de cautivos romanos cavaron un canal para desviar las aguas del río Busento y enterrar en el lecho seco al rey Alarico rodeado de un

inmenso tesoro. A continuación, este río fue regresado a su primitivo cauce para ocultar la tumba regia. Luego fueron degollados por los guerreros del *gefolge* de Alarico para que nadie pudiera revelar donde estaba enterrado su señor que, todavía hoy, descansa con sus tesoros en su ignorada tumba fluvial. [115] Un rey había muerto y un pueblo terminaba de nacer. Su nuevo rey, Ataúlfo, los llevaría a nuevas tierras y una de ellas sería el solar que definitivamente ocuparían: Hispania.

Alarico fue el creador de los visigodos. Los creó en las décadas del 390 y del 400 al amalgamar grupos diversos de tervingios, greutungos y otros godos con alanos, hunos, bastarnos y otros, y añadir a todo ello considerables masas de esclavos y provinciales romanos. Su pueblo fue, en esencia, un ejército. Un ejército mercenario que aspiraba a ser contratado por Roma. Pero aquel ejército sin contrato se convirtió en un nuevo pueblo. Uno de los que determinó la historia de la Europa del fin del mundo antiguo y la Alta Edad Media, y que marcaría para siempre la de nuestro país.

Alarico fue un oscuro guerrero sin pasado conocido y es muy probable que sin linaje real que lo respaldara. ¿Qué importa? No era el linaje, como les gusta pensar a muchos germanófilos, sino la espada la que determinaba la jefatura en el mundo de las invasiones en el que nació y murió Alarico, y su espada, la de Alarico, fue poderosa. Tanto que atravesó las murallas de Roma y sembró el terror en el Imperio romano.

Notas

1 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.6.4. Fue en ese primer asedio frustrado de Adrianópolis cuando Fritigerno pronunció la famosa frase referida a que mantener un asedio solo traería a los godos «la paz con las murallas», mientras que si lo abandonaban tendrían la posibilidad de seguir saqueando los campos.

2 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.16.6; Soto Chica, J.: «Mujeres al frente de ejércitos: Mavia, reina de los árabes, vencedora de los romanos (375-383)», 445-472.

3 Leppin, H., 2008, 31-35.

4 Amiano Marcelino, *Historia* , XXIX.6.15.

5 Leppin, H., 2008, 33-37; Heather, P., 2006, 137-141.

6 Teodoreto de Ciro, *Historia eclesiástica* , V, 5-6; Errington, R. M.: «The Accession of Theodosius I», 438-453.

7 Leppin, H., 2008, 37-47.

8 Pacato, *Panegírico a Teodosio* , 10-12, en Galletier, E. (ed.), 1955; Temistio, XIV, Panegírico a Teodosio acerca de cuál es la más regia de las virtudes, 182 y XV, 198; Sócrates Escolástico, *Historia eclesiástica* , V, 2 y 5-6; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , VII, 2 y 7; Filostorgio, *Historia eclesiástica* , IX, 10.

9 Temistio, XVI, Agradecimiento al emperador por la paz y por el consulado del general Saturnino, 12-13.

10 Zósimo, *Nueva historia* , V, 22 nos narra cómo esclavos y fugitivos romanos se hicieron pasar por

hunos para sembrar el terror en Tracia.

11 *Consularia constantinopolitana* a. D. 379, 417, pág. 240-241, y 380 y 418, págs. 240-241 en Burgess, R. W., 1993, 174-245.

12 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 25.

13 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 31.

14 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 34; Heather, P., 2006, 238-247 y en especial 244-245.

15 *Consularia Constantinopolitana* a. C. 380, 418, pág. 241; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 34; Leppin, H., 2008, 41-48; Heather, P., 2006, 243-245.

16 Temistio, XIV, Panegírico a Teodosio acerca de cuál es la más regia de las virtudes, 8; *Consularia Constantinopolitana* a. D. 381, 419, pág. 241; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 34; Orosio, *Historias* , VII, 34-5-7; Jordanes, *Getica* , XXVIII, 142-145; Leppin, H., 2008, 49-59; Sanz Serrano, R., 2009, 110-112; Heather, P., 2006, 240-248; Heather, P.: «The creation of the Visigoths», 76-93; Ferrill, A., 1989, 70-71.

17 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 34.

18 Temistio, XVI, Agradecimiento al emperador por la paz y por el consulado del general Saturnino, 12-16; *Consularia Constantinopolitana* a. D. 382, 420, pág. 241.

19 Temistio, XVI, Agradecimiento al emperador por la paz y por el consulado del general Saturnino, 18.

20 Sánchez Medina, E.: «Entre filantropía y pragmatismo: los *Discursos Políticos* de Temistio al

emperador Teodosio y el problema bárbaro», 291-306.

21 Temistio, XVI, Agradecimiento al emperador por la paz y por el consulado del general Saturnino, 20.

22 Arce, J., 2018, 23-27; Sanz Serrano, R., 2009, 110-112; Heather, P., 2006, 240-248; Heather, P.: «The creation of the Visigoths», 76-93; Ferrill, A., 1989, 70-71.

23 Temistio, XVI, Agradecimiento al emperador por la paz y por el consulado del general Saturnino 13, 25-28.

24 Temistio, XVI, Agradecimiento al emperador por la paz y por el consulado del general Saturnino 12.

25 La cifra de 20 000 es plausible, puesto que, en la batalla del río Frígido, 5-6 de septiembre del 394, los federados godos sufrieron unas 10 000 bajas. Jordanes, *Getica* , XXVIII, 144-145.

26 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.16.8 y Zósimo, *Nueva historia* , IV, 26.

27 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 30.

28 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 40.

29 Heather, P., 2006, 274.

30 Sinecio de Cirene, *Sobre la realeza* , 19-21, 26 en García Romero, F. A., 1993.

31 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 40.

32 Temistio, XVI, Agradecimiento al emperador por la paz y por el consulado del general Saturnino, 20; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 34.

33 Claudio Claudiano, *Panegírico al tercer consulado de*

Honorio 8, 620-630, en Castillo Bejarano, M., 1993.

34 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 35 y Claudio Claudiano, *Panegírico al tercer consulado de Honorio* 8, 630-640.

35 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 38-39.

36 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 45.

37 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 48-49; Claudio Claudiano, *Contra Rufino* 105-110 y 314 y ss., en Castillo Bejarano, M., 1993; Claudio Claudiano, *Sobre el consulado de Estilicón* I, 94 y ss., en Castillo Bejarano, M., 1993; Claudio Claudiano, *Getica* , 524, en Castillo Bejarano, M., 1993; Leppin, H., 2008, 236-237; Arce, J., 2018, 35-36; Wolfram, H., 1990, 142 y ss.; Heather, P., 1991, 171 y ss.

38 Pacato, *Panegírico a Teodosio I* , XII, 2 34-36; Rufino de Aquilea, *Historia eclesiástica* , II, 17 y 32; Sócrates Escolástico, *Historia eclesiástica* , V, 12-14; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , VII, 13-14; Teodoreto de Ciro, *Historia eclesiástica* , V, 15; Orosio, *Historias* , VII, 35.1-5; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 44-46; Filostorgio, *Historia eclesiástica* , X, 7-8; *Crónica Pascual* 304 en Whitby, M., 1989; Pablo Diácono, *Historia romana* , 12, 1-2, en Droysen, H. (ed.), 1879; Juan Zonarás XIII, 17-18; Rodríguez González, J., 2005, 534.

39 Pacato, *Panegírico a Teodosio I* , XII, 2 34-36; Rufino de Aquilea, *Historia eclesiástica* , II, 17 y 32; Sócrates Escolástico, *Historia eclesiástica* , V, 12-14; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , VII, 13-14; Teodoreto de Ciro, *Historia eclesiástica* , V, 15; Orosio, *Historias* , VII, 35.1-5; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 44-46; Filostorgio, *Historia eclesiástica* ,

X, 7-8; *Crónica Pascual* , 304; Pablo Diácono, *Historia romana* , 12, 1-2; Juan Zonarás XIII, 17-18; Rodríguez González, J., 2005, 534.

40 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 56; Leppin, H., 2008, 251-253.

41 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 56.

42 Beevor, A., 2009, 140-142.

43 Orosio, *Historias* , VII, 35.19.

44 Claudio Claudiano, *Panegírico al tercer consulado de Honorio* , 60-120; Orosio, *Historias* , VII, 35, 11-22; Eunapio de Sardes, *Historia* , frag. 60; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , VII, 22-24; Sócrates Escolástico, *Historia eclesiástica* , V, 25; Teodoreto de Ciro, *Historia eclesiástica* , V, 24; Filostorgio, *Historia eclesiástica* , XI, 2; *Crónica Gala* a. D. 395, en Mommsen, Th. (ed.), 1982; *Crónica del conde Marcelino* a. D. 394, en Croke, B., 1995; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 53-58; Juan Zonarás XIII, 18; Jordanes, *Getica* , XXIX, 145; Rodríguez González, J., 2005, 201-202; Ferrill, A., 1989, 72-76.

45 Zósimo, *Nueva historia* , IV, 51; Claudio Claudiano, *Contra Rufino* I, 105-115 y 310-330; Claudio Claudiano, *Sobre el consulado de Estilicón* I, 90-100; Leppin, H., 2008, 236-237; Wolfram, H., 1990, 142 y ss.; Heather, P., 1991, 171 y ss.

46 Gregorio de Nacianzo, *Epístolas 136 y 137* , en Migne, J. P., 1862, vol. 37.

47 Zósimo, *Nueva historia* , V, 4-5 y 7-8; Arce, J., 2018, 38-44.

48 Zósimo, *Nueva historia* , V, 5.

49 Zósimo, *Nueva historia* , V, 5, en Ζώσιμος. Nϋα Ιστορία, 2007 [ed. griega].

50 No soy el primero en destacar este carácter militar y mercenario del poder de Alarico y del origen de su pueblo. Entre otros, consúltese Collins, R., 2005, 7-22.

51 Zósimo *Nueva historia* , V, 13-14.

52 Heather, P., 2006, 275-276.

53 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 495-502.

54 Zósimo, *Nueva historia* , V, 5 en Ζώσιμος. Νέα Ιστορία. J., 2018, 16-17 y 23-34; García Moreno, L. A.: «Alarico I», 158 y ss.

55 *Ibid.* , 158 y ss.

56 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 625-640.

57 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 470-510.

58 Jordanes, *Getica* , XXIX, 146 y XXX, 158. García Moreno señala que en su opinión Alarico sería hijo de Atanarico. No existe ni una sola mención en las fuentes a tal conexión, ni evidencia, por ligera que sea, de que así fuera. Véase García Moreno, L. A.: «Alarico I», 158.

59 Filostorgio, *Historia eclesiástica* , XII, 4.

60 Heather, P., 2006, 276-278 y Heather, P., 1991, apéndice B, 204 y ss., señala que es en este momento cuando se fusionaron de forma definitiva los grupos de tervingios y greutungos que habían combatido juntos en Adrianópolis. Yo creo que, en efecto,

muchos tervingios y greutungos se pusieron bajo el mando de Alarico, aunque no todos, y que a esos tervingios y greutungos se sumaron otros pueblos godos y también grupos de alanos, hunos, bastarnos, taifales y esciros asentados también en la zona danubiana y sujetos a *foedus* con los romanos. Estoy por completo de acuerdo con Peter Heather en lo referente a que gobernaba Alarico y no Ataúlfo cuando se borraron las diferencias entre grupos tervingios y greutungos.

61 Claudio Claudiano, *Contra Eutropio* II, 575-585, en Castillo Bejarano, M., 1993.

62 *Notitia dignitatum* , *Partibus Orientis* , XV, V y XV, VI, en Neira Faleiro, C., 2006.

63 Claudio Claudiano, *Contra Rufino* I, vol. I, 100-115 y 310-330; Claudio Claudiano, *Sobre el consulado de Estilicón* , I, 90-100; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 51.

64 Claudio Claudiano, *Contra Rufino* I, vol. I, 100-115 y 310-330; Claudio Claudiano, *Sobre el consulado de Estilicón* I, 90-100; Zósimo, *Nueva historia* , IV, 51.

65 Claudio Claudiano, *Contra Eutropio* II, vol. II, 150-155.

66 Claudio Claudiano, *Contra Eutropio* II, vol. II, 150-155.

67 Claudio Claudiano, *Contra Eutropio* II, vol. II, 575-586.

68 Vasiliev, A., 1945, vol. 1, 176.

69 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 495-502, en donde un anciano del consejo de Alarico menciona que los asentamientos de su pueblo estaban en

Ematia, un nombre antiguo para Macedonia y Zósimo, *Nueva historia* , V, 5.

70 Ferrill, A., 1989, 93-95.

71 Zósimo, *Nueva historia* , V, 5; Arce, J., 2018, 43-44.

72 Ferrill, A., 1989, 95-96; Heather, P., 2006, 277-278.

73 Zósimo, *Nueva historia* , V, 7; Claudio Claudiano, *Contra Eutropio* II, 430-440; Filostorgio, *Historia eclesiástica* , XI, 3; *Crónica del conde Marcelino* a. D. 395.

74 Filostorgio, *Historia eclesiástica* , XI, 8.

75 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 512-516; Zósimo, *Nueva historia* , V, 6-12; Arce, J., 2018, 45-70; Ferrill, A., 1989, 96-97.

76 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 533-539.

77 Zósimo, *Nueva historia* , V, 13-22; Filostorgio, *Historia eclesiástica* , XI, 8; Sócrates escolástico, *Historia eclesiástica* , VI, 6-7; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , VIII, 4-5; Eunapio de Sardes, *Historia* , frag. 75, 79 y 81; Claudio Claudiano, *Contra Eutropio* II, 170-480 y 565-570; *Crónica del conde Marcelino* a. D. 400 y 401.

78 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 310-370.

79 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 370-390.

80 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 220-325.

81 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 400-425.

82 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 585-595.

83 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 400-430.

84 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 425-450.

85 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 598-612.

86 Claudio Claudiano, *Guerra contra los getas* , 555-640, 135-150 y 220-640 y Claudio Claudiano, 26 *Panegírico* , 120-140; Orosio, *Historias* , VII, 37.2-3; Jordanes, *Getica* , XXX, 154-155; Arce, J., 2018, 78-83; Ferrill, A., 1989, 94-100; Rodríguez González, J., 2005, 535; Heather, P., 2006, 278-279.

87 Claudio Claudiano, 28 *Panegírico* , 195-330; Jordanes, *Getica* , XXX, 155; Arce, J., 2018, 81-84; Ferrill, A., 1989, 100; Rodríguez González, J., 2005, 640.

88 San Isidoro, *Historia* , 13.

89 Orosio, *Historias* , VII, 37.5; Zósimo, *Nueva historia* , V, 26; San Agustín, *La ciudad de Dios* , vol. I, V, 23, en Santa Marta del Río, S., Fuertes Lanero, M., Capánaga, V., Calvo Martín, T., 1988; Olimpiodoro, frag. 9, en Blockley, R. C., 1981; San Isidoro, *Historia* , 14.

90 Collins, R., 2005, 18-19.

91 *Crónica gala* a. D. 452, C 50-55, a. D. 405-406, en Muhlberger, S., 1990.

92 Olimpiodoro, frag. 9; Heather, P., 2006, 252-259 y en especial 258.

93 Zósimo, *Nueva historia* , V, 26.

94 Heather, P., 2006, 283-285.

95 Zósimo, *Nueva historia* , V, 27; *Crónica gala* a. D.

452, 56-59, a. D. 407; Heather, P.: «The creation of the Visigoths», 73-90; Heather, P., 2006, 278-295; Ferrill, A., 1989, 100-105.

96 Zósimo, *Nueva historia* , V, 28-29; Heather, P.: «The creation of the Visigoths», 73-90; Arce, J., 2018, 85-86; Heather, P., 2006, 285-292; Ferrill, A., 1989, 102-105.

97 Zósimo, *Nueva historia* , V, 34-35.

98 Zósimo, *Nueva historia* , V, 39-41.

99 Zósimo, *Nueva historia* , V, 42-43.

100 Zósimo, *Nueva historia* , V, 45.

101 Zósimo, *Nueva historia* , V, 45.

102 Zósimo, *Nueva historia* , V, 46-51.

103 Zósimo, *Nueva historia* , V, 50.

104 Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX, 4; Zósimo, *Nueva historia* , VI, 8.

105 Zósimo, *Nueva historia* , VI, 6-13.

106 Zósimo, *Nueva historia* , V, 30-51; Orosio, *Historias* , VII, 38-39; San Agustín, *La ciudad de Dios* , vol. I, I-III; Filostorgio, *Historia eclesiástica* , XII, 1-3; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX, 4-11; Sócrates Escolástico, *Historia eclesiástica* , VII, 10-11; Jordanes, *Getica* , XXX, 155-157; Procopio de Cesarea, III, 2.14-30; Olimpiodoro, frag. 13; San Isidoro, *Historia* , 15-18; Heather, P., 1991, 193-224; Heather, P., 2006, 278-292; Ferrill, A., 1989, 99-106; Collins, R., 2005, 5-22; Arce, J., 2018, 86-139.

107 Orosio, *Historias* , VII, 37, 11 y 39, 1-16.

108 Esdras 1.1-11, 2.2 y 3.2-13.

109 Éxodo 26, 31-40.

110 Procopio de Cesarea, IV, 9, 5-8.

111 Procopio, de Cesarea, V, 12, 41-43.

112 San Isidoro, *Historias* , 45-46.

113 *Crónica de Fredegario* , IV, 73.

114 Ibn 'Abd al-Hakam, p. 45.

115 Jordanes, *Getica* , XXX, 158; Arce, J., 2018, 141-163.

4

«Por la causa de Roma»

La Hispania de las invasiones y el Reino de Tolosa (407-497) Por la causa de Roma ocasionó entre los bárbaros grandes matanzas.

San Isidoro, *Historias* , 22

Con la cita anterior comienza san Isidoro su relato acerca de la intervención del rey Walia en Hispania al servicio del Imperio contra alanos, vándalos silingos, vándalos asdingos y suevos. Nótese que estos cuatro pueblos son los «bárbaros» y que por oposición los godos dejan de serlo en cuanto que ahora son, de nuevo, federados de Roma. Es decir, soldados al servicio del Imperio en misión de exterminio de gentes invasoras que no habían sabido hacer lo que los visigodos de Walia acababan de hacer: asegurarse un contrato con el Imperio. Era por su causa, «por la causa de Roma», por la que combatirían, de forma intermitente, y hasta renuente y levantisca, pero durante muchos años, en Hispania, y de esa «causa», la causa de Roma, extraerían la legitimidad de sus acciones y, a partir de la caída del Occidente romano, su derecho a regir las tierras de la diócesis de Hispania.

Pero mientras tanto y desde el 418, el solar principal y la ambición de los visigodos se centró ante todo en la Galia. Fue allí donde en realidad estuvo el corazón de su primer reino, el de Tolosa, y fue desde allí desde donde organizaron sus periódicas intervenciones en Hispania al servicio de Roma y, al cabo y al final, en su propio beneficio y con el imperial proyecto de convertir a Hispania en una de las bases de su poderío.

HISPANIA, LOS USURPADORES Y LA LLEGADA DE LOS GODOS (407-415) Cuando Ataúlfo se hizo con el poder entre los visi de Alarico no podía estar muy seguro de su situación, ni del porvenir de su pueblo. Roma había sido saqueada, sí, pero en Rávena el emperador Honorio seguía ostentando el poder y África, con sus inmensos recursos, seguía obedeciéndole y Oriente parecía dispuesto a apoyarlo. Resguardado tras los pantanos y murallas de Rávena, Honorio se negaba tozudamente a pactar con los visigodos y ahora contaba, además, con un nuevo y capaz jefe militar, el *magister peditum in praesentis* Constancio, que con paciencia sabría recomponer el poder militar de Occidente e imponer su hegemonía, ya que no la derrota y el exterminio, a los bárbaros que habían penetrado en las provincias.

Constancio era un militar con amplia experiencia. Nacido en Naissus, sirvió en los ejércitos de Teodosio I el Grande y participó en la dura batalla del Frígido y, al igual que Estilicón, quedó a partir de entonces en Occidente. Fue uno de los generales de Estilicón y lo vengó cumplidamente en cuanto cayó el misterioso Allavico y él ocupó su puesto como jefe de los ejércitos de Italia, 410, ordenando que se diera muerte a garrotazos a Olimpio y Eusebio, los causantes de la caída y ejecución del generalísimo. [1]

Como buen estratega, Constancio sabía que no contaba con fuerzas suficientes como para enfrentar a la vez a todos sus enemigos y que su mejor opción era identificar al más peligroso de ellos y concentrar sus recursos en su eliminación para, una vez logrado este objetivo, pasar al siguiente de la lista. Constancio tenía claro quién era el primero de esa «lista»:

Constantino III. De ahí que no inquietara a Ataúlfo y sus desconsolados godos, sino que se esforzara en frenar el intento de conquista de Italia encabezado por Constantino III en la primavera-verano del 410 y, superado el trance, en contraatacar invadiendo a su vez la Galia en la primavera del 411, con el claro propósito de eliminar al usurpador britano.



Figura 33: Mosaico de San Apolinar el Nuevo (Rávena), donde se representan las fuertes murallas que rodeaban a la ciudad de Rávena y su puerto, Classe, que obtuvo su nombre por ser lugar de ataque de la *classis* , la flota, del Adriático. Su posición estratégica, sus defensas y su puerto convirtieron a Rávena en una plaza inexpugnable, desde la que el emperador Honorio pudo tratar de mantener su tambaleante poder.

Algunos podrán manifestar su extrañeza. ¿Acaso no eran los godos saqueadores de Roma el principal enemigo del Imperio? Del Imperio sí, pero no de Honorio, y Constancio servía a Honorio y para este, era Constantino III y no Ataúlfo el principal peligro. De hecho, fue la silente amenaza que constituía Constantino III la que paralizó en buena medida la capacidad militar del ejército romano de Italia, más preocupado por impedir que el usurpador pasara a la península itálica que por enfrentarse a los godos de Alarico, primero, y de Ataúlfo, después. Sin Constantino III no habría habido un Alarico saqueador de Roma. Así que, cuando en el año 411 Ataúlfo condujo a su pueblo hacia Etruria y la Cisalpina, las fuerzas

principales del ejército de Honorio no estaban allí para hacerle frente, sino en Galia combatiendo a Constantino IIII.

Este último había sido proclamado emperador por las unidades del ejército destacadas en Britania y al contrario que sus dos efímeros predecesores, Marco y Graciano, que fueron eliminados por los soldados a los pocos días o semanas de ser alzados sobre el escudo como augustos, supo mantenerse con vida y en el poder para llevar a sus tropas britanas al continente. Era una medida de seguridad personal e imperial. Constantino, pese a ser un «hombre de las filas» –o eso nos dice Orosio–, sabía que solo se afirmaría en el trono si controlaba toda la prefectura de las Galias. Además, tenía más sentido estratégico que el mismísimo Estilicón e identificó el peligro: la invasión de alanos, vándalos asdingos, vándalos silingos y suevos de la noche del 31 de diciembre del 406. Estilicón había sacrificado de forma consciente a las Galias en favor de Italia y de sus ambiciones en Oriente y, con ello, se cercenó su brazo derecho, pues eran los ejércitos de Britania, del *limes* renano y de las Galias los que en verdad constituían la base de su poder junto con el oro y el trigo africanos y no Italia ni el espejismo oriental.



Figura 34: Díptico de marfil encargado por Anicio Petronio Probo, cónsul en el 406 en el Imperio de Occidente, dedicado al emperador Honorio, que aparece ataviado con atuendo militar, aunque nunca dirigió a sus tropas en batalla. En la imagen de la izquierda, sostiene un orbe con una Victoria en la mano izquierda, mientras que en la derecha porta un *vexillum* con la leyenda en latín: «En el nombre de Cristo, seas siempre victorioso».

Así que Constantino III desembarcó en Bononia (Boulogne) en la primavera del 407 a la cabeza de las unidades *comitatenses* de Britania y de algunas de las mejores tropas *limitanei* de la

diócesis insular y barrió a las bandas de saqueadores bárbaros. Sus primeras victorias le atrajeron el apoyo de las fuerzas romanas que aún se mantenían en la frontera del Rin y en las Galias, así como el de las élites del país, y con su concurso pudo restablecer de inmediato la seguridad del *limes* renano. [2]

Constantino siguió acertando en sus decisiones al establecer pactos con los pueblos más estables del *limes* –francos, alamanes y burgundios–, y con las espaldas cubiertas pudo volver su poder contra los invasores con los que libró reñidas pero exitosas batallas. Algunos de ellos, como una parte considerable de los alanos encabezados por el rey Goar, se pasó a sus filas como federados y el resto fue empujado hacia el sudoeste, hacia Aquitania.

Sus éxitos militares en las Galias y la frontera renana, sumados a la derrota estratégica que sus generales Edobico y Geroncio infligieron a Saros, el *magister militum* godo que Estilicón envió a las Galias para lidiar con Constantino III y a quien obligaron a levantar el asedio de Valentia (Valence), reforzaron la posición del usurpador britano, que pudo enviar a Hispania nuevos magistrados civiles y militares que sustituyeran a los que regían las siete provincias de la diócesis de Hispania en nombre de Honorio. Las nuevas autoridades nombradas por Constantino III recibieron de inmediato la adhesión de las élites locales y del pueblo. [3] Lo anterior no debe de extrañarnos. En el año 408, con los alanos, vándalos y suevos rondando por Aquitania y con el gobierno legítimo sacudido hasta sus cimientos debido a la caída y asesinato de Estilicón y por la amenaza de Alarico, las autoridades, élites y gentes de Hispania debían de vivir en una angustiosa inquietud y Constantino III, que controlaba a la mayor parte de las unidades militares de Occidente, parecía la apuesta más segura para acabar con esa angustia cuyo eco llegaba incluso hasta la lejana Palestina en donde san Jerónimo la consignaba en una de sus cartas. [4]

Sin embargo, en Hispania había, claro está, un partido favorable a Honorio encabezado por sus parientes: Dídimo, Veriniano, Lagodio y Teodosiolo. Estos cuatro personajes aparecen en las fuentes como jóvenes ricos y poderosos que no ostentaban cargos administrativos o militares en Hispania, pero cuyas grandes propiedades y su parentesco con la dinastía teodosiana les permitieron atraerse el favor de «tropas acuarteladas en la Lusitania», Διὰ τῶν ἐν τῇ Λυσιτανίᾳ στρατοπέδων como en realidad nos dice Zósimo en su texto y no «legiones de la Lusitania» como por error aparece en la traducción española, así como, con casi toda probabilidad, conseguir el apoyo de las guarniciones destacadas en las ciudades (*burgarii*), de cuya presencia tenemos noticia en Hispania en el año 400 [5] y, sobre todo, levantar ejércitos privados fundamentados en el reclutamiento de sus propios esclavos y colonos. [6] Con tan heterogénea tropa, Dídimo y Veriniano se enfrentarían a las huestes de Constantino III comandadas por Geroncio, *magister militum* britano de gran habilidad y al frente de tropas regulares procedentes de los ejércitos de Britania, Galia y la frontera germana entre cuyas unidades destacaban los llamados *Honoriaci* a los que Orosio tilda de bárbaros, pero que eran unidades regulares del ejército imperial que incluían en su nombre el apelativo de *Honoriani* por haberse constituido durante los primeros años del reinado de Honorio. En Occidente existían 14 unidades de *Honoriani* y 6 de ellas estaban destinadas en Galia y, por lo tanto, son susceptibles de ser identificadas como los *Honoriaci* de Orosio. Ahora bien, como este último insiste en su carácter bárbaro, en mi opinión solo dos de ellas, destinadas en Galia y reclutadas entre el 398 y el 402 a partir de guerreros de pueblos bárbaros, encajan a la perfección con el relato del historiador hispano. Esas unidades serían los *Honoriani atecotti seniores* , un *auxilia palatina* y los *equites Honoriani taifales iuniores* , una *vexillatio*

de caballería. Los atecotti, atacotes o atacotos, eran un pueblo instalado al norte del Muro de Adriano y tenían una pésima reputación como gentes salvajes que practicaban la antropofagia, mientras que los taifales, originarios de la antigua Dacia, eran posiblemente un pueblo mezclado de sármatas y godos que destacaban por su habilidad como jinetes y por sus costumbres guerreras. Me parece, pues, probable que sea a estas dos unidades, unos 500 infantes y otros tantos jinetes, a las que Orosio culpó de saquear los campos palentinos y de abandonar a su suerte la custodia de los pasos pirenaicos occidentales, lo que facilitó la invasión de alanos, vándalos y suevos de octubre del 409. Si bien es cierto que no se puede descartar, sino todo lo contrario, que entre esos *Honoriaci* citados por Orosio también se hallaran las otras cuatro unidades de *Honoriani* del ejército destacado en las Galias y que en su caso nutrían sus filas a partir de reclutas galos. Se trataría de las legiones *comitatenses* de los *lanciarii Honoriani gallicani* y de los *Honoriani felices gallicani* , del *auxilia palatina* de los *Honoriani ascarii seniores* y de la *vexillatio* de caballería de los *equites Honoriani seniores* , unos 3000 hombres, que, sin duda, son los «soldados galos» que también cita Orosio y que acompañarían de vuelta a las Galias a Geroncio en su desafortunada campaña contra Constantino III y su hijo Constante. [7] Pero aún faltaba para esa rebelión y, mientras tanto, la estrella de Constantino III seguía ascendiendo. Había puesto como cabeza visible de su gobierno en Hispania a su hijo y heredero, Constante, que se instaló en Caesaraugusta (Zaragoza) con su corte y con el prefecto del pretorio de las Galias, Apolinar, el abuelo del célebre Sidonio Apolinar, [8] y como ya hemos apuntado, envió contra Dídimo y Veriniano a Geroncio que, tras derrotar a las «tropas acuarteladas en Lusitania» con facilidad y verse en apuros frente a las huestes de campesinos y esclavos armados por los parientes de Honorio hasta el punto de tener que pedir refuerzos a

Constante, logró al cabo imponerse y hacer prisioneros a Dídimo y Veriniano, así como poner en fuga a Lagodio en dirección a Italia y hacer otro tanto con Teodosiolo que logró refugio en Oriente. [9]



Figura 35: Sólido emitido por Constantino III entre el 407 y el 411, en la ceca de Lugdunum. En el anverso, busto drapeado del emperador con diadema y leyenda D N CONSTANTINVS P F AVG. En el reverso, el emperador se yergue, sujetando en la diestra un estandarte y en la izquierda un globo con una Victoria. Constantino III aparece pisando a un bárbaro, en alegoría a sus intentos por controlar las correrías bárbaras que habían desbordado el *limes* del Rin y depredaban la Galia.

El relato anterior ha levantado muchos debates. Algunos especialistas han llegado a la conclusión de que, como la *Notitia dignitatum* no sitúa unidades del ejército de occidente desplegadas en Lusitania, la noticia de Zósimo es errónea y que se trataría sólo de milicias y que el ejército romano, simplemente se había evaporado. [10]

Pero que el Imperio hubiera licenciado, bien de forma activa, bien por falta de medios, a las unidades destacadas en Hispania, me parece realmente increíble. Lo que muestran los documentos previos al año 408 y la información arqueológica

es que Hispania seguía siendo una tierra próspera y muy enlazada con el poder central, amén de bien comunicada con el resto del Imperio. No hay motivo cierto para apoyar una disolución de las unidades militares que, por otra parte, no se dio en ningún otro lugar del Imperio, incluyendo a las mucho más expuestas, pobres y castigadas Britania y el Nórico en las que el testimonio de fuentes contemporáneas como Prisco, *La vida de san Severino* o *La vida de san Germán de Auxerre* , demuestran de forma contundente que las unidades romanas se mantuvieron activas en el Nórico hasta por lo menos los años iniciales de la década del 460 y que aún en la abandonada Britania los restos del ejército romano seguían perviviendo al servicio de las *civitates* y de señores de la guerra locales. [11] Así que me parece poco plausible que Hispania fuera una excepción y máxime cuando no se tienen pruebas positivas de ello, algo que ya resaltó Sanz Serrano en 2006 y 2009 al aportar, además, razones sólidas para desechar la extendida idea de que Hispania no contaba con tropas regulares hacia el 408 ni con posterioridad a esa fecha. [12]



Figura 36: Neptuno, mosaico de la villa de Carranque (Toledo). Se ha sugerido que dicha villa pudo haber sido erigida en el tercer cuarto del siglo IV por Materno Cinegio, tío del emperador Teodosio. En cualquier caso, representa la suntuosidad de las residencias rurales de la aristocracia hispanorromana, de cuyas propiedades podían obtener pingües recursos y reclutar hombres para sus ejércitos privados.

En mi opinión, una mejor lectura del texto griego de Zósimo y su puesta en relación con lo que realmente dice Orosio y completa Sozómenos, puede arrojar nueva luz sobre la cuestión. No obstante, no es este el lugar de entrar a fondo en semejante discusión historiográfica y baste ahora con fijar mi posición: Hispania contaba con tropas regulares e importantes y los textos, ya lo veremos, aportan pruebas de ello.

Aclarado el debatido punto anterior, volveremos al relato de los hechos. A comienzos del año 409, Constantino III era pues el dueño efectivo de la diócesis de Hispania. Eso le dio el poder necesario como para obligar a Honorio, a la sazón acogotado en Rávena por Alarico, a reconocerlo como colega. Honorio le envió un manto púrpura, lo que era un reconocimiento tácito de que Constantino compartía con él el gobierno del Imperio de Occidente y ese tácito reconocimiento se explicitó aún más con el consulado. [13]

En el verano de ese mismo año 409, el hijo y césar de Constantino, Constante, dejó a su mujer y a su hijo en su corte de Caesaraugusta y se presentó ante su padre en Arelate arrastrando tras de sí a los infortunados Dídimo y Veriniano. Constantino los recibió con un pésimo humor. El forzado y endeble acuerdo que había logrado establecer con el apurado Honorio se acababa de romper. Así que Dídimo y Veriniano pagaron la factura con su cabeza. Tras decapitar a los parientes de Honorio, Constantino III nombró augusto a su hijo Constante y comenzó a preparar su invasión de Italia. Contaba

con el secreto apoyo de Allavico, uno de los *magister militum* de Honorio y, en ese momento, agosto del 409, con Britania, las Galias e Hispania bajo su control y la frontera renana sólidamente defendida, todo parecía apuntar a que sería sin duda el triunfador de la guerra civil que se reanudaba. Entonces todo comenzó a irse al traste.

En Hispania las cosas se estaban complicando. Allí había quedado Geroncio al frente de las tropas hispanas, de las legiones galas y de las unidades de *Honoriani* integradas por atacotes y taifales. Puede que Constantino III anduviera corto de efectivo, o puede que el general britano no supiera controlar a sus tropas o, simplemente, que se tratara de castigar a los parientes y partidarios de Dídimo y Veriniano destruyendo sus haciendas. En cualquier caso, las unidades de *Honoriani* al servicio de Constantino III saquearon los *Palentini campis* , la actual Tierra de Campos, en Valladolid, Segovia y Palencia. A finales del siglo IV y en los primeros años del siglo V era una tierra rica. La arqueología ha puesto al descubierto que se alzaban allí enormes y prósperas villas dotadas de fastuosos mosaicos e instalaciones, como las *villae* de Pedrosa de la Vega o la de Dueñas, y sin duda los *Honoriani* quedaron satisfechos con su saqueo, pero no así los hispanos. El descontento de estos se elevó aún más cuando a finales del verano de aquel infausto año 409, Constante, antes de salir de Hispania camino de Arelate, ordenó a Geroncio relevar a las unidades militares hispanas de su tradicional cometido de protección y guarda de los Pirineos y sustituirlas por las unidades de *Honoriani* que acababan de saquear los *Palentinis campis* . [14] ¿Por qué? Las fuentes no son unánimes. Podría pensarse que Geroncio fue el verdadero instigador del reemplazo de unidades en los Pirineos y que con ello daba un primer y secreto paso en su rebelión. Debía ya de saber que Constante no estaba contento con él y, en efecto, el padre de este último ordenaría pronto que lo

relevara Justiniano. Así que el control de los Pirineos podía ser una medida de «seguridad» para Geroncio. Hemos visto ya que las unidades hispanas que guarnecían la cordillera se habían pasado sin lucha a Constantino III y quizá el general britano tuviera mayor confianza en los *Honoriani* a los que no en vano había llevado a la victoria sobre Veriniano y Dídimo y a los que se había recompensado con el saqueo de los *Palentinis campis* . Puede ser, no obstante las fuentes señalan no a Geroncio, sino al césar Constante como responsable de la orden de que los *Honoriani* sustituyeran a las unidades hispanas, en cuyo caso, el primero se limitó a aprovechar el descontento de los hispanos para sumarlos a su rebelión. Me inclino por la primera idea: Geroncio motivó el reemplazo de los hispanos por los *Honoriani* . Al fin y al cabo y como *magister militum* en Hispania era él quien aconsejaba y, en buena medida, decidía, sobre las cuestiones militares y aquella era sin duda una cuestión militar. Además, en Sozómenos se recoge un suculento pasaje que narra la muerte de Geroncio en septiembre del 411 en Hispania. En ese relato Sozómenos, contemporáneo de los hechos, nos informa sobre el singular rencor que los soldados hispanos guardaban a Geroncio y cómo ese rencor los llevó a soportar trescientas bajas en sus filas por mor de cobrarse venganza y propiciar la muerte del general. Creo que esa inquina hispana surgió tras la orden de relevo en los Pirineos que, como se sabe, propició la invasión bárbara de Hispania. Surgió del descontento de los soldados hispanos por esas órdenes y las fuentes primarias lo recogen de forma unánime. [15]

Y es que las cosas no pasaron como las había pensado el ambicioso *magister militum* britano Geroncio, pues los *Honoriani* que él destacó en los Pirineos no conocían bien aquellas montañas boscosas y quebradas y, lo que es más importante, no se preocuparon tanto como los hispanos por salvaguardar una tierra que, al fin y al cabo, no era la suya. Así

que cuando los bárbaros que merodeaban en Aquitania comenzaron a agitarse, no pudieron o no quisieron detenerlos y en los primeros días octubre del 409 un torrente bárbaro integrado por alanos, vándalos asdingos, vándalos silingos y suevos, no menos de doscientas mil almas, irrumpió en Hispania arrasándolo todo a su paso.

¿Cómo sucedió? Zósimo nos dice que Geroncio, alzado ya contra Constantino III al saber que este último había decidido sustituirlo por el *magister militum* Justo –o Justiniano–, acudió a los bárbaros para que estos movieran guerra contra Constantino III y le impidieran así enviar contra el rebelde a sus fuerzas. Del relato de Zósimo se infiere que esos bárbaros a los que Geroncio incitó contra Constantino se hallaban al norte y al este, en la Galia septentrional y en el *limes* renano y que logró su objetivo arrojándolos contra los habitantes de Britania y de Armórica, a la sazón todo el territorio galo que se extendía entre la desembocadura del Loira (el Liger de los romanos) y la del Sequana (Sena) que, al comprobar que Constantino III no acudía a su auxilio y se mostraba incapaz de frenar a los bárbaros, optaron por rechazar su autoridad. [16]



Figura 37: Villa tardorromana representada en un mosaico de Tabarka, Túnez (fin. s. IV-ppios. s. V). En el Bajo Imperio el eje socioeconómico se trasladó de la ciudad al ámbito rural. Así, se constata la decadencia de muchas ciudades –aunque con notables excepciones–, y las élites trasladarán sus residencias a las campiñas, erigiendo fastuosas villas, que se convierten en centros de poder basado en su control de los recursos agrícolas y la población, servil o libre, que los trabaja.

Pero si Geroncio no incitó a los alanos, vándalos y suevos a luchar contra Constantino ¿cómo fue que estos últimos penetraron en Hispania? Lo que sabemos de ellos es que merodeaban por Aquitania desde que Constantino III los derrotara en las duras batallas acaecidas allá por el verano y el otoño del 407. Y lo que es más, si se lee con atención a Zósimo se advierte que los alanos, vándalos y suevos fueron embolsados, ese sería el término militar más preciso, en la Aquitania sudoccidental por las fuerzas romanas: «Apostó Constantino guarniciones en esos lugares, a fin de que el camino a Galia no les resultara fácil. También consolidó, y

hasta el punto de una total salvaguarda, la seguridad del Rin». [17] El pasaje citado se sitúa a finales del 407 tras haberse narrado las victorias de Constantino contra las tribus invasoras de la Nochevieja del 406 y aclara por qué los alanos, vándalos y suevos quedaron neutralizados durante dos años: quedaron atrapados entre las guarniciones dispuestas por Constantino para proteger las Galias Lugdunense y Narbonense y las unidades hispanas destacadas en los Pirineos. Es por eso por lo que estaban embolsados en una región fértil, que sin duda agotaron a base de dos años de saqueo, motivo por el que alanos, vándalos y suevos estaban en situación crítica y hambrientos a finales del verano del 409, momento en el que el cerco romano saltó por los aires. Pues es innegable que las intrigas de Geroncio con los bárbaros situados en la región renana y los consiguientes ataques desencadenados por esos pueblos contra Britania y Galia septentrional destrozaron la estrategia de contención que Constantino III había puesto en pie a finales del 407, obligando ahora a Constantino, a inicios del otoño del 409, a retirar tropas del bloqueo aquitano que, sin duda, sujetaban a alanos, vándalos y suevos. Pero, entonces, ¿por qué los alanos, vándalos y suevos no se desparramaron por Galia y, sin embargo, pasaron a Hispania? Que lo hicieran así, que pasaran a Hispania, es la prueba evidente de que, en contra de lo que se ha sostenido recientemente, [18] no entraron en la diócesis de Hispania como aliados de Geroncio, sino como enemigos.

Pero ahora responderé a la pregunta de por qué no se echaron sobre la Galia Lugdunense o la Narbonense. Pues por dos razones: la primera porque Constantino III seguía contando con un ejército potente, tanto como para intentar en la primavera del siguiente año, 410, la conquista de Italia; y, en segundo lugar, porque como demuestra una atenta lectura de un confuso pasaje de Gregorio de Tours en el que se mezclan

acontecimientos del 407 con otros del 409, los nuevos bárbaros que penetraron en las Galias entre agosto y septiembre del 409, intimidaron e incluso acosaron a los alanos, vándalos [19] y suevos hasta ese momento confinados en Aquitania y que, hambrientos y desesperados, optaron por Hispania, defendida con menos tropas que Galia y menos «saturada» de bárbaros potencial o explícitamente hostiles.

Así que se trató de una invasión. Sencilla explicación y menos atractiva que la de la alianza, pero fiel a las fuentes. Y es que la documentación no menciona por ningún lado esa alianza, y los hechos, además, la desmienten. En efecto, los supuestos aliados se dedicaron a saquear y destruir la base de poder del rebelde Geroncio, Hispania, y en realidad no firmaron ningún *foedus* con él hasta que en el 411 lo hicieron con su emperador títere, Máximo, que fue elevado por Geroncio en la primavera del 410 cuando los invasores llevaban ya medio año saqueando la diócesis hispana. Además, si Geroncio hubiera contado con los al menos 40 000 guerreros que alanos, vándalos asdingos, vándalos silingos y suevos le hubieran podido proporcionar, no hubiera esperado a este año 411 para atacar la capital de Constantino III: Arelate. Solo cuando contó con un *foedus* con los invasores, el firmado por Máximo en el 411, realizó Geroncio dicho movimiento y, aun así, el tratado firmado fue tan poco ventajoso para su partido que los bárbaros apenas si hicieron otra cosa que dejar de amenazar la Tarraconense. [20]

Por si lo anterior fuera poco, los movimientos de Constantino en el verano del 410 desmienten el supuesto pacto de Geroncio con los alanos, vándalos y suevos. Y es que si Constantino III, que siempre demostró ser un buen estratega, hubiera tenido noticia de que su rebelde general, Geroncio, contaba con el apoyo de las tribus citadas, no hubiera dejado a su hijo y a su nuevo *magister* , Justiniano, solos ante semejante

desafío y, sobre todo, no hubiera organizado ni llevado a cabo lo que organizó y llevó a cabo en el verano del 410: la ya citada invasión de Italia. En efecto, en julio o agosto del 410, Constantino III se hallaba junto a las orillas del Po a punto de cruzarlo para poner sitio a Rávena y eliminar a su máximo oponente: Honorio. Contaba con el apoyo de Allavico, *magister militum* de Honorio. Pero, justo en ese momento, le llegó la noticia de que su secreto aliado en la corte y el ejército de Honorio había sido desenmascarado y ejecutado. Eso y las noticias que le llegaban desde Hispania: que su hijo Constante, ahora augusto, y su general, Justiniano, habían sido derrotados por Geroncio y que este había instalado en Tarraco a un nuevo emperador, Máximo el Hispano, y se disponía a invadir las Galias, le empujaron a abortar su campaña italiana y a volver a toda prisa a su capital gala Arelate. [21]

Ahora bien, si Constantino III hizo una apuesta militar tan arriesgada era porque confiaba en que la rebelión de Geroncio no podría ponerle en serios aprietos y si creía eso era porque consideraba que las fuerzas de Geroncio no eran tan poderosas como ciertamente lo hubieran sido de contar con el apoyo de los alanos, vándalos y suevos. No, Geroncio no contaba con ese apoyo y Constantino III lo sabía, del mismo modo que sabía que la invasión bárbara de Hispania le perjudicaba tanto a él como a Geroncio y al augusto títere de este último, Máximo, y por eso se atrevió a jugárselo todo en una invasión de Italia, pues esperaba que los alanos, vándalos y suevos causaran suficiente caos en Hispania y que su hijo y su *magister* Justiniano lograran aguantar lo suficiente como para que él acabara con Honorio, momento en que podría volver a Galia e Hispania y poner orden allí.

Pero todo salió mal. Constantino fracasó en su expedición italiana, Geroncio, dejando de lado a los invasores bárbaros, reunió sus tropas e invadió las Galias en persecución de

Constante, el hijo de Constantino III. Le dio alcance en Valentia (Valence) y le dio muerte allí. Luego se dirigió contra Arelate y puso sitio allí al recién retornado Constantino III. El caos había vuelto a Occidente, pero de ese caos iba surgiendo el más inesperado ganador: Honorio.

En efecto, en la primavera del 411 su general, Flavio Constancio, pasó a las Galias junto con su *magister equitum* , el godo Ulfila, y derrotó a Geroncio poniéndolo en fuga a él y a su augusto títere, Máximo, que trataron de refugiarse en Hispania. Geroncio sería asesinado por sus tropas hispanas, la mayoría de las galas se habían pasado en Arelate a las filas de Constancio y Máximo terminó refugiándose entre los bárbaros, alanos, vándalos y suevos, con los que había firmado su endeble *foedus* del 411. Constancio, por su parte, derrotó también al ejército de socorro que Edobico, el último general vivo y fiel que le quedaba a Constantino III, capitaneaba en dirección a Arelate. Tras esta victoria, Constancio rindió Arelate y tomó prisionero a Constantino. La cabeza de este último no tardó en separarse de su tronco y emprender por sí sola el camino de Rávena en donde alegró a Honorio. [22] Para ese entonces, septiembre del 411, Constancio estaba entretenido en Galia tratando de aplastar a otro usurpador surgido en la frontera renana y apoyado por los alanos federados del rey Goar y por los federados burgundios: Jovino. Otro proveedor de cabezas para el cada vez más fortalecido Honorio.

¿Y los godos de Ataúlfo? Estaban sufriendo mucho. Italia llevaba siendo devastada diez años y las ciudades no eran fáciles de tomar. Una tierra así, ciudades fuertes y campos esquilmados, no era buena para los visi. Así que Ataúlfo, tras llevarlos a Etruria y a la Cisalpina, optó por dejar Italia y pasar a las Galias en la primavera del 412.

Allí la fortuna no los acompañó. Flavio Constancio mandaba un ejército fuerte y tras la derrota de Geroncio y la rendición de

Constantino III, sumó a sus fuerzas la mayor parte de las de estos últimos. Demasiado poderoso para Ataúlfo y sus godos. Además, la Galia ardía con una nueva usurpación, la de Jovino que se alzó en Muntiacum (Main), y los guerreros alanos y burgundios que combatían por el nuevo usurpador no acogieron con los brazos abiertos a los godos recién llegados a Galia. No obstante, Jovino trató de atraerse a los godos de Ataúlfo y durante un tiempo estos se mostraron indecisos sobre qué partido tomar y vagaron por el sur de la Galia saqueando e incendiando. Al cabo, el hambre y el cálculo político inclinaron la balanza del lado de Constancio y Honorio. Ataúlfo se comprometió a luchar por ellos contra Jovino a cambio de trigo. Enfrentado a la alianza de los godos con el ejército de Constancio, Jovino comenzó a perder fuerza. La ciudad de Valentia (Valence) fue ferozmente saqueada por los visi de Ataúlfo y al cabo, Jovino y su hermano Sebastiano fueron apresados y ejecutados en Narbona antes de que sus cabezas se dirigieran diligentemente a Rávena para ocupar allí las picas que Honorio les tenía preparadas. [23]

Tras su éxito sobre Jovino, los godos de Ataúlfo fueron dirigidos a Burdigala (Burdeos), la ciudad más próspera y rica de Aquitania, en cuyo territorio se asentaron viviendo a costa de los ciudadanos romanos. Hasta ellos debía de llegar también el trigo comprometido por el pacto, pero la rebelión de Heracliano, *comes Africae* , impidió a Constancio o eso alegó él, cumplir con el envío de víveres a sus aliados godos. Furioso y desesperado, Ataúlfo llevó a sus gentes al saqueo de la Narbonense y se aproximó al principal puerto de la región en busca de víveres: Massalia. Allí, a finales del 413, chocó con las tropas romanas de Constancio y hasta se vio envuelto en un combate personal con un joven oficial, Bonifacio, futuro valedor de Gala Placidia y *comes Africae* . Bonifacio derribó a Ataúlfo y al parecer le perdonó la vida permitiéndole volver a

montar y retirarse por lo que se granjeó el aprecio del rey godo y de su gente.

Pese a todo, los encontronazos entre las tropas romanas y los guerreros godos continuaron. Y es que además del incumplimiento que el Imperio hacía del acuerdo de entregar víveres a los godos, había un punto de desencuentro insalvable y ese punto tenía nombre de mujer: Gala Placidia.

La hermana de Honorio era prisionera de Ataúlfo, mas una prisionera muy singular. De hecho, ambos se habían casado por «cópula», esto es, por hechos consumados, en el 411, en Italia y eso pese a que Ataúlfo estaba casado y conservó a su lado a su esposa goda. Así que, más allá de lo que marca la conveniencia política, Ataúlfo y Gala Placidia eran amantes y se entendían bien. De hecho, Ataúlfo no se recataba al reconocer abiertamente que su mujer romana actuaba como su principal consejera. Pero independientemente de que Ataúlfo y Gala Placidia fueran amantes, Gala Placidia era por encima de todo una princesa imperial, era hija de Teodosio I el Grande y por sus venas corría la sangre de los Valentinianos y los Teodosios y puesto que su hermano no parecía capaz de asegurar la continuidad de la dinastía en Occidente, la posible descendencia de Gala Placidia podría optar al trono imperial. [24] Así que Honorio y sobre todo Constancio, exigían su devolución a Ataúlfo. Y es que Constancio, ya jefe indiscutible de los ejércitos de Occidente, aspiraba a consolidar su posición casándose con Gala Placidia.



Figura 38: Retrato de mujer en el que se ha querido identificar a Gala Placidia, dado que porta la diadema, atributo de realeza (*ca.* 400-450). Museo dell'Alto Medioevo, Roma.

Así que la guerra, el pan y una princesa eran las claves de la inestable alianza entre los godos y los romanos, pero también de la fragilidad de la misma. Por eso, cuando a finales del verano del 413 se produjo la derrota y muerte del *comes Africae*

Heracliano, Honorio y Constancio se encontraron con que la caterva de usurpadores había ido menguando muy rápido hasta desaparecer y que, por lo tanto, Ataúlfo y sus godos ya no eran imprescindibles, sino tan solo convenientes. Así que las presiones sobre el rey de los visi para que devolviera a Gala Placidia aumentaron de tono. Y es que Flavio Constancio insistía en casarse.

Pero quien se casó fue Ataúlfo. El rey godo prefirió romper su endeble pacto de conveniencia con el Imperio y casarse con Gala Placidia. Lo hizo el 1 de enero de 414 y como sabía que aquello era una implícita declaración de guerra a Honorio y Constancio, previamente elevó de nuevo a la condición de augusto al patético Prisco Átalo que asistió como emperador títere a la boda de Ataúlfo y Gala Placidia en Narbona, sancionándola con su presencia, pues desde la promulgación de una ley de Valentiniano I las bodas entre bárbaros y romanos estaban prohibidas y solo la voluntad de un augusto podía dejar en suspenso dicha ley mediante la concesión de la ciudadanía romana. [25] Fue una ceremonia romana en la que Ataúlfo se presentó vestido no como un rey godo, sino como un general romano y en la que se cantaron los tradicionales himeneos o cantos de boda romanos. El novio ofreció a la bellísima e inteligente princesa romana 50 jóvenes esclavos vestidos de seda y 2 enormes bandejas de plata repletas la una de monedas de oro y la otra de piedras preciosas. Una generosa porción del botín hecho en Roma por los godos más de tres años atrás. [26]

Orosio, que tuvo ocasión de recoger en Belén el testimonio de un asistente a la boda de Ataúlfo y Gala Placidia, un noble de Narbona bien relacionado con Ataúlfo, nos dice que el rey godo confesaba lo siguiente: [...] que él en un primer momento había deseado ardientemente que en todo el Imperio romano, borrado incluso el nombre de romano, fuese de hecho y de nombre sólo de los godos, y que, por hablar en lengua

corriente, lo que antes fue Romania ahora fuese Gotia, y que lo que antes fue César Augusto, fuera ahora Ataúlfo; pero que, cuando la experiencia probó que ni los godos, a causa de su desenfrenada barbarie, podían en absoluto ser sometidos a leyes, ni convenía abolir las leyes del Estado, sin las cuáles un Estado no es Estado, prefirió buscar su gloria mediante la recuperación total y el engrandecimiento del Imperio romano con la fuerza de los godos y ser considerado por la posteridad como el autor de la restauración de Roma, después de no haber podido ser su sustituto. [27]

Más allá de las diplomáticas palabras del rey godo con aspiraciones a *magister militum* romano y de la habilidad de Orosio para encajar las invasiones bárbaras de su tiempo en el plan divino y en la historia romana, la lectura entre líneas del pasaje anterior revela la verdadera intención de Ataúlfo: el rey godo, más que romper con Roma, se proponía restablecerla en todo su poder y en esa majestuosa propuesta se podía hallar otra más personal y también más real, ofrecerse él mismo a Honorio como cuñado y, sobre todo y con el lazo familiar establecido entre ambos, proponerse al emperador como *comes et magister utriusque militiae* y, por ende, como sustituto de Flavio Constancio y verdadero gobernante del Imperio romano.

Era mucho proponer. Flavio Constancio había enviado muchas cabezas de usurpadores a Rávena, tenía controlado al ejército y, además, había puesto en valor el gran as en la manga de Roma: el dominio del mar. Y es que la respuesta a Ataúlfo del encolerizado pero astuto Constancio fue bloquear el puerto de Narbona y, una vez más, hizo mediante el hambre la guerra.

Y la hizo con éxito. Ataúlfo tuvo que evacuar Narbona ante el avance de Constancio y el hambre debilitó sus huestes. Pronto se restablecieron las negociaciones entre godos y romanos. Átalo fue depuesto otra vez y oportunamente capturado por Constancio que lo envió a Rávena en donde la

colección de cabezas de usurpadores era tan amplia que Honorio no le agregó la cabeza de Átalo, sino que simplemente le amputó la mano en un gracioso gesto de clemencia. [28] Para ese entonces y pese a la captura de Átalo, Flavio Constancio no se sentía muy contento, quería a Gala Placidia, pero debió de reconocer que Ataúlfo y sus godos eran un hueso demasiado duro de roer y una herramienta todavía demasiado necesaria, pues aunque los usurpadores habían sido vencidos y África e Italia estaban firmemente en manos del gobierno de Rávena, la situación en Galia aún no estaba estabilizada y era deseable restaurar el dominio imperial sobre una Hispania que, más allá de la Tarraconense, era un salvaje y bárbaro caos. Así que ofreció a Ataúlfo nuevas condiciones para un *foedus* y mientras el nuevo pacto se negociaba, facilitó o más bien hizo insoslayable, el paso del rey godo a Hispania, a la Tarraconense en la que desde el otoño del 411 se había ido restableciendo el mando de las autoridades fieles al gobierno de Honorio. [29]

Hispania era un desastre. Constancio necesitaba a los godos para arreglarlo y por eso les facilitó la entrada en la Península. Jordanes trata en su obra de presentar a Ataúlfo como legítimo regidor de Hispania y hasta alude a los combates con los vándalos. Lo cierto es que Ataúlfo, como aclara Salviano de Marsella, se vio obligado a dejar las Galias por mor del bloqueo y de la presión militar de Constancio. En las Galias, simplemente, no podía alimentar a su pueblo sin el apoyo romano y este no terminaba de cuajar. De hecho, Ataúlfo murió sin firmar su ansiado *foedus* con Honorio y sin dominar otra tierra que la que pisaban sus godos. [30]

El rey godo había asentado sus reales en Barcino (Barcelona) y todo parecía a punto para que una nueva etapa de acuerdo y colaboración se abriera paso entre romanos y godos, cuando fue repentinamente asesinado por un miembro de su comitiva, un hombre del que se había burlado y que fue utilizado por

Sigerico, hermano de Saros, el antiguo rival de Alarico al que Ataúlfo había dado muerte en la Galia en el 412. Sigerico, pese a someterse a Ataúlfo, no olvidaba aquella deuda de sangre. Era el jefe de la estirpe real de los rosomones, uno de los varios linajes reales que habían dado jefes a las facciones godas y, sin duda, una dinastía enconadamente opuesta a los baltingos.

El regicidio sucedió a primeros o mediados de agosto del 415, pues la noticia del asesinato fue conocida en Constantinopla el 24 de septiembre de ese mismo año. A continuación, Sigerico se proclamó rey y se aseguró de asesinar también al hermano de Ataúlfo y a los hijos que el rey tenía con su esposa goda y puesto que el hijo que había tenido con Gala Placidia, Teodosio, había muerto pocas semanas antes de su asesinato, no parecía quedar rival alguno frente al rosomón y Gala Placidia aparecía ahora sin protector. La princesa romana fue entonces violentada por Sigerico y humillada al ser obligada por el nuevo *rex* de los visi a marchar a pie junto a su caballo por la calzada que salía de Barcino, mostrándola al pueblo godo como una cautiva y no como a una reina de los visi o como a una princesa imperial digna de ser respetada. El reinado de Sigerico no duró más que una semana. Los godos, hastiados de su violento carácter, lo asesinaron y elevaron sobre el escudo a Walia. [31]

Si analizamos la figura y el reinado de Ataúlfo, tradicional pero erróneamente tenido por el primer rey godo de España, nos encontraremos que, al igual que Alarico, fue un hombre fracasado. Del mismo modo que su predecesor, su verdadera y frustrada ambición era la de ser un magistrado romano poderoso. Es decir, integrarse en el Imperio y encontrar en él el poder y la gloria que ansiaba y, en ese camino, acomodar también dentro del Imperio a su pueblo. Murió, asimismo, sin conseguirlo. Fue más ambicioso que Alarico y esa falta de realismo político le llevó al fracaso. De hecho, lo reconoció al

final de su vida. Ya era tarde y el puñal del asesino le impidió completar su rectificación y recoger los frutos de la misma. Sería Walia, uno de los parientes de Ataúlfo, el que lograría cumplir la ambición de ambos, de Alarico y Ataúlfo: encontrar su lugar en el Imperio. Sí, y sería él quien llevaría las armas de los visi a enseñorearse por primera vez de una tierra peligrosa y desangrada: Hispania.

ESPERANDO A LOS BÁRBAROS. HISPANIA A COMIENZOS DEL SIGLO V

A finales del siglo IV e inicios del siglo V, Hispania seguía siendo una tierra bastante próspera y bien administrada. Gracias a varias disposiciones del Código Teodosiano sabemos que el vicario de Hispania entre los años 397 y 399 se llamaba Petronio y que la vida y actividad de las ciudades de su diócesis era pujante. [32] Petronio tuvo además fluida relación con el famoso senador y literato Símaco, un influyente hombre que había sido cónsul y prefecto de Roma, amén de gobernador del África proconsular y que, para pasmo de la posteridad, tuvo también tiempo de escribir un torrente de cartas, unas novecientas, que intercambió con los personajes más afamados y mejor situados del Imperio y entre ellos con dos de los tres últimos vicarios de la diócesis de Hispania, Petronio y Macrobio, [33] que la gobernaron entre el 397 y el 402. En una de esas cartas, dirigida a Petronio en el 399, Símaco, que se hallaba negociando la compra de unos caballos para los carros que participarían en las carreras que celebrarían en Roma la pretura de su hijo, se mostraba impaciente. No era la primera vez que el riquísimo Símaco compraba caballos en Hispania y no sería la última. Y es que Hispania era en ese tiempo una de las grandes cuadras imperiales [34] y abastecía al ejército de Occidente de caballos de guerra y silla, amén de contar también con yeguadas propiedad de particulares destinadas al comercio. Al respecto de la secular fama de los caballos hispanos, que se

remontaba a época republicana, decía Símaco hacia el año 400 a su corresponsal en Hispania, Perpetuo: «[…] te ruego que entre todas las manadas en las que Hispania es rica, escojas con diligencia a los que sean más selectos por su raza y destaquen por su velocidad». [35]

La fuerte asociación de los caballos con Hispania en esta época se refleja también en la obra de un contemporáneo de Símaco, Flavio Vegecio Renato, casi con toda probabilidad un hispano, que ostentaba el título de *vir illustris* y que por ende debía de estar entre los catorce hombres más poderosos de Occidente. Pues bien, Vegecio escribió una obra maravillosa a inicios del siglo V, la *Mulomedicina* , en la que estudiaba con detalle las razas, cría y cuidados de los caballos y en donde ensalza los equinos hispanos como los mejores. [36]

El último vicario de Hispania que conocemos se llamó Vigilio y gobernó la diócesis de Hispania entre el año 402 y el 404. [37] Como vemos, la administración romana seguía funcionando, el comercio y los contactos con el resto del Imperio también y el correo y las postas seguían en buen estado. Las élites hispanas estaban bien situadas y eran opulentas y los cargos administrativos superiores se proveían mediante nombramientos hechos desde la corte imperial.

La diócesis de Hispania tenía a su cabeza a un vicario (*vicarius Hispaniae*) con el rango de *vir spectabilis* (hombre admirable), cuya sede o capital era Emerita Augusta (Mérida), desde donde supervisaba el gobierno de las siete provincias que componían la diócesis: Bética, Lusitania, Gallaecia, Tarraconense, Cartaginense, Tingitana y Baleares. Así que dos de las provincias que integraban la diócesis eran extrapeninsulares: Tingitana, más o menos el norte del actual Marruecos, y Baleares.

La población de la península ibérica hacia el año 400 se suele estimar entre 3,5 millones, la cifra más baja, y 8 millones la más alta. [38] Son pocos los estudios que se han hecho al respecto y no suelen establecer comparativas con otras regiones del Imperio, ni centrarse en los siglos IV o V y, además, la tendencia en la historiografía española actual es a establecer cálculos absurdamente bajos que entran en colisión con los resultados de estudios más exhaustivos realizados en otros países como Gran Bretaña. Los cálculos más sensatos suelen situar la población hispana en 6 millones, lo que me parece lógico y bastante aproximado a la realidad. Aunque yo rebajaría algo la cifra hasta los 5 600 000 habitantes, teniendo en cuenta su superficie, unos 596 700 km^2 y lo irregular de la distribución de la población, bastante densa para los parámetros de la antigüedad, por encima de 10, de 12 y hasta de 15 hab./km^2 en buena parte de la Bética, en las zonas meridionales y costeras de la Cartaginense y en las costas y el valle del Ebro de la Tarraconense, así como en algunas áreas del valle del Guadiana, pero de entre 3 y 5 hab./km^2 en las mesetas y montañas del interior y de entre 5 y 10 en las mejores zonas de Gallaecia y Lusitania occidental y meridional, por lo que el promedio estaría en unos 9,4 hab./km^2 y sería similar al de la actual provincia de Soria, 9,3 hab./km^2 , la provincia con menor densidad de la España y el Portugal actuales. Si se desea un ejemplo contemporáneo con el que comparar la Hispania romana del siglo IV, se puede acudir a la diócesis de Britania que con sus alrededor de 150 000 km^2 contaba con una población hacia el 350 que la arqueología británica ha establecido recientemente en unos 4 millones de habitantes. Es decir, un promedio de más de 26 hab./km^2 . Mientras que el África romana durante los siglos V al VII contó con unos 4,5 millones de habitantes para un territorio real de algo más de 300 000 km^2 , unos 13,3 hab./km^2 , y el Asia Menor romana

hacia el año 600 superaba los 6 millones para un área total que rondaba los 550 000 km^2 contando con unos 11 hab./km^2 . De hecho, los estudios más precisos señalan promedios de población en el Imperio bizantino de los siglos VI, XI y XII que oscilan según las regiones entre los 9 y los 24 hab./km^2 y que promedian unos 16 para todo el Imperio, por lo que mi propio cálculo para Hispania, 9,4 hab./km^2 hacia el año 400, me parece prudente. [39]

Había una extensa red de ciudades por lo general amuralladas y de pequeño tamaño. Un centenar de ellas alcanzaba o se aproximaba a los 2000 habitantes y de ese centenar, es probable que un cuarto rondara los 5000. De entre todas ellas destacaba un puñado de ciudades de entidad y prosperidad notables, la mayor de las cuales era Emerita Augusta, que en sus mejores tiempos llegó a superar las 100 ha de extensión y a rozar los 30 000 habitantes y que a inicios del siglo V aún debía de contar con unos 20 000. Tras ella estaban Corduba (Córdoba), Tarraco (Tarragona) e Híspalis (Sevilla), que en su mejor momento se extendieron sobre unas 70 ha y que hacia el año 400 pasaban de los 10 000 habitantes; Caesaraugusta, Cartago Nova (Cartagena) y Olissipo (Lisboa) pasaban con holgura de los 5000 y probablemente se aproximaban a los 10 000, y otras, como Barcino, Toletum (Toledo) o Ilíberis, poseían murallas, pero apenas si alcanzaban los 2000 habitantes. [40]

Las ciudades seguían siendo ante todo centros administrativos y comerciales. En el Egipto contemporáneo, que nos proporciona abundante información papirológica, uno de cada tres habitantes de sus ciudades trabajaba de una manera u otra para la administración imperial, provincial o local. [41]

Se ha estimado que hacia el año 400 entre el 15 % y el 20 % de la población vivía en ciudades. El resto lo hacía en aldeas, granjas y *villae* . Estas últimas eran la residencia de las élites y, a

menudo, eran lujosas construcciones en torno de las cuales o cerca de ellas, se distribuía la población dependiente que trabajaba en los campos, talleres e instalaciones domésticas: colonos, esclavos y sirvientes. [42] De hecho, a menudo, las *villae* eran núcleos casi autosuficientes. Estos grandes propietarios ejercían influencia y tenían posesiones en varias de las provincias de la diócesis y las familias más poderosas extendían sus intereses por otras diócesis y se hallaban enlazados política, personal y económicamente con el resto de las élites del Imperio.

La llegada de Teodosio I y su dinastía al poder significó para algunas de las grandes familias hispanas una nueva proyección de su influencia en el Imperio y un semillero de oportunidades para escalar puestos en la administración, el ejército y la política. Tal fue el caso de Merobaudes, poeta y militar de origen hispano que sirvió bajo Valentiniano III y Aecio como *magister militum* . [43] Algunas de estas grandes familias estaban también reorientando su acción y sus inclinaciones hacia el ámbito religioso. A veces por puro interés, y otras por razones de fe. Un caso paradigmático nos lo ofrece Egeria, una noble hispana, quizá emparentada con Teodosio I, que entre el 381 y el 384 emprendió un largo viaje motivado por su fe y por su irrefrenable curiosidad, que la llevaron a cruzar el Mediterráneo y visitar Egipto, Palestina, Siria, Asia Menor y Constantinopla. Egeria, rica y culta, nos ofrece una instantánea del tipo de mujer noble de la Hispania Romana, similar al que ofrecían contemporáneas suyas como la italiana Melania. Egeria recogió su viaje en un hermoso y elegante testimonio en forma de vívido y curioso itinerario. [44]

La economía era en esencia agraria. [45] Hispania había sido desplazada por África de los mercados italianos y galos del aceite de oliva en el siglo II, pero la producción olivarera seguía siendo muy importante y a ella se sumaban los cereales y la vid.

La ganadería en especial era destacable en el noroeste y en las mesetas y, como hemos visto más arriba, las manadas de caballos eran célebres y ofrecían un suculento comercio. La pesca y la industria del salazón, sobre todo el atún y la caballa, seguían siendo reseñables y aunque la minería había cambiado mucho desde los tiempos de las descripciones de Plinio y Estrabón, pues había pasado el tiempo de las grandes explotaciones mineras auríferas como las celebérrimas de las Médulas o las de la Sierra del Teleno en León, o de las argentíferas como las de la Sierra de Cartagena en Murcia o Cástulo en Jaén, sabemos por dos disposiciones de Valentiniano y Valente emitidas en el 365 y el 369, que se autorizaba a todos los habitantes del Imperio a buscar y explotar yacimientos de oro a cambio de pagar al fisco 8 *escrúpulos* , unos 8,9 g de oro por hombre empleado y año de explotación, y parece que el mismo criterio se aplicaba a otras explotaciones de metales y minerales valiosos como la plata, el cobre, el estaño, el plomo o el cinabrio. De estas disposiciones legales y de algunas noticias dadas por Amiano Marcelino y Zósimo, se deduce que el grueso de la explotación minera estaba en manos privadas y que se trataba de pequeñas explotaciones, a menudo artesanales y muy lejos de las grandes empresas bajo supervisión estatal de la época del Principado. La mayoría de las antiguas minas se abandonaron a finales del siglo II o durante el III y solo el lavado artesanal de oro en los ríos del noroeste y en Lusitania seguía siendo rentable y aportando una cantidad considerable de oro. Jordanes, por ejemplo, resaltaría la riqueza aurífera del Tajo. Asimismo, se mantuvo una menguada explotación argentífera en Cartagena y Sierra Morena. [46]

Lo que hoy llamaríamos «presión fiscal» se situaba a finales del siglo IV en un promedio ligeramente por debajo del 10 %, un porcentaje que cobra su verdadera dimensión si lo comparamos con el promedio aplicado en España en 2018: el

38 %. Ahora bien, una vez fijados los impuestos, práctica realizada cada quince años, era casi imposible lograr una reducción de los mismos aunque el contribuyente hubiera visto alteradas o mermadas sus capacidades productivas o contributivas por mor de imponderables como las malas cosechas, las sequías, los robos, las epidemias, etc., y los cobradores de impuestos eran violentos e implacables y, en muchas ocasiones, corruptos. Ahora bien, nada nos invita a pensar que la corrupción de la administración imperial de los siglos IV y V fuera más aguda que en otras épocas del Imperio. 47 En todo caso la administración fue más eficaz, entre otras razones porque constituía un cuerpo mucho mejor dotado y estructurado. Lo que sí es cierto es que las cargas extraordinarias, como las que recaían sobre la población cuando las unidades militares se desplazaban por el territorio o cuando se acuartelaban en una ciudad, podían volver insoportables las condiciones de vida de los contribuyentes y si a eso sumamos las guerras civiles y las invasiones, con su secuela de exacciones violentas, saqueos y destrucción, no es raro que las fuentes nos pinten panoramas sombríos y, a menudo, apocalípticos.

El cristianismo era ya la religión dominante en buena parte del territorio y desde luego en las ciudades. De hecho, uno de los primeros concilios de los que conservamos las actas es el de Ilíberis, celebrado hacia el 306 y el papel de Osio, obispo de Corduba en el Primer Concilio Ecuménico de Nicea o del también hispano Dámaso, que fue papa de Roma entre los años 366 y 384, fueron determinantes en la organización de la Iglesia y en la consolidación del cristianismo en el Imperio.

El cristianismo hispano a inicios del siglo V seguía enredado con la herejía priscilianista y mantenía una enérgica actividad, además de relacionarse activamente con otras iglesias. Orosio, al que hemos citado ya tantas veces, se refugiaría en África durante el periodo más duro de las invasiones y establecería

fuertes lazos personales con san Agustín, amén de visitar a san Jerónimo en Belén. Gozó de gran prestigio y su fama de hombre docto puede aquilatarse leyendo la mención que de él hizo en su *Crónica del conde Marcelino* , redactada en el Oriente bizantino en la década del 540. [48] Hidacio, el otro gran cronista y eclesiástico hispano del periodo de las invasiones, también viajaría a Oriente y tendría, asimismo, una intensa influencia de la figura de san Jerónimo. El cristianismo comenzó a cambiar el aspecto de las ciudades y los obispos hispanos, como los de todo el Occidente romano, desempeñarían un papel destacado en la defensa, supervivencia y organización y gobierno de las ciudades hispanorromanas durante el siglo V. [49]

El paganismo, por su parte, quedó relegado en esencia al norte peninsular y a zonas marginales. En la Cantabria y la Asturias romanas, mucho mayores que las actuales, y en amplias regiones de Gallaecia y de los Pirineos occidentales, los paganos seguirían siendo muy numerosos hasta bien entrado el siglo VII y en algunas regiones, como entre los vascones asentados en ambas vertientes de los Pirineos y que desde el siglo V estaban conquistando el actual País Vasco, ese paganismo pervivió en algunos lugares hasta bien entrado el siglo IX. [50]

La defensa de la diócesis quedaba a cargo en la Tingitana, la provincia africana, de un pequeño ejército *comitatense* formado por 5 unidades, unos 3000 efectivos, y de tropas *limitanei* , 8 unidades, unos 4000 efectivos, todas ellas bajo el mando de un *comes* . Mientras que en la Península en la *Notitia dignitatum* se mencionan 7 unidades *limitanei* , una legión, la célebre VII Gemina, 5 cohortes y 1 *numeri* , unos 4000 efectivos, aunque no está claro qué época exacta refleja el despliegue de estas unidades. Lo que sí sabemos por la *Notitia dignitatum* y por la ya citada carta de Honorio a los soldados establecidos en Pompaelo es que en el año 416 se constituyó un ejército

comitatense integrado por 16 unidades, 11 *auxilia palatina* y 5 legiones *comitatenses* , unos 10 500 efectivos, despliegue sobre el que volveremos más adelante. [51] Sobre esta tierra que, en esencia, llevaba casi ciento cincuenta años en paz, se abatió primero la pesadilla de la guerra civil y luego la invasión bárbara.

BÁRBAROS INVASORES Y BÁRBAROS SALVADORES (409-429) A inicios de octubre del 409, a través de los pasos del Pirineo occidental, una riada de gentes extrañas, alanos, vándalos silingos, vándalos asdingos y suevos, penetraron en la diócesis de Hispania. Los alanos, ya lo hemos visto, eran un pueblo indoiranio habitante de las estepas del Ponto. Jinetes feroces y hábiles, llevaban el nomadismo y la guerra impresos en su cultura y en el año 409 seguían siendo paganos. Las fuentes señalan que eran el pueblo dominante del grupo de invasores. Ya lo habían sido durante el paso del Rin y fue gracias a ellos que los vándalos sobrevivieron a su choque con los francos en el 406. No obstante, más de la mitad de ellos había quedado en las Galias bajo el rey Goar y puede que su número no fuera ya tan imponente, pese a lo cual siguieron ostentando la hegemonía entre los pueblos invasores de Hispania. Por su parte, los vándalos estaban divididos en dos grandes grupos, cada uno con su rey, silingos y asdingos. Eran germanos y hablaban un idioma similar al godo. De hecho y como se recordará, se habían enfrentado una y otra vez a los godos desde el siglo III. Al igual que estos últimos, muchos vándalos, probablemente o al menos la mayoría de sus élites, eran cristianos arrianos. Los suevos

eran el grupo más pequeño. También eran germanos y procedían del Danubio Superior y Medio. La mayoría de ellos seguían siendo paganos y una parte de su pueblo se quedó en Germania, frente a la frontera del Nórico, y allí seguían a finales del siglo VI, pero el grupo que penetró en Hispania destacaría pronto por su belicosidad.

¿Cuántos eran los bárbaros que penetraron en Hispania? E. A. Thompson estimó su cifra en 200 000 [52] y Javier Arce, de acuerdo con la pauta general de la historiografía española, parece aceptar esta cifra, aunque señala que es puramente especulativa. Llega también a aceptar que los vándalos, asdingos y silingos, sumarían unas 100 000 personas. Sitúa la cifra de vándalos que pasaron a África en 50 000 –confundiendo de paso asdingos y silingos– y apunta a que los alanos serían muchos menos, afirmación esta última que, aunque resulte paradójico y para mantener las cifras totales del cálculo de Thompson, obligaría en correspondencia a aumentar el número de los suevos de forma desproporcionada. En suma, un ejercicio de cálculo demográfico que, sin embargo, señala una gran contradicción que Arce no logra explicar: ¿si los alanos eran tan pocos, por qué eran el pueblo dominante? [53]

Lo más correcto a mi parecer es seguir en líneas generales el análisis de Peter Heather que estimó en unos 30 000 guerreros las fuerzas que atravesaron el Rin el 31 de diciembre del 406 y en unos 120 000 el total de hombres armados de los principales pueblos que tomaron parte en la caída del Imperio de Occidente. Heather calculó que los visigodos, en su momento de máximo poder con Alarico en agosto del 410, quizá llegaron a juntar a 40 000 hombres en armas y esto proyectaría una cifra de más de 160 000 personas para su pueblo, mientras que otros grupos bárbaros, como los burgundios, podían reunir unos 15

000 guerreros y sumar unas 60 000 personas hacia el 450, y grupos más pequeños como los suevos no pasarían de los 5000 guerreros y los 20 000 integrantes. Heather, como ya hemos apuntado, cifra en unos 30 000 guerreros los sumados por alanos, vándalos y suevos el último día del año 406 y eso proyectaría una cifra total de unas 120 000 personas penetrando en las Galias. [54] Ahora bien, veinte años después de la invasión de Hispania del 409, en el 429, Genserico, a la sazón rey de los vándalos y alanos, dividió a su pueblo antes de embarcarlo para cruzar el Estrecho de Gibraltar en 80 grupos de 1000. [55] Parece que el objetivo de Genserico era dotar a sus seguidores, un heterogéneo grupo formado sobre todo por la mayor parte de los asdingos y por los supervivientes de los alanos y silingos, de una nueva organización que superara las viejas divisiones étnicas y tribales. Víctor de Vita, que escribió en la segunda mitad del siglo V, especifica que se trataba de todo el pueblo de Genserico, guerreros, mujeres, niños y esclavos y que el total era de 80 000 personas. Procopio, que estuvo en el África vándala junto a Belisario, observaba que esa división en grupos de un millar realizada por Genserico en el año 429 pervivió en la organización militar del reino vándalo y que cada una de las 80 divisiones originales proporcionaba al ejército en el año 533 un millar de guerreros. Pero junto con esa información, Procopio ofrece otra aún más preciosa para nuestro cálculo: la de que en origen los vándalos y los alanos no llegaban a sumar 50 000 guerreros. [56] Ese dato, procedente de los propios vándalos con los que Procopio tuvo amplio trato en África, apunta a que, en un principio, quizá cuando cruzaron el Rin, asdingos, silingos y alanos debían de sumar algo más de 45 000 guerreros y, por ende, conformar una masa total de 180 000 personas. Si tenemos en cuenta lo anterior, los años de guerra, las campañas de exterminio lanzadas por godos y romanos, y las divisiones, deserciones y agregaciones de gentes,

en mi opinión se pueden retocar algo las cifras del maestro Peter Heather y llegar a la conclusión de que los vándalos, silingos y asdingos, rondarían las 100 000 personas en el 409 y que los alanos no bajarían de 40 000, mientras que los suevos pasarían a su vez de los 20 000. Es decir, podemos establecer en unos 165 000 el máximo del número total de invasores. Las cifras anteriores nos darían como resultado unos 40 000 guerreros. Una fuerza impresionante y con una capacidad destructora brutal que nos ayuda a entender por qué el patricio y *comes et magister utriusque militiae* Constancio tuvo tanta paciencia con Ataúlfo pese a su descaro y ambición: simplemente los bárbaros invasores de Hispania eran una fuerza demasiado poderosa como para que el Ejército romano se ocupara en solitario de ellos.

Un contingente de 40 000 hombres armados y dispuestos a saquear, exigir tributos e imponer su voluntad pueden hacer un daño terrible. La tendencia historiográfica más en boga que minimiza el impacto de las invasiones y relativiza, cuando no ridiculiza, los testimonios contemporáneos, olvida la realidad de cuánto daño puede hacerse mediante la violencia descontrolada y cómo impacta esa violencia en sociedades organizadas y pacíficas. Puede que cuando un contemporáneo escribía con respecto a la invasión de las Galias de la Nochevieja del 406: «toda la Galia ardió en una enorme pira humeante», exagerara. Pero la gente que ha visto arder su ciudad, su aldea o su casa tiene esa tendencia a «exagerar» y también la tienen los que han visto asesinadas a sus familias o a sus vecinos. Creo que es imprescindible para el historiador no perder su empatía al acercarse a estos textos y recordar cuán terrible es la experiencia de la guerra incluso en nuestros días. A este respecto, Arther Ferrill ya advirtió esa falta de empatía de la historiografía actual hacia los invadidos: «Algunos historiadores, particularmente los que ven este periodo como de transformación más que de

colapso, también ignoran, rechazan o ridiculizan, los testimonios de la gente que sufrió la época de las invasiones. Veremos que ese testimonio es demasiado importante para ser ignorado, y sólo la ceguera o la insensibilidad pueden rechazarlo o ridiculizarlo». [57]

Es evidente que los invasores no pudieron aniquilar por completo ni a la población, ni a las estructuras romanas, entre otras cosas porque ese nunca fue su propósito, pero sí causaron terror y cuantiosos daños personales y materiales y en no pocos lugares su violencia, como en cualquier zona de conflicto bélico, desató escenas apocalípticas. Hidacio, que escribió hacia el año 468, decía al respecto de la invasión de Hispania por alanos, vándalos y suevos: Los bárbaros que habían penetrado en las Hispanias, las devastan en lucha sangrienta. La peste hace por su parte no menos rápidos estragos. Desparramándose furiosos los bárbaros por las Hispanias. El tiránico exactor roba y el soldado saquea las riquezas y los mantenimientos guardados en las ciudades; reina un hambre tan espantosa, que obligado por ella, el género humano devora carne humana, y hasta las madres matan a sus hijos y cuecen sus cuerpos para alimentarse con ellos. [58]

Y es que Hispania sufrió lo indecible en esos días. Tanto como para que el eco de esos sufrimientos llegara al contemporáneo Olimpiodoro de Tebas, a la sazón y en el 409-410, embajador del Imperio romano de Oriente ante los hunos. Pues bien, Olimpiodoro recoge en su obra el mismo truculento episodio de antropofagia que describe Hidacio y por el que este mismo ha sido tildado de exagerado y apocalíptico. De hecho, Olimpiodoro singulariza la macabra escena de la madre devorando a sus propios hijos y nos dice que la asesina fue lapidada por el pueblo cuando se descubrió su crimen. [59]

Hambre, epidemias, guerra… No es retórica, sino un cuadro real. Recuérdese que Hispania acababa de salir de lo más recio

de una guerra civil, la que enfrentó a los partidarios de Constantino III con los de Honorio y que, a la par que se producía la invasión de alanos, vándalos y suevos, se vio sumergida por un segundo conflicto civil, el que enfrentó a Geroncio y su augusto títere, Máximo el Hispano, con Constantino III. Así que, a los desastres producidos por los saqueos, exacciones y matanzas de los bárbaros, sumó los que infligían los recaudadores de impuestos y las bandas de soldados romanos en pugna.

No sabemos mucho sobre las andanzas de los alanos, vándalos asdingos, vándalos silingos y suevos durante el periodo que va de octubre del 409 a marzo del 411. Sabemos que la población hispana trató de hacerse fuerte en las ciudades y *castella* del país y que los bárbaros impusieron a esas ciudades fuertes tributos a cambio de su seguridad o de dejarlas en paz. Asimismo, sabemos que a veces los particulares, las élites hispanas, y también las ciudades, pagaban a los grupos de bárbaros para que los custodiasen o los librasen de otros bárbaros. Es decir, que los bárbaros se alistaban encantados como mercenarios y no tenían inconveniente alguno en matarse entre sí si la paga era buena. Además, sabemos que muchas gentes acomodadas abandonaron el país y hasta que para ello contaron con la protección de los bárbaros previo pago de salvoconducto y protección. Pero también sabemos que muchos provinciales terminaron adaptándose a la nueva situación y conviviendo con los bárbaros con ciertos escrúpulos culturales, pero atraídos por la posibilidad de mejorar su situación. Orosio señalaría que muchos preferían a los bárbaros antes que a la administración romana y Salviano de Marsella llegaría a afirmar: «La mayoría de los hispanos son ahora bárbaros». Sabemos, en fin y como ya se ha señalado, que los alanos ejercieron una suerte de hegemonía sobre los vándalos y los suevos. [60]

El resultado de todas estas informaciones es un cuadro confuso: el cuadro de una tierra sumergida en el caos en la que cada ciudad, cada *villae* hispana, cada familia incluso, y cada banda de guerreros bárbaros cuidaba de sus propios intereses y, ante todo, de sobrevivir.

Las ciudades parecen haber soportado lo peor. Los bárbaros podían ser bárbaros, pero sabían bien cómo funcionaba el mundo romano y sabían que era allí, en las ciudades, en donde se acumulaban el oro, la plata y, más importante aún, los abastecimientos necesarios para vivir. Así que, bien de forma directa, exigiendo tributos, bien utilizando a la administración romana, los «tiránicos exactores», los jefes bárbaros hicieron peregrinar a sus pueblos de ciudad en ciudad en busca de riquezas y alimentos.

La hambruna que se desató en el país, unida a las matanzas, atrajo por desgracia a las epidemias, que obligaron a los bárbaros a detener su violento peregrinaje y a tratar de arrancarle algo de sustento a aquella tierra. Orosio dice que se pusieron a cultivar el suelo, pero me parece una imagen demasiado idílica. Creo que más bien se asentaron con orden y acuerdo. [61]

Ese acuerdo y ese orden lo establecieron con Máximo y Geroncio en marzo del 411. Los alanos, vándalos asdingos, vándalos silingos y suevos se «sortearon» las provincias, ese es el término que usan Orosio, Hidacio y san Isidoro, y recibieron la conformidad por parte de las autoridades hispanorromanas a la sazón representadas en la figura de Máximo, el emperador elevado por Geroncio. Los alanos se quedaron con la Lusitania y la Cartaginense, los vándalos silingos con la Bética y la Gallaecia fue dividida entre vándalos asdingos y suevos. En fin, Máximo y Geroncio, esto es, los romanos que regían Hispania en ese momento, se reservaban la Tarraconense y es lícito pensar que ejercían también control o pretendían ejercerlo,

sobre las otras dos provincias de la diócesis de Hispania: las extrapeninsulares Mauritania Tingitana y Baleares. [62]

El acuerdo arriba esbozado nos ofrece algunos datos de interés sobre el poder y la relación entre sí de los grupos bárbaros invasores. La hegemonía alana que explicitan las fuentes es resaltada por el reparto. Los alanos, regidos por Ataces, Atax o Adax, se hacen con dos provincias: Lusitania y Cartaginense. En ellas se hallaba la capital y ciudad más grande de la diócesis, Emerita Augusta, así como otras de singular tamaño y prosperidad como Cartago Nova u Olissipo. Se trataba de un área extensísima con acceso al Mediterráneo y al Atlántico y que controlaba las comunicaciones entre los grupos del norte, asdingos y suevos y el asentado al sur, silingos. Estos últimos, conducidos por Fredbal, son el grupo que parece haber logrado la segunda tajada más grande: la Bética. No solo poseían ellos solos una provincia, sino que además esta era muy rica y poblada, con ciudades tan prósperas y populosas como Corduba e Híspalis y, por si fuera poco y además, la Bética estaba tentadoramente cerca de África. En cuanto a que los asdingos, mandados por Gunderico, y los suevos, regidos por Ermenrico, tuvieran que compartir una misma provincia y que esta fuera la más alejada y pobre indica, a mi parecer, que, en este momento, año 411, estaban muy por detrás de alanos y silingos en fuerza militar.

¿Podemos creer que el reparto arriba señalado fue fruto de un sorteo, es decir, del simple azar? Javier Arce así lo cree y señala que los bárbaros no conocían bien la extensión de las tierras sorteadas y de ahí la disparidad entre lo que les tocó a unos y otros. [63] ¿De verdad? Los alanos, vándalos asdingos, vándalos silingos y suevos llevaban al menos veintiún meses vagando por la Península y el propio Arce reconoce que recibieron el auxilio de los hispanorromanos a la hora de apoderarse o gestionar tributos y de exigir exacciones a las ciudades y gentes del país.

Pensar que estos pueblos, tras tantos vagabundeos por el territorio y tras tanto estar en contacto con las gentes informadas, esto es, con los funcionarios, administradores y élites del país, no conocían bien la extensión y riqueza de este último me parece poco plausible por no decir inconcebible. No, los reyes Atax, Fredbal, Gunderico y Ermenrico eran gobernantes, no chiquillos y tengo por seguro que se preocuparon por conocer muy bien el tamaño, límites y riqueza potencial de lo que iban a «sortearse». Así que, a mi entender, lo que pasó es lo que las fuentes ya apuntan: que hubo un sorteo, sí, pero condicionado por las relaciones de poder ya existentes entre los cuatro grupos de bárbaros invasores. Así, los alanos, que ejercían cierto dominio o hegemonía sobre los demás, [64] obtuvieron la porción más grande. Del mismo modo, los silingos, el pueblo vándalo más favorecido y sin duda el más poderoso a tenor del interés que los romanos y los godos pusieron en eliminarlo, se quedaron con la rica Bética. En fin, todos los datos señalan que los suevos eran el grupo menos numeroso y por eso se les dio la porción más pequeña y pobre de la Gallaecia, mientras que los vándalos asdingos tomaron la más rica y populosa.

Así que, si de verdad se produjo un sorteo, este partió de la base y principio de que dos partes de las cuatro a dividir serían para los alanos, que una se la llevarían los silingos y que la sobrante la compartirían suevos y asdingos.

¿Qué papel desempeñó el gobierno de Máximo y Geroncio en todo lo anterior? Creo que uno muy escaso, creo que se limitaron a sancionar lo ya llevado a cabo por los reyes bárbaros, a solicitar su apoyo militar como federados y a salvaguardar su autoridad nominal y su gobierno directo sobre la Tarraconense y también a mantenerlo o ampliarlo, no lo tengo claro, sobre las Baleares y Tingitana. Lo creo así porque no parece que el apoyo de los bárbaros a Máximo y a su

magister militum Geroncio les sirviera de mucho a estos últimos frente a Constancio y su reconstruido Ejército romano de Occidente, lo que me invita a pensar que los bárbaros tenían poco que agradecer a Máximo y Geroncio y que estos últimos tenían poco que exigir. Pero hubo pacto, de eso no tengo duda, pues Olimpiodoro señala que Máximo, tras haber visto como sus tropas se levantaban contra él, huyó a territorio de los bárbaros con los que previamente había pactado y aunque Orosio y otras fuentes solo señalan que se exilió entre ellos, todo apunta a que esperaba cierto apoyo y no solo refugio y así lo demuestra de forma incontestable su segunda intentona por alzarse con el trono. [65]

Cuando Flavio Constancio retomó el control sobre la Tarraconense, lo más seguro es que fuera en cuanto huyó Máximo de ella, en septiembre del 411, los alanos, vándalos y suevos se vieron en una posición complicada: habían pactado con el bando romano perdedor. Y lo que es peor, el bando ganador era fuerte otra vez y se estaba fortaleciendo más y más. Cuando en el 415 los visigodos de Ataúlfo penetraron en la Tarraconense y se instalaron en torno a Barcino, en espera de que las difíciles negociaciones entre Ataúlfo y Constancio se cerraran, los alanos, vándalos y suevos ya debían de saber que Honorio y su *comes et magister utriusque militiae* Constancio no les deseaban nada bueno. De ahí que, como recoge Orosio, los pueblos bárbaros enviaran emisarios al gobierno imperial proponiéndose como federados. Mas fue inútil. La idea fija de Constancio y Honorio era llegar a un acuerdo con los godos y no con los otros bárbaros. Además, esta «carrera» por firmar nuevos *foedera* con las ahora indiscutibles autoridades romanas solo sirvió para terminar de dinamitar la endeble alianza que parecía existir entre los alanos, vándalos y suevos. Pues como señala Orosio, los bárbaros de una u otra tribu se ofrecían como tropas con las que Roma pudiera eliminar a los otros pueblos. [66]

Walia, el nuevo rey de los visi, no era al parecer el más propicio al pacto con Roma, pero fue quien lo firmó. El hambre se impuso. El bloqueo de los puertos por Constancio y el control retomado de la administración en la Tarraconense y las Galias, dejaba a los godos a merced de los romanos y Walia lo sabía. Su situación era desesperada. Olimpiodoro, contemporáneo de los hechos y bien informado por su condición de diplomático, recoge en su texto cómo la hambruna se cebó durante ese año 415-416 en el pueblo de Ataúlfo y Walia. Según nos dice Olimpiodoro los godos, desesperados, acudían a los vándalos silingos de la Bética en busca de trigo y estos se lo vendían a precios elevadísimos: un sólido áureo por trula o triente, la tercera parte de un sextario. Un precio más allá de toda medida y que refleja la desesperación de los godos y el regocijo de los silingos, sus antiguos enemigos que ahora se burlaban de los hambrientos godos llamándolos *truli* . [67]

La cronología es complicada y aunque del relato de Orosio y del testimonio de Próspero parece deducirse que Walia trató de pasar a Mauritania Tingitana antes de firmar el pacto con Constancio en la primavera del 416, san Isidoro apunta que dicho intento se trató de llevar a cabo tras la finalización de la guerra contra los vándalos silingos y los alanos, esto es, en el 418, cronología y contexto que me parecen *a priori* más lógicos. No obstante, la mayoría de los historiadores se inclinan por la primera opción y, en cualquier caso, el intento de Walia de pasar a África fue un completo fracaso. Si en realidad lo llevó a cabo en el otoño del 415 la larga marcha por la costa desde Barcino hasta Iulia Traducta –Algeciras y no Tarifa, como insiste de forma errónea algún historiador–, tuvo que ser una pesadilla para los visi. Los alanos y los vándalos silingos no les estorbaron, pero los últimos, como ya vimos, sacaron tajada vendiéndoles grano a precios desorbitados. El regreso a Barcino,

con el invierno pisándoles los talones y el hambre royéndoles los estómagos, debió de ser una pesadilla. No obstante, y como he dicho, todo el episodio es confuso y sigo sin tener claro que la cronología correcta sea la del otoño del 415. [68] Pero lo relevante ahora era el hambre que azotaba a los godos en el invierno del 415-416: Walia necesitaba trigo para su gente y lo pagaría con hierro y sangre.

El pacto con el Imperio se firmó en febrero o lo más tardar a inicios de marzo del 416. Walia y su pueblo volvían a ser aliados del Imperio. El pacto, que no fue un *foedus* , no asignaba territorio alguno a los visi de Walia, sino que tan solo les otorgaba una escueta paga, Orosio habla de obsequios valiosos y raciones. Al respecto de esto último, Olimpiodoro nos ha salvado un dato precioso: δὲ ∊τοίμως δέχ∊ται καὶ ἀποσταλέντος αὐτῷ σίτου ∊ν μυριάσιν ἑξ∊κοντα, [69] es decir, Walia recibió del gobierno imperial 600 000 modios de trigo para alimentar a su pueblo a cambio de retornar a Gala Placidia y de combatir por Honorio contra los alanos, vándalos y suevos, por lo que hemos de deducir que esa cantidad de trigo, 600 000 modios, era la necesaria para cubrir las necesidades de los guerreros de Walia durante una campaña, nueve meses como máximo, o durante todo un año. Ahora bien, sabemos que las raciones que los soldados romanos recibían no solo cubrían sus necesidades, sino también las de sus familias o personas a cargo. De ahí lo elevado de las mismas. Por ejemplo, un soldado de este periodo recibía cada día una ración de pan de 1400 g y a ello añadía 1000 g de carne, 1,1 l de vino y 0,7 l de aceite, por lo que queda claro que esas cantidades no solo lo sostenían a él. [70] Así que los 600 000 modios se entregaban para alimentar a los guerreros godos que iban a combatir por Roma, pero también llenarían los estómagos de sus mujeres, niños y ancianos. Por lo tanto, a partir de esta cifra, muchos historiadores han tratado de

calcular el número de guerreros y de gentes que conducía Walia en el año 416. A. H. M. Jones, por ejemplo, estableció en 15 000 guerreros el contingente que durante un año pudieron alimentar los 600 000 modios de trigo entregados a Walia. [71] Aunque la historiografía española admite, de forma general y sin crítica, este cálculo, las estimaciones de Jones han sido muy cuestionadas por C. Nixon y otros autores y, además, no tienen en cuenta aspectos básicos, pero decisivos en este cálculo como que no es lo mismo trigo que harina y que no es necesario 1 kg de harina para obtener 1 kg de pan. Por mi parte, tendré en cuenta todas estas variables para establecer nuestro propio cálculo.

Olimpiodoro nos dice que el gobierno romano entregó a los godos de Walia 600 000 modios de trigo. Un modio, la medida habitual con la que se medía el trigo, equivale a 12,8 kg. Por lo tanto, 600 000 modios son 7 680 000 kg de trigo. Puesto que se necesitan 1300 g de trigo para obtener 1000 g de harina, esa cantidad queda reducida en la práctica a 5 907 692,307 kg de harina. Prosigamos. Puesto que son necesarios 861 g de harina para obtener un pan romano de 1400 g, la ración diaria correspondiente a un soldado y su familia, obtenemos que con esa cantidad de trigo se podían obtener 6 861 431 raciones de pan con las que se podía alimentar a 18 798 guerreros godos y a sus familias durante todo un año, o bien, si se hacía como con los soldados *limitanei* y esos 600 000 modios se entregaban en concepto de raciones para nueve meses, lo que me parece más probable pues era el tiempo de una campaña larga, darían para alimentar a 25 400 guerreros y a sus familias. Así que *grosso modo* tenemos una horquilla de entre 19 000 y 25 000 guerreros.

La última cifra, 25 000, me parece muy ajustada a lo que sabemos que ocurrió con los godos tras la toma de Roma. En efecto, recordemos que Alarico llegó a reunir hasta a 40 000

seguidores armados en torno suya, visi y otros tervingios, greutungos, antiguos godos de Radagaiso, alanos, hunos, etc., amén de desertores romanos, campesinos desesperados, colonos y esclavos fugados… Una impresionante masa que lo más seguro es que rondara las 160 000 personas y que aterrorizó y saqueó Roma. Pero tras la muerte de Alarico vinieron años difíciles vagabundeando por una Italia devastada y por una Galia asimismo empobrecida. El hambre se hizo aún más acusada debido al bloqueo romano y ya hemos visto que cuando los godos estaban en Barcino, su situación era tan desesperada que trataban de comprar trigo a los vándalos silingos pagando sumas desorbitadas.

Así que Ataúlfo solo ofreció a los suyos hambre y sangre. Ahora bien, ya vimos que los procesos de etnogénesis del periodo de las invasiones se caracterizaban por dos principios directores: el éxito y la volatilidad. El éxito debía de ofrecerlo el jefe o caudillo victorioso y a su brillo y en torno al núcleo tribal original o «de prestigio» se iban sumando todo tipo de gentes de muy diversa procedencia. Del mismo modo, cuando sucedían derrotas pavorosas o el rey o líder dejaba de obtener lo necesario para sus gentes, estas se disgregaban con igual facilidad con la que se habían congregado en torno suya. Por eso mismo la cifra obtenida por nuestro cálculo: entre 18 797 guerreros y 25 400 hacia la primavera del 416, es decir, un 37,5 % de pérdidas con respecto al máximo de 40 000 guerreros en el 410, nos parece más ajustada que otros porcentajes propuestos que estiman las pérdidas en un 25 %. [72] La diferencia es el resultado de las hambrunas, epidemias y guerras sufridas por los visi entre una fecha y otra. Situaciones que, sin duda, animaron a muchas de sus heterogéneas y poco cohesionadas gentes a desertar y buscar nuevos entornos, bárbaros o romanos, donde tratar de integrarse para sobrevivir.

Pese a todo, Walia seguía contando con un ejército poderoso, entre 19 000 y 25 000 guerreros, y esas cifras proyectadas nos dan una población total de entre 76 000 y 100 000 personas. Como he dicho ya, apuesto por la segunda cifra: 25 000 guerreros en un total de 100 000 godos. Ese fue el número de los godos cuando por primera vez se dispusieron a conquistar Hispania. Una cifra que reduce a la mitad la estimación tradicional y generalmente divulgada, de 200 000. [73]

Si se recuerda la estimación que hicimos del potencial bélico de alanos y silingos, los primeros rivales a los que iba a enfrentar Walia, los 25 000 guerreros godos deberían de lidiar con unos 10 000 guerreros alanos y con unos 16 000 silingos. Unos números similares a los suyos. Quedaban aparte vándalos asdingos, unos 15 000 guerreros, y suevos, algo más de 5000. De ahí que Constancio enviara también a la Península un potente ejército compuesto por unidades *comitatenses* , 11 *auxilia palatina* y 5 legiones, es decir, unos 10 500 efectivos. En efecto, la fecha correcta de la carta que Honorio envió a los soldados *comitatenses* establecidos en Pompaelo ha sido muy discutida, pero a mi entender la fecha propuesta por García Moreno, poco antes de mayo del 416, es la correcta. [74] De ser así, la data de la misiva nos indicaría claramente que Constancio quería que las tropas romanas participaran en la campaña que Walia iba a iniciar y que se había acordado con los godos que las campañas se empezarían esa primavera-verano. Pero es que, además, la carta en cuestión nos ofrece un indicio de cuál sería la estrategia planteada por Constancio al situar en Pompaelo a 4 de las 16 unidades *comitatenses* que luego aparecerían consignadas en la *Notitia dignitatum* . Que se situaran 4 unidades de *comitatenses* en una ciudad como Pompaelo solo se puede explicar en el marco de un despliegue más amplio en el que las otras 12 unidades enviadas a Hispania debieron de distribuirse a lo largo del valle del Ebro y de las

cabeceras del Duero y del Tajo para así cubrir a la Tarraconense, a la par que amenazar a suevos y vándalos asdingos e impedir con ello una hipotética ayuda de estos pueblos a los alanos y silingos, y ello al tiempo que se inquietaba a la retaguardia de los alanos para restarles empuje en su defensa contra el avance de Walia y sus visi. [75]

Esa era la estrategia diseñada por Constancio que pronto tuvo a su princesa deseada, Gala Placidia, con la que pudo casarse a inicios del 417 y que lo catapultaría a la condición de augusto. Walia y sus godos también tenían lo que querían: trigo. Ahora faltaba la guerra para que el nuevo pacto se consolidara.

Apenas si sabemos algo sobre las campañas de Walia. Geografía, cronología y operaciones son difíciles de discernir por mor de lo parco de las informaciones de las fuentes, fundamentalmente Orosio, Hidacio, san Isidoro y Sidonio Apolinar. Así, por ejemplo, Arce y García Moreno sitúan en cuanto a cronología las campañas de Walia respectivamente entre los años 416 y 418 y en el 417-418 [76] y tampoco se ponen del todo de acuerdo en la geografía y graduación de las batallas, pues García Moreno sitúa a Walia en la Bética cuando firmó el *foedus* y lo imagina desencadenando allí de inmediato la guerra.

Por mi parte, acepto de forma general la cronología de García Moreno, aunque él sitúa el fin de la campaña contra los alanos y silingos a comienzos del verano del año 418 y yo aporto una prueba contundente de que las operaciones se alargaron hasta el otoño. Por lo demás, disiento ampliamente de él en cuanto a geografía y estrategia. Para mí no hay duda de que Walia estaba en Barcino cuando se firmó el *foedus* y que, por lo tanto, el rey godo condujo a su ejército por la costa hacia la Cartaginense y que fue en esta última donde se iniciaron las operaciones. Lo poco que sabemos de cierto según las fuentes es lo siguiente: Walia combatió durante dos campañas a los

vándalos silingos y a los alanos sin que se terminara de resolver del todo la contienda y que en una tercera y decisiva campaña, año 418, que se alargó hasta bien entrado el otoño, los alanos y los vándalos silingos fueron definitivamente batidos en Bética y Lusitania, donde fueron diezmados. Unos versos de Sidonio Apolinar, escritos hacia el año 457 para celebrar al nieto de Walia, Ricimero, a la sazón el generalísimo de Occidente, sitúan una gran batalla librada victoriosamente por su abuelo Walia junto al promontorio de Calpe (Gibraltar), en la que se impuso a vándalos silingos y alanos. [77] Otros dos datos sueltos que nos ofrece Hidacio son que en el 417 Fredbal, el rey silingo, fue capturado y enviado a Constancio como cautivo, y que en el año 418 el rey de los alanos, Adax, murió en combate. [78]



Un dato cronológico vital para establecer el orden de los hechos y que suele ser ignorado por los especialistas, [79] es el

eclipse solar que Hidacio señala en su crónica. Este lo sitúa perfectamente. En efecto, el 19 de julio del 418, en la península ibérica fue visible un impactante eclipse solar. Impactante por su duración, de 9.46 de la mañana a 12.34 del mediodía. Puesto que Hidacio sitúa las campañas de Walia antes y después del eclipse, colocando la entrega del rey de los silingos después de la boda de Constancio y Gala Placidia, en enero del 417, y la derrota definitiva de vándalos silingos y alanos después del eclipse, 19 de julio del 418, lo lógico es establecer un comienzo de la guerra en el verano del 416 y un término de la misma en el otoño del año 418. [80]

Así que hay que situar una primera campaña, 416, con operaciones en la Cartaginense contra los alanos y en la Bética oriental contra los vándalos silingos. Una segunda, 417, tendría como escenario la Bética occidental y como resultado nuevas derrotas de los silingos, y la tercera y definitiva, 418, vería cómo los alanos de Adax acudían a socorrer a los vándalos silingos y cómo Walia los derrotaba junto a Calpe, [81] en una gran batalla que significó la práctica aniquilación de los silingos y la precipitada retirada de los alanos a Lusitania. Hasta allí los perseguiría Walia y ya con el otoño empezado, se libraría una nueva gran batalla en la que los alanos serían diezmados y su rey muerto durante el feroz combate. Tras este decisivo encuentro, los restos de los alanos huyeron hacia Gallaecia para buscar refugio entre los vándalos asdingos. [82]

Tuvo que ser una guerra feroz la que libraron entre sí los bárbaros. Orosio, que escribió en el 417, y por lo tanto en lo más crudo del conflicto, se regocijaba perversamente con las noticias que le llegaban sobre cómo se aniquilaban entre sí los bárbaros. [83] Los godos, desde luego, tras haber sido humillados por los vándalos silingos durante la terrible hambruna que sufrieron en los años 415-416, debieron de experimentar un sangriento gozo al diezmar a aquellos que poco antes los habían

insultado llamándolos *truli* y exigiéndoles precios imposibles por un puñado de trigo. No era pues para los godos solo una guerra por «encargo» sino un ajuste de cuentas.

Tampoco hubo piedad para los alanos y eso que Walia tenía en sus filas a muchos «godos» de origen alano y perfectamente reconocibles. Eso, la multiétnica composición del ejército de los visi, era algo tan evidente que todavía en el 457 saltaba, por así decirlo, a la vista. Y así, Hidacio, contemporáneo de los hechos, nos dice que en el año 457 el ejército enviado por Teodorico a saquear Asturica (Astorga) y Palentia (Palencia), estaba compuesto por gentes de «muchas naciones». [84]

Con el otoño del año 418 bien avanzado, esto es, cuando Walia debía de estar pensando en invernar en algún lugar de Hispania y retomar las operaciones a la primavera siguiente para llevarlas a Gallaecia y destruir en ella a los restos de los alanos y a sus protectores, los vándalos asdingos, recibió orden de Constancio de que abandonara de inmediato Hispania y se trasladara a la Aquitania Secunda para instalarse allí en régimen de *hospitalitas* distribuyendo a su pueblo desde Tolosa (Tolouse) a Burdigala. Es decir, desde el valle del Garona al océano Atlántico. ¿Por qué ordenar algo así a los visi cuando la guerra en Hispania iba por tan buen camino, pero aún estaba inconclusa?

Es evidente que había buenas razones para ello. La primera era que Walia no era de fiar. Independientemente de que su intentona de pasar el Estrecho se llevara a cabo en el otoño del 415 o en el 417, Constancio no podía arriesgarse a que volviera a intentarlo y, para ello, lo mejor era sacarlo de Hispania y alejarlo del Mediterráneo. De ahí que se le asignara la Aquitania Secunda. Evidentemente, la orden venía envuelta en un premio largo tiempo ansiado por los godos y que Walia podía presentar a su pueblo como un gran triunfo: la concesión a los godos por parte de Honorio de la condición de federados dotados de

nuevo con tierras del Imperio y manteniendo su autonomía como pueblo a cambio de su auxilio militar a Roma.

Pero ¿por qué no aniquilar antes a los vándalos asdingos? Pues porque para eso ya tenía el Imperio a los suevos. Y es que los suevos, intimidados por las victorias godas y, ante todo, por el súbito incremento de poderío de los vándalos asdingos que acababan de acoger entre sus filas a los restos de alanos y silingos, se volvían hacia Roma y esta prefería usarlos a ellos contra los vándalos asdingos, que dejar que los godos siguieran incrementando su fuerza y se convirtieran en el único gran pueblo bárbaro de Occidente.

Walia cruzó los Pirineos y se estableció en la Aquitania Secunda. Había sido un buen rey bárbaro. Había logrado para su pueblo lo que Alarico y Ataúlfo no consiguieron: un tratado con Roma y tierras seguras y ricas donde establecerse. Fue su pragmatismo lo que le dio ese triunfo. Modesto, pero suyo. Pues al contrario que Alarico y Ataúlfo, Walia reconoció los límites de su poder y los hizo coincidir con los de su ambición: no pretendió convertirse en un poderoso *magister militum* como tanto ansió Alarico y por supuesto no pretendió ser el cuñado del emperador y el padre de su heredero, amén del nuevo patricio y *comes et magister utriusque militiae* de Occidente, como pretendiera Ataúlfo, sino que se conformó con ser un federado del Imperio y, tras el fracaso de su intentona de paso a África, obedeció con presteza las órdenes recibidas desde Rávena.

Al poco de instalarse y firmar el *foedus* , Walia murió. Sabemos que era pariente de Ataúlfo y que formaba parte de los baltingos, pero no tenemos claro en qué grado y si lo era por sangre o por matrimonio o adopción. Su heredero fue Teodoredo o Teodorico I, casi seguro el yerno de Alarico. [85] El nuevo rey subió al trono a finales del 418 o inicios del 419.

Con él comenzaba una nueva etapa para el pueblo de los visi y para Hispania.

LA CAÓTICA HISPANIA Y EL LEVANTISCO REINO GODO DE TOLOSA (419-456) El *foedus* del año 418 que asentaba a los godos en la Aquitania Secunda fue un hito fundamental en la conformación del pueblo visigodo. Tal como resaltaran Ana María Jiménez Garnica en 2004 y Rosa Sanz Serrano en 2009, [86] fue en Aquitania donde se fue consumando la completa integración de los diversos elementos étnicos y tribales que Alarico y Ataúlfo habían logrado congregar a su alrededor, hasta dar como resultado una auténtica identidad visigoda. Fue un proceso lento. Pero, aun así, para cuando el reino visigodo de Tolosa fue destruido por los francos en el año 507, la etnogénesis del pueblo visigodo se había completado.

Los visi fueron recibidos en Aquitania en régimen de *hospitalitas* . El *hospitium* tenía una larga tradición en el Imperio. Dejando de lado los orígenes del sistema, su historia y desarrollo, podemos comprender su realidad a inicios del siglo V si recurrimos a algunas citas de Amiano Marcelino, a la *Notitia dignitatum* y, sobre todo, al Código Teodosiano. [87] No obstante, esa realidad iba a evolucionar muy rápido.

En principio, los godos debieron de recibir una parte de los impuestos de la Aquitania Secunda, de la *annona* y el *praebitio tironum* , en calidad de sostenimiento de tropas de guarnición y de no tener que proveer reclutas. Pero también se les señalaron asentamientos por el sistema de *sortes* o *tertias* , por el que los propietarios, sobre todo los grandes, cedían un tercio de sus tierras a los federados, pero mantenían la propiedad de los otros dos tercios y la totalidad de las instalaciones: molinos, graneros,

etc. En principio era un buen sistema: los aquitanos, los grandes propietarios, veían garantizada su seguridad y los godos se hacían con tierras y rentas. Con el tiempo, en los nuevos asentamientos y como parece colegirse de una entrada de Casiodoro y varias del Código de Eurico, la proporción del reparto en las *sortes* varió a favor de los godos: la mitad de las tierras según Casiodoro y dos tercios para los godos según explicita el Código de Eurico. [88] Ahora bien, el sistema de *sortes* ponía en íntima relación a la nobleza aquitana con los godos y esa relación favoreció a estos últimos que vieron estimuladas sus ansias de autonomía por influjo de los nobles aquitanos que, viendo garantizada su seguridad y pagando por ella, no veían ya una necesidad perentoria de seguir tan ligados a Rávena con sus cada vez más agónicas exigencias de impuestos y obediencia.

Pese a ello, el acuerdo arriba esbozado garantizaba *a priori* una buena inserción de los visi en el contexto romano. Los godos conservaban su autonomía política y su obligación de servir con las armas al Imperio cada vez que este lo requiriera y aunque en líneas generales esta relación de intereses y obligaciones se mantuvo hasta el reinado de Eurico (466-484), lo cierto es que la fuerte tendencia a la expansión y a la independencia que pronto manifestaron los godos provocó continuos choques con el Imperio y, al cabo, guerras abiertas que culminaron con la firma de nuevos tratados en al menos dos ocasiones, el 439 y el 460.

Durante la mayor parte de este periodo (418-497), el grueso de la población y de la fuerza militar visigoda permaneció al norte de los Pirineos y solo de forma tardía, a partir del año 456 y sobre todo y más claramente del 468, Hispania comenzó a entrar de lleno en los planes expansivos del reino visigodo. Si bien es cierto que hasta la década del 490 la población visigoda asentada en Hispania era pequeña y se vinculaba ante todo a las escasas guarniciones destacadas allí por el *rex* de los visi.

Al respecto de la permanencia temprana de guarniciones visigodas en Hispania y a los hipotéticos intentos de expansión de la influencia o dominio visigodo en la diócesis antes del 456-457, García Moreno ha aseverado que desde el año 418 Hispania contó con guarniciones de tropas ligadas al *rex* de los visi. Así, por ejemplo, ha identificado, a mi entender correctamente, el topónimo de Tafalla con una unidad de taifales. Ahora bien, su hipótesis de que esos taifales eran gentes sujetas al rey visigodo asentado en Aquitania, es poco firme. [89] Máxime cuando, y como sin duda se recordará, una de las unidades de *Honoriani* destinadas a Hispania por el usurpador Constantino III en el 408, los *equites Honoriani taifales* , estaba constituida, claro está, por taifales; y, puesto que sabemos, lo vimos antes, que las tropas de Constantino III en Hispania, las que se alzaron con Geroncio, volvieron a la obediencia a Honorio en el otoño del 411, parece obvio pensar que son estos *equites Honoriani taifales* a los que se debería de atribuir el origen del topónimo Tafalla y es probable que sean ellos también parte de los bárbaros de guarnición en la Tarraconense señalados por Ausencio en su carta a san Agustín del 418. ¿Acaso no se recuerda que el también contemporáneo Orosio, que escribía en el 416, llamaba así, *bárbaros* , a estos *Honoriani* /*Honoriaci* ?

No, tal como Javier Arce y otros historiadores han dejado establecido, y tal como muestran las fuentes, los godos solo comenzarían a establecer guarniciones en Hispania de forma regular a partir de la expedición de Teodorico II en el 456 y todo apunta a que dichas guarniciones cobraron verdadera continuidad solo con Eurico (466-484).

Así que, en pleno proceso de asentamiento e integración en la Aquitania Secunda, los visi no parecen haber participado en la inmediata campaña desencadenada en Hispania por el Imperio en los años 419 y 420 y que tuvo como consecuencia

que los fortalecidos vándalos asdingos de Gunderico, a quienes se habían sumado la mayoría de los supervivientes de alanos y silingos, recibieran un fuerte correctivo. En efecto, tal como señaló Javier Arce basándose en la entrada de la *Crónica gala* del 452 para el año 420, todo apunta a que Máximo, el usurpador elevado al trono por Geroncio y que había pactado con alanos, vándalos y suevos en el 411, se había refugiado entre los vándalos asdingos de Gunderico y que este último trató de usar al exiliado usurpador en el 418 para lograr lo que Honorio había otorgado a los visigodos: un estatuto legal dentro del Imperio. Máximo, pues, volvía a la arena. [90]

Sin embargo, no fue un regreso afortunado. En el 420, el *comes Hispaniarum* Asterio marchó contra los vándalos y para auxiliar a los suevos que, tras haber atacado a los vándalos, es probable que por instigación de los romanos, habían sido duramente derrotados y acorralados en los montes Erbassios, en la actual provincia de León. La llegada de Asterio al frente de un potente ejército *comitatense* –¿las 16 unidades asignadas a Hispania en la *Notitia dignitatum* ?– desbarató el bloqueo vándalo, puso en manos de Asterio al usurpador Máximo y a su adlátere Jovino, y obligó a Gunderico a conducir a su pueblo hacia Bracara Augusta, movimiento que terminó con una nueva derrota vándala, pues Maurocelo, *vicarius Hispaniarum* , acudió desde Emerita Augusta con un segundo ejército romano para interceptar a los vándalos y les ocasionó importantes pérdidas, si bien no pudo impedir que continuaran su marcha hacia el sur y se desplazaran a la Bética en donde iban a ocasionar gravísimos daños a la recién reconquistada provincia. [91]

Se hizo, pues, necesario enviar a Hispania un nuevo ejército para tratar de eliminar a los vándalos. Mas la muerte de Constancio, el todopoderoso generalísimo de Occidente y desde el año 420 augusto y coemperador junto con Honorio, y después la agria disputa desencadenada entre Honorio y su

hermana Gala Placidia, disputa que terminó con el exilio de Gala en Constantinopla y con una fuerte división dentro del ejército y de la administración imperial, retrasaron el envío de refuerzos a Hispania hasta el 422.

El ejército romano que debía de operar en Hispania era aún más potente que el que lo hizo en los años 419 y 420 y además esta vez sí contaba con un nutrido contingente de federados godos enviados por su rey, Teodorico II, en cumplimiento de sus obligaciones militares hacia el Imperio. El *magister militum* que lo mandaba era Castino, un hombre con gran experiencia y que ya había ostentado el mando de *magister militum per Illyricum* . La campaña empezó muy bien y los vándalos de Gunderico fueron derrotados y copados por las fuerzas romanas que los sometieron a un estrecho cerco. El hambre se cebó pronto en los vándalos y su desesperación crecía día a día. Salviano de Marsella nos cuenta, por ejemplo, cómo cantaban salmos de la Biblia en demanda de auxilio contra los romanos. Todo parecía indicar que el «problema bárbaro» en Hispania iba a resolverse de forma definitiva. Pero, entonces, Castino cometió el error de ofrecer batalla campal a los sitiados y desesperados vándalos y durante esa batalla los auxiliares godos lo traicionaron al abandonar de súbito el campo romano y pasarse a los vándalos, con lo que los romanos vieron rotas sus líneas y deshechas sus filas. Fue una severísima derrota. Según la *Crónica gala* del 452 el ejército de Castino sufrió casi 20 000 bajas y por exagerada que pudiera ser la cifra, indica que la derrota fue catastrófica y que dejó la Bética en manos de los vándalos y a Castino huyendo a uña de caballo en dirección a Tarraco.

Se ha especulado con que la traición goda estuvo motivada por las intrigas que en Rávena se desarrollaban a cuenta del enfrentamiento entre Honorio y Gala Placidia y que fue esta última, que mantenía consigo un fuerte contingente de

guerreros godos a modo de guardia personal y, lo que es más importante, que seguía teniendo fuertes vínculos con la nobleza de los visi, la que urdió el desastre de Castino, partidario de su hermano y rival de Bonifacio, el protegido de Gala, también con buenos contactos entre los godos desde su caballeresca acción en Massalia cuando perdonó la vida a Ataúlfo y que, para más inri, había sido despreciado por Castino quien le había negado incorporarse a la expedición contra los vándalos. [92] La hipótesis me parece demasiado alambicada y ello porque, como veremos, durante los siguientes años y pese a que el control del Imperio quedó en manos de Gala Placidia, la actitud de los godos hacia el Imperio no solo no mejoró, sino que empeoró. Por lo que la hipótesis de la influencia de Gala sobre los visi se derrumba ¿Dónde estaba esa influencia cuando a finales del 425 y con Gala Placidia ya como augusta, los visigodos lanzaron un ataque contra la capital de la Galia romana?

En efecto, en el año 423 moría Honorio y en las Galias se alzó un pretendiente al trono, Juan. Gala Placidia, con el apoyo de su sobrino Teodosio II, acudió a occidente al frente de un poderoso ejército de Oriente que se impuso al reunido por Juan. Este esperaba contar con el auxilio de los hunos y, para ello, había enviado a un joven oficial, Aecio, en demanda de su ayuda. Aecio llegó tarde para salvar a Juan, pero su comitiva de hunos dispuestos a guerrear le permitió negociar su deseable retirada desde una posición de fuerza y obtener un puesto en el nuevo régimen, el de *magister equitum per Galliae* . [93] Desde esta posición tuvo que hacer frente a un ataque del rey godo contra Arelate, la capital de la diócesis de las Galias, a finales del 425. ¿Qué pretendían los godos? Es obvio que sacar tajada de la guerra civil y de sus consecuencias, lo que era lógico. Los *foedera* tenían un fuerte carácter personal y la muerte o desaparición de una de las partes, en este caso Honorio, abrían

la puerta a una nueva negociación y, como todo el mundo sabe, si se trata de volver a negociar algo lo mejor es tener como punto de partida una posición mejorada y fuerte.

Pero a los godos no les salió bien la jugada. Ya hemos anticipado que Flavio Aecio acudió a la asediada Arelate al frente del ejército *comitatense* de las Galias y los godos fueron derrotados y puestos en fuga y, aunque durante los años siguientes, Flavio Aecio se vio lastrado por la necesidad de tener que hacer frente a burgundios y alamanes y, sobre todo, por verse envuelto en las luchas de poder desencadenadas entre los *magistri militum* , Félix, Bonifacio y él mismo, por lograr hacerse con el control supremo del poder en Occidente, lo cierto es que los intentos expansivos de los visi en las Galias fueron contenidos con éxito y que en el año 430 la superioridad militar romana era patente. [94]

La década del 430 contempló, eso sí, una guerra abierta entre los godos de Teodorico II y las tropas romanas. Flavio Aecio terminó por imponerse como nuevo generalísimo de Occidente y se alzó con los títulos de *patricius* y de *comes et magister utriusque militiae* , pero tuvo que emplearse a fondo para restablecer el orden en las Galias y combatir a burgundios, bagaudas y visi. En los años 436 y 437, se impuso a los burgundios con el apoyo de los hunos y la bagauda fue también limitada. Con estas victorias en su cuenta de éxitos, Aecio pudo concentrarse en derrotar a los visi. En el 438 les ocasionó una durísima y sangrienta derrota en Mons Colubrarius, la «montaña de la serpiente». Esta batalla fue ensalzada por el poeta y militar hispano Merobaudes y en ella los godos tuvieron 8000 muertos; tras ella se vieron obligados a retroceder hasta Tolosa, en donde fueron asediados al año siguiente, 439, por Litorio, lugarteniente de Aecio.



Figura 39: Mosaico del Mausoleo de Gala Placidia en Rávena, donde se representa a Cristo como el buen pastor. El edificio fue construido entre el 425 y el 430, con planta de cruz griega, y su interior fue decorado con suntuosos mosaicos. Contenía tres sarcófagos, el de Gala Placidia, cuyo cuerpo embalsamado fue destruido por el fuego en el siglo XVI, el de su esposo, el emperador Constancio III, y otro atribuido o bien a su hermano Honorio o bien a Valentiano III, hijo de Gala y de Constancio.

No obstante, para ese entonces la situación del Imperio estaba empeorando muy rápido y la imprudencia de Litorio, que cometió el mismo error que Castino en Hispania en el 422: ofrecer batalla campal a unos bárbaros desesperados cuando le hubiera bastado con mantener su posición y esperar a que el hambre hiciera su trabajo entre los enemigos, ocasionó una feroz batalla en la que, aunque ambas partes tuvieron cuantiosas bajas, la fuga de los federados hunos y el apresamiento de Litorio por los godos, convirtieron definitivamente el encuentro en una victoria goda. [95]

Pero no fue la inesperada victoria de los visi en Tolosa, sino la toma de Cartago por los vándalos, lo que obligó a Flavio Aecio a firmar un nuevo y precipitado tratado con los levantiscos visi. Para entenderlo mejor tenemos que volver a Hispania en donde la habíamos dejado tras la derrota de Castino en el año 422.

En efecto, los vándalos de Gunderico habían quedado dueños de la Bética, pero no se conformaron con semejante éxito. Durante los años siguientes, entre el 423 y el 428, se dedicaron a saquear a placer no solo la Bética, sino también la Cartaginense e incluso lanzaron ataques contra Baleares y Mauritania Tingitana. De repente, lo que más temía el gobierno de Rávena, que los bárbaros se echaran al mar, era una peligrosa realidad. Ciudades como Cartago Nova o como Híspalis fueron sometidas a saqueos violentos y la llegada en el 427 al trono de los vándalos de un nuevo *rex* , Genserico, hermano de Gunderico, no hizo sino empeorar la situación en Hispania. [96] Hispania era el caos y la batalla, desde luego, pero también la colaboración. Pues en la Bética y, sin duda, en la Cartaginense, algunas ciudades y muchos potentes y posesores, la nobleza hispana, veían en la colaboración con los bárbaros su única esperanza de supervivencia y, en el caso de la nobleza, incluso lo que hoy llamaríamos «una ventana de oportunidad».

En Gallaecia, los suevos se habían instalado sobre todo en Bracara Augusta y en Lucus Augusta (Lugo). Desde estas ciudades raziaban de continuo el resto del territorio y eran el azote de los hispanos. Estos últimos veían como los pactos a los que llegaban con los suevos eran rotos una y otra vez, viéndose obligados a defenderse con brío en sus ciudades, *castella* , castros y *villae* fortificadas, mientras enviaban embajadas a Flavio Aecio y a sus sucesores en demanda de ayuda. *Infelix Gallaecia* llama a su tierra en el 463 el contemporáneo Hidacio,

que fue uno de esos embajadores enviado a Flavio Aecio en petición de ayuda. [97]

Pero poca podía enviarles el patricio pues, como hemos visto, se hallaba enredado, primero en Italia, tratando de imponerse a sus rivales, algo que logró en el 433, y luego en las Galias combatiendo a burgundios, visigodos y bagaudas. Las pocas fuerzas sobrantes estaban destinadas a sostener el *limes* danubiano en Retia y el Nórico y, a partir del 433, a tratar de sostener África frente a los vándalos. Y es que Genserico, que ahora se titulaba «rey de vándalos y alanos» había logrado cumplir el sueño de Alarico, Ataúlfo y Walia: pasar a África. En efecto, Gunderico y Genserico no solo habían logrado mantener a su pueblo frente a los repetidos intentos romanos de eliminarlo, sino que habían ampliado su poder. En Hispania y en el mar, y el mar ponía África a su alcance, y África era el motor económico de Roma y Genserico lo sabía.

Hispania, tras veinte años de guerras y caos estaba exhausta y Genserico, tras causarle a los suevos una dura derrota en Lusitania que garantizaba su retaguardia, cruzó el Estrecho en el año 429 a la cabeza de la mayor parte de su pueblo. Ya vimos que lo censó y reorganizó en 80 miríadas que buscaban acabar con las viejas diferencias y divisiones étnicas y tribales. Fue todo un éxito. Tras tomar tierra en la Tingitana, Genserico emprendió el largo viaje por la agreste Mauritania y desembocó en la fértil Numidia en el 430. Bonifacio, el *comes Africae* , estaba más interesado en hacerse con el poder efectivo en Rávena y en aplastar a Flavio Aecio que en defender su diócesis y para cuando fue definitivamente derrotado y muerto en Italia, en el 433, Genserico controlaba ya la mayoría de Numidia y raziaba el África proconsular y la Bizacena.

Oriente, alarmada por los progresos de Genserico, envió tropas en auxilio de Occidente. Pero Aecio, como resaltó Arther Ferrill, eligió mal: escogió las Galias en vez de África. Y es que

Aecio no contaba con recursos para llevar a cabo una defensa efectiva de ambos frentes así que decidió concentrarlos en las Galias y delegó el peso de la defensa de África en los refuerzos llegados desde Constantinopla comandados por Aspar y entre los que militaba un oficial destinado a ser augusto de la *pars Orientis* , Marciano. [98]

Ahora bien, se comprenderá que en el escenario arriba dibujado Hispania quedaba muy por detrás y por ello se entenderá mejor que durante todos esos años el Imperio no llevara a cabo grandes empresas en la diócesis de Hispania. Eso explica el súbito crecimiento del poder suevo. Los suevos, que ya no tenían que rivalizar con ningún otro pueblo bárbaro desde que los vándalos pasaron a África en el 429, y que veían como Roma se enredaba en intensos combates en las Galias y África, aprovecharon para extender sus depredaciones por la mayor parte de Hispania. Requila o Rechila, su belicoso rey e hijo de Ermenrico, lanzó devastadores ataques que llevaron sus estandartes a la Lusitania, la Bética y la Cartaginense. En el año 438, con su padre aún vivo pero enfermo, condujo a su hueste guerrera valle del Genil arriba y se enfrentó allí con Andevoto, el *comes Hispaniarum* al que derrotó por completo y del que tomó un rico botín en oro y plata. Al año siguiente, 439, saqueó Emerita Augusta. Requila, al parecer, seguía siendo pagano y también lo eran muchos de sus seguidores, aunque otros muchos eran cristianos, arrianos y nicenos. Eso no importaba, lo que importaban eran sus continuas incursiones y saqueos.

En el 439, Emerita Augusta era suya y en el 441 el emisario de Aecio, Censorio, fue apresado sin miramientos cuando se disponía a negociar un *foedus* que parecía no interesar a un rey y a un pueblo que habían hecho de la rapiña y la extorsión su estilo de vida y que tuvo como siguiente presa la próspera *civitas* de Híspalis. No es de extrañar que los hispanos clamaran

una y otra vez por una intervención imperial que acabara con los suevos. Pero Aecio no podía distraer fuerzas suficientes a Hispania más allá de impedir el reforzamiento de los bagaudas efectuado por las incursiones suevas. Para ello, Asterio y luego Merobaudes fueron destacados al valle del Ebro para lidiar con los bagaudas, grupos violentos y de muy diverso origen social, aunque el grueso lo formaban campesinos desesperados, que rechazaban la autoridad imperial. Merobaudes logró una brillante victoria, pero, como lamenta Hidacio, las envidias y conjuras desatadas en la corte de Rávena motivaron que se le ordenara retirarse. [99]

Tampoco tuvo mejor fortuna Vito que fue enviado en el 446 a Hispania con un fuerte ejército muy reforzado por federados godos que, tras la paz del 439, volvían a cumplir con su obligación de asistir al Imperio. Vito condujo a su hueste a la Bética, pero fue deshecho allí por el incontenible Requila que, por fortuna y para alivio de Rávena, murió en el 448. [100] El alivio duró poco, pues Requiario o Rechiario, el hijo de Requila, logró imponerse en el trono suevo y continuó con las incursiones, con los saqueos y con la «colaboración» con los bagaudas de la Tarraconense. El nuevo soberano suevo fijó su capital en Bracara Augusta y acuñaba sus monedas de plata, seliquas, estampando en ellas *Iussu Rechiari Reges* (decretado legítimo rey Requiario), toda una insolente declaración de pretendida igualdad con Valentiniano III, el augusto, a la par que de su independencia de Rávena.

Durante todo ese periodo, 429-456, los suevos fueron el poder dominante en Hispania. El gobierno imperial solo se mantenía en la Tarraconense y en parte de la Cartaginense y, de forma esporádica, en la Bética. Aun así, su dominio sobre dichas provincias era cada vez más discutido por los alzamientos bagaudas, en especial feroces en la Tarraconense, y la cada vez más habitual incapacidad romana de mantener el

orden impulsaba a las ciudades y a los nobles hispanos a hacer lo que venían haciendo *grosso modo* desde el 409: sobrevivir.

Las ciudades, los pueblos y los grandes propietarios alternaron las negociaciones y los pactos con los bárbaros, con la resistencia activa y armada. La guerra se fraccionó en multitud de enfrentamientos locales y la administración imperial se cuarteó. El vicario y el *comes Hispaniarum* seguían existiendo, sí, pero más allá de la Tarraconense, su autoridad y acción eran discutibles y, sobre todo, inoperantes. [101]

En el año 439 Cartago cayó en manos de Genserico y con ello Roma recibía una puñalada mortal. Sin el trigo y los impuestos africanos era inviable mantener a largo plazo la compleja y carísima estructura militar y administrativa del Imperio en Occidente. Aecio lo sabía y Teodosio II y sus consejeros, también. Además, Cartago abrió en canal el Mediterráneo que dejó de ser el Mare Nostrum para convertirse en el coto de caza de la piratería vándala.

En el 441 se reunió en Sicilia un formidable ejército compuesto por unidades *comitatenses* de Occidente y por buena parte de los ejércitos *comitatenses* de Iliria, Tracia y *praesentalis* de la *pars Orientis* , que además envió a buena parte de su flota. Todo parecía a punto para un restablecimiento del poder romano en África. Genserico sabía que no podría parar aquel golpe y tuvo que rezar mucho en aquellos días. Sus oraciones fueron escuchadas. Bleda y Atila, los nuevos reyes de los hunos, habían optado por pasar de la extorsión a la guerra y habían cruzado el Danubio para saquear las Mesias y las Tracias. La noticia, inesperada y terrible, obligó a las fuerzas de Oriente a retirarse a toda prisa de Sicilia para acudir a la defensa de los Balcanes y sin su apoyo, las fuerzas de Occidente no podían emprender la proyectada campaña africana. Así que, en el 442, Flavio Aecio firmó un *foedus* con Genserico y rescató lo poco que podía: las Mauritanias y una parte de Numidia. [102]

¿Y los godos? Bien, ya hemos visto cómo las relaciones de Teodorico I con Rávena fueron, casi desde el principio, pésimas. Ya aludimos también a la traición que los federados godos infligieron al *magister militum* Castino en Hispania en el 422 y vimos cómo en el 425-426, los godos atacaron Arelate, donde fueron duramente derrotados por Flavio Aecio, a la sazón *magister militum* de las Galias. En el 430, un noble de los visi, Anaolso o Anaolfo, condujo una potente banda guerrera contra Narbona. No está muy claro el papel que desempeñó en este ataque el *rex* de los visi, Teodorico I, pero me parece claro que Anaolso tuvo que contar con su beneplácito y complicidad, explícitos o no. En cualquier caso, Anaolso y sus guerreros fueron aplastados por Aecio. [103]

Al año siguiente, apareció otro caudillo godo, esta vez en Hispania, Vetto. Según refiere Hidacio, este llegó a Gallaecia con aviesas intenciones, pero fracasó. ¿Qué tenemos aquí? Si Vetto hubiera llegado a Gallaecia como jefe de una tropa de federados, o sea, en nombre de Roma, Hidacio lo hubiera destacado. Pero no, el cronista habla de «fines torcidos» y en mi opinión hay que poner esta expedición de Vetto a Gallaecia en consonancia con la de Anaolso contra Arelate del año anterior: una expedición guerrera de un magnate godo llevada a cabo con el implícito beneplácito de su rey, Teodorico I. [104] Por tanto, en el 431 las relaciones entre godos y romanos seguían estando fuera de control y en tensión permanente y la acción de Vetto fue un intento godo de, o bien someter a los suevos e incrementar su poder frente a Roma, o bien de lograr un acuerdo con ellos para combatirla. La otra posibilidad no era mucho mejor para Roma: las expediciones de Anaolso y Vetto se hacían sin aprobación del *rex* de los visi y por ende serían la prueba de que Teodorico I no ejercía un control fuerte sobre los nobles godos y sus bandas guerreras y que estas y aquellos

tenían libertad de movimientos para buscar botines y nuevas tierras.



Figura 40: Detalle del folio 77 del *Codex Vergilius Romanus* , siglo V, con naves de guerra (liburnas), en las que viajan soldados, ataviados con manto y gorro frigio, con escudos circulares y lanzas pero en apariencia sin armadura. El control vándalo de África, y luego del Mediterráneo occidental, con sus acciones piráticas, que incluyeron el saqueo de Roma en el 455, supusieron un golpe mortal para el Imperio de Occidente.

Rávena no podía consentir semejante desafío a su autoridad por parte de los godos. Pero los siguientes años, 430-435, el Imperio de Occidente se vio sumergido por fuertes disensiones y guerras civiles sostenidas entre los grandes generales que aspiraban a ejercer la regencia efectiva pese a los intentos de Gala Placidia por mantenerla, en lo posible, en sus propias manos. Félix, Bonifacio y Aecio promovieron conjuras contra sus rivales y se enfrentaron en el campo de batalla. Al cabo se alzó con el triunfo Aecio pero para ese entonces, Teodorico I se hallaba tan seguro de sus fuerzas y tan dispuesto a aprovechar la debilidad del Imperio, que movió guerra abierta y atacó de

nuevo la Narbonense asediando Narbo Martius y ocupando varias plazas.

Pero se equivocaba. Si algo demostró Aecio en los años siguientes es que Roma era aún muy capaz de vencer y su frenética actividad guerrera de los años 425-452 así lo demuestra. [105] Pronto quedó bien claro que así era. En el año 436 Teodorico I rompió el *foedus* , tomó varias plazas de la Narbonense y asedió Narbo Martius. Al año siguiente, en el 437, los visi fueron deshechos en Narbo Martius y obligados a levantar de forma apresurada el asedio de la ciudad por el segundo de Aecio, Litorio. Al año siguiente, 438, acudió el propio Aecio, quien infligió a Teodorico I y a sus godos una devastadora y sangrienta derrota en Mons Colubrarius en donde 8000 godos alfombraron con sus cadáveres las lomas del «monte de la Serpiente». Así que, tras semejante debacle, en la que había muerto un cuarto del total de la fuerza de los visi, no es de extrañar que Teodorico I se retirara tras los muros de Tolosa y suplicara la paz.

Pero no se la otorgaron. Aecio quería eliminar de una vez a los insubordinados federados godos y envió a su segundo, Litorio, a completar la tarea. Mas, como ya vimos, Litorio dejó que se les escapara la victoria. En vez de sostener el asedio y dejar que los godos murieran de hambre, les ofreció batalla campal. Aquella acción mereció la reprobación de los contemporáneos Próspero de Aquitania y Salviano de Marsella que vieron en ello una muestra de soberbia por parte del general romano. Y la pagó cara. Tras una sangrienta e igualada batalla, cayó prisionero de los godos por mor de una súbita espantada de los federados hunos. Su captura obligó a Aecio a conceder a los godos de Teodorico I lo que estos pedían con ansia: la paz y la renovación del *foedus* . [106]

Lo anterior me obliga a volver sobre un episodio que ya hemos apuntado anteriormente: la derrota del general

Andevoto por los suevos en el valle del río Singilio (Genil), en el año 438. García Moreno ha tratado de invalidar el testimonio explícito de san Isidoro y defender con brío la tesis de que Andevoto era un jefe godo que comandaba las fuerzas federadas del *regnum* de Tolosa al servicio de Roma. [107] Creo que es un craso error. ¿De verdad es posible creer que mientras los godos de Tolosa se enfrentaban a Aecio y a sus generales en la Narbonense y en el sitio de Narbo Martius, 436-437 y eran aplastados en Mons Colubrarius en el 438, iban a enviar tropas a Hispania al servicio de Roma? Es imposible. García Moreno lo explica diciendo que Andevoto conducía un grupo de federados rezagados que no había vuelto a las Galias para sumarse al ejército de su rey Teodorico I. Largo retraso de más de dos años el de esos godos… Pues, Teodorico I, como deja claro la lectura de Próspero y de otras fuentes galas, había roto el *foedus* en el 436 y desde ese mismo año estaba en guerra con Aecio. ¿Cómo explicar entonces que todavía dos años más tarde hubiera una hueste goda en Hispania actuando bajo el paraguas del *foedus* ? De ninguna manera. Además, precisamente entre los años 436 y 439 los godos se vieron necesitados de hasta el último de sus guerreros. No, en el 438, los godos no estaban para «alegrías» en Hispania. Estaban tratando de sobrevivir encerrándose tras los muros de Tolosa y clamando por la paz como recalcan Próspero y Salviano. La tesis de García Moreno, que glosa hasta el supuesto linaje godo y alano de Andevoto, no se sostiene y menos cuando san Isidoro lo menciona claramente como general romano.

Durante los años siguientes a la renovación del *foedus* con los visi de Teodorico I y a la pérdida de Cartago (439), Aecio dio lo mejor de sí mismo y del crepuscular Imperio. Entre el 441 y el 448 sus tropas obtuvieron grandes victorias sobre los francos del rey Clodión y sobre los bagaudas armoricanos y de resultas de ellas se restauró el poder efectivo romano sobre muchas

ciudades del norte y el este de las Galias y la frontera renana. De hecho, que en el 446 en mitad de las intensas luchas libradas contra los francos y los bagaudas, Aecio destinara un ejército a Hispania para tratar de poner coto a los ataques suevos o al menos intimidarlos, prueba que Hispania seguía pesando mucho en los intereses del Imperio. Ya vimos antes que las tropas romanas y godas fueron comandadas por Vito y que, por desgracia, fueron malogradas por los suevos, que pudieron así afianzar su saqueador dominio sobre la Bética y la Cartaginense.

Como vemos, las dificultades con los federados godos, en las siguientes fechas, 422, 425-426, 430 y 436-439, en casi permanente rebelión y cuando no era así, poco firmes en sus obligaciones o poco efectivos en su desempeño, lastraron la acción del Imperio en Hispania casi tanto como lo hicieron los continuos enfrentamientos con burgundios, francos, vándalos, alamanes y bagaudas en las Galias, África, Retia, el Nórico y Panonia. El conjunto formado por la rebeldía e ineficacia godas y por la multitud de frentes abiertos para las fuerzas romanas, es lo que explica el auge suevo en Hispania. Pero, en el 450 se abrió para la Roma de Occidente el más peligroso de los «frentes»: el de los hunos de Atila.

Ya describí con sumo detalle los prolegómenos y desarrollo de la guerra de Atila en *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura* . Baste, pues, aquí con un rápido resumen, ya que los visi de Teodorico I desempeñaron un importante papel en los acontecimientos. En el 449, las relaciones de Atila, el soberano único de los hunos desde 444-445, con las dos partes del Imperio se estaban deteriorando muy rápido. Un dramático episodio en la corte de Rávena, el castigo que Valentiniano III infligió a su hermana Honoria por una escandalosa relación que la augusta había mantenido con su chambelán, provocó que esta acudiera a Atila para solicitarle protección. Atila lo

interpretó como un ofrecimiento explícito de que pasara a formar parte de la familia imperial mediante matrimonio y de que asumiera en Occidente el papel que entonces representaba Flavio Aecio. Sabemos por Prisco que en el año 450 las presiones diplomáticas de Atila fueron aumentando y trataron de preparar el camino forjando pactos con una parte de los francos y tentando al viejo rey Teodorico I que seguía dolido por sus derrotas de los años 437-439 ante Aecio. Teodorico se mantuvo esta vez fiel a Roma. Sencillamente evaluó de forma adecuada la situación y supuso que cambiar a Atila por Aecio no traería nada bueno a su pueblo ni a Aquitania. Tras una laboriosa preparación, Aecio había diseñado una estrategia defensiva que saltó por los aires cuando Atila lanzó un muy temprano ataque contra las Galias. El 7 de abril los hunos pasaban el Rin y atacaban Mettensem (Metz). Pronto fueron cayendo muchas otras ciudades y Atila se internó en la diócesis.

Era lo que Aecio esperaba. Había preparado por anticipado la defensa de Aurelianorum (Orleans) y esperaba que Atila se enredara en su asedio, mientras él reunía a las unidades del Ejército *comitatense* de las Galias, a todas las tropas *limitanei* y de *laeti* que pudiera y, ante todo, a las bandas guerreras de sus federados godos, burgundios, alanos y sajones. Atila hizo lo que Aecio esperaba y se entretuvo durante semanas asediando Aurelianorum. Cuando sus tropas ya penetraban las defensas de la ciudad, apareció Aecio al frente de un gran ejército en el que los godos figuraban con unos 15 000 guerreros y constituían un tercio del total de la fuerza. Atila fue severamente derrotado en Aurelianorum, pero pudo retirarse a toda prisa hacia el Sena, que cruzó al sur de Lutecia Parisiorum (París), perseguido por Aecio quien le dio alcance al nordeste de Tricasses (actual Troyes) donde se libraría la batalla de los Campos Cataláunicos.

Fue el 20 de junio del 451 y aunque hasta ese día se podía considerar negativo el balance de la acción de los federados

godos, con sus continuas rebeldías y desafecciones, en esa jornada pagaron con creces y con su sangre el *foedus* firmado por Walia y renovado por Teodorico. La batalla fue durísima y los godos formaron el ala derecha de la línea romana. Se enfrentaron a sus hermanos, los godos orientales a los que Jordanes agrupa bajo el nombre de ostrogodos, en una homogénea simplificación que trataba de honrar a la casa de Teodorico I el Grande. Los visi mantuvieron sus filas y rechazaron a sus contendientes ostrogodos y aguantaron la posterior e inmediata carga de los hunos conducidos por Atila. Teodorico I cayó combatiendo y su hijo Turismundo fue alzado sobre el escudo y proclamado rey de los visi en mitad de la batalla que continuó ferozmente y en la que el nuevo rey fue herido. Pero al cabo, la ferocidad y firmeza de los visi, el aguante de los alanos, que sostuvieron el centro de la línea romana y el rápido movimiento del ala izquierda, integrada por las tropas romanas que se apoderaron de la posición clave del campo y lanzaron un ataque de flanco sobre los hunos cuando estos parecían a punto de quebrar a los visi, dieron la victoria a los romanos y sus aliados.

Esa noche los visi cantaron en honor de su rey muerto, Teodorico, y lo velaron antes de sepultarlo. Algunos piensan que su tumba se encontró en el siglo XIX. Por desgracia, los objetos que en esa tumba se hallaron se perdieron poco después.

Tras la victoria, Aecio convenció al nuevo rey de los visi, Turismundo, de que regresara a Tolosa para asentar su trono frente a sus ambiciosos hermanos. Este lo hizo y al año siguiente continuó combatiendo por Roma contra los hunos a los que enfrentó junto con los alanos cerca del Liger y a quienes derrotaron de nuevo. [108] El nuevo rey de los visi fue al poco asesinado por sus hermanos y uno de ellos, Teodorico II, se proclamó nuevo rey. Sería él quien en verdad comenzaría a

ejercer un control real sobre algunos puntos de Hispania y a imponer en ella su hegemonía, la de los godos.

DE ROMA A LOS GODOS: *GOTTHI INTRA HISPANIAS SEDES ACCEPERUNNT* (453-497) [109]

En el año 453, Turismundo, rey de los godos de Tolosa, fue asesinado por sus hermanos. Ese mismo año murió Atila y un año más tarde, en el 454, su imperio se deshizo. Ese mismo año de 454 fue asesinado Flavio Aecio y al año siguiente, 455, su asesino, el augusto Valentiniano III, fue a su vez asesinado por los bucelarios hunos del malogrado Aecio. El luctuoso año se completó con el segundo saqueo bárbaro de Roma, el llevado a cabo por Genserico.

Pero también en el 455, Avito, un noble galo, se alzó con el trono. Sus relaciones con los godos y con su nuevo rey, Teodorico II, eran inmejorables y personales. Los federados godos y el Imperio estaban otra vez en armonía y los suevos pagaron esa armonía. Requiario había lanzado expediciones de saqueo contra los vascones en el 448, lo que llevó a sus huestes hasta el Pirineo, pues los vascones aún no se habían asentado del todo en la depresión vasca.

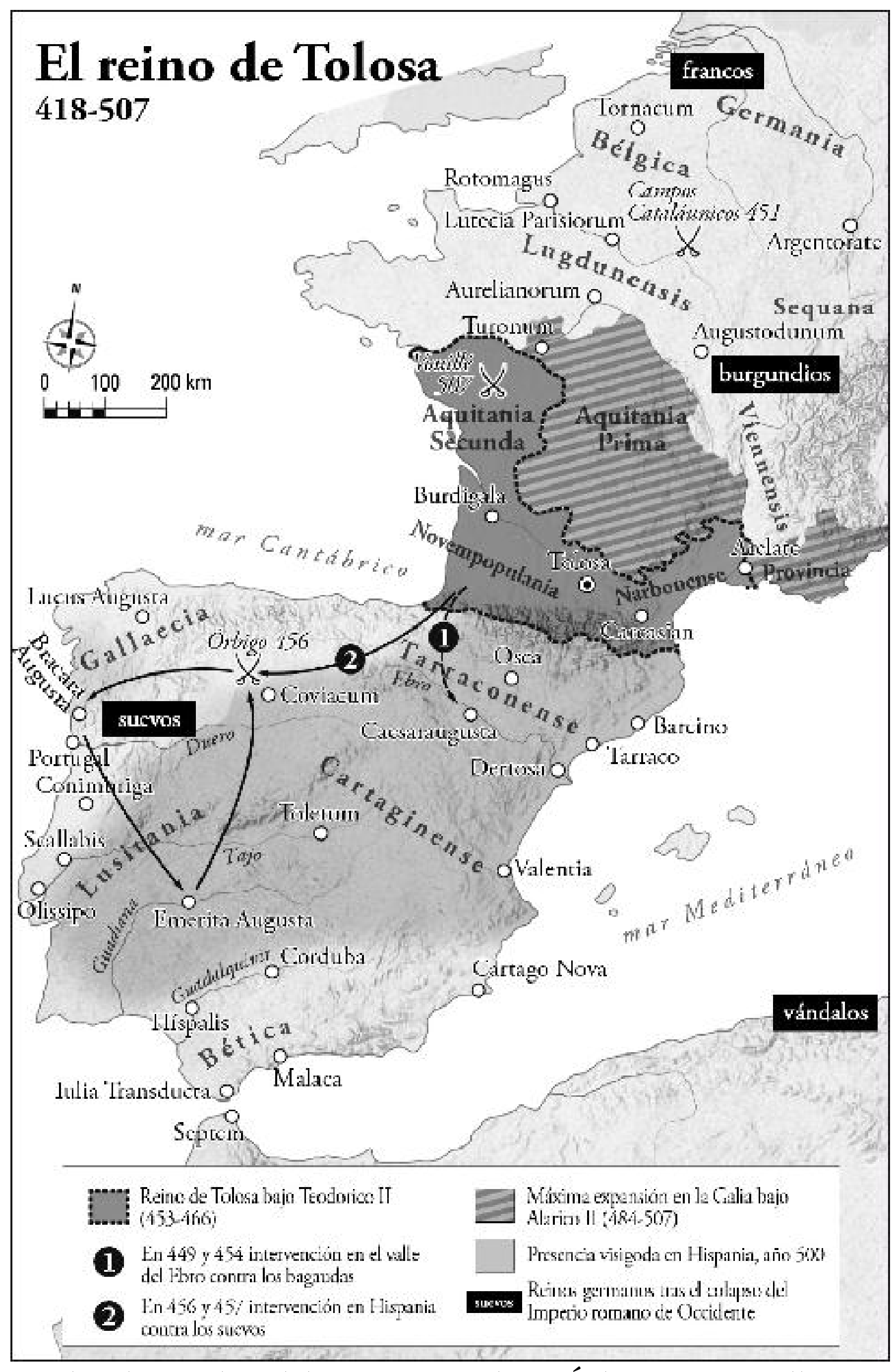
En el año 449, el rey suevo seguía provocando problemas en la Tarraconense. Tras visitar a su suegro Teodorico I en Tolosa, a su regreso a Hispania, quizá tranquilizado por Teodorico al respecto de las consecuencias de sus actos, saqueó los campos en torno a Caesaraugusta y tomó por sorpresa Ilerda (Lérida), en donde hizo cuantiosos cautivos. Ensoberbecido por sus continuas y exitosas razias, por su triunfo sobre el ejército imperial en el 446, y por su alianza matrimonial con la dinastía goda de Tolosa, Requiario se negaba a llegar a acuerdos con el Imperio y solo los firmó en el año 453 cuando los *comites* Mansueto, *comes Hispaniarum* , y Frontón, se presentaron en su corte de Bracara Augusta. [110] Al año siguiente, 454, Teodorico

II, el homicida hermano de Turismundo, a requerimiento de Aecio, envió a su hermano Friderico o Frederico al mando de un fuerte contingente godo a combatir a los bagaudas de la Tarraconense a los que los godos aniquilaron restaurando el completo dominio de Rávena sobre la provincia. [111]

En el año 455, Requiario quiso aprovechar los disturbios y luchas que siguieron al asesinato de Valentiniano y al saqueo de Roma por los vándalos para sacar tajada. Así que saqueó la Cartaginense cuyo dominio había vuelto a ceder al Imperio por el tratado del 453.

Había, pues, que meter a Requiario en cintura. Primero se le enviaron emisarios reclamando que volviera a Gallaecia y cumpliera lo acordado. Eran emisarios romanos y godos y eso indica que Requiario se había comprometido con ambas potencias, Roma y el *regnum* godo, y que dichas potencias estaban en completo acuerdo sobre los asuntos de Hispania. Pero Requiario no se plegó a tales exigencias, sino que optó por la guerra atacando la Tarraconense. Aquello era demasiado. Avito, entonces, ordenó a Teodorico II que reuniera a sus huestes y que penetrara en Hispania para aniquilar a los suevos.

Roma se enfrentaba en ese momento a ataques vándalos en Sicilia, Córcega y Campania, pero Ricimero, nieto de Walia e hijo de Requila, y a la sazón el *magister militum in praesentis* de Avito, obtuvo una brillante victoria sobre ellos que ensalzó Sidonio Apolinar y que se vio acompañada por otra victoria obtenida por las armas imperiales en Panonia. Eso y la agitación de los burgundios en Galia, dejó por completo en manos de los godos de Teodorico II la campaña en Hispania. Teodorico II no defraudó a Avito. Penetró en Hispania a la cabeza de sus godos y comandando también a los contingentes de otros dos reyes bárbaros federados de Roma, los burgundios Gundiaco e Chilperico.



El 5 de octubre del 456, junto al río Órbigo, a 12 millas (18 km) al este de Asturica Augusta (Astorga), los suevos de

Requiario sufrieron una severa derrota por Teodorico y su ejército de godos y burgundios. Requiario, herido por un dardo, tuvo que huir a uña de caballo hasta «las extremidades de Gallaecia» y su capital fue tomada y saqueada por Teodorico II a finales de octubre de aquel mismo año, el cual no tuvo reparos en cautivar a cuantos hispanorromanos pudo y en saquear y profanar iglesias y lugares santos convirtiendo algunos de ellos en establos.

Tras este saqueo, el rey godo continuó su avance por el debelado reino suevo y en diciembre el vencido Requiario, que se había refugiado en Portocale (Oporto), con la esperanza de embarcarse y huir, fue hecho prisionero y llevado ante Teodorico junto con muchos de sus nobles. Teodorico II se mostró implacable con su cuñado y decretó su muerte junto con buena parte de su comitiva regia. La matanza y la victoria fueron tan completas que Hidacio, contemporáneo de los hechos, dio por terminada la historia de los suevos.

Las victorias de Teodorico coincidieron, como ya hemos apuntado, con las obtenidas por Ricimero frente a los vándalos en Sicilia, Córcega y Campania, triunfos que fueron oportunamente comunicados a Teodorico como muestra de júbilo, sin duda, pero lo más seguro también como recuerdo de que Roma seguía siendo Roma y que las victorias logradas por el rey godo se habían conseguido en nombre del emperador Avito. [112]

Pero, aunque Hidacio dio por finiquitado el reino suevo, este se resistía a morir. Maldras, un caudillo guerrero, se alzó en la costa de Gallaecia y se proclamó *rex* . El territorio ardía en luchas y en acciones de rapiña y saqueo y pronto se alzó otro pretendiente al trono, Frantanes, y la guerra civil se cebó en los patéticos restos del pueblo suevo y en los sufridos galaicos.

Teodorico II, mientras tanto, había penetrado en Emerita Augusta y allí le sorprendió la noticia de que su augusto, Avito, había muerto y que uno nuevo, Mayoriano, se alzaba con el poder. En marzo del 457, Teodorico II corrió a las Galias para afrontar el nuevo escenario, pero una fracción de su ejército de godos y burgundios, se separó y asaltó con engaños Asturica Augusta, pasando a cuchillo a las gentes del lugar y cautivando a los supervivientes. No contentos con ello, atacaron e incendiaron también Palentia (Palencia), y pusieron sitio a Coviacum, una posición fortificada formidable en la actual Valencia de San Juan en León que no pudieron tomar y cuyos defensores hispanos causaron cuantiosas bajas a los godos poniéndolos en fuga.

No todos los godos estaban con el rey o con los desafortunados guerreros que fracasaron ante el *castrum* de Coviacum. Una partida de guerra encabezada por un noble llamado Aiulfo se desgajó del ejército real y buscó instalarse por su cuenta. Aiulfo pretendía llevar a su *gefolge* a Gallaecia. Su acción puede relacionarse hasta cierto punto con la de Anaolso en el 425-426, el caudillo godo que atacó con su comitiva a Narbo Martius y que fue derrotado y capturado por Aecio, o con la de Frederico, el hermano de Teodorico II que, años más tarde, llevaría a su banda guerrera más allá del Liger, con la aparente intención de labrarse un feudo en la región armoricana y extender de paso el dominio godo. Es probable que Aiulfo solo tuviera consigo un par de centenares de guerreros o poco más, pero en una tierra fragmentada y desangrada como era la Gallaecia que dejó tras de sí Teodorico II, aquella fuerza representaba sin duda un poder a tener en cuenta. El noble godo no tuvo suerte, Gallaecia resultó demasiada dura de roer y terminó siendo degollado en julio del 457. [113]

Pero la expedición real goda terminó en la primavera del 457 y había sido todo un éxito. La hegemonía sueva había sido destruida para siempre y el poder godo alcanzaba un cénit en Hispania que nunca había conocido antes. [114] Ese poder comenzó a ejercerse de inmediato. Maldras, uno de los dos reyes suevos en pugna, logró acabar con su rival y lanzó de nuevo a su banda guerrera al saqueo de las tierras próximas. Olissipo fue saqueada con ferocidad y perecieron en ella muchos hispanos y la región del Duero fue presa asimismo de Maldras y sus saqueadores en el 457. Puede que fueran estos renovados ataques suevos los que atrajeran de nuevo la intervención goda en Hispania, o puede también que estuviera provocada por la actividad pirática de los vándalos, que de tanto en tanto navegaban hasta las costas hispanas y que en alguna ocasión habían remontado la costa atlántica y perpetrado allí acciones de piratería, aunque creo que es más probable que se tratara más bien de retar al nuevo augusto de Occidente: Mayoriano.

Este había llegado al poder en el año 457 con apoyo de Ricimero y había sido uno de los mejores oficiales de Aecio. En el 459 se enfrentó a los godos de Teodorico II, disgustado por la deposición y asesinato de Avito, y los derrotó en Arelate. Pues bien, en el año 458, esto es, en un contexto de enfrentamiento con el nuevo augusto Mayoriano, Teodorico II envió a Hispania, a la Bética, al *dux* Cyrila al frente de una hueste guerrera y sabemos que al poco envió emisarios a los suevos de Maldras y todo ello parece casar con un intento del rey godo de afirmar su autoridad, no la de Roma, en Hispania, y de reforzarse frente al gobierno imperial asumiendo además el control de una provincia que *de iure* y pese a las correrías suevas, pertenecía al gobierno directo de Rávena. Ya Thompson señaló este momento, julio del 458, como clave en la progresiva instauración del dominio del *regnum* godo en Hispania y como

la fecha a partir de la cual la Bética quedaría sumada a la autoridad regia. Esta autoridad se prolongaría ya hasta el 711. Sin embargo, Javier Arce ha discutido esta tesis y ha mostrado que aún no se puede hablar de una presencia permanente goda en Bética, sino tan solo del establecimiento allí, quizá en Híspalis, de un fuerte destacamento cuya misión sería impedir que los suevos volvieran a las andadas. [115]

Estoy en buena medida de acuerdo con Javier Arce, pero creo que en ese caso los godos habían buscado una base operativa bastante complicada. El valle del Guadalquivir, con Sierra Morena de por medio y Lusitania entre medias, está muy lejos de Gallaecia y, además y como veremos, los godos lanzaron desde su base de Bética expediciones de saqueo y dominio sobre Scallabis (Santarém) y Olissipo, en lo que es un claro ejemplo de que Bética no solo se iba a usar como base de control de los suevos, sino ante todo, como base para extender el dominio godo y, a la par, como punto desde el cual lanzar expediciones de saqueo y control sobre los poderes regionales hispanos que, como en Olissipo y Scallabis, se mostraban *de facto* independientes de suevos y godos, así como de la autoridad imperial.

En el 459, un segundo ejército godo fue enviado por Teodorico II a Bética para relevar a Cyrila. Parecía, pues, iniciarse una nueva época en Hispania en la que los godos actuarían ya de forma independiente de Roma y en su propio y exclusivo provecho. Pero la derrota sufrida en el año 459 ante Arelate por los godos obligó a Teodorico II a reconocer la soberanía de Mayoriano. Sabemos, por ejemplo, que la noticia de la derrota goda fue de inmediato transmitida a las autoridades romanas y godas en la Península y que con dicha noticia venía también la de que una vez más los godos eran federados del Imperio. Por eso y ese mismo año del 459-460, el *comes Hispaniarum* Nepociano, el padre del futuro emperador

Julio Nepote, sumó esfuerzos con el *comes* Sunerico para tratar de poner orden en el caos suevo. Un ejército godo fue conducido por ambos condes contra los suevos. [116]

Que nada más se mencionen fuerzas godas se explica no solo por la creciente debilidad del poderío romano en Hispania, sino ante todo porque el grueso de las fuerzas romanas se estaban congregando o bien en la Tarraconense con el emperador Mayoriano para embarcarse en Cartago Nova, en una expedición contra los vándalos de Genserico, o bien en Italia y Sicilia con el *magister in praesentis* Ricimero para frenar posibles contragolpes vándalos, o en fin, junto al *magister* militum de la Galia, Egidio, que se hallaba combatiendo con éxito a francos y burgundios.

La expedición punitiva de los condes Nepociano y Sunerico era necesaria, pues Maldras depredaba en Lusitania, mientras que un nuevo rival, Recismundo, le disputaba un poder que, por otra parte, nadie parecía aceptar. Incluso el hermano de Maldras se le enfrentaba y por si las luchas internas de los suevos no derramaran suficiente sangre, los hispanos de Gallaecia se veían atacados una y otra vez por todos los bandos enfrentados y respondían a esos ataques con saña.

Por si faltaba algo, los piratas hérulos, que ya habían atacado las costas de Cantabria, Vardulia y Gallaecia en el año 456, volvieron a aparecer en el 459 y asaltaron las costas galaicas en su camino hacia Bética en donde pretendían llevar a cabo sangrientas correrías. [117]

Por su parte, la proyectada expedición del augusto Mayoriano a África fracasó de un modo deplorable ese mismo verano del 460 cuando su flota, concentrada en Cartago Nova, fue sorprendida por mor de la traición y destruida o capturada por los vándalos de Genserico. Al año siguiente, el asesinato de Mayoriano por Ricimero propició un nuevo paso en la

progresiva instalación del dominio godo en Hispania en la que más allá de la Tarraconense, o reinaba el caos, o dominaban los godos.

Como muestra de este creciente poder e influencia, en el 462 sería Teodorico II y no el emperador títere de Ricimero, Severo, el que depuso al *comes Hispaniarum* Nepociano y el que nombró a su reemplazo, Arborio. [118] De modo que, de forma directa o indirecta, de manera más o menos eficaz, Hispania se hallaba bajo la autoridad o influencia del rey de Tolosa. Todos lo entendieron así. Por eso los hispanos de Gallaecia enviaron su emisario en demanda de ayuda no al emperador, sino al rey Teodorico que despachó a Gallaecia a su conde Cyrila en el 463 que, sin embargo, no fue capaz de imponer el orden. Teodorico II era ya abiertamente hostil a Roma. Primero tomó Narbo Martius y luego dejó a su hermano Frederico que pasara el Liger y atacara al *magister militum* Egidio. Este le derrotó por completo en Aurelianorum, donde pereció Federico con la mayor parte de su hueste. [119]

Pero la muerte por envenenamiento de Egidio a inicios del 465 permitió a Teodorico II, siempre atento a expandir su reino, apoderarse de varias ciudades en la Lugdunense y ello a la par que seguía ejerciendo su dominio sobre Hispania y ello hasta el punto de convocar a su corte tolosana tanto al rey suevo, Recismundo, como al *comes Hispaniarum* , Arborio. Ambos acudieron, pero el rey suevo no pudo mantenerse tranquilo y siguió moviendo guerra tanto en Gallaecia contra los aunonenses que, con toda probabilidad y al igual que los aregenses, eran gentes poco romanizadas y resueltas a defenderse de los depredadores suevos. [120]

El asesinato de Teodorico II por su hermano Eurico, 466, abriría un nuevo capítulo de la creciente dominación goda de Hispania. Eurico envió, en el 468, tropas a Lusitania e impuso allí cierto orden empujando a los suevos al interior de Gallaecia

y asegurándose botín y vasallaje con el saqueo de varias ciudades. Sin embargo, Eurico tuvo que dejar de lado su expansión hispana y centrarse de inmediato en el último intento de restauración efectiva del poder imperial. En el 466, en agosto, a 7 millas de Roma, era proclamado un nuevo augusto: Antemio. Tenía el apoyo del augusto de Oriente, León I, y venía reforzado con tropas *comitatenses* de la *pars Orientis* y a ellas sumaba las del eficaz y fiel *magister militum* Marcelino. El propio Antemio había sido un general competente en Tracia en donde había derrotado a una horda de hunos y todo hacía prever una nueva época de orden y dominio romano que Sidonio Apolinar se apresuró a celebrar.

Aunque demasiado pronto. Antemio contaba con un problema bárbaro e interno de difícil solución: Ricimero, el ambicioso *magister in praesentis* que no veía con buenos ojos la llegada de un augusto tan independiente y que no le debiera a él el trono. [121] Por si fuera poco, Antemio también tenía dos rivales peligrosos y bárbaros: Eurico en las Galias y Genserico en África. Tampoco le favoreció la suerte. En el 467, la flota enviada por el augusto León para recuperar África de manos de los vándalos fue dispersada por los temporales. Al año siguiente, 468, una segunda y formidable flota oriental, más de 1000 naves y 100 000 hombres, fue penosamente sorprendida y derrotada por Genserico. Aquello fue un duro golpe no solo para Constantinopla, sino también para Antemio que se veía privado de buena parte del apoyo de su principal valedor: León.

Aun así decidió enfrentar a Eurico en las Galias. Reunió tropas y concitó el apoyo del misterioso rey de los britanos, Riotamo –probablemente Ambrosio Aureliano a la sazón *insularis draco* , es decir, «dragón de la isla» de los britanos– que desembarcó en el noroeste de las Galias a la cabeza de 12 000 guerreros. Fue un desastre. Los britanos y los romanos no supieron converger ni esperar a que se les sumaran los

burgundios, y las huestes godas los aplastaron en la batalla de Déols del año 469. La batalla confirmó la hegemonía goda en las Galias y el fin del sueño de restauración traído a Occidente por Antemio. Este último y su hijo Antemiolo siguieron luchando tercamente hasta ser otra vez derrotados en el 471 pero no pudieron impedir que Eurico siguiera progresando. [122]

Nada más triunfar sobre Antemio, y siendo ya y de forma indiscutible el poder hegemónico en las Galias, Eurico retomó su proyecto de imperio hispano. En el 472 sus huestes, comandadas por el *comes* Gauterico, ocuparon Pompaelo y Caesaraugusta y con ellas toda la región norteña de la Tarraconense. El poder godo se hizo sentir entonces hasta los confines de Gallaecia por el norte. Dos años más tarde, 474, otro ejército godo penetró en la Tarraconense por los Pirineos orientales y tomó Tarraco y el resto de las ciudades de la costa. No obstante, y como veremos, esta conquista no fue permanente pero sí el fin del dominio *de facto* de la autoridad imperial romana en Hispania.

También estaba a punto de hacerlo en las Galias. El nuevo *magister militum* en Italia, Odoacro, el sustituto de Ricimero, no se mostraba interesado por mantener disputa alguna con Eurico y este fue sometiendo poco a poco Auvernia, defendida por Sidonio Apolinar y los suyos, y lo poco que restaba de la Narbonense. Ahora su reino se extendía hasta el Ródano y el Liger. El interés y el núcleo godo seguía estando en las Galias, pero Hispania formaba ya parte del reino godo de Tolosa y aunque los suevos seguían tenaces en la caótica Gallaecia y muchos poderes locales seguían ejerciendo *de facto* su autoridad en las ciudades y campos y muy en particular en la Tarraconense, nadie podía discutir ya que un rey godo imponía en Hispania su poder y ese poder ya no se ejercía por la causa de Roma, sino por el interés de los godos.

Y seguía ampliándose. Una inscripción fechada en el año 483 daba noticia de que, bajo el reinado de Eurico, un *dux* godo dirigió las reparaciones el puente y las murallas de Emerita Augusta, con el apoyo y el dinero suministrado por el obispo de la ciudad. Pese a las reticencias de Javier Arce, me parece que Thompson tenía razón y que la inscripción citada es prueba firme de que, para esa fecha, 483, la administración de Lusitania o al menos de buena parte de ella, estaba ya firmemente en manos godas. [123]

Pero habría que esperar a los años 494-497 para que el dominio directo y regular de los godos se asentara en Hispania. En el 494 la *Chronica Caesaragustana* anota la fecha en su obra con la siguiente entrada: *Gotthi in Hispanias ingressi sunt* , esto es, «los godos entran en Hispania». La escueta y enigmática afirmación, tras casi ochenta años transcurridos desde que Ataúlfo condujera por primera vez a los godos a Hispania, solo puede interpretarse como que, en ese año 494, los godos entraron en Hispania para quedarse y no solo para guerrear o imponer su autoridad. Una autoridad de nuevo discutida. Los tiranos de la Tarraconense, nobles romanos que se negaban a someterse por completo a los godos, fueron eliminados por las tropas de Alarico II, el sucesor de Eurico desde el 484. En el 496, Burdunelo fue vencido. Pese a esto, la Tarraconense y sus nobles siguieron oponiéndose al dominio godo y todavía en el 506 se registra un alzamiento en Caesaragusta donde un tal Petrus tuvo que ser derrotado y puesto en fuga, siendo apresado al final en Dertosa (Tortosa).

Sin embargo, en el 497 el mismo cronista de la *Caesaragustana* escribe: *gotthi intra hispanias sedes acceperunnt* . Lo que deja claro que fue en ese año cuando los godos comenzaron a instalarse en número significativo en Hispania. Lo hacían no solo como gentes armadas, sino como pueblo y con ellos venían también sus costumbres y aunque Hispania

seguía siendo una tierra de frontera para ellos, formaba ya parte integral de su *regnum* . Aunque resulte paradójico, para ese entonces, 497, el poderoso reino de Tolosa caminaba a pie firme hacia su destrucción. De hecho, los godos que afluían ahora a Hispania para asentarse en ella como nuevos pobladores, lo hacían huyendo de las correrías y ataques de los guerreros de Clodoveo, rey de una facción de los francos salios que estaba construyendo un poderoso reino en el norte de las Galias a fuerza de implacable hierro.

Pronto, Hispania sería el refugio de los visi y desde ese refugio alzarían el último y más brillante de sus reinos, el Reino de Toledo, la primera España.

Notas

1 Olimpiodoro, frag. 15; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX, 12.4-6; y para Constancio, sus orígenes y carrera, véase Olimpiodoro, frag. 37; O'Flynn, J. M., 1983, 63-74.

2 Zósimo, *Nueva historia* , VI, 1-6 y VI, 13; Olimpiodoro, frag. 13; Orosio, *Historias* , VII, 40, 4-9; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX, 11-12; Thompson, E. A.: «Britain, A. D. 406-410», 303-318; Kulikowski, M.: «Barbarians in Gaul, usurpers in Britain», 2000, 325-345; Drinkwater, J.: «The Usurpers Constantine III (407-411) and Jovinus (411-413)», 269-298; Ferrill, A., 1989, 114-115; Soto Chica, J., 2019, 187 y ss.

3 Orosio, *Historias* , VII, 40, 5; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX, 12; Olimpiodoro, frag. 13; Zósimo, *Nueva historia* , VI, 4.

4 San Jerónimo, *Epístolas* , CXXIII, 15.

5 Hemos usado el texto latino del Código Teodosiano, disponible en <http://www.thelatinlibrary.com >, en adelante CTH. CTH, 7.1-18.

6 Zósimo, *Nueva historia* , VI, 4 [texto griego]; Olimpiodoro, frag. 13; Orosio, *Historias* , VII, 40, 5-6; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX,11.

7 Zósimo, *Nueva historia* , VI, 4-5 [texto griego]; Orosio, *Historias* , VII, 40, 7-9 y VII, 42, 4-5; Olimpiodoro, frag. 13; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX, 12; y, para los atacotes, y su fama de antropófagos véase: San Jerónimo, *Epístolas* , CXXXIII.9, 14. Y para las extrañas costumbres guerreras de los taifales: Amiano Marcelino, *Historia* ,

XXXI.9.5; Rodríguez González, 2003, J., 510 y 513-514; Arce, J., 2017, 37-42 y 48-52, de quien disentimos ampliamente en sus enfoques sobre la situación militar de Hispania en el 407-409; García Moreno, L. A., 2017, 18-19.

8 Sidonio Apolinar, *Cartas* , V, IX.1, en Dalton, O. M., 1915; Gregorio de Tours, *Historias* , II, 9 en Herrera Roldán, P., 2013.

9 Orosio, *Historias* , VII, 40, 4-8; Olimpiodoro, frag. 13; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX, 12; Zósimo, *Nueva historia* , VI, 4.

10 Arce, J., 2017, 37-42 y 48-52; R. Sanz Serrano ya apuntó la debilidad de sus planteamientos y aportó razones más que sólidas para la continuación de tropas regulares en la Península. Véase Sanz Serrano, R., 2009, 156-171.

11 Soto Chica, J., 2019, 17-78, para un estudio a fondo del despliegue y poder del ejército romano en el siglo V y 187 y ss. para la situación militar de Britania tras el abandono del dominio romano en el 410.

12 Sanz Serrano, R., 2009, 156-171.

13 Zósimo, *Nueva historia* , V, 43 y VI, 1.

14 Orosio, *Historias* , VII, 40, 8-9 y Zósimo, *Nueva historia* , VI, 5; Arce, J., 2017, 50-60.

15 Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX, 12; Olimpiodoro, frag. 13; Orosio, *Historias* , VII, 40, 8-9; Zósimo, *Nueva historia* , VI, 5; Hidacio, *Cronicón* , II, 15; y para la venganza contra Geroncio de los soldados hispanos véase Sozómenos, *Historia eclesiástica* , 13.

Zósimo, *Nueva historia* , VI, 5.

16

17 Zósimo, *Nueva historia* , VI, 3.

18 Arce, J., 2017, 52-63.

19 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 9.

20 Orosio, *Historias* , VII, 40, 8-9, 41, 1-3 y 42, 4-5; Zósimo, *Nueva historia* , VI, 5; Olimpiodoro, frag. 13; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX, 12; Hidacio, *Cronicón* , I, 15-16 y II, 17.

21 Olimpiodoro, frag. 15 y 17; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX, 12; Zósimo, *Nueva historia* , VI, 13; Ferrill, A., 1989, 114-115; Heather, P., 2006, 304-306.

22 Olimpiodoro, frag. 15 y 17; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX, 12-13; Hidacio, *Cronicón* , II, 17; Heather, P., 2006, 305-306.

23 *Crónica gala* , 411-414, 67-71.

24 Rosa Sanz Serrano es la autora de la mejor biografía de esta fascinante mujer: Sanz Serrano, R., 2006.

25 CTH, 2.3. 10 y 14.

26 Olimpiodoro, frag. 21-26 y 30 y 34.

27 Orosio, *Historias* , VII, 43, 4-7.

28 Próspero de Aquitania 1256, a. D. 415, en Muhlberger, S., 1990; Olimpiodoro, frag. 26; Filostorgio 12,4-5.

29 Olimpiodoro, frag. 17-18-19, 22-26, 30 y 33; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX, 13-15; Filostorgio XII, 5-6; Orosio, *Historias* , VII, 42-43;

Hidacio, *Cronicón* , II, 17-20 a. D. 411-414 y 21 a. D. 416; San Isidoro, *Historias* , 19; Jordanes, *Getica* , XXXI, 159-163; *Crónica del conde Marcelino* , a. D. 411, 2-4, 412, 1-2, 413, 414, 2; *Crónica gala* 452 a. D. 411, 412, 413 y 414; Arce, J., 2017, 60-85; García Moreno, L. A., 2017, 19-49; Heather, P., 2006, 304-310; Ferrill, A., 1989, 115-120.

30 Jordanes, *Getica* , XXXI, 161-163; Salviano de Marsella, *De gubernatione Dei* , VIII, 53, en Lagarrigue, G., 1971; Sanz Serrano, R., 2009, 132-143.

31 Orosio, *Historias* , VII, 43, 1; Jordanes, *Getica* , XXXI, 165-166; Sanz Serrano, R., 2009, 133-143; Arce, J., 2017, 73-76; García Moreno, L. A., 2017, 44-47.

32 CTH 12.1, 151.

33 Símaco, *Cartas* , VII, 105-106, en Valdés Gallego, J. A., 2003.

34 Ferrill, A., 1989, 82. Las grandes cuadras donde el ejército romano tardío criaba sus mejores ejemplares se hallaban en Capadocia, Tracia e Hispania.

35 Símaco, *Cartas* , IX, 12.

36 Vegecio, *Mulomedicina* , I, 44, 5, III, 6.4, III.7, 23, y III.27, 5 y IV, 22, 1, en Robles Gómez, J. M., 2014.

37 CTH, I.15, 16.

38 Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, 22-24.

39 La obra de referencia es *Late Roman Spain and its cities* de M. Kulikowski. Véase también Gozalbes Cravioto, E.: «La demografía de la Hispania Romana tres

décadas después», 181-208, que estima una población en torno a los 3,5 millones de habitantes y con cuyas conclusiones no concordamos pero que recoge los datos y los resultados de los estudios sobre la cuestión realizados entre 1976 y 2007; Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, Introducción, XXII-XXIV, en donde se estima la población hispana en 8 millones de habitantes. Heather, P., 2006, 149-160; Ward-Perkins, B., 2007, 178-195. Con estimaciones de 60 y 70 millones de habitantes para todo el Imperio en el siglo IV y desmintiendo la tan llevada y tan traída «crisis demográfica». Fouracre, P., 2005, 265-267; Gerrard, J.: «Los últimos romanos de Britania», 6-12 y Soto Chica, J., 2019, 187-192. Con estimaciones de población para Britania de 4 millones de habitantes. Soto Chica, J., 2015, 133-145, con abundante bibliografía y fuentes sobre la cuestión y analizando África, Egipto, Asia Menor, Siria, Italia y los Balcanes.

40 Gozalbes Cravioto, E.: «La demografía de la Hispania romana tres décadas después», 181-208; Arce, J., 80-82 y 213-233.

41 Brown, P., 1997, 23-26; Soto Chica, J.: «Antes de la batalla. El Imperio romano en vísperas del desastre», 12-18.

42 Arce, J., 2017, 234-244.

43 Sanz Huesma, F. J.: «Merobaudes en Hispania (443 d. C.)», 363-368.

44 Arce, A., 1996.

45 Arce, J., 2017, 269-280.

46 CTH, XI, 9.3, XI, 6.6 y X. 6-7; Jordanes, *Getica* ,

XLIV, 229; Blázquez Martínez, J. M.: «Administración de las minas en época Romana. Su evolución», 119-131; Vizcaíno Sánchez, J.: «La presencia bizantina en Hispania (siglos VI-VII). La documentación arqueológica», 50, 112 y 793; Matías Rodríguez, R.: «La minería aurífera del noroeste de Hispania: ingeniería y gestión de las explotaciones auríferas romanas en la Sierra del Teleno (León, España)», 213-241.

47 Brown, P., 1997, 23-26; Soto Chica, J.: «Antes de la batalla. El Imperio romano en vísperas del desastre», 12-18.

48 *Crónica del conde Marcelino* , a. D. 416, 1.

49 Sotomayor Muro, M., Berdugo Villena, T.: «El concilio de Elvira en la Hispana», 13-34; *Crónica del conde Marcelino* a. D. 416, 1; Arce, J., 2017, 245-278.

50 González Echegaray, J., 1998, 35-119.

51 *Notitia dignitatum* I, *In partibus Occidentis* , VII, 4 127-134, V 31-36, y para las unidades a disposición del *comes Tingitaniae* : XLII 129; *Litterae Purpureae* ; Heather, P., 2006, 343-346.

52 Thompson, E. A., 1982, 158-159.

53 Arce, J., 2017, 70-71.

54 Heather, P., 2006, 343-346 y 560-562.

55 Víctor de Vita, I, 2, en Petschenig, M., 1881; Procopio de Cesarea, III, 5, 14-20 y Procopio de Cesarea, *Historia secreta* 18, 6; Heather, P., 2006, 343-346; Fuentes Hinojo, P., 1995 [tesis], 128.

56 Procopio de Cesarea, III, 5.20.

57 Ferrill, A., 1989, 94. No obstante, sigue siendo la tendencia hegemónica. Arce, J., 2017, 49-51.

58 Hidacio, *Cronicón* , I, 1, 16.

59 Olimpiodoro, frag. 29, 2. Olimpiodoro escribía hacia el 425; compárese con Hidacio que lo hacía hacia el 468: Hidacio, *Cronicón* , I, 2.16.

60 Hidacio, *Cronicón* , I, 1, 16 a. D. 410; I, 2, 17 a. D. 411, y 2, a. D. 416, 23, a. D. 417 y 25, 2-5, a. D. 419; Orosio, *Historias* , VII, 40, 9 y VII, 41, 1 y muy en particular 41, 3-6; Salviano de Marsella, *De gubernatione Dei* , VIII, 55; San Isidoro, *Historias* , I, 22b.

61 Orosio, *Historias* , VII, 41, 6 y ss.; Arce, J., 2017, 52-70.

62 Orosio, *Historias* , VII, 40, 9; Hidacio, *Cronicón* , I, 2, 17; San Isidoro, *Historia de los vándalos* , II, 71 y sobre todo II, 73; Arce, J., 2017, 52-69.

63 *Ibid.* , 60-68.

64 García Moreno pone en cuestión esta preeminencia de los alanos y trata de desautorizar a Arce, quien la acepta, aunque restringiéndola a los asdingos y los suevos. García Moreno no apoya su pretensión en ninguna fuente, Arce se fundamenta en las explícitas afirmaciones de Hidacio y san Isidoro. Por mi parte no me cabe duda de que los alanos ejercieron una hegemonía clara sobre los otros grupos, incluidos los silingos. La prueba de esto último es el socorro que los alanos prestaron a los silingos al acudir a Calpe (Gibraltar), para juntar allí fuerzas con las que combatir a los godos de Walia. García Moreno, L. A., 2017, 52-54; Arce, J., 2017, 107-109.

65 Olimpiodoro, frag. 17; Orosio, *Historias* , VII, 42, 4-6; Arce, J., 2017, 60-68.

66 Orosio, *Historias* , VII, 43, 14-15.

67 Olimpiodoro, frag. 29.

68 Orosio, *Historias* , VII, 43, 10-12; San Isidoro, *Historias* , I, 22; García Moreno, L. A., 2017, 50 y ss.; Sanz Serrano, R., 2009, 140-142; Arce, J., 2017, 87-88.

69 Olimpiodoro, frag. 30.

70 Papiros de Oxirrinco, en The Egypt Exploration Society, p. 629, 2V-S, 1920; Jones, H. M., 1964, 629; Soto Chica, J., 2019, 32 y ss.

71 Jones, H. M., 1964, 39, n. 65. Su cálculo ha sido muy discutido por Nixon, C.: «Relations between Visigoths and Romans in fifth century Gaul», 64 y ss.

72 Arce, J., 2017, 70-72.

73 Menéndez Pidal, R., t. III, vol. I, Introducción, XXII-XXIV.

74 García Moreno, L. A., 2017, 58 y ss.; Arce, J., 2017, 88-100.

75 *Litterae Purpureae* ; Gil, J. : «Interpretaciones latinas», 187.

76 García Moreno, L. A., 2017, 50-57; Arce, J., 2017, 88-90.

77 Sidonio Apolinar, *Poemas y panegíricos* , II, 362-365, en López Kindler, A., 2005.

78 Orosio, *Historias* , VII, 43, 10-14; Hidacio, *Cronicón* , I, 2, 22-23 y 25 a. D. 416-419; San Isidoro, *Historias* , I, 20-22; Jordanes, *Getica* , XXXII, 164-165, quien

hace un relato deslavazado y confuso en el que atribuye a Ataúlfo la conquista de Hispania y mezcla las campañas de Walia con las expediciones realizadas en Hispania por los godos durante el reinado de su sucesor. Sidonio Apolinar, *Poemas y panegíricos* , II, 362-365, con la noticia sobre la batalla librada en Gibraltar por alanos, silingos y godos. Arce, J., 2017, 89-90 sitúa las campañas en el 417 y 418. García Moreno, por su parte, señala una cronología que abarcaría los años del 416 al 418, pero ubicando la captura de Fredbal, el rey de los silingos, en el 416 y no en el 417, García Moreno, L. A., 2017, 52-54.

79 *Ibid.* 52-54, que ignora por completo este importante y verificable dato. Arce, J., 2017, 107-109, también ignora el eclipse como elemento indispensable para establecer una cronología. Lo mismo Sanz Serrano, R., 2009, 140-142.

80 Hidacio, *Cronicón* , I, 2.22, a. D. 417 para el apresamiento del rey silingo, y 24 para el eclipse solar. Agradezco como siempre a D. Luis Sánchez Molina que haya puesto a mi disposición sus amplios conocimientos astronómicos y los datos de este eclipse.

81 Sidonio Apolinar, *Poemas y panegíricos* , II, 362-365; García Moreno, L. A., 2017, 52-56; Arce, J., 2017, 107-111.

82 García Moreno, L. A., 2017, 52-54, desarrolla una visión singular de las campañas colocando a los alanos por debajo en poder militar de los asdingos y silingos. Sus argumentos no me convencen y desautorizan a las fuentes principales. Arce, J., 2017, 107-109, asigna, como es lógico y pese a la infundada crítica que le

hace García Moreno, que fueron los alanos el pueblo dominante.

83 Orosio, *Historias* , VII, 43, 13-19.

84 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 457.

85 Olimpiodoro, frag. 34; Hidacio, *Cronicón* , I, 2, 25, 2-3 a. D. 418-419; San Isidoro, *Historias* , I, 23 B; García Moreno, L. A., 2017, 50 y ss., el cual pretende que Valia era amalo por sangre y baltingo por matrimonio o adopción; Sanz Serrano, R., 2009, 141-145; Nixon, C.: «Relations between Visigoths and Romans in fifth century Gaul», 64 y ss. Y para Teodorico I como yerno y no como hijo bastardo de Alarico, véase la excelente argumentación de Kampers, G.: «Theoderid», 419-421.

86 Jiménez Garnica, A. M.: «Sobre *rex* y *regnum* . Problemas de terminología política durante el primer siglo de historia de los visigodos», 57-73; Sanz Serrano, R., 2009, 143-144.

87 CTH, 13.11.10; Amiano Marcelino, *Historia* , XXII.8.13 y XVI.11.4; *Notitia dignitatum* , *Pars Occidentis* , XLII, 34-44.

88 CTH, 7.8.5 y 7.9.1-2; Casiodoro, *Variae* , 2, 16.5, en Barnish, S. J. B., 1992; Código de Eurico o Ley visigoda 5.7,2; 8.5,2 y 10.1,8 en D'Ors, A. de, 2014, en adelante LV; Jiménez Garnica, A. M.: «Settlement of the Visigoths in the fifth century», 93-114.

89 García Moreno, L. A., 2017, 57-60.

90 Arce, J., 2017, 96-98; *Crónica gala* a. D. 453, a. D. 420.

91 Hidacio, *Cronicón* , 25-26 a. D. 419-420; San Isidoro,

Historia de los vándalos , 74.

92 Hidacio, *Cronicón* , II, 28, a. D. 422; Próspero de Aquitania 1278, a. D. 422; Salviano de Marsella, *De gubernatione Dei* , VII, 45 y V, 14; *Crónica gala* 452, a. D., 430, 107, el autor de la crónica sitúa por error los hechos en el 430; Olimpiodoro, frag. 38; García Moreno, L. A., 2017, 65-68; Arce, J., 2017, 112-115.

93 San Isidoro, *Historias* , I, 23; Hidacio, *Cronicón* , III, 1-2, a. D. 425; Próspero de Aquitania 1288-1289, a. D. 425; *Crónica gala* 452, a. D. 424-425, 199; Ferrill, A., 1989, 131-133; Heather, P., 2006, 334-335.

94 Elton, H.: «Defence in fifth century Gaul», 165-176; Heather, P., 2010, 82-84. Soto Chica, J., 2019, 1-78. Dicha superioridad militar en las Galias y en general en la *Pars Occidentis* se mantuvo hasta el 460.

95 Próspero de Aquitania 1324-1337, a. D. 436-439; Salviano de Marsella, *De gubernatione Dei* , VII, 9.10; Merobaudes, *Panegírico a Aecio de* 439, en Bruzzone, A., 1999; Hidacio, *Cronicón* , II, 14-15 a. D. 438-439; San Isidoro, *Historias* , I, 24; Jordanes, *Getica* , XXXIV, 176-177 quien, obviamente, omite las derrotas godas en Narbona y Mons Colubrarius y señala a los romanos como causantes de la guerra. Heather P., 2006, 362-369.

96 Hidacio, *Cronicón* , III, 2-4 a. D. 424-427; San Isidoro, *Historias* , II, 74-75.

97 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 463, 7.

98 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 429, 5; Próspero de Aquitania 1327, 1329 y 1339, a. D. 437 y 439; *Crónica del conde Marcelino* a. D. 439, 3; Procopio de Cesarea, III.3-5; San Isidoro, *Historias* , II, 74-76;

Ferrill, A., 1989, 134-137; Heather, P., 2006, 336-370; Soto Chica, J., 2019, 1-68.

99 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 430-443, 6-19; San Isidoro, *Historias* , III, 85-86; Arce, J., 2017, 127-133 y 159-166; García Moreno, L. A., 2017, 70-76 y 77-80; Sanz Huesma, F. J.: «Merobaudes en Hispania (443 d. C.)», 363-368; Sánchez León, J. C., 1996, 57-61 y 62-74. Jiménez Garnica, A. M.: «Nuevas gentes, nuevo imperio: los godos y Occidente en el siglo V» , 349-351.

100 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 446-448, 23-24; García Moreno, L. A., 2017, 79-95.

101 Hidacio, *Cronicón* , 448-450 y 454-455, 24-26 y 29-31; Arce, J., 2017, 126 y ss.

102 Heather, P., 2006, 363 y ss. y Soto Chica, J., 2019, 1-68.

103 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 430, 6; Heather, P., 2006, 364-365.

104 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 431, 7; Arce, J., 2017, 137-138, con quien coincido en buena medida y García Moreno, L. A., 2017, 67-70 de cuyas conclusiones disiento por completo.

105 Soto Chica, J., 2019, 1-68; Heather, P., 2006, 364-365; Hughes, I., 2012, 57-92; Heather, P., 2010, 250; Drinkwater, J. F.: «The Bacaudae of fifth-century Gaul», 208-217; Sánchez León, J. C., 1996, 57-61 y 62-74. Jiménez Garnica, A. M.: «Nuevas gentes, nuevo imperio: los godos y Occidente en el siglo V», 348-353.

106 Próspero de Aquitania 1324-1337, a. D. 436-439; Salviano de Marsella, *De gubernatione Dei* , VII, 9.10; Merobaudes, *Panegírico a Aecio* de 439, vv. 1-100;

Hidacio, *Cronicón* , II, 14-15 a. D. 438-439; San Isidoro, *Historias* , I, 24; Jordanes, *Getica* , XXXIV, 176-177 que oculta las derrotas godas y achaca la responsabilidad de la guerra a los romanos.

107 Hidacio, *Cronicón* , III, 14, a. D. 438; San Isidoro, *Historia* , III, 85 y 87; Próspero de Aquitania 1324-1337, a. D. 436-439; Salviano de Marsella, *De gubernatione Dei* , VII, 9, 10; García Moreno, L. A., 2017, 72-75.

108 Soto Chica, J., 2019, 79-122, con abundantes notas citando fuentes y bibliografía especializada.

109 Mommsen, T., 1894, vol. II, 221 y Collins, R., 2001. La traducción de la cita latina sería: los godos entran en Hispania y se establecen en ella.

110 Hidacio a. D. 449 y 453, 25 y 29.

111 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 454, 30.

112 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 455-457, 31 y 1-3; San Isidoro, *Historia* , I, 31-32; y III, 87-88; Sidonio Apolinar, *Panegírico a Avito* ; Jordanes, *Getica* , XLIV, 229-233; Arce, J., 2017, 138-140; García Moreno, L. A., 2017, 93-116, con un pormenorizado análisis de las fuentes. Sanz Serrano, R., 2009, 207-213.

113 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 456, 2-3; Jordanes, *Getica* , XLIV 232-233.

114 Sanz Serrano, R., 2009, 207-214; García Moreno, L. A., 2017, 93 y ss.; Arce, J., 2017, 138-141.

115 Thompson, E. A., 1982, 189 y ss. Javier Arce discute y matiza esta afirmación, en Arce, J., 2017, 142-143.

116 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 460, 4; San Isidoro, *Historias* , I, 33.

117 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 459-460, 3-4.

118 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 462, 4-6; García Moreno, L. A., 2017, 145-147.

119 MacGeorge, P., 2002, 82-110; Soto Chica, J., 2019, 123 y ss.

120 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 464, 7.

121 Sánchez Medina, E.: «Estrategias de debilitamiento del poder de los últimos emperadores del Occidente romano (455-480)», 103-120.

122 Procopio de Cesarea, III, 6.1 y ss.; Jordanes, *Getica* , XLV, 235-238; Sidonio Apolinar, *Cartas* , III, IX; Soto Chica, J.: «El Reino de Toledo y sus relaciones externas», 20-25 y Soto Chica, J., 2019, 190 y ss.

123 La inscripción se conserva en un manuscrito: Ramírez Sádaba, J. L., Mateos Cruz, P.: «Catálogo de las inscripciones cristianas de Mérida», 416. Thompson, E. A., 1982, 190 y nota 15 en pág. 302; Arce, J., 2017, 147-148.

5

«Fue creado rey en Hispania»

De la caída del Reino de Tolosa a la instauración del de Toledo (497-567) In Spania creatur in regnum .

San Isidoro, *Historias* , 41

La cita con que comienza el capítulo, literalmente, «fue creado rey en Hispania», es lo que nos dice san Isidoro sobre la elevación de Teudis (531-548) al trono de los visigodos. General ostrogodo al servicio de Teodorico I el Grande, Teudis llegó a Hispania hacia el 512 para ejercer allí como tutor de Amalarico, el hijo de Alarico II y nieto de Teodorico I el Grande. Pero su matrimonio con una hispana perteneciente a la nobleza de la Tarraconense y poseedora de inmensas riquezas y extensas fincas, le permitió levantar su propio ejército privado y, sobre todo, lograr la alianza y aprobación de las élites hispanorromanas. De ahí que, al contrario que sus antecesores, Teudis, verdaderamente y en el sentido literal de la frase, fuera «creado» rey en Hispania. Con él, con Teudis, Hispania pasa al primer plano de los intereses visigodos y las Galias pasan, poco a poco, a convertirse en la periferia de un reino amenazado que buscaba en su expansión hispana las fuerzas para sobrevivir en un mundo turbulento en el que Justiniano, el gran emperador, quería imponer de nuevo el orden romano.

Los años que siguieron a Vouillé fueron los años más peligrosos de la historia de los visigodos y si sobrevivieron como pueblo fue gracias a Teudis y a Atanagildo. Con el ostrogodo Teudis, visigodos y ostrogodos se hicieron un mismo pueblo en Hispania y comenzaron también a ser un único pueblo con los hispanos. Con Atanagildo, un noble visigodo, lograron frenar la

reconquista romana de Hispania y dotarse de una nueva capital, Toletum y, sobre todo, progresar en el camino iniciado por Teudis: el estrechamiento de una sólida alianza con las élites hispanorromanas sin las cuales los godos no tendrían la más mínima oportunidad de supervivencia.

Los años que siguieron al desastre experimentado por los visigodos en Vouillé fueron los años más duros de la historia de los visigodos. Pero fueron también los años en que la identidad goda, al fin terminada de forjar en Tolosa, se transmutó en algo nuevo. Y es que toda identidad necesita de un anclaje y para estos últimos godos, un pueblo mestizo desde sus orígenes, esa ancla fue Hispania y fue de esa «confusión» de identidades, la hispanorromana y la goda, de donde surgiría la «idea de España» que se asentó en la Edad Media y que, desde entonces, determinó nuestra historia.

DE LA HEGEMONÍA EN OCCIDENTE AL DESASTRE DE VOUILLÉ

Eurico (466-484) convirtió a su reino en el más poderoso de cuantos los bárbaros habían establecido sobre los despojos del Occidente romano. Tras su victoria sobre las fuerzas del augusto Antemio en el 471, Eurico extendió su dominio hacia Auvernia y hacia Arelate, hasta Massalia y hasta más allá del Ródano en dirección a los Alpes. El poderío de Eurico se puede aquilatar mejor si sopesamos su intervención en el Oriente romano aprovechando la disputa por el trono desencadenada entre Zenón (474-491) y el usurpador Basilisco. En efecto, en el año 476 Eurico envió contingentes de tropas visigodas a Constantinopla para apoyar a su candidato al trono imperial. [1]

La muerte del implacable Genserico (477) con la consiguiente disminución del poderío vándalo, la política plenamente italiana del nuevo señor de Rávena, Odoacro, y la crónica división del reino burgundio, ofrecieron a Eurico los

mimbres necesarios para establecer y ejercer la hegemonía visigoda en Occidente y, sobre todo, en las Galias. Al sur, el *regnum* de Eurico se extendía por Hispania. Pero allí su dominio era de índole diferente. Hispania seguía siendo un país de frontera para los godos, una tierra en la que primaban las relaciones clientelares y en donde no había más asentamientos godos que un puñado de guarniciones, ni más control que el del reconocimiento formal de la autoridad del *rex* de los godos y el que *de facto* pudieran lograr un minúsculo grupo de nobles y funcionarios al servicio de Eurico y a cargo de los destacamentos militares y de algunas ciudades.



Figura 41: Anillo con la imagen del rey godo Alarico II, comandante del ejército godo en la batalla de Vouillé, en la que halló la muerte. En el centro vemos la figura del monarca, con mentón rasurado y pelo cortado «a lo tazón». A su alrededor, la leyenda *Alaricus rex gothorum* («Alarico, rey de los godos»). Se trata del anillosello del rey visigodo, del que se serviría para rubricar documentos. Kunsthistorisches Museum, Viena.

Pero todo estaba a punto de cambiar. En el año 484 falleció Eurico. Había sido un gran rey y en verdad Tolosa se había terminado de configurar como un verdadero y poderoso reino

gracias a él. Su código de leyes, el desarrollo de una administración propia a partir de la romana y la consolidación de un ejército en el que se integraban godos y romanos y en el que confluían comitivas armadas con milicias y levas, dotaron al *regnum* de la necesaria estabilidad y organización. Esa estabilidad se mostró en la sucesión de Eurico. Su hijo, Alarico II (484-507) subió al trono de una forma «apacible», ni en un campo de batalla, como en el caso de su tío abuelo Turismundo, ni tras un asesinato regio, como en el caso de su también tío abuelo Teodorico II o como en el de su propio padre, Eurico. Alarico II parecía hallarse, pues, en buena posición para mantener la hegemonía visigoda instaurada por su padre y para tener un reinado sin sobresaltos.

Estos llegaron de inmediato. En el 481, una banda de guerreros francos, los salios de Tornacum (Tournai) elevaban sobre el escudo a un joven de quince años Clodoveo. Este apenas si contaba con unos 400 *antrustiones* , guerreros de su comitiva, pero su capacidad para establecer alianzas con otros jefes salios y su habilidad guerrera, pronto le permitieron desafiar a Siagrio. Este era el poder principal al norte del Liger. Sabemos por Prisco, contemporáneo de los hechos, que disponía de un fuerte ejército que sumaba miles de hombres, aunque no le sirvieron de mucho. En Soissons, Siagrio fue duramente derrotado por Clodoveo y obligado a huir a uña de caballo. Buscó refugio al sur del Liger, en el reino de Alarico II. Clodoveo, que acababa de anexionarse la mayor parte del debelado reino de Siagrio y de sumar a sus huestes los restos del ejército galorromano, exigió su entrega al rey visigodo. Entonces, Alarico II cometió dos errores: negarse al principio y acceder después. Con ello entregó *de facto* la hegemonía en las Galias al joven jefe guerrero de los francos salios de Tornacum. Lo hizo porque perdió de golpe el prestigio que su padre había acumulado durante años. El rey de los visi se doblegaba ante un

reyezuelo franco. Mostró debilidad y en el feroz mundo que los señores de la guerra habían levantado sobre los restos del Occidente romano, mostrar debilidad era el primer paso hacia la guerra y la catástrofe. [2]

En efecto, aunque Clodoveo no pudo controlar por completo el valle del Sena hasta el 493, a partir de ese año y aunque aún no dominaba el país armoricano, esto es, las tierras situadas entre el Sena y el Liger, comenzó a contemplar el reino visigodo como un lugar propicio para conducir a sus bandas guerreras en busca de botín y gloria. Clodoveo pactaba treguas con los armoricanos a cambio de recibir libre paso por sus tierras y, cruzando el Liger, asaltaba las ciudades y saqueaba las tierras sujetas a Alarico II. Tras varias pequeñas incursiones, meros ataques de tanteo, en el 495 lanzó su primer gran ataque contra los visigodos al conquistarles la ciudad de Santonum (Saintes) en el bajo valle del Charente. Alarico reaccionó de inmediato y, en el 496, aprovechando que Clodoveo se hallaba comprometido en Germania luchando junto a los francos ripuarios de Colonia contra los alamanes –batalla de Tolbiac–, recuperó la ciudad y restableció su frontera norte. [3]

Fue un éxito pasajero. Alarico II no llevó más allá del Liger su contraofensiva y en cuanto Clodoveo derrotó de forma decisiva a los alamanes y sumó a su coalición franca a los ripuarios, condujo a sus bandas guerreras de nuevo contra el *regnum* de los visigodos. El ataque franco fue esta vez mucho más devastador y logró un éxito aún más rotundo: la conquista de Turones (Tours), el centro religioso de las Galias. Clodoveo, según parece, se había bautizado como católico tras su éxito en Tolbiac y la posesión de Tours, con su rico santuario, acrecentaba su prestigio como rey y como miembro destacado de la Iglesia a la que pertenecía la inmensa mayoría de la población de las Galias. Puede que ese mismo año 497, la fecha no es del todo segura, Clodoveo pusiera también sitio, esta vez

sin éxito, a la ciudad de Angers que, tras sesenta días de duro asedio, logró sostenerse y permanecer dentro del reino godo. [4]

Alarico II no pudo ni organizar el contraataque, pues Clodoveo lanzó al año siguiente, 498, un nuevo y brutal asalto que esta vez llevó a su hueste guerrera hasta lo más profundo del reino de Alarico II y que le permitió sorprender y derrotar al duque visigodo que defendía Burdigala, la ciudad más grande y rica de Aquitania, en la que entró por la fuerza y tras saquearla, puso guarnición en ella. No sabemos cuántos años permaneció Burdeos bajo dominio franco, solo sabemos que en el 505 la ciudad había vuelto bajo dominio visigodo. [5]

Se debe de señalar aquí que los grandes ataques francos contra el reino de Tolosa de los años 495 a 498 coincidieron plenamente por un lado con la entrada en el 494 de contingentes militares godos en la Tarraconense para hacer efectiva su completa ocupación y control, y por otro, y más significativo aún, con el apunte de la *Chronica Caesaragustana* de que en el año 497 los godos comenzaron a instalarse en Hispania. Esa coincidencia cronológica no puede ser, no es fruto del azar. En mi opinión, la distracción de fuerzas visigodas en la Tarraconense en el 494 pudo debilitar la defensa de la frontera del Liger en el 495, propiciar la conquista de Santonum por los francos, y, sin duda, la llegada a Hispania en el 497 de masas de población visigoda que señala la *Chronica Caesaragustana* está directamente relacionada con las conquistas de Turones, 497, así como de otras plazas del valle del Liger por Clodoveo y con sus ataques contra la mismísima Aquitania que culminaron con la toma de Burdigala en el 498. Creo que la incapacidad militar manifestada por Alarico II a la hora de proteger sus tierras galas motivó que muchas familias godas buscaran nuevos asentamientos en Hispania. Dicho de otro modo, los godos que se asentaban en Hispania eran, básica y mayoritariamente, refugiados. Y es que no puedo aceptar la

tesis formulada por Javier Arce de que el asentamiento del 497 no fue más que una simple instalación de guarniciones en la Tarraconense. No lo creo porque, al contrario que en el año 494, la situación en Galia no estaba para «alegrías militares» en Hispania. Con los francos tomando Turones y asediando Andecavorum (Angers) y preparándose para adentrarse hasta la Aquitania Secunda, lo último en lo que Alarico II debía de estar pensando en el año 497 era en debilitar aún más sus defensas en Aquitania. Además, ¿para qué? En el 496, justo cuando Clodoveo estaba en el Rin y no se temían sus ataques contra la frontera aquitana del reino, los guerreros de Alarico II habían aplastado en la Tarraconense al usurpador Burdunelo y como deja bien claro la *Chronica Caesaragustana* en la Tarraconense no hay noticia alguna de revueltas o actividad militar alguna contra los godos hasta el 506. Entonces, ¿para qué enviar más guarniciones a la Tarraconense o a cualquier otro lugar de Hispania cuando los francos apretaban de nuevo tan fuerte en la frontera aquitana tomando Turones en ese mismo año 497? Para nada. [6]

No, los godos que la *Chronica Caesaragustana* cita en el año 497 no eran soldados de Alarico II camino de ocupar lugares estratégicos, sino sobre todo población goda que huía de las Galias ante el incremento en número y potencia de las incursiones y expediciones francas. De hecho, y como ya señalara Sanz Serrano en 2009, los intentos de sustraerse al más o menos directo dominio gótico que se experimentaron en la Tarraconense con la actuación de los «usurpadores» Burdunelo y Petrus deben de relacionarse con la oposición de los hispanos y sus élites a la creciente instalación de poblaciones godas en sus tierras. [7] Estas poblaciones, como ya vimos y gracias a una disposición del Código de Eurico, podían exigir dos tercios de las tierras a los propietarios de la región donde se instalaran. Por supuesto, solo eran una avanzadilla de las muchas que los

seguirían y cuyo grueso solo cruzaría los Pirineos a partir de los años 507 y 508 y hasta el 531.

Y es que Clodoveo siguió presionando sin descanso sobre el reino visigodo. La victoriosa intervención del belicoso rey franco en la guerra civil burgundia supuso que el reino burgundio se convirtiera *de facto* en un estado vasallo y con ello se incrementó no solo el poderío de Clodoveo, sino también su capacidad para presionar sobre los visigodos y amenazar la práctica totalidad de sus fronteras galas. Máxime cuando para el año 502, tras diez años de duras luchas, Clodoveo había logrado la sumisión efectiva del país armoricano y, por ende, limitaba ahora directamente con el *regnum* de Alarico II. Añadamos a lo anterior que los francos de Clodoveo, tras someter a los alamanes en el 504 tenían ahora sus espaldas bien cubiertas y obtendremos una idea del grado de amenaza y desesperación que Alarico II debía de estar experimentando. Y es que, durante todos esos años, 497-504, y pese a que Clodoveo tuvo que combatir en Borgoña y el Rin, Alarico II fue incapaz de restaurar por completo las fronteras de su reino.



Figura 42: *Spangenhelm* , s. VI, Kunsthistorischen Museum, Viena. Los cascos de tipo *spangenhelm* tienen su origen probablemente en el ámbito centroasiático o iranio, y reciben esa denominación por su forma de construcción, con una estructura formada por la base –en este caso con una rica

ornamentación con racimos de uvas repujados– y las tiras de metal que se unen en su disco en su cúspide, y entre las que se disponían placas de metal. Cascos muy similares a este se han encontrado en lugares muy distantes, desde Escandinavia a Libia o los Balcanes, y se ha supuesto que tendrían origen en un taller común, quizá en la Italia ostrogoda, y que habrían servido como regalos diplomáticos.

Esta incapacidad militar de Alarico se manifiesta claramente en su acción diplomática, en la que tanto confió y de la que tan poco obtuvo. Alarico II era yerno del que desde el 493 era el nuevo poder hegemónico de Occidente: Teodorico I el Grande, rey de los ostrogodos de Italia. Alarmado ante el creciente poder de Clodoveo y ante su sometimiento de burgundios y alamanes, lo que le dejaba las manos libres para volver a atacar a los visigodos, Alarico confiaba en lograr una intervención ostrogoda a su favor, pero Teodorico se hallaba a la sazón enredado en una guerra contra el Imperio que se estaba librando en torno a Sirmio, en las lejanas Panonia Inferior y Mesia Superior. [8] Anastasio I (491-518) había completado las reformas militares emprendidas por Zenón y llenado el tesoro constantinopolitano, y el despliegue del poder romano a partir del 504 era tan imparable que amenazaba a la propia Italia e impedía a los ostrogodos desviar fuerzas para proporcionar apoyo efectivo a sus primos visigodos. Así que estos, más allá de los buenos deseos de Teodorico I y de sus afanes diplomáticos, estaban solos.

Al llegar el 506, Alarico II se hallaba al borde de la guerra y solo en el último momento pudo evitarla al negociar *in extremis* y en persona una paz con Clodoveo cerca de Ambiacum (Amboise), en una isla sobre el Liger, río que quedó como frontera entre ambos reinos. [9] Sin duda fue esa precaria paz la que permitió a Alarico II enviar una pequeña expedición contra Petrus, el usurpador hispano al que los guerreros godos

apresaron en Dertosa en el 506. Ahora bien, la paz de Ambiacum era en sí misma un reconocimiento implícito de las victorias de Clodoveo, pues le admitía la posesión de todas las plazas visigodas al norte del Liger, ciudades como Turones y Aurelianorum que, hasta el año 497, habían sido *civitates* del *regnum* visigodo. [10]

El reconocimiento de conquistas no suele asegurar por mucho tiempo la paz a los que ceden. Tampoco lo hizo en esta ocasión. Anastasio I, el emperador, logró hacer llegar a Clodoveo una embajada en el otoño del 506. Es decir, tan solo unos meses después de firmada la paz. Anastasio I ofrecía a Clodoveo el título de *patricius* y las insignias de cónsul y, con ello, el reconocimiento imperial de su dominio sobre la antigua diócesis de las Galias. *De facto* , significaba aceptar a Clodoveo como el delegado del poder imperial en Galia y revestirlo de una autoridad y, sobre todo, de una legitimidad que Alarico II nunca podría exhibir. ¿Por qué se interesaba tanto Anastasio I por lo que ocurría en las Galias? Porque de esa manera impediría que los visigodos enviaran refuerzos a los ostrogodos a la par que podría abrir en la retaguardia de estos últimos un segundo frente. Y es que el precio que Anastasio I exigía a Clodoveo por la concesión de los títulos de patricio y cónsul y por el oro que los acompañaban, era la guerra. La guerra de Clodoveo contra Alarico II y sus visigodos. Una guerra que los desesperados intentos diplomáticos de Teodorico I el Grande no podían ya evitar. [11]

Los acontecimientos se precipitaron. En el invierno del 506-507, Clodoveo exigió a sus aliados/vasallos burgundios que en primavera lanzaran un ataque en tres puntas sobre el reino visigodo con dos propósitos: primero bloquear las rutas que comunicaban Italia con las Galias y prevenir así, o al menos retrasar, la posible llegada de auxilio a los visigodos desde la península itálica y, en segundo lugar, atacar Augustoritum

(Limoges) y Arelate, lo que obligaría a Alarico II a distraer fuerzas para su defensa y, en consecuencia, debilitaría el ejército que podría conducir contra el ataque principal que lanzaría Clodoveo sobre su frontera norte. [12]

Para aumentar el efecto de la estrategia arriba dibujada, Clodoveo inició la campaña en marzo. Puesto que el ejército ostrogodo destinado a socorrer a los visigodos solo se reuniría en el norte de Italia en abril, cuando los pasos alpinos estuvieran libres de nieve, y puesto que luego tendría que iniciar una larga marcha de unos 750 km hasta el norte de Aquitania, recorrido que además se vería detenido o retrasado por los ataques burgundios, Clodoveo esperaba poder vencer a Alarico II antes de que un solo guerrero ostrogodo se sumara a la hueste visigoda.

Así que el 1 de marzo del 507 Clodoveo reunió a su ejército en París. Era un ejército formado por multitud de elementos y por muchas tribus y pueblos: los guerreros francos salios del *Obsequium* real de Clodoveo, es decir, sus *antrustiones* y *pueri* , hombres duros y bien armados para los que la guerra era su modo de vida; los leudes, los nobles, francos y galorromanos por igual, unidos a Clodoveo mediante un juramento personal, y que contaban con sus propios séquitos guerreros; también llegaron a París las milicias ligeramente armadas reclutadas entre las gentes de las ciudades del reino y las levas de campesinos libres enviadas por los grupos de francos salios que debían obediencia directa a Clodoveo. A esa fuerza se agregaron los trustes o comitivas de los reyes francos aliados de Clodoveo y los contingentes de guerreros enviados por los alamanes y turingios. No solo ellos. Pues cuando a mediados de marzo el ejército franco se puso en marcha hacia el sur para cruzar el Sena en Metlosedum (Melun) y penetró en el país armoricano, se le fueron sumando grupos de jinetes alanos, guerreros bretones, sajones de Baiocasium (Bayeux) y contingentes de

armoricanos, esto es, de tropas armadas y ordenadas a la romana provenientes de las *civitates* y asentamientos del antiguo *tractus armoricani* . Con todo ello, cuando Clodoveo cruzó el Liger en Turones, contaba con al menos 15 000 guerreros. Un número al que se debían de sumar, operacionalmente hablando, los al menos 10 000 que debieron de movilizar los burgundios y que otorgaba a los atacantes una clara superioridad numérica que Alarico II solo podía contrarrestar de dos formas: o desatendiendo el flanco atacado por los burgundios y lanzando todas sus fuerzas contra Clodoveo, o fortificándose en algún lugar mientras dejaba avanzar a los enemigos en espera de que el ejército ostrogodo lograra abrirse paso y sumársele.

Pero Alarico II no hizo ni lo uno, ni lo otro. Sino que, tras destacar una parte de sus fuerzas para reforzar las defensas orientales de su reino frente a los burgundios, marchó con el grueso de su ejército al norte de Aquitania en busca de batalla. Y es que temía que la campaña de propaganda puesta en marcha por Clodoveo al presentarse ante las élites eclesiásticas y nobiliarias de Aquitania, Auvernia y la Narbonense como un *rex* católico contrario a los herejes arrianos godos y como el representante legal del Imperio, puesto que actuaba como patricio y c*ónsul, le* sustrajera el apoyo de la nobleza del norte de Aquitania. Su reino se cuarteaba y Alarico II llegó a la conclusión de que su prestigio y su supervivencia dependían de enfrentar y derrotar a los francos lo antes posible y por eso se situó en Lemonum (Poitiers), inmediatamente al sur de Pictabus, donde se hallaban asentados un fuerte contingente de *laeti* sármatas y taifales que podrían sumarle sus jinetes, y a la espera de interceptar cerca de allí al ejército de Clodoveo. [13]

Tras pasar el Liger en Turones, Clodoveo avanzó raudo hacia el Vienna (Vienne), afluente del Liger, muy crecido por el deshielo y por las copiosas lluvias primaverales, tan fuertes que las aguas habían arrastrado los puentes y borrado las señales que

marcaban los vados. Al cabo, Clodoveo encontró un vado y continuó avanzando por la calzada que llevaba a Poitiers. Pronto sus espías y exploradores le informaron de que Alarico II acampaba allí, en Poitiers. Clodoveo se detuvo y ordenó a su ejército acampar a diez millas de Poitiers, a un lado de la calzada que llevaba desde esta última a Nanetum (Nantes) y extendiendo sus líneas sobre el Campus Bogladensis, muy cerca de la actual Vouillé y sobre una posición en extremo fuerte que, resguardando su flanco derecho en los pantanosos márgenes del río Boivre y el izquierdo en el del Auxance, afluentes del cercano Lino (Clain), y situando su centro sobre una pequeña elevación, le daba el control de una estrecha franja de terreno seco que, a modo de cuello de botella, obligaría a Alarico II a estrechar su frente de batalla y a lanzar ataques frontales contra su bien posicionado enemigo si quería desalojarlo de allí. Clodoveo, pues, elegía el campo de batalla y, con ello, como veremos, determinó en buena medida el curso de la misma. [14]

La ubicación arriba descrita, diferente a la generalmente aceptada y que matiza y precisa la que ya esbocé en 2019 en *Imperios y bárbaros* es la que propuse en junio de 2020 en un artículo sobre Vouillé [15] en el que conté con el auxilio del arqueólogo Eduardo Kavanagh.

¿Y Alarico? ¿Con qué ejército contaba y cuál era la táctica que esperaba poner en ejecución? En el mejor de los casos y pese a las reformas y leyes de Eurico y Alarico, que engrosaban las levas y fuerzas godas con las aportadas por los nobles galorromanos y por las milicias de las *civitates* galas, los visigodos podían reunir 30 000 hombres. Ahora bien, una parte de esa fuerza estaba ya situada en Hispania y otra, aún más considerable, estaba destacada frente al esperado ataque burgundio. Además, Alarico II tampoco podía dejar desguarnecidas del todo ni a su capital, Tolosa, ni a otras importantes ciudades. Así que Alarico pudo reunir en Poitiers a

poco más de 15 000 hombres. Es decir, francos y visigodos estarían casi igualados ante la inminente batalla. Ese equilibrio de fuerzas ligeramente favorable a Alarico explica, si se medita sobre ello, por qué el rey godo buscó con ansia el enfrentamiento: era viable obtener una victoria rápida y con ella podría volverse a toda prisa contra los burgundios.

Cuando salió de Tolosa, la hueste visigoda se hallaba integrada por un buen número de guerreros profesionales bien armados y adiestrados: los gardingos reales y los hombres que integraban las comitivas de los duques y *comes* del *exercitus* visigodo. A ellos se sumaron los hombres ligeramente armados y mal adiestrados de la *tiufada* , la leva armada de los *servi dominici* , los esclavos y colonos de las tierras del rey. Conforme ese núcleo progresó hacia el norte se le fueron sumando fuerzas de las guarniciones de las principales ciudades y fortalezas y de los pequeños contingentes de los duques provinciales y las mucho más considerables fuerzas, aunque peor equipadas y menos seguras, del *hostis* o ejército de leva, en las que formaban los propietarios y hombres libres visigodos. A todo ello se sumaban, además, los *comitatus* de nobles y obispos visigodos y galorromanos, y las milicias de las *civitates* de Aquitania y Auvernia, aunque no las de la Narbonense, pues esta última, recordémoslo, esperaba un ataque burgundio.

A primeros de abril, Alarico II alcanzó Poitiers. Cerca de allí, ya lo hemos dicho, en Pictavis, había asentamientos de antiguos *laeti* y federados sármatas, taifales y alanos que todavía eran fácilmente distinguibles a finales del siglo VI y que debieron de sumar sus hombres a los del *rex* visigodo. Se trataba de contingentes de excelente caballería y, con todo ello, Alarico II pasaría de sobra los 15 000 hombres bajo sus estandartes y contaría, además, con una clara superioridad de caballería tanto en número como en calidad.

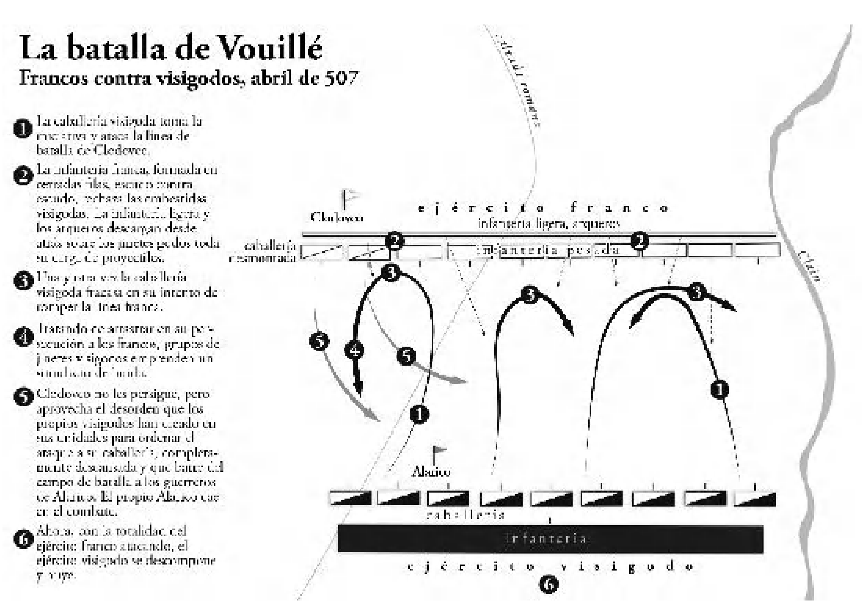
La estrategia de Alarico era sencilla: cortar el paso a Clodoveo antes de que los burgundios lograran algún éxito decisivo en el sudeste del *regnum* y antes también de que comenzaran las defecciones entre las filas de la nobleza y el episcopado aquitano. Para ello contaba con obligar a Clodoveo a entablar batalla y poner en ella en valor su superior caballería. Parecía un buen plan, pero fue un desastre. Pues el rey visigodo no contaba con tiempo y sin él se vio obligado a combatir en el campo elegido por Clodoveo. Un campo en donde la gran ventaja visigoda, la superior caballería, quedaba anulada por la disposición del terreno.

Clodoveo sí contaba con tiempo y, además, con una excelente y dura infantería, la integrada por los mejores guerreros francos y por las tropas de armoricanos armadas a la romana. Además, aunque su caballería era inferior, disponía de algunos buenos jinetes armoricanos, descendientes de los alanos asentados por Aecio en Armórica y Aurelianorum, y por las unidades de caballería galorromana que habían luchado bajo Siagrio, así como por los mejores caballeros de su comitiva. Con ellos y con el terreno bien escogido, el rey franco tenía muchas cartas que jugar y a todas ellas sumó las que le ofreció un excelente servicio de información que, mediante una gran hoguera prendida junto al santuario de San Hilario de Poitiers, le puso en guardia sobre el inminente ataque sorpresa que Alarico II lanzaba sobre sus posiciones.

Y es que este no podía esperar. Procopio deja caer que el rey visigodo no supo controlar a sus guerreros y que estos no querían aguardar a los ostrogodos para así no tener que compartir con ellos el botín y la gloria. Es una muy injusta y falsa acusación. En esa fecha, primeros de abril, los ostrogodos seguían a 750 km de Poitiers, en Pavía, y en el mejor de los casos llegarían a dicha localización un mes más tarde, en mayo. Pero Alarico II no podía esperar tanto. Si lo hacía sería

aplastado entre la tenaza que formaban los ejércitos franco y burgundio. No, estaba obligado a plantear batalla cuanto antes y por eso trató de sorprender a los francos saliendo de madrugada de Poitiers con la esperanza de cubrir enseguida los 15 km que lo separaban de las líneas enemigas y sorprender a estas últimas antes de que pudieran desplegarse por completo. [16]

No salió bien. Los francos, ya lo hemos visto, habían sido alertados por los espías francos o por traidores del campo godo y cuando Alarico llegó ante ellos tras una rápida y agotadora marcha, se los encontró desplegados sobre el estrecho cuello de botella de tierra seca que se extendía entre los ríos y marjales del lugar. Clodoveo había formado a lo mejor de su infantería en un denso muro de escudos que extendía sus líneas desde las encharcadas orillas del río Auxance, coronando la aplanada y ligera elevación que lo separaba del cercano e igualmente pantanoso cauce del Boivre y llegando hasta este último. Allí, en su flanco derecho se situaban la mayoría de sus *antrustiones* y *pueri* a modo de infantería pesada. Desde ellos y hacia el centro y el extremo opuesto, en dirección a las orillas del Auxance, formaban los hombres mejor armados de las levas tribales y de las comitivas de los *leudes* del rey. Por detrás del formidable muro de escudos, se situaron los hombres peor armados y los arqueros y honderos. Hombres sin protección alguna y que procedían de las milicias de las ciudades y de los grupos de secuaces que integraban el grueso de las bandas al servicio de los nobles. Junto a las orillas del Boivre pero sin tocarlas, en el ala derecha del ejército de Clodoveo, se reunieron sus jinetes, desmontados y formando parte del muro de escudos, pero con los caballos a mano para poder montar de inmediato cuando llegara la orden del rey.



Alarico debió de sentirse frustrado. Pero no le quedaban opciones. O al menos no le quedaban buenas opciones. Sus mejores bazas, el factor sorpresa y su caballería, habían sido contrarrestados. Y es que ahora la disposición de las líneas enemigas y del terreno obligarían a sus caballeros a cargar frontalmente contra el muro de escudos francos y si este se mantenía firme, la caballería goda se rompería contra él. Así que Alarico cometió el mismo error en el que incurriría el rey ostrogodo Totila cuarenta y cinco años más tarde en Tagina: ordenar a su caballería que cargara contra una sólida posición defensiva.

El resultado fue el mismo: la carga se estrelló. Primero los jinetes godos soportaron la lluvia de proyectiles de honda, flechas y venablos que les lanzó la infantería ligera franca situada tras el muro de escudos y luego vio sus primeras líneas aniquiladas por las descargas cerradas de franciscas, hachas arrojadizas, y angones, venablos pesados, de la infantería pesada enemiga.

Pese a todo, la caballería goda lo intentó una y otra vez. Pero apenas si disponía de arqueros y su infantería, armada a la

ligera, tampoco pudo prestarle un apoyo eficaz. Pasado el mediodía para Alarico II debía de estar claro que la batalla se perdía. Por eso dio paso a una táctica tomada de los hunos y los alanos: la carga fingida. Era una táctica arriesgada, pues debía de ejecutarse con gran pericia para no ofrecer al enemigo la oportunidad de deshacer las propias filas. Pero si salía bien atraería a los francos fuera del ventajoso terreno que ocupaban, lo que facilitaba así una repentina y renovada contracarga que los llevaría a la derrota.



Figura 43: Cabeza de una francisca, el hacha de una mano franca que podía ser empleada como arma arrojadiza. Necrópolis alamana (s. VI) de Weingarten (Alemania).

Cargaron los jinetes godos y cuando estaban cerca de la línea franca fingieron sentir pánico y retroceder en desorden. La idea era detenerse, reagruparse y volver a cargar cuando los francos los persiguieran y lo hicieron, sin duda, pero no como Alarico II esperaba. Por el contrario, solo el ala derecha franca, allí donde se situaban sus jinetes desmontados, respondió subiendo a sus descansadas monturas y cargando con ellas sobre los aún desorganizados godos. Sorprendidos por la contracarga franca, los caballeros de Alarico II se arremolinaron a su alrededor tratando de defender al rey. Y es que Clodoveo se abría paso lanza y espada en mano hacia Alarico II. Ambos reyes se enfrentaron y el rey franco desmontó al visigodo no sin antes

recibir el ataque furioso de dos gardingos de Alarico que lo hirieron y lo obligaron a retroceder. Gregorio de Tours lo cuenta así: «[…] seguidamente, cuando el rey Clodoveo hubo puesto en fuga al ejército de los godos y matado a su rey Alarico, de repente le atacaron de frente dos jinetes enemigos que le hirieron en ambos costados con sus lanzas, pero Clodoveo se libró de morir por intermedio de su loriga, así como de su veloz caballo». [17]

La batalla estaba perdida para los godos. Con su rey muerto y con la infantería franca sumándose al combate, este último se transformó en matanza. Una fuente contemporánea, el poeta Venancio Fortunato, escribió que el campo aparecía repleto de «montones de cadáveres» y otras dos fuentes también contemporáneas, dos hagiografías que glosan la vida de dos futuros santos que militaron aquel día en las filas godas, resaltarían el gran número de prisioneros que los francos hicieron. [18] La derrota fue tan completa y decisiva que el primer reino visigodo desapareció sobre el barro ensangrentado de Vouillé.

EL RESCATE OSTROGODO (507-549) En abril del 507 los visigodos no solo perdieron una batalla y un rey, sino un reino. Alarico II había seguido la estela de su padre en la búsqueda de vías de aproximación a sus súbditos romanos. Si Eurico promulgó un código legal en el que todavía se podían encontrar los ecos germánicos de los visi y en el que aún se hacía presente la prohibición de los matrimonios mixtos, pero en donde los galos e hispanos servían ya en el ejército, en el llamado Breviario de Alarico o Lex Romana Visigothorum se seguían dando pasos que andando el tiempo permitirían culminar el proceso con la Lex

Visighotorum en la que ya era completa la unificación legal y, por ende, la igualdad de todos los súbditos, fuera cual fuera su procedencia étnica, ante la ley. De hecho, el Breviario de Alarico fue, sin duda, el código más influyente en el Occidente medieval durante siglos y en esencia y al contrario que las leyes que estaban promulgando los francos salios y ripuarios, alamanes, burgundios, sajones y longobardos, fue un código romano.

La importancia de la población galorromana en el gobierno y aun en el ejército fue también bastante mayor que en otros reinos romanogermánicos. En Vouillé pelearon con bravura muchos nobles y obispos galos junto a sus comitivas. El hijo de Sidonio Apolinar, Apolinar el Joven, por ejemplo, combatió al frente de las milicias de las *civitates* de Auvernia y estas últimas se batieron con valor y muchos de sus hombres murieron peleando.

Tolosa, pues, era un reino en el que lo godo y lo galorromano parecían ir sumándose y estar a punto de parir algo nuevo. Pero el proceso quedó abortado en Vouillé. No sería ya la Galia, sino Hispania la que actuaría como crisol definitivo y no serían las élites galorromanas, sino las hispanorromanas las que asumirían junto a las godas el papel preponderante en el proceso.

Tras su formidable victoria en Vouillé, Clodoveo no se detuvo. Dividió su ejército y envió a su hijo mayor a Auvernia con la mitad del mismo, mientras que él avanzaba hacia el corazón del reino derrotado: la Aquitania Secunda. Mientras, más al sur y al este, los burgundios atacaban las ciudades visigodas de la Narbonense y se abrían paso por el valle del Ródano. Llegado el verano, Clodoveo rindió Burdigala y se aseguró las comunicaciones de esta ciudad con la Aquitania

Prima y Auvernia, en donde su hijo Teodorico había conseguido ya el dominio de la región y la sumisión de sus obispos y nobles. El ejército franco invernó en Burdigala y en primavera puso sitio a Tolosa, que no tardó en caer, si bien es cierto que el fabuloso tesoro real visigodo fue en su mayor parte puesto a salvo en Carcasian (Carcasona). Desde Tolosa, Clodoveo inició la conquista de la Narbonense o Septimania, el último jirón que quedaba del gran reino visigodo. Un jirón que también estaban desgarrando los burgundios que acababan de tomar y saquear Narbo Martius, en donde el sucesor de Alarico II, Gesaleico (507-511) había sido proclamado *rex gothorum* y en donde se mostró incapaz de frenarlos. Gesaleico era el bastardo de Alarico II y contaba con el apoyo de los guerreros supervivientes de Vouillé. Pero no contaba con el de los ostrogodos y ese apoyo era la última oportunidad de supervivencia que les quedaba a los visigodos.

Estos se reagruparon en Carcasona. Un reino bárbaro se componía ante todo de tres cosas: un caudillo, un ejército y un tesoro. Esto último, el tesoro, garantizaba lo segundo, el ejército, y hacía viable el gobierno del rey. Así que mantener a salvo el fabuloso *thesaurus* en el que todavía brillaban el oro, la plata y las gemas tomadas por Alarico en Roma cien años atrás y entre cuyas maravillas destacaban por sobre todas las demás las que procedían del Templo de Salomón con sus deslumbrantes y áureas reliquias y objetos sagrados cuajados de esmeraldas, era la última oportunidad de supervivencia que les quedaba a los visigodos. [19] Atraídos por el brillo de tales tesoros, bajo las murallas de Carcasona confluyeron los aliados francos y burgundios con el propósito de tomarla y dar con ello por terminada la campaña y la propia existencia de los visigodos como gentes independientes. Pero, pese a los repetidos asaltos de francos y burgundios, Carcasona resistió.

Y, entonces, llegó ayuda. Al fin, llegó la ayuda. Teodorico I el Amalo había enviado un potente ejército que, tras pasar los Alpes y cruzar el Ródano, obligó a los burgundios a levantar el asedio que mantenían contra Arelate. Tras este éxito inicial y sumar a sus filas las guarniciones visigodas de las ciudades que iban liberando del peligro burgundio, los ostrogodos marcharon sobre Carcasona y su proximidad obligó a Clodoveo a retirarse primero a Tolosa y luego a Burdigala; y, de allí, a Turones en donde celebró una entrada triunfal revestido con las prendas e insignias consulares, mostrándose ante el pueblo como patricio de Roma y señor de las dos Aquitanias, de la Narbonense Primera y de la Auvernia, provincias que pasaban a su reino. [20] También los burgundios se hicieron con algunas ciudades y con el tiempo los ostrogodos se anexionarían Provenza, es decir, las tierras mediterráneas situadas entre el Ródano y los Alpes.

Del antiguo *regnum* solo quedaría Septimania, el arco costero de la Galia que se extendía entre los Pirineos y el Ródano y que se proyectaba al interior hasta Carcasona. Y, además, Hispania o, mejor dicho, el puñado de guarniciones y asentamientos visigodos dispersados por la península ibérica y de los que la mayor parte se concentraban en las regiones del valle del Ebro.

Gesaleico, que había sido aclamado rey por los supervivientes de Vouillé y había tenido que retroceder ante el empuje de burgundios y francos hasta reagrupar sus fuerzas en Barcino, tenía ahora que hacer frente a las pretensiones ostrogodas de que dejara paso a su hermanastro Amalarico, el niño de siete años nieto del rey ostrogodo Teodorico I. Según cuenta Gregorio de Tours, el niño había sido llevado a Hispania tras la derrota de Vouillé y, por tanto, es probable que contara allí con partidarios y que quizá esos partidarios no vieran con buenos ojos la llegada a Barcino de su hermanastro Gesaleico. Puede que la confusa noticia sobre el asesinato perpetrado por este

último de un conde de Alarico II tenga que ver con las luchas entre facciones godas opuestas: una apoyaba al electo Gesaleico y la otra al nieto de Teodorico I, Amalarico. A los nobles visigodos supervivientes no se les debía pasar que apoyar a Amalarico era conceder *de facto* el trono visigodo a su abuelo ostrogodo. Pero tampoco se les pasaría que, tras la debacle de Vouillé y tras la sonada derrota que Gesaleico sufrió en Narbona de manos de Gundebaldo, rey de los burgundios y aliado de Clodoveo, era precisamente Teodorico el ostrogodo el único que podía garantizar sus opciones de sobrevivir a los francos. [21] Si tenemos en cuenta todo lo anterior, deberíamos de sorprendernos de que Gesaleico lograra sostenerse en el trono tanto tiempo, hasta el año 510. [22]

La llegada en la primavera del 510 a Hispania de Ebba o Ibba, el general ostrogodo que había liberado Arelate y Carcasona de los asediadores burgundios y francos, [23] puso fin al reinado de Gesaleico que fue obligado a huir de Barcino y a ponerse a salvo en el reino vándalo de Cartago en donde buscó en vano el apoyo de Trasamundo, rey de los vándalos y alanos. De hecho, Gesaleico, tras perder Narbona a manos de los burgundios y Tolosa a manos de los francos, solo había poseído los dispersos territorios que, *de facto* , dominaban los godos en Hispania. Hacia esos territorios se dirigían más y más visigodos en busca de tierras y seguridad. No todos, en la Septimania aún permanecían muchos de ellos, tal vez la mayoría. Por eso, cuando en el otoño del 510 Gesaleico regresó a Hispania para reclamar de nuevo su trono, no fue en ella, sino en Galia, en Aquitania, donde buscó apoyos. El principal de esos apoyos fue Clodoveo. El implacable rey franco vio en el bastardo de Alarico II la pieza ideal para jugar su partida frente a los ostrogodos de Teodorico I.



Figura 44: Medallón encontrado en 1894 en Sinigallia (Italia), en cuyo anverso aparece un busto del rey ostrogodo Teodorico sosteniendo una Victoria, y rodeado de la leyenda REX THEODORICVS PIVS PRINCIPS. Cabe señalar que el rey no porta la diadema, reservada al emperador, y destaca su mostacho, propio de la moda germánica. La legitimación de su dominio fue una cuestión que tensó las relaciones entre los nacientes reinos bárbaros y el Imperio, y es probable que este medallón formase parte de una pequeña emisión de moneda realizada por Teodorico en el 511, para celebrar su tutela sobre el reino visigodo. Museo Nazionale, Roma.

El juego duró poco. Reforzado y deseoso de imponerse a los ostrogodos, Gesaleico pasó de nuevo a Hispania a finales del

verano del 511 y a 18 km de Barcino fue derrotado otra vez por Ibba, el general ostrogodo. Puesto de nuevo en fuga, fue alcanzado en las Galias, en el río Druencia (actual Durance), y allí, en palabras de san Isidoro: «Primero perdió el honor y luego la vida». [24]

Así que el nieto de Teodorico I, Amalarico, era ahora el único candidato al trono visigodo. La muerte de Clodoveo en noviembre de ese mismo año 511 y la división de su reino entre sus hijos dio cierto respiro a los godos. Estos, visigodos y ostrogodos por igual, se hallaban ahora unidos bajo una misma autoridad, la de Teodorico I el Grande. Este último tenía, no obstante, graves problemas en Italia en donde su reino fue golpeado con dureza por un ataque naval romano que devastó las costas italianas y tomó Tarento. [25] El ataque romano coincidía con la campaña primaveral de Clodoveo y ello no puede ser fruto de la casualidad. Así lo entendió Teodorico que se apresuró a reconciliarse con el emperador Anastasio I, con lo que no solo logró evitar una guerra en dos frentes, sino que recobró la legitimidad para su autoridad como señor del Occidente romano. Un papel que una vez más le reconocía el Imperio a cambio de su rendición formal al emperador en cuyo nombre de nuevo gobernaba Italia y, ahora, Hispania y lo que quedaba de la Galia visigoda.

En mi opinión, en la instalación de los godos en Hispania se pueden constatar tres oleadas principales: la primera, la más pequeña, tuvo lugar entre el 497 y el 506 y se debió ante todo a la creciente presión franca y a la necesidad de dominar cada vez con más fuerza los territorios hispanos y, en particular, los de la Tarraconense. La segunda oleada, mayor que la primera, tuvo lugar durante los luctuosos años que siguieron a las derrotas de Vouillé y Narbona y culminaron con la muerte de Gesaleico (507-511). Y, la tercera, quizá la más importante en cuanto al número de godos que pasaron a Hispania, se precipitó tras la

derrota y muerte de Amalarico en el 531 y en ella no solo participaron los visigodos de las Galias, sino también grupos de ostrogodos llegados desde Italia y enviados a Hispania como ejército de refuerzo y que terminaron instalándose en ella y fusionándose con los visigodos y los hispanos.

Ahora bien y en contra de lo que en su día se sostuvo, el impacto cultural y étnico de los godos en Hispania fue mínimo. En parte porque su aculturación era ya tan fuerte que es casi imposible distinguir un cementerio o asentamiento godo de uno hispano y en parte porque el número de los godos que al final se instalaron en Hispania fue reducidísimo. [26]

¿Cuántos godos se instalaron en Hispania? Ya vimos que la bibliografía general suele asignar un número de 200 000 a los visigodos y ese mismo número se traslada sin más a los que se asentaron en Hispania. Pero, sin duda, se recordará que en el capítulo anterior mostré que los godos en realidad no pasaban de 100 000 en el 416, y pese a que su número debió de crecer a lo largo del siglo V, las derrotas sufridas ante los francos y burgundios y el hecho incontestable de que una parte considerable de la población continuó habitando en las Galias, sobre todo en la Septimania aún bajo dominio visigodo, pero también en la Aquitania Secunda ahora bajo control franco, no creo que a Hispania, en total y en las tres oleadas antes citadas, pasaran más de 70 000 visigodos y ello sumándoles los ostrogodos llegados a partir del 510. Eran, pues, una minoría ínfima en comparación con los aproximadamente 5 600 000 habitantes que tenía Hispania, poco más del 1,2 % del total. La importancia del reino visigodo de Toledo no estaría nunca en el número de aquellos que se denominaban godos, sino en su habilidad para integrarse y ejercer como élite en un contexto tan plenamente romano como lo seguía siendo el de Hispania en la primera mitad del siglo VI.



Figura 45: La acuñación de moneda era una prerrogativa imperial, de modo que Teodorico el Grande continuó emitiendo moneda en las cecas de Roma, Rávena o Mediolanum con los nombres de emperadores orientales como Zenón o Anastasio, caso del sólido de la imagen, emitido en Roma. Motivos políticos, económicos y la tradición imponían esta continuidad. Que un monarca bárbaro emitiese su propia moneda habría supuesto un desafío al Imperio, y además es probable que ofreciese menos confianza en la actividad económica.

Poco sabemos del gobierno que durante los años siguientes ejerció Teodorico I el Grande en Hispania y en los territorios galos que se habían podido salvar del debelado reino tolosano. Sabemos que nombró a un conde, Livirito, y a un funcionario de alto rango, pues detentaba el rango de ilustre, cuyo nombre era Lampalio, para que administraran los territorios hispanos. Estos territorios en la práctica se circunscribieron a la mayor parte de la Tarraconense y de la Cartaginense, así como a algunos puntos aislados en otras provincias. Sabemos que se supervisaron pesas y medidas y que se regularon y controlaron el cobro de impuestos, la *annona* , y la entrega de alimentos y caballos para las guarniciones militares y que, sin duda, todo

ello sirvió para ordenar y facilitar el asentamiento de grupos de refugiados godos en suelo hispano. Procopio también menciona que desde el área visigoda sometida ahora a Teodorico se enviaba a Italia una parte de los impuestos, es probable que como compensación por las tropas ostrogodas destacadas en Hispania.

Teodorico I trataba, al igual que en Italia, de mantener los medios, hábitos y cuadros de la vieja administración imperial de la que en último extremo extraía su legitimidad. En Galia, por ejemplo, trató de restaurar la prefectura de las Galias y a tenor del fracaso de su empeño es harto probable que en Hispania tampoco lograra buenos resultados. Pero dejando de lado sus éxitos o fracasos administrativos, Procopio deja bien claro que Teodorico ejerció el poder en Hispania, que envió ejércitos y que controló los impuestos y el gobierno del debelado reino visigodo, administrándolo en nombre de su nieto. Su gobierno de Hispania terminó, sin embargo, muy limitado por el ascendiente de Teudis. Este, que reemplazó a Ibba en el comando del ejército ostrogodo destacado en Hispania, supo hacerse con el apoyo de la aristocracia hispana y fue incrementando paulatinamente su poder y su autonomía personal frente a su monarca, Teodorico, y ello hasta el punto de que este último al cabo, tuvo que reconocer *de facto* su incapacidad para meter en cintura a Teudis. Además, tuvo Teodorico que conformarse con que su ambicioso general reconociera *de iure* su poder y el de su nieto, Amalarico. [27]

Por lo demás, debe de señalarse que Procopio, bien informado y contemporáneo de los hechos, distinguirá en su narración sobre Hispania dos elementos en el ejército que la ocupaba y defendía: los «godos», esto es, los ostrogodos, y los visigodos. Una realidad desde la que a continuación aborda algo de verdad significativo y que nos cuenta con detalle: cómo desde esa diferenciación y coexistencia inicial entre ostrogodos

y visigodos en Hispania se produciría durante el gobierno de Teodorico una total confluencia de intereses y personas entre los dos pueblos, y ello hasta el punto de que según recalca Procopio, ostrogodos y visigodos se transformaron en un único pueblo. [28]

Así que el reinado o regencia de Teodorico en Hispania contó con éxitos notables, fracasos manifiestos y limitaciones evidentes. Lo que sí logró por completo fue asegurar el trono de su nieto que en el 522 fue proclamado rey de los visigodos, aunque sometido aún a la tutela de su abuelo y más aún y de forma directa y sobre todo en el caso del gobierno de Hispania, a la de Teudis, jefe del ejército ostrogodo destacado en Hispania en la que según nos aclara Procopio, actuaba como «tirano», esto es, como gobernante *de facto* . [29] Cuatro años más tarde, 526, a la muerte de su abuelo, Amalarico fue coronado en Narbona. Amalarico I tuvo que ceder al sucesor de Teodorico I, Atalarico, la Provenza, y la frontera de su reino en las Galias quedó fijada en el Ródano. A cambio, Amalarico recuperó la plena gestión y recepción de los impuestos y le devolvieron el oro del tesoro real visigodo que había quedado bajo la custodia de su abuelo. [30]

La política exterior de Amalarico no fue afortunada. Para ponerlo a salvo de los belicosos francos, se había concertado su matrimonio con Clotilde, hija de Clodoveo y hermana de Teodorico, Childeberto, Clodomiro y Clotario, sucesores de su padre en el ahora dividido reino franco. Amalarico, al que Gregorio de Tours, que escribió hacia el 592, llama sin más «rey de Hispania», recibió en el 526 en Barcino a la princesa franca junto con una cuantiosa dote. [31] Según nos dicen Gregorio de Tours y Procopio, la princesa franca, Clotilde, que se negaba a abjurar de su catolicismo ante las presiones de su arriano esposo, sufrió humillaciones y maltratos y ello provocó la intervención de uno de sus hermanos: Childeberto. Este era

como todos los hijos de Clodoveo: la personificación de la guerra, la ambición y la traición. Los hijos de Clodoveo dedicarían sus reinados a traicionarse, aliarse, tratar de asesinarse y guerrear entre sí y contra el mundo. En los años inmediatamente precedentes, los hijos de Clodoveo atacaron y sometieron a turingios y burgundios, rechazaron ataques daneses y se enfrentaron con saña entre sí. Los visigodos tampoco se libraron de ellos. No eran, pues, cuñados a los que desagradar. Amalarico lo hizo y Childeberto debió de llegar a la conclusión de que tenía una excusa perfecta para saquear las tierras de su cuñado, meterlo en cintura y de paso, agrandar su tesoro y su fama. Desde Auvernia, región que había intentado anexionarse en detrimento de uno de sus hermanos, marchó hacia la Septimania e Hispania a la cabeza de 30 000 guerreros. Puede que la cifra sea exagerada, pero no la victoria que logró sobre Amalarico a las afueras de Narbona. La batalla fue reñida y encarnizada. Pero el rey visigodo fue derrotado y puesto en fuga. Según la primera versión que ofrece san Isidoro, trató de refugiarse en Narbona y allí, cansados de su incapacidad, sus soldados, incitados por su general ostrogodo, Teudis, lo degollaron en el foro de la ciudad. Pero el propio san Isidoro ofrece una segunda versión que corrige a la primera y que está en perfecta consonancia con las que ofrecen Procopio, Gregorio de Tours y la *Chronica Caesaragustana* , más cercanas a los hechos, en la que la derrota de Amalarico se situaría en Narbona y su asesinato en Barcino en donde sería un soldado de origen franco quien le daría muerte cuando el rey trataba de huir para escapar de Childerico quien lo había perseguido hasta Hispania.

Childeberto se apoderó de la ciudad y de un cuantioso botín del que Gregorio de Tours detalla lo más significativo: «sesenta cálices, quince patenas y veinte estuches de evangelios, todo ello de oro puro y con adornos de piedras preciosas». Childeberto

también se llevó a su ultrajada y ahora viuda hermana, Clotilde. La princesa murió al poco de ser «rescatada». La críptica anotación de Gregorio de que murió «por no sé qué accidente» parece indicar que, una vez cumplido su papel como *casus belli* , Clotilde dejó de ser «interesante» para el implacable Childeberto. [32]

Amalarico no fue un hombre capaz. Las anotaciones de san Isidoro señalan que no era tampoco ni amable, ni querido. Con semejantes cualidades lo realmente extraño es que sobreviviera sin tutela cinco años como rey de los visigodos. Nadie lo echó de menos. Lo de verdad reseñable es que a su muerte no fue un noble visigodo, sino uno ostrogodo, el que fue alzado sobre el escudo: Teudis. Sobre este acontecimiento es destacable lo que dice san Isidoro: *In Spania creatur in regnum* , literalmente, «Fue creado rey en Hispania». [33] El singular, Hispania, y lo acontecido en ella, la «creación» de un rey, son toda una revelación de que, al fin, era Hispania lo relevante en el devenir de la relación entre la antigua diócesis de Hispania y los visigodos. Ya no se trataba de una contingencia, como en el caso de Valia, sino de la expresión política de una realidad nueva: la verdadera base de poder de la monarquía era ya Hispania y no la Galia.

Por otra parte, que Teudis fuera el nuevo rey es una prueba palpable de la importancia que el elemento ostrogodo había cobrado en Hispania. Pero también de la habilidad y fuerte personalidad de Teudis. De hecho, fue en realidad durante el gobierno de Teudis, primero como tutor de Amalarico y «tirano» y luego como rey (531-548) cuando en verdad se produjo la extensión efectiva del dominio godo sobre la mayor parte de la Península y cuando Hispania se asentó de forma definitiva como el solar principal del pueblo y del reino de los visigodos. En los años de Teudis no solo la mayoría de la Tarraconense y de la Cartaginense, sino también de la Lusitania

y la Bética, se le sometieron por completo y aunque es posible, de hecho es probable, que ciudades como Corduba siguieran contando con una independencia *de facto* y que regiones enteras como la Orospeda, más o menos la región oriental de Sierra Morena y las serranías de Cazorla y Segura, siguieran llevando una vida independiente, lo cierto es que Teudis fue el primer rey visigodo que ejerció un claro dominio sobre la mayor parte de Hispania.

También fue el primero que comprendió la importancia de las élites hispanas para consolidar su reino. De hecho, el éxito de Teudis se apoyó justo en eso, en su íntima y personal alianza con las oligarquías hispanas y, en concreto, con las de la Tarraconense. Cuando Teudis llegó a Hispania ya era uno de los hombres más poderosos del reino ostrogodo. Al respecto el contemporáneo Jordanes dice: *Nam et Thiudem suum armigerum post mortem Alarici generi tutorem in Spaniae regno Amalarici nepotis constituit* [34] , es decir: «Después de la muerte de su yerno Alarico, nombró a su ayuda de campo, Teudis, tutor de su nieto Amalarico en el reino de Hispania». *Armiger* era el título que en la época ostentaba el escudero real. Era el hombre encargado de las armas del rey, sí, pero también su principal consejero militar y su general de confianza. Teudis no era, pues, un advenedizo, ni un aventurero, sino uno de los poderes de la Italia ostrogoda y fue por eso que se le confió el gobierno de Hispania.

Teudis tuvo que llegar a Hispania de inmediato después del triunfo de Ibba sobre Gesaleico en el 511. Su inmediato matrimonio con una noble hispana de la que Procopio resalta su riqueza y las inmensas propiedades fundiarias que poseía, lo consolidaron como el detentador del máximo poder en Hispania. Las propiedades de su mujer le permitieron contar con su propio y formidable ejército privado. Teudis levantó entre los colonos y esclavos de las propiedades de su esposa

hispana una comitiva armada formada por 2000 hombres a los que sumó un fuerte cuerpo de lanceros a caballo: Οθ∊ν στρατιώτας αμφί δισχιλίους αγ∊ίρας δορύφορων τ∊ π∊ριβαλλόμ∊νος δύναμιν, [35] es decir, «Reunió en torno a dos mil soldados y se rodeó de un cuerpo de lanceros». Esos «doríforos», lanceros, eran caballeros pesadamente armados y, por lo general, de noble linaje. Así que el ejército privado de Teudis era una fuerza imponente y numerosa, compuesta de infantería y caballería. Para que podamos calibrarla de forma conveniente, podemos comparar la comitiva de Teudis, general de Teodorico I el Grande, con la que por los mismos días formaban los bucelarios de Belisario, el más poderoso general de Justiniano: 1000 hombres. Es decir, Teudis doblaba de largo a Belisario en cuanto al número de su contingente armado personal. Y a todo ese poder, Teudis sumaba la jefatura, ya que Procopio le da el significativo título griego de *arconte* del ejército ostrogodo destacado en Hispania. Un mando que ostentaba desde que Ibba fue relevado. La suma de todo lo anterior le otorgó tal poder que, como ya vimos, Teodorico I el Grande tuvo que aceptar que en Hispania no podía lograrse nada sin la aprobación de Teudis que actuaba en ella como un auténtico «tirano». [36]

Esa «tiranía» y su presencia omnipresente queda a la vista si uno lee con atención el pasaje de san Isidoro en el que ensalza la figura de Teudis de quien dice: «Aunque era hereje, concedió, sin embargo, la paz a la iglesia, hasta el punto de que permitió a los obispos católicos celebrar un concilio en la ciudad de Toledo». Pues bien, ese concilio tuvo lugar en el año 527, y es el llamado II Concilio de Toledo y, en ese momento y *de iure* , reinaba ya Amalarico. Pero no es a él, a Amalarico, a quien ni siquiera menciona san Isidoro, sino a Teudis, a quien el obispo de Híspalis concede el mérito de permitir el concilio y de

conceder paz y libertad a la Iglesia hispana. Y no es que san Isidoro no supiera que las actas del concilio recogían el nombre de Amalarico [37] y no de Teudis, sino que, como historiador y hombre de certero pensamiento político, sabía que Amalarico solo era rey de nombre y el verdadero responsable de lo que en la Hispania goda acontecía era Teudis. ¿Puede haber mejor prueba que esta del dominio que Teudis ejercía aún antes de la muerte de Amalarico y de su íntima y buena relación con las élites hispanas? También es una excelente demostración de que su dominio efectivo se extendía mucho más allá del valle del Ebro y que abarcaba ya la mayor parte de Hispania. [38]

Por eso, cuando Amalarico fue asesinado tras su derrota, nadie pudo oponerse a que Teudis fuera elevado sobre el escudo. Su condición de ostrogodo no era tampoco un problema. Ya hemos señalado que Procopio hacía hincapié en que en Hispania visigodos y ostrogodos se estaban fundiendo en un solo pueblo y si a eso sumamos la política «prohispana» de Teudis, política en la que el acuerdo con las élites hispanas se sumaba a su actitud tolerante y abierta hacia el catolicismo, la religión de la inmensa mayoría de sus súbditos hispanos, no es de extrañar que su reinado fuera el que colocara las bases del reino visigodo de Toledo. [39] Así que el llamado «intermedio ostrogodo» [40] tiene una importancia mucho mayor de la que tradicionalmente se le ha venido dando.

La afortunada expansión visigoda por la península ibérica permitió a Teudis ver más allá y llevar a cabo una política exterior que puso de nuevo al *regnum* en el mapa de las relaciones internacionales. [41] Teudis logró algunos éxitos iniciales frente a los francos en Septimania en donde arrebató poco antes del 534 Arelate a Teuderico, el hijo mayor de Clodoveo. Pero, pese a todo, la expansión franca continuaba y Teudis tuvo que enfrentarla puesto que amenazaba la base de su poder: el valle del Ebro. Los francos cruzaban la cordillera

pirenaica y trataban de lograr puntos de apoyo al sur de ella. En algún momento llegaron a ocupar Pompaelo. Después, en el 541 un formidable ejército franco atravesó los Pirineos y comenzó a devastar la Tarraconense para terminar reuniéndose bajo los muros de Caesaraugusta, a la que pusieron sitio. El gran ejército franco lo dirigían los reyes Childeberto y Clotario, aunque san Isidoro cuenta en él hasta «cinco reyes de los francos». Fueran dos o cinco, estaban dispuestos a tomar la ciudad. Teudis, que es probable que se hallara en la Bética tratando de asentar allí su dominio para preparar desde ella una expedición contra Septem (Ceuta), despachó en ayuda de los asediados, a su general, Teudisclo.

Para ese entonces, los reyes francos se sentían inquietos. El sitio se prolongaba demasiado y los ciudadanos de Caesaraugusta parecían contar con el auxilio de san Vicente mártir, cuya túnica hicieron procesionar por las murallas ante el asombro de los guerreros francos que tomaron aquella ceremonia como si se tratara del lanzamiento de un maleficio mágico sobre ellos. Pero no fue san Vicente, sino Teudisclo quien fulminó a los francos. La derrota franca fue dura, pero más dura aún fue su retirada. Teudisclo supo cortar el camino de los derrotados francos e impedirles el libre paso por los Pirineos. Solo cuando los reyes francos pagaron un crecido tributo por su vida y por la de sus hombres, les permitió Teudisclo el paso libre y aun así solo por un día y una noche. El ejército franco era aún tan numeroso que, según cuenta san Isidoro, no todos lograron atravesar la cordillera en el plazo fijado por Teudisclo quien cayó sobre la retaguardia franca aniquilando a los rezagados. La derrota tuvo que ser tan completa que Gregorio de Tours todavía trataba de disimularla cincuenta años más tarde. [42]

Pero, para Teudis, aliviar la presión franca en su frontera norte no significó el fin de sus preocupaciones exteriores. Eran

aquellos los días de la *recuperatio* de Justiniano y el reino vándalo se enfrentaba ya al genio militar de Belisario. Teudis entró en relaciones con Gelimer, último rey de los vándalos, quien lo tenía por aliado y que hasta pensó en la Hispania de Teudis como su último refugio. Un plan que preparó con cuidado y para el que contaba con trasladar a los dominios de Teudis el fabuloso tesoro real vándalo que, no obstante, terminó cayendo en manos de Belisario y encaminándose hacia Constantinopla. En cualquier caso, Teudis no pudo implicarse directamente en la guerra vándala de Justiniano, pues los movimientos de Belisario fueron tan rápidos que Cartago cayó en sus manos aún antes de que Teudis y Gelimer cerraran por completo un acuerdo. Lo que sí intentó Teudis fue tratar de prevenir un ataque romano a Hispania asegurándose la posesión de Septem. La ciudad había estado en manos vándalas hasta que en marzo del 534 Belisario despachó a ella un tribuno al frente de un *tagma* para convertirla en una base naval bizantina avanzada en la que se amarraron varios *dromones* , navíos de guerra, con la misión de controlar el estrecho de Gibraltar. En algún momento situado entre el 542 y el 548 –es probable que en el 547– Teudis trató de arrebatar la estratégica plaza a los romanos, pero la expedición visigoda fue un desastre absoluto y apenas si hubo supervivientes que pudieran regresar a Hispania para contarlo. Septem seguiría en manos bizantinas hasta el 710.



Figura 46: Los dípticos consulares eran una versión elaborada de las *pugillares* , unas tablillas de escritura con cera en su cara interna. Estos dípticos solían realizarse en marfil y estaban ricamente decorados; los cónsules las regalaban a potentados o amigos, aunque la práctica se popularizó entre las clases altas para celebrar acontecimientos como matrimonios o ascensión a alguna dignidad. Del llamado Díptico Barberini se conserva esta hoja en el Museo del Louvre, formada por cinco

placas de marfil, una de las cuales se ha perdido, y cuya iconografía refleja perfectamente el programa político e ideológico bajoimperial. En el panel central aparece un emperador triunfante a caballo, que ha sido identificado tentativamente con varios gobernantes, siendo quizá las atribuciones más probables las de Anastasio I (491-518) o, seguramente, de Justiniano, dado el posible origen de la pieza en talleres de eboraria alejandrinos de mediados del s. VI. Detrás de la lanza aparece un bárbaro, oriental por su gorro frigio y holgados pantalones –¿persa?–, en actitud de sometimiento, y a los pies del emperador una representación de la tierra (*Tellus* / *Gaia*). A la derecha, apoyada sobre un orbe con una cruz, una Victoria que sostiene una palma, su símbolo. En el panel izquierdo, un dignatario ataviado militarmente ofrece al emperador una estatuilla de la Victoria. En la parte inferior, aparecen a la izquierda bárbaros orientales presentando tributo, mientras que los de la derecha –indios– ofrecen marfil; los separa otra Victoria, que se ha interpretado a veces como un ángel, lo que enlazaría la escena con la presentación de ofrendas de los Reyes Magos, poniendo en paralelo el plano secular y el religioso. Este aparece en el panel superior, con dos ángeles presentando una *imago clipeata* de Cristo, bendiciendo y rodeado por el sol, la luna y una estrella.

Se ha especulado mucho sobre el oscuro pasaje de san Isidoro que narra el ataque de Teudis a Septem y no son pocos los que han defendido que en algún momento situado entre el 535 y el 547 los godos habrían arrebatado Septem a los bizantinos y que estos volvieron a ocuparla, desencadenándose entonces el contraataque visigodo que relata san Isidoro y que tan catastrófico final tuvo. Lo cierto es que solo contamos con el tardío testimonio de Isidoro y creo que se debe de tener muy en cuenta que cuando redactaba su obra y le ponía final, 626, los visigodos se ufanaban ya de haber vencido al Imperio y de

hacer ondear sus pendones en el Estrecho. No sería, pues, extraño que el historiador hispano deslizara entonces su oscura alusión, tan velada, a una previa ocupación por los godos de una plaza que en el momento en que escribía era el centro del nuevo dispositivo de protección bizantino frente a los visigodos y el objeto de deseo de estos últimos. Además, el pasaje en cuestión también puede interpretarse como que los godos habían logrado ocupar en su ataque la ciudad pero no la ciudadela o el puerto y que los bizantinos lograron organizar desde allí un contraataque y recuperar el pleno control de la plaza. A esta hipótesis se presta el hecho de que san Isidoro se refiere a los godos como «el ejército asaltante» y que afirma que, tras el éxito del contraataque romano, los hombres de Teudis «quedaron cercados por todos lados» algo muy probable si como supongo los bizantinos retuvieron el control del puerto y lanzaron desde él su contraataque, pues con el puerto en sus manos pudieron cortar las comunicaciones marítimas del ejército de Teudis con la Península. Esta solución no violenta a las fuentes y no obliga a hacer malabarismos cronológicos para justificar algo que, en puridad, san Isidoro no llega nunca a decir y que sin duda habría explicitado y exaltado si hubiera contado con el más mínimo indicio de que los godos hubieran ocupado en algún momento una ciudad tan fuerte y deseada como Septem. Además, ¿se puede sostener una ocupación visigoda de Septem cuando Procopio, contemporáneo de los hechos y que habla de la ciudad tanto en su *Historia de las guerras* , como en su *De Aedificii* no hace la más mínima alusión a ello? ¿Por qué iba a callar Procopio un contraataque tan victorioso y señalado de las armas romanas? Y es que la derrota visigoda fue terrible. Tanto que san Isidoro dice que ni uno solo de los hombres de Teudis sobrevivió. Semejante debacle hubiera, sin duda, «interesado» a Procopio que conocía bien la importancia estratégica de Septem y que en el libro IV de su

Historia de las guerras abarca, cronológicamente hablando, el momento en que tuvieron lugar los hechos. Su silencio es, pues, algo a tener muy en cuenta. [43]

El fracaso de Teudis ante Septem fue tan tremendo que incluso puede que fuera el desencadenante de su asesinato. Las derrotas sin paliativos generan rencor y desánimo y esos «padres» afilan los cuchillos de los asesinos. No podemos saberlo a ciencia cierta, pues como ya se ha dicho, el ataque godo a Septem no puede ubicarse con total precisión cronológica y, por ende, no se puede relacionar con seguridad con el asesinato del rey. [44]

Teudis había sido un gran rey. Su cercanía a lo romano, a lo hispanorromano, se mostró incluso en su adopción del título o *praenomen* imperial de Flavius y en sus desvelos administrativos y fiscales por mantener los viejos sistemas romanos en marcha. Además, el prestigio y poder de Teudis fueron tan grandes que su ascenso e influencia se proyectaron incluso en Italia en donde su pueblo de origen, los ostrogodos, luchaban con desesperación por sostenerse frente a la reconquista justinianea. Teudis, en fin, comprendió que el nuevo peligro para su reino y su pueblo era el regreso de aquellos a quienes admiraba y trataba de imitar: los romano/bizantinos.

A este le sucedió su general Teudisclo o Teudiselo, el cual con toda probabilidad estuvo implicado en su asesinato, [45] y que había logrado fama como el vencedor de los francos en Caesaraugusta. Pero Teudisclo no fue capaz de calmar a las facciones que se le oponían, sino que actuó de un modo despótico atrayendo hacia sí rencores y traiciones. En el 549, en Híspalis, y apenas a un año de su subida al trono, fue asesinado durante un banquete. [46] Aquel asesinato fue el fin del llamado «intermedio ostrogodo», pues Agila, un visigodo, se proclamó rey y con él se abrió una nueva y terrible crisis para los godos de Hispania.

LOS VISIGODOS, LA *RECUPERATIO* JUSTINIANEA Y LA INSTAURACIÓN DEL REINO DE TOLEDO (549-567) El ataque visigodo a Septem no fue echado por Justiniano a la bolsa del olvido. Que Septem le preocupaba sobremanera y que era consciente de su importancia para el control del mar y de África, lo deja bien claro su disposición del año 534 en la que regulaba la guarnición naval y terrestre de la ciudad y las obligaciones del tribuno al mando. Tribuno y *comes* (conde) eran en el ejército bizantino del momento títulos intercambiables. Un tribuno o *comes* mandaba sobre un *tagma* , también denominado *aritmos* , *bandon* o *numerus* –este último término estaba ya cayendo en desuso–, esto es, sobre una unidad que solía contar de promedio con 400 hombres, pero que podía oscilar entre los 200 y los 500. Ahora bien, el doble carácter del mando militar en Septem, a la par terrestre y naval, quizá arroje algo de luz sobre la importancia del contingente naval allí destacado, pues en la flota bizantina un *comes* o *navarjos* (navarca) estaba al mando de entre 3 y 5 *dromones* . 47 Así que es muy probable que el *comes* de Septem mandara sobre un *tagma* de infantería de unos 400 hombres, y sobre entre un mínimo de 540 y un máximo de 1500 marineros e infantes de marina, dependiendo del tipo de *dromones* amarrados en Septem y de su número, entre 3 y 5. En total, la guarnición contaría con entre 1000 y 2000 hombres y es este número y poder lo que explica a la par la desoladora derrota de Teudis y la importancia de Septem para Justiniano.

Nos hemos detenido en dilucidar la importancia de Septem para el Imperio porque será la clave en la intrusión bizantina en Hispania y esa intervención será a su vez decisiva para entender el carácter que tendría el reino visigodo de Toledo. La *recuperatio* justinianea es uno de los procesos clave en la historia del Mediterráneo y desde el siglo XVIII la historiografía occidental la suele juzgar negativamente. Los hechos y los números arrojan un resultado distinto al de la historiografía: Justiniano, destinando muy pocos recursos económicos y militares, logró resultados espectaculares. Solo el 26,6 % del total de la fuerza *comitatense* , 40 000 soldados del total de 150 000 fueron destinados a Occidente, África, Italia e Hispania, y solo el 28 % de los *limitanei* , unos 28 000 efectivos de un total de 100 000, fueron destacados a la defensa de sus fronteras. Por lo demás, la *recuperatio* de la rica África supuso un coste de un poco más de 1 100 000 sólidos áureos, cantidad que quedó más que amortizada con la captura del tesoro real vándalo y que las rentas anuales de los impuestos africanos aportarían al tesoro imperial año tras año a partir del 535. Y aunque Italia fue una conquista mucho más dura y cara, el balance general de la *recuperatio* en el Mediterráneo occidental, con la inclusión de unos 10 millones de nuevos súbditos y de unos 700 000 km^2 , fue altamente favorable. [48] Justiniano, ni agotó al Imperio, ni dejó Oriente desguarnecido. Puede que su política fuera agresiva, pero se apoyaba sobre una excelente justificación, casi un imperativo: era el legítimo señor de las tierras que sus ejércitos devolvían al control directo del Imperio.

Lo anterior no debe de olvidarse. Los reyes del antiguo Occidente romano habían apoyado su derecho a gobernar a las poblaciones indígenas en su condición de representantes del poder imperial. Así lo seguían haciendo a principios del siglo VI Teodorico I el Grande en Italia, Septimania e Hispania, y Clodoveo en la mayor parte de las Galias. Desde esta

perspectiva, Teudis, al atacar Septem, no solo desafiaba al Imperio, sino que se exponía a socavar las bases mismas de su legitimidad ante los hispanorromanos que gobernaba o pretendía gobernar. Pero el mayor error de Teudis fue poner sobre la mesa de Justiniano lo que podríamos denominar «cuestión hispana». Esto es, la realidad geopolítica de que la seguridad de África solo podía garantizarse con el dominio del estrecho de Gibraltar y, más aún, con el dominio de las costas del sur y el sudeste peninsular. África era el bien a proteger. Su riqueza agrícola y su dinamismo comercial contribuían poderosamente al sostenimiento del Imperio. Solo Egipto y Siria aportaban mayores recursos y, por ende, desde su reconquista, la seguridad de África fue una de las piezas clave en la política de Justiniano y de sus inmediatos sucesores.

Pero Teudis, con su desastroso ataque a Septem, un ataque que es probable que lanzara en el 547, recordó a Justiniano lo perentorio de solucionar la «cuestión hispana». No pudo hacerlo de inmediato. La guerra mora, que casi seguro fue la oportunidad militar que trató de aprovechar Teudis, no terminó sino en el 548 y la situación en Cerdeña, Sicilia y sobre todo en Italia, no dio un giro decisivo y favorable para el Imperio sino en el 552. Pues bien, fue en ese mismo año 552, durante la gran y triple contraofensiva lanzada por el Imperio contra el rey Totila, el duro rey ostrogodo de Italia, cuando Justiniano lanzó su respuesta a la «cuestión hispana». [49] Una respuesta que, al igual que en los casos del África vándala y la Italia ostrogoda, aprovechó las disensiones internas de los bárbaros. Y es que tras el asesinato de Teudisclo en el año 549 y la elevación de Agila, el reino visigodo volvía a desgarrarse.

El asesinato de Teudisclo debe de enmarcarse en las luchas entre facciones que siempre caracterizaron a los visigodos, entre cuyas élites siempre abundaron los potenciales aspirantes al trono. Agila aspiró a ese trono y lo logró al concitar a su

alrededor a todos los que odiaban a Teudisclo. Pero su trono, como el de Teudisclo, era inestable. Sabemos que Teudis había desplazado el centro de sus actividades a Híspalis y que se esforzaba por ejercer un control directo y no meramente nominal sobre toda la Bética. Teudisclo continuó con esta línea de actuación y expansión y Agila trató de coronar dicha empresa, para lo que movió guerra contra Corduba, la antigua capital de la provincia de la Bética y, sin duda, la ciudad más fuerte y rica de la región. También era la más renuente al dominio godo. En el 549 o el 551, la fecha no está clara, Agila logró en un primer momento vencer a los cordobeses y penetrar en su ciudad en donde profanó los templos y santuarios. Pero los cordobeses se rehicieron y contraatacaron con éxito causando a Agila una derrota pasmosa en la que perdió muchos hombres y buena parte del tesoro real, amén de a su propio hijo que cayó bajo los golpes de los hispanos. [50] La derrota fue tan total que Agila abandonó la Bética y se retiró a Emerita Augusta.

El desastre de Agila en Corduba fue aprovechado por un noble visigodo, Atanagildo, para alzarse en Híspalis, ese mismo año del 549/550. La guerra civil estaba servida y Atanagildo no tuvo problema alguno en acudir a Justiniano para solicitarle ayuda. El momento era propicio. En el otoño del 551, Justiniano estaba reuniendo en Tracia un gran ejército, el más potente de cuantos había enviado a Occidente: 26 000 hombres entre tropas regulares y federadas. No solo eso, también había cursado órdenes a Juan Troglita, que gobernaba las provincias africanas, para que preparara una flota con la que reconquistar a los ostrogodos de Cerdeña y Córcega. Una segunda flota, acompañada por un ejército, se dispondría también a reconquistar Sicilia. El Occidente mediterráneo hervía, literalmente, de preparativos de guerra y ejércitos romanos. [51]

Sabemos que Atanagildo llegó a firmar un tratado con el Imperio y que ese tratado lo reclamó Recaredo (586-601) por intermedio del papa Gregorio Magno que se excusó diplomáticamente. [52] Sabemos, asimismo, que Atanagildo recibió tropas bizantinas: «El ejército romano es introducido en Hispania por Atanagildo», [53] nos dice san Isidoro en su *Crónica universal* , y no tengo duda alguna de que esas tropas fueron vitales para lograr su victoria en Híspalis sobre Agila y para terminar haciéndose con el trono visigodo. Lo que se sigue discutiendo es qué ofreció Atanagildo a cambio. Para muchos, fue víctima de un engaño y, por eso, cuando se libró de Agila en el 554, se revolvió contra sus aliados romanos y trató de expulsarlos. ¿Un engaño? Sanz Serrano afirma que Atanagildo no contaba con que Justiniano tuviera en mente apoderarse de territorio en Hispania. Me parece increíble que Atanagildo no hubiera pensado en eso. Es más, me parece increíble que Justiniano enviara tropas a Hispania simplemente para apoyar a Atanagildo a cambio de nada y lo único que Atanagildo podía ofrecer era tierras. Tierras que *de iure* pertenecían al Imperio, pero que *de facto* habían sido ocupadas lenta y probablemente, de forma incompleta, por Teudis, Teudisclo y Agila: las de la Bética y la Cartaginense. Así que Atanagildo tuvo que ofrecer un reparto de dichas posesiones. Estos territorios aseguraban a Justiniano lo que este quería y lo que había ido buscando desde su ocupación de Septem y las insularum Balearum: una defensa adelantada que garantizara la completa seguridad de África. Un objetivo que no podía cumplirse sin la posesión de las costas de la Bética y la Cartaginense junto con su *hinterland* y creo que fue precisamente eso lo que Atanagildo convino.

Lo poco que sabemos lo confirma. El ejército imperial que llegó a Hispania en el año 552 desembarcó casi seguro en Malaca o en Iulia Transducta (Algeciras). Me inclino por esta última opción porque contaba con el apoyo de la potente

guarnición naval de Septem que controlaba y conocía a la perfección los lugares de desembarco adecuados y porque desde allí era muy fácil penetrar hacia el valle del Guadalquivir y alcanzar Híspalis, en donde se libró la batalla decisiva de la guerra civil y en donde se hallaba la base de poder visigoda en el sur de Hispania desde los días de Teudis. Malaca, por el contrario, se halla en buena medida aislada del interior por montañas o por valles estrechos y es fácil bloquear los caminos que llevan al valle del Guadalquivir. Por ello no hubiera sido muy acertado elegirla como punto de desembarco.

En cualquier caso, un «considerable ejército romano formado por varios *tagmas* de infantería» –así evalúa Procopio al ejército destacado en Sicilia que terminaría pasando a Hispania–, bajo el mando del patricio Liberio, un octogenario nacido en Roma, que antes había sido despachado a Sicilia para rechazar a los ostrogodos, [54] navegó hasta Hispania y apoyó con éxito las pretensiones de Atanagildo al trono.

Pero cuando Agila fue asesinado en Emerita Augusta y Atanagildo se apoderó de esta ciudad y quedó como único soberano de los godos de Occidente, se creyó lo bastante poderoso como para desatender los términos del pacto que había firmado con el Imperio y expulsar a los bizantinos de las plazas que habían ocupado. [55]

Fue una equivocación. El Imperio acababa de coronar la conquista de Italia. En el 552 Totila, había sido derrotado y muerto y el reino ostrogodo solo era ya un espectro ensangrentado. Además, en el 554, los francos y alamanes que habían invadido Italia habían sido aniquilados y aunque todavía y durante unos años más algunas guarniciones ostrogodas se mantuvieron rebeldes a la autoridad imperial, lo cierto es que se trataría ya de operaciones menores y que el Imperio podía liberar tropas para atender a otros frentes.

Lo hizo. En el 555 un nuevo contingente de tropas romanas desembarcó en Hispania. Esta vez lo hizo en Cartago Spartaria (Cartagena), que pronto iba a convertirse en la capital de los territorios hispanos devueltos al control directo del emperador. La llegada del segundo ejército bizantino tuvo que ser un éxito. Pues Atanagildo no pudo cumplir su propósito de expulsar a los bizantinos, sino todo lo contrario; estos consolidaron sus dominios y crearon en ellos una nueva provincia: Spania. Lo que en sí mismo es para mí una prueba de que no ocupaban, ni casi contaban con ocupar, la totalidad de la Bética, sino que solo aspiraban a agrupar parte de esta con las regiones costeras de la Cartaginense. En cualquier caso, el objetivo estaba cumplido: el África bizantina contaba con su defensa avanzada en Hispania. Esta, la Spania bizantina, quedó bajo el mando de un *dux* que, además y por estar también al mando del pequeño ejército de campaña que se creó para la defensa de esta última, ostentaba el título de *magister militum Hispaniae* .

La nueva provincia, al igual que las insularum Balearum y la antigua Tingitana, ahora Mauritania Secunda, quedarían adscritas a África. La capital sería Cartago Spartaria y en ella se han hallado restos de construcciones defensivas y de ocupación militar, amén de su renovada conexión con el Imperio y una de las escasas inscripciones del periodo dejada en ella por uno de los gobernadores de la Spania bizantina, Comenciolo. La provincia de Spania, en mi opinión, recalco esto porque los datos son escasos y difusos y las discusiones entre historiadores intensas y renovadas, nunca logró un control claro ni efectivo ni sobre Híspalis, ni sobre Corduba. La primera, aunque pudo ver a las tropas del Imperio, terminó quedando en manos de Atanagildo y la segunda fue una suerte de estado autónomo que, aunque es probable que estuviera sujeta *de iure* al Imperio, mantuvo su independencia *de facto* hasta su ocupación por Leovigildo. Esto último me induce a pensar en el hecho

incontestable de que Corduba se había mostrado fuerte y victoriosa en el 551 cuando derrotó a Agila y que, aunque los bizantinos pudieron ser percibidos como aliados, no se les debió permitir instalar una guarnición, pues ni Juan de Bíclaro, ni san Isidoro, mencionan que Leovigildo tuviera que combatir a los romanos para tomar Corduba y de haberlo hecho de forma victoriosa los dos hubieran recalcado semejante hecho. Así que Corduba debió de quedar en una posición particular en la que, ora reconocería la soberanía imperial, ora la visigoda, pero manteniendo de hecho su completa autonomía de ambas.

Tampoco ocuparon los bizantinos la Orospeda. Esto es, Sierra Morena oriental y las serranías de Cazorla, Segura y Las Villas. Al igual que Corduba, debieron de usar esta región montañosa y dura dominada por grandes propietarios y belicosos campesinos, como un «colchón defensivo» de sus dominios efectivos. Unos dominios que hacia el año 581/582, cuando escribía Agatías de Mirina, estaban defendidos por 5000 soldados *comitatenses* y unos 2500 *limitanei* y que abarcaban toda la costa que se extendía desde la desembocadura del Guadalquivir, en los límites entre las provincias de Sevilla y Cádiz, a la desembocadura del río Júcar, en Cullera, al sur de Valencia, adentrándose por el interior hasta abarcar ciudades como Asido (Medina Sidonia), Sagontia (hoy Gigonza), Barbi, situada al norte y en un punto intermedio de las actuales Antequera y Ronda, Arunda (Ronda), Anticaria (Antequera), Ilíberis (Granada), Acci (Guadix), Basti (Baza)… por citar algunas de las que quedaron cerca de un impreciso *limes* que buscó apoyarse en los contrafuertes norteños de la Penibética, en los meridionales de las serranías subbéticas, en los orientales del sur del Sistema Ibérico y que probablemente tuvo su límite nororiental entre Denia y Valencia. [56]

Como resalta con acierto Sanz Serrano, los *naviculari* , los comerciantes de las ciudades costeras de la región, debieron de

recibir muy bien a las tropas de Justiniano, pues para ellos sería mucho más provechoso estar dentro de un estado que les abría los mercados de África y Oriente, que dentro de un inestable y tormentoso reino que a duras penas aseguraba el comercio y la estabilidad. [57] No tan contentos estarían los grandes propietarios de la Bética y el sudeste de la Cartaginense que, acostumbrados a décadas de casi total independencia o, a lo sumo, al laxo dominio visigodo, temían ahora quedar bajo el control de una administración bien organizada y capaz de exigir impuestos regulares. Además, durante el reinado de Teudis las élites hispanorromanas y no solo las de la Tarraconense, estrecharon lazos con los visigodos y una buena prueba de ello fue la actitud de familias como la de san Isidoro, cuyas grandes propiedades estaban en torno a Cartago Spartaria, que prefirieron emigrar hacia tierras aún dominadas por los godos antes que permanecer bajo dominio imperial. Esta divergencia de actitudes en los hispanos ante la *recuperatio* justinianea caracterizaría los siguientes setenta años e iría alterándose de forma paulatina en favor del Reino de Toledo.

Ya se le podía denominar así: Reino de Toledo. Pues Atanagildo fue el primer rey visigodo en asentar allí sus reales y en convertirla en capital estable de sus dominios. Unos dominios en los que Hispania, pese al control bizantino del sur y del sudeste, era la indiscutible base de poder goda en la que Atanagildo buscaba con desesperación contar con fuerza y recursos suficientes como para encarar con éxito los desafíos de su reinado.

No fue fácil. Hay evidencia en las acuñaciones numismáticas de su reinado de que Atanagildo se vio enfrentado a una fuerte crisis económica. Probablemente, la pérdida de buena parte del tesoro real por Agila entre el 549 y el 551, sumada a las penalidades de la guerra civil y a la ocupación por parte de los bizantinos de ricas ciudades y tierras, dejaron exhaustos los

fondos con que podía contar el rey. [58] Sin embargo, pese a tales penurias, la paz que comenzó a instalarse en su reino a partir del año 556 y que en líneas generales se prolongó hasta su muerte en el 567, fue devolviendo poco a poco la prosperidad a aquella tierra agitada. Además, era el suyo un reino activo. Los intercambios comerciales con África y Oriente se multiplicaron tras la recuperación por parte del Imperio de las costas y puertos de la Cartaginense y de la mayor parte de la Bética, y ello, aunque resulte paradójico, tuvo que repercutir positiva y paulatinamente, en las arcas de Atanagildo y en las bolsas de sus súbditos, pues los comerciantes se adentraban en el *regnum* hasta ciudades como Híspalis, Emerita Augusta, Caesaragusta, Santarém, Olissipo o Tarraco, para comprar y vender, instalándose en gran número y animando la economía de dichas poblaciones y sus regiones. Son los *transmarini negociatores* de los textos. Hombres, a menudo, llegados del Oriente romano y en tal número y con tal influencia que no pocos de ellos terminarían ocupando altos puestos, incluso las sedes episcopales de sus ciudades hispanas adoptivas. [59]



No solo comerciantes y no solo a Hispania. Desde Hispania y en estos años de mediados del siglo VI, marcharían a Roma y Constantinopla embajadores, obispos y jóvenes en busca de sabiduría. Gente como Liciniano de Cartagena, Juan de Bíclaro o Leandro, hermano de san Isidoro, y a Hispania llegarían también gentes doctas, embajadores, aventureros y monjes provenientes de todo el Imperio.

Atanagildo pudo poner en práctica una acertada política exterior firmando un tratado con el Imperio y aceptando en el 566 la alianza con los francos, en parte para prevenir sus ataques a Septimania y la Tarraconense, y en parte para lograr sumar fuerzas frente a los romanos. Francos y visigodos eran ahora los dos únicos verdaderos poderes que se enfrentaban en Occidente al Imperio. Así que con el casamiento de sus dos hijas: Brunequilda con Sigeberto I de Austrasia y Galswinta con Chilperico I de Neustria, [60] Atanagildo podía aspirar a centrarse en enfrentar a los romanos.

La elección de Toletum como sede regia es todo un signo de la nueva era que se iniciaba en la historia de los visigodos y los hispanos. Hasta ese momento, desde la pérdida de Tolosa ante los francos en el 508 hasta la elección de Toletum como nueva capital, los reyes visigodos habían sido reyes itinerantes. Vagaban por sus dominios arrastrando tras de sí los dos únicos elementos que aseguraban su poder: su comitiva armada y su *thesaurus* , su tesoro. Ciudades como Barcino, Híspalis o Emerita Augusta les ofrecían asiento durante un tiempo, pero ninguna de ellas les ofreció la estabilidad y fortaleza suficientes como para transformarse en verdaderas capitales de un reino en zozobra y construcción. Toletum, una diminuta ciudad que es probable que no pasara de los 2000 habitantes cuando Atanagildo la eligió como sede regia, sí lo hizo y fue en ella donde se levantó un *palatium* en torno al cual se configuraría

de forma definitiva una sede de poder puramente visigodo-hispana.

No sabemos por qué Atanagildo eligió Toledo. La ciudad había sido sede de dos concilios de la Iglesia hispana y es probable que el segundo de ellos, celebrado gracias a la actitud prohispanorromana y tolerante de Teudis, tuviera algo que ver en la elección. Aunque también es posible que se tratara simplemente de un criterio estratégico, pues Toletum se hallaba excelentemente bien situada entre los dos centros de riqueza y poder sobre los que basculaba el reino en Hispania: el formado por el valle del Ebro y la costa de la Tarraconense y el conformado por Emerita Augusta, con su rica vega del Guadiana y su potente actividad comercial, e Híspalis, con su fértil campiña y su, asimismo, próspera actividad mercantil. Ambos centros se hallaban siempre expuestos, el primero ante los francos y el segundo ante los bizantinos y Toletum ofrecía una base de operaciones segura a la par que equidistante de ambos.

En cualquier caso, Toletum solo fue elegida como capital al final del reinado de Atanagildo y sería Leovigildo quien le conferiría el brillo necesario para ser visualizada como *Urbs Regia* y como uno de los grandes centros de poder del mundo mediterráneo. Algo que se trasluce hasta en los textos. Pues mientras que hasta el año 592 los autores hispanos seguían reservando el apelativo de *Urbs Regia* para Constantinopla, como puede verse en la *Crónica de Juan de Bíclaro* , a partir de los inicios del siglo VII *Urbs Regia* pasó a ser una denominación habitual para Toletum. [61]

Además, Toletum parecía un lugar ideal como punto de encuentro y conciliación y eso, encuentro y conciliación, no eran poca cosa en un entorno tan violento e inestable como el que trataba de gobernar Atanagildo. Este nos ofrece una prueba excepcional de su éxito como monarca de los tempestuosos

visigodos: murió siendo rey y en la cama. Ni degollado por asesinos, ni muerto por enemigos, ni depuesto y encerrado por usurpadores. Pocos de sus antecesores lograron tal cosa y pocos de sus sucesores volverían a lograrlo.

No hubo guerra ni enfrentamiento entre los godos a la muerte del rey. Un noble de la Septimania, Liuva, fue elegido nuevo rey de los visigodos. Su hermano, Leovigildo, sería destinado a regir los destinos de Hispania y pronto haría retumbar todos sus rincones con el incesante galope de sus huestes, llevando al recién fundado Reino de Toledo a imponer su dominio o su hegemonía sobre los reinos de Occidente.

Notas

1 Sidonio Apolinar, *Cartas* , VIII, IX. 5.

2 Prisco de Panio, frag. 39, en Blockley, R. C., 1983; Gregorio de Tours, *Historias* , II, 27; MacGeorge, P., 2002, 111-158 y en especial 135-158 para el ejército de Siagrio; James, E.: «Childéric, Syagrius et la disparition du royaume de Soissons», 9-12; Bachrach, B. S., 1972, 2-8; Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 3-4.; Soto Chica, J., 2019, 123-186 con abundante cita de fuentes y bibliografía.

3 Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 4.

4 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 26.

5 «Fue creado rey en Hispania» 5 Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 4-5.

6 *Chronica Caesaraugustana* a. D. 494, 496, 497 y 506, en Collins, R.: «An historical commentary on the consularia Caesaragustana»; Arce, J., 2017, 32-37.

7 Sanz Serrano, R., 2009, 223.

8 Fuentes Hinojo, P. [tesis doctoral], 1995, 295-296.

9 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 35.

10 Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 6-7.

11 Casiodoro, *Variae* , 3.4.3-4, en Mommsen, T., 1894 y Barnish, S. J. B., 1992; Mathisen, R. W.: «The First

Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 6-7.

12 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 35 y 37; *Liber historiae Francorum* I, 17, pp. 50-51, en Bachrach, B. S., 1973; Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 31-33; Soto Chica, J., 2019, 171-186.

13 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37, en donde Clodoveo prohíbe a sus hombres tomar otra cosa de las propiedades eclesiásticas que no fuera pasto y agua para los caballos y Gregorio de Tours, prefacio al Libro III en donde se presenta la guerra entre Clodoveo y Alarico como una guerra entre el defensor de la verdadera fe, Clodoveo, y un hereje, Alarico, y en donde la victoria estaba por lo tanto de parte de Clodoveo de un modo ineludible.

14 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37 y *Liber historiae Francorum* I, 17, pp. 51-53.

15 Soto Chica, J.: «La batalla de Vouillé o el sangriento nacimiento de dos reinos», 14-21. Conté aquí con el auxilio y colaboración inestimable de Eduardo Kavanagh, arqueólogo y director de *Desperta Ferro Antigua y Medieval* . En breve, además, publicaremos un artículo sobre la batalla en el que ampliaremos nuestra visión del encuentro y de su correcta ubicación geográfica

16 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37; *Liber historiae Francorum* I, 17, pp. 50-54; Venancio Fortunato, *Liber de virtutibus Sancti Hilarii* 7.20.9 en Krusch, B., 1961; Procopio de Cesarea, V, 12. 1 y ss.; Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 32-34; Soto Chica, J., 2019, 123-186,

con un detallado análisis de los ejércitos franco y visigodo, así como de los pormenores de la batalla.

17 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37; *Liber historiae Francorum* I, 17, pp. 52-55; Procopio de Cesarea, V, 12, 1 y ss.

18 Venancio Fortunato, *Liber de virtutibus Sancti Hilarii* , 7.20.9; Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37; *Vida de san Avito* 4, en VV. AA., vol. IV, 1894 y *Vita Eptadii presbyteri Cervidunensis* , 8-12, en Krusch, B., 1896.

19 Procopio de Cesarea, V, 12, 41-43. No todos los tesoros del templo de Salomón custodiados en Roma fueron presa de los godos de Alarico. Otra parte, entre la que casi con toda seguridad estaba la Menorá, se quedó en Roma hasta que Genserico se la llevó a Cartago en el 455. Esta parte de los tesoros de Salomón fue posteriormente tomada por Belisario y llevada a Constantinopla en el 534 y mostrada en su triunfo del 1 de enero del 535: Procopio de Cesarea, IV, 9, 5-8. Para la importancia e historia del tesoro real visigodo véase, Arce, J., 2017, 83-88.

20 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37; *Liber historiae Francorum* I, 17, pp. 54-55; Procopio de Cesarea, V, 12, 45; San Isidoro, *Historias* I, 36; Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 36-41.

21 San Isidoro, *Historias* , I, 36 B.

22 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37.

23 Jordanes, *Getica* , LVIII 302, ensalza las victorias de Ibba exagerándolas de un modo disparatado al decir que ocasionó 30 000 bajas a los francos.

Casiodoro, *Variae* , V.43-44; Procopio de Cesarea, V,

24 12, 40 y ss.; San Isidoro, *Historias* , I, 36, 37 y 38; *Chronica Caesaraugustana* a. D. 510 y 511.

25 *Crónica del conde Marcelino* a. D. 508.

26 Para la llegada de los ostrogodos y su fusión con los visigodos y los hispanos es reveladora la lectura de dos pasajes de Procopio: Procopio de Cesarea, V, 12, 40-49 y Procopio de Cesarea, V, 13, 5-9. Y para la migración masiva de los visigodos de las Galias a Hispania tras la derrota y muerte de Amalarico: Procopio de Cesarea, V, 13, 12-14. Arce, J., 2017, 29 y ss., de quien disentimos, ya que para él la instalación de los visigodos se inicia solo y en realidad a partir del 531. Más de acuerdo estamos con Sanz Serrano: Sanz Serrano, R., 2009, 223-235 y Sanz Serrano, R.: «Aproximación al estudio de los ejércitos privados en Hispania durante la Antigüedad Tardía», 225-265, 253 y ss.

27 Procopio de Cesarea, V, 12, 50-54 y V, 13, 11-13.

28 Casiodoro, *Variae* , V.39; Procopio de Cesarea, V, 12, 40-49; Sanz Serrano, R., 2009, 223-224.

29 Procopio de Cesarea, V, 12, 50-54 y V, 13, 12-13.

30 Procopio de Cesarea, V, 13, 4-9.

31 Gregorio de Tours, *Historias* , III, 1; Procopio de Cesarea, V, 13, 9-11.

32 Procopio de Cesarea, V, 13, 11-13 y Gregorio de Tours, *Historias* , III, 10; San Isidoro, *Historias* , 40 A y 40 B; *Chronica Caesaraugustana* a. D. 531.

33 San Isidoro, *Historias* , 41.

34 Jordanes, *Getica* , LVIII 302.

35 Procopio de Cesarea, V, 12, 51: texto griego de Procopio de Cesarea en Dewing, H. B. (ed. y trad.), 1919, vol. 3.

36 Procopio de Cesarea, V, 12, 50-54 y V, 13, 11-13. Para Sanz Serrano [Sanz Serrano, R., 2009, 226-228], Teudis tampoco sería capaz de imponer su autoridad con firmeza más allá de la Tarraconense. Creo que las fuentes apuntan en otra dirección y que tanto la expedición a Ceuta como la estancia de Teudis en Sevilla o la celebración por su intermedio del II Concilio de Toledo en el 527, en un momento en que *de iure* era rey Amalarico pero que *de facto* gobernaba Teudis, hasta el punto de que san Isidoro le atribuye a él todo el mérito y ni tan siquiera menciona a Amalarico, son pruebas más que evidentes de que la autoridad de Teudis fue ya bastante sólida en amplias regiones de la Lusitania, la Cartaginense y la Bética.

37 II Concilio de Toledo, a. D. 527, pp. 42-52, en las actas del concilio en Vives, J., 1963.

38 San Isidoro, *Historias* , 41.

39 Procopio de Cesarea, V, 12, 50-54 y V, 13, 11-13; San Isidoro, *Historias* , 40 A y 41; Sanz Serrano, R., 2009, 225-228; Sanz Serrano, R.: «Aproximación al estudio de los ejércitos privados en Hispania durante la Antigüedad Tardía», 225-265. Para la importancia de las élites hispanas en el reforzamiento de los visigodos en Hispania, véase Sanz Serrano, R.: «La intervención bizantina en la España de Leovigildo», 45-59 y Pampliega, J., 1998.

40 García Iglesias, L.: «El intermedio ostrogodo en Hispania (507-549 d. C.)», 89-120.

Soto Chica, J.: «El Reino de Toledo y sus relaciones

41 externas», 20-25; Guzmán Armario, F. J.: «La política exterior de los visigodos en Hispania. Un ensayo sobre la debilidad del reino de Toledo», 215-234.

42 San Isidoro, *Historias* , 41; *Chronica Caesaraugustana* a. D. 541; Gregorio de Tours, *Historias* , III, 23 para la recuperación de Arelate por los godos y III, 29 para el infructuoso sitio franco de Zaragoza. Sanz Serrano R.: «*Sive pagani sive gentiles* : Análisis del contexto sociocultural del paganismo hispano en la Tardoantigüedad», 163.

43 Procopio de Cesarea, III, 24, 7-19; IV, 4, 34-41 y IV, 5, 5-6 y San Isidoro, *Historias* , I, 42; Codex Iustinianus o Código de Justiniano, CJ, 1.27.2.2 en Osenbrüggen, E., 1898; Soto Chica, J., 2015, 62, 101 y, sobre todo, 104-105; Fuentes Hinojo, P. [tesis doctoral], 1995, 638-661; Villaverde Vega, N., 2001, 355-356; Vallejo Girvés, M., 1993, 49-71; un excelente trabajo de conjunto sobre Ceuta en los siglos VI y VIII con atención al ataque lanzado por Teudis es el de Montenegro, J. y Del Castillo, A.: «Precisiones sobre Ceuta antes de la conquista musulmana (siglos VI-VIII)», 70-90. Y para la evolución del dominio bizantino en Ceuta y en las Mauritanias, véase Soto Chica, J.: «Una noticia oriental ignorada sobre Ceuta y las Mauritanias. La reorganización y la defensa de los territorios africanos y del extremo occidente bizantino en la segunda mitad del siglo VII», 139-154; véase también Sanz Serrano, R., 2009, 236-241 con lo que me parece un excelente análisis con el que coincido y que muestra la debilidad del testimonio isidoriano y de los argumentos de quien en él se apoyan.

44 San Isidoro, *Historias* , 43.

45 Sanz Serrano, R., 236-240.

46 Gregorio de Tours, *Historias* , III, 30; San Isidoro, *Historias* , 44.

47 CJ 1.27.2.2; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , I, 3-4, en Magaña Orúe, E., Rodríguez González, E. J., y De la Torre Rodríguez, J. I., 2014; León VI, *Naumacika* , pp. 494-495, 25-27, en Jeffreys, E., 2006, 482-519 y para la organización, mandos y dimensión de las unidades del ejército de Justiniano y sus sucesores: Treadgold, W., 1995, 14, 47-65, 87-95 y 194-196; Soto Chica, J., 2015, 35-50 y Soto Chica J., 2019, 251-316. El *tagma* , *bandon* , *numerus* o *aritmos* en tiempos de Justiniano podía oscilar entre los 200 y los 500 hombres. De hecho y conforme a los papiros hallados en Egipto, si estaba completo y acuartelado, el *tagma* contaba con 522 soldados y oficiales. Lo corriente es que un *tagma* tuviera 400 hombres en armas. Fue Treadgold, al que se cita mucho y se lee poco, quien ya advirtió en 1995 que en el ejército de Justiniano confluían dos modelos de organización complementarios: uno puramente táctico, que es el que se refleja en el *Strategikon* , y uno administrativo o de despliegue. El primero contaba con *tagmas* de variable número en función de las necesidades puntuales de cada batalla u operación y el segundo concordaba con la realidad administrativa. Para la flota bizantina, véase Soto Chica, J., 2019, 453-490 y Soto Chica, J:« La invención del fuego griego y la lucha de bizantinos y árabes por el control del Mediterráneo: ingeniería y guerra naval en la Alta Edad Media», 113-134.

48 Un balance exhaustivo de la *recuperatio* en Soto Chica, J., 2015, 13-50 y 104-130. Ya Treadgold advirtió de las

contradicciones del paradigma historiográfico que sostiene que Justiniano agotó al Imperio, véase: Treadgold, W., 1995, 157-170 y 194-198.

49 Soto Chica, J., 2019, 257-315; Soto Chica, J.: «Narsés y la conquista de Italia (552-554)», 46-52. La obra de referencia sobre las relaciones de Bizancio con los visigodos es la de Margarita Vallejo Girvés: Vallejo Girvés, M., 1993, que tuvo una puesta al día en 2012 titulada *Hispania y Bizancio. Una relación desconocida* . Hay muchos puntos en los que disiento de los enfoques de Vallejo Girvés. Una aportación asimismo fundamental es la de Jaime Vizcaíno: Vizcaíno Sánchez, J., 1997, con el que coincido en el carácter de la Spania bizantina como colchón estratégico de África.

50 San Isidoro, *Historias* , 45.

51 Soto Chica, J.: «Narsés y la conquista de Italia (552-554)», 46-52; Soto Chica, J.: «Héroes mitológicos y héroes bizantinos. Mitología griega y orígenes del caballero cristiano bizantino en los procesos de heroificación de Juan Troglita, Belisario y Heraclio (530-630)», 2017, 247-264.

52 Tanto Jordanes como san Isidoro informan sobre la petición expresa de ayuda militar de Atanagildo a Justiniano: Jordanes, *Getica* , XLVIII 303; San Isidoro, *Historias* , 46. Para la carta de Recaredo al papa Gregorio Magno solicitando una copia del tratado y la evasiva respuesta de este último: Gregorio Magno, *Epístolas* , IX, 229-230, en Minard, P., 1991. Margarita Vallejo Girvés llegó a la conclusión de que el papa no se excusaba, sino que en realidad el documento fue destruido a causa de un incendio y que no se conservaba copia. Creo que Rosa Sanz Serrano está más

cerca de la verdad al destacar el carácter evasivo de la negativa papal a atender la reclamación de Recaredo. Vallejo Girvés, M., 1993, 245 y ss.; Sanz Serrano, R., 2009, 239-240. Los estudios clásicos siguen siendo los de Orlandis: Orlandis Rovira, J.: «Gregorio Magno y la España visigodobizantina», 329-348 y el de Vilella, J.: «Gregorio Magno e Hispania», 167-186.

53 San Isidoro de Sevilla, *Crónica universal* , 399 B.

54 Procopio de Cesarea, VII, 36, 6-8; 39, 6-8 y 12-18 y VIII, 24, 1-5, nos pone al corriente del mando de Liberio sobre el ejército destinado a Sicilia en el 551. Liberio seguía a su mando en el invierno del 551 e ignoraba que Justiniano lo había relevado y otorgado el mando a Artabanes. Una tempestad dispersó la flota de este y no pudo llegar a Sicilia hasta el verano del 552. Como Jordanes (Jordanes, *Getica* , LVIII 303), dice explícitamente que Liberio fue quien desembarcó en Hispania para apoyar a Atanagildo y puesto que es plenamente contemporáneo de los hechos, sus *Getica* están escritas en el 552, según creo yo aunque muchos fijan su redacción a finales del 551, lo lógico sería atribuir a Liberio la expedición a Hispania y no a Artabanes o a cualquier otro general. Pero el testimonio de Procopio, por otra parte confuso, tiene mucho peso y algunos historiadores prefieren dejar en suspenso la cuestión de quien mandaba el ejército bizantino llegado a Hispania.

55 San Isidoro, *Historias* , 46 y 47; Gregorio de Tours, *Historias* , IV, 8; Jordanes, *Getica* , LVIII 303; Grosse, R., 1947, 141-148.

56 La inscripción de Comenciolo en Cartago Spartaria: Vallejo Girvés, M.: «Inscripción conmemorativa de la

reconstrucción bizantina de las murallas de Cartagena», 78-79. La Spania bizantina sigue siendo objeto de continuos debates y ajustes. Para su organización, defensa, fronteras, *etc.* y para la capitalidad de Cartagena y la figura de Comenciolo, su gobernador más destacado, véase Presedo Velo, F., 2003; Gouberd, P.: «L'administration de l'Espagne byzantine. I, Le Gouverneurs de l'Espagne byzantine», 129-139; Salvador Ventura, F. J., 154 y ss.; Ripoll López, G.: «Acerca de la supuesta frontera entre el Regnum Visigothorum y la Hispania bizantina», 251-267; Olesti Vilá, O., Andreu Expósito, R., Wood, J.: «New perspectives on Byzantine Spain: The *Discriptio Hispaniae* », 278-312; Vallejo Girvés, M., 1993, 275 y ss.; Vallejo, Girvés, M., 2012, 187 y ss.; Vallejo Girvés, M: «Sobre la Península Ibérica y el Mediterráneo bizantino: efecto de la rebelión de Heraclio en la contingencia visigodobizantina (a. 602-610)», 489-499; Vallejo Girvés, M.: «Comenciolus, *magister militum Spaniae* , *missus* a Mauricio Augusto contra *hostes* barbaros. The Byzantine Perspective of the Visigothic Conversion to Catholicism», 289-306; Vallejo Girvés, M., 2002, 76 ss.; Vizcaíno Sánchez, J., 2007, 120 y ss.; Vizcaíno Sánchez, J.: «Contra hostes barbaros. Armamento de época bizantina en Carthago Spartaria», 179-195; Ramallo Asensio, S. F., Vizcaíno Sánchez, J.: «Evolución del sistema defensivo de Cartagena durante la Antigüedad», 483-524; Vizcaíno Sánchez, J.: «"Quienquiera que seas el que admiras la descomunal altura de las torres". La pugna de visigodos y bizantinos por el Sur de Hispania», 64-71. Soto Chica, J.: «Comentiolo: de los Balcanes a Mesopotamia pasando

por Hispania. La agitada vida de un gobernador de la Hispania bizantina», 239-266.

57 Sanz Serrano, R., 2009, 240-243.

58 García Moreno, L. A.: «Atanagildo»; Grosse, R., 1947, 141-148.

59 Mariezkurrena, S. I: «Puertos y comercio marítimo en la España visigoda» , 135-160; García Moreno, L. A.: «Colonias de comerciantes orientales en la Península Ibérica. s. V-VII», 27-154; Soto Chica, J.: «El Reino de Toledo y sus relaciones externas», 20-25.

60 Gregorio de Tours, *Historias* , IV, 27 y 28.

61 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 568, 573, 574, entre otras muchas atribuciones en exclusiva a Constantinopla de la denominación de Urbs Regia. Menéndez Pidal, R.: «Historia de España Menéndez Pidal, R., 1993, t. III, vol. I, Prólogo, 12-14.

6

«Exterminados por doquier los tiranos y vencidos los invasores de España»

Leovigildo el Grande y la consolidación del Reino de Toledo (567-586) El rey Leovigildo, exterminados por doquier los tiranos
y vencidos los invasores de España,
una vez obtenida la calma,
descansa con su pueblo.

Crónica de Juan de Bíclaro , a. D. 578, 4

Con la reveladora frase con que comienza el capítulo, un cronista contemporáneo, Juan de Bíclaro, anticipaba la fundación de Recópolis por Leovigildo en el año 578. Exterminar tiranos, es decir, acabar con aquellos que en apariencia ejercían un gobierno ilegítimo, y derrotar a los invasores del *regnum* tal como este era ya concebido, eran las empresas a las que Leovigildo, un hombre de energía incontenible, había dedicado diez años de campañas vertiginosas y sangrientas.

Nótese que entre esos «invasores» se situaba a los romanos/bizantinos que, *de iure* , se seguían considerando los poseedores de Hispania y ello es un salto cualitativo en lo conceptual y en el derecho. Pues si Valia y sus sucesores habían actuado en Hispania «por la causa de Roma» ahora, desde Leovigildo en adelante, los reyes visigodos actuarían contra esa misma «causa» revestida de *recuperatio* que amenazaba su independencia y, más aún, su supervivencia.

Pero, aunque hasta ese momento Leovigildo estaba actuando como se suponía que debía de hacerlo un buen rey visigodo, cuando logró estabilizar su amenazado reino fue un paso más allá e hizo algo que hasta entonces no había hecho ningún otro monarca bárbaro del Occidente romano: fundó una ciudad. Eso era algo propiamente romano e imperial. También lo fue el ceremonial cortesano que Leovigildo adoptó y pronto su *palatium* y su sede regia, su capital, Toletum, serían una suerte de diminutas réplicas del sacro palacio imperial y de la nueva Roma, Constantinopla. De nuevo, los godos, que habían sobrevivido a la espantosa caída de su primer reino, Tolosa, y superado la épica, casi agónica, lucha de su último reino, el de Toledo, por asentarse y sobrevivir, no se apartaban de la senda trazada por Roma y ello aunque Roma, esto es, el Bizancio justinianeo, fuera su enemigo.

Los años que siguieron a la fundación de Recópolis por Leovigildo continuaron siendo duros y agitados, pero su reino lograría ampliarse y fortalecerse hasta conseguir que fuera inviable que ninguno de sus rivales contemporáneos pudiera contar con su derrota y desaparición. Así que Leovigildo fue el rey que erigió en realidad la grandeza del Reino de Toledo que, a mediados del siglo VII era el estado más poderoso, rico y culto de Occidente».

Los años del reinado de Leovigildo, 569-586, fueron los años de la consolidación del reino, pero también fueron los años en que los godos e hispanorromanos asumieron una nueva identidad: ¿qué quedaba de germánico o de gótico en los sucesores de Leovigildo? Muy poco, pues como ha afirmado recientemente Javier Arce: «Recaredo y sus sucesores no tenían ya nada, o casi nada, de "germánicos", el reino visigodo de Hispania no es un *regnum* germánico». [1] ¿Qué era entonces? Algo nuevo. Algo que en el año 626 cantó san Isidoro en su *Laude Spaniae* y que Gregorio de Tours, que escribiría poco

después del 592, no se recataba en llamar «Reino de Hispania». [2] Algo plenamente identificable por cuanto concreción de una parte del reino claramente distinguible de la otra, tal como puede constatarse múltiples veces en los documentos de la época como, por ejemplo, en las actas de los concilios: *Civitatem regiam Toletanam ab episcopis totius Spaniae vel Galliae* , se puede leer muchas veces en las actas, como por ejemplo en las del III Concilio de Toledo celebrado en el año 589. Esto es: «En la ciudad regia de Toledo, reunidos los obispos de toda Hispania y Galia». Dice Hispania y Galia, no de la Tarraconense, la Gallaecia, la Lusitania, la Bética, sino de *Spaniae* , es decir, Hispania que, además, no necesitaba de la Galia para nombrarse así, en singular: *Spaniae* . De hecho, Spaniae, ahora España, es la voz habitual en los textos conciliares, epistolares y hagiográficos escritos en el reino en aquella época y también la que universalmente usaban los extranjeros como Gregorio de Tours. Por eso, Braulio de Zaragoza, encabezaba así su carta XXI dirigida al papa Honorio: *Honorando Pape Honorio, Huniuersí episcopi per Spaniam* , es decir: «Al Papa Honorio, señor reverentísimo y honorable, todos los obispos de Hispania». Y un poco más adelante añade: *Nam iam totius Ispanie adque Narbonensis gallie episcopi in uno quoadonati eramus collegio* [3] , esto es: «En efecto, estábamos ya reunidos en concilio los obispos de toda Hispania y de la Galia Narbonense». Nótese que mientras que Braulio precisa al papa Honorio que la Galia a la que se refiere es la Narbonense, la sujeta al Reino de Toledo, no se ve en la necesidad de hacer otro tanto con Hispania, pues esta no necesita ya matización ni explicación alguna en relación a su pertenencia al Reino de Toledo de quien es, además, sujeto principal y esencial.

LEOVIGILDO, REY DE LOS HISPANOS

«Rey de los Hispanos». Así es como su contemporáneo, Gregorio de Tours, llama en su *Historia francorum* a Leovigildo. Es muy significativo, al menos para mí, que Gregorio de Tours reserve ese título Rey de los Hispanos, para Leovigildo. Además, no se lo otorga una solitaria vez, sino cuatro, y la cosa es aún más singular si cabe porque no usa esa designación, Rey de los Hispanos, para ningún otro monarca visigodo. [4] Para Gregorio de Tours estaba, pues, claro que los hispanos, independientemente de que fueran godos o romanos, tenían un rey: Leovigildo. Y es que uno de los hechos más asombrosos que uno encuentra al examinar el reinado de Leovigildo es el de su capacidad para sumar en torno a sí voluntades dispares. Así, por ejemplo, otro contemporáneo de Leovigildo, un obispo de Gerona nacido en la lusitana Scallabis, Juan de Bíclaro, de origen godo y ferviente católico formado en Constantinopla, esto es, dotado de todos los atributos necesarios para cubrir en su *Crónica* de ignominia e improperios a un rey arriano y enemigo de los bizantinos como lo era Leovigildo, no solo no hizo tal cosa, sino que lo ensalzó. La cosa es más destacable aún si se tiene en cuenta que Juan de Bíclaro sufrió exilio por orden de Leovigildo [5] y si se recuerda que todo un mártir de la fe, Hermenegildo, el rebelde y católico hijo del rey, fue convenientemente eliminado en tiempos de nuestro cronista y obispo de Gerona sin que este hiciera el más mínimo reproche a su herético e implacable padre, sino todo lo contrario, pues Juan de Bíclaro hace caer sobre Hermenegildo la

responsabilidad de las catástrofes de la guerra civil:



Figura 47: Tremis godo acuñado con toda probabilidad en la ceca de Narbona o Barcino, datable en torno a los tres últimos tercios del siglo VI. Las primeras monedas que acuñaron los reyes godos seguían un patrón que imitaba el circulante romano y más tarde la moneda imperial bizantina, de modo que en ellas aparecía la efigie y el nombre del emperador reinante, en este caso Justiniano I (527-565), acompañado en el reverso por la característica Victoria, muy frecuente en estas acuñaciones. Dichas imitaciones se extendieron en el tiempo, señalando así la dependencia simbólica –aunque ya no política– del rey hacia el emperador, puesto que al inicio la acuñación de moneda estaba reservada a este, y con ello los godos reconocían de algún modo que se habían asentado en el territorio con el beneplácito imperial.

> *Nam eodem anno filius eius Hermenegildos factione Gosuinthae reginae tyrannidem assumens in Hispalis civitate rebellione facta recluditur, et alias civitates atque castella secum contra patrem rebellare facit. Quae Causa provincia Hispaniae tarn gothis quam romanis maioris exitii quam adversariorum infestatio fuit* . [6]

Es decir: Pues en el mismo año, su hijo Hermenegildo, asumiendo la tiranía a causa de la facción de la reina Gosvinta,

habiéndose rebelado en Sevilla hizo que las demás ciudades y fortalezas se rebelasen con él contra su padre. Lo cual fue en la provincia de Hispania, tanto para los godos como para los romanos, causa de mayor ruina que una invasión de enemigos.

Para mayor abundamiento, el lector habrá notado que para Juan de Bíclaro, la «provincia de Hispania» está poblada por dos pueblos, godos y romanos, y que ninguno de los dos está en la categoría de «enemigos» invasores, sino que comparten una misma suerte. ¿Recordamos a Gregorio de Tours y su designación de Rey de los Hispanos, no de los godos, para Leovigildo? ¿Acaso no habita también esa percepción de la realidad en la obra de Juan de Bíclaro?

¿Cómo explicar todo lo anterior? Es muy difícil y solo se encuentra una posible respuesta: Leovigildo, pese a su arrianismo y a su estirpe goda, probablemente ostrogoda, supo ofrecer cosas muy valiosas a sus contemporáneos sin importar que fueran godos o romanos: un proyecto, un ideal y, por encima de todo, algo que nos podrá parecer simple, descarnado, incluso brutal, pero que es tremendamente efectivo, victorias.

En efecto, con Leovigildo cuaja en Hispania una nueva idea o, más bien, un nuevo modelo de reino. De ahí que Gregorio de Tours lo llame Rey de los Hispanos, [7] una fórmula que expresa muy bien los perfiles de un reino que tanto este como Juan de Bíclaro llamaban Reino de Hispania y al que podían sumarse hispanorromanos y godos, aunque no compartieran todavía una misma fe. Una cuestión que, por otra parte, llegaría de inmediato con el hijo y sucesor de Leovigildo: Recaredo. «La cruz y la unidad de Spania», como apuntó Santiago Castellanos, [8] conformarían un ideal que actuaría de forma potente durante los ciento veinticinco años que siguieron a la muerte de Leovigildo. Un tándem que se hizo viable gracias a las victorias de este. Pues si el Reino de Toledo encontró en la

Iglesia hispana los argumentos que levantaron, consolidaron y justificaron su dominio, fueron las batallas y sangrientas correrías ganadas y emprendidas por Leovigildo las que cavaron los cimientos sobre los que se asentó dicho dominio.

Nada hacía pensar tal cosa en el 567. Atanagildo había logrado sobrevivir con su retirada estratégica a Toletum, pero su reino seguía siendo una realidad vacilante y asediada por múltiples peligros y enemigos.

Lo primero que llama la atención tras la muerte de Atanagildo es el largo interregno de cinco meses que transcurrió entre la muerte del rey y la proclamación de su heredero. Lo segundo es que el monarca que al fin lo sucedió no procedía del círculo de nobles que rodeaba al difunto rey en Toletum, sino que fue elegido entre los que permanecían en Septimania. Esto es, lejos de las luchas de poder que habían caracterizado la caída de Agila y el ascenso de Atanagildo. Todo lo anterior apunta a que el nuevo soberano proclamado en Narbona a finales del 567, Liuva, no pertenecía a la facción que había sostenido a Atanagildo. Ahora bien, ¿por qué no se adelantó a tomar la corona uno de los nobles cercanos al rey muerto? El largo interregno muestra que hubo un periodo de indecisión o incluso de enconada y sorda disputa entre los magnates de la corte. Además, Atanagildo dejaba una reina, Gosvinta y, como se vio más adelante, era una mujer muy capaz de luchar por el poder y un posible candidato al trono podría haber legitimado o consolidado sus pretensiones casándose con ella. Creo que la respuesta al interrogante que se acaba de plantear es que, tras la guerra civil entre Agila y Atanagildo, y el fracaso ante los bizantinos, la situación en Toletum debía de ser crítica. En primer lugar, debía de haber todavía una fuerte división entre las familias godas que controlaban el poder o que contaban con fuerzas para disputarlo. La reciente experiencia de la guerra civil pudo propiciar que se estableciera entre esas grandes familias

una suerte de acuerdo que ofreciera el trono a alguien no ligado a ninguna de las facciones en disputa y de ahí la conveniencia de acudir a un noble cuyos intereses no se hallaban en Hispania, sino en la Septimania. La otra opción es que la debilidad de los visigodos en Hispania fuera tan manifiesta que trataran de lograr así, ofreciendo el trono a un noble de la Galia, una mayor implicación militar de los linajes godos instalados en la Septimania.

Creo que la respuesta correcta es una suma de las dos que acabamos de exponer: por un lado, las divisiones internas dentro de los grupos de poder en Hispania estaban aún latentes y la experiencia reciente aconsejaba buscar un candidato de compromiso capaz de asegurar el equilibrio entre las facciones. Un candidato que, además, fuera capaz de movilizar nuevos recursos para la defensa de las amenazadas posiciones godas en la Península. Fue así como en noviembre del año 567 fue elegido Liuva (567-573).

Se ha propuesto que este fuera hijo de Liuvirit, [9] un general ostrogodo al servicio de Teodorico el Grande que hacia el año 523 se hallaba destinado en Hispania al mando de una fracción del ejército ostrogodo allí destacado. Recalco lo de una fracción, pues, aunque algunos lo afirmen, es un error asignarle a Liuvirit un papel, el de jefe supremo del ejército destacado en Hispania por Teodorico I, que en realidad ostentaba Teudis. El testimonio al respecto de Procopio, que ya citamos y que asigna el título de στρατος άρχοντα, arconte, a Teudis, un título que implica un mando supremo delegado, es incontestable. Tanto más cuando ese título de arconte se ve acompañado de la designación de τύραννος, tirano, que también le adjudica Procopio a Teudis [10] y que supone el ejercicio de un poder ilegítimo, sí, pero ilimitado.

Sin embargo, creo acertada la idea de que Liuvirit fuera el padre de Liuva y de Leovigildo y que la fuerte posición patrimonial y de poder que la familia tenía en Narbona y Septimania era bastante reciente y fruto de la intervención ostrogoda.

Creo, además, que Liuva era un hombre de escasa energía y poco dispuesto a sostener la defensa de un reino tan amenazado como el que acababa de recibir. De ahí que, cuando en el 568/569, los reyes merovingios Sigeberto I de Austrasia y Gontrán de Borgoña juntaron fuerzas para atacar Arelate, junto con Narbona la ciudad más grande y rica de cuantas les quedaban a los godos en Galia, Liuva acudiera a su enérgico hermano, Leovigildo, para plantear su estrategia defensiva.

En efecto, envió a su hermano a Toletum para que se hiciera allí cargo de la regencia de Hispania en calidad de corregente y rey, y para consolidar su posición acordó su matrimonio con Gosvinta, la viuda de Atanagildo y, tan importante o más que lo primero en las circunstancias con las que Liuva tenía que lidiar, nuera de Sigeberto I de Austrasia. La jugada funcionó bien, pues los ataques francos cesaron por completo. Si bien es cierto que Sigeberto y Gontrán también pueden haberse visto lastrados en sus belicosas acciones por los devastadores ataques de ávaros, longobardos y sajones contra sus fronteras orientales que exigían de ellos toda la atención y la necesidad de no abrir un nuevo frente con el reino visigodo. [11]

La acción de Liuva, en apariencia extraordinaria, lo es solo en el contexto godo del momento, pero no en el romano. Como ya señalara Castellanos, Liuva tan solo imitaba una fórmula romana cuyo objetivo era garantizar que el poder se consolidara en manos de su familia y, esto lo añado yo, una mejor administración del poderío militar existente. [12] En cualquier caso, a comienzos del 569 Leovigildo se hallaba en Toletum, y

eso, en la convulsa situación en la que se encontraba Hispania, significaba guerrear sin descanso.

El que sí obtuvo descanso fue Liuva. Los siguientes años de su reinado no registraron ninguna acción bélica contra los godos por parte de los francos. Tampoco registraron mucho más sobre él. Es a Leovigildo a quien competen las acciones y triunfos de los siguientes años. Pues su discreto hermano Liuva murió, bien en el 571, como afirma san Isidoro, bien, lo que es más probable, en el 573, [13] como consigna Juan de Bíclaro, dejando de nuevo el reino bajo la dirección de un único monarca y sin haber aportado a la historia acción alguna reseñable más allá de haber tenido el acierto de nombrar a su hermano como rey de la Hispania visigoda.

Pero ¿de toda la Hispania visigoda? García Moreno concluye que la Tarraconense al norte del Ebro siguió bajo el control directo de Liuva, pero Juan de Bíclaro deja bien claro que esa suposición no tiene base y lo deja claro porque dice: «Leovigildo, hermano del rey Liuva, viviendo su hermano, es elevado al reino de la Hispania Citerior». Como el lector sabe, la Hispania Citerior se transformó en la antigua Tarraconense y a partir de las reformas de Diocleciano, en la Tarraconense, la Cartaginense y la Gallaecia, y puesto que la costa de la Cartaginense estaba en manos bizantinas y la Gallaecia bajo dominio suevo, eso solo deja a la Tarraconense y al interior de la Cartaginense como candidatas a ser esa «Hispania Citerior» en la que Juan de Bíclaro dice que fue entronizado Leovigildo. [14]

La anterior entrada de Juan de Bíclaro es muy ilustrativa, pues con esa matización, «Hispania Citerior» subraya que el resto de Hispania, la Ulterior, es decir, la Bética, sin duda, y probablemente buena parte de Lusitania, seguían sin estar bajo dominio directo y efectivo de los godos. Pero el de Bíclaro aprovecha también para señalar que Leovigildo no tardaría

mucho en restablecer el antiguo poder de los godos y aquí, sin duda, recuerda que ese dominio, en época de Teudis, se extendía a Lusitania, a la Cartaginense y a la mayor parte de la Bética.

Leovigildo, Flavio Leovigildo, debió de ser elegido rey por su hermano en enero del 569. [15] Se le ha llamado el «restaurador del reino visigodo en España». ¿Restaurador? No había mucho que restaurar y sí mucho que conquistar. Pues cuando Agila y Atanagildo se disputaron el trono, el dominio visigodo seguía siendo muy inestable y, sobre todo, tenue, en buena parte de la Península. Había zonas enteras al norte de la Tarraconense y Lusitania que nunca habían estado sometidas a los godos y extensas áreas de la Bética que tampoco habían sido nunca parte efectiva del reino. No, el reino de Leovigildo no era un territorio en vías de restauración, sino de construcción.

Y los reinos del periodo se construían con la espada. Leovigildo se puso manos a la obra en cuanto se asentó en Toletum. Su matrimonio con Gosvinta le aseguró el apoyo de la facción que había seguido a Atanagildo y la división del poder con su hermano Liuva le facilitó los medios necesarios para empezar a guerrear. Mas ¿cuál fue el primer enemigo? El más importante y peligroso: el Imperio.

La Spania bizantina se había consolidado ante la impotencia de Atanagildo. Cierto es que no era sino una defensa adelantada de la rica África, pero aun así era un peligro latente y un poder que era capaz de atraer hacia sí el interés y la fidelidad de muchos hispanos. Pero el mismo año que Leovigildo se instalaba como rey en Toletum, el prefecto de África, Teodoro, era derrotado y muerto por Garmul, el rey moro de Altava. Altava o Altaba era un reino romano-bereber situado sobre el solar de las antiguas Mauritanias Sitifense y Cesariense que se había gestado como reacción local frente a los vándalos y que pronto fue capaz de acuñar moneda y hasta de lanzarse al mar

para piratear. Ahora se enfrentaba a los bizantinos y lo hacía con éxito notable. Pues al año siguiente, 570, Garmul volvió a derrotarlos y esta vez quien pereció en batalla fue el *magister militum* de África, Leoctisto, [16] cuya desastrosa derrota dejó casi inerme el África bizantina y con ello dio una estupenda oportunidad a Leovigildo.



Figura 48: Lucerna de tipo bizantino (forma Hayes II-Atlante X) hallada en Carthago Spartaria (Cartagena) y datada en torno al siglo VI. Contiene un disco ornamentado con una cruz monogramática y un contorno formado por motivos geométricos. En los niveles más recientes de la ciudad bizantina no es raro encontrar este tipo de lucernas de temática cristiana, procedentes casi sin excepción del norte de África y

comercializadas hasta bien entrado el siglo VII. Museo Arqueológico Municipal de Cartagena.

Este la aprovechó de inmediato. A comienzos del verano del 570, mientras los cadáveres de Leoctisto y sus soldados yacían insepultos sobre los campos africanos, Leovigildo condujo a sus guerreros a una rápida y devastadora razia contra la Spania bizantina. Leovigildo movilizó a un buen número de jinetes, pues su ejército debía de estar compuesto de caballería y no contar con máquinas de guerra y haber prescindido de la infantería y de la logística. Lo creo así porque sus movimientos fueron muy rápidos, las distancias cubiertas muy grandes y sus acciones no implicaron el asedio ni, por supuesto, la toma de ninguna ciudad.

Algunos historiadores insisten en que Leovigildo tomó Baza, provincia de Granada, en esta campaña, pero es un craso error. [17] Juan de Bíclaro es taxativo y claro: *Liuuigildus Rex loca Bastetaniae et Malacitanae urbis repulsis militibus vastat, et victor solio redit* , [18] es decir, literalmente: «El rey Leovigildo devasta los campos de Bastetania y de la ciudad de Málaga, una vez rechazados sus soldados, y vuelve vencedor a su sede». Las palabras empleadas en referencia a Bastetania y Málaga, son *loca* (campos, tierras, alrededores) y *vastat* (devastar, saquear, despoblar) y, además y como se habrá advertido, no se dice Basti (Baza), es decir, no se cita a la ciudad de Baza, sino a Bastetania, esto es, a la región que se extendía desde lo que hoy es el norte de la provincia de Granada hasta el occidente de la de Cádiz. Dicho de otro modo: Leovigildo se dedicó a saquear los campos de lo que hoy son las comarcas de Baza, Guadix, la Vega de Granada, Antequera y Málaga, y es probable que tratara de sorprender a esta última ciudad, pues el de Bíclaro la cita de forma expresa *Malacitanae urbis* pero no logró tomarla, sino tan solo y al igual que en las otras regiones por él atacadas, rechazar victoriosamente a los *milites* romanos que la

guarnecían y que debieron de hacer salidas en defensa de las aldeas, villas y campos. ¿Conclusión? Pues que se trató de una simple incursión de saqueo y no de una campaña de conquista.

La hipótesis de que Basti (Baza) y con ella Acci (Guadix) e Ilíberis cayeron en manos de Leovigildo es en extremo endeble y se apoya en que los obispos de Baza, Guadix y Granada firmaron las actas del III Concilio de Toledo en mayo del 589, [19] lo que se considera que es prueba irrefutable de que las tres ciudades estaban para esa fecha, 589, bajo control del Reino de Toledo y puesto que solo se tiene noticia de la expedición de Leovigildo en el 570, se adjudica a dicha expedición el mérito de la conquista de las mencionadas ciudades, pese al contrario y contemporáneo testimonio de Juan de Bíclaro.

Como vemos, el argumento se basa más en la falta de testimonio que en su presencia y ese tipo de argumentos siempre son débiles. También lo es en este caso, porque Baza, que no era una gran ciudad sino todo lo contrario, pudo ser tomada en cualquier otro momento situado entre el 572 y el 588 sin que por ello su toma dejara rastro en las parcas fuentes de la época y, lo que es más importante, porque se debería de recordar que la historia de la Iglesia está llena de obispos que, aun habiendo perdido el control efectivo de su sede o no residiendo en ella por motivos políticos o de otra índole, asistían a concilios, firmaban sus actas y se les reconocía su autoridad y todo ello sin que su aparición o no en dichas reuniones deba necesariamente estar vinculada con la ubicación *de facto* de su ciudad en tal o cual reino. De hecho, la Spania bizantina fue justo en esos mismos años, alrededor del 589, escenario de una enconada disputa que terminó con la expulsión de dos obispos, Genaro de Málaga y Esteban, de su sede por parte del gobernador bizantino, Comenciolo, y uno de esos obispos, Esteban, tiene un nombre que solo cuadra con el firmante por la sede de Granada de las actas del Concilio del

589. Unas actas que, para colmo y sospecha no solo firmó él, sino también Pedro, otro obispo de la misma sede, Granada. Así que la lógica debería de llevarnos a pensar que si en el 589 había dos obispos de Granada y que si el papa Gregorio aún se interesaba por la situación de uno de ellos en el 603 en una carta en la que se mencionaba al gobernador Comenciolo y que se dirigía a las autoridades bizantinas de Spania eso apunta a que en su disputada sede, Ilíberis/Elvira/Granada, había serios problemas y que en el 589 estaba *de facto* controlada por Bizancio, fecha en la que Comenciolo era gobernador de Spania.

Dicho de un modo más sencillo: la aparición de los obispos de Baza, Granada y Guadix en el III Concilio de Toledo es un excelente indicio, pero no una prueba concluyente y, desde luego, no es un indicio capaz de enfrentar el explícito testimonio que nos ofrece Juan de Bíclaro.

En mi opinión el recurso a las firmas de las actas de concilios y sínodos como prueba inapelable de la progresiva extensión del reino visigodo es un método poco firme o, al menos, siempre abierto a debate. Máxime cuando se tiene constancia de duplicidades, errores y problemas en la transmisión de los textos conciliares. ¿Ejemplo? Contamos con varios de ellos y en el caso del que aquí nos ocupa, el de Toledo del 589, tan turbadores como el ya citado de la duplicidad de obispos en la sede de Granada en el 589, algo que es difícil de explicar, y que se suma a la llamativa casualidad de que los obispos de Baza y Guadix, Teodoro y Liliolo, de nombres tan singularmente orientales, compartan nombre con los obispos de Pompaelo y Cástulo (Linares). [20]

Concluyendo, es probable que Baza, Guadix y Granada fueran conquistadas por los visigodos antes del 589. De hecho, hoy día creo que dicha conquista se efectuó hacia el 587-588 y que fue seguida de una reconquista bizantina en el 589 y de

una nueva conquista goda efectuada antes del 603, pero el testimonio del contemporáneo Juan de Bíclaro es claro y explícito al respecto de que la ocupación visigoda no se efectuó en el 570.

La que sí cayó en manos de Leovigildo al año siguiente, 571, fue la muy fuerte ciudad de Asidona, en el nordeste de la provincia de Cádiz, que fue tomada gracias a una traición y poniendo en ejecución una auténtica operación nocturna de comandos que se saldó con la victoria visigoda y con el paso por el filo de la espada de los defensores. [21] Curiosamente, el obispo de Asidona no participó en el III Concilio de Toledo del 589 y tampoco en el sínodo sevillano del 590, lo que se suele interpretar como prueba de que más tarde los bizantinos recuperaron la ciudad. Algo incuestionable en mi opinión, pues a esos indicios sumamos el hecho probado de que la vecina Sagontia tuvo que ser recuperada por Witerico (603-610) de los bizantinos. Y, puesto que dicha plaza custodia el acceso a Asido, se debe concluir que ambas plazas fueron, en efecto, recuperadas por el Imperio. [22]

Lo que aquí importa es que Leovigildo estaba siendo capaz de infligir fuertes daños al dominio bizantino en Hispania y que para ello aprovechaba al máximo los desastrosos avatares que el Imperio experimentaba en aquellos años, en particular en África, en donde para desesperación de las armas romanas, el recién nombrado *magister militum* Amable fue derrotado y muerto por Garmul en la que fue la tercera y consecutiva debacle experimentada por las armas romanas. Leovigildo no tenía, pues, nada que temer de una posible reacción bizantina. Máxime cuando al frente africano el Imperio tenía que sumar el abierto en los Balcanes frente ávaros y eslavos, el que sostenía en Italia frente a los longobardos y una creciente tensión en su *limes* oriental en donde todo apuntaba ya a una guerra abierta con Persia. Amargos frutos cosechados por la política exterior

de Justino II, el intrigante e inestable sobrino de Justiniano, necesitado, de un modo enfermizo, del aplauso popular y cuyas torpezas tanto y tan bien supo aprovechar Leovigildo. [23]

La toma de Asidona arriesgaba toda la estrategia bizantina en Hispania, pues su posesión por los godos era como colocar una espada de Damocles sobre el *fretum gaditanum* , el estrecho de Gibraltar, posición clave para Bizancio. Pero Leovigildo era consciente de que aquella carta debía de jugarse en otro momento y que necesitaba consolidar y ampliar aún más su poder en la Bética antes de jugarla. Por eso, al año siguiente, 572, y de nuevo con un nocturno golpe de mano, se apoderó de Corduba, «ciudad durante mucho tiempo rebelde a los godos», dice el de Bíclaro, y en la que de nuevo y al igual que en Asidona el año anterior, los defensores fueron pasados a degüello. No solo la ciudad de Corduba, ya que la campaña del 572 significó, según nos aclara Juan de Bíclaro, la conquista de muchas ciudades y fortalezas. Puntualización que quizá muestre el poder de Corduba cuyo dominio pudo extenderse por toda la actual campiña cordobesa, así como por sobre buena parte de las serranías subbéticas. La noticia de que durante estas operaciones en el Valle Medio del Guadalquivir Leovigildo dio muerte a muchos «rústicos» nos aclara también el tipo de enemigos con los que lidió en ella: milicias formadas por campesinos levantadas en sus extensas fincas por los magnates de aquellas feraces tierras. [24]



Figura 49: Tremis (moneda de oro por valor de un tercio de sólido) del rey Leovigildo (*reg.* 575-586), posiblemente el más dinámico y exitoso de cuantos ocuparon el trono visigodo, que él contribuyó a consolidar. En el anverso vemos la efigie del soberano con cruz griega sobre el pecho y fíbulas sobre los hombros. A su alrededor, la leyenda +*LIUVIGIXDVS*+ («Leovigildo»). En el reverso, una representación tremendamente esquematizada de una *Niké* o Victoria alada que camina hacia la derecha mientras sujeta una corona de laurel. Nótense las alas que despliega a su espalda y las numerosas patitas que tratan de dar a entender, de forma alegórica, el movimiento de los pies. La rodea la leyenda *INCXITVS REX* («rey insigne»). En el exergo, *ONO* .

Al año siguiente, 573, la muerte de su hermano, Liuva, en la Narbonense, puso todo el reino visigodo en sus manos. [25] Tras más de cuatro años de reinado, 569-573, Leovigildo había logrado extender su dominio efectivo en Hispania, golpear con dureza a los bizantinos y evitar cualquier conflicto sucesorio a la muerte de Liuva. Era un gran balance.

Lo siguió mejorando de inmediato, pues ese mismo año, Leovigildo, infatigable, cambió el frente de sus operaciones bélicas y se volvió hacia el noroeste y atacó Sabaria, un enigmático señorío independiente que puede que se relacione

con los antiguos astures sappos y cuyo territorio se extendía por zonas de las actuales Zamora, León y Salamanca, así como por las comarcas vecinas de Portugal y que es probable que dejara su rastro toponímico en el lago de Sanabria y en el río Sabor de Portugal, afluente del Duero. Leovigildo tomó los *castra* de Sabaria y aplastó a sus habitantes, los sappos, saqueando sus tierras. [26]

Esta nueva conquista ponía bajo su dominio una de las regiones o estados indígenas independientes que separaban las fronteras de los reinos suevo y godo y, por ende, era una advertencia a Miro, rey de los suevos, que el año anterior había atacado también Sabaria y que ahora veía cómo Leovigildo ocupaba la zona. Además, la victoria fue lo más seguro aprovechada para afianzar aún más si cabe la posición de su familia en el reino, pues tras la campaña contra Sabaria, Leovigildo nombró a sus hijos Recaredo y Hermenegildo, *consortes regni* , esto es, los asoció al trono como corregentes y, por ende, aseguró su futura sucesión.

Recaredo y Hermenegildo eran hijos de Leovigildo y de su primera esposa, de la que no sabemos si se divorció o si, como ocurrió con Ataúlfo y Gala Placidia, mantuvo a su lado pese a contraer matrimonio con la reina viuda Gosvinta. Las relaciones de esta con Leovigildo y, sobre todo con sus hijos Recaredo y Hermenegildo, siempre fueron oscuras y tensas, cuando no abiertamente belicosas y, como veremos más adelante, terminaron desembocando en sucesivas tragedias familiares.

Pero aún faltaba para dichas tragedias y, mientras tanto, la guerra seguía ocupando a Leovigildo. En el año 574, Leovigildo condujo a sus hombres contra Cantabria. La región era mucho más extensa entonces que ahora y comprendía tanto las montañas cántabras, como las regiones menos abruptas de

Burgos y Palencia, amén de buena parte de lo que hoy serían Álava y La Rioja.

Gracias a la *Vida de san Millán* , escrita por Braulio de Zaragoza en torno al 630, sabemos que Cantabria era una suerte de república aristocrática regida por un senado de nobles. Eran aquellos los descendientes de la vieja nobleza hispanorromana y sin que podamos precisar cuándo, se habían constituido en un estado extenso e independiente. En su biografía de san Millán, Braulio traslada cronológicamente algunos hechos, pero nos rescata la vívida imagen de aquel senado cántabro al que el santo advertía de su inminente destrucción. [27]

El destructor se llamaba Leovigildo. El rey avanzó Ebro arriba y derrotó a las fuerzas del Senado cántabro. Juan de Bíclaro llama «usurpadores» a aquellos nobles hispanorromanos, pues para él la legitimidad estaba de parte de Leovigildo. El rey tomó la más fuerte de sus fortalezas, la célebre Peña Amaya, desde entonces centro visigodo en el norte de la Península, domeñando toda la Baja Cantabria, esto es la meseta burgalesa, la Bureba y el alto valle del Ebro, desde la actual Reinosa, en la antigua provincia de Santander, a las Riojas alavesa, riojana y navarra, flanqueando y cortando así el paso a los vascones que por aquellos mismos años habían completado su conquista de lo que hoy son Guipúzcoa, Vizcaya y la mayor parte de Álava y del centro de Navarra, y que de tanto en tanto, castigaban con sus incursiones de saqueo el valle del Ebro. Según parece, Leovigildo no penetró en las regiones más montañosas de la actual Cantabria, pero su control sobre los valles y pasos principales y, casi con toda probabilidad, de la costa santanderina, le permitió a san Isidoro y a Juan de Bíclaro atribuirle la total sumisión de la vieja Cantabria. [28]

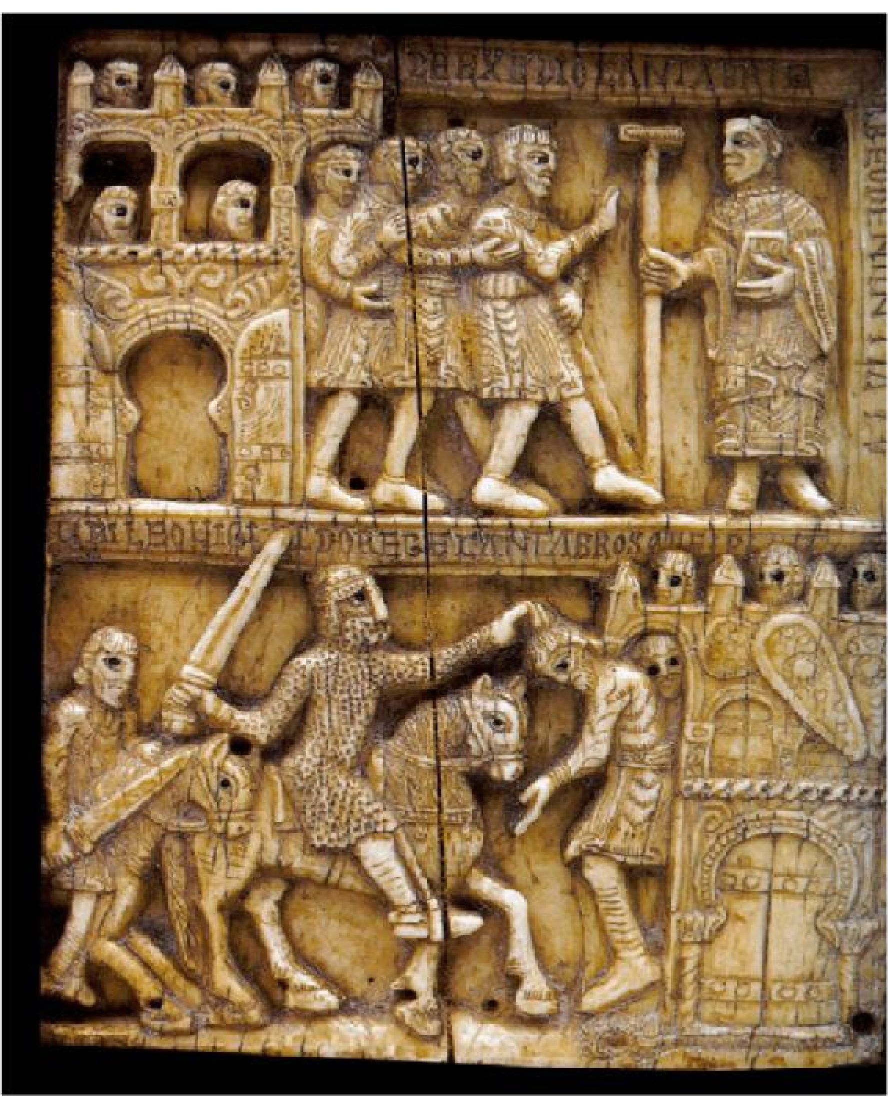


Figura 50: Detalle de una de las placas de marfil que componen la llamada Arqueta de San Millán, terminada en 1067 y destinada a albergar las reliquias del santo. La pieza fue saqueada durante la Guerra de la Independencia, por lo que algunas de sus placas se han perdido y el resto se encuentran dispersas en varias instituciones. Las placas narraban visualmente la vida del santo según la *Vida de san Millán* , escrita por Braulio de Zaragoza en el siglo VII. La de la imagen

muestra en su registro superior a san Millán aleccionando al «Senado» cántabro para que cese en su rebelión, mientras que en el registro inferior aparece Leovigildo –ataviado a la manera de un caballero del siglo XI– ejecutando al líder cántabro, Abundancio, que había desdeñado las advertencias del santo, y tomando Amaya.

Pero no fue contra los vascones, sino contra los montes Aregenses, hacia donde marchó Leovigildo en el 575. Los montes Aregenses son uno de esos oscuros señoríos o/y pueblos que, como Sabaria, los runcones, la Oróspeda o los aunonenses, aparecen en las fuentes sin más aclaración que su oposición a los godos, a los suevos o a ambos. Al igual que a los sappos de Sabaria o a los runcones, a los aregenses se les supone indígenas de estirpe prerromana, pero poco más se puede decir. En este caso, el señorío de los montes Aregenses parece claro que se extendía al norte de Sabaria y por las accidentadas tierras en donde convergen las provincias de Orense, León y Lugo. La insistencia de Juan de Bíclaro en resaltar que la captura de su señor, Aspidio y de su esposa e hijos, puso fin a la campaña, así como el acento en lo cuantioso de las riquezas que poseían, pone de relieve el carácter rústico y señorial de aquel oscuro estado. [29]

La conquista del señorío de los montes Aregenses estrechaba aún más los límites del reino suevo al que Leovigildo atacó en el 576, al año siguiente. Este ataque demuestra la visión estratégica de Leovigildo, situando sus previas conquistas de Sabaria, Cantabria y los montes Aregenses como operaciones de limpieza, consolidación y aproximación para preparar el ataque contra los suevos.

Esta visión estratégica de Leovigildo cobra aún más relieve si tenemos en cuenta que el rey debía de estar alarmado. Y seguiría estándolo a causa de los desesperados intentos del reino suevo de contrarrestar la ascendencia y hegemonía visigoda

recurriendo a la diplomacia internacional con la que buscaba forjar alianzas con francos y bizantinos. Empeño este último en el que la cuestión religiosa desempeñaba un papel tan importante como el ya ejercitado a inicios del siglo VI en la alianza de francos y bizantinos contra visigodos y ostrogodos. En efecto, fue a partir del año 550 cuando el reino suevo se convirtió al cristianismo niceno, esto es, al catolicismo, y lo hizo mediante la acción de francos y bizantinos. Los primeros, en tiempos del rey Cariarico (550-559) enviaron por mar las reliquias de san Martín de Tours para curar de la lepra al hijo del rey y con ello lograron la conversión de la familia real, y los segundos, con Justiniano, despacharon a Gallaecia un embajador y misionero de férrea voluntad, Martín de Panonia, quien decidió permanecer en aquel país y terminaría siendo obispo y santo: san Martín de Dumio o Braga. Bajo su dirección, los reyes suevos dieron el paso definitivo hacia el catolicismo, se fundaron monasterios y se convocaron dos concilios, I y II de Braga, en los años 561 y 572 y, con todo ello, el paganismo, en apariencia todavía preponderante en el reino suevo a mediados del siglo VI, así como el priscilianismo, aún muy fuerte, y los restos del arrianismo, siempre oportunista y residual en aquel reino, fueron retrocediendo. [30]



Pero esos lazos del reino suevo con Bizancio y los francos eran precisamente un pavoroso peligro para el Reino de Toledo. Un peligro que Leovigildo se dispuso a conjurar con la espada. En el 576, el rey, siguiendo con su táctica habitual de moverse rápido y golpear con fuerza saqueando los campos y destruyendo a las fuerzas que le salían al encuentro, derrotó a Mirón o Miro, rey de los suevos desde el 570, causándole tanto daño que el rey enemigo se apresuró a pedir la paz a cambio de tributos. [31] Leovigildo se la concedió, aunque «por breve tiempo». La frase del de Bíclaro no solo anticipa lo que vino después, sino que ante todo encierra una críptica alusión a que Leovigildo no pudo culminar su campaña contra los suevos porque una vez más la frontera sur necesitaba de su atención.

En el 577, como un rayo, Leovigildo atravesó la Península y esta vez descargó su golpe sobre la accidentada región de la Oróspeda, *grosso modo* el norte y nordeste de la actual provincia de Jaén y las zonas limítrofes de Granada, Albacete, Murcia y Córdoba. De nuevo y como en los precedentes casos de Córdoba, Sabaria, Cantabria y los montes Aregenses, se trataba de un señorío o confederación de señoríos nobiliarios de estirpe

hispanorromana que basaban su fuerza en el reclutamiento de los campesinos, colonos y esclavos ligados a las grandes propiedades que los configuraban. Leovigildo tomó ciudades y castillos y dio muerte a muchos «rústicos», a los que volvió a aplastar cuando se trató de organizar una rebelión contra su autoridad. [32]

Leovigildo sometió, pues, aquella «provincia» limítrofe con la Spania bizantina que ahora y al igual que el reino suevo, limitaba en todas sus fronteras directamente con el reino de Leovigildo, Rey de los Hispanos que, ahora sí, en el 577-578, se hallaba al frente de un reino que le merecía el título otorgado por su contemporáneo Gregorio de Tours, pues toda la Península, excepto una parte de la actual Galicia, del norte de Portugal, del País Vasco y Navarra y las regiones costeras del sudeste, le estaba sometida.

Y tras la espada, la escuadra y la plomada. En el 578, Leovigildo dio el sorprendente paso de fundar una ciudad y nombrarla con el nombre de su hijo favorito, Recaredo. La ciudad fue fundada en la antigua Celtiberia, arcaísmo que junto a otros como Carpetania o Hispania Citerior, reaparecen ahora, como todo un signo de la hispanización del reino de Leovigildo y del protagonismo que en dicho proceso tenían las cultas élites hispanorromanas. Recópolis, a las afueras de la actual localidad de Zorita de los Canes, en Guadalajara, fue dotada de murallas, una gran iglesia, un alargado y gran edificio que sin duda fue un palacio, un mercado y todo tipo de residencias suburbanas. Todo ello con los correspondientes privilegios. [33]

Se trata, ya lo resaltamos, de toda una novedad en el ámbito de los llamados reinos romano-germánicos y, sobre todo, de toda una declaración de principios de Leovigildo: «Soy un digno heredero y continuador de Roma». Es lo que Leovigildo quería proclamar con la edificación de Recópolis. Si Justiniano había elevado a la condición de ciudad a su nativa aldea y la

había renombrado como Iustiniana y si en África las ciudades recibían nuevas murallas y con ellas su nombre, como en el caso de Iustiniana Capsa (Gafsa, Túnez), en Hispania Leovigildo fundaba una ciudad y la nombraba como a su hijo menor: Recópolis. Toda una pétrea y urbana declaración de que el rey aspiraba a establecer una dinastía y que en ese afán su hijo menor, Recaredo, iba a desempeñar el papel principal.

La fundación de Recópolis no fue un acto aislado, sino una pieza más de un meticuloso plan cuyo objetivo era dotar al rey de los atributos y sacralidad necesarios para consolidar un reino centralizado y dotado de tradición imperial. Leovigildo, nos aclara san Isidoro, fue el primer rey de los godos en revestirse con el *loros* imperial y con las demás prendas que eran propias de un augusto. También fue el primero en dar audiencia a sus súbditos sentado en un trono: «Fue el primero que se presentó a los suyos en solio, cubierto de la vestidura real; pues, antes de él, hábito y asiento eran comunes para el pueblo y para los reyes». [34]

También era «imperial» y romana su manera de gobernar. Sí, y también implacable y brutal. Gregorio de Tours diría de él: «Dio muerte a todos los que acostumbraban a asesinar a los reyes y no dejó de ellos con vida a nadie que orinase contra la pared». [35] Y san Isidoro constatará también esta forma implacable y autoritaria de reinar diciendo: «A todos los que vio que eran muy nobles y poderosos, o bien les cortó la cabeza, o bien los envió al destierro proscritos». [36]



Figura 51: Vista del interior del edificio norte del conjunto palatino de Recópolis, en el que se incluyen edificios administrativos y residenciales organizados en torno a una gran plaza, al este de la cual figura la iglesia palatina. Recópolis (Zorita de los Canes, Guadalajara) es una ciudad de fundación regia, construida *ex novo* a iniciativa del rey Leovigildo en el

año 578, según relata la *Crónica de Juan de Bíclaro* (578.2) y reitera Isidoro de Sevilla (*Historia Gothorum* , 51.5), quienes añaden que el nombre de la ciudad se inspiró en el de su hijo, el futuro rey Recaredo, desde 573 *consors regni* . En cualquier caso, se trata de un centro muy probablemente vinculado a la afirmación dinástica y a la política de centralización y la organización del sistema fiscal del Estado.

De hecho, Leovigildo supo dotar a su reino de una administración fuerte y bien engrasada que se convirtió en un apoyo imprescindible en manos del rey que, hasta ese momento y ante todo, había dependido de su comitiva armada y de su tesoro. Un tesoro que, por cierto, Leovigildo supo llenar con los despojos y botines de sus victorias y con los bienes incautados a sus enemigos internos: los poderosos magnates que, ya fueran laicos o eclesiásticos, osaron oponérsele. [37]

UNA FAMILIA DESGARRADA, UN REINO DIVIDIDO

No sabemos si fue la fundación de Recópolis y la predilección paterna que su nombre parece apuntar lo que gestó el drama familiar que se desencadenó en el Reino de Toledo en el 579. Algunos piensan que el inmediato nombramiento de Hermenegildo como cogobernante de su padre en la Bética con sede propia en Híspalis, sin duda la ciudad sureña más ligada a los godos, era una suerte de compensación destinada a aquietar los celos entre hermanos. Pero el acto puede también interpretarse como todo lo contrario, que la ciudad recién fundada por Leovigildo fuera bautizada como Recópolis para atemperar los celos del hijo menor ante el inminente nombramiento de su hermano como señor de la Bética. [38] En cualquier caso, parece que la rivalidad entre hermanos era algo manifiesto y que preocupaba al padre,

a la par que era un motivo para todo tipo de intrigas cortesanas en las que la madre política de ambos, Gosvinda, era experta.

Esa dinámica de rivalidad fraternal y desvelos paternales por frenarla, se atisba también en el casamiento de ambos príncipes. Las bodas de las hijas de Atanagildo y Gosvinda con los reyes merovingios de Austrasia y Neustria habían ofrecido la tranquilidad suficiente al Reino de Toledo como para que se centrara en su enfrentamiento con los bizantinos y los poderes locales en Hispania. Pero esa política necesitaba reforzarse. Así que se convino el matrimonio de Hermenegildo con Ingulda, princesa merovingia del reino de Austrasia, hija de Sigeberto I y de la princesa visigoda Brunequilda que, recuérdese, era a su vez hija de Gosvinda, la viuda de Atanagildo y ahora esposa de Leovigildo. [39]

Como puede verse, el enlace cubría dos flancos: el internacional al reforzar la alianza con Austrasia, y el interno, al consolidar la alianza entre las facciones representadas por Gosvinta y Leovigildo. Una alianza forjada con la entronización de Liuva y, como parte necesaria de la misma, con el casamiento de Gosvinta y Leovigildo. Que este último conviniera en la boda de la nieta de Gosvinta, Ingulda, con su hijo mayor, Hermenegildo, es ya toda una prueba de que consideraba que la alianza entre las dos facciones, la de la reina y la suya, no era tan sólida como aparentaba.



Figura 52: Reconstrucción de un cancel de la basílica de Recópolis, en Zorita de los Canes (Guadalajara), realizada a partir de diversos fragmentos escultóricos originales.

Y es cierto que no lo era. Hermenegildo e Ingulda tenían ya edad suficiente como para hacer efectivo el enlace matrimonial, pero Recaredo era aún un muchachito y, pese a ello, Leovigildo creyó necesario asegurarle una esposa franca. La novia elegida fue Rigunta, la hija de Chilperico de Neustria [40] quien, recuérdese, años atrás se había casado con Galsvinta, la otra hija de Gosvinta, a quien no tuvo inconveniente alguno en mandar asesinar para casarse con su amante franca, Fredegunda.

Así que la elección de la esposa de Recaredo parece contradictoria y tuvo que conmover los cimientos de la alianza entre Gosvinta y Leovigildo. ¿Podía Gosvinta aceptar que Leovigildo estableciera una alianza familiar con el hombre que había asesinado a su hija Galsvinta? Era toda una ofensa para Gosvinta a la par que una declaración de intenciones por parte de Leovigildo sobre su total independencia de la reina. La *faita* , la venganza de sangre, formaba aún parte de la tradición goda y, como demostraban y demostraron las acciones de Brunequilda,

la hija de Gosvinta y las de esta última, desempeñó su papel en el drama familiar de Leovigildo y en la enredada trama que enlazó Toletum con Neustria, Austrasia, Borgoña y el Imperio. Y es que, aunque muchos detalles se nos escapan, durante los siguientes años Gosvinta y su hija Brunequilda, a la sazón regente en Austrasia, se enfrentaron en un duelo mortífero a Leovigildo y su singular «aliada» de Neustria, Fredegunda. Un duelo en el que no faltaron atentados personales, sobornos y alianzas militares y en el que se usaron procedimientos tan singulares como monjes asesinos y cuchillos envenenados. [41]

El duelo entre las dos férreas ambiciones y voluntades, Gosvinta y Leovigildo, se desencadenó en el 579 cuando la princesa Ingulda, hija de Brunequilda y nieta de Gosvinta, llegó a Toletum e hizo efectivo el acuerdo matrimonial con Hermenegildo. Y, aunque Gosvinta parece haber tenido violentos desacuerdos con su nieta, o al menos así lo dice Gregorio de Tours, lo cierto es que la reina supo atraerse a su partido a los jóvenes novios sin que las cuestiones religiosas la entorpecieran lo más mínimo, y que fue ella la promotora de la rebelión de Hermenegildo que se efectuó no bien el joven príncipe tomó posesión de su sede, Híspalis, en aquel mismo año. [42]

Y es que no solo la Bética, sino también Emerita Augusta y con ella la mayor parte de Lusitania, así como algunos lugares de la Tarraconense, apoyaron a Hermenegildo contra su padre Leovigildo. Lo más seguro es que el despótico gobierno de Leovigildo y su enfrentamiento con la nobleza, debieron de jugar a favor de Hermenegildo, pero a todo eso el joven sumó su bautismo en la fe nicena. Ese paso era un ataque directo a Leovigildo, que se mantenía arriano, y constituyó la mejor baza para Hermenegildo que se atrajo así el apoyo entusiasta de una considerable parte del episcopado hispano. No era suficiente. Leovigildo contaba con la fidelidad de su poderosa hueste,

acostumbrada a vencer, y por eso Hermenegildo puso en marcha una ofensiva diplomática tendente a establecer alianzas con Bizancio y con los francos de Austrasia y Borgoña, solicitando de todos ellos el apoyo armado.

Como el lector habrá ya deducido, en última instancia, todo giró en torno al empeño de Gosvinta de asegurar para su estirpe el trono de Toletum. Algo que, en el complicado panorama generado por las tensiones familiares, solo se podía lograr si se apartaba a Hermenegildo de su padre y lo apoyaban para que arrebatara a este último el poder con una rebelión que iba a ser una exacta réplica de lo que ya hiciera el primer esposo de Gosvinta, Atanagildo: rebelarse en Híspalis contra el monarca godo y solicitar el apoyo del Imperio.

Tras declararse soberano en Híspalis y asegurarse el apoyo de las poderosas élites laicas y eclesiásticas de la región y de Lusitania, Hermenegildo desencadenó su planeada ofensiva diplomática enviando a Constantinopla al obispo de Híspalis, san Leandro, hermano mayor de san Isidoro y san Fulgencio y cabeza de una de las familias más influyentes en la Bética. Pero ¿qué podía ofrecer Leandro en nombre de Hermenegildo para obtener el apoyo imperial? Pues seguridad y restauración de las fronteras pactadas antaño con Atanagildo y que Leovigildo había desarticulado y puesto en peligro con sus campañas. Pero, al contrario que en el 551-552, la situación en Constantinopla no era propicia para una inmediata y potente intervención en la lejana y secundaria Spania. El Imperio se había visto metido de lleno en una guerra en cinco frentes y, aunque desde el año 574, Tiberio II, primero césar y luego emperador, le había ido dando la vuelta, todavía en el 579-580, cuando Leandro se presentó en Constantinopla, los intereses y desvelos de la política imperial seguían fijados en la guerra con Persia y en frenar a ávaros y longobardos en los Balcanes e Italia. [43]

Sin embargo, Hermenegildo tenía con el Imperio una ventana de oportunidad para el triunfo de la misión de Leandro: en el África bizantina había sido destacada una genial pareja de hombres eficaces, Tomás, a quien se nombró prefecto del pretorio para África, y Gennadio, quien se hizo cargo del ejército africano como nuevo *magister militum* y que enseguida derrotó y dio muerte a Garmul, rey de los moros de Altava, restaurando y ampliando el dominio bizantino que, al anexionarse el reino moro, alcanzó su cénit tras diez años de guerra y derrotas. [44]

La anexión de Altava por Bizancio mejoraba no solo la seguridad de África, sino que facilitaba las comunicaciones entre la parte esencial de esta, la proconsular, Bizacena y Numidia, y las tres Mauritanias, la Cesariense, la Sitifense y la Tingitana y, por ende y también, con la provincia bizantina de Spania y ello a la par que, en principio, liberaba a una parte del Ejército de campaña de África para que acudiera en apoyo del pequeño ejército romano de Spania. Para mí no hay duda de que la consolidación de la «ventana de oportunidad africana» arriba esbozada fue lo que al cabo obligó a Leovigildo a desencadenar un potente ataque militar contra su hijo. Pues, en un principio, mientras creyó que el auxilio del Imperio a la causa de su hijo era inviable, se limitó a tomar contramedidas diplomáticas, religiosas, legislativas y políticas y solo cuando se hizo evidente que la alianza de su rebelde hijo con el Imperio podía cuajar en una inminente intervención militar bizantina, se lanzó a aplastar *manu militari* la rebelión.

Así que Leovigildo comenzó por tratar de inhabilitar el impacto del bautismo como católico de Hermenegildo, para lo que convocó un concilio de la Iglesia arriana goda en Toletum en el año 580. En este concilio Leovigildo maniobró para que la cerrada iglesia goda se abriera a los hispanos y aceptara soluciones de compromiso con los obispos nicenos al dejar de

lado las cuestiones más espinosas que afectaban a la definición de la Trinidad y a la relación entre las personas que la componían, suprimiendo la necesidad de un nuevo bautismo para pasar de una Iglesia a otra y declarando a las Iglesias nicenas puestas bajo la autoridad de obispos fieles a su rebelde hijo como «romana», y no como «católicas», estigmatizándolas así como heréticas y supeditadas a un «poder extranjero». Junto con las «facilidades» dogmáticas y declarativas, Leovigildo ofreció beneficios económicos y auténticos sobornos con el propósito de seducir al episcopado hispano. La acción de Leovigildo tuvo que tener mucho éxito. Lo creo así porque ni siquiera el hábil san Isidoro pudo callar que un obispo tan importante como el de Zaragoza, Vicente, aceptara el compromiso patrocinado por Leovigildo, ni tampoco que muchos otros clérigos y fieles católicos hispanos se sumaran a él.



Figura 53: Leovigildo copió el ceremonial y regalía propios de los emperadores constantinopolitanos, una pompa que nos transmite este panel del mosaico de la basílica de San Vital de

Rávena (*ca.* 544-548). En él se representa al emperador Justiniano con la vestimenta propia de su cargo, destinada a recalcar su autoridad, marcada además por el halo que rodea su testa. El emperador aparece tocado con la *stemma* , una corona ornada con una vuelta de cabujones rodeada con dos vueltas de perlas, de la que cuelgan cadenetas rematadas en perlas –*prependoulia* –; su clámide púrpura, con una *tablia* en hilos de oro está sujeta en el hombro derecho por una fíbula en roseta, con una gema engastada en perlas y tres pendientes. En el extremo izquierdo se disponen los guardias imperiales, distinguibles por el torque de oro que llevan al cuello, y con un crismón como blasón en sus escudos.

Por si el «compromiso» no bastara y la búsqueda de una reconciliación con la Iglesia hispana no fuera del todo exitosa, Leovigildo recurrió a su mejor herramienta: la fuerza. Se incautó de los bienes de los opositores a sus medidas, impuso cuantiosas multas y varios obispos católicos simpatizantes con la revuelta de su hijo o críticos con su nueva política religiosa fueron expulsados de su sede. El eco de esta «persecución» fue grande y recogido por Gregorio de Tours y, sin duda, fue un arma propagandística en manos del partido de Hermenegildo. [45]

La acción de Leovigildo en el plano eclesiástico y religioso se vio asimismo complementada con un despliegue legislativo y político que igualó a godos e hispanos en los planos jurídico, político y cultural. Leovigildo revisó y corrigió las leyes hasta entonces promulgadas, derogando algunas y promulgando otras nuevas, aboliendo cualquier privilegio o barrera que se interpusiera en el propiciado proceso de unir a godos e hispanos.

El Rey de los Hispanos, además, hizo hincapié en el carácter romano de las leyes de su reino, revisando y poniendo al día bajo este presupuesto el contenido del Código de Eurico y del

Breviario de Alarico II y mostrándose como un legislador romano [46] dispuesto a emular a Justiniano a quien ya había imitado como fundador de ciudades y al que, como ya vimos, también imitaba al copiar el ceremonial de la corte bizantina. [47]

Que Leovigildo tenía especial interés en saber cómo era el ceremonial de la corte imperial nos lo evidencia el hecho de que se recepcionara y copiara en su tiempo el panegírico dedicado el 1 de enero del 566 a Justino II por el poeta africano Flavio Cresconio Coripo. Una obra en la que se describían al milímetro las ceremonias y maneras de la corte constantinopolitana y que impactó sobremanera en la Hispania visigoda en donde llegó a influir en ocasiones, textos y autores tan dispares como el VIII Concilio de Toledo del 653 o en el *Arte de la Gramática* de Julián de Toledo. [48] Pero no solo se imitó al Imperio en los planos legislativo, político, simbólico y ceremonial y se denominó a la Iglesia goda como «católica», es decir, «universal», sino que Leovigildo también reflejó en su sede regia, Toletum, los principales elementos arquitectónicos y simbólicos de Constantinopla. [49]

Neutralizados en buena medida los frentes religioso y político del conflicto con su hijo mediante sus acciones de unidad y aproximación jurídica, religiosa y cultural, Leovigildo pasó a eliminar peligros en su retaguardia. En el 581 lanzó un devastador ataque sobre los siempre belicosos vascones. Penetró en sus tierras, las saqueó, sembró el terror y ocupó una parte de ellas, asegurando la defensa del valle del Ebro, el objetivo habitual de las incursiones vasconas, con la fundación de una nueva y fuerte ciudad: Victoriacum, [50] situada en o cerca de la actual Vitoria.

En el 582, Leovigildo tenía todos los cabos bien atados y, ante la persistencia de su hijo en la rebeldía y la preocupante evolución de la escena internacional, se dispuso a lanzar su ofensiva militar. Y es que, aunque Gontrán de Borgoña, el

aliado de Brunequilda, hija de Gosvinta y nuera de Hermenegildo, seguía en buena medida inmovilizado por los ataques de los longobardos y de sus aliados sajones de Italia contra Provenza, Borgoña y Marsella, que ponían en graves aprietos al reino burgundio y al de Austrasia, por contra la situación del Imperio no hacía sino mejorar y eso no solo alentaba a Hermenegildo, sino que propiciaba que otros potenciales aliados de Bizancio como el reino suevo prometieran su apoyo a la rebelión.

Leovigildo actuó al fin y, acompañado de Recaredo, desbarató a los seguidores de su hijo en Emerita Augusta, ocupando tan importante plaza y domeñando desde ella toda Lusitania. [51] Al año siguiente, 583, Leovigildo condujo su ejército contra el corazón de la rebelión: Híspalis. No lejos de ella, en Osset (San Juan de Aznalfarache), y tras desbaratar una celada que su hijo le tendió con 300 hombres escogidos, derrotó al grueso de las fuerzas de Hermenegildo formadas por «muchos millares de hombres» y, tras esto, empujó a los rebeldes hasta el interior de las murallas de Híspalis y puso sitio a esta última. Hermenegildo, que al parecer aún no había recibido el apoyo de ninguno de sus bienintencionados, pero poco implicados aliados, Bizancio, los francos y el rey suevo Miro, debió de desesperarse.

En ese momento tuvo lugar la extraña intervención del rey Miro de los suevos. Gregorio de Tours dice que marchó en auxilio de Hermenegildo y que, tras ver rodeado su ejército por el del hábil Leovigildo, tuvo que plegarse a este y volver a admitir su hegemonía. Tras lo cual se retiró a su reino donde al poco murió de las fiebres contraídas durante su campaña. Mientras que Juan de Bíclaro y san Isidoro parecen concluir que el rey suevo murió durante las operaciones bélicas y que participaba en ellas en calidad de aliado de Leovigildo. [52] El entuerto es fácil de resolver y se explica por el súbito cambio de

campo de Miro que tan diestramente narra Gregorio de Tours y que la parquedad de Juan de Bíclaro oscurece. En cualquier caso, la intervención sueva, ya fuera a favor o en contra de Leovigildo, no alteró lo de verdad importante: el sitio de Híspalis.

Este se hizo aún más estrecho: se cortó el Betis (Guadalquivir), de manera que quedó Híspalis desabastecida e incomunicada y se la sometió a reiterados asaltos. En el 584, el sitio llevaba un año sosteniéndose y Leovigildo se vio obligado a fortificar la cercana Itálica para consolidar sus posiciones y ofrecer a los sitiados un claro ejemplo de que no se retiraría hasta haber tomado la plaza. [53] Una acción militar que, curiosamente, parece anticipar la que los Reyes Católicos adoptaron con la fundación de la ciudad fortificada de Santa Fe durante el asedio de Granada.

La fortificación de Itálica y el cierre del Guadalquivir quebraron al cabo la defensa de los hispalenses. Juan de Bíclaro lo deja bien claro y con ello aclara también que, para ese entonces (584), los hispalenses eran los únicos que sostenían las armas de Hermenegildo. El usurpador no pudo mantener su posición y abandonó la defensa huyendo de Híspalis con su familia. Lo hizo en dirección a Corduba en donde, sin duda, esperaba reforzarse con el esperado y prometido ejército bizantino.

Sin embargo y paradójicamente, el hecho decisivo de toda la guerra fue precisamente el abandono del campo de Hermenegildo por parte del ejército romano en los primeros días del 585. Según Gregorio de Tours, el «prefecto», así llama al mando supremo del ejército romano que acudió a Corduba y del que dice que estaba «atacando Hispania», después de entrar en la ciudad como aliado y aceptar como rehenes a la esposa de Hermenegildo, Ingulda, y a su hijo, Atanagildo, se negó a salir de la ciudad en el último momento para sumarse a las fuerzas

de Hermenegildo que, al verse abandonadas por los romanos, se desbandaron. Gregorio de Tours explica la acción bizantina diciendo que el prefecto romano aceptó de Leovigildo 30 000 sólidos áureos a cambio de su retirada sin combatir, lo cual el bizantino hizo sin estorbo alguno y llevando consigo a la esposa y al hijo del derrotado Hermenegildo. [54]

Este episodio es uno de los más oscuros del reinado de Leovigildo y el hecho clave en la guerra civil visigoda. ¿Quién era ese prefecto? ¿El ejército romano que se presentó ante las murallas de Corduba era el que ya estaba destacado en Spania o había sido reforzado desde África u Oriente? ¿De verdad se puede creer que un alto dignatario imperial iba a acordar traicionar a un aliado del Imperio a cambio de una suma tan ridícula? ¿Cómo explicar entonces la actuación bizantina?

Lo primero que hay que destacar es el uso del título empleado por Gregorio de Tours para designar al jefe del ejército romano que acudió en socorro de Hermenegildo y que terminó retirándose: prefecto. Gregorio de Tours sabía muy bien lo que era un prefecto y usa el término con completa corrección en su obra histórica hasta en seis ocasiones. Tampoco puede ser un desliz de Gregorio, pues en ese mismo pasaje, el V.38, lo usa por dos veces para designar al jefe bizantino que desamparó a Hermenegildo, se llevó a su familia y pactó con Leovigildo.

Ahora bien, sabemos que la Spania bizantina estaba bajo la autoridad de un *dux* con tratamiento y funciones de *magister militum* por tener en sus manos tanto el gobierno de la eparquía como el mando de un pequeño ejército de campaña, amén de porque en esta época era harto frecuente que los duques fueran designados también como *magister militum* . ¿Entonces? Sumemos otro dato. En otro pasaje dedicado a la rebelión de Hermenegildo, Gregorio de Tours habla de *ducibus imperatoris Iberi* , literalmente «duques del emperador en

Iberia» y de que dichos duques fueron causa de que unos embajadores de Chilperico de Neustria volvieran más tarde de lo debido a Francia. Puesto que lo acontecido en ese pasaje se sitúa después de la campaña de Leovigildo contra la rebelde Emerita Augusta, pero antes de la muerte de Chilperico de Neustria a finales del verano del 584, y mientras aún se combatía en la asediada Híspalis, [55] esto es, en el 583-584, y Corduba no cayó hasta finales del 584 o enero del 585, uno podría preguntarse cuándo comenzó en realidad la intervención bizantina a favor de Hermenegildo.

Pero dejando eso de lado, lo cierto es que prefecto y *dux* , en este último caso en plural *ducibus* , son los dos términos que Gregorio de Tours usa para designar a las autoridades romanas que intervinieron en la guerra civil visigoda de entre el 579 y el 585.

Recordemos que, precisamente, un *dux* era el gobernador bizantino en Spania. Sí, y *dux* era también el título de los demás gobernadores de las provincias, eparquías, que componían la prefectura, más tarde exarcado, de África y ahora recordaremos también que Gregorio de Tours dice literalmente de ese prefecto que: «Por entonces estaba atacando Hispania». Una frase que puede interpretarse como que estaba atacando el territorio godo en Hispania o, en sentido literal, que había llegado a Hispania al frente de un ejército con el que participar en la guerra civil visigoda, y puesto que *dux* puede ser también interpretado en sentido laxo como «general» o «conductor» de ejércitos, que Gregorio de Tours hablara en su posterior pasaje (VI.18) de *ducibus* (duques) debe de hacer referencia a que no solo el gobernador bizantino de Spania, su *dux* , sino también otro jefe militar, sin duda el prefecto del que estamos hablando, estaban operando en Hispania y que, por tanto, un ejército de refuerzo había llegado a ella para combatir en la guerra entre Leovigildo y su hijo Hermenegildo. [56]

Si se sopesa todo lo anterior, creo que es inevitable pensar en África. En una África bizantina que, desde la aniquilación de Garmul y el sometimiento del reino de Altava, se sentía con fuerza y libertad para intervenir en una Hispania que, en suma, era una de las eparquías o provincias que conformaban la prefectura, primero y exarquía, después, africana. Eso aclararía la entrada de Gregorio que estamos abordando, V.38, y también la equívoca frase de que el ejército romano «estaba atacando Hispania».

Por lo demás, debe de tenerse en cuenta que es justo en este momento, hacia el 585, cuando el emperador Mauricio creó el exarcado de Cartago, una nueva división administrativa y militar en la que se fundían en una sola persona las antiguas dignidades y atribuciones del prefecto del pretorio de África y del *magister militum* africano. Esto apuntaría en dirección de Gennadio, sin duda el primer exarca de Cartago, pero también y por reunión en su mano de los dos antiguos títulos, prefecto de África y *magister militum* . Era este un hombre activo que gobernó África durante varios años y que fue celebrado por sus triunfos por Teofilacto Simocata y a quien el papa Gregorio Magno ensalzaba en el 591 en una carta rogando en ella: «Que Dios otorgue a vuestro brazo, más y más fuerza para propagar su nombre a través de las naciones vecinas». [57]

Así que creo que, o bien Gennadio desembarcó en Spania, o bien que envió a un *dux* , general, a ella para que sumara refuerzos al exiguo ejército del *magister militum Hispaniae* con vistas al encuentro con el ejército de Leovigildo.

Eso explicaría la presencia o alusión a un «prefecto», pero no la extraña retirada bizantina. Así es, para ello tenemos que contextualizar en qué momento se hallaba la guerra a inicios del 585 y cómo concluyó. La entrega de 30 000 sólidos áureos nunca hubiera logrado por sí sola la retirada bizantina. En primer lugar porque ningún alto funcionario hubiera aceptado

tan magro soborno contraviniendo órdenes del emperador. En el momento en que se pagó dicha cantidad, 585, un soldado de los ejércitos de campaña bizantinos cobraba 20 sólidos anuales. De modo que 30 000 monedas de oro equivalían al sueldo anual de 1500 *comitatenses* bizantinos. [58] Pues bien, solo los 5000 soldados destacados en el ejército de campaña de Spania significaban anualmente un gasto mínimo de 100 000 sólidos. Esto es, con los 30 000 sueldos de oro entregados por Leovigildo el misterioso «prefecto» de Gregorio de Tours o el *magister militum Hispaniae* habrían cubierto a duras penas los gastos de la movilización de un ejército bizantino durante unos meses.

¿Entonces? Está claro, es algo que ya se admite y que prueban los textos, que Leovigildo no solo pagó con oro, sino también con ciudades y tierras, la retirada bizantina. En efecto, sabemos que los bizantinos recuperaron en este momento Asidona, la importante plaza que Leovigildo tomara en el 571 y, con toda probabilidad, también Sagontia y otras plazas. Lo sabemos porque el obispo de Medina Sidonia no acudiría al Concilio del 589, ni al provincial del 590 y, sobre todo, porque Witerico, rey entre el 603 y el 610, tuvo que conquistar Sagontia a los bizantinos y dicha plaza implicaba la posesión de Medina Sidonia por parte del Imperio. [59]

Eso lo aclara todo. Leovigildo pujó más alto que Hermenegildo: pagó los gastos de la movilización romana y les aseguró la posesión de las plazas que les tomara en el 570-571 y que lo más seguro ya les había entregado su hijo y, además, y como «seguro» o prenda, les dejó conservar como rehenes a la esposa de su hijo, Ingulda, y a su nieto, Atanagildo.

Lo cierto es que todo apunta a que el Imperio nunca se comprometió a fondo en la rebelión de Hermenegildo. En un primer momento, porque la situación aún no era propicia para destinar allí fuerzas y, en un segundo momento, porque cuando

lo fue, la situación militar de Hermenegildo era crítica y no alentaba a comprometerse del todo. Creo que el exarca de Cartago o su delegado en Spania tenía órdenes precisas de mantenerse equívoco en su postura y atento a apostar en última instancia por el partido que más ofreciera al Imperio. Si Bizancio se hubiera comprometido de verdad, hubiera enviado a su flota, o al menos a la flotilla anclada en Septon (Ceuta), en auxilio de Híspalis o movilizado sus tropas en Spania en el 583 y no a finales del 584. Si no lo hizo así es porque nunca apostó a «un solo caballo» sino a dos. [60]

Asegurada la paz con Bizancio, Leovigildo se veía libre para hacer frente a los ataques de los últimos aliados de Hermenegildo: los francos de Austrasia y Borgoña y también y, sobre todo, libre para sacar partido de la confusa situación en la que la muerte de Miro había dejado al reino suevo. En efecto, despachó a su hijo menor hacia Septimania al frente de un ejército que debía de frenar el ataque lanzado por Gontrán de Borgoña contra la Septimania visigoda, algo que Recaredo hizo de un modo brillante al apoderarse de dos ciudades en el Ródano, y a la par el rey se aprestó para intervenir en persona en Gallaecia en donde la guerra civil ofrecía un excelente pretexto y una inmejorable oportunidad para anexionarse el reino suevo. Adeca, un usurpador, disputaba el trono a Eborico, hijo de Miro.

Así que Leovigildo invadió el reino suevo y la flota franca que debía de auxiliar a los suevos fue desbaratada en el Cantábrico por la flota de Leovigildo. [61] Vencido Adeca, tomado el tesoro real suevo, aplastada una rebelión y confirmados los obispos católicos suevos en sus sedes, Gallaecia fue anexionada en el 585.

El año 585 contempló, pues, dos decisivas victorias y con ellas el ascenso a la hegemonía del Reino de Toledo: la victoria sobre los francos garantizaba la posesión de Septimania,

mientras que la conquista del reino suevo presagiaba la unidad de Hispania.

El regreso a sus sedes de obispos que habían apoyado *de facto* o simpatizado con Hermenegildo, hombres como Leandro de Sevilla, Masona de Emerita Augusta o Juan de Bíclaro, muestra que Leovigildo no solo era capaz de vencer en los campos de batalla, de fundar ciudades, legislar a la romana o pactar con francos y bizantinos, sino de llegar a consensos con sus antiguos enemigos y sumarlos fervientemente a su causa. Para ese entonces, el rebelde, Hermenegildo, llevaba tiempo muerto. Había sido asesinado en Tarragona. [62] Algunos apuntan la responsabilidad de la ejecución a su hermano Recaredo, [63] pero no creo que el príncipe se atreviera a tal cosa sin contar con el explícito permiso de su padre o, al menos, con su tácita aprobación. De hecho, en mayo del 586, Leovigildo murió de muerte natural en Toletum.

Aquel martillo de tiranos, usurpadores e invasores que tanto se esforzó por imitar a los emperadores romanos y que tanto hizo por crear un nuevo pueblo a partir de la fusión de godos e hispanos y de su igualación jurídica, religiosa y política, fue sin duda el más grande de los reyes de la Hispania goda.

Notas

1 Arce, J., 2017, 20.

2 San Isidoro, *Historias* , *De laude Spaniae* ; Gregorio de Tours, *Historias* , III, 1.

3 San Braulio de Zaragoza, *Epistolario* , XXI, pág. 108 para el texto latino, en Riesco Terrero, L., 1975.

4 Gregorio de Tours, *Historias* , VI, 40 en donde se designa así por dos veces a Leovigildo y VIII, 46 y IX, 1 en donde se repite esa denominación.

5 San Isidoro, *De viris illustribus* , XXXI, p. 152, en Codoñer Merino, C., 1964.

6 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 579, 3.

7 Gregorio de Tours, *Historias* , VI, 40, VIII, 46 y IX, 1.

8 Castellanos García, S. M., 2007.

9 García Moreno, L. A.: «History Through Family Names in the Visigothic Kingdoms of Tolouse and Toledo», 172-173; García Moreno, L. A.: «Liuva I»; García Moreno, L. A., 2008, 25-29.

10 Procopio de Cesarea, V, 12.50-51.

11 Gregorio de Tours, *Historias* , IV, 29 y Menandro el Protector, frag. 10, en Blockley, R. C., 1985 para los ataques ávaros, y para los de longobardos y sajones desde Italia: Gregorio de Tours, *Historias* , IV, 42 y 44 y Pablo Diácono III, 1-10.

12 Castellanos García, S. M., 2007, 90-92.

13 San Isidoro, *Historias* , 48; *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 573; Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, 164-

165; Orlandis, J., 1977, 93-95; Collins, R., 2005, 47-48; Sanz Serrano, R., 2009, 252-254.

14 García Moreno, L. A.: «Leovigildo»; *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 569, 4.

15 García Moreno, L. A., 2008, 30-39.

16 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 569, 2 y 570, 1; Modéran, Y., 2003, 388 y 678; Villaverde Vega, N., 2001, 355-356; Gil Egea, E.: «África del Norte en vísperas de la conquista árabe: introducción a las fuentes grecolatinas I. Las fuentes hispanas», 117-140; Soto Chica, J., 2012, 28-29 y Soto Chica, J., 2015, 28-29.

17 Tal es el caso de García Moreno en García Moreno, L. A.: «Leovigildo» y Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, 176; Vizcaíno Sánchez, J.: «La presencia bizantina en Hispania (siglos VI-VII). La documentación arqueológica», 54 y 78-81; Goubert, P.: «Byzance et l'Espagne wisigotique», 18; Orlandis, J., 1977, 95 y Vallejo Girvés, M., 1993, 146-148 que no termina de decantarse por ninguna opción. Por el contrario, ya F. Görres dejó bien claro que no se podía hacer decir a Juan de Bíclaro lo que no dice. Sin embargo, Görres, al contradecir el deseo de lo más granado de la historiografía hispana actual, no es atendido y tanto él como la fuente, Juan de Bíclaro, son ignorados: Görres, F.: «Die byzantinischen Besitzungen an den Küsten des Spanisch westgotischen Reiches (554-624)», 16, 514 y ss., en especial 520. Mi posición en Soto Chica, J., 2012, 28-29 y Soto Chica, J.: «Comentiolo: de los Balcanes a Mesopotamia pasando por Hispania. La agitada vida de un gobernador de la Hispania bizantina», 239-266.

18 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 570, 2.

19 III Concilio de Toledo a. D. 589, págs. 107-145, firmas de los asistentes en págs. 136-138 en Vives, J., 1963.

20 III Concilio de Toledo a. D. 589, págs. 107-145, en Vives, J., 1963, 136-138; Ewald, P., Hartmann, L. M., 1892, epístolas I-II. La cuestión de cuando pasaron a poder visigodo los obispados de Baza, Guadix y Granada es tan discutida que Vallejo Girvés optó por atribuir al obispo Esteban de la misiva papal del 603 la sede de Medina Sidonia sin prueba alguna y con el confesado y expeditivo propósito de solucionar así el entuerto: Vallejo Girvés, M., 2012, 277-278. Y para el complejo y discutido estudio de los límites y avatares de las diócesis hispanas en disputa con Bizancio, véase Poveda Arias, P.: «La diócesis episcopal en la Hispania visigoda: concepción, construcción y disputas por su territorio», 9-24; Lorenzo de San Román, R.: «*Ecclesiae ilicitanae, qui et eiotanae, episcopus* . Sobre la extensión y dualidad de la sede episcopal de Ilici en la Antigüedad Tardía», 265-305.

21 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 571, 3.

22 San Isidoro, *Historias* , 58; Vallejo Girvés, M., 1993, 153-155 y 217.

23 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 571 y para la situación del Imperio durante el reinado de Justino II: Soto Chica, J., 2012, 5-50.

24 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 572, 2; San Isidoro, *Historias* , 49, en donde resume las campañas de Leovigildo e incluye, de modo implícito y sin citarla, a Córdoba entre las «ciudades rebeldes» que el rey sometió, véase Vallejo Girvés, M., 1993, 154-156;

García Moreno, L. A., 2008, 40-51; Castellanos García, S. M., 2007, 93-98; Sanz Serrano, R., 2009, 259-260.

25 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 573, 2.

26 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 573, 5; San Isidoro, *Historias* , 49; Díaz Martínez, P. C.: «El territorio de la actual provincia de Zamora en el contexto de la Antigüedad Tardía (ss. IV-VI)», 369-377; García Moreno, L. A., 2008, 42-48; Sanz Serrano, R., 2009, 259-260.

27 San Braulio de Zaragoza, *Vita Sancti Aemiliani* , 33, en Vázquez de Parga, L., 1943, 34.

28 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 574, 2; San Isidoro, *Historias* , 49; García González, J. J.: «Incorporación de la Cantabria al estado visigodo», 167-230; Castellanos García, S. M., 1999, 49-60.

29 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 575, 2; San Isidoro, *Historias* , 49.

30 San Isidoro, *De viris illustribus* , XXII; San Isidoro, *Historias* , Historia de los suevos, 91; Gregorio de Tours, *Historias* , V, 37 y 41; Actas del I y del II Concilios de Braga, a. D. 561 y 572, en Vives, J., 1963, 65-77 y 78-106; Sanz Serrano, R.: «*Sive pagani sive gentiles* : Análisis del contexto sociocultural del paganismo hispano en la Tardoantigüedad», 56-58.

31 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 576, 3.

32 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 577, 2; San Isidoro, *Historias* , 49; Collins, R., 2005, 47-48.

33 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 578, 4; San Isidoro, *Historias* , 51.

34 San Isidoro, *Historias* , 51, A; García Moreno, L. A., 2008, 81-94.

35 Gregorio de Tours, *Historias* , IV, 38.

36 San Isidoro, *Historias* , 51, B.

37 San Isidoro, *Historias* , 51.

38 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 579, 2; García Moreno, L. A.: «Leovigildo»; García Moreno, L. A., 2008, 95-126.

39 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 579, 2-3; Gregorio de Tours, *Historias* , V, 38.

40 Gregorio de Tours, *Historias* , VI, 45.

41 La mejor guía para desentrañar las complejas acciones y las múltiples conjuras que Gosvinta y Leovigildo pusieron en marcha la una contra el otro y el otro contra la una, es Gregorio de Tours: Gregorio de Tours, *Historias* , V, 38, VIII, 18, 21 y 28 y IX, 16, 20 y 24.

42 Gregorio de Tours, *Historias* , V, 38 y *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 579, 2-3.

43 Para la difícil situación del Imperio y su pronta recuperación militar, véase Soto Chica, J., 2012, 12-37; Soto Chica, J., 2015, 26 y ss. y Soto Chica, J., 2019, 251-316.

44 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 578, 1; Villaverde Vega, N., 2001, 741; Gil Egea, E.: «África del Norte en vísperas de la conquista árabe: introducción a las fuentes grecolatinas I. Las fuentes hispanas», 117-140; Soto Chica, J., 2012, 62-63; Soto Chica, J., 2015: «Una noticia oriental olvidada sobre Ceuta y las Mauritanias…», 139-154.

45 San Isidoro, *Historias* , 51; Gregorio de Tours, *Historias* , V, 38 y VI, 18. La política religiosa de Leovigildo, tendente a suprimir debates en torno a la Trinidad, tuvo su eco en Neustria, en donde su aliado Chilperico I prohibió que se hablara de personas para definir a la Trinidad y silenció los debates: V.44; *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 580, 2; García Moreno, L. A.: «Leovigildo»; García Moreno, L. A., 2008, 127-144; Orlandis, J., 1987, 100-104; Orlandis, J., 2003, 71-68.

46 San Isidoro, *Historias* , 51. Las leyes de Leovigildo fueron recogidas como Lex Antiqua en el Liber Iudiciorum promulgado hacia el 652. Sobre el carácter y espíritu de estas leyes: Álvarez Cora, E.: «*Qualis erit lex* : la naturaleza jurídica de la ley visigótica», pp. 11-117.

47 Valverde Castro, M. R., 2000, 81 y ss.

48 Ramírez Tirado, A., 1997, 251-253.

49 Navarro Torrente, M. A.: «Influencia del Gran palacio de Constantinopla en los recintos palaciegos del Reino de Toledo», en Estudios neogriegos, 2020 [en prensa]. Esta influencia del Gran palacio no solo se dio en Toledo, sino también en la contemporánea Roma papal. Véase Westbrook, N., 2013, 145-148.

50 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 581, 3.

51 Gregorio de Tours, *Historias* , VI, 18; *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 582, 3.

52 Gregorio de Tours, *Historias* , V, 38 y VI, 43; *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 583, 1; San Isidoro, *Historias* , 49.

53 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 584, 1.

54 Gregorio de Tours, *Historias* , V, 38; *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 584, 3; San Isidoro, *Historias* , 49.

55 Gregorio de Tours, *Historias* , VI, 18.

56 Contrástese el texto de la traducción latina de estos dos pasajes: V, 38 y VI, 18 con el latino editado por Migne. J. P.: V,39 y VI,19. Texto latino en Migne, J. P., 1879.

57 Teofilacto Simocata III.4.8-9 y VII.6.6-7, en Whitby, M., 1986; Gregorio Magno, cartas I, 59, 72-73.

58 Soto Chica, J., 2015, 109-112; Treadgold, W., 1995, 139-150.

59 Actas del III Concilio de Toledo del 589 y del Sínodo de Sevilla del 590, en Vives, J., 1963, 107-145 y 151-154; San Isidoro, *Historias* , 58.

60 Vallejo Girvés, M., 2012, 251-255 y 277-278; Vallejo Girvés, M., 1993, 187-218; García Moreno, L. A., 2008, 145-150; Salvador Ventura, F., 1990, 52-58; Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, 183-192; Goffart, W.: «Byzantine Policy in the West under Tiberius II and Maurice: The Pretenders Hermenegild and Gundovald», 73-118; Fuentes Hinojo, P., 1995, 749-767.

61 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 585, 2 y 4-6; San Isidoro, *Historias* , Historia de los suevos, 92; Gregorio de Tours, *Historias* , VIII, 35 y 45.

62 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 585, 3 y 586, 4.

63 García Moreno, L. A., 2008, 158-167.

7

«La gloria de un triunfo superior al de los demás reyes»

El apogeo del Reino de Toledo (586-672) Totius Spaniae intra oceani fretum
monarchiam regni primus idem potitus,
quod nulli retro principum est conlatum.

San Isidoro, *Historias* 62

Hay que recalcarlo: «Alcanzó por su feliz éxito la gloria de un triunfo superior al de los demás reyes. Ya que fue el primero que obtuvo el poder de la monarquía sobre todo el reino de España hasta el estrecho y el Océano, hecho que no se dio en ningún príncipe anterior». La frase con la que san Isidoro ensalzaba en el 626 el triunfo de su contemporáneo monarca, Suintila (621-631), por conquistar en el 625 las últimas plazas bizantinas en la España continental, si exceptuamos la aislada y medio insular Mesopotaminoi (Algeciras), es todo un resumen del apogeo de un reino que se consolidaba como el estado más poderoso de Occidente.

No tuvo que ser fácil para san Isidoro cantar así el triunfo de Suintila, pues dicho rey estaba detrás del asesinato de su predecesor, el culto y guerrero Sisebuto, amigo íntimo de san Isidoro con quien compartía gusto por la erudición y a quien motivó para escribir una de las obras fundamentales del saber universal, las *Etimologías* , una auténtica compilación y recensión del conocimiento antiguo que puso a disposición del mundo medieval un saber enciclopédico y universal que englobaba todas las disciplinas, desde la astronomía al derecho y desde la geografía a las matemáticas, y que lo hacía aportando

además el nuevo espíritu cristiano y una potente curiosidad. Nunca se elogiará lo bastante tan magna obra. Europa creció leyendo las *Etimologías* de san Isidoro y esa obra fue fruto de la amistad entre un rey cultísimo y un santo erudito. Esa asociación entre rey y santo, entre guerrero y obispo, es en sí misma y también, la mejor definición de un reino en esplendor: el de Toledo, la primera España.

Y, sin embargo, aun en aquel momento de apogeo militar, político, cultural y económico, se pueden encontrar ya las semillas de la decadencia y caída: la imposibilidad de los grandes reyes de asegurar una sucesión ordenada del poder y de sujetar a una nobleza que, poco a poco, recuperaba la ambiciosa iniciativa que Leovigildo y Recaredo le habían sustraído.

Pero, no obstante, durante largas décadas y pese a los conflictos por el trono, al ascenso de la nobleza y a su gusto por escapar de la autoridad real, el Reino de Toledo supo crear en el siglo VII un mundo sofisticado y en extremo rico. Tanto que los contemporáneos reinos y principados lombardos, merovingios, anglosajones y celtas del Occidente europeo parecían atrasados, pobres o débiles en comparación.

RECAREDO Y LA UNIFICACIÓN RELIGIOSA

Gregorio de Tours abre su crónica del reinado de Recaredo destacando su acuerdo con quien había sido la larvada y peor enemiga de su padre, la doblemente reina viuda Gosvinta. [1] Esta reina, mujer poderosa y equívoca donde las haya, nos ofrece uno de los enigmas más difíciles no ya de resolver, sino aun de entender, de la historia de la Hispania visigoda. De hecho, nunca tendremos total certeza sobre cuál fue su verdadero papel en la guerra civil visigoda de los años 579 a 585, ni en los acontecimientos que siguieron y que

desembocaron en el III Concilio de Toledo, puesto que las palabras de Juan de Bíclaro sobre su actuación como instigadora de la rebelión de Hermenegildo dan lugar a variadas interpretaciones y el relato de Gregorio de Tours es, en no pocos puntos, contradictorio con los hechos constatables. [2]

Pero, en cualquier caso, el extraño desenlace de la alianza matrimonial que Leovigildo había pactado entre su hijo favorito y fiel, Recaredo, y la hija del archienemigo de la reina Gosvinta, Chilperico I de Neustria, pudo tener un efecto positivo para que Gosvinta abandonara el campo de su nieta y de su rebelde hijastro, Hermenegildo, y ofreciera a Leovigildo y a Recaredo sumar a su causa su «mejor activo»: su influencia en los reinos francos de Austrasia y Borgoña que amenazaban la Septimania goda y en donde su hija Brunequilda, su nieto Childeberto II y el tío de este último, Gontrán de Borgoña, se estaban oponiendo a Fredegunda, la esposa del recién fallecido Chilperico de Neustria y feroz aliada de Leovigildo quien no había tenido empacho alguno en recurrir a ella para que impidiera los ataques de Gontrán de Borgoña contra la Septimania goda o para que enviara asesinos contra la hija de su esposa, Brunequilda, y el hijo de esta última, Childeberto. [3]

Perdóneseme el familiar lío de nombres, relaciones, odios e intereses que acabo de exponer, pero es la única manera de conseguir que se comprenda el cambio de alianzas que se materializó y que tuvo su influencia no solo en el Reino de Toledo, sino en todo el mundo mediterráneo. Y es que en los últimos días de septiembre del 584, cuando la princesa Rigunta, hija de Chilperico de Neustria y de Fredegunda, mortales enemigos de Gosvinta, se dirigía a Toletum para hacer efectivo su prometido matrimonio con Recaredo, le alcanzó la noticia de la inesperada muerte de su padre, noticia que

desencadenó toda una serie de extraños, novelescos y complejos acontecimientos en los que se vieron envueltos su cortejo y su escolta y en los que tuvieron participación la reina Brunequilda y Gundovaldo, el sobrino bastardo de Gontrán de Borgoña y aspirante a rey de Aquitania. La trama urdida, probablemente, por Brunequilda, pues con ella se refugió el traidor mayordomo que capitaneaba el cortejo que debía de llevar a Rigunta a Toletum, terminó con el robo de la dote de la princesa de Neustria y con su embarazoso abandono en Tolosa, de donde tuvo que ser rescatada por su madre. En cualquier caso, la extraña peripecia de Rigunta motivó el completo fracaso de la alianza entre Toletum y Neustria que tanto había desagradado a Gosvinta y que, en mi opinión, estuvo tras la conjura que desencadenó la rebelión de Hermenegildo y puesto que este y para esa misma fecha, septiembre-noviembre del 584, estaba evidentemente derrotado, la hábil Gosvinta tuvo su gran oportunidad de cambiar de bando y ganarse el favor del príncipe, primero, y joven rey después, Recaredo.

Resulta obvio que se trataba de una peligrosa alianza, pero muy necesaria en los días finales de Leovigildo y en los primeros años de Recaredo, entre el 585 y el 589. Leovigildo había logrado derrotar a los francos en el mar, en la costa cantábrica en donde fueron batidos cuando trataban de auxiliar a los suevos, y en Aquitania, Septimania y Provenza, en donde Recaredo había saqueado la región en torno a Tolosa, tomado la fortaleza de Cabaret, rechazado a los francos, devastado la región de Arelate y tomado a viva fuerza la ciudad de Ugernum, en la frontera del Ródano y cerca de la actual Tarascón de donde se llevó miles de cautivos y un inmenso botín. [4] Pero aun así, recién instalado en el trono de Toletum, Recaredo necesitaba desactivar el frente franco que formaban la Austrasia de Brunequilda y Childeberto, hija y nieto de Gosvinta, y la

hegemónica Borgoña de Gontrán, respectivamente cuñado y tío de los mencionados.

En suma, Recaredo necesitaba tiempo y seguridad en Toletum, una esposa en su cama y la paz con los francos en la Septimania y Gosvinta podía conseguirle las tres cosas. Así que Recaredo honró y reconoció a Gosvinta no ya como reina viuda y madrastra, sino como madre adoptiva, un procedimiento mediante el cual el rey entroncaba con el linaje de Gosvinta y establecía de esta forma lazos de familia con Brunequilda y su hijo Childeberto, soberanos de Austrasia. A continuación, con el apoyo y consejo de Gosvinta, el rey envió una embajada a Brunequilda, regente de Austrasia, para solicitar la mano de su hija Clodosinda. De lograrse tal alianza, Recaredo conseguiría debilitar la posición del belicoso Gontrán de Borgoña, mientras que Gosvinta tendría a una nieta en el trono de Toletum y a un posible bisnieto como sucesor de Recaredo.

Brunequilda se mostró encantada de secundar la nueva política que parecía dirigir su madre desde Hispania y que, en apariencia, concedía de nuevo a Gosvinta un papel preponderante en Toletum. Pero Gontrán de Borgoña se dio cuenta de las implicaciones que la alianza matrimonial entre Austrasia y Toletum tendrían para su Reino y se negó a recibir a los emisarios de Recaredo y Gosvinta. [5] No solo eso, sino que es probable que él fuera el responsable de que la alianza matrimonial entre Austrasia y Toletum nunca se materializara, pues en el 587 mostró a la inteligente y pragmática Brunequilda que su protección y apoyo frente a la intrigante Fredegunda de Neustria le eran más precisos que una alianza con Recaredo y ello a la par que le ofrecía una apuesta mucho más segura y potente que la que los hispanos le proponían: convertir al hijo de Brunequilda, Childeberto II en su heredero y así y en un futuro próximo, reunir en su cabeza las coronas de Austrasia y Borgoña. [6]

A menudo se interpreta en clave local la historia del Reino de Toledo. Algunos historiadores llegan a sostener que Toletum se fue aislando más y más y que apenas si contó con una política internacional digna de ese nombre. [7] Pero los hechos demuestran lo contrario y evidencian una actividad diplomática y unas relaciones intensas y complejas. En este punto, la clave, tanto en Francia como en España, era la política imperial. Constantinopla era el centro de donde partían o hacia donde se dirigían todas las tramas políticas del Occidente romano-germánico.

Pues al conflicto de Hermenegildo con su padre y su hermano, se sumó en los mismos años el intento de Gundovaldo, bastardo de Clotario I, de hacerse con un reino independiente en Aquitania, intento en el que Bizancio desempeñó también un equívoco y provechoso papel [8] que, sin embargo, no le impidió, sino todo lo contrario, lograr una alianza con Austrasia para que Childeberto y Brunequilda enviaran a Italia a sus ejércitos en auxilio del Imperio en su lucha contra los longobardos. [9] Como se ve, toda una compleja madeja de alianzas y contraalianzas de la que no conocemos todos los datos, pero que a tenor de lo que se entrevé en la documentación diplomática del reino de Austrasia que en parte se nos ha conservado, fue de una profundidad e impacto sobresalientes. [10]

A la luz de todo lo anterior, acciones de Recaredo tales como su intento de llegar a un acuerdo estable con los francos entre el 586-587 y el 588, o de establecer claramente los límites de la provincia bizantina de Spania mediante una reclamación diplomática que se comenzó a preparar solicitando en la década del 590 al papa Gregorio Magno que le hiciera llegar una copia del tratado donde se recogían, se entienden mucho mejor y quizá estén en el subsuelo de la política religiosa del nuevo monarca para el que debía de quedar claro que la división

religiosa de su reino no solo era una cuestión interna, sino también internacional y que, por ende, siempre ofrecería una brecha abierta para cualquier intervención exterior en apoyo de una sublevación.

Pero todo buen plan suele salir mal y, por tanto, debe ser corregido. Esa es la esencia de un buen estadista y Recaredo demostró serlo. Pues el fracaso de la jugada diplomática puesta en marcha por el rey y Gosvinta, motivó que la vieja reina no solo se viera frustrada en su deseo de asegurar para su linaje el trono de Toletum, aunque fuera por vía cognaticia, sino que inevitablemente disminuyó su ascendencia sobre Recaredo que, sin abandonar del todo el empeño de lograr la mano de Clodosinda, comenzó a buscar alternativas. Esto, más que el feroz arrianismo de Gosvinta, explicaría en mi opinión la conjura urdida por la reina con el obispo godo Uldida a finales del 588, año en el que fracasó un nuevo intento de conseguir la mano de Clodosinda, nieta de Gosvinta. Este fracaso relegaba de forma definitiva la influencia de la vieja reina viuda, algo a lo que la ambiciosa Gosvinta no podía conformarse y que la llevaría a intentar aprovechar el conflicto religioso para destronar a Recaredo. Sin embargo, la conspiración fue descubierta, lo que mostró a Recaredo cuán peligrosa era la reina y motivó su discreta eliminación. Pues no de otra manera se puede entender la oscura y prudente entrada que al respecto hace en su *Crónica* Juan de Bíclaro. [11]

Llegamos aquí al nudo que ya hemos señalado: el indisoluble enredo entre las cuestiones religiosas, la paz interna del Reino de Toledo y la situación internacional del mismo caracterizada por la peligrosa debilidad resultante de su cada vez más anómala situación religiosa. Y es que si en el 507, ante Clodoveo y los francos, el arrianismo godo ya se había mostrado como un factor de vulnerabilidad estructural, tras la reconquista bizantina de los reinos arrianos del África vándala y

la Italia ostrogoda y, sobre todo tras la instalación del Imperio en el sudeste hispano, el mantenimiento del arrianismo por parte de las élites dirigentes visigodas era una invitación al desastre. Sencillamente era inviable y hasta el triunfo de Leovigildo sobre la rebelión de su católico hijo Hermenegildo lo probaba. Pues tras el aplastamiento del partido enemigo, el viejo rey restituyó bienes y posición a los prelados católicos que habían apoyado a Hermenegildo. Y así regresaron del exilio en el 585 y, entre otros, Juan de Bíclaro, obispo de Gerona, Masona, obispo de Mérida, sin duda una de las cabezas del partido de Hermenegildo y fuerte opositor a Leovigildo, y Leandro, obispo de Sevilla, quien había sido la mano derecha de la diplomacia rebelde. [12]

Por si lo anterior fuera poco, Leovigildo, aunque resulte paradójico, había allanado el camino hacia la unión religiosa con su política de compromiso y acuerdo formulada en el sínodo del 580. Y es que, aunque la mayoría de los historiadores solo analiza el sínodo de Toledo del 580 como un intento de ofrecer una solución de compromiso a partir de una flexibilización de las posturas teológicas y dogmáticas de la Iglesia goda arriana que posibilitaran un acercamiento a ella de los más moderados de entre los católicos, una acción que se vio complementada con beneficios económicos y prebendas de todo tipo y, a la par, con coacciones más o menos violentas, lo cierto es que, constatado el fracaso de tal acción, el pragmático Leovigildo tuvo que ser consciente de que, al fin y al cabo, sus medidas no habían sido del todo inútiles, puesto que sí propiciaban la unidad que ansiaba pero no en la dirección de una reunión en el seno de la Iglesia arriana, sino en el de la católica. Y es que el atemperamiento de las diferencias teológicas y dogmáticas más espinosas, sin duda hicieron más fácil a Recaredo dar el siguiente paso y, ante todo y me gustaría destacarlo, los éxitos de Leovigildo, como la aceptación de lo

dispuesto en el sínodo del 580 por parte de obispos como Vicente de Zaragoza y de muchos sacerdotes y fieles católicos, debieron de «asustar» a las élites episcopales católicas y prepararlas para no ser exigentes en exceso a la hora de apoyar la nueva solución propiciada por Recaredo al problema de la unidad religiosa del reino. [13]

Me parece que una de las claves que evidencian lo que acabo de exponer nos la da Gregorio de Tours, quien no solo nos da cuenta de las agrias disputas teológicas entre arrianos y católicos que anticiparon y acompañaron al III Concilio de Toledo del 589, sino que, una vez aclarada la excelente predisposición de Recaredo por el campo católico, nos relata la inmediata acción del joven rey: asegurarse la imposición de la unión religiosa en la provincia más expuesta, Septimania, y a continuación enviar embajadas a Gontrán de Borgoña y a Childerico II de Austrasia [14] en las que les participaba su conversión y la de su Reino y, por ende, la eliminación de una de las premisas que alentaban la guerra entre godos y francos: la herejía de los primeros. ¿Qué nos muestra lo anterior? Pues la urgencia «internacional» que Recaredo tenía por cerrar el peligroso flanco que la anomalía religiosa que era en sí misma el arrianismo oficial de su Reino implicaba.

La embajada a Gontrán fracasó otra vez. Gontrán, con el argumento de verse obligado por la venganza de sangre que debía ejercer por mor del asesinato de Hermenegildo y la desgracia de su sobrina Ingunda, se negó a firmar la paz. Pero Childerico y su madre Brunequilda se mostraron dispuestos a recibir los 10 000 sólidos de oro que Recaredo les regalaba como gesto de buena voluntad, junto con las promesas del rey de que él nada había tenido que ver en el asesinato de Hermenegildo ni en el patético destino de Ingunda y su hijito Atanagildo. [15] Es probable que junto con la entrega de algunas fincas en Septimania, aquello formara parte en realidad del

Wergeld o compensación por el daño infligido a la familia y, en consecuencia, al honor del linaje de Brunequilda y Childerico de Austrasia. [16]

Así que la noticia de la conversión del rey Recaredo al catolicismo tuvo un efecto inmediato en la política internacional y fue sopesada con cuidado y hasta tal punto que tuvo el efecto inmediato de que Brunequilda y Childerico rompieran la promesa que le habían hecho a Autario, rey de los longobardos, de entregarle la mano de la princesa Clodosinda, para así volver a sopesar la opción de enviarla a Hispania como esposa de Recaredo. [17] De hecho, la «opción Recaredo» parecía tan prometedora y decidida que Brunequilda le envió a Hispania como regalo un escudo de oro y piedras preciosas que Gontrán interceptó, receloso de aquellas relaciones entre las cortes de Austrasia y Toletum. [18]

El III Concilio de Toledo es uno de los hechos esenciales de la historia del Reino de Toledo y aún de la de España. Sentó un nuevo modelo de relación entre la monarquía y la Iglesia y, ante todo, fue la piedra de toque que permitió encarar la definitiva unión de godos e hispanos en una nueva identidad. Facilitó, asimismo y en gran medida, la culminación de la unidad política de la Península al restar a Bizancio una de sus mejores cartas y apoyos y, por tanto, sus efectos fueron fortalecedores no solo hacia el interior, sino también hacia el exterior. Recaredo es el rey de la unidad, el Nuevo Constantino, como canta el contemporáneo cronista y obispo Juan de Bíclaro [19] y esa sola acción le vale el balance positivo de todo un reinado. [20]

No fue fácil. Dejando de lado las cuestiones teológicas y dogmáticas, en la mayoría de las ciudades importantes coexistían dos obispos, el arriano y el católico, con sus correspondientes basílicas, *martyria* , estructuras eclesiales e intereses a menudo contrapuestos y en conflicto. Dichos conflictos se manifestaban incluso en temas tales como la

custodia de las reliquias, un tema vital en la época, pues podía propiciar la hegemonía religiosa de tal o cual facción, su riqueza económica y su popularidad y prestigio. Un ejemplo claro lo tenemos en la «Vida de Masona», contenida en las llamadas *Vidas de los padres de Mérida* , un texto escrito hacia el 632 que recoge las vidas de tres obispos de Mérida. Pues bien, en esa obra se nos relata el conflicto en torno a la posesión de la túnica de santa Eulalia, santa mártir defensora de Mérida. Una reliquia cuya posesión otorgaba al rebelde obispo godo católico de Mérida, Masona, un prestigio popular que lo colocaba muy por encima de su rival arriano, Sunna. De ahí que Masona se negara a entregar la reliquia incluso bajo la presión del mismísimo Leovigildo, que terminó expulsándolo de su sede y sustituyéndolo por otro obispo católico más dócil, Apopis, y que, al cabo, en el 585, aceptó su regreso triunfal a Mérida. Un triunfo aún más sobresaliente si cabe porque fue él, Masona, junto con Leandro, el otro gran obispo opositor a Leovigildo y partidario de Hermenegildo, quienes presidieron y controlaron el III Concilio de Toledo convocado por el sucesor de Leovigildo, Recaredo, quien encabezaría la firma de unas actas que a continuación firmarían Masona de Mérida, Eufemio de Toledo y Leandro de Sevilla. [21]

Hubo muchas resistencias. Recaredo había dejado clara su opción por el catolicismo ya en enero del 587 y cuando fue evidente que se trataba de una postura firme, comenzaron las conjuras, revueltas y rebeliones arrianas. Estas agrupaban a una parte del episcopado arriano, por supuesto, pero también de la nobleza. De ahí y como ya vimos más arriba, que Gosvinta, una vez fracasada en su intento de formar parte esencial del nuevo régimen, se implicara en la organización de una de ellas junto con el obispo arriano de Toletum. También fue el obispo arriano de Narbo Martius quien encabezó allí la resistencia. Pero, sin duda, el movimiento opositor más peligroso para

Recaredo tuvo lugar en Emerita Augusta en abril del 587. Allí, el repuesto obispo Masona se vindicaba ya como el futuro director de la unión eclesiástica bajo la hégira del catolicismo y su rival arriano, Sunna, supo conjurar, bien en abril del 587, o bien ya en el 588, a una buena parte de la nobleza goda local encabezada por Segga, para tramar el asesinato de Masona y del duque Claudio, un noble hispanorromano que comandaba las fuerzas destacadas en Lusitania y gobernaba la región como hombre de confianza de Recaredo. El doble atentado fracasó gracias a la traición de uno de los conjurados, Witerico, el cual a la postre sería rey tras asesinar al hijo de Recaredo, pero que en aquel momento salvó con toda probabilidad su trono. Los conjurados sufrieron un castigo despiadado: el obispo Sunna fue exiliado y a Segga le cortaron las manos. [22]

Sin embargo, la oposición fue descoordinada y mucho menor de la que podría haberse esperado. En primer lugar, porque ya desde mediados del siglo VI se asistía a una progresiva conversión de las élites godas. Los casos de Juan de Bíclaro, obispo de Gerona, y de Masona, obispo de Mérida, son paradigmáticos, pero resumen un movimiento que sin duda fue amplio. En segundo lugar, Recaredo contaba con los implacables mecanismos constituidos por el gobierno de su padre: un ejército bien adiestrado, armado y acostumbrado a vencer, un tesoro lleno, una administración eficaz y un aparato bien engrasado de represión que san Isidoro esboza con su habitual parquedad al relatarnos cómo Leovigildo aniquiló sin piedad no ya la más mínima actitud rebelde de la aristocracia, sino que estuvo tiránicamente atento a ejecutar o desposeer a quienquiera que hubiese acumulado poder o riquezas reseñables. En tercer lugar y esto fue definitivo, Recaredo supo convencer a la élite episcopal católica, en esencia a Masona de Mérida, Eufemio de Toledo y Leandro de Sevilla, de que ofrecieran unas condiciones suaves a sus homólogos arrianos.

En efecto, se convino en que no haría falta un nuevo bautismo y en que los obispos arrianos que consintieran en adscribirse al credo promulgado en Nicea y Calcedonia serían reconocidos y quedarían en sus sedes y en posesión de sus bienes y privilegios. Así que, dejando casos como los de Ataloco de Narbona, Uldila de Toledo o Sunna de Mérida, la mayoría del episcopado arriano aceptó el compromiso que Recaredo ofrecía y cuando tras el fracaso de las conjuras y revueltas de Sunna, Ataloco y Gosvinta, Recaredo convocó el Concilio en Toledo en mayo del 589, el reino estaba unido y dispuesto a dar un paso que garantizaba la unión de sus élites, godas e hispanorromanas, y que fortalecía su posición internacional.

Tampoco debería abandonarse la nueva política pronobiliaria que puso en marcha el rey tendente a atraerse el apoyo de lo esencial de la nobleza. En efecto, aprovechando que su padre había llenado el tesoro mediante una buena administración y el expeditivo procedimiento de confiscar las propiedades de todos los opositores, incluso de aquellos que sobresalían por su riqueza y, sobre todo, aprovechando que las conquistas de Leovigildo habían otorgado a la corona inmensas propiedades y enormes masas de bienes muebles provenientes del saqueo y de los *thesaurus* de los soberanos, caudillos y señoríos sometidos, Recaredo se pudo permitir devolver propiedades a muchas familias nobles y compensar a otras en aras de la paz y la concordia y con el claro propósito de hacerse con un amplio círculo de aprobación a su política y a su familia. Esta política la extendió al pueblo al que exoneró de tributos y al que, con frecuencia, concedía dádivas y limosnas. Toda una «política de gasto» de la que también se benefició la Iglesia católica que pudo así aceptar sin menoscabo económico alguno que los obispos y sacerdotes arrianos se integraran en su seno. [23]

No obstante, para mí está claro que en el éxito de Recaredo en la unificación religiosa fue factor definitivo y esencial su

triunfo militar sobre Gontrán de Borgoña. La magnífica victoria que sus armas lograron en Carcasona en la persona de su duque de confianza, el hispanorromano Claudio, arrojaron sobre él y su política religiosa el manto de la aprobación divina, pues un rey que consigue victorias es un rey bendecido por Dios. Eso es lo que expresan las fuentes de la época y eso era lo que se solía pensar.

Ya en el 586, poco después de la muerte de Leovigildo, cuando Recaredo, que acababa de regresar de sus triunfantes campañas galas, aún se estaba haciendo con el control del reino, dos de los inestables duques de Gontrán, Desiderio y Austrovaldo, atacaron Carcasona y soportaron allí una dura derrota, durante la que cayó muerto en el combate Desiderio [24] y cuando dos años más tarde, en la primavera del 589, Gontrán desencadenó al fin el gran ataque contra el reino de Recaredo, las armas godas volvieron a brillar. Esto sucedió porque Gontrán había reunido un formidable ejército para el que reclutó tropas en Borgoña, Auvernia y Aquitania y las lanzó en tres columnas sobre la Septimania goda. La primera de esas columnas bajo el mando del duque Austrovaldo se apoderó de Carcasona a la par que una segunda, dirigida por los duques Bosón y Antistio, penetraba aún más en la provincia gala del Reino de Toledo y ocupaba algunas plazas. La tercera columna, con las tropas de Aquitania y Auvernia, convergió con las otras en Carcasona. El inmenso número de hombres allí reunido era tal que la ciudad no podía albergarlos y un gran campamento se extendió por los alrededores sin adoptar medidas de protección. Era la oportunidad esperada por el duque lusitano Claudio, el general al que Recaredo había confiado el ejército que debía lidiar con los francos. Este preparó un esmerado plan de batalla. Ocultó al grueso de su ejército en una zona propicia para una emboscada y a continuación seleccionó a 300 de sus mejores caballeros y los despachó contra el campamento franco. Fue

todo un ataque sorpresa que enardeció a los guerreros merovingios, los cuales al ver que la hueste goda en apariencia huía tras su descarado asalto, se lanzaron en tromba tras ella. La persecución llevó al ejército de Gontrán de cabeza a la emboscada previamente preparada por Claudio. Los godos cayeron sobre los perseguidores francos y los destrozaron, con lo que causaron una enorme matanza que Juan de Bíclaro y san Isidoro magnifican al cifrar el número de los francos en casi 60 000, pero que Gregorio de Tours, más comedido y mejor informado, sitúa en 5000 muertos y 2000 cautivos. Estas cifras dan idea del descalabro franco, aunque debieron de aumentar mucho tras la batalla, pues san Isidoro agrega que el duque Claudio persiguió sin piedad a los derrotados hasta las fronteras del Reino de Gontrán, les causó muchas bajas y obtuvo así «la victoria más grande jamás lograda por los godos».

Pero lo de verdad importante es que la victoria fue grande y que se utilizó para justificar la conversión de Recaredo y la de su reino al catolicismo mediante la constatación de la aprobación divina que parecía conceder semejante triunfo militar. Juan de Bíclaro, por ejemplo, aprovecharía la bíblica y numérica coincidencia entre los 300 caballeros destacados por el duque Claudio como cebo para su emboscada y los 300 guerreros judíos seleccionados por el juez Gedeón para combatir a los madianitas, a fin de establecer una comparación entre ambos personajes y de paso santificar la victoria visigoda y elevar al pueblo de Recaredo en simbólica hipérbole a la condición de nuevo Israel, así como denigrar a sus enemigos francos hasta la de paganos madianitas «perjudiciales para el reino de Dios». [25]

La furia de Gontrán fue grande y culpó a Brunequilda y Childeberto de ser los responsables de su fracaso por mor de sus tratos con Recaredo, «el rey de Hispania», como dice Gregorio de Tours. Así que la alianza franca se tambaleaba y la fortaleza

militar goda constituida por Leovigildo y mantenida por Recaredo, volvía a demostrar su solidez. [26]

Para ese entonces, primavera del 589, Recaredo tenía ya todas las cartas en la mano: había aplastado a la oposición interna, congraciado a los sectores mayoritarios y moderados de las dos confesiones, la arriana y la católica, atraído a su campo a la nobleza y al pueblo y obtenido la gloria militar y, con ella, el respaldo divino. Como tras la caída y muerte de Gosvinta y la gran victoria sobre Gontrán no se podía ya pensar en una paz lograda mediante un compromiso matrimonial con Clodosinda, Recaredo optó por seguir su deseo personal y contrajo matrimonio con una mujer con la que llevaba conviviendo fuera del matrimonio desde el año 583, Baddo. Debió de amarla, pues aunque esta era de baja condición social, puede que incluso servil, la tomó como esposa legal y reconoció como heredero al hijo que había tenido con ella en el 584. Esta preocupación por elevarla y superar su origen social con reconocimientos extraordinarios, podemos comprobarla en el hecho inusual de que participara en el III Concilio de Toledo de forma activa junto a Recaredo y firmara la confesión de fe a continuación de su esposo y rodeada de los nobles y obispos del reino: «Yo Baddo, reina gloriosa, firmé con mi mano y de todo corazón, esta fé que creí y admití». Se puede leer en las actas del concilio junto a la firma de la reina. García Moreno atribuye a Baddo un origen familiar poderoso, pero ello contradice a la única fuente que habla de forma explícita sobre ella, san Isidoro, y, de hecho, nada permite asignar a Baddo un origen noble. [27]

En mayo, en Toletum, el rey y la reina recibieron a 62 obispos o a sus representantes, a un gran número de abades y clérigos prestigiosos y a lo más granado de la nobleza y la comitiva regia, formando una asamblea presidida, como Nuevo Constantino por Recaredo que fue saludado como *ortodoxus rex*

con las siguientes palabras: ¿A quién ha concedido Dios un mérito eterno, sino al verdadero y católico rey Recaredo?¿A quién la corona eterna, sino al verdadero y ortodoxo rey Recaredo? [28] Juan de Bíclaro, presente en aquellas decisivas jornadas toledanas, nos dice: «El rey Recaredo, como hemos dicho, intervenía en el santo concilio renovando en nuestros tiempos al antiguo emperador Constantino el Grande». [29]



Figura 54: Interpretación historicista del III Concilio de Toledo en el cuadro *La conversión de Recaredo* (1888), de Antonio Muñoz Degrain. En el óleo se observan coronas votivas (entre ellas la de Recesvinto) y un cancel que indica el nombre de Leandro de Sevilla –que aparece de pie tras este–, mientras que en la base de la plataforma en la que se celebra el rito consta una inscripción que indica que el concilio se celebró en la basílica de Santa Leocadia de Toledo el 8 de mayo del 589.

Con este concilio se sancionaba algo que ya se estaba consolidando pero que ahora eliminaba su última traba: la unión y mezcla de godos e hispanorromanos en una nueva

identidad o como se dice en bíblica metáfora en las actas del concilio, pueblo y rey eran ahora «Un rebaño y un pastor». Es muy significativo que en ese mismo año del Concilio de Toledo y, como ya hemos visto, el ejército godo que lograba el gran triunfo sobre los francos estuviera mandado por un duque hispanorromano, Claudio, mientras que el concilio católico que sancionaba la unión religiosa fuera firmado, en primer lugar y como cabeza conciliar tras el rey, por un obispo godo, Masona.

Las cinco primeras firmas episcopales y su orden expresaban en cierta medida no solo la influencia de tales obispos en el nuevo orden surgido tras el concilio en el Reino de Toledo, sino también la composición de dicho reino y la relación de poder entre sus distintas partes. Y así, tras Flavio Recaredo rey, firmaba Masona, obispo metropolitano de Mérida, de la provincia de Lusitania, y tras él lo hacía Eufemio, obispo metropolitano de Toletum, de la provincia de Carpetania, Leandro, obispo metropolitano de Sevilla, Micecio, obispo metropolitano de Narbona, de la provincia de la Galia y Pantardo, obispo metropolitano de Bracara Augusta, de la provincia de Galicia. [30] Los tres primeros obispos tenían sus sedes en la vieja, en la nueva y en la rebelde capital del reino de Atanagildo y Leovigildo y el cuarto en la Galia antaño base del poder godo, mientras que el quinto venía del antiguo reino suevo recién incorporado.

En fin, el concilio venía también a cerrar de un modo concluyente las heridas de la guerra civil del 579-585. Nótese que en sus deliberaciones se reunieron hombres del partido del malhadado hermano del rey, Hermenegildo, como lo eran Masona y Leandro y hombres que habían permanecido fieles a Leovigildo y a Recaredo. No hubo reproches, ni escarnios, sino una reconciliación sin alharacas y silenciosa que, por eso mismo, fue sólida.

El III Concilio marcó también un nuevo camino en la relación entre el monarca y la Iglesia. El soberano era investido de una sacralidad que pretendía realzar su poder y, sobre todo, trataba de ponerlo en un plano que lo salvaguardara. Sería un rey cuyo poder estaba santificado por la divinidad y, por ende, rebelarse contra él sería una ofensa a Dios. Por su parte, la Iglesia recibía atribuciones en la fijación y reparto de la carga impositiva, en el control de los funcionarios del rey [31] y en el nombramiento de autoridades y jueces en sus demarcaciones diocesanas, amén de la confirmación y aumento de sus rentas y propiedades y ventajas fiscales nada desdeñables.

Por supuesto, la firma del concilio no cercenó del todo la oposición arriana que trató de crear un partido en torno a la nobleza más recalcitrante al dinamismo y centralismo implantado por Leovigildo y Recaredo. En el 590, Argemundo, uno de los duques de Recaredo, preparó el asesinato del rey y su propio ascenso al trono. Pero la conjura fue descubierta y aplastada con brutalidad. El propio Argemundo fue azotado, rapado, le amputaron la mano derecha y le pasearon en un burro por Toletum antes de ser ejecutado. [32]

A partir de aquí, Recaredo dedicó sus esfuerzos a tratar de capitalizar diplomáticamente la conversión de su reino, algo que le costó no poco esfuerzo en el caso del papa Gregorio Magno que, pese a su amistad con Leandro y casi seguro bajo presión bizantina, se mostró cauto y parco, y en combatir a vascones y romanos.

Los primeros habían sido refrenados por su padre, pero seguían siendo ante todo un pueblo guerrero y saqueador. Sus acciones no solo se dirigían contra los dominios visigodos en el valle del Ebro, sino también contra los francos en el sur de Aquitania, el otro vector de su expansión que pronto comenzaría a ser llamado Wasconia. Entre el 585 y el 587 atacarían con saña el valle del Garona haciendo cautivos y

causando muchos daños entre las aterrorizadas gentes que veían en aquellos montañeses paganos una terrible calamidad. Recaredo, por su parte, los combatió con éxito en algún momento posterior al 590 y puesto que san Isidoro compara las luchas del rey contra ellos con «juegos de palestra» debieron de ser más acciones de contención y policía, por así decir, que grandes operaciones militares. [33]

Muy diferente cuestión fue la guerra con el Imperio en el sudeste y el sur hispanos. Allí, el acuerdo de su padre en enero o febrero del 585 con las autoridades imperiales para que desistieran de apoyar a Hermenegildo con la consiguiente entrega de 30 000 monedas de oro y la conformidad con la devolución al Imperio de plazas fuertes tan señeras como Asido o Sagontia, probablemente impulsó a Recaredo a tratar de recuperar cierta iniciativa. En cualquier caso, la respuesta bizantina tuvo que ser contundente y exitosa. Lo creo así por la potencia y calidad del gobernador que la dirigió, Comenciolo –o Comentiolo–, y por su meteórico regreso a Oriente que no puede explicarse sin una acción victoriosa de por medio en Spania. [34] Y es que Comenciolo, el único gobernador de la Spania bizantina que nos dejó registro epigráfico de su gobierno [35] y del que podemos conocer en detalle su biografía, no era en modo alguno un personaje menor en la Constantinopla del emperador Mauricio (582-602), sino uno de los generales más destacados. De origen tracio, en el 583 era un oficial, un *scribon* de los *excubitores* , el cuerpo de guardia más poderoso del momento, además de hombre de confianza de Mauricio. [36] Prueba de ello es que al año siguiente, 584, fue nombrado *taxiarca* o duque de la *moira* de caballería pesada, ταξιαρχία, integrada en el selecto *meros* de los *optimates* , una unidad de élite integrada en el ejército de campaña de los *praesentalis* y que se consideraba la mejor del Imperio. [37] Al frente de esta unidad logró un sobresaliente triunfo sobre los eslavos que

saqueaban Tracia. Una victoria que le granjeó el entusiasmo del emperador que en el 585 lo nombró *magister militum praesentalis* , lo que implicaba la concesión también del título de patricio. Este fue un increíble ascenso sin paralelo en la historia militar bizantina que convirtió a Comenciolo en uno de los hombres más poderosos del Imperio.

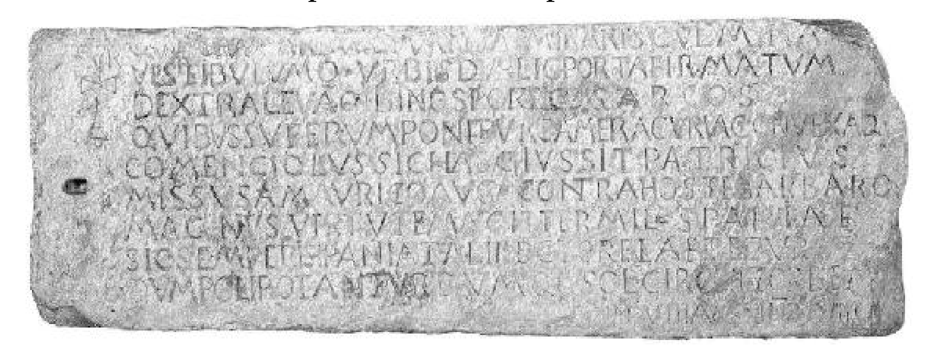


Figura 55: La llamada lápida de Comenciolo, quien fuera *magister militum* enviado a Hispania por el emperador bizantino Mauricio. El epígrafe, la única inscripción oficial bizantina conservada en Hispania, alude a una intervención en las fortificaciones de Carthago Spartaria, y reza así: «Quienquiera que seas, admira la difícil altura de estas torres, el vestíbulo de la ciudad, fortificado con una puerta doble, y, a derecha e izquierda, los dos pórticos, y los arcos a los que se superpone una cámara curva y convexa. El patricio Comenciolo, enviado por el emperador Mauricio contra los enemigos bárbaros, mandó hacer así todas estas cosas. General del ejército de Hispania, y grande por su valor, así Hispania siempre se alegrará por tal gobernante, mientras los polos giren y el sol circunde el orbe. Año VIII de Augusto. Indicción VIII. [años 589-590 d. C.]». Museo Arqueológico Municipal de Cartagena. © Jaime Vizcaíno Sánchez Este no defraudó a su imperial mentor y en el verano del 585 obtuvo una nueva y gran victoria sobre los eslavos en Ansinon. [38] Al año siguiente, 586, Comenciolo fue nombrado βασιλεὺς δὲ

Κομεντίολον στρατηγὸν ἀνίστησι κὶ τῆς πάσης ἡγεμονίας κηδεμόνα («general y gobernador supremo de la prefectura de Tracia»), un rebuscado título que convertía virtualmente a Comenciolo en una suerte de *exarca* balcánico. [39] Pero la ascensión de Comenciolo se quebró por mor del fracaso de su campaña del 587 contra los ávaros en la que sufrió varios reveses parciales y no pudo impedir los saqueos y devastaciones de los enemigos que, al final de las operaciones, le infligieron una importante derrota que desperdigó su ejército y lo expuso a él a la ira del emperador. [40]

Como castigo, no puede interpretarse de otra manera, Comenciolo fue degradado a la condición de *magister militum Hispaniae* y duque de la Spania romana, unos títulos y poderes que estaban muy por debajo de los que había ostentado desde el 585 y que exigían de él que arriesgara en pos de una rehabilitación. Y así tenemos en octubre del 587 a Comenciolo en Hispania: un excelente general, un hombre ambicioso caído en desgracia y al mando de un pequeño ejército y ello en un momento en que el potencial enemigo, los visigodos, se hallaban en plena agitación a causa de las conjuras y revueltas provocadas por la política de unión religiosa de Recaredo y en guerra contra el poderoso y agresivo Gontrán de Borgoña ¿Qué podía pasar? Pues lo que pasó. Comenciolo atacó. ¿Dónde? Puede que en la región gaditana o puede también que las extrañas noticias que ya mencionamos que implicaban a dos obispos, uno de ellos y al parecer, el de Ilíberis, apunten a la región central de la provincia bizantina y sería lógico que así fuera, pues tras la más que posible recuperación de Asidona y Sagontia hacia el 585, solo allí, en las regiones de lo que hoy son Baza, Guadix y Granada capital, quedaban «cuentas por saldar» a consecuencia de la campaña de Leovigildo del 570 y, sobre todo, porque aquel era el sector más expuesto y débil del *limes* bizantino.

Lo único que sabemos es que Comenciolo dio cuenta en su ya citada inscripción de que obtuvo una victoria sobre los «enemigos bárbaros» y que a la par san Isidoro se lamentaba de «las insolencias romanas» y ambas escuetas citas solo permiten pensar en una derrota visigoda que tuvo que tener lugar en el 588 o en la primavera o comienzos del verano del 589, momento en el que, recuérdese, una considerable parte del ejército visigodo estaba peleando en Septimania contra los francos. En cualquier caso, la victoria de Comenciolo tuvo que ser importante. Tanto como para ser rehabilitado y obtener un inmediato y fenomenal ascenso al ser promocionado en octubre del 589 al grado de *magister militum per Orientem* . [41]

Sin duda, la derrota sufrida por Recaredo a manos de Comenciolo fue la causa de que el rey tratara de armar una futura vía diplomática solicitando del papa Gregorio Magno que le enviara copia del tratado con el Imperio en donde se fijaban las fronteras. Unas fronteras que, tras la intervención de Comenciolo, ya no debían ser ni claras, ni seguras. Y eso, una frontera insegura y poco clara es lo que evidencian las fortificaciones de lugares como Elo (Elda), Begastri (Cehegín) y, probablemente la misteriosa fortaleza de san Esteban en lo que hoy es la Alhambra de Granada. Lugares todos ellos en zonas disputadas y que debieron de cambiar de manos con frecuencia durante los años que van del 588 al 601, pero en los que Recaredo logró al cabo imponer el dominio del Reino de Toledo.

El rey podía estar satisfecho. Había cerrado las heridas de la guerra civil, coronado la política de su padre y demolido las últimas barreras que separaban a godos e hispanos, colocado al trono en un plano sagrado y fortalecido su papel con el apoyo de la Iglesia y todo ello a la par que derrotaba a los francos y mantenía la presión sobre los bizantinos.

Los últimos años del reinado fueron dedicados a completar lo ya iniciado en el III Concilio de Toledo. Varios concilios provinciales desarrollaron y fortalecieron la dinámica de apoyo mutuo entre la corona y el episcopado. Asimismo, Recaredo aumentó la prosperidad del reino, mejoró su administración y tuvo una política tolerante hacia los judíos. [42]

Es en este reinado cuando se asiste al primer esplendor cultural del Reino de Toledo con figuras tan destacadas como Leandro de Sevilla, Juan de Bíclaro, Masona de Mérida, san Isidoro de Sevilla, Fulgencio de Écija o el abad Eutropio del monasterio Servitano, una pléyade de sabios que crearía escuela y que seguiría incrementándose hasta convertir al Reino en uno de los grandes focos culturales del mundo mediterráneo y del Occidente europeo, y hasta hacer de sus monarcas exponentes de un ideal de «rey sabio» entroncado con la tradición clásica a la par que con la bíblica y que no solo contribuía a revestir al monarca de una sacralidad salomónica, sino que también lo obligaba en cuanto protector de los sabios y amante de la sabiduría. [43]

En diciembre del 601 moría el gran rey. Un hombre que san Isidoro definía como «apacible, delicado, de notable bondad, que reflejaba en su rostro tanta benevolencia y tenía en su alma tanta benignidad que influía en el espíritu de todos, incluso se ganaba el afecto y el cariño de los malos» [44] , pero que demostró asimismo genio y valor militar y una clarividencia política excepcional junto con una habilidad negociadora notable que se manifestó hasta en un punto tan complicado y espinoso como lo era el de la unificación religiosa del Reino. Por ello, san Isidoro, al redactar su *Crónica universal* , no tuvo duda alguna en atribuirle en exclusiva el mérito de tal empresa. [45]

Pero, pese a todo, pese a su tranquila muerte en Toletum y a que su hijo, Liuva II, pudo sucederle en el trono sin tropiezo alguno, el viejo peligro que su padre conjuró con la espada y él

con una política de reconciliación, la ambición nobiliaria, volvería a manifestarse de forma perniciosa.

UN TRONO PELIGROSO: LIUVA II, WITERICO Y GUNDEMARO (601-612) Liuva II, hijo y nieto de reyes, asumió el poder sin traba alguna aparente. Era una ilusión. Su padre Recaredo había sabido combinar con acierto una política de reconciliación y magnanimidad, con una acción implacable contra los que se atrevieran a rebelarse o conjurarse contra él. Recaredo supo, también, progresar en el camino iniciado por su padre de dotar al rey de un halo de sacralidad y prestigio cuasi imperial que le colocara en un plano muy superior al de la levantisca nobleza goda. La desaparición de la dinastía real con Amalarico I en el 531 había abierto el camino del trono a cualquiera que quisiera tomarlo y contara con la fuerza para poder hacerlo y aunque Liuva I, Leovigildo y Recaredo habían laborado con éxito en el empeño de crear una nueva dinastía, lo cierto es que el carácter electivo de la monarquía visigoda siempre plantearía un desafío extra a todos los ocupantes del trono de Toletum. De hecho y como ya hemos visto y, sobre todo, como veremos, sucesiones tan bien ordenadas como las que acontecieron entre el 567 y el 601 constituyen un espacio intermedio entre dos periodos caracterizados por los golpes y las sucesiones violentas, al ser el procedimiento habitual de sucesión en el trono la deposición del monarca precedente o su asesinato y, por ende, al ser frecuentes las conjuras palaciegas y las rebeliones.



Figura 56: Imitación actual de un tremis visigodo de oro acuñado en Augusta Emerita durante el reinado de Liuva II. En el anverso, leyenda +DN LIVVA RE+, y en el reverso +EMERETA PIVS.

Liuva II había nacido en el 584 por lo que tenía diecisiete años cumplidos cuando subió al trono. Como ya vimos más arriba, era hijo de Baddo y la procedencia servil o al menos no noble de su madre, jugó en su contra. Recaredo reconoció a Liuva y hasta su propio nombre, Liuva, el del fundador de la nueva dinastía y tío de Recaredo, parecía anunciar el deseo del rey de dotar a su hijo de una legitimidad que la sangre de su madre parecía negarle.

Pero, no lo logró. Apenas si sabemos algo de Liuva II. Sabemos, eso sí, que de su padre heredó no solo el poder, sino también los hombres fuertes en los que se había apoyado para ejercerlo y uno de esos hombres, el duque Witerico, que cuando era conde había destapado la conjura en Emerita Augusta contra el obispo Masona y el duque Claudio en el 587 o 588, puso fin al gobierno del joven Liuva tras apenas dieciocho meses de reinado efectivo, es decir, en junio del 603.

Parece que fue una rebelión incruenta. Witerico estaba al mando de una parte del ejército y contó con el apoyo de

importantes personajes de la corte y de la nobleza. En un principio, Witerico se contentó con cortarle la mano derecha al desgraciado joven al que reemplazó en el trono, pero apenas unas semanas después de la mutilación optó por mandar ejecutarlo. [46]

El duque Witerico procedía de Lusitania donde era conde de alguna ciudad hacia el 587. Su traición a los conjurados de Emerita Augusta le abrió las puertas de acceso al círculo más íntimo de Recaredo y desde ese puesto de confianza depuso al joven Liuva II. Su acción le acarreó el desagrado de, al menos, una parte del episcopado y la nobleza, pues san Isidoro, sin negarle a Witerico su condición de hábil militar, eleva intensas críticas hacia él por la injusticia que cometió con Liuva II.

Es poco lo que se puede contar del reinado de siete años de Witerico. Sabemos que movió guerra contra los bizantinos aunque no logró más que un éxito reseñable por mano de sus generales: la toma de Sagontia, o al menos una victoria en ella, pues san Isidoro dice que los godos hicieron en ella prisioneros a muchos soldados romanos. Sin duda, Witerico trató de aprovechar el caos surgido en el Imperio por la rebelión y ascenso del tiránico Focas con su espiral de purgas, asesinatos, revueltas, persecuciones y guerras civiles, a lo que desde el 603 se sumó una devastadora guerra con Persia. Teniendo lo anterior en cuenta y lo debilitadas que tenían que estar las posiciones bizantinas en un lugar tan lejano y expuesto como lo era Spania, resultan patéticos los resultados obtenidos por Witerico y sus generales.

Por lo demás, sabemos que este llevó a cabo una política activa ante los reinos merovingios. Trató de lograr una alianza matrimonial con Teodorico II de Borgoña, nieto de Brunequilda, en pos de la seguridad de la Septimania, pero su hija, Ermenberga, fue, literalmente, devuelta a su padre gracias a las maniobras de la implacable Brunequilda, aunque no

queden claros los motivos de la vieja reina para proceder de tal forma. García Moreno ha apuntado que se trataría de una venganza por la afrentosa muerte de Liuva II, pero si consideramos que Brunequilda no debía ya de ser muy devota del padre del muchacho, Recaredo, tras haber descubierto este último la conjura de la madre de Brunequilda, Gosvinta, y haber llevado a la reina viuda a la muerte, me parece poco plausible tal explicación.



Figura 57: Detalle de la placa de bronce sobredorado conocida como la lámina de Valdinievole (Toscana, Italia). Se trata, probablemente, de un aplique decorativo que iría fijado sobre la frente de un casco. En ella se representa una escena de la coronación del rey longobardo Agilulfo (*reg.* 590-616), que sigue modelos imperiales y que por ello podemos suponer similar a las coronaciones de los reyes godos de Hispania. En los extremos se yerguen sendas torres o ciudades esquematizadas a las que siguen sirvientes que acarrean el *globus cruciger* o esfera terráquea coronada por la cruz de Cristo, emblema del poder terrenal. A continuación, dos Victorias aladas que sostienen cornucopias (emblemas de abundancia) y estandartes (*vexilla*) en cuyo interior se puede leer la palabra victoria. Finalmente, ya en el centro de la imagen, el propio rey Agilulfo flanqueado por dos guerreros. Entre las cabezas de estas tres figuras se puede leer la leyenda *d* (*omino*) *n* (*ostro*) *reg* (*i*) *Ag* (*ilulfo*), es decir «nuestro señor y rey, Agilulfo». Este

último aparece sentado en el trono, con la mano siniestra sostiene la vaina de una espada, mientras que con la opuesta hace el gesto de bendición o, lo que es más probable, de *adlocutio* (discurso). Los soldados visten armaduras de tipo laminar que cubren torso, hombros y caderas, y llevan cascos de tipo *spangenhelm* coronados con crines o plumas. Sostienen lanzas y se defienden con escudos redondos dotados de umbo metálico central. Museo Nazionale del Bargello, Florencia.

En cualquier caso, Witerico montó en cólera y trató de replicar a la afrenta organizando una suerte de alianza con el hermano de Teodorico II: Teodeberto de Austrasia –a la sazón enemistado con su abuela Brunequilda y con su hermano Teodorico–, con Clotario II de Neustria y con el rey de los longobardos, Agiulfo. La coalición fue del todo inoperante, pero muestra la intensidad de las relaciones diplomáticas y que, contra lo que se ha afirmado, Toledo era de todo menos un reino ensimismado en sí mismo o aislado.

El desagrado de san Isidoro por la figura de Witerico no solo esconde su exclusión de los círculos de influencia y poder durante el reinado de dicho rey, sino ante todo la sorda oposición que contra el monarca se fue formando no bien se reorganizaron los antiguos partidarios de Recaredo. En abril del 610, durante un banquete real, el rey fue asesinado por hombres que él creía de confianza y que tras darle muerte arrastraron su cadáver y lo profanaron como escarnio y venganza por la inmisericorde expulsión de Liuva II. [47]

Un noble rival, Gundemaro, duque de la Narbonense, tomó el poder y llevó a cabo una campaña contra los vascones cuyas tierras devastó. Asimismo, guerreó contra los bizantinos y puso asedio a una ciudad cuyo nombre no se nos ha transmitido. No parece, sin embargo, que Gundemaro lograra ningún éxito notable contra Bizancio. No obstante, sí llevó a cabo un hecho trascendental para la historia futura del Reino y del resto de la

historia de España: mediante la convocatoria de un sínodo provincial, en octubre del 610 se otorgó la sede primada de la provincia eclesiástica de la Cartaginense a Toletum (Toledo) cuando hasta ese momento la primacía la había tenido Cartago Spartaria (Cartagena) que, recuérdese estaba bajo dominio bizantino [48] y, con ello, el obispo de la sede regia se posicionó para situarse el primero entre los obispos de Hispania.

En febrero del 612, tras haber reinado menos de dos años, Gundemaro falleció de muerte natural y fue sucedido por su general más competente que era a la par un hombre cultísimo: Sisebuto.

SISEBUTO: LA PLUMA, EL ASTROLABIO Y LA ESPADA (612-621) Sisebuto sucedió con aparente facilidad a Gundemaro y ello apunta a que gozaba ya de un papel preponderante durante el reinado de su antecesor. Flavio Sisebuto fue un rey extraordinario no solo por su capacidad como gobernante, sino también por sus características personales. Exceptuando a Heraclio, el contemporáneo emperador de los romanos, no hubo en el Occidente ni en el mundo mediterráneo de aquel tiempo un soberano que pudiera igualar a Sisebuto en amplitud de conocimientos o en su gusto por la cultura. Poeta, hagiógrafo, astrónomo, filósofo, teólogo y gran conocedor de la cultura clásica, Sisebuto destaca sobremanera entre sus contemporáneos merovingios, anglosajones y longobardos y para encontrar paralelos nos obliga a mirar en dirección a augustos romanos como el ya citado Heraclio, tan interesado como Sisebuto por la astronomía y también vivamente atraído por la historia, la alquimia y la óptica. Además, los paralelismos entre ambos monarcas no se

detienen ahí, sino todo lo contrario y así, si Sisebuto tuvo a su lado a un gran sabio, san Isidoro, a quien estimuló para que emprendiera grandes trabajos, Heraclio hizo otro tanto con Esteban de Alejandría. Además, ambos monarcas escribieron obras dedicadas a la astronomía y ambos se preocuparon por los extraños signos y fenómenos que en su tiempo parecían anunciar el fin del mun-do, y si Sisebuto desarrolló una legislación antijudía tendente a conseguir el bautismo forzoso de los judíos, Heraclio hizo exactamente lo mismo, teniendo asimismo que enfrentar ambos soberanos una fuerte oposición por dicha causa de hombres preeminentes de la Iglesia a los que, sin embargo, tenían en alta estima: san Isidoro en el caso de Sisebuto y Máximo el Confesor en el caso de Heraclio. 49

Si de verdad queremos entender que hecho extraordinario significó en Europa occidental la existencia de soberanos como Sisebuto y sus sucesores, esto es, reyes no solo capaces de leer y escribir, sino pertrechados de conocimientos suficientes como para presidir reuniones tales como los concilios de Toledo en los que eruditos obispos y nobles del Aula regia se reunían para debatir problemas del dogma y la teología y, en relación con ellos, cuestiones de derecho, costumbres y política, basta con mirar a la Francia merovingia del siglo VII o a la Inglaterra anglosajona del mismo periodo y constatar cómo allí los reyes letrados o no existían, en el caso de Inglaterra, o bien comienzan a ser anécdota hasta desaparecer y pasar a ser cosa normal que los soberanos ni siquiera pudieran escribir su propio nombre, como es el caso de la Francia merovingia.

Y es que el siglo VII, ya lo veremos, fue un siglo de renacimiento cultural en España y dicho renacimiento fue aún más significativo porque tuvo lugar durante una fase de oscurecimiento cultural en el resto de Europa occidental. Pues bien, Sisebuto puede ser señalado como el gran dinamizador de dicho esplendor cultural y como el rey visigodo que marcó un nuevo modelo de soberano que debía de ejercer como protector de las letras y las artes e, incluso, como docto en las mismas. A él, a Sisebuto y como ya apuntamos, se deberían algunas de las grandes obras isidorianas: las *Etimologías* , las *Sententiae* el tratado *De natura rerum* , la *Crónica universal* o las *Historias de los godos, vándalos y suevos* , en su primera versión, a la que Isidoro puso fin justo tras el vil asesinato de Sisebuto y si bien es cierto que Toletum comienza a despuntar ya como centro cultural bajo Leovigildo y Recaredo, es con Sisebuto cuando se transforma de centro en foco que irradiará su influencia a todo el Occidente.

Tal como destaca el maestro Alejandro Rodríguez de la Peña, hasta el III Concilio de Toledo los reyes godos eran ante todo caudillos guerreros, [50] pero a partir de ese momento, pasan a ser *vicarius dei* , intermediarios entre Dios y su pueblo, y a tener como modelo al rey pastor y sabio del Antiguo Testamento a la par que a los emperadores romanos. Dicho de otro modo: Salomón, David, Constantino y Justiniano son el modelo a seguir y en los cuatro casos la piedad, la sabiduría, la cultura, el derecho y el ejercicio de las armas tenían su papel, un gran papel, en el trono de Toledo.



Figura 58: Tremis de Sisebuto acuñado en la ceca de Híspalis (*ca.* 612-621). En el anverso, busto del monarca con la leyenda SISEBVTVS RE+, y en el reverso busto y leyenda recogiendo la ceca, ISPALIPIVS+.

Parece que el futuro rey se formó en el monasterio de Agali, cercano a Toletum, célebre en su tiempo por el gusto que por el estudio de las estrellas tenían sus monjes y en donde Sisebuto destacó por su conocimiento de la astronomía. Un conocimiento que el rey exhibió en un tratado que, por desgracia, se ha perdido, el *Astronomicum* , y en un poema de 61 hexámetros que envió a su amigo san Isidoro en donde hizo gala de un profundo conocimiento de la poesía latina a la par que de los saberes astronómicos más elevados de la época, entre los que figuraban un excepcional dominio de las causas de los eclipses y de cuestiones tales como la esfericidad de la tierra, la carencia de luz propia de la luna y de la órbita de esta última y de la del sol. Saberes todos ellos que lo ponen a la altura del último gran representante de la Escuela de Alejandría, el contemporáneo Esteban de Alejandría y que lo sitúan por encima y al menos en este campo, de san Isidoro y de cualquier otro sabio de la Europa occidental de aquella época. [51]

Luego, el ejercicio de las armas y del gobierno le aproximaron al círculo de poder que sustentó a Gundemaro

preparando así su ascenso al trono. [52] Pero ni siquiera una vez en el trono olvidó que el dominio de las letras y las artes liberales podía tener efectos prácticos sobre la política de un rey y así, al escribir su obra hagiográfica sobre el obispo Desiderio de Vienne, lapidado en el 603, Sisebuto aprovechó para generar una influyente obra en la que se acentuaba la participación de la vieja reina Brunequilda y de su nieto Teodorico de Borgoña en el martirio del santo, convirtiendo en una bruja malvada a la primera y en un necio sin voluntad al segundo y dando así un giro propagandístico a su vida del santo franco dirigiéndola contra los enemigos tradicionales de Toletum: los reyes francos de Borgoña, y con tan buen éxito en dicho cometido que la imagen de Brunequilda y Teodorico que generó Sisebuto llegó a influenciar incluso al cronista franco que conocemos como Fredegario, [53] mostrando con ello su acierto como herramienta política contra los francos de Borgoña. Y con la misma elevada cultura y habilidad política, Sisebuto intercambiaría con el patricio bizantino Cesáreo una erudita correspondencia diplomática que venía a completar sus éxitos militares contra el Imperio. En fin, esa gran cultura le fue beneficiosa para ponerse en relación con el rey longobardo Adaloaldo a través de un exquisito *Florilegium* catequético en donde le instaba a la conversión al catolicismo, o lo habilitaba para intervenir con celo y autoridad en cuestiones eclesiásticas como cuando reprendió a Cecilio de Mentesa (La Guardia de Jaén), por abandonar su sede para retirarse a un monasterio desatendiendo sus obligaciones como obispo, juez y supervisor de la administración, o como cuando reconvino al obispo de Tarragona por su excesivo entusiasmo por los espectáculos teatrales y las carreras de carros. [54]

Su fama fue grande. No solo lo ensalzó su amigo san Isidoro: «Fue brillante en su palabra, bastante instruido en conocimientos literarios», [55] sino que Fredegario, el cronista

franco del siglo VII, lo definió como «rey clementísimo, varón sabio, piadoso y merecedor en toda Hispania de gran alabanza». [56] Pero Sisebuto no solo fue un hombre cultísimo y erudito, también fue un guerrero y un excelente administrador.

Nada más iniciarse su reinado, quizá alarmado ante los extraños fenómenos celestes que le motivaron a escribir su opúsculo en verso sobre los eclipses lunares, decretó el bautismo forzoso de los judíos del reino. [57] Al poco, es probable que en la primavera del 613, iniciase una serie de operaciones bélicas a gran escala contra la provincia bizantina de Spania con las que trataba de aprovechar al máximo la oportunidad que representaba el que el grueso de las fuerzas imperiales estuviera destacado en la defensa de Asia Menor, Palestina y Egipto frente a los persas. Esas campañas fueron durísimas y Sisebuto las llevó a cabo con maestría y éxito notables. Derrotó en dos ocasiones a las tropas bizantinas, [58] puso sitio y tomó Asidona y Malaca (615) y «arrasó hasta los cimientos» otras muchas ciudades costeras que no se especifican pero que Fredegario ubica en el litoral y que san Isidoro en su *Crónica universal* se contenta con evaluar de forma laxa: «Sometió a su poder con las armas a muchas ciudades que estaban bajo el control del ejército romano». El componente naval que necesariamente tuvieron que tener estos combates contra las ciudades costeras de la Spania bizantina, se ve confirmado más adelante por san Isidoro cuando resalta que fue con Sisebuto cuando los godos se tornaron en experimentados combatientes navales destacando en el arte de la guerra marítima que hasta ese momento no habían dominado y señalando en la misma frase a los derrotados soldados romanos como rivales y admiradores de los godos. [59]

Así que Sisebuto triunfó de forma incontestable sobre las armas romanas y causó tal mortandad entre sus enemigos que hasta el propio rey se sobrecogió: «¡Ay de mí, y que mi reinado

tenga que ser testigo de un derramamiento de sangre tan grande!» [60] , le hará exclamar Fredegario en su crónica y parece que esta imagen humanista del rey, tan propia de militares de genio y carrera, se corresponde con la realidad, pues así lo afirma el propio Sisebuto en una de las cartas que intercambió con su gentil enemigo bizantino, el patricio Cesáreo: «Si se producen guerras, si la cruenta espada se ensaña por doquier, si los vicios de los hombres hacen que los tiempos presentes sean belicosos, ¡Qué cuentas, pensadlo habrá que rendir a Dios por tantos crímenes, por tantas calamidades, por tantas funestas heridas!». [61]

El eco de los triunfos de Sisebuto definió para siempre su reinado. Pasados 133 años de su muerte, el cronista de la *Mozárabe* del 754 los glosó así: «Sisebuto, hombre sabio, bastante instruido en las letras, gobierna Iberia durante ocho años, hace capitular las ciudades romanas que quedaban en Hispania y convierte a los judíos por la fuerza». [62]

Las campañas de Sisebuto contra los bizantinos concluyeron con un tratado por el que el Imperio reconocía las pérdidas de territorio sufridas y quedaba reducido en Hispania a la región levantina en torno a Cartagena, a la aislada y medio insular Mesopotaminoi (Algeciras), a las islas Baleares y a Septon. Sisebuto se mostró piadoso y magnánimo en la victoria al conceder la paz a un Imperio que en ese momento se hallaba al borde del colapso ante la expansión sasánida y rescatar a costa del tesoro real a miles de cautivos que su propio ejército había hecho durante la guerra contra el territorio romano en Spania. [63]

No fueron las únicas victorias logradas durante el reinado de Sisebuto. Al principio de su gobierno el duque Requila o Rechila condujo una exitosa campaña contra los astures, que se habían revelado y que fueron de nuevo sometidos y, poco después, Suintila, a la sazón otro de los duques de Sisebuto,

atacó las inaccesibles montañas de los runcones, un belicoso y oscuro pueblo astur que había combatido de un modo feroz a los suevos y a los godos por sostener su independencia y que ahora fue sometido por mandato de Sisebuto. [64]

Hubo incluso una tercera empresa bélica en el norte que está rodeada de tintes enigmáticos que han intrigado e intrigan a los historiadores y que solo recoge Fredegario en su crónica. Según este cronista franco que escribía hacia el 660, Sisebuto había arrebatado Cantabria al Imperio. Como el cronista añade que dicha provincia había estado antes bajo dominio franco y que un duque de nombre Francio la había conquistado y pagado tributo a los reyes francos hasta que Cantabria volvió al Imperio antes de ser conquistada de nuevo por los godos bajo Sisebuto, [65] el embrollo es mayúsculo y sin duda muestra un fuerte vaivén en la soberanía goda sobre Cantabria a inicios del siglo VII. Ya vimos que Cantabria era un término geográfico que en la época abarcaba una amplia zona del norte peninsular que *grosso modo* englobaría lo que hoy son Cantabria propiamente dicha, La Rioja, Álava y las zonas colindantes de Burgos. También tenemos que recordar que, por la *Vida de san Millán* escrita por Braulio de Zaragoza hacia el 630, dicha región estaba gobernada por un Senado de potentados de origen hispanorromano que se enfrentaron a Leovigildo en el 574 y que vieron cómo su región fue sometida a los godos. [66]

Con todo lo antes expuesto solo se me ocurre una explicación para ordenar el puzle que plantea la enigmática noticia de Fredegario y es que en algún momento tras la muerte de Recaredo, Cantabria o una parte de ella fue ocupada por un noble franco de posible origen aquitano y de nombre Francio, que probablemente contó con alianzas o conexiones vasconas y que logró hacerse con el título de duque previo reconocimiento del señorío franco y el pago de tributos a los merovingios. Puede incluso que esta «expansión franca» pueda relacionarse

con la aparición en el sur de Aquitania y a inicios del siglo VII, del ducado de Wasconia. En cualquier caso, en algún momento, Francio murió o fue expulsado de Cantabria y puede que el «regreso al Imperio» de Cantabria no sea sino el regreso de los antiguos potentados hispanorromanos del lugar al gobierno de la provincia y que, amenazados por francos y godos, buscaran cierta protección reconociendo la autoridad formal del Imperio: la única potencia que no amenazaba su independencia pero que, llegado el caso, podía presionar a godos y francos y a la que quizá interesara abrir un «segundo frente» al enérgico Sisebuto en el momento en que este atacaba con brío la Spania romana.

Desde este enfoque se podría entender mejor la noticia de Fredegario y contextualizar esta segunda conquista de Cantabria en el marco de la guerra de Sisebuto contra el Imperio. Por lo demás, las extrañas noticias ubicadas en esos primeros años del siglo VII, sobre el destierro y exilio en tierras vasconas o en Hispania, de santos, obispos y laicos bizantinos de Sicilia como Gregorio de Agrigento, o como el obispo Leoncio, por orden del papa Gregorio Magno, [67] puede que también estén relacionadas con los ecos de esta suerte de «restauración nominal» del Imperio en el lejano y oscuro norte hispano. Puede también que la noticia de Braulio de Zaragoza sobre un Senado cántabro quizá enmascare también una realidad que resurgió en tiempos de Sisebuto y que «refrescara» su destrucción en tiempos de Leovigildo y reverdeciera así los laureles proféticos de san Millán. Sea como fuere, Cantabria fue de nuevo puesta bajo el dominio del Reino de Toledo y como dice Fredegario, bajo el reino de Sisebuto: «El dominio de los godos en Hispania se extendió desde el mar a los Pirineos». [68]

La conquista de buena parte de la Spania bizantina planteó a Sisebuto y a la Iglesia hispana las cuestiones referentes a armonizar los límites entre las diócesis que las frecuentes

guerras libradas entre romanos y godos habían alterado desde los tiempos de las campañas de Leovigildo y hasta los de Sisebuto. Para ello se reunió en Sevilla en noviembre del 619 y bajo la presidencia del amigo y hombre de confianza del rey, san Isidoro, un sínodo provincial en el que las diócesis del reino recién conquistadas, como la de Malaca, reclamaron recuperar su antigua extensión. [69] El concilio provincial de Sevilla también sirvió para el lucimiento teológico de san Isidoro que se enfrentó en una viva polémica a un obispo sirio que, como tantos otros, llegaba huyendo de las conquistas persas y que pretendía propagar una doctrina herética. [70]

La pluma, el astrolabio y la espada, esa hubiera podido ser la divisa de Sisebuto. Poeta, astrónomo y general de genio. Pocos reyes de España fueron tan portentosos y grandes como Sisebuto y es en verdad triste el olvido que sobre él ha caído.

Su final fue dramático y descorazonador. En su primera redacción, 621, san Isidoro cerró su *Historia de los godos* , narrando como su rey y amigo fue asesinado mediante el veneno. En la segunda, 626, reinando el que a todas luces fue el instigador del asesinato de Sisebuto, Suintila, tuvo que ser más prudente y achacar su muerte a la naturaleza o a una intoxicación producida por un medicamento. [71]

SUINTILA O LA UNIDAD POLÍTICA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA (621-631) Tras el asesinato de Sisebuto, su hijo pequeño, Recaredo II, subió al trono. Según san Isidoro, amigo de su padre y testigo de los hechos, apenas si reinó unos días. [72] Pero el cronista de la *Mozárabe* del 754 extiende su reinado durante tres meses. [73] Se me hace difícil pensar que el joven príncipe murió de muerte natural y muy fácil concluir que la misma mano que envenenó a su padre debió de eliminarlo a él. Como en los buenos libros de género

negro contamos con un sospechoso marcado por ser el receptor del inmediato beneficio de la eliminación de Sisebuto y su hijo: Suintila.

Flavio Suintila (621-631) fue otro de los grandes reyes godos, se había labrado su acceso al trono con la espada. En marzo del 621, tras la extraña y prematura muerte de Recaredo II, el poderoso duque Suintila, célebre por sus victorias sobre runcones y romanos, se hizo con el trono. Para san Isidoro tuvo que ser duro contemplar al feroz duque cuya mano probablemente había facilitado el envenenamiento de su amigo Sisebuto, ocupar el trono de Toledo, el cual san Isidoro consideraba el trono de un nuevo pueblo elegido y, por ende, un trono que debía de estar reservado a hombres piadosos. Suintila no había sido un hombre piadoso, pero había sido y sería un conquistador y, al cabo, san Isidoro tuvo que reconocerle esa gloria, amén de la generosidad y, con ambas, gloria y generosidad, Suintila se ganó al episcopado y a la nobleza del reino, ambas recelosas de las maneras cuasi imperiales de Sisebuto, de manera que no se opusieron al cambio de régimen.

Ya en el verano del 621, quizá para demostrar su fortaleza y pericia militar y con ello asegurar un trono ganado de forma poco honrosa, Suintila condujo a su hueste contra los siempre inquietos y salteadores vascones. La campaña fue todo un éxito y parece que se libró en las regiones norteñas de la actual Navarra. Suintila golpeó con tanta ferocidad a los vascones, devastó con tanta fiereza sus tierras y tomó tantos de sus castros que los montañeses tuvieron que rendírsele en masa, reconocer su autoridad, pagarle tributo y proporcionar la mano de obra necesaria para la edificación de una ciudad fortaleza destinada a evitar sus correrías, Oligicus, la actual Olite en Navarra. [74]

Con esta acción, la fundación de una ciudad, Suintila continuaba por la senda abierta por Leovigildo. Siguió frecuentándola. En el 623, cuando más dura era la guerra entre Persia y el Imperio, Suintila aprovechó la difícil coyuntura militar que atravesaba Bizancio para romper el tratado firmado por Sisebuto y atacar las últimas posesiones romanas en el Levante hispano. No tuvo que ser una guerra sencilla, pues Suintila se desempeñó en ella con extrema ferocidad y acierto, ya que tuvo que lidiar con hasta dos patricios romanos a los que venció y de los que se apoderó, de forma que culminó la guerra con el asedio, toma y destrucción de la capital de la Spania bizantina, Cartagena, en el verano u otoño del 625. Cartagena vio sus murallas desmanteladas y de hecho quedó tan arruinada que apenas si merecía ya el nombre de ciudad, por lo que dejó de ser también sede episcopal. [75]

El triunfo de Suintila fue tan grande que san Isidoro lo cantó con las siguientes palabras en su *Crónica universal* : «Suintila inició la guerra contra las restantes ciudades romanas y con una rápida victoria obtuvo el primero la monarquía de todo el reino unificado de Hispania». Las palabras de san Isidoro son elocuentes y claras, así que están muy lejos de los difíciles y alambicados encajes que una buena parte de la historiografía contemporánea se empeña en hacer para negar una idea identitaria de Hispania en estos años del siglo VII. El lector podrá confirmarlo por sí solo cuando lea lo que al respecto del triunfo de Suintila diría Isidoro de Sevilla en su *Historia de los godos…* : «Fue el primero que obtuvo el poder monárquico sobre toda Hispania hasta el Océano y el Estrecho, hecho que no se dio en ningún príncipe anterior». [76] *Totius spaniae intra Oceani fretum* , rezan las palabras latinas como en un eco broncíneo y así llegaron al cronista de la 754 que dirá al respecto del triunfo de Suintila: *Totius Ispanie monarchiam obtinuit* . [77]

Pero dejando cuestiones identitarias aparte, tuvo que haber también mucha tierra y mucha riqueza que repartir y como ya hemos apuntado, Suintila, en la primera mitad de su reinado, era un rey generoso y cubrió de riquezas y fincas a los obispos y nobles del reino. Pero también era un hombre dominante y ambicioso. Un hombre dispuesto a fundar una dinastía. En el 626 o poco después, asoció a su hijo Ricimero al trono y todo comenzó a cambiar. 78



En efecto, si en el 626 san Isidoro usa la figura de Suintila como máxima expresión de lo que debía de ser un soberano ideal diciéndonos: «Además de estos motivos de alabanza a la gloria militar de Suintila, tenía este rey muchísimas más virtudes propias de la majestad real: fidelidad, prudencia, habilidad, examen extremado en los juicios, atención primordial al gobierno del reino, munificencia para con todos, generosidad para con los pobres y necesitados, pronta disposición para el perdón; tanto que merecía ser llamado Príncipe no sólo de los pueblos, sino también padre de los pobres». 79 A partir de dicho año, esto es, a partir de que alcanzó el cénit de su gloria militar y asoció al trono a su hijo

Ricimero, la figura del rey, al parecer atrapada por la *hybris* , [80] sufre un continuo deterioro que quedará reflejado en las fuentes que comienzan a perfilar a Suintila como un rey tiránico, ambicioso, injusto y desagradecido. Así, Fredegario escribirá: «Suintila fue muy duro con sus seguidores y fue odiado por todos los magnates de su reino». [81] Y en el IV Concilio de Toledo del 633 sería condenado y reprobado con mucha dureza, por lo que fue excomulgado y quedó como ejemplo de mal príncipe que, por serlo, se había despojado de la sagrada majestad real que no había sabido honrar con sus actos: «Acerca de Suintila, que temiendo sus propios crímenes renunció el mismo al reino y se despojó de las insignias del poder, decretamos de acuerdo con el pueblo lo siguiente: que ni a él ni a su esposa, a causa de los males que cometieron, ni a sus hijos, les admitamos jamás a nuestra comunión, ni les elevemos otra vez a los honores de los cuales fueron arrojados por su iniquidad. [82]

El texto recién citado no tiene desperdicio y volveremos sobre él más adelante por ser ejemplo paradigmático del nuevo tipo de monarquía que del IV Concilio de Toledo surgió. Una monarquía en la que el pueblo, representado por sus obispos y por los nobles del Aula regia reunidos en Concilio, era, en última instancia, detentador de la soberanía y Dios, a través de las decisiones conciliares, el garante de la misma.

Por lo tanto, parece que tras su triunfo sobre los romanos, Suintila pasó de la generosidad al recelo, pues la nobleza no aceptó de buena manera la asociación de su hijo a un trono que, recuérdese, se suponía electivo. De las donaciones regias a las confiscaciones hubo un paso y las conjuras se sucedieron a la par que los castigos del rey. El duque Requila, el otro gran general de Sisebuto, cayó en desgracia y el obispo Marciano de Écija fue acusado de tramar un complot contra el rey. Un rey que cada vez era más despótico y cruel.

Si algo había demostrado hasta ese entonces la historia del reino era que un rey solo podía sostenerse en el trono si lograba un amplio círculo de apoyos a su alrededor. Suintila estaba haciendo lo contrario desde el 626, estaba demoliéndolo. Esa labor de insensata y tiránica «demolición» de apoyos llevó incluso a que su propio hermano, Geila, le abandonara en el momento decisivo. [83]

Ese momento llegó en el 630, cuando en Septimania se alzó Sisenando, probablemente y a la sazón duque de la Narbonense. El rebelde Sisenando compró el auxilio militar de Dagoberto de Austrasia, Neustria y Borgoña, el más poderoso de los reyes francos desde los días de Clodoveo, con la promesa de que le entregaría una de las piezas más increíbles del *thesaurus* real godo: el *missorium* de oro y gemas preciosas de 500 libras de peso que el patricio y tres veces cónsul Flavio Aecio regalara al rey Turismundo en homenaje a su valor en la batalla de los Campos Cataláunicos y como compensación por la muerte de su padre durante la misma batalla. [84]

La entrada de Sisenando y sus aliados en Hispania fue imparable. Suintila convocó al ejército para hacer frente al rebelde, pero conforme avanzaba a su encuentro en el valle del Ebro, más y más nobles con sus comitivas armadas le iban abandonando y pasándose a su rival. Abandonado por la mayor parte de sus tropas y nobles, Suintila se entregó a Sisenando en Zaragoza donde solicitó una clemencia que obtuvo a cambio de renunciar al trono. Era marzo del 631 y, de nuevo, el trono de Toletum era ganado mediante un acto violento. [85]

REYES, PERO NO TIRANOS: SISENANDO Y EL IV CONCILIO DE TOLEDO

Sisenando tuvo que iniciar su reinado resolviendo una cuestión bastante incómoda: pagar a Dagoberto I su apoyo militar. En apariencia el pago estaba fijado: la entrega del

fabuloso *missorium* de 500 libras de oro adornado con piedras preciosas que el patricio Flavio Aecio regalara a Turismundo en el 451, pero para los godos el *thesaurus* era algo más que un depósito de riquezas. Era, ante todo, la expresión brillante y palpable de su identidad y de su historia. [86]

Por eso, entregar a los francos una de las piezas más preciadas, no solo en el plano puramente económico, sino ante todo en el sentimental, por así decirlo, era impensable para la nobleza. Eso sería como entregar una parte de la esencia del pueblo y no podía contemplarse. Por eso, cuando Sisenando entregó el *missorium* de Aecio a los francos, los nobles godos asaltaron la comitiva que lo llevaba a Francia y lo recuperaron.

Así que Sisenando tuvo que plegarse ante las críticas y oposición de la nobleza y compensar a Dagoberto de otra manera: pagándole la crecida suma de 200 000 sólidos áureos. [87] Una cantidad muy superior al peso de las 500 libras de oro que conformaban el citado regalo del patricio y tres veces cónsul Flavio Aecio, el equivalente a 36 000 monedas de oro y que tampoco puede explicarse por las piedras preciosas que orlaban la gigantesca bandeja, ni por los artísticos grabados que la adornaban, sino que solo puede entenderse como prueba de que Dagoberto supo sacar partido del apuro de Sisenando y de que conocía muy bien el valor identitario y sentimental que la pieza tenía para los godos.

Sanz Serrano desconfía del relato de Fredegario, por lo que es en este caso una *rara avis* entre los especialistas y señala que el portentoso *missorium* de Aecio era un «regalito» que no habría atraído la ayuda de Dagoberto I. Pero el *missorium* , solo por el peso de su oro y como ya hemos señalado, equivalía a 36 000 sólidos áureos, una cantidad superior a los 30 000 que Leovigildo pagó a los bizantinos en el 585 para que se retiraran dejando desvalido a Hermenegildo. Además, no eran solo el oro y las piedras preciosas, sino el prestigio que su posesión

implicaba lo que atrajo al soberano franco a la alianza con Sisenando. [88] Eso y la posibilidad de que la guerra civil visigoda ofrecería como modo de quebrantar al único reino que podía oponerse al suyo en Europa occidental, amén del potencial botín que podría hacerse durante la campaña y el prestigio guerrero que le reportaría si se batallaba. Pero no se batalló. Sisenando aceptó la rendición de Suintila y fue proclamado rey y el ejército franco regresó a su tierra provisto de 200 000 monedas de oro contantes y sonantes.

Sisenando reinaría durante cinco años, del 631 al 636, y lo hizo adoptando una política muy diferente a la de sus antecesores. Donde Sisebuto y Suintila habían ostentado unas formas cuasi imperiales de gobierno, él buscó el compromiso y la sanción de la nobleza eclesiástica y laica del Reino.

Primero, sin embargo, había que consolidarse en el trono. A la par que Sisenando se levantó en el norte del Reino, en el sur lo hizo otro noble del que tan solo sabemos el nombre, su pretensión de ser rey y la extensión aproximada de su dominio: de Emerita Augusta a Ilíberi. Me refiero al misterioso Iudila del que no poseemos más que testimonios numismáticos y que acuñó monedas en las referidas ciudades. [89] Este no debió de vivir mucho. Sisenando se impuso en todo el territorio y al llegar el año 633 debía de controlar por completo el reino y como prueba de ello, tenemos su convocatoria del IV Concilio de Toledo. El segundo general que se reunía desde los días de Recaredo. Algo lo bastante extraordinario como para que el cronista de la *Mozárabe* del 754 lo destacara.



Figura 59: Fragmento de cimacio visigodo tallado en mármol blanco, hallado en el barrio Campo de la Verdad (Córdoba) y fechado en el siglo VI. Muestra un bajorrelieve que representa una columnata o arquería presumiblemente similar a aquella de la que formaba parte. Se distinguen hasta cinco columnas con los fustes salomónicos que sostienen arcos de medio punto. Entre las columnas se tienden cortinas que cierran el paso a través del intercolumnio. Nos hallamos ante una iconografía que recuerda a la representación del palacio de Teodorico el Grande visible en un mosaico de la basílica de San Apolinar el Nuevo (Rávena), y podemos suponer que el relieve represente un palacio, acaso la propia sede del poder en el reino visigodo, el Aula regia. Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba.

Se reunieron 66 obispos o vicarios por ellos delegados y junto con los eclesiásticos, los nobles del Aula regia. [90] Una auténtica asamblea representativa del reino y así lo sentían y manifestaban los asistentes pues, como ya señalamos, hablaban en nombre del pueblo. Un pueblo que, desde la conversión de

Recaredo se formulaba como «un solo rebaño» y que, a través de sus representantes o pastores, los obispos, se creía con el derecho de reclamar a sus reyes justicia o, si estos no se subordinaban a la ley y no actuaban conforme a ella y a la piedad cristiana, apartarlos del trono.

Reunido en Toletum el 5 de diciembre del 633 en la iglesia de santa Leocadia bajo la dirección de san Isidoro, quien también fue inspirador y, lo más probable, redactor de los cánones que se aprobaron en aquel concilio [91] de «los obispos de Hispania y Galia» que abrió sus sesiones con el rey Sisenando postrado en el suelo rogando a los presentes que intercedieran por él ante Dios y dirigiendo a la asamblea un discurso. [92]

Aunque fueron muchos los temas tratados en el concilio, lo cierto es que es su último canon el que lo definió. Nos referimos al canon LXXV en donde se establecen las obligaciones del pueblo hacia los reyes y de estos hacia el pueblo. Una suerte de «contrato social» extraordinario que marcó el resto de la historia del reino y que constituye una sanción de la monarquía electiva, de su sacralidad y del derecho de los pueblos a ser regidos en justicia y con benignidad y la obligación de los reyes a actuar conforme a derecho y en beneficio del pueblo: La última decisión de todos nosotros, los obispos, ha sido redactar en la presencia de Dios, el último decreto conciliar, que fortalezca la situación de nuestros reyes y dé estabilidad al pueblo de los godos. Tal es la doblez de alma de muchas gentes, como es sabido, que desprecian guardar a sus reyes la fidelidad prometida con juramento, y mientras en su corazón abrigan la impiedad de la infidelidad…

Como puede verse, la cuestión de las conjuras y sublevaciones estaba en el eje del discurso e interesaba a todos: a Sisenando, el rey, por motivos obvios, pero también a obispos y nobles en cuanto a garantes de la prosperidad y paz del reino

que se veía turbada de continuo por tales hechos. Por eso, el canon sigue diciendo al respecto de lo poco que puede esperarse de un pueblo, un Reino, sometido sin cesar al vaivén de las conjuras, sublevaciones y luchas por el poder: ¿Qué esperanza le quedan a tales pueblos cuando luchan contra sus enemigos? ¿Cómo se les podrá anunciar en adelante que vivirán en paz con otras gentes? ¿Qué pacto no será violado? ¿Qué promesa jurada a los enemigos permanecerá firme cuando no guardan la fe que juraron a sus propios reyes? ¿Quién está tan loco que con su propia mano se corta la cabeza?

Y acudiendo al texto bíblico añaden: El Señor dice: No toquéis a mis ungidos. Y David añade: ¿Quién extenderá la mano contra el ungido del Señor y será inocente?

Se sancionaba así, como acabamos de ver, la sacralidad del rey. El monarca es ahora «el ungido del Señor», un nuevo David y, por ende, un soberano puesto bajo la protección de Dios y para que así constara el canon prosigue advirtiendo: Que nadie de entre nosotros arrebate atrevidamente el trono. Que nadie excite las discordias civiles entre los ciudadanos. Que nadie prepare la muerte de los reyes, sino que muerto pacíficamente el rey, la nobleza de todo el pueblo, en unión de los obispos, designarán de común acuerdo al sucesor en el trono, para que se conserve por nosotros la concordia de la unidad, y no se origine división alguna ni de la Patria, ni del pueblo a causa de la violencia y la ambición.

Lo que acabamos de ver es extraordinario. No solo se establece la sacralidad del trono y de su ocupante, sino que además se sanciona la condición de monarquía electiva del Reino de Toledo que será proveído de nuevo rey por la elección que nobleza y episcopado hagan. Además, la monarquía se establece como salvaguarda de la paz y de la unidad de la patria y del pueblo.

Patria y pueblo. Es a su bienestar y unidad a lo que en este canon se consagra la institución de la monarquía electiva y sagrada. Y, si bien es cierto que al rey lo eligen los obispos y nobles reunidos en asamblea, lo hacen en cuanto representantes del pueblo godo o, como también se repite una y otra vez en el canon, *Spaniae populi* , es decir, de los «pueblos de España». Pues ambos términos, «pueblo godo» y «pueblos de España» son intercambiables en este texto crucial y conforman el *populus* , y eso pese a que quienes están reunidos en concilio son «Sesenta y seis obispos y vicarios de Hispania y Galia» y no solo de Hispania y otro tanto podría decirse de los nobles del Aula regia que, sin duda, procederían de Hispania y de Galia y, sin embargo, el canon dice: *Spaniae Populi* . Dicho de otro modo: el término *Spania* , como parte mayor del todo, es el resumen y concreción del reino. Máxime cuando Sisenando aparece en él intitulado como *Sisenandi regis Spaniae atque Galliae* , esto es, «Sisenando rey de Hispania y Galia».

El canon no se conformaba con señalar las obligaciones del pueblo hacia el rey elegido y legítimo, sino que advertía con el peor de los castigos a los infractores: Cualquiera pues, de nosotros o de los pueblos de toda Hispania, que violare con cualquier conjura o manejo el juramento que hizo en favor de la prosperidad de la Patria y del pueblo de los godos y de la conservación de la vida de los reyes, o intentare dar muerte al rey, o debilitare el poder del reino o usurpare con atrevimiento tiránico el trono del reino, sea anatema, en la presencia de Dios padre y de los ángeles y arrójesele de la Iglesia Católica.

Y para que constara que la advertencia y anatema anterior no solo era cosa de una asamblea conciliar de obispos, sino de una que se creía representación y delegación de todo el pueblo, se añade: «Y todo el clero y el pueblo dijo: "Cualquiera que se atreviere contra esta vuestra determinación, sea en la venida del Señor anatema, *maranata* "».

Nótese que la expresión «nuestra determinación» implica que es del concilio, de la asamblea y no del rey, Sisenando, de donde surge la autoridad que expresa el canon. Pues, aunque este último proyectaba el interés del rey en cuanto poner en salvaguarda su poder y autoridad y dotarlo de la sacralidad necesaria para convertir en terrible pecado cualquier conjura, sublevación o asesinato planeado o perpetrado contra él, la fuerza de la condena procede de Dios y del pueblo representado por sus obispos y nobles.

Y no solo se advertía a los pueblos rebeldes y a los nobles levantiscos de que serían anatema si se rebelaban contra un rey legítimamente instalado en el trono, sino que el concilio también expresaba su derecho a advertir al rey de que de no cumplir con su parte de ese «contrato» entre pueblo y soberano, entre pastor y rebaño, podía ser anatematizado y, por ende, excluido y privado del poder que se le había otorgado mediante su elección: Y a ti también nuestro rey actual y a los futuros reyes en los tiempos venideros, os pedimos con la humildad debida que, mostrándoos moderados y pacíficos para con vuestros súbditos, rijáis los pueblos que os han sido confiados por Dios, con justicia y piedad, y correspondáis debidamente a Cristo bienhechor que os eligió, reinando con humildad de corazón y con afición a las buenas obras. Y ninguno de vosotros dará sentencia como juez único en las causas capitales y civiles, sino que se ponga de manifiesto la culpa de los delincuentes en juicio público, por el consentimiento del pueblo con las autoridades, guardando vosotros la mansedumbre sin irritación de nadie, para que vuestra autoridad sobre ellos se funde más en la indulgencia que en la severidad. «Y acerca de los futuros reyes, promulgamos esta determinación: que si alguno de ellos en contra de la reverencia debida a las leyes, ejerciere sobre el pueblo un poder despótico con autoridad, soberbia y regia altanería, entre delitos, crímenes y ambiciones, sea condenado

con sentencia de anatema, por Cristo Señor, y sea separado y juzgado por Dios porque se atrevió a obrar malvadamente y llevar el reino a la ruina».

Y para que no quedara duda de que lo anterior no sería una vana advertencia para Sisenando y para los futuros reyes, el concilio trajo a colación el «reciente ejemplo» de Suintila, cuya excomunión y reprobación ya hemos citado más arriba y cuya gloria militar, la de haber unificado el reino, no le había otorgado el derecho a tratar al pueblo, a los nobles y a la Iglesia con altanería y tiranía: Acerca de Suintila, que temiendo sus propios crímenes renunció él mismo al reino y se despojó de las insignias del poder, decretamos de acuerdo con el pueblo lo siguiente: que ni a él ni a su esposa, a causa de los males que cometieron, ni a sus hijos, les admitamos jamás a nuestra comunión, ni les elevemos otra vez a los honores de los cuales fueron arrojados por su iniquidad. [93]

Concluyamos. El rey no estaba por encima de la ley. Se debía a ella. A ella, y a su pueblo. Recuerdo al lector que estamos en el año 633-634 y que no hay nada parecido a esta concepción del poder, del gobierno, de la soberanía, de la patria y del pueblo en la Europa occidental del momento y que no lo habría durante mucho tiempo. [94] Esta y no otra, es la excepcionalidad del Reino de Toledo, la primera España que ahora sí, ya estaba plenamente conformada.

Por lo demás, tras Sisenando, el rey debe de ser ungido y recibir el juramento de su pueblo. Un juramento que deben de formular no solo los grandes del reino, sino «todos los pueblos de Spania» y que así es demandado por los funcionarios reales hasta en el último rincón del reino. [95] Asimismo, debe de recibir, como se escribe en las actas del XI Concilio de Toledo: «la luz del Concilio». Pues es en esta asamblea de obispos y de nobles del Aula regia en donde se trata del interés general, de la patria como se escribe en el canon LXXV del IV concilio que, a

partir de entonces, pasa a ser razón principal que obliga por igual a monarca y pueblo.

Como es lógico y tras lo arriba expuesto, estaba claro que el concilio pasaba a ser también fuente de legitimidad y valladar frente a conjuras y sublevaciones. Por eso, cuando Sisenando murió de muerte natural y fue elegido rey Chintila (636-640), este último se preocupó muy mucho de reunir de inmediato un nuevo Concilio, el V de Toledo, en el que las cuestiones relativas a la excomunión y condena de todos los que se alzaran contra el soberano reinante ocupaban parte principal en sus cánones. Este concilio, que contó con muy poca asistencia episcopal, 24 obispos frente a los 66 del IV, pero que, curiosamente el cronista de la 754 califica de «numeroso» y del que dice que «inundó de luz las mentes ignorantes», apunta a la debilidad de un rey, en este caso Chintila y, probablemente, a lo escaso de su apoyo.

Quizá por ello el monarca se apoyó muchísimo en el metropolitano de Toledo, Eugenio, y sobre todo en el gran discípulo de san Isidoro, Braulio, el verdadero director del concilio. No obstante, y pese a las reiteradas condenas de los posibles rebeldes a la autoridad regia y a la salvaguarda de los bienes y derechos de los que fueran favorecidos legalmente por el rey durante la monarquía de este último, Chintila debía de seguir necesitando el apoyo conciliar o bien quiso asentar su poder sobre este último y por ello en el 638 se apresuró a reunir un nuevo concilio que, como el primero convocado bajo su autoridad, el V, estuvo presidido por Eugenio, metropolitano de Toledo.

El VI Concilio tasó a la perfección quién podía ser elegido rey quedando excluidos los extranjeros, los eclesiásticos, los siervos, los que habían sufrido penas infamantes y los hispanorromanos. Solo los nobles de sangre y linaje godo podían pretender acceder al trono. Pero como desde la

derogación de la prohibición de matrimonios mixtos llevada a cabo por Leovigildo las noblezas hispanorromana y goda se habían mezclado profusamente, no eran pocas las familias nobles que en realidad eran el resultado de alianzas entre hispanos y godos. No obstante, para aquellas otras familias nobiliarias puramente hispanorromanas, el canon XVII del VI Concilio de Toledo del 638 suponía una limitación que las relegaba a concentrarse en sus intereses locales o regionales y a interesarse por el trono solo en cuanto que este fuera ocupado por aliados o benefactores de sangre goda. [96]

En fin, el canon XVIII es una suerte de desesperado y fútil grito de advertencia por el que Chintila y los congregados en el concilio, 46 obispos y vicarios más los nobles del Aula regia y los secretarios, trataban de elevar una última muralla frente a los usurpadores: la obligación del nuevo rey de vengar a su antecesor si este había sido depuesto o asesinado. [97] Como se ve, la esencia del concilio giró sobre los temas políticos más acuciantes y que evidencian la inseguridad de Chintila y la existencia de una fuerte oposición interna a su persona y, sobre todo, a sus pretensiones de formar una dinastía legando el poder a su hijo Tulga. Así, por ejemplo, se lanzaba el anatema contra todos los traidores o intrigantes que se habían «refugiado entre los extranjeros», sin duda, nobles enfrentados al poder que habían optado por pedir asilo y auxilio a los francos y a los romanos. [98]

Pero, aunque los concilios IV, V y VI daban apoyo y sacralidad al trono, no podían evitar que fuera tomado por hombres ambiciosos o que, si el rey era débil o incapaz, la nobleza buscara un nuevo candidato y traicionara así su juramento de fidelidad. Y es que, ante todo, a la continuada intención de los reyes de vincular el trono a su familia, los nobles persistían y persistirían en su empeño, también reflejado en el IV Concilio, de mantener como electiva a la monarquía y

ello, la pugna entre los reyes por mantener el cetro en manos de su familia y de los nobles por mantener el principio de elección, sería causa principal de la inestabilidad política.

Así, tras la muerte de Chintila en el 640, le sucedió su hijo Tulga que fue debidamente elegido por una asamblea, prueba evidente del postrer éxito de los desvelos de su padre Chintila. Pero Tulga, pese a su «buen carácter y ascendencia» apenas si pudo mantenerse en el trono dos años, de abril del 640 a abril del 642, pasados los cuales fue víctima de una rebelión militar encabezada por un terrible, imparable y genial octogenario: Chindasvinto. [99]

UN OCTOGENARIO IMPLACABLE: CHINDASVINTO (642-653) Chindasvinto, Kindasvinto o Quindasvinto nació en el 563 o 564 y fue rey durante once años. En el momento en que se sublevó contra Tulga, el rey de «buen carácter» de la *Crónica mozárabe* del 754 del que el cronista de la *Albeldense* dice que «fue blando para todo» [100] parece haber sido duque de una provincia norteña o haber estado al mando de un ejército destinado a refrenar los siempre levantiscos pueblos trasmontanos del cantábrico y del *saltus vasconum* , [101] pues se hallaba en Pamplica (Pampliega, actual provincia de Burgos), y no tuvo excesivas dificultades en marchar sobre Toletum y destronar al «blando» Tulga.

Que Chindasvinto estaba al frente de un ejército que operaba en el siempre problemático norte hispano, parece atestiguarlo una inscripción fechada en el 642 y encontrada en Villafranca, provincia de Córdoba, en la que un noble godo, Oppila, deja constancia de que estuvo al frente de un tren de abastecimiento de proyectiles, flechas y dardos, con destino a

las operaciones que se estaban sosteniendo contra los vascones y contra rebeldes que habían encontrado refugio entre ellos. [102]

En cualquier caso, el 30 de abril del 642, con setenta y nueve años de edad, Chindasvinto fue ungido rey y reconocido como tal por una asamblea de obispos y nobles. El desdichado Tulga fue tonsurado y apartado del trono y aunque Chindasvinto mostró clemencia hacia él, no se la aplicó a los partidarios del depuesto rey, ni tampoco a otros nobles que pudieran representar un mínimo riesgo para su gobierno. El cronista de la *Mozárabe* del 754 dice al respecto de Chindasvinto y sus purgas: «Gobierna triunfalmente en Iberia diezmando el pueblo godo». [103] Y Fredegario, contemporáneo de Chindasvinto, contará a doscientos miembros de la alta nobleza entre los ejecutados por orden del rey a los que se debían sumar otros 500 hombres de menor rango. Según este cronista, Chindasvinto no se contentó con ejecutar o exiliar a los que podían conjurarse contra su persona, sino también y por haber sido antes él mismo miembro de conjuras y rebeliones y, por ende, tener conocimiento directo de los más intrigantes y sediciosos, decretó muerte o exilio para todos aquellos que hubieran participado en sediciones y sublevaciones contra otros reyes en el pasado. [104]

Ni que decir tiene que las ejecuciones y exilios se vieron acompañadas de confiscaciones de bienes y repartos de los mismos entre los seguidores de Chindasvinto. Mas no solo bienes, el despiadado anciano también repartía entre sus fieles a las esposas, hijas y hermanas de los desgraciados que cometían el error de conjurarse contra él, de pensarlo siquiera o incluso y simplemente, de ser poderosos o ricos en exceso.

Para impedir que la Iglesia fuera el muro de contención de sus purgas, Chindasvinto limitó los derechos de asilo que tenían las iglesias y monasterios y ató en corto a los obispos a la par que repartía entre ellos y el resto de los eclesiásticos oro,

plata y tierra a manos llenas. Y además de todo lo anterior, Chindasvinto supo comprometer a la Iglesia en su acción de gobierno al atribuir nuevas funciones de supervisión a los obispos sobre los funcionarios laicos. Una acción que, junto con la multiplicidad de controles tendentes a impedir la corrupción y el beneficio espurio de los funcionarios y las medidas que propiciaban la supervisión de las alianzas matrimoniales nobiliarias, desarmó en buena medida la capacidad organizativa y de acaparamiento del poder de los grandes linajes, a la par que mejoraba de un modo notable el ejercicio práctico del gobierno, la recaudación de impuestos y la independencia de la justicia. [105]

Estos primeros seis años de Chindasvinto, 642-648, contemplaron una durísima acción legislativa contra los opositores al régimen. Así en una de las leyes promulgadas se establece la venta en el extranjero como esclavos de aquellos que se opongan a la voluntad real, una pena que se sumaba a las de muerte, exilio y confiscación de bienes. [106] El implacable octogenario siempre estuvo vigilante y siempre fue feroz en la represión y de tal manera sobresalió en lo uno y en lo otro que en apenas unos años su trono estuvo tan seguro que pudo asociar al mismo a su hijo Recesvinto y regalar a este último un largo reinado sin excesivos sobresaltos.

Mientras tanto, reforzó la administración, emprendió la tarea de crear un nuevo código de derecho que aunara en sus páginas una ley única por la que juzgar a todos los súbditos sin que los jueces tuvieran que compaginar el Breviario de Alarico y el Código de Leovigildo y aunque fue bajo su hijo Recesvinto cuando se concluyó tan magna obra y se publicó, 654, buena parte del trabajo fue realizado bajo la autoridad y supervisión del incansable e inflexible anciano de hierro. [107]

En este código y en las leyes atribuidas a Chindasvinto se observa una fuerte influencia bizantina en lo concerniente a la

militarización de la administración o, mejor dicho, a la reunión en una sola mano de poderes civiles y militares. Esta tendencia, apuntada ya en época de Justiniano y confirmada con la creación de los exarcados de Rávena y Cartago, llegó a su culmen en Oriente con la llamada reforma *thematica* iniciada por Constante II en torno al 656-657 y que es, por lo tanto, cuasi contemporánea de Chindasvinto y plenamente coetánea de Recesvinto. Así y al igual que en Bizancio, los duques, *turmarcas* en Oriente, asumieron no solo la responsabilidad de la defensa, sino también la de buena parte de la administración de las provincias del Reino en cuestiones fiscales, de hacienda y justicia, quedando a ellos subordinados los condes de las ciudades y los demás oficiales. [108]



Figura 60: Chindasvinto, Recesvinto y Égica según el *Codex Vigilanus* o *Crónica albeldense* , fechado en el siglo X (976). El documento es una referencia de gran importancia sobre la historia cristiana del reino visigodo, y en el contenido del códice se incluyen obras de carácter jurídico, canónico e histórico, como por ejemplo una colección de los concilios españoles –seguramente copiados a partir de otras copias de las actas de los concilios de la Iglesia visigoda–, algunos cánones conciliares, una copia del Liber Iudiciorum de Recesvinto (654), así como una copia de la *Crónica de Alfonso III* de

Asturias, que se considera una de las principales fuentes cristianas sobre los últimos años de la monarquía goda y los primeros de la monarquía asturiana. Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Es harto curioso que sea bajo Chindasvinto cuando la *Crónica albeldense* coloque la llamativa noticia del acogimiento en la corte, de un noble bizantino que, por su nombre, es sin duda alguna, de origen armenio, persoarmenio o, en todo caso, iranio, Ardabasto. Este noble bizantino sería el padre del futuro rey Ervigio y Chindasvinto le honró casándolo con una de sus sobrinas y otorgándole tierras y un papel activo en el gobierno. [109] ¿Qué impacto pudo tener dicho personaje? Es difícil de evaluar, pero si tenemos en cuenta el éxito de su hijo, Ervigio, es indudable que Ardabasto no fue un mero «asilado» en la corte de Chindasvinto, sino un actor principal y que su previa experiencia en Bizancio, de donde fue expulsado por el emperador Constante II, tuvo que repercutir en sus acciones en Hispania.

La rapacidad expropiatoria de Chindasvinto y, en consonancia con ella, su generosidad a la hora de repartir lo confiscado entre su círculo de fieles y en especial entre sus *fideles regis* de nuevo cuño, a menudo aventureros y exiliados como el ya citado Ardabasto, pero también libertos y conversos que, mediante el servicio incondicional al rey ascendían a la nobleza y se enriquecían sin medida, llevó a que en el VIII Concilio de Toledo del 653, ya bajo su hijo Recesvinto, se criticara a Chindasvinto por haber acumulado riquezas sin freno y confundir su patrimonio personal con el tesoro real. Algo parecido ocurrió con sus fieles y familiares, que ocuparon los puestos principales como duques, condes y demás altos cargos [110] y, sin duda, esta política, que combinaba la cuasi destrucción de la vieja nobleza con la implantación de una nueva que se debía por completo al nuevo régimen y que por ser fiel sin

medida al mismo parecía quedar fuera de cualquier censura, sería causa primera y principal de la progresiva confusión entre lo privado y lo público que comienza a observarse no bien se relajaron un tanto las medidas coercitivas de Chindasvinto y la vigilancia de sus sucesores. [111]

Pero para eso aún faltaba. En el VII Concilio de Toledo, celebrado en octubre del 646, con tan solo 30 obispos como asistentes, Chindasvinto logró la sanción conciliar a su política de belicoso control de la nobleza y militarización del gobierno y eso que dicha política se había conjugado con un control asfixiante de la propia Iglesia. [112]

La maniobra de Chindasvinto en el VII Concilio estuvo precedida de un trabajo previo de presión e influencia en el que tuvo papel el sabio y obispo más influyente del momento: Braulio de Zaragoza, discípulo de san Isidoro y maestro de Julián de Toledo. En una de sus cartas vemos a Braulio solicitando al rey que asociara al trono a su hijo Recesvinto. La en apariencia espontánea y bienintencionada petición del obispo de Zaragoza, no lo era tanto y sin duda estuvo motivada por el propio Chindasvinto que, de esta manera, al exhibir la carta del prestigioso obispo, podía usarla como «palanca de voluntades» con otros obispos y nobles. [113] Tras este refrendo, en enero del 649, asoció al trono a Recesvinto, su hijo. Juntos gobernarían cuatro años y nueve meses.

Cuando el terrible anciano murió con noventa años ya cumplidos, dejaba tras de sí y como dice la *Crónica albeldense* , «una España tranquila». [114] Un reino fuerte dotado de un tesoro bien provisto, una poderosa administración y un ejército potente. Pero, aunque resulte paradójico, también dejaba tras de sí una poderosa siembra de odios y ambiciones desmedidas con cuyos frutos tuvo que lidiar su hijo Recesvinto.

RECESVINTO O EL PELIGRO DE SER «AMADO POR TODOS» (653-672) Si Chindasvinto se caracterizó por su dureza, su hijo Recesvinto lo hizo por su buen carácter. «A todos amó de manera singular y por todos fue amado», dirá el cronista de la *Albeldense* y el de la *Crónica mozárabe* , más cercano a los hechos, completa ese perfil de Recesvinto al decir: «Siendo licencioso era de buen natural». [115] Me gustaría decir que fue ese «buen carácter» el que le aseguró un reinado tan largo: diecinueve años en solitario y veintitrés si añadimos aquellos en los que ocupó el trono junto a su padre, pero no fue el amable carácter, sino la debilidad y la aceptación de la misma, junto con la condena de parte de lo hecho por su padre, lo que en realidad le garantizó la larga posesión del trono.

Continuidad no implica necesariamente tranquilidad. Recesvinto no la tuvo. Su padre había destruido a buena parte de la antigua nobleza y creado en buena medida una nueva ligada a su persona y a la de su hijo, pero en la Tarraconense y la Septimania aún quedaban grandes familias que habían escapado a las sangrientas purgas del colérico Chindasvinto y, fue de ahí, de la Tarraconense, de donde partió el primer desafío al gobierno en solitario de Recesvinto. Nada más morir su nonagenario padre el 30 de septiembre del 653, se alzó en la Tarraconense el duque Froya y bajo su estandarte vinieron a colocarse muchos nobles resentidos con el implacable gobierno de Chindasvinto y otros muchos exiliados que acudieron desde las regiones salvajes de los vascones y desde los reinos francos. A esa fuerza se sumaron los paganos vascones, siempre dispuestos al pillaje y la guerra y, con todo ello, Froya trató de apoderarse de Zaragoza en un duro sitio que, al cabo, fracasó. [116]

Rota la fuerza de la sublevación ante los muros de Zaragoza, Froya caería y el aliviado Recesvinto se apresuró en diciembre del 653 a reunir un multitudinario Concilio, el VIII, en el que se criticaron los excesos cometidos por su padre. Muestra evidente de que Recesvinto estaba alarmado tras la sublevación de Froya y, por ende, dispuesto a desligarse de los actos más turbios y terribles de su predecesor y padre y a dulcificar y atemperar la política regia hasta ese momento seguida.

No solo eso, el concilio aprovechó la posición de flaqueza de Recesvinto para arrancarle importantes concesiones que hubieran sido impensables en vida de su padre. Se separaron con cuidado los bienes del trono y del fisco de los privativos del rey y su familia, se le recordó a Recesvinto que el trono era electivo y que era a la asamblea a la que competía la elección de un nuevo monarca y se colocó la gestión de las tierras expropiadas por Chindasvinto bajo la supervisión de los nobles del Aula regia.

Es de verdad significativo que al concilio no solo acudieran muchos más obispos que a los anteriores, 52, sino también 14 abades, lo que indica la fuerza y prestigio que el monacato estaba cobrando en el reino, así como numerosos nobles pertenecientes al Aula regia y a la alta administración del estado: duques y condes que tenían en sus manos la defensa y administración del reino. [117]

El VIII Concilio de Toledo recuperaba la senda del IV del 633 y volvía a imponer sobre el monarca el cumplimiento de la ley y de sus obligaciones hacia la nobleza, el episcopado y el pueblo, limitando el despotismo del trono y dejando bien claro que este último era electivo. [118] Una vez más, ya lo hemos visto y señalado, se producía ese balanceo tan propio del Reino de Toledo entre un reinado autoritario durante el cual el trono se reforzaba frente a la nobleza y otro menos fuerte durante el cual la nobleza recuperaba terreno y siempre, siempre, la cuestión

del trono: el repetido intento de todos los monarcas por vincularlo a su casa y el de nobles y obispos por mantenerlo electivo.

Esta tensión entre nobleza y trono se manifestaría en la actividad legislativa de Recesvinto que fue notable: 86 leyes en las que se consagraba el poder de la nobleza y se reflejaba una estricta estratificación de la sociedad visigoda entre nobles, hombres libres, siervos y esclavos. Todo un legislativo testimonio de lo ocurrido en el VIII Concilio de Toledo: el acotamiento del poder real y la colaboración de este último con la nobleza. [119]

Precisamente y al año siguiente, 654, se promulgó el ya citado Liber Iudiciorum, sin duda el código de leyes más influyente en la historia de España y base y reserva última de todas las legislaciones que en ella rigieron durante casi mil doscientos años, pues su influencia directa y práctica se prolongó hasta el siglo XIX. Además de su fuerte componente «nacional», permítaseme el presentismo pero me parece la mejor forma de explicar un código en el que los conceptos de patria y pueblo se repiten con frecuencia como base, razón y excusa para legislar, [120] y en el contexto de la Europa contemporánea el Liber Iudiciorum o «Libro de los juicios» es algo sorprendentemente único, moderno y complejo. Algo en lo que la tradición del derecho romano se manifiesta con sumo vigor, pero en el que también tiene cabida un desarrollo propio e hispanogodo de la ley.

El Liber Iudiciorum recogía leyes antiguas, *Antiqa* , provenientes del Código de Leovigildo y de los reyes Recaredo I y Sisebuto y las sumaba a un sólido y extenso cuerpo legislativo promulgado durante los reinados de Chindasvinto y Recesvinto. El autor o director de la elaboración de tan magna obra fue Braulio de Zaragoza, sin duda, el hombre más sabio y docto del Reino que aprovechó mucho de lo que había sido

fijado en el de Alarico y que usó con destreza lo pasado en el VIII Concilio y su propia preeminencia y condición para asegurarle a la Iglesia y muy en particular al episcopado, una posición de privilegio tan fuerte o más que la obtenida por la nobleza laica. [121]

Como ya señalé antes, el Liber Iudiciorum de Recesvinto recogía parte de lo dispuesto en el VIII Concilio del 653 y, con ello, la idea de la subordinación del rey a la ley emanada no solo de la voluntad del monarca o de la fuerza de la costumbre, o aun de la influencia del derecho romano, sino también del acuerdo conciliar en cuanto a asamblea representativa del pueblo y la patria dotada de la facultad de influir o incluso dictar en/y las leyes.

Lo anterior queda meridianamente claro en el decreto promulgado por Recesvinto y contenido en el Liber Iudiciorum que prohibía en adelante al rey hacerse con tierras o bienes de sus súbditos sin que mediara una donación voluntaria hecha ante los jueces y atestiguada por las correspondientes escrituras y testigos. No solo eso, en el título II del código se dejaba bien establecido que únicamente se podía juzgar conforme a lo establecido en la ley y que, si el supuesto no era contemplado en la misma, se llevaría la causa al príncipe para que este lo acomodara a la ley. También se establecía que solo los jueces habilitados para ello, como los condes de las ciudades, podían juzgar y que no se podía juzgar de nuevo y por el mismo delito a quien ya había sido juzgado y absuelto o a aquel cuyo delito hubiera prescrito. [122]

Si con Chindasvinto se alcanzó el cénit del poder real, con Recesvinto podemos decir que comienza el ascenso imparable de la nobleza laica y eclesiástica y, con ello, se abonaban las semillas de la destrucción del reino ya sembradas en la fértil tierra de la inseguridad y discordia que el trono electivo atraía de continuo.

Más allá de los siguientes concilios, IX y X, pocas noticias políticas o militares llegan del reinado de Recesvinto. Sabemos eso, sí, y gracias a la *Crónica mozárabe* del 754 que, en su tiempo, es probable que al final de su reinado, los vascones volvieron a atacar el valle del Ebro y que el ejército enviado contra ellos para castigarlos por sus depredaciones sufrió muchas bajas. Esta campaña contra los vascones no puede confundirse con la que recogió Samuel Tajón de Zaragoza en su carta al obispo de Barcelona que ya hemos citado más arriba, pues, al contrario que esta última, la recogida en la *Crónica mozárabe* del 754 expresa claramente un fuerte quebranto del ejército godo y, además, no menciona por ninguna parte que los vascones marcharan bajo los estandartes de ningún rebelde o sumándose a ellos como fue el caso de la rebelión de Froya que atrajo a los vascones mencionados en la carta de Tajón de Zaragoza. [123]

Pero si las fuentes son parcas en noticias relativas a la política y la guerra, por el contrario, los concilios son una ventana al pasado que nos informa cumplidamente de los movimientos sociales, religiosos, *etc.* Así, en el X Concilio del 656 se fijó la celebración de una fiesta para la virgen María que acontecería el mismo día en todo el reino: el 18 de septiembre. Se unificaba y proyectaba así una devoción que hasta entonces había estado muy ligada a antiguas festividades locales y paganas. [124]

Lo más significativo es el deterioro creciente del control del trono sobre las regiones periféricas en donde la acción de una nobleza respaldada por la legislación y la actividad conciliar parecía destinada a disgregar el poder central. Curiosamente, la Iglesia que en época de Recaredo, Sisebuto, Suintila, Sisenando y Chintila había visto en el trono un instrumento adecuado para fortalecer su actividad y proyectar sus ideales sociales y políticos, no supo protegerlo de esta espiral de disgregación nobiliaria, sino que se sumó a ella.

Este ascenso imparable de la nobleza eclesiástica y laica determinó también una fuerte acumulación del poder y de la riqueza del reino en sus manos y una rápida corrupción de la institución eclesiástica que se volvió cada vez más venal, tal como señalan y condenan las actas conciliares. Asimismo, se asiste a un progresivo deterioro social en el que la pequeña nobleza, el funcionariado, los hombres libres de toda condición y las colonias de mercaderes, retrocedieron en número y bienestar, mientras que siervos y esclavos aumentaron.

La corrupción marchó a la par que el incremento de desesperados, bandidos y gentes descontentas y resentidas derivando en lo que hoy llamaríamos «conflictividad social» y desapego y desconfianza hacia las élites laicas y eclesiásticas, y que los miembros del XI Concilio de Toledo celebrado en el 680 definieron como «la caldera encendida de la confusión babilónica». [125]

En el 653, el reino había alcanzado su cénit y en el 672 iniciaba su declive. Quizá podría haber remontado de nuevo, pero la disgregación del poder central no suele ser una buena idea cuando los tiempos se vuelven peligrosos y, en efecto, los tiempos se estaban volviendo muy peligrosos. En Oriente, Constantinopla se veía más y más asediada por los ataques árabes y sus posesiones africanas estaban siendo golpeadas con dureza y si estas últimas caían bajo el dominio musulmán en plena expansión, el reino visigodo de Toledo echaría de menos a reyes poderosos como Leovigildo, Recaredo, Sisebuto, Suintila y aún al implacable Chindasvinto.

Recesvinto fue un rey popular porque hizo continuas concesiones: «A todos amó de manera singular y por todos fue amado», un hombre de carácter amable y aficionado a los placeres, a la obtención de ventajas inmediatas y, sobre todo, de tranquilidad para su trono al precio que fuera: «Siendo licencioso era de buen natural». [126] El problema es que hombres

así no podrían enfrentarse a gentes guerreras y fieras como las que militaban bajo los estandartes de los califas y, sobre todo, el problema era que hombres así no iban a permitir con su gobierno que hombres valientes contaran con los recursos, ni con los apoyos necesarios para hacerlo en un futuro inmediato.

Tan solo treinta y nueve años después de que Recesvinto cerrara plácidamente los ojos a este mundo en su villa de Gérticos, valle del Jerte en Cáceres, el 1 de septiembre del 672, [127] el en apariencia formidable reino que dejaba tras de sí se vendría aparatosa, casi apocalípticamente, abajo.

Notas

1 Gregorio de Tours, *Historias* , IX, 1.

2 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 579, 3 y Gregorio de Tours, *Historias* , V, 38. Las hipótesis sobre la actuación de Gosvinta y, ante todo, sobre sus razones, son innumerables. Roger Collins recogió algunas de las interpretaciones: Collins, R., 2005, 56-58.

3 Gregorio de Tours, *Historias* , VIII, 28-29.

4 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 585, 4 y Gregorio de Tours, *Historias* , VIII, 30 y IX, 7.

5 Gregorio de Tours, *Historias* , IX, 1.

6 Gregorio de Tours, *Historias* , IX, 11 y 20 es el llamado compromiso o Tratado de Andelot.

7 Guzmán Armario, F. J.: «La política exterior de los visigodos en Hispania. Un ensayo sobre la debilidad del reino de Toledo», 215-234.

8 Gregorio de Tours, *Historias* , VII, 37-38.

9 Gregorio de Tours, *Historias* , IX, 25 y 29; Goffart, W.: «Byzantine Policy in the West under Tiberius II and Maurice: The Pretenders Hermenegild and Gundovald», 73-118.

10 La actividad de Bizancio en Occidente y lo complejo de las relaciones entre los reinos francos, los longobardos y el Reino de Toledo puede atisbarse en cartas como la 26, 27 y 28 de las llamadas «Cartas de la Cancillería de Austrasia». Al respecto, véase Malaspina, E., 2001.

11 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 589, 1.

12 San Isidoro, *De viris illustribus* , XXXI y XXVIII para Juan de Bíclaro y Leandro y para Masona: *Vitas sanctorum patrum emeretensium* , en Maya Sánchez, A., 1992.

13 La bibliografía sobre las razones y circunstancias que propiciaron la unión religiosa lograda por Recaredo es extensísima. Sin duda, la mejor obra sobre este rey y esta época es la de Santiago Castellanos. No estoy de acuerdo con él en algunos puntos, pero sin duda es el más brillante y sólido de cuantos historiadores han abordado el tema: Castellanos García, S. M., 2007, 147-261. Destacable también es el trabajo de Roger Collins: Collins, R.: «King Leovigild and the Conversion of the Visigoths», 1-12.

14 Gregorio de Tours, *Historias* , IX, 15-16.

15 Gregorio de Tours, *Historias* , IX, 15-16.

16 García Moreno, L. A.: «Recaredo».

17 Gregorio de Tours, *Historias* , IX, 25 y Castellanos García, S. M., 2007, 269-287.

18 Gregorio de Tours, *Historias* , IX, 28.

19 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 590, 1.

20 III Concilio de Toledo a. D. 589, pp. 107-145, firmas de los asistentes en p. 136-138 en Vives, J., 1963.

21 *Vitas sanctorum patrum emeretensium* y *Vita Masona* , I-XII; Collins, R.: «Mérida and Toledo: 550-585», 189-218, en especial, 201-214.

22 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 588, 1; *Vitas sanctorum patrum emeretensium* y *Vita Masona* , V, X-XI.

23 San Isidoro, *Historias* , 55-56.

24 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 587, 6 que coloca el encuentro al comienzo del reinado de Recaredo y Gregorio de Tours, *Historias* , VIII, 45 quien sitúa la batalla inmediatamente antes de la muerte de Leovigildo. Esto me lleva a pensar que el encuentro tuvo lugar en el verano del 586, en los primeros meses de Recaredo como rey.

25 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 589, 2; Gregorio de Tours, *Historias* , IX, 31; San Isidoro, *Historias* , 54.

26 Gregorio de Tours, *Historias* , IX, 32.

27 San Isidoro, *Historias* , 57; III Concilio de Toledo a. D. 589, firma de la reina Baddo en p. 116, en Vives, J., 1963; García Moreno, L. A.: «Recaredo» y «Liuva II»; Castellanos García, S. M., 2007, 347-352; Sanz Serrano, R., 2009, 298-300.

28 III Concilio de Toledo a. D. 589, p. 116, en Vives, J., 1963; *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 590, 2.

29 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 590, 1.

30 III Concilio de Toledo a. D. 589, firmas de los asistentes en pp. 136-138 en Vives, J., 1963.

31 Martínez Díez, G.: «Función de inspección y vigilancia del episcopado sobre las autoridades seculares en el periodo visigodo-católico», 583-584.

32 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 590, 3.

33 Gregorio de Tours, *Historias* , IX, 7; San Isidoro, *Historias* , 54.

34 Soto Chica, J.: «Comentiolo: de los Balcanes a Mesopotamia pasando por Hispania. La agitada vida

de un gobernador de la Hispania bizantina», 239-266.

35 Aunque algunos han tratado de desacreditar la famosa inscripción dejada en Cartagena por Comenciolo o relacionarla con otros personajes menores con idéntico nombre o similar, hay un mayoritario consenso sobre la autenticidad del texto completo de la inscripción y sobre la identificación del Comenciolo de la misma con el general de Mauricio: Goubert, P.: «L'administration de l'Espagne Byzantine: I. Les Gouverneurs de l'Espagne byzantine»», 129-139; Vallejo Girvés, M., 2012, 294-298; *id.* , «Inscripción conmemorativa de la reconstrucción bizantina de las murallas de Cartagena», 78-79; *id.* , «*Comenciolus, magister militum Spaniae, missus* a Mauricio Augusto contra hostes barbaros. The Byzantine Perspective of the Visigothic Conversion to Catholicism», 289-306; Salvador Ventura, F., 1990, 324; O'Donnell James, J., 2012, 418-419.

36 Evagrio Escolástico, *Historia eclesiástica* , VI, 15, en Festugière, A. J., 1975, 187-488; Teofilacto Simocata, *Historia* , I. 4.6-9, en Whitby, M., 1986; Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6075, en Mango, C., 1997.

37 Teofilacto Simocata, *Historia* , I.7.3 y Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6076. Teofilacto Simocata recoge el vital dato de que Comenciolo hizo la guerra contra los eslavos al frente de una *taxiarquía* (ταξιαρχία). Esta denominación estaba reservada en esta época para la *moira* de caballería pesada de los optimates ΘΕΟΦΥΛΑΚΤΟΣ ΣΙΜΟΚΑΤΤΗΣ, *Ι* στορία [Theofylaktos Simokattis, *Historia*], Atenas, 2005, I, 7, p. 88. Whitby, en su traducción al inglés de

Teofilacto Simocata y con él el resto de especialistas que han abordado la figura de Comenciolo ignoran este importante dato y se limitan a reseñar que este rey fue nombrado duque o *comes rei militari* . Pero ser *taxiarca* o duque de la *taxiarquía* de los *optimates* era mucho más relevante que ser un duque de cualquier otra *moira* de los ejércitos de campaña de la época y, por supuesto, mucho más que ser duque de una provincia.

38 Teofilacto Simocata, *Historia* , I.7 y Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6076.

39 Teofilacto Simocata, *Historia* , I.8.9.

40 Teofilacto Simocata, *Historia* , II.12.1-8, II.13-14.

41 Véase la inscripción ya citada de Comenciolo en Cartagena y San Isidoro, *Historias* , 54. Para una argumentación extensa sobre Comenciolo en Hispania, véase Soto Chica, J.: «Comentiolo: de los balcanes a Mesopotamia pasando por Hispania. La agitada vida de un gobernador de la Hispania bizantina», 239-266. Hoy soy más prudente en cuanto a la extensión de lo recobrado por Comenciolo, pero sostengo la cronología, las causas y consecuencias y las acciones afortunadas del gobernador bizantino en España.

42 Miles, G. C., 1952, 201-234; Bachrach, B. S, 1977, 5-7.

43 Rodríguez de la Peña, M. A., 2008, 256-265.

44 San Isidoro, *Historias* , 56.

45 San Isidoro, *Crónica universal* , 408 en Martín Iglesias, J. C.: «La "Crónica universal" de Isidoro de

Sevilla: circunstancias históricas e ideológicas de su composición y traducción de la misma», 199-236.

46 San Isidoro, *Historias* , 57; Sanz Serrano, R., 2009, 298-300; Collins, R., 2005, 70-71; García Moreno, L. A.: «Liuva II»; Castellanos García, S. M., 2007, 344-351.

47 San Isidoro, *Historias* , 57-58; *Crónica de Fredegario* , IV.32, en Wallace-Hadrill, J. M., 1960; *Cartas del conde Bulgar* , XI y XII, pp. 31-37 en Gil, J., 1972, 3-49; Salvador Ventura, F., 1990, 64; Orlandis, J., 1992, 97-104; Sanz Serrano, R., 2009, 298-301; Collins, R., 2005, 70-71; García Moreno, L. A.: «Witerico».

48 San Isidoro, *Historias* , 59 y *Cartas del conde bulgar* , X-XVI, pp. 30-44; Collins, R., 2005, 73.

49 La actividad científica de Esteban de Alejandría y la erudición de Heraclio en Papathanassiou, M.: «Stephanus of Alexandria: Pharmaceutical notions and Cosmology in his Alchemical Work», 121-133; Papathanassiou, M.: «Stephanus of Alexandria: On the structure and date of his alchemical work», 247-266; Soto Chica, J., Motos Guirao, E.: «Guerra, sociedad, economía y cultura en la Alejandría y en el Egipto disputado por bizantinos, persas y árabes. 602-642», 11-51; y para los paralelismos entre Heraclio y Sisebuto: García Moreno, L. A., 1989, 148 y 322; Rodríguez de la Peña, A., 2008, 268-270. La fama de Heraclio como astrólogo se convirtió en paradigmática y fue recogida en la obra del anónimo mozárabe de la *Crónica* del 754: *Crónica mozárabe del 754* , 5. La legislación de Heraclio tendente al bautismo forzoso de los judíos, la oposición a la

misma de Máximo el Confesor y los paralelismos con la actividad legislativa en la Hispania visigoda del momento, pueden comprobarse en la introducción a la edición y traducción del texto griego de la llamada *La didascalia de Jacob* . Escrito en el 634 es uno de los textos fundamentales para entender la dinámica de colisión entre cristianismo y judaísmo en este periodo y su influencia en la génesis y expansión del islam: Maldonado Villena, F., Soto Chica, J., 2015.

50 Rodríguez de la Peña, M. A., 2008, 246.

51 La obra de Sisebuto sobre los eclipses lunares: Sisebuto, *Carmen de Eclipsi lunae* , en Fontaine, J., 1960. Para los conocimientos astronómicos y matemáticos de Isidoro de Sevilla: San Isidoro, *Etimologías* , III, en Díaz Díaz, M., 2000. Y sobre la misma: López Borgoñoz, A., 2010; Recchia, V.: «La poesia cristiana: Introduzione alla lettura del "Carmen de luna" di Sisebuto di Toledo», 21-58; Rodríguez de la Peña, M. A., 2008, 268-269. Las otras obras que se nos han conservado del erudito rey, veánse en Gil, J., 1972, 3-28.

52 Rodríguez de la Peña, M. A., 2008, 266-267.

53 *Crónica de Fredegario* , IV.32; Velázquez Soriano, I.: «Hagiografía y culto a los santos en la Hispania visigoda: aproximación a sus manifestaciones literarias», pp. 164-165.

54 Cecilio de Mentesa aparecerá también nombrado en una ley del Liber Iudiciorum junto a otros obispos de lo que había sido la frontera con Bizancio en Spania y en razón de la libertad de esclavos cristianos comprados por judíos que debían de ser liberados de

inmediato o vendidos a señores cristianos, según el caso: Liber Iudiciorum, XII, 2.13.

55 San Isidoro, *Historias* , 60.

56 *Crónica de Fredegario* , IV.33.

57 San Isidoro, *Crónica universal* , 414 A.

58 San Isidoro, *Historias* , 61.

59 San Isidoro, *Historias* , 70.

60 *Crónica de Fredegario* , IV.33.

61 Traducido por Orlandis, J., 1992, 110.

62 *Crónica mozárabe* del 754, 13.

63 San Isidoro, *Historias* , 61; *Crónica de Fredegario* , 33; Vallejo Girvés, M., 1993, 277-302; Orlandis, J., 1992, 105-127; Presedo Velo, F., 2003, 79-84.

64 San Isidoro, *Historias* , 61 y 62.

65 *Crónica de Fredegario* , IV.33; Besga, A.: «Sobre la credulidad del pasaje IV, 33 de la llamada *Crónica de Fredegario* », 9-38; García González, J. J.: «Incorporación de la Cantabria al estado visigodo», 167-230.

66 San Braulio de Zaragoza, *Vita Sancti Aemiliani* , 33, p. 34 y *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 574, 2.

67 Vallejo Girvés, M.: «El exilio bizantino. Hispania y el Mediterráneo occidental (Siglos V-VII)», 120-123. Agradezco a mi compañero del Centro de Estudios Bizantinos… de Granada, Daniel Hernández, que aborda este extraño episodio en su tesis doctoral, que

haya debatido conmigo los aspectos de la cuestión y haya arrojado luz sobre ella.

68 *Crónica de Fredegario* , IV.33.

69 Texto del II Concilio Provincial de Sevilla a. D. 619, pp. 163-185, en Vives, J., 1963.

70 *Crónica mozárabe* del 754, 14.

71 San Isidoro, *Historias* , 61 A y B.

72 San Isidoro, *Historias* , 61.

73 *Crónica mozárabe* del 754, 15.

74 San Isidoro, *Historias* , 63.

75 San Isidoro, *Historias* , 62; Martínez Andreu, M.: «La muralla bizantina de Carthago Nova», 129-151; Collins, R., 2005, 75-76; Vallejo Girvés, M., 1993, 303-310.

76 San Isidoro, *Historias* , 62.

77 *Crónica mozárabe* del 754, 16.

78 San Isidoro, *Historias* , 65.

79 San Isidoro, *Historias* , 64.

80 La *hybris* es un concepto griego que define la desmesura provocada por la ambición y la falta de conciencia sobre los propios límites.

81 *Crónica de Fredegario* , IV.73.

82 Texto del IV Concilio de Toledo del 633 en pp. 186-225, y la reprobación de Suintila en p. 221 en Vives, J., 1963.

83 García Moreno, L. A.: «La oposición a Suintila: Iglesia, Monarquía y Nobleza en el Reino visigodo», 13-24.

84 *Crónica de Fredegario* , IV.73 y para los pormenores de la batalla de los Campos Cataláunicos y el papel jugado en ella por los godos: Soto Chica, J., 2019, 79-122.

85 *Crónica de Fredegario.* IV.73; *Crónica mozárabe* del 754, 17.

86 Arce, J., 2017, 88-91.

87 *Crónica de Fredegario* , IV.73.

88 Sanz Serrano, R., 2009, 309-310. Por el contrario, aceptan el relato, entre otros muchos, Collins, R., 2005, 77 y Orlandis, J., 1977, 137.

89 Miles, G. C., 1952, 30 y 321.

90 No solo las actas del concilio, sino también el cronista de la *Mozárabe* del 754 recoge el número de 66 obispos y vicarios junto a los nobles del Aula regia como componentes de la asamblea conciliar del IV Concilio de Toledo: *Crónica mozárabe* del 754, 17.

91 Esta importancia crucial de san Isidoro y de su discípulo predilecto, Braulio de Zaragoza, en el desarrollo y orientación del concilio no solo se atisba en las actas conciliares, sino también en el testimonio explícito del cronista de la *Crónica mozárabe* del 754: *Crónica mozárabe* del 754, 17; Cazier, P., 1994, 61-68.

92 Texto de la apertura del IV Concilio en p. 186, en Vives, J., 1963.

93 Texto completo del IV Concilio de Toledo de

diciembre del 633 en pp. 186-225. Texto de la apertura con referencia a que los reunidos eran 66 obispos y vicarios de Hispania y Galia junto a los magnates del Aula regia y con la intitulación de Sisenando como rey de Hispania y Galia en la p. 186. Texto con el canon LXXV y con la reprobación de Suintila en pp. 217-221, en Vives, J., 1963.

94 Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, XLVII-XLVIII; Collins, R., 2005, 77-78.

95 Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, XLVII-XLVIII.

96 Actas del VI Concilio de Toledo, pp. 233-248, canon XVII, pp. 244-245, en Vives, J., 1963.

97 Actas del VI Concilio de Toledo, canon XVIII, p. 245 en Vives, J., 1963.

98 Actas del VI Concilio de Toledo, canon XII, p. 241, en Vives, J., 1963.

99 V Concilio de Toledo de abril del 636, pp. 226-232 y VI Concilio de Toledo del 638, pp. 233-248, en Vives, J., 1963; *Crónica mozárabe* del 754, 18-19 y 22; *Crónica de Fredegario* , IV.82.

100 *Crónica albeldense* , 28 en Gil Fernández, J., Moralejo, J. L., Ruiz de la Peña, J. I., 1985.

101 La persistencia de las luchas contra los montañeses astures, runcones, etc., y contra los siempre agresivos vascones fue una constante hasta el final del reino, lo que obligó a los godos a plantear posiciones de control en la zona y una suerte de frontera en profundidad: Santos Yanguas, N. V., Vera García, C.: «Las acuñaciones monetarias de Pesicos y la conquista de Asturias por los visigodos», 375-400; Martín Viso, I.: «The local articulation of central power in the

north of the Iberian Peninsula (500-1000)», 1-42; *id.* «La configuración de un espacio de frontera: propuesta sobre la Vasconia Tardoantigua», 101-139 y Azkárate Garai-Olaun, A.: «Francos, aquitanos y vascones. Testimonios arqueológicos al sur de los Pirineos», 149-176.

102 Citada por Sanz Serrano, R., 2009, 319.

103 *Crónica mozárabe* del 754, 22.

104 *Crónica de Fredegario* , IV.82.

105 Zeumer, K., 1944, 81-92; García Moreno, L. A.: «Estudios sobre la administración del reino visigodo de Toledo», 123-155; Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, 232-235.

106 Liber Iudiciorum, II.1, 1-18 y VI.1, 7.

107 King, P. D.: «King Chindasvind and the first territorial Law-Code of the Visigothic Kingdom», 131-158.

108 García Moreno, L. A.: «Estudios sobre la administración del reino visigodo de Toledo», 123-155; Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, 232-235.

109 *Crónica de Alfonso III* , 2, en Gil Fernández, J., Moralejo, J. L., Ruiz de la Peña, J. I., 1985.

110 Actas del VIII Concilio de Toledo del 653, pp. 260-295, en Vives, J., 1963.

111 Collins, R., 2005, 81-82; García Moreno, L. A.: «Quindasvinto»; Sanz Serrano, R., 2009, 318-320.

112 Actas del VII Concilio, pp. 249-259, en Vives, J., 1963.

113 San Braulio de Zaragoza, *Epistolario* , XXXVII.

114 *Crónica albeldense* , 28.

115 *Crónica albeldense* , 29 y *Crónica mozárabe* del 754, 25.

116 Aguilar Miquel, J.: «Epistula ad Quiricum Barcinonensem antistitem y epigrama operis subsequentis de Tajón de Zaragoza. Estudio, edición crítica y traducción», 182-204.

117 Actas del VIII Concilio de Toledo del 653, pp. 260-297, en Vives, J., 1963.

118 Lomas Salmonte, F. J.: «VIII Concilio de Toledo (653): la Biblia en el tomo regio y en el debate sobre la legislación de Chindasvinto», 517-532.

119 Zeumer, K., 1944, 81-92; Collins, R., 1983, 122-128; Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, 235-241.

120 Entre otros muchos y claros ejemplos: Liber Iudiciorum, VI.

121 Zeumer, K., 1944, 81-92; Petit, C.: «Iustitia y Iudicium en en el reino de Toledo. Un estudio de teología jurídica visigoda», 847-871.

122 Liber Iudiciorum, II, 1-17.

123 *Crónica mozárabe* del 754, 27.

124 Actas del X Concilio de Toledo del 656, pp. 308-324, en Vives, J., 1963.

125 Actas del XI Concilio de Toledo del 680, p. 344, en Vives, J., 1963.

126 *Crónica albeldense* , 29 y *Crónica mozárabe* del 754, 25.

127 *Crónica albeldense* , 29; Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 2.

Un reino por dentro: Ejército, legislación, administración, economía, sociedad y cultura

Cuando los *gotti* , godos, aparecieron por primera vez en la diócesis de Hispania no eran otra cosa que un ejército. Un ejército/pueblo de variada composición étnica y en plena y larga, pero ya avanzada, etnogénesis. De hecho, uno tiene la impresión de que en el siglo V el término *gotti* no era más que el nombre con que se designaba a los seguidores armados de Alarico, Walia o Teodorico II y que ese término había dejado de

tener sentido más allá de la guerra o de su preparación. Dicho de otro modo, uno se hacía godo sirviendo con las armas en la mano al *rex gothorum* que no era otra cosa que un potentísimo señor de la guerra. [1]

Por eso, los godos fueron siempre, y ante todo, una élite militar. Fue de la guerra de donde obtuvieron su preeminencia, su prestigio, sus riquezas y propiedades y de donde extrajeron su derecho a regir los destinos de Hispania. Y aunque es cierto que buena parte de su organización militar, de sus arreos y armas, y hasta de sus hombres de guerra e incluso de sus más insignes generales como Vincentius, Claudio o Nicolao, [2] tenían un origen romano, lo cierto es que el prestigio militar godo siempre estuvo presente y esa fama, esa nobleza otorgada por el ejercicio de las armas, seguía siendo su seña de identidad en época de Isidoro de Sevilla y su último y verdadero asiento político, el que justificaba que solo a ellos, a los godos nobles de largos linajes, les quedara reservado el trono. [3]

Pero cuando los godos se asentaron, primero en Aquitania y luego en Hispania, fueron en extremo hábiles a la hora de aprovechar, mantener y desarrollar las estructuras administrativas, económicas y sociales que encontraron en las antiguas provincias del Imperio. Al cabo se generó un mundo dinámico y mestizo en el que aparecieron nuevas maneras y fórmulas y en el que terminó aflorando una cultura con un

marcado gusto por la erudición, casi enciclopédica, que facilitó un renacimiento cultural que precedió y en buena parte determinó, el posterior y más conocido Renacimiento carolingio.

Una economía marcada por lo agrario, pero en donde el comercio seguía siendo reseñable, y una sociedad caracterizada por el poder de la nobleza y la existencia de grandes masas de no libres definen un reino que, en su contexto, fue rico y poderoso.

EL EJÉRCITO DEL REINO DE TOLEDO

Se ha discutido mucho sobre si el reino en su momento de apogeo contaba o no con un ejército permanente o regular. A veces se tiene la impresión de que algunos historiadores no tienen muy claro lo que significa el concepto de «ejército regular o permanente» pues, mientras afirman que el Reino de Toledo no contaba con uno, aportan datos sobre que sí contó con guarniciones permanentes, tropas dispuestas en todo momento junto al rey, un sistema de reclutamiento y logística muy afinado y una orgánica desarrollada y compleja, dotada de tropas con experiencia junto a las cuales se podían encuadrar las levas. Dicho de otro modo, se niega lo que se advierte en las fuentes y en acrobática paradoja historiográfica, se rechaza lo que se afirma. [4]

Lo cierto es que tanto el rey como los duques que regían y guardaban las provincias y como los condes a cargo de las ciudades y sus comarcas, contaban con tropas permanentes a su servicio acantonadas junto al monarca en la capital del reino, distribuidas por las principales ciudades, asentadas en las regiones fronterizas o resguardadas tras los muros de *castella* , *castra* y torres estratégicamente situadas.

Es decir, el Reino de Toledo contó, sin lugar a dudas, con tropas permanentes, profesionales podríamos decir. De hecho y

en mi opinión, la confusión historiográfica viene determinada porque muchos no comprenden que el sistema militar del Reino de Toledo era mixto y que la preponderancia numérica de un elemento sobre otro, el de la leva sobre los contingentes permanentes, no menguaba sin embargo la relevancia de estos últimos, ni el ascendiente que ejercían sobre las tropas de leva a las que servían de núcleo y encuadre.

Por otro lado, la escasez de fuentes y, con frecuencia, sus equívocas o incompletas informaciones, dan pie y lo seguirán dando, a todo tipo de debates y matizaciones. Baste con poner en comparación obras de autores como Gallegos Vázquez, Isla Frez, García Moreno o González Salinero, [5] por citar solo a cuatro excelentes especialistas, para comprobar que las conclusiones pueden ser divergentes en no pocas cuestiones. Por mi parte, recogiendo muchas de las ideas y conclusiones de los historiadores ya citados y de otros del mismo modo reseñables y, ante todo, centrándome en las fuentes y en mi personal evaluación de sus datos, tengo mis propias soluciones a algunos de los problemas y debates planteados.

De la lectura de la *Historia Wambae regis* [Historia del rey Wamba] de san Julián de Toledo y de la *Vita Sancti Fructuosi* [Vida de san Fructuoso] de Valerio del Bierzo, ambos contemporáneos de los hechos que narran, se advierte con claridad que, además de los duques que regían las provincias del Reino, existían otros que con la denominación de *dux exercitus* , comandaban unidades militares de regular tamaño y destacable capacidad, cuyos integrantes aparecen valorados con expresiones como *bellatorum ad expugnationem* , lo que literalmente sería algo así como «los que en la batalla van al asalto» o lo que es más revelador aún *virorum fortium acie* , es decir, «líneas de batalla de hombres fuertes» y también *belligerosis incursibus* , esto es, «los que se apresuran a combatir». Dicho de otro modo, se trata de combatientes

escogidos, agrupados en unidades y formaciones propias, *acies* y *turmas* de élite, veteranos y excepcionalmente adiestrados. [6]

Por otro lado, los *duces exercitus* que ya hemos nombrado y el, o los, *comes exercitus* , pues se podía nombrar uno o varios para comandar una hueste, los *comes* de los contingentes fronterizos, los *comes civitatis* al mando de las guarniciones de las ciudades, los *duces provinciae* , al mando de las tropas destacadas en sus provincias y los demás oficiales superiores y aquellos otros que se ocupaban de la complicada logística del ejército visigodo tanto en tiempos de paz como de guerra son por sí mismos y en cuanto a sus atribuciones militares, un claro ejemplo de un sistema operacional que requería para su correcto funcionamiento de tropas permanentes y de mandos y oficiales bien formados y veteranos.

Esas tropas permanentes tenían su núcleo esencial y primario en las unidades de guardia acantonadas junto al rey en Toledo: *spatharii* (espatarios) y *gardingi* (gardingos), que formaban una auténtica reserva estratégica de tropas con un magnífico adiestramiento, bien armadas y excelentemente montadas en torno a las cuales, y en caso de que se desencadenara una guerra, se podían congregar las unidades regulares distribuidas por las fronteras, guarniciones y ciudades principales, así como las levas levantadas tanto por el rey, *tiufada* , como por los *domini regni* , grandes señores del reino, laicos y eclesiásticos, [7] y por todos los varones sujetos a obligaciones militares, esto es, aquellos que tenían entre veinte y cincuenta años, ninguna tara y fueran convocados para la defensa del reino por el soberano o por sus oficiales.

Estamos, pues, ante una estructura compleja en la que se suman tropas permanentes y de leva, nobles, hombres libres, colonos y esclavos, así como mandos y oficiales de gran capacidad y veteranía y otros cuyo único timbre era su nobleza y riqueza personal y todo ello cohesionado por unas

desarrolladas leyes militares y una excelente logística que solo podemos comparar con la del contemporáneo Imperio bizantino. [8]

Es evidente que la organización militar visigoda fue evolucionando de un modo notable desde sus orígenes. El asentamiento en Aquitania favoreció un proceso de integración de reclutas y elementos romanos que obtiene carta de naturaleza en las leyes de Eurico y que es probable que ya en época de Alarico II aportara la mayor parte de los hombres. Unos hombres que provenían de las milicias ciudadanas de Auvernia, Aquitania y la Narbonense y de las comitivas de la potente nobleza galorromana. [9]

No obstante, eran los hombres libres y los nobles godos los que seguían determinando el carácter del ejército del Reino de Tolosa y, por ende, su destino. Así, Hidacio, recoge la siguiente estampa ubicándola hacia el 468: «Cierto día en que los godos se hallaban congregados en una de sus asambleas, los hierros o puntas de sus venablos que tenían en las manos perdieron por algún tiempo su brillo natural, volviéndose unos de color verde, otros rosáceo, otros negro y otros dorado». [10] Lo que importa no es el prodigio ni su significado, lo que importa es el hecho de que los «godos» se seguían reuniendo en asambleas en las que el derecho a formar parte de ellas venía determinado por su condición de hombres armados, de guerreros. Esa asamblea guerrera era la base del poder primigenio de los reyes. En la batalla de los Campos Cataláunicos, del 20-21 de junio del 451, cuando el rey Teodorico I cayó abatido en mitad del feroz combate, fueron los guerreros quienes, sin transición entre los cantos fúnebres y el clamoreo de sus espadas y lanzas golpeando contra los escudos para aclamar a su nuevo *rex* , elevaron sobre el escudo a su hijo Turismundo. [11] Nótese que no se trata de un pueblo en armas, sino de un ejército que se siente pueblo y, en

mi opinión, el matiz es relevante para entender el origen de los godos y su devenir.

Las estampas antes mostradas adquieren dimensión y carácter de hito si las comparamos con la que nos ofrecen las fuentes contemporáneas de Vouillé (507), es decir, solo cuarenta y cincuenta y seis años más tarde, respectivamente, que nos muestran un ejército en el que buena parte de los combatientes eran galorromanos mandados por galorromanos y en donde la nobleza goda y sus comitivas armadas, incluida la mayor de todas ellas, la del rey, siguen formando un núcleo formidable, pero en el que los guerreros que en el 468 Hidacio nos mostraba en asamblea, no son ya base de un sistema, ni actores principales del mismo, sino tan solo uno de sus componentes y, además, uno cada vez más subordinado a una nobleza cada vez más poderosa. De hecho, las derrotas sufridas por los visigodos en Vouillé (507) y Narbona (531) significaron la destrucción del ejército visigodo tal como este había terminado por conformarse durante los reinados de Eurico (466-484) y Alarico II (484-507).

Y ahora nos haremos una pregunta que no suele hacerse y que, sin embargo, es importante: ¿Qué pasó con el ejército ostrogodo que salvó la situación militar del desarbolado Reino de Tolosa tras el desastre de Vouillé? ¿Quedó en Hispania y la Narbonense tras la mayoría de edad de Amalarico? ¿Fue destruido en la batalla de Narbona en el año 531? ¿Regresó a Italia ante las noticias que de ella llegaban tras el desembarco de las huestes de Belisario?

Todo apunta a que muchos nobles ostrogodos permanecieron en la Narbonense y en Hispania y con ellos quedarían sus comitivas armadas e integradas en ellas, una parte de la hueste ostrogoda. De hecho, ya vimos en el capítulo correspondiente, que Procopio nos informaba cumplidamente sobre que muchos de los ostrogodos que fueron destacados a la

Narbonense y a Hispania se asentaron y se mezclaron con los visigodos, hasta tal punto que formaban un solo pueblo. Pero, es evidente que no todos los guerreros ostrogodos destacados por Teodorico I el Grande se quedarían en el reino visigodo y es muy probable que, tras la muerte de su señor en el 526, muchos regresaran a Italia. Máxime cuando a partir del 535 el reino ostrogodo se vio envuelto en una difícil lucha por la supervivencia en la que tuvo que echar mano de todos sus recursos y hombres. De ahí que Teudis (531-548) tuviera que crear un nuevo ejército a partir de su propia y potente comitiva: 2000 infantes y una poderosa caballería integrada por un número considerable de lanceros. [12] Su creación demostró ser eficaz y operativa tal como experimentaron los francos en Zaragoza (541), en donde sufrieron una devastadora derrota, por la que se vieron obligados a retirarse hacia los Pirineos en donde padecieron la matanza de su retaguardia. [13]

Sin embargo, la desoladora derrota sufrida por Agila I en Corduba –¿acaso en el 550?–, [14] y la inmediata guerra civil, obligarían a Leovigildo a empezar casi de cero. En efecto, si uno evalúa sus primeras campañas, entre el 570 y el 577, y las compara con las que condujo durante y después de los años de la guerra civil (581-585), y con las que emprendió su hijo Recaredo en sus primeros años (586-589), advertirá que Leovigildo pasó de estar al frente de un ejército potente y rápido, pero pequeño, sin capacidad logística ni tren artillero digno de ese nombre y en el que las razias, los golpes de mano y la celeridad de la caballería lo eran todo, a un ejército de gran tamaño, compuesto por tropas de infantería y caballería, dotado de máquinas de guerra y de una potente logística, y por ello capaz de asediar y tomar grandes ciudades y fortalezas, de medirse en batalla campal con poderosos ejércitos, combatir en varios frentes a la vez y de ocupar y controlar amplios

territorios, los cuales, unos años antes, solo había podido aspirar a saquear.

En efecto, si en el 570, durante la razia, que no fue otra cosa, contra los campos de Basti y Malaca, Leovigildo se tuvo que limitar al saqueo y si en el 571 y el 572, en Asido y Corduba, la toma de ambas ciudades se produjo mediante golpes de mano nocturnos propiciados por la traición, en el caso de la primera y quizá por el descuido, en el caso de la segunda, [15] en el asedio de Sevilla del 583-584, el ejército visigodo no dependía ya de golpes de mano, ni de las traiciones o descuidos que se produjeran en el campo enemigo, sino que fue capaz, no ya de establecer un estrecho cerco de la ciudad, cortando el río Guadalquivir, construyendo posiciones y atacando de continuo las enemigas, sino de sostenerlo durante unos veinte meses y coronarlo con el éxito. Una auténtica proeza logística y de una dimensión tal que no podremos encontrar nada semejante en el contemporáneo Occidente europeo. [16] Esa sorprendente capacidad del nuevo ejército visigodo para asediar y tomar ciudades, la demostró otra vez en la campaña que contra los francos dirigió el príncipe Recaredo en el 585-586 en la que no solo derrotó a los francos en el campo, sino que les sitió y arrebató importantísimas y muy fuertes fortalezas y ciudades como Cabaret y Ugernum. [17]

Y, lo que es más, si observamos los resultados obtenidos por el ejército de Leovigildo en el 585-586: derrota de los francos a los que se toma fortalezas y ciudades, derrota de los suevos con ocupación de su reino y aplastamiento de rebeliones, así como desbaratamiento de una flota franca en el Cantábrico, [18] lo que sorprende es la dimensión de las operaciones, el poder y capacidad desplegados para combatir en dos frentes a la par, su éxito y la rapidez y contundencia en su ejecución. Lo mismo que se advierte en el 589 de nuevo frente a los francos y en Carcasona, en donde un gran ejército enviado por el rey de

Borgoña, tres columnas que sumarían unos 20 000 hombres, fueron aniquiladas sufriendo en el principal encuentro 7000 bajas, 5000 muertos y 2000 prisioneros, y siendo implacablemente perseguidos sus restos hasta la frontera. [19] Una operación militar, la persecución sostenida de un enemigo derrotado, que, como saben todos los entendidos, es una de las que requieren mayor pericia y disciplina por parte de un ejército.

Así que Leovigildo creó un nuevo ejército y ese nuevo ejército puso en marcha el sistema mixto que lo caracterizaría hasta los terribles días de Guadalete: un cuerpo central de tropas permanentes y profesionales en torno al cual se sumaban levas que se convocaban en primavera para abordar las campañas planeadas o que se reunían ante una invasión enemiga o ante una rebelión. Un ejército dotado de una logística sin parangón en Occidente y en especial pertrechado y adiestrado para las operaciones combinadas y los asedios, esto es, para las situaciones más complejas del escenario bélico. Por tanto, será a ese ejército al que dedicaremos nuestro análisis.

A la cabeza del ejército estaba el rey que en campaña ostentaba el título de *dux exercitus Spaniae,* esto es, conductor del ejército de Spania, tal como se advierte en la lectura de la *Historia Wambae regis* [20] del contemporáneo Julián de Toledo al narrarnos la formidable campaña de Wamba del 673 en la que combatió con terrible eficacia a los «feroces vascones» a los que aplastó en siete días y al rebelde duque Paulo, que se sumó a una rebelión nobiliaria que levantó la Galia Narbonense y parte de la Tarraconense y que congregó apoyos de bandas guerreras de francos, sajones y vascones.

Ese título, *dux exercitus Spaniae* , aparece también en la *Vita Sancti Fructuosi* , del también contemporáneo Valerio del Bierzo, quien al narrar la vida de su maestro nos dice que el padre de Fructuoso había sido *dux exercitus Spaniae* . [21] La

única manera de explicar esta duplicidad es aceptando que el padre de Fructuoso era uno de esos *duces exercitus* que aparecen en la *Historia Wambae regis* a la cabeza de las turmas, unidades militares sobre las que volveremos más tarde, y de tropas escogidas y, probablemente, profesionales, que en el texto de la *Historia Wambae regis* aparecen siempre asumiendo las misiones más difíciles, tomar *castra* en las montañas, avanzar a toda velocidad sobre posiciones enemigas, *etc.* y que son designadas y valoradas con expresiones tales como *bellatorum ad expugnationem* , «los que en la batalla van al asalto» y *belligerosis incursibus* , «los que se apresuran a combatir». [22]

Pues bien, creo que esas tropas permanentes y escogidas son las que Julián de Toledo denominó como *virorum fortium acie* , es decir, como «líneas de batalla de hombres fuertes» y de forma más esclarecedora aún si cabe *adstante exercitus* una expresión que significa, literalmente, «el ejército que está circunstante» es decir, «que está alrededor» y también «el ejército que está en presencia». [23] Estamos, pues, ante una expresión que define y denomina con claridad a un ejército siempre en presencia o alrededor del rey. Esa condición de ejército permanente y escogido se evidencia de nuevo y de forma meridiana en el citado pasaje de la *Historia Wambae regis* , pues Julián nos muestra a Wamba junto a sus *seniores palatini* , del *officium palatinum* y de todos sus gardingos, rodeados por las filas de ese *adstante exercitus* cuyas tropas habían llevado el peso de las operaciones y que en campaña asumían las misiones más comprometidas o que requerían de más pericia militar, o que en batalla formaban en primera línea o en los puntos decisivos del despliegue, *virorum fortium acie* , «líneas de batalla de hombres fuertes». [24]

Los duques del ejército que acabamos de perfilar en los párrafos precedentes no deben de ser confundidos con los *duces provinciae* , los duques de las provincias, que podían también

ser designados como *duces exercitum provinciarium* , esto es, duques de los ejércitos de las provincias. Estos últimos tenían mando sobre contingentes de tropas regulares destacadas en sus provincias, su propia comitiva armada y las guarniciones acantonadas en las ciudades bajo las órdenes de los *comes civitatis* , o asentadas en *castra* , *castella* y torres por las fronteras o en lugares estratégicos y, sobre todo y en ello radicaba su importancia y poder, sobre las levas alzadas en los extensos territorios cuyo gobierno el rey les había asignado. [25]

Pero como se ve claramente en la *Historia Wambae regis* , en la primavera del 673 el rey se hallaba al frente de un ejército en Cantabria y desestimó convocar la leva general en favor de golpear rápido al sublevado duque Paulo. [26] Dicho de otro modo, con él no estaban el grueso de esas levas, las cuales dependían de los *duces provinciae* o *duces exercitum provinciarium* y de los *comes civitatis* , sino tan solo tropas regulares, así como las comitivas de sus *fideles regis* , de su *officium palatinum* , los *primatibus palatii* del relato de Julián de Toledo que deciden junto al rey no ir a convocar ni a esperar a las levas del resto del reino, aunque es probable que sí estuviera la leva del *dux provinciae* de la región desde donde se iba a lanzar la expedición de castigo contra los vascones, Cantabria, pues así lo marcaría la ley que el propio Wamba dictaría y que obligaba a todos los hombres que habitaran en un radio de 100 millas en torno a donde se efectuaran las operaciones militares, a sumarse a ellas con las armas en la mano. [27] A todo lo anterior se agregaría también la *tiufada* real levantada entre los siervos de la corona.

Puede que, con posterioridad, avanzadas ya las operaciones, pues durarían un total de seis meses, se sumaran a las operaciones en Septimania otros contingentes de levas provinciales, por ejemplo provenientes de la inmediatamente pacificada Tarraconense, pero antes de que eso ocurriera

Wamba ya había destacado a tres duques al mando de tres turmas para que se apoderaran de los pasos pirenaicos mientras que él avanzaba con una cuarta columna por la costa de la Tarraconense y, cubiertos los objetivos iniciales, Wamba volvería a dividir el ejército y esta vez destacaría no a tres, sino a cuatro duques, al frente de sus respectivas columnas y ello a la par que él marchaba con un quinto cuerpo y un sexto era destacado para efectuar operaciones anfibias. [28]

Los *duces exercitus* arriba analizados podían ser nombrados por el rey para una campaña o durante la misma. El texto de Julián de Toledo lo deja bien claro: Después de haber elegido jefes, divide su ejército en tres turmas, de modo que la primera se dirigiera al campamento de Llivia, que es la capital de la Ciritania, la segunda fuese hacia la parte media del Pirineo, por la ciudad de Vich; la tercera marchara por la Vía pública, junto a la costa del mar. Con todo, el mismo devoto príncipe seguía con multitud de guerreros a esta última parte del ejército. [29]

Este carácter inmediato y contingente del mando se evidencia también en la designación de Waldimiro o Wadimiro para que comandara una potente división de tropas escogidas cuyo número se elevaba a 10 000 efectivos y que tenía que sumarse a las unidades que ya estaban tratando de tomar Namaus (actual Nimes), en donde se había refugiado el usurpador duque Paulo. [30] Pues bien, ese Wadimiro aparece en las actas del XIII Concilio de Toledo firmando como *comes scanciarum et dux* , esto es, como conde de las provisiones y duque. Algo que apunta a que los *duces exercitus* eran provisionados por los miembros del *officium palatinum* del rey [31] y que conservaban su título de duque aun después de haberlo ejercido, sumándolo al que solían desempeñar en el *officium palatinum* .

García Moreno ha concluido que esos *duces* del *officium palatinum* que aparecen precedidos por títulos tales como *comes*

scanciarum (conde de las provisiones), *comes cubiculi* (conde de los aposentos), *comes thesaurorum* (conde de los tesoros), o *spatharius comes* (conde espatario), y que en las actas del XIII Concilio de Toledo del 683 hacían un total de siete, son los duques de las provincias que ocupaban de esta manera nuevas parcelas de poder. [32]

Yo no lo creo así. Primero porque, tal como demostró Isla Frez, los *comites* (condes), firmantes de las actas conciliares, no tenían nada que ver con los *comes civitatis* y no ejercían ningún mando territorial y, por ende, habrá que suponer que los *comites et duces* que aparecen firmando junto a los demás *comites* tampoco los tendrían. [33]

En segundo lugar, porque el propio García Moreno afirma que el número de los *duces provinciae* en el último tercio del siglo VII era de 8 y no de 7.

En tercer lugar, porque en las actas del XVI Concilio de Toledo celebrado en el 693 solo se constata la firma de un *comes et dux* , Vítulo, quien ya figuraba en las del XIII con el título de *comes patrimonii* (conde del patrimonio), pero no con el de *dux* . Ahora bien, si la teoría de García Moreno fuera cierta, Vítulo no podría ser el único duque firmante de estas actas, sino que debería de estar acompañado por alguno de los otros siete *duces provinciae* . Por el contrario, si esos duques del *officium palatinu* m que aparecen en las actas del XIII Concilio del 683, hubieran obtenido su título como consecuencia de su desempeño en campaña como *dux exercitus* , se entendería mejor la diferencia entre las firmas del *officium palatinum* en unas actas y otras, pues en tiempos del XVI Concilio solo había una empresa militar reciente: el aplastamiento de la rebelión del usurpador Suniefredo (692-693), que no necesitó de muchas fuerzas, ni provocó grandes enfrentamientos, sino que fue más bien una «empresa de policía», pero que, sin duda, exigió la leva de la *tiufada* real de la que, curiosamente o quizá no tanto, era

responsable Vítulo. De ahí que solo Vítulo hubiera logrado agregar el título de *dux* al que ya poseía en el 683 de *comes patrimonii* , mientras que en los días del XIII Concilio, aún ejercían mando y poder muchos de los dignatarios que habían participado en la gran campaña de Wamba y obtenido en ella la distinción de *dux exercitus* . [34]

Y, en cuarto lugar, porque la presencia en el *officium palatinum* de los *duces provinciae* desempeñando funciones y cometidos tan precisos y presenciales, les habría supuesto un grave problema de ubicuidad. Pues el gobierno de sus extensas provincias requería su presencia en ellas y de ello, de que los duques residían habitualmente en sus provincias, tenemos muchos ejemplos.

Prosigamos. Junto con los *dux exercitus* arriba analizados, estaban los *comes exercitus* que auxiliaban al rey. Por su parte, el despliegue territorial de la fuerza tenía a su cabeza a los *dux provinciae* y bajo ellos a los *comes civitatis* . Ambos tenían funciones militares, administrativas, fiscales y judiciales y, además, les correspondía mantener tropas para la defensa de sus territorios y ciudades y comandar las levas territoriales.

Los *duces provinciae* gobernaban provincias muy extensas: Bética, Lusitania, Gallaecia, Narbonense, Tarraconense, Cartaginense, Cantabria y Asturiense. [35]

En las firmas de las actas del XIII Concilio de Toledo del 683 aparecen también una serie de *comes* , vinculados a la logística del ejército y del mando de las unidades de guardia palatina. Se menciona así a un *comes stabuli* , esto es, un conde encargado de la remonta y de las cuadras reales y, por tanto, responsable de la provisión de caballos de guerra y silla para el ejército. Contamos también con Isidoro, *comes thesaurorum et dux* , es decir, conde de los tesoros y duque, el cual, sin duda, estaba implicado en el pago y sostenimiento de las tropas, y con el ya

citado Vítulo, *comes patrimonii* , quien tenía a su cargo la convocatoria de las levas serviles del patrimonio regio, [36] así como con varios *comes scanciarum et dux* relacionados con los abastecimientos de palacio, sin duda, pero también con los de las tropas a él sujetas y con las que marchaban junto al rey cuando este reunía la leva general y la comandaba en campaña. En fin, aparecen también los *spatharius et comes* (espatarios y condes), en número de cuatro y un *spatharius comes et dux* . Pero junto a esos espatarios con título de conde, aparece la firma de un *comes spathariorum* , esto es, un conde de los espatarios y, por ende, el comandante supremo de los espatarios, el cuerpo de élite que custodiaba al rey y cuyos oficiales eran hombres de confianza del monarca. ¿Y el *comes spatharius* que también firma las actas? Su nombre era Torresario, pero al igual que los 4 *spatharius et comes* y que el *spatharius, comes et dux* , se trataba de un noble del *officium palatinum* que hacía gala de su antigua condición de espatario de forma similar a como ocurría en el contemporáneo Bizancio, en donde el haber formado parte de la oficialidad de los espatarios o de otros cuerpos de guardia como los candidatos o los protectores, se tenía por el mayor timbre de gloria y prestigio que se podía ostentar en la corte imperial, conservándose por esa razón el título y haciéndolo preceder a los que después se lograban. [37] Por eso creo que todos esos espatarios y condes y también el conde espatario, que seguramente logró formar parte de la oficialidad de los espatarios cuando ya era conde, mientras que el resto se alzó hasta la dignidad de conde tras haber servido como espatario, no eran sino condes del *officium palatinum* sin mando directo sobre la unidad de guardias que formaban los espatarios y que esa misión práctica la ejercía en este tiempo Severino, *comes spathariorum* (conde de los espatarios). [38]

¿A cuántos hombres ascendía esta unidad de espatarios? Algunos han evaluado su número en un centenar, [39] pero amén de no tener apoyo en las fuentes, es un número muy bajo que no se corresponde con la misión primordial de los espatarios: dar seguridad al rey y al palacio. González Salinero ha señalado que existe cierta similitud entre los espatarios y las *scholae palatinae* romanobizantinas. [40] Estoy de acuerdo con él y aunque no creo que los espatarios de Toledo sumaran 3500 hombres como lo hacían las *scholae palatinae* constantinopolitanas, [41] me parece obvio que por el tamaño aproximado que tuvo que tener el *palatium* de Toledo y por el poder del soberano visigodo, que al menos desde época de Wamba (672-680) los guardias que formaban bajo el estandarte del *comes spathariorum* debían de sumar un número aproximado de 500. Este número los equipararía al que integraba cada uno de las 7 *scholae palatinae* . [42]

Estos espatarios no solo cumplían misiones de guarda y acompañamiento del rey en palacio, en sus desplazamientos y en campaña o batalla, sino que, como hombres de confianza del soberano godo, podían ser delegados en todo tipo de empresas militares, diplomáticas, de gobierno o incluso asumiendo tareas fiscales. [43]

Junto a los espatarios seguían estando los gardingos, nobles que servían al rey con las armas y formaban el grueso de su comitiva y de sus *fideles regis* , además de mantener con él un vínculo personal fortalecido por las donaciones del monarca. Estos gardingos, una suerte de *protectores domestici* , a menudo se educaban en el *palatium* y formaban junto con el resto de los integrantes del *officium palatinum* , lo que Julián de Toledo denomina *cunctis senioribus palatii* . [44]

No todos los gardingos se hallaban junto al rey, muchos se ocupaban de funciones administrativas, fiscales y aun judiciales en diversas partes del reino y otros muchos desempeñaban

mandos militares en fortalezas y fronteras. Los gardingos servían como caballería pesada y estaban acompañados por hombres armados que les prestaban servicio. Sin duda, su número igualaba y quizá superaba al de los espatarios y junto con ellos debían de sumar más de un millar de lanzas. Era un potentísimo cuerpo de caballería integrado por guerreros fenomenalmente adiestrados y armados que formaban el poderoso núcleo del ejército visigodo. [45]

Otro grupo de guerreros profesionales ligados personalmente al rey y, a menudo, destacados en las fronteras y en zonas de difícil control, eran los *leudes* , aunque apenas si sabemos algo de ellos, excepto que recibían tierras del soberano a cambio de proteger la frontera o de acudir armados y con sus hombres a la defensa y a las expediciones cuando así lo reclamaran los condes y duques de sus regiones o el rey. A tenor de lo que sabemos por sus homónimos francos, los *leudes* tenían en el ejercicio de las armas su sentido y su derecho y, por ello, se les debe de presuponer un valor militar superior al de otros, más poderosos quizá, pero menos frecuentadores de la guerra. Estos *leudes* servían también como caballería pesada. [46]

En el séquito de los *domini regni* , los grandes nobles, eclesiásticos y laicos por igual, y en el de los duques y condes del *officium palatinum* y de los *duces provinciae* y los *comes civitatis* , así como en el de los gardingos y otros nobles y oficiales, servían soldados profesionales: *saiones* (sayones) y bucelarios. Los primeros tenían un origen godo y los segundos, romano. Ambos recibían de sus señores o patronos, propiedades fundiarias, armas, monturas, equipos, etc., a cambio de que les prestasen juramento y les sirvieran con las armas en la mano, defendiendo su vida y propiedades y acompañándolos en las expediciones militares cuando eran convocados por los *duces provinciae* , los *comes civitatis* o el rey.

En los dos casos, sayones y bucelarios, se trataba en origen de hombres libres que entraban al servicio de un *dominus* (señor), para ponerse bajo su autoridad y protección. Pero mientras que los sayones podían disolver esa relación de dependencia siempre y cuando devolvieran a su señor la totalidad de los bienes que hubieran ganado a su servicio, marchándose entonces libremente en busca de otro *dominus* y llevándose sus armas, equipo y monturas que se consideraban propios, [47] los bucelarios debían de retornar a su señor las armas y equipo que de él hubieran recibido y la mitad de los beneficios habidos durante el tiempo que hubieran estado sirviéndole.

En origen, la verdadera diferencia entre sayones y bucelarios radicaba en el grado de relación personal establecido con su patrón: los sayones formaban parte de su casa, compartían mesa y techo con él y, por tanto, tenían una relación cuasi familiar; mientras que los bucelarios eran simples mercenarios que no siempre compartían intimidad con su señor y que, en consecuencia, mantenían una relación menos estrecha con él. Pero, con el tiempo, estas diferencias entre sayones y bucelarios también se borraron y hacia el siglo VII, estaban por lo general agrupados bajo la denominación de bucelarios quedando el nombre de sayón reservado a una suerte de alguaciles encargados de mantener el orden y de ejecutar las disposiciones judiciales. [48] La tendencia en el siglo VII fue que los bucelarios se fueran reclutando cada vez en mayor número entre los siervos y, en consecuencia, que perdieran parte de sus derechos y cualidades originales.

Estas tropas solían servir como caballería y, aunque su equipo sin duda no estaba a la altura del portado y esgrimido por espatarios, gardingos, *leudes* y *domini regni* , era de mediana calidad, y probablemente similar al que llevarían las tropas regulares destinadas en las guarniciones y fronteras lo que les permitiría formar como parte de los lanceros a caballo.

Como vemos, las tropas y unidades ya reseñadas formaban un cuerpo de guerreros profesionales de muy diverso origen, carácter y cometido, pero que, al reunirse bajo el comando del rey en las grandes expediciones militares o bajo los *duces* y los *comes civitatis* , constituían un poderoso núcleo al que se podían sumar tropas bisoñas y peor armadas procedentes de las levas de hombres libres, que para el siglo VII habían perdido su antiguo carácter de guerreros, y sobre todo, de colonos y siervos procedentes de las grandes propiedades de la nobleza y de la Iglesia.

Junto con el despliegue territorial, el ejército se organizaba conforme a una orgánica decimal.

Estaban los *tiufadus* o jefes de un millar, una *tiufada* , [49] que a su vez se dividía en dos unidades de 500 hombres a las órdenes cada una de ellas de un *quingentenarius* . [50] Por debajo de los estos, estaban los *centenarius* , [51] cada uno de ellos al mando de una *centenae* de 100 hombres y, por último, estaban las *decaniae* de 10 soldados a las órdenes de un *decanus* . [52]

Todos los oficiales arriba mencionados, *tiufadus* , *quingentenarius* , *centenarius* y *decanus* , al igual que los *duces provinciae* o los *comes civitatis* , tenían en el siglo VII no solo mando sobre sus unidades, sino también diversas atribuciones administrativas en campos tales como el cobro de impuestos o la justicia. De ahí que los que ejercían un mando superior, como el *tiufadus* , contaran con asistentes que los auxiliaban en sus múltiples tareas. [53] Esta militarización de la administración y la sociedad era tendencia ya a finales del siglo VI, pero el proceso se coronó bajo el reinado de Chindasvinto quien también otorgó a los *duces provinciae* los poderes casi virreinales de los que disfrutaron en la segunda mitad del siglo VII y en la primera década del VIII. [54]

Pero junto con la organización en *tiufadas* de 1000 hombres, quingentenas de 500, centenas de 100 y decurias de 10, tenemos noticia de unas unidades llamadas *turmae* (turmas). Estas turmas aparecen en la *Historia Wambae regis* y a su mando estaban los *duces exercitus* . La similitud del nombre, turma, y del mando a su cabeza, duque, me llevó en mi anterior obra, *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad oscura* , a apuntar a la influencia bizantina. En efecto, en el Bizancio de la segunda mitad del siglo VII las *turmas* eran las divisiones de los *themas* , 2 o 3 *turmas* por *thema* y estaban bajo el mando de un duque o turmarca, siendo habitualmente el número de sus hombres de entre 2000 y 3000 y caracterizándose por su flexible despliegue táctico. Según el relato de Julián de Toledo, Wamba dividió su hueste en 3 turmas que desplegó en avanzada para que tomaran las principales fortalezas del Pirineo, mientras que él, Wamba, seguía a una de ellas, la que marchaba por la costa, con el resto del ejército. Se trata pues de unidades tácticas de regular tamaño y gran flexibilidad táctica que en mi opinión no son sino una trasposición del modelo bizantino al visigodo. Algo que, por otra parte, era y había sido siempre el modo habitual de actuar entre los godos. [55]

Como se habrá supuesto ya, el grueso del ejército lo formaban las levas de campesinos, en su inmensa mayoría dependientes: colonos, siervos y esclavos que servían como infantería ligera pésimamente armada. Algunos portaban lanza, escudo y *scramasax* , pero otros muchos tan solo un venablo o un arco y flechas e, incluso y en no pocas ocasiones, nada más que un garrote y una honda. Esta deficiencia en el armamento, que a veces se trasladaba a tropas supuestamente mejor equipadas, preocupaba a los reyes, que emitieron disposiciones al respecto del equipamiento militar. [56]

Las levas estaban muy bien reguladas. Se convocaban en primavera si se preveía emprender una campaña, por ejemplo,

las que por lo general se destinaron a reprimir las ansias saqueadoras de los vascones, o bien cuando se presentaba el peligro, es decir, un ataque enemigo o una rebelión interna. Las levas podían ser generales si el rey tenía en mente una gran expedición, o podían ser provinciales o locales si el peligro o la causa que las justificaba solo interesaba a una parte concreta del reino. La leva fijaba el punto de reunión y la fecha en que se verificaba esta última. Wamba dictaminó que la totalidad de los hombres adultos en buen estado físico, libres y no libres, tenía la obligación de presentarse con las armas en caso de que el rey o algún oficial del rey, así lo decretara.



Figura 61: Estela funeraria de Niederdollendorf (Alemania). En ella vemos una figura que porta colgado de su zona ventral un *scramasax* –o *sax* – especie de cuchillo alargado de un solo filo (véase Figura 4), y sustituto más que eficiente para la espada en combate cerrado, lo que facilitó su difusión entre los guerreros con menores recursos económicos. El individuo aparece peinándose, pues recordemos que los largos cabellos

son símbolo de estatus social privilegiado, también entre los godos.

La ley de Wamba de 1 de noviembre del 673 trataba de frenar el progresivo abandono de los deberes militares que se venía constatando desde época de Chindasvinto, quizá por mor de la política más templada de Recesvinto hacia la nobleza, y que había mermado los recursos militares del reino. Además, la ley se dictaba justo tras el aplastamiento de la rebelión del duque Paulo y con la previsión de que aún se podrían dar combates en la Narbonense, en la Tarraconense o en la Cantabria contra los antiguos aliados vascones, francos y sajones del vencido usurpador, lo que quizá explique tanto que Wamba quisiera elevar al máximo el potencial militar de su reino como la severidad de su ley.

Wamba pretendía ante todo reforzar a la corona frente a una nobleza que contaba con la posibilidad de reclutar hombres armados en sus tierras, pero que, a la par, parecía renuente a llevarlos a combatir bajo las banderas de su soberano. Quizá por ello, Wamba prescribió durísimas penas para los infractores. La ley obligaba a todos los hombres aptos para el servicio militar a acudir con las armas para ponerse al servicio de los oficiales reales en cuanto estos así lo demandaran o en cuanto les llegara noticia de un ataque enemigo. La obligación se extendía a libres y siervos, clérigos y laicos e interesaba a cualquiera de ellos que se hallara en un radio de 100 millas del punto del reino en donde se manifestara el ataque o sublevación. De no cumplirse esta ley, se les sometería a penas como privación de su dignidad y rango, destierro, confiscación de bienes, azotes, pérdida de derechos y, entre ellos, el de poder testificar en los juicios, esclavitud, *etc.* Por ejemplo, un hombre libre que no acudiera a servir con las armas cuando se constataba un ataque enemigo, estaba condenado a sufrir 200 latigazos, a ser marcado con un hierro candente, y sería

sometido a una exorbitante multa de 100 libras de oro, esto es, 7200 sólidos áureos. Esta era una cifra descomunal que solo un duque, conde, *tiufado* u obispo podría pagar y que, por lo tanto y, de hecho, condenaba a todos los demás a la pena alternativa de no producirse el citado pago: incautación de bienes y venta como esclavo para compensar así al estado.

La ley era, en principio, exactamente igual de estricta con nobles y obispos, clérigos, hombres libres, siervos y esclavos y preveía el castigo de desertores y de aquellos que llegaran tarde a la convocatoria de la leva. Para impedir que los duques, condes, *tiufados* , gardingos o cualesquiera otros oficiales del rey hicieran la vista gorda mediante soborno o por relación personal con los infractores, de ser sorprendidos en su prevaricación, tenían que pagar el cuádruple de la suma recibida como soborno y añadir a la misma 72 sueldos de oro. [57]

La ley de Wamba fue aplicada con severidad. Lo sabemos porque cuando su ladino sucesor, Ervigio, convocó el XII Concilio de Toledo del 681 nos trasladó el dato de que más de la mitad de los hombres obligados por la ley habían sido privados de su dignidad o rango, o bien se les había retirado su derecho a testificar en los juicios por mor de haber sido sancionados por no cumplir sus deberes militares. [58]

Ervigio reconoció la impotencia de la corona para imponer el reclutamiento universal. Mantuvo el espíritu de la ley militar de Wamba, pero la atemperó. Ahora, con su reforma, solo la décima parte de los siervos y hombres de un noble tenían que acudir con él a servir en la defensa del reino. Además, los hombres libres tenían la opción de incorporarse a la comitiva armada de un noble en vez de integrarse directamente en las tropas reales. Las penas por no prestar el servicio militar se atemperaron y la multa se rebajó a 72 sueldos de oro, una cantidad importante, pero no exorbitante y noventa y nueve

veces menor que la fijada por Wamba en el 673. Por lo demás, los 200 latigazos, la marca con hierro candente, la incautación de bienes si no se pagaba la multa, el destierro de los nobles y obispos, etc., se mantenían e incluso se sumaba una pena infamante: la decalvación. [59]

El reino visigodo de Toledo de finales del siglo VII e inicios del VIII manifestaba, pues, problemas para lograr que sus súbditos acudieran a las levas convocadas para defender el Estado. Sin embargo, tras evaluar la campaña del rey Wamba en el 673, llama poderosamente la atención que dichas dificultades parecían no lastrar en exceso el aparato militar y esa eficacia para convocar ejércitos y llevarlos al combate con premura y buen orden incluso, aunque resulte paradójico, parece manifestarse con brío en los aciagos acontecimientos que desembocaron en el desastre de los montes Transductinos/Guadalete del 711. Pero, entonces, ¿qué sucedió? Quizá las leyes no solo buscaban la salvaguarda del poderío militar del reino, sino también y, ante todo, la sujeción de los nobles y más aún, la supervisión real y continua de sus recursos militares. Quizá, en fin, estas leyes militares buscaran más mantener el sentimiento de cohesión y unidad del reino que su fortalecimiento militar. Dicho de otro modo, reunir a los nobles y a sus comitivas de bucelarios, aparceros y siervos, quizá era más un modo de hacerles recordar que formaban un solo pueblo bajo la autoridad de un solo caudillo, que de aprovechar su potencial militar.

Es obvio que la logística de este ejército era compleja y recaía en buena medida en las ciudades. Allí, el conde de la ciudad, auxiliado por un alto funcionario llamado *annonae dispensator* o *annonarius* , previa petición del *comes exercitus* , del *tiufadus* o del *dux exercitus* o de cualquier otro jefe militar que el rey hubiera comandado para reunir un ejército o fuerza importante, tenían la encomienda de reunir víveres y pertrechos

para las tropas de la ciudad o para las que fueran a reunirse en ella. Una vez reunidos los abastecimientos, otro funcionario, el *erogator annonae* , era el encargado de repartirlos entre los soldados. Si los víveres no se entregaban a tiempo, o si no se correspondían con las cantidades evaluadas por el *comes exercitus* , o estaban en mal estado, el *erogator annonae* daba cuenta al *comes exercitus* y este elevaba una queja al palacio real, especificando entre otras cosas, cuantos días había retrasado al ejército la negligencia del conde de la ciudad o del *annonarius* . Entonces el rey, verificada la falta, imponía a los culpables una severa multa que ascendía a cuatro veces el valor de los víveres no entregados o entregados de forma deficiente. [60]

En una inscripción que ya citamos y que se retrotrae al 642, se nos informa de la escolta de un tren de suministros que fue llevado hasta el lejano norte para proveer al ejército de flechas, dardos y venablos con vistas a su campaña contra los montañeses. Asimismo, sabemos que la red de calzadas se mantenía y que el sistema de postas, correo, *etc.* ligado a ella seguía operativo, lo que facilitaba, sin duda, la logística militar del reino. Todo lo anterior, y la capacidad fiscal de la que el Estado hizo gala y que permitía sostener a las guarniciones y tropas permanentes, a la par que a los ejércitos de leva cuando estos se desplegaban, confería al reino visigodo una notable solidez militar. Y no solo se abastecía a esas tropas y ejércitos, también se les pagaba. Son multitud las cecas y acuñaciones visigodas ligadas a la preparación o desarrollo de campañas militares y, de hecho y a menudo, son esas monedas las que nos permiten constatar que determinada ciudad o región estaba bajo control visigodo. [61]

¿Con cuántos hombres contaba el ejército visigodo? Ya señalamos que es probable que hacia el año 570 Leovigildo no contara sino con 2000 o 3000 jinetes a los que sumaría algunas levas. Pero, en la década del 580 contaba ya con un ejército

nutrido y ese ejército demostró una superioridad tremenda frente a suevos, francos y bizantinos, por no mencionar frente a vascones, astures, runcones u otros pueblos montañeses, todo lo cual apunta a un ejército numeroso y capaz, además, de desplegar tropas en dos o más frentes a la vez como ocurrió en el 585, en el 588-589 o en el 613-616.

Si leemos con atención el relato de Julián de Toledo sobre la campaña del rey Wamba en el 673 podremos además extraer algunos números. Bien, ya hemos señalado la división de la hueste en 3 *turmas* . Si nuestra tesis es acertada y esas *turmas* se correspondían con las bizantinas eso implicaría un número de combatientes de entre 6000 y 9000. Ahora bien, esas 3 *turmas* no eran el total del ejército, pues Wamba siguió los pasos de una de ellas con un cuarto cuerpo de ejército y además se nos señala que una quinta división operaba con la flota contra los rebeldes. [62] Un poco más adelante se nos advierte que Wamba volvió a dividir el ejército y que esta vez lanzó por delante a 4 divisiones cada una de ellas al mando de un duque. Lo lógico es pensar que esa nueva división implicaba 4 *turmas* y de ser así tendríamos un número de entre 8000 y 12 000 hombres a los que habría que añadir los que permanecían con el rey y los que operaban con la flota. [63] Si proseguimos la atenta lectura, veremos cómo se destacan casi 10 000 hombres en apoyo de las 4 divisiones que bajo el mando de 4 duques estaban asediando Namaus y, todo ello, sin contar que el rey, claro está, permanecía con otro contingente y con el que operaba con la flota. [64]

¿Cuál es, por tanto, la conclusión? Los números cuadran: si Wamba podía enviar en apoyo de las 4 divisiones o *turmas* que asediaban la ciudad rebelde a 10 000 efectivos y aún contaba con tropas para garantizar una reserva bajo su mando directo y elementos para desarrollar con la flota operaciones anfibias como la que se llevó a cabo con éxito contra la ciudad de

Magalone, eso nos da una cifra que, sin duda, no podía bajar de los 20 000 hombres y que es probable que rondara los 25 000.

Pero es que del relato de Julián se extraen tres informaciones muy relevantes para evaluar el potencial numérico del ejército visigodo. La primera es que hay que tener en cuenta que las fuerzas y levas de la Narbonense y de buena parte de la Tarraconense, dos de las ocho provincias del reino, se hallaban sublevadas en su mayor parte y, en consecuencia, no estaban en el ejército del rey. La segunda es que el duque Paulo fue despachado con una parte del ejército que, al sublevarse el citado Paulo, se opuso al rey y no puede ser contada entre los efectivos con los que Wamba afrontó al final la campaña. La tercera noticia es aún más relevante y nos pone al corriente de que Wamba no llevaba consigo a la totalidad de las levas del reino, sino que desechó su convocatoria y reunión en favor de la rapidez. [65] Dicho de otro modo, los entre 20 000 y 25 000 hombres que, siendo prudentes, podemos evaluar en el ejército de Wamba durante las operaciones del 673 no implicaban el total, y es seguro que ni siquiera el grueso, de la fuerza disponible. Una fuerza disponible que, si tenemos en cuenta todas las variables sopesadas en la exposición que acabamos de hacer, no debía de bajar de los 50 000 hombres.

Ahora bien, no es lo mismo disponer de 50 000 hombres que llevar 50 000 hombres a la guerra. Las dificultades logísticas eran las que, en realidad, determinaban el número de integrantes de un ejército. El Reino de Toledo contaba con grandes reservas militares a su disposición, según la ley de Ervigio el 10 % de todos los hombres adultos y sanos, lo que implicaría en teoría y sobre el papel un número de varios cientos de miles, pero no creo que pudiera poner en combate en una campaña a más de 30 000 hombres.



Figura 62: Cosroes II representado como jinete catafracto en uno de los relieves del complejo escultórico de Taq-i-Bostan (Irán). En la escena vemos al rey cabalgando el que podría ser Shabdiz, su corcel favorito. El monarca blande una larga lanza y se defiende con escudo redondo, y tanto el caballo como el jinete están protegidos por complejas armaduras formadas por cota de malla, escamas y placas metálicas que dieron a este género de caballeros el nombre de «catafractos», palabra formada por el griego κατά («completamente») y φρακτός («cubierto», «protegido»).

La caballería era el arma principal. Era una caballería, en buena medida, noble y su núcleo lo constituían los lanceros. Al contrario de lo que algunos han afirmado, los godos, tanto los visigodos como los ostrogodos, no fueron arqueros a caballo. Usaban el arco, desde luego, pero desmontaban, por lo general, para dispararlo y desde luego no contaron jamás con algo parecido a la formidable caballería bizantina del siglo VI y de la primera mitad del VII en la que el uso del arco compuesto asimétrico combinado con los dardos, *plumbata* , la larga

espada de dos filos y la lanza ligera, daban una superioridad indiscutible a los caballeros romanos de Belisario, Narsés, Juan Troglita o Heraclio. Y es que el arma fundamental del caballero godo fue la lanza. En un principio se trató de lanzas pesadas y largas tipo *contos* y usadas a dos manos, pero a partir de la segunda mitad del siglo VI y siguiendo las transformaciones que se estaban operando entre ávaros, bizantinos y persas tendentes al uso de lanzas más ligeras que podían esgrimirse con una sola mano al modo en que podemos verlo en el bajorrelieve persa de Taq-i-Bostan fechado entre la segunda y la cuarta década del siglo VII. El aligeramiento de la lanza permitió un mejor manejo combinado de otras armas y la posibilidad de hacer uso del escudo.

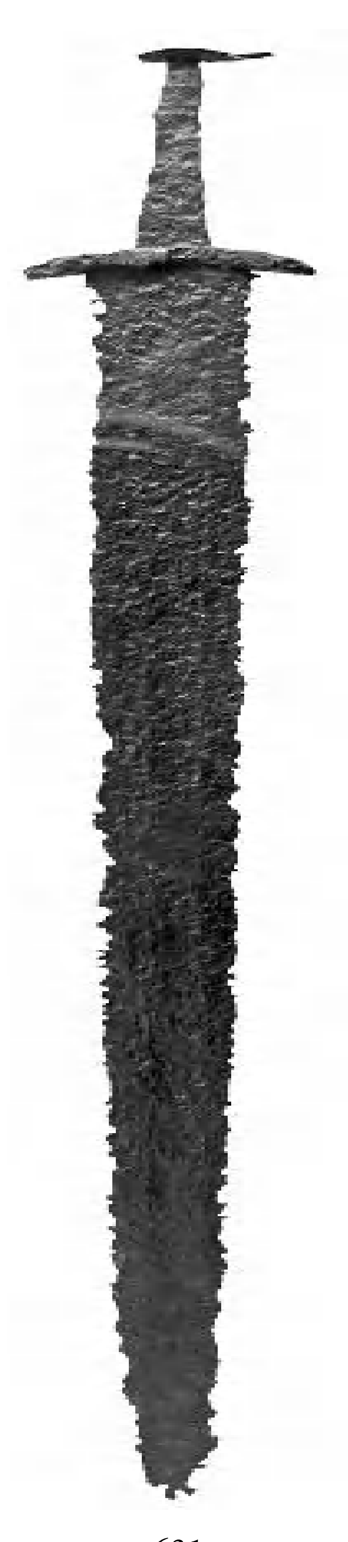


Figura 63: Espada de Conimbriga (Condeixa-a-Nova, Portugal), hallada en el año 1965 en las excavaciones realizadas en el foro de esta ciudad. Se trata de uno de los escasísimos ejemplos de espada altomedieval hallados en la Península. Pertenece a la categoría de *spatha* tardorromana en una variante ya muy evolucionada que podemos fechar en torno al último cuarto del siglo VII o la primera mitad del VIII. Puesto que la ciudad de Conimbriga estuvo durante largo tiempo bajo dominación sueva, la tradición ha considerado que la espada también lo fuera. Sin embargo, como sabemos, en el año 585 el rey godo Leovigildo conquistó y disolvió dicho reino, anexándose su territorio. La espada ha de ser, por tanto, visigoda. Museo Monográfico de Conimbriga (Portugal).

Junto con la lanza, el caballero godo portaba espada larga de dos filos. Esta era un arma formidable, pero extraordinariamente cara, tanto que apenas si han llegado a nosotros ejemplos de esta época. También se usaron sables de un solo filo. Pero, en cualquier caso, la espada fue símbolo de nobleza y parte fundamental del equipo de un caballero.

El uso de dardos arrojadizos y venablos también está documentado y junto con un cuchillo largo o espada corta de un solo filo, la *scrama* o *scramasax* , formaban parte del equipo ofensivo de la caballería.

Los jinetes godos del periodo del 569 al 711 usaban dos tipos de armadura: *zabae* (zaba) y *loricae* (loriga). La primera, en contra de lo que se ha llegado a afirmar, no era una cota de escamas, sino como apuntaron de forma acertada Roberto Muñoz Bolaños y Yeyo Balbás, una coraza de cuero, larga y a veces reforzada con placas de hierro al modo que se estaba popularizando en Oriente y que los caballeros bizantinos adoptaron en buena medida a partir de la segunda mitad del siglo VII, o puede también que fuera una suerte de precursora del *gambax* medieval y que fuera apta tanto para colocar sobre

ella la loriga como para portarla sin ninguna otra protección. [66] La segunda, la loriga, era en efecto una cota de mallas o de escamas: *lorica hamata* y *lorica squamata* . San Isidoro, en sus *Etimologías* nos habla de estas armaduras que eran similares a las que los bizantinos usaron en los siglos VI y VII y de las que Jaime Vizcaíno encontró restos de un ejemplar en las excavaciones de Cartagena fechado en el primer cuarto del siglo VII. [67]



Figura 64: Láminas de hierro (*lamellae*) de la coraza laminar hallada en Cartago Spartaria (la Cartagena bizantina). El poeta del siglo VI Flavio Cresconio Coripo (Iohannis VI.80), al narrar las peripecias del ejército bizantino en África, nos habla de soldados con el «torso cubierto de hierro», a veces, incluso durmiendo (Iohannis II.441-442). Su uso requería fortaleza física para soportar un peso superior a los 20 kg, a lo que hay que añadir el considerable calor que provocaría, consiguiendo, sin embargo, mantener la operatividad. © Jaime Vizcaíno Sánchez El yelmo y el escudo, además del uso de grebas, caligas, y de botas cortas (*socko*) completaban el equipo defensivo y

junto con las protecciones de las grandes monturas de batalla, testera y capisana para la cabeza y el cuello, petral y flanqueras para el pecho y los cuartos delanteros de las bestias, otorgaban a la caballería goda un terrible aspecto y la categoría de pesada. Sin duda, una de las mejores de su tiempo y tan eficaz como para lidiar con éxito con la mejor del mundo: la bizantina. [68]

La caballería goda hacía uso de sillas de montar de altos arzones de madera y dotadas de perillas que ayudaban a encajar, literalmente, al jinete y darle estabilidad amén de facilitarle portar sus armas. En el caso de los nobles, esas sillas eran auténticas piezas maestras. Por ejemplo, las fuentes musulmanas cuentan asombradas que la silla del caballo de guerra del rey don Rodrigo, un magnífico caballo tordo que cayó junto a su jinete en Guadalete, estaba guarnecida de oro y adornada con rubíes y esmeraldas. [69]

El bocado era severo y las bridas también formaban parte de los arreos de los caballos godos y podían estar muy engalanados con incrustaciones, recubrimientos o damasquinados de cobre, plata y oro. En cuanto al estribo, si bien es cierto que los ávaros comenzaron a introducirlo en Europa a partir de la década del 560 y que los bizantinos lo usaban de forma limitada desde finales de ese mismo siglo, lo cierto es que su uso entre francos y visigodos fue bastante restringido hasta el siglo VIII. [70]

El Cantar de Valtario recogido por escrito en el siglo X pero que es probable que fuera compuesto en el siglo VI, ofrece una magnífica estampa sobre cómo se armaba un caballero visigodo: Se reviste de la loriga como un coloso, se coloca sobre la cabeza el yelmo de rojo penacho y se ajusta las grebas a las potentes piernas. Después, se ciñe una espada de doble filo al costado izquierdo y, según es costumbre en Panonia, otra al derecho, pero esta que no hiera al contrario más que por una parte. Entonces, empuñando la lanza con la diestra y embrazando el

escudo con la siniestra, se apresura a salir de aquella odiosa tierra. [71]

Pero si la caballería del reino se podía definir en líneas generales como excelente, la infantería era otra cosa. Buena parte de la misma era infantería ligera apenas armada con lanza y escudo, en el mejor de los casos y, a menudo, pertrechada solo con un venablo y una *scrama* y, a veces, simplemente dotada de un arco y flechas o incluso con un garrote y una honda. Los godos también usaban el hacha de combate, al estilo de las famosas franciscas y hay indicios de que las seguían portando en los días en que los musulmanes destruyeron el reino. [72]

No obstante su armamento a menudo deficiente, esta infantería demostró en no pocas ocasiones ser muy capaz de cumplir con sus tareas esenciales: dar apoyo a la caballería, guarnecer lugares estratégicos y proceder a las tareas cruciales en los asedios como levantar fortificaciones, minar y demoler las contrarias, asaltarlas y hacer funcionar la maquinaria de guerra.

San Isidoro nos regala preciosas imágenes del adiestramiento al que de continuo se sometían los caballeros godos. Para estos nobles guerreros, gardingos, espatarios, *fideles regis* , *domini regni* y sus dependientes tropas de bucelarios, el ejercicio de las armas era una ocupación constante y ennoblecedora que los definía como los señores de la tierra, [73] los *gothi* : «Se dedican con gran esmero al adiestramiento en el manejo de las armas y al ensayo de los combates. Realizando diariamente competiciones y juegos bélicos». [74]

En cuanto a las máquinas de guerra, san Isidoro nos habla en sus *Etimologías* del ariete que, sin duda, fue la máquina más usada por los godos. Pero de la lectura de algunas fuentes como la *Historia Wambae regis* también se deduce la existencia y uso de escalas, líquidos inflamables y máquinas de lanzamiento de piedras y dardos del estilo de la *ballista* , el escorpión o el

onagro. [75] Que los godos eran extraordinariamente duchos en su uso y que contaron con ellas en buen número, lo manifiestan campañas como las acometidas por Leovigildo y Recaredo contra Híspalis (583-584), la conquista de formidables plazas fuertes de los francos como Cabaret y Ugernum en el 585-586, de las ciudades bizantinas de Asidona y Malaca entre otras muchas plazas, lograda por Sisebuto entre el 613 y el 616, la de Cartago Spartaria por Suintila en el 625 o las de las fortalezas del Pirineo y las ciudades de Narbona, Baterrae (Bexiers), Agda (Agde), Magalona (Magalone) y Namaus por Wamba en el 673.

Las formaciones visigodas de este periodo, segunda mitad del siglo VI y siglo VII, eran los haces. Así nos lo certifica la lectura de la *Historia Wambae regis* que nos muestra estos haces dispuestos frente a Namaus para presentar batalla al usurpador duque Paulo. Se trataba de formaciones mixtas de caballería e infantería, por lo general, con la caballería al frente y la infantería tras ella o flanqueándola, dispuestas en dos, tres o más líneas consecutivas con el objeto de ir cargando sucesivamente sobre el enemigo. También se podía colocar a la infantería en el centro para que cerrara escudos y situar a la caballería en los flancos. Era también frecuente la disposición de reservas.

Se hacía uso de los campamentos fortificados tanto para la marcha como para sostener los asedios y se solía dividir al ejército en varias columnas de marcha y aproximación que convergían sobre las posiciones enemigas. Esta versatilidad de la táctica y estrategia godas es en verdad sorprendente, sobre todo porque en no pocas ocasiones implicó la combinación de elementos terrestres y navales como en el caso de las campañas de Sisebuto del 613 al 616 o de Wamba en el 673. [76]

La flota visigoda se intuye ya en la operación lanzada por Teudis contra Ceuta, casi seguro en el 547, y que tan desastroso

final tuvo. Pero en realidad hizo su primera aparición constatable con Leovigildo en el 585, cuando Gregorio de Tours nos informa sobre la destrucción de una flota franca que iba a apoyar a los suevos. No obstante, san Isidoro otorga el mérito de haber iniciado a los godos en la guerra naval a Sisebuto. Fue con él, nos dice, con quien los godos cobraron maestría en este tipo de guerra y tuvo que ser cierto, pues de otro modo no se entiende la eficacia demostrada en la conquista de plazas marítimas como Malaca. Por lo demás, si damos crédito a una noticia de la *Crónica de Alfonso III* , en época de Chindasvinto se hizo frente con tremendo éxito al ataque de una flota enemiga, ¿piratas moros? Y en el 673, Wamba pudo desplegar su flota en apoyo de sus operaciones terrestres contra el rebelde duque Paulo, mientras que hacia el 697-698 y en función de una noticia de la *Crónica mozárabe* del 754 sabemos de combates victoriosos sostenidos por Teodomiro contra una flota bizantina. [77] Lo antes expuesto nos lleva a preguntarnos: ¿Dónde estaba la flota visigoda en el año 710-711? En ningún momento estorbó lo más mínimo los desembarcos de Tarif, Táriq o Musa. ¿Por qué un arma tan eficaz en el siglo VII estuvo ausente en este momento tan crucial?

Los estandartes de guerra eran denominados *baudophoros* y eran de dos tipos: rectangulares y triangulares. Todas las unidades de regular o superior tamaño, *centenae* , *quingentenae, tiufadas* y, con toda seguridad, también las *turmas* , contaban con sus estandartes que servían para identificarlas, ofrecer al combatiente un punto de referencia y transmitir órdenes. También el rey, los *duces* , *comes* , *tiufadus* y, en general, todos los nobles, disponían de sus propios estandartes.

Está atestiguado el uso del *cornuo* , cuerno de guerra, que podía ser orgánico, de un toro, por ejemplo, o de cerámica, más corriente y potente, así como de tambores. [78]

En fin, el rey era no solo el caudillo guerrero supremo, sino también la expresión y concreción de las virtudes guerreras. Unas virtudes ahora tintadas por el cristianismo. El rey en la guerra tenía que ser belicoso y diestro, implacable, valiente e impetuoso a la par que astuto y prudente, pero también piadoso, magnánimo, generoso y justo. [79] Sisebuto, quien dirigió una campaña brutal y victoriosa contra las posiciones bizantinas en la Península, se mostraba sin embargo magnánimo y generoso a la hora de rescatar cautivos bizantinos a expensas del tesoro y lamentaba piadosamente la mortandad que sus operaciones estaban causando. Wamba, tras derrotar a los rebeldes de la Septimania y la Tarraconense, mostró su gloria guerrera en un fenomenal triunfo, pero también su magnanimidad a la hora de aplicar el castigo a sus enemigos y su generosidad hacia sus hombres y ello a la par que los castigaba implacable y justicieramente por cometer crímenes contra la población civil: saqueos y violaciones. De hecho, fue especialmente severo con los violadores, a los que mandó que les cortaran el prepucio. [80]

Esa imagen del rey en la guerra se fue sacralizando hasta el punto de que en el canon III del Concilio de Mérida de noviembre del 666 se estableció bajo pena de excomunión si no se cumplían, que sacrificios, oraciones y ritos debían de observarse mientras el rey estuviera a la cabeza del ejército en campaña y hasta su triunfal regreso. [81] La guerra, como todo en el Reino, quedaba ligada al plano celestial y ello se reflejó poderosamente en la liturgia hispana [82] y prefiguró la imagen y el comportamiento de los reyes de la cristiandad medieval española. Así, por ejemplo, la famosa Cruz de los ángeles, que hoy se custodia en la catedral de Oviedo y que precedía al rey de Asturias desde tiempos de Alfonso II el Casto cuando partía a la guerra, no era sino la trasposición al Reino de Asturias de una ceremonia y un símbolo visigodos que, a su vez, imitaban

ceremonias e imágenes bizantinas. En efecto, tal como podemos ver en el Mosaico de Rávena en donde el obispo Maximiano entrega una cruz similar a Justiniano como símbolo de victoria sobre los enemigos del Imperio, en el ceremonial que se nos ha conservado en el *Liber Ordinum* y que fue rescatado en tiempos de Alfonso II el Casto, el obispo de Toledo entregaba una cruz al rey que este mostraba al ejército reunido y a punto de salir en campaña y que luego y a su vez, el monarca entregaba a un oficial para su custodia durante las operaciones. La cruz marchaba con el ejército y regresaba con él tras haberse obtenido la victoria. [83]

Con la unción real se estableció una equiparación simbólica entre el monarca godo y el bíblico rey David y con ello no solo se sacralizaba al rey, sino que se ensalzaban los dos aspectos o funciones principales de la monarquía: garantizar la santidad del reino y su seguridad. Dicho de otro modo, por encima de todo lo demás, el rey era el garante de la seguridad espiritual y física de su pueblo.

LA LEGISLACIÓN Y LA ADMINISTRACIÓN

> El término Rey deriva de regir del mismo modo en que sacerdote deriva de sacrificar. No rige el que no corrige. El nombre de Rey se posee cuando se obra rectamente, y se pierde cuando se obra mal. De aquí aquel proverbio que corría entre los antiguos: «serás Rey si obras con rectitud.; si no obras así, no lo serás». Las virtudes regias son principalmente dos: la justicia y la piedad. No obstante, más suele alabarse en los reyes la piedad, pues la justicia, por su propia esencia, es severa. [84]

El texto anterior, correspondiente al libro IX de las *Etimologías* , fue escrito por san Isidoro hacia el 620 y presentado por el gran obispo a su amigo y rey Sisebuto junto con los otros nueve primeros libros de su gran enciclopedia, del

primero al décimo salvo el cuarto. San Isidoro había empezado su hercúlea tarea enciclopédica a instancias de Sisebuto y cuando este fue envenenado perdió las ganas de continuar y solo lo hizo a causa de los ruegos de su discípulo y amigo Braulio de Zaragoza, quien le auxilió en la tarea que culminó pocos años antes de morir en el 636, dejándonos veinte libros que recogen el saber del mundo antiguo y del suyo. [85]

Pero lo que aquí nos importa es que el texto de san Isidoro que acabamos de citar nos da pie a entender cuáles eran las bases teóricas y morales sobre las que se terminaron asentando el poder y el gobierno en el Reino de Toledo. Pues si bien es cierto que la administración y la legalidad se vieron en buena medida determinadas por las preexistentes, las romanas, el reino terminó orientándolas hacia nuevas fórmulas y, por ende, dándoles nuevos desarrollos. Así, por ejemplo, los concilios generales de Toledo terminaron convirtiéndose en asambleas legislativas en tanto que de ellos emanaban leyes [86] que luego recibían su asiento en el Liber Iudiciorum y en ellos se trataban también cuestiones administrativas y fiscales, como fue el caso del XIII Concilio de Toledo del 683, en cuyo canon III se aprobó una condonación universal de impuestos para todos los súbditos a la par que se obligaba a los duques, condes o cualesquiera otros responsables en el cobro de tributos que no hubieran hecho entrega a la hacienda real de los impuestos por ellos ya cobrados, a hacer entrega inmediata de los mismos so pena de ser castigados con una multa que ascendería al cuádruple de la cantidad que hubieran retenido de forma ilegal: De la condonación de los tributos al pueblo por el príncipe, donde se establece por mandato y exhortación a un mismo tiempo de nuestra majestad, que todas las contribuciones de los años pasados hasta el año primero de nuestro reinado que pesan tanto sobre los particulares como sobre los siervos fiscales deben ser condonadas con un indulto perpetuo, mandando que se

entregue a las arcas públicas aquello solamente que conste ha sido ya recaudado y todavía no entregado. [87]



Figura 65: Jarra litúrgica de bronce hispanogoda, con el característico perfil fusiforme propio de estas producciones artesanales. En este tipo de jarras, en las que son frecuentes las inscripciones propiciatorias, estuvieron muy probablemente destinadas al oficio litúrgico –aunque no está clara su funcionalidad precisa, sobre la que se suelen manejar hipótesis que van desde su uso bautismal, eucarístico o incluso funerario– y son en especial frecuentes en contextos del siglo VI y, sobre todo, siglo VII.

Que se trataba de una resolución con fuerza de ley queda bien claro: «Ley promulgada en confirmación del Concilio», rezan las actas tras justificar la citada disposición.

Y aquí volvemos a san Isidoro y su reflexión sobre lo que era ser rey y donde se justificaba su derecho a serlo: «El nombre de Rey se posee cuando se obra rectamente, y se pierde cuando se obra mal». Y sobre las virtudes que todo rey debía lucir: justicia y piedad. Pues en el Reino de Toledo, y al contrario que entre los merovingios, el rey no era el dueño del reino, sino que su poder lo ejercía con el consentimiento y aprobación de sus súbditos y en beneficio, como tantas veces se dice literalmente en los concilios y en las leyes, «de la prosperidad de los pueblos y de la patria». De ahí también que tras la unción real se exigiera para el nuevo rey el juramento de «las gentes de Hispania», pues se trata de una relación contractual establecida entre un monarca elegido por nobles y obispos, ungido por el obispo de Toledo con el óleo sagrado como signo de su santa misión y condición, y que al aceptar el trono estaba obligado a regir a sus súbditos con justicia y piedad y en su beneficio y no en el propio.

Esa relación contractual entre el príncipe y su pueblo lo impregna todo, incluida la administración que tiene como objetivo el bien público y de la que el rey es no solo director, sino garante. Pues el rey está sometido a la ley que en última instancia procede de Dios y es en beneficio de los pueblos de su reino que el rey debe administrar y es en bien de su seguridad espiritual y física que los gobierna. De modo que si incumplía estos presupuestos básicos podía ser apartado del poder o puesto bajo el peso de la ley que sobre todos regía. [88]

Y es que como concluyera el gran maestro José Orlandis, el Reino de Toledo terminó contando a partir de la aprobación del canon LXXV del IV Concilio de Toledo del 633 con una

suerte de «Esbozo de carta constitucional» [89] que obligaba y definía por igual al monarca y a su pueblo.

Pero toda organización estatal se asienta sobre un elemento básico, el cobro de impuestos, y era a él a quien se debía una parte considerable de la administración visigoda. Sin impuestos no había reino, y como ocurrió antes con el Imperio romano y como ocurre aún hoy día, buena parte de lo que de verdad importa puede situarse en ese espacio, a la par imaginado y real, que se extiende entre el deseo de recaudar y la capacidad efectiva de hacerlo: Si lo dilatare e inmediatamente no lo entregare, pagarán a las arcas públicas la misma cantidad cuadruplicada, además del castigo ejemplar que nuestra mansedumbre ordenare; y si algún duque, conde, tiufado, numerario, administrador o cualquiera que ocupa un cargo público, al que le ha sido encomendada la recaudación, no recaudare todos los años enteramente los tributos, o habiéndolos recaudado los retuviere en su poder, y descuidare el entregarlos inmediatamente en el erario público, deberá pagar al tesoro en todo caso, de sus propios bienes, los dichos tributos duplicados. [90]

Dicho en román paladino, podríamos visualizar también la historia del reino como la de la tensión entre un centro administrativo del que partía la legislación y que exigía la entrega de tributos y unos poderes locales y delegados, los duques, condes, *tiufados* , *etc.* que, a menudo, trataban de evadir la ley y retener la riqueza en sus manos. Detrás de esas tensiones entre el poder central y los poderes locales estaba el germen de muchas revueltas, rebeliones, conjuras… En suma, el famoso «morbo gótico» tenía un origen prosaico y brillo de metal precioso, y era siempre una suerte de espada de Damocles que pendió sobre todos los reyes y que todos se esforzaron en conjurar, bien por la fuerza, bien mediante el acuerdo, bien mediante los cánones de los concilios y las disposiciones legales

en las que una y otra vez se proclama que si bien el rey estaba obligado a actuar con justicia, sus súbditos estaban obligados a obedecerle y a serle fieles o de lo contrario se expondrían a terribles penas corporales y pecuniarias y, lo que es peor, a no poder recibir el sacramento del perdón o, incluso, a ser excomulgados. [91] Una pena que imponía una total marginación social y espiritual al condenado, que no solo se veía privado de la comunión, sino también de la posibilidad de ejercer cualquier función pública, comerciar, administrar sus bienes de los que a menudo perdían la mitad o la totalidad, mantener trato personal con los demás, incluidos sus familiares y, con frecuencia, ser recluidos en un monasterio y todo ello a la par que debía de hacer visible su condición rapándose la cabeza, vistiendo de penitente, ayunando, orando de continuo y entregando limosnas por las calles y caminos. [92] De esta terrible condena solo se podía salir mediante el perdón del obispo o, si la causa era política, mediante el perdón real. Por supuesto, los sentenciados por rebelión eran excomulgados de por vida y solo les quedaba la huida a otro reino para escapar de la muerte en vida que significaba la excomunión. Una pena de la que no se libraba ni el rey, pues recuérdese que Suintila, junto con su familia, fue excomulgado por el IV Concilio de Toledo tras haberse visto obligado a abdicar ante la sublevación de Sisenando. [93]

El carácter a la par práctico y sacro de la ley y de su poder coactivo era otra constante. Las penas religiosas como la de la excomunión que desde el III Concilio de Toledo del 589 fueron usadas por los reyes como arma contra los infractores de la ley y, sobre todo, contra los rebeldes y traidores, pasaron también al Liber Iudiciorum. [94] Esa relación entre lo sagrado y lo legal y administrativo también tenía su traslado administrativo en las prerrogativas concedidas a los obispos

para que supervisaran la acción de los funcionarios públicos que actuaban en sus diócesis. [95]

Nuestra fuente principal para conocer la ley y la administración del reino visigodo es el Liber Iudiciorum del que ya hemos hablado y que, aunque promulgado por Recesvinto en el 654, fue fruto de una intensa labor en época de Chindasvinto que recogía, actualizaba y adaptaba las leyes que se habían ido compendiando en códigos como el de Eurico, Alarico II o Leovigildo o que se habían ido dando desde los días de Recaredo hasta los del propio Chindasvinto quien promulgó más de cien nuevas leyes. Cuando su hijo Recesvinto presentó el Liber Iudiciorum en el 654, este contaba con 12 libros y 559 disposiciones que conformaban un código sin parangón en la Europa occidental y que, una vez traducido a las lenguas romances medievales con el título de Fuero Juzgo, determinó la legalidad en los reinos hispanos y en la monarquía española hasta bien entrado el siglo XIX.

La aplicación de la ley era prerrogativa del rey, quien transfería ese derecho, deber y obligación a todas las autoridades del reino, tanto laicas como eclesiásticas. De ahí que tanto obispos como duques, condes, tiufados, numerarios, vicarios y, por supuesto, *iudices* , *etc.* actuaran como jueces e impusieran castigos legales. [96]

En principio, la responsabilidad del delito recaía únicamente sobre la persona del culpable y no interesaba a su familia, pero en casos de lesa majestad podían ser castigados la esposa, hijos, y hasta los hermanos del conjurado. Los delitos cometidos por siervos o esclavos afectaban a sus dueños si estos no los castigaban en cuanto tuvieran conocimiento de los mismos. [97] Los reos de delito podían ser castigados en algunos casos desde los diez años, pero la mayoría legal estaba fijada en los catorce. [98]

La denuncia de los delitos podía corresponder a cualquier miembro de la comunidad [99] que fuera testigo de ellos o que tuviera conocimiento de los mismos, siendo responsable si no los denunciaba. Asesinato, robo, rapto, prostitución, abandono de niños, magia, celebrar fiestas paganas, evadir impuestos, desobedecer las leyes militares… el arco de posibles delitos era amplio y estaba perfectamente tasado junto con las penas correspondientes.

Las penas eran severas, la severidad de la justicia como indicaba san Isidoro en el texto que citábamos al comienzo era su característica definitoria, y abundaban en castigos físicos: latigazos, amputación de miembros, castración, decalvación, torturas diversas… De hecho, la pena más habitual eran los azotes: de 20 a 300. Este último castigo, en la práctica, implicaba que el reo muriera o quedara lisiado de por vida y por ello fue motivo de quejas. [100] Por supuesto también se incluían entre las penas las privaciones de libertad, a veces en monasterios y con mucha frecuencia se recurría a las multas, confiscación de bienes y, de no poder satisfacer las penas pecuniarias, a que el reo fuera vendido como esclavo.

La pena máxima, la muerte, se reservaba a los reos por homicidio, excepto el involuntario, a los que practicaran abortos, a los que penetraban armados en la casa de otro, a los que asesinaban a un pariente, a los mandos y oficiales que rehuían el combate tras haber ordenado a sus hombres que avanzaran o combatieran, a los siervos que saquearan tumbas, a las adúlteras, a las mujeres libres que pretendieran casarse con un siervo o con un liberto o a los siervos que violaran a una mujer libre. [101]

Si bien las diferencias legales entre romanos y godos se habían abolido con Leovigildo y Recaredo, las diferencias sociales estaban presentes en las leyes y por un mismo delito no se recibía idéntica pena si se era noble, ingenuo o siervo y, por

tanto, no era lo mismo delinquir contra un noble, un hombre libre o un esclavo. Así, si un hombre libre daba muerte al siervo de otro, no era castigado con la pena capital, sino con el exilio y con la entrega al propietario del siervo asesinado de otros dos siervos de idéntico valor. Si el siervo asesinado era de su propiedad y no había causa justificada, el propietario del siervo era exiliado, pero si se demostraba mediante testigos que el siervo había injuriado a su patrón, este último quedaba libre de culpa por su muerte. [102] Esta condición legal terrible de los siervos fue empeorando y alcanzó su punto culminante legal con Ervigio.

En fin, la división de propiedades, las herencias, los daños a las propiedades ajenas, la prevaricación, el perjurio, las ofensas… Todo estaba tasado en el Liber Iudiciorum que, además y como ya vimos, recogía también las obligaciones militares de los súbditos y cuestiones fiscales.

Por el contrario, la nobleza fue cobrando privilegios legales. En el canon II del XIII Concilio de Toledo del 683 se estableció que los miembros del *officium palatinum* no podían ser sometidos a interrogatorios violentos, ni a torturas con el fin de extraerles una confesión, ni ser retenidos contra su voluntad sin antes haber sido juzgados y condenados por un tribunal integrado por sus iguales y por obispos. [103]

Los criminales podían acogerse a sagrado en las iglesias, al menos en teoría, y no se ejecutaban sentencias, ni se efectuaban juicios en domingo ni en los días de festividad religiosa. Los paganos, todavía numerosos en el norte peninsular, en donde sobrevivirían comunidades paganas hasta el siglo IX, y las prácticas paganas, como la de honrar el jueves, el «día de Júpiter» como día de descanso, se castigaban también con gran severidad por las leyes y por los cánones conciliares. [104]

Los judíos estaban sometidos a una durísima legislación que les impedía o limitaba multitud de actividades y que agravaba sus penas en determinados delitos. Esta legislación antijudía vino a sustituir a la política tolerante de Recaredo y comenzó a tomar cuerpo con Sisebuto llegando al paroxismo con Ervigio y Égica. [105]

Se estipulaba que los jueces examinaran las causas y dictaran sentencia en un tiempo determinado, que aplicaran estrictamente la ley y no la sobrepasaran, ni dictaran sentencias injustas a sabiendas, ni aceptaran sobornos o de lo contrario y en caso de incurrir en alguna de las faltas que acabo de enumerar, serían condenados a muerte. [106]

Desde el punto de vista administrativo, el reino acabó dividido en ocho o nueve provincias o ducados. Cinco de ellas tenían su origen en las antiguas provincias romanas de la diócesis de Hispania: Tarraconense, Cartaginense, Lusitania, Bética y Gallaecia. La sexta fue la provincia gala del reino: la Narbonense y las séptima, octava y novena se crearon en el último tercio del siglo VII y pretendían ejercer un mejor control de las regiones del norte y de los siempre belicosos vascones: Asturiense, Cantabria y Autrigonia.

Como se habrá advertido, las provincias eran muy desiguales en extensión, población y riqueza. Frente a las extensas, ricas y pobladas Bética, Tarraconense, Narbonense, Cartaginense o Lusitania, con ricas regiones agrícolas, ciudades aún prósperas y una población bastante densa, además de un comercio reseñable que iba más allá de las fronteras del reino, estaba Gallaecia, extensa, que comprendía la mayor parte de la actual Galicia y el norte de Portugal, pero con una población dispersa y ciudades más pequeñas y menos prósperas y, sobre todo, las norteñas Asturiense (Asturias, León y parte de Zamora), Cantabria (Santander, Palencia, parte de Burgos y de Logroño) y Autrigonia (Álava, parte de Burgos, de Vizcaya, Navarra y

Logroño), que no eran sino regiones fronterizas, de escasa población, sin ciudades dignas de ese nombre y con tierras pobres. [107]

Puede que incluso existieran otras divisiones o marcas o que las ya citadas contaran con divisiones de entidad provincial en su seno. Así, por ejemplo, el obispo Montano, que presidió el II Concilio de Toledo del 527, señalaba en una carta al *dominus* Toribio que se aplicaran determinadas normas y prevenciones en la «provincia carpetana y celtibérica», y Juan de Bíclaro en su crónica nos aclara que Recópolis fue fundada por Leovigildo en Celtiberia, mientras que Gregorio de Tours nos pone al corriente de una plaga de langosta y una hambruna que devastaron «la provincia de Carpetania» hacia 578-579. Ambas denominaciones, Celtiberia y Carpetania, junto con otras como Provincia Palentina, Iberia, Auriola, *etc.* están presentes en las fuentes y apuntan a la existencia de circunscripciones que, bien con carácter de ducado, de provincia o cualesquiera otras, existían en el Reino de Toledo.

No obstante, los ducados o grandes provincias arriba citadas son las más conocidas y generalmente aceptadas y a su cabeza se hallaba un duque, *dux provinciarum* , que reunía en sus manos el poder militar y civil y que, desde tiempos de Chindasvinto, actuaba a modo de virrey. Bajo la autoridad de los *duces provinciae* estaban los *comes civitatis* que gobernaban, también con atribuciones civiles y militares, las ciudades y sus comarcas. *Duces provinciae* y *comes civitatis* impartían justicia, cobraban impuestos, mantenían el orden, sostenían la defensa y proveían al sostenimiento de instalaciones públicas, guarniciones y oficinas administrativas.

Los numerarios se ocupaban del cobro de impuestos y los sayones, de los que ya hemos hablado, actuaban como policía urbana y alguaciles, dando apoyo a los numerarios y exactores [108] en el cobro de tributos e imponiendo la ley dictada por los

distintos *iudices* (jueces). Los *erogatores* y los *annonarios* se ocupaban, ya lo vimos, del sostenimiento de las guarniciones y de abastecer a las tropas.

Junto al rey estaban los nobles que gobernaban a su lado ostentando títulos como *comes scanciarum* , *comes thesaurorum* , *comes stabuli* , *comes patrimonii* , *comes notariorum* o *comes cubicularium* .

El *comes thesaurorum* se hallaba al frente de la hacienda del reino, del tesoro real, de la acuñación de moneda y de la supervisión de pesos y medidas; el *comes patrimonii* gestionaba las extensas fincas y propiedades del rey; el *comes stabuli* gestionaba las cuadras y yeguadas del reino; el *comes notariorum* elaboraba las leyes, se encargaba de la recepción y emisión de documentos administrativos que requiriesen la firma del rey, recibía la correspondencia diplomática y aconsejaba al respecto al rey y actuaba a modo de notario con los documentos más importantes que se redactaran o guardaran en la corte.

Los duques, condes, oficiales de los espatarios y gardingos formaban los *fideles regis* y los que desempeñaban puestos relevantes en la administración del reino o asesoraban al rey formaban parte del *officium palatinum* y del Aula regia. En esta última, algunos obispos y nobles de confianza del rey influían poderosamente en el gobierno. [109]

Por supuesto, Toledo era el gran centro de gobierno y tras él las capitales provinciales y las demás ciudades que continuaron siendo, ante todo, centros administrativos. La antigua administración romana se mantuvo en líneas generales, pero evolucionó hacia un modelo en el que las atribuciones y poderes civiles y militares se aunaban en las mismas manos y ello no es sino reflejo de lo que a la par ocurría en Bizancio.

Por otro lado, la influencia de la Iglesia y la nobleza fue en aumento y ello repercutió también en cambios en la

administración y en su mayor control por las élites. Así, por ejemplo, a menudo las curias municipales, las que sobrevivieron, quedaron bajo el control del obispo que se erigía en *defensor civitatis* y que, a veces, en colaboración con el *comes civitatis* , asumía la dirección de un nuevo evergetismo que emprendía tareas tan diversas como la restauración de puentes y murallas o la construcción de los nuevos edificios públicos: iglesias, hospicios, escuelas vinculadas al obispado, *etc.*

LA ECONOMÍA Y LA SOCIEDAD

Cuando el reino terminó de conformarse, tras la conquista de Cartagena por Suintila en el 625, constituía un estado que se extendía sobre unos 625 000 km^2 y que contaba con una población que pasaría de los 5 800 000 habitantes.

Su economía era, en esencia, rural. Era la tierra la que otorgaba riqueza y posición y la que sostenía a la inmensa mayoría de la población. De hecho, la población urbana representaba con toda probabilidad menos del 10 % del total y la mayor parte de ese pequeño porcentaje habitaba, además, en ciudades que oscilaban entre 2000 y 10 000 habitantes y que hoy consideraríamos población rural.

Sin embargo, las viejas ciudades romanas seguían siendo el centro de la vida política, de la administración, de la vida religiosa y de la economía. El reino contaba con unos 80 obispados, que como sedes episcopales que eran se vieron favorecidos por el ascenso de la Iglesia y, al cabo, fueron el obispo y el *comes civitatis* los verdaderos administradores de la ciudad. No obstante, las antiguas curias pervivieron y sus integrantes, los curiales, privados de casi todas sus funciones, aún eran visibles en el siglo VII. [110]

La ciudad actuaba como mercado en donde intercambiar los excedentes agrícolas de la comarca y adquirir herramientas y bienes diversos, amén de los lujos llegados de otras partes del

reino y de lejanas tierras. Era también el centro administrativo desde donde se organizaba el cobro de impuestos y el lugar donde se impartía justicia, donde se celebraban las grandes ceremonias y festividades religiosas y en donde, hasta bien entrado el siglo VII, se seguían celebrando los *ludi* (juegos). Sisebuto, por ejemplo, y hacia 613 reprendió al obispo de Tarragona, Eusebio, por su excesiva afición a los espectáculos teatrales. [111]

Como señalara en su momento Sanz Serrano, en verdad sabemos muy poco de las ciudades de época visigoda y quizá lo único cierto sea que no eran en modo alguno esos lugares decadentes y paupérrimos que a veces se han dibujado. Por ejemplo, un teatro, pongamos por caso el de Cartagena, reutilizado como barrio en donde levantar viviendas entre lo que hasta el siglo V fue un gran edificio público; o una gran *domus* urbana que ve su peristilo reconvertido en patio vecinal y sus grandes y lujosas estancias en siete pequeñas viviendas particulares como ocurrió en el siglo VI en una *domus* de Emerita Augusta o un anfiteatro transformado en una fortaleza, como ocurrió en el siglo VI con el de Namaus; o, en fin, un circo que se transforma en un centro industrial en donde se instalan talleres de artesanos, tal como sucedió en Valentia (Valencia) en la segunda mitad del siglo VI, [112] nos parecen ejemplos de decadencia urbana solo porque partimos de un modelo: el de la ciudad clásica y todo lo que sea apartarse de ese modelo nos parece señal inequívoca de empobrecimiento. Pero si miramos a Oriente, a las ciudades musulmanas que comenzaron a surgir como nuevas fundaciones en la década del 640 y en adelante –Fustat, Kufa, Cairuán, etc.–, nos encontraremos ante realidades urbanas muy dinámicas, pero en las que la ausencia de espacios y edificios públicos o monumentales más allá de la mezquita o el palacio es absoluta y no por ello los visualizamos como ejemplos de decadencia.

De hecho, en las ciudades visigodas, como antes en las romanas de los siglos IV y V, buena parte de la población vivía en los llamados *vici* , esto es, barrios suburbanos que servían de transición entre el campo y el núcleo urbano y que quedaban a extramuros. Cuando se exhibe el dato de la reducción del perímetro amurallado de una ciudad como prueba de la reducción de su población se olvida el dato anterior y, sobre todo, que las murallas eran caras y que por ello se las erigía en torno al núcleo de la ciudad en donde se alzaban los edificios principales y en donde la población podría concentrarse durante los escasos días, como mucho, semanas, que de promedio solía durar un ataque o asedio. El resto, los barrios a extramuros, podían ser devastados, saqueados, incendiados por los atacantes, desde luego, pero siempre era más barato reedificarlos que protegerlos tras de murallas costosas no solo de construir, sino también de proteger.

Por otro lado, era en esos barrios a extramuros en donde muchas veces se levantaban también nuevos edificios monumentales: palacios de la aristocracia o del episcopado, *martiria* , iglesias, monasterios, catedrales tardoantiguas, escuelas asociadas a estas últimas… Ejemplos de ello los hallamos en Emerita, en torno al santuario de Santa Eulalia, en Barcino o en Corduba, en Cercadilla, en donde se ha excavado un complejo de viviendas y edificios en torno a una iglesia de gran tamaño, todo ello situado a extramuros. [113]

Como se habrá advertido, el impacto del cristianismo fue vital en las nuevas realidades urbanas y, en buena medida, lo que antaño se interpretó como decadencia hoy se analiza como cambios en los paradigmas urbanísticos. Dicho de otro modo, no se trataba de ciudades más pobres, sino de nuevas ciudades que expresaban en sus nuevos trazados, edificios y espacios, una nueva idea de la ciudad en la que aún pervivía mucho de lo

antiguo, pero en donde también estaban surgiendo y tomando arquitectónica forma muchas nuevas ideas. [114]

Hubo, sin embargo, claros retrocesos prácticos. Muy despacio, a lo largo de los siglos VI y VII, las ciudades abandonaron sus sistemas de alcantarillado y cloacas, sus acueductos y baños públicos. Del mismo modo la red viaria, aunque aún era perfectamente transitable hasta el final del reino y seguramente mantuvo muchas de sus postas en funcionamiento, fue sufriendo un paulatino deterioro.

También hubo, como ocurrió ya en la última fase del Imperio romano en Occidente o como seguía ocurriendo en la parte oriental del Imperio, no solo una reordenación del tejido urbano, sino también del rango de las distintas ciudades. Mientras unas perdían relevancia política, económica y población, otras las ganaban. Así, por ejemplo y a lo largo de los siglos VI y VII, Tarraco perdió importancia en favor de Barcino; Híspalis fue aproximándose lentamente a Corduba, hasta sobrepasarla en el siglo VII, o Toletum insignificante a inicios del siglo VI, se convirtió en una importante ciudad por su carácter de sede regia y acabó siendo tan vital y populosa como Emerita Augusta, la antigua capital de la diócesis de Hispania.

Se fundaron nuevas ciudades, algo ciertamente singular en el contexto de la Europa occidental, como Recópolis, Vitoriaco (Vitoria), Olegico (Olite) y, quizá, Campu Gothorum (¿Toro?), y ello a la par que núcleos de escasa relevancia ascendían hasta convertirse en ciudades que arrebataban la hegemonía a antiguas ciudades de sus regiones, tal fue el caso de Begastrum y Elo con respecto a la arruinada Cartago Espartaria. [115]

En el campo la población se distribuía en diversos tipos de asentamiento que se nos perfilan y definen en las leyes y en las

Etimologías de san Isidoro, quien los ordenaba en *castra* , *castella* , *oppida* , *vici* , *pagi* y los llamados *conciliabula* . [116]

La mayoría de la población rural vivía de forma dispersa o en pequeñas aldeas o *pagus* . Estos asentamientos carecían de defensas y de infraestructuras de ningún tipo. Los *vicus* –*vici* en plural– eran aldeas algo más grandes, a veces delimitadas o protegidas por vallas de madera y, como se habrá advertido, recibían el mismo nombre que los barrios suburbanos. Por su parte, las *conciliabula* eran *pagus* especialmente populosos. Estas poblaciones solían, sin embargo, disponerse no muy lejos de los ya mencionados *oppidum* –*oppida* en plural–, que eran grandes aldeas fortificadas en donde la población rural podía refugiarse junto con sus bienes muebles y su ganado. Quizá relacionado con esta necesidad de protección o amparo, o quizá simplemente deseando permanecer en lugares apartados y por tanto menos controlados por señores y autoridades, se verifican multitud de hábitats en cuevas situadas en regiones agrestes.

En los lugares estratégicos, pasos de montaña, vados de río, encrucijadas de calzadas y caminos, cimas y lugares altos desde donde controlar amplias regiones, se disponían castros y *castella* . En ellos habitaban guarniciones estables junto con sus familias y podían servir también de refugio a la población rural vecina. De hecho, pese a que san Isidoro los caracteriza como asentamientos militares, por la *Historia Wambae regis* sabemos que, a menudo, los *castra* eran, ante todo, grandes poblados fortificados y situados en los riscos cuyo principal objeto era defender a las poblaciones y vigilar las rutas principales. No pocas poblaciones asentadas en los llanos hasta el siglo V se mudaron a *castra* en ese siglo y en el siguiente, sobre todo en el norte peninsular y en las regiones montañosas de las mesetas, el Sistema Ibérico y en las serranías subbéticas, penibéticas y Sierra Morena. [117]

La diferencia entre *castra* y *castella* radicaba en su tamaño: el castro era más grande. Un ejemplo de *castrum* de época visigoda, con sus defensas y sus viviendas, silos, *etc.* es el de Puig Rum, en Gerona, construido en la segunda mitad del siglo VI para controlar uno de los pasos pirenaicos y ofrecer refugio a la población que antes habitaba en el llano que domina el castro.

No todos los *castra* y *castella* estaban ocupados por guarniciones dependientes del rey o de sus duques, condes, *tiufados* o gardingos, sino que algunos de ellos pertenecían a los *domini regni* , a los grandes nobles que desde ellos podían controlar amplias comarcas y asegurarse la defensa de sus bienes y de sus intereses. Tal era el caso del Castro Petrensis, situado cerca de Asturica Augusta y que se hallaba en las extensas propiedades del noble Ricimero. Un poderoso *domini regni* que aparece en la autobiografía de Valerio del Bierzo, el discípulo de san Fructuoso. [118]

Las *villae* tardorromanas, en el siglo IV las grandes unidades de conformación del hábitat rural, pervivieron en muchos casos durante todo el periodo, siglos V a VII, aunque sometidas a procesos de cambio y transformación. [119] En general, las *villae* se fueron transformando lentamente al pausado ritmo de los cambios sociales y culturales. Cuando san Isidoro escribía sus *Etimologías* en las décadas diez a treinta del siglo VII, debió de considerar superfluo dar mucha información sobre ellas, puesto que en esencia seguían siendo grandes complejos de explotación de amplias propiedades fundiarias que se extendían sobre miles de hectáreas y que englobaban prados, trigales, olivares, viñedos, aldeas, *castra* y *castella* , *etc.* y en los que vivían cientos de colonos y siervos que trabajaban como aparceros o esclavos al servicio de ricos patronos que, a menudo, vivían ya en sus villas urbanas o pasaban solo algunas semanas en sus casas de campo. No obstante, muchas de ellas mantuvieron sus

instalaciones suntuarias como las termas y las grandes estancias dedicadas a la recepción de clientes y a los festejos. Otras, sin embargo, adoptaron un aire más prosaico y menos monumental, convirtiendo sus antiguas y lujosas estancias en viviendas particulares, en almacenes o en talleres, y siendo remozadas con materiales menos nobles o perecederos como la madera. San Isidoro parece constatar este cambio hacia lo práctico diciéndonos escuetamente que las *villae* eran regentadas por un administrador denominado *villucus* . [120] No obstante, algunas siguieron siendo residencia habitual de los *domini regni* , incluso del rey. Recesvinto, por ejemplo, se hallaba en una de sus *villae* , Gérticos –de ubicación discutida, acaso en Salamanca, en el valle del Jerte o en Wamba en Valladolid–, cuando el 1 de septiembre del 672 le sorprendió la muerte y fue allí donde los miembros de su comitiva eligieron como nuevo rey a Wamba. [121] Todo lo cual apunta a una villa de considerables proporciones y de no pocos lujos y comodidades. Que estos, los lujos y comodidades seguían existiendo en las *villae* , nos lo atestigua el canon X del II Concilio de Braga del 572, que exigía a los obispos y sacerdotes que, cuando asistieran a bodas o festejos en las grandes casas de campo de los nobles, abandonaran la estancia de la celebración cuando se iniciaran los espectáculos. [122]

Las *villae* fueron, a menudo, vehículo de cristianización del campo. Los antiguos templetes paganos que en ellas se levantaran se reconvirtieron en santuarios cristianos y los patronos levantaron también oratorios, iglesias y capillas de planta cruciforme con uno o varios ábsides que se transformaron en centros religiosos que atraían las ofrendas de los rústicos. El canon VI del II Concilio de Braga del 572 llegó a condenar la práctica de algunos propietarios de levantar basílicas y oratorios en sus fincas simplemente para quedarse con una parte de las ofrendas hechas por los lugareños. [123]

No pocas de las *villae* se hallaban protegidas con murallas y torres, otras se bastaban con una cerca de madera. A veces, los grandes propietarios optaban por mudarse a un *castrum* . Pero como pieza fundamental de la fiscalidad y del reclutamiento de hombres para el ejército, las *villae* continuaron siendo centros importantes y focos de producción agrícola de primer nivel, en torno a ellas giraban a menudo las poblaciones de los extensos latifundios, pues en las regiones apartadas de las ciudades, ya que era en las *villae* donde trabajaban los artesanos, se recogían las cosechas, se asistía a las celebraciones religiosas, *etc.* Sin embargo, no pocas *villae* antiguas se transformaron en aldeas, cementerios, núcleos religiosos, *etc.* [124]

En el campo, la agricultura estaba a cargo en su mayor parte de poblaciones serviles: *coloni* y *servi* (colonos y siervos). El grado de dependencia iba desde el colonato tardorromano a la simple esclavitud rural que parece haber ido en aumento. Incluso los libertos estaban sujetos a muchas restricciones y obligaciones que los colocaban en un punto intermedio entre el verdadero hombre libre y el esclavo.

Estos colonos y siervos labraban las tierras y pastoreaban los ganados de la nobleza laica y eclesiástica y habitaban en los ya mencionados espacios rurales o en los *vici* suburbanos. Las técnicas agrícolas eran similares a las ya establecidas en el Imperio en el siglo IV: arados con reja, abono de los campos, alternancia de cultivos y barbecho, *etc.* Los cereales, mijo y cebada en el norte y distintos tipos de trigo y cebada en el sur, eran los cultivos más abundantes y se combinaban con las viñas, las legumbres y, en las tierras mediterráneas, en el valle del Ebro y en la meseta sur, con los olivares.

La trashumancia era muy común entre los valles y las montañas y los ganados más habituales eran las ovejas, las cabras y los cerdos y, sobre todo en el norte, el ganado vacuno. Los caballos seguían siendo de excelente calidad y su cría seguía

reportando buenos beneficios. La celebridad de Hispania como criadora de caballos veloces seguía intacta. También se tiene constancia de la cría de asnos y mulos y, cosa curiosa, de camellos. Por supuesto, también se criaban aves de corral. [125]

Las prensas de aceite, los molinos de harina y los lagares, seguían siendo instalaciones muy habituales y productivas. La villa de los Mondragones, en Granada, un enorme complejo dotado con un gran patio peristilado de 400 m^2 con estanque central, estancias con mosaicos, termas, *etc.* y que se mantuvo activa entre los siglos IV e inicios del VII, contaba con tres prensas de aceite. Los hórreos y silos se hallaban tanto en las ciudades, para custodiar la *annona* , como en los hábitats rurales, dispuestos en *castra* , *castella* , *villae* , *oppida* , *etc.*

En el mar, la actividad pesquera seguía siendo reseñable y se pescaban el atún y otras especies migratorias en almadraba, fabricándose aún salazones y la popular salsa de pescado hispana. Otra actividad asociada al mar, al Mediterráneo, era la fabricación de púrpura, el famoso tinte que sin ser de la calidad del oriental o del de Campania, tenía fama en época de san Isidoro. [126]

La minería del oro se seguía verificando en placeres fluviales y minas situadas cerca de Cantabria y en otros muchos lugares, hasta el punto que san Isidoro escribe que los ríos hispanos abundaban en «torrentes que arrastran pepitas de oro». Asimismo, se explotaban minas de plomo y plata en Cantabria, Gallaecia y Lusitania, mientras que Bílbilis (Calatayud) y Turiaso (Tarazona) seguían siendo famosas por su hierro. Se extraían también diversas piedras preciosas o de gran valor: *obsianus lapis* , que era una piedra transparente y verde que se explotaba en las costas de Lusitania y Gallaecia, la gema chalazias, que según refiere san Isidoro era un tipo de diamante blanco y el cerauno, que era una piedra de color rojizo que protegía de los rayos, el esquisto amarillo, que se extraía en «los

confines de Hispania» y la célebre *specularis lapis* , con minas en la Hispania Citerior y muy en particular en la ciudad de Segorbe. [127]

Hispania estaba también abierta al comercio internacional. Ya en el 534, Justiniano se interesaba por el tráfico oceánico y transcontinental que podía controlarse desde Septem. [128] Así que Hispania era punto de destino, pero también una importante escala para los mercaderes bizantinos que, provenientes de Siria, Palestina, África y el Egeo, atravesaban el Mediterráneo en busca del gran comercio internacional del que la ruta oceánica seguía siendo parte importante. Gracias a testimonios como el ofrecido por la llamada *Vida de Juan de Chipre* llamado el Limosnero, patriarca de Alejandría entre el 610 y el 619, [129] sabemos que Alejandría de Egipto comerciaba en trigo con las islas británicas, intercambiándolo por oro, plata y estaño. Este comercio pasaba, necesariamente, por Septem y los puertos del mediodía y el occidente hispánico y, de hecho, Olissipo contaba con una activa colonia de comerciantes orientales que se beneficiaban de dicho tránsito.

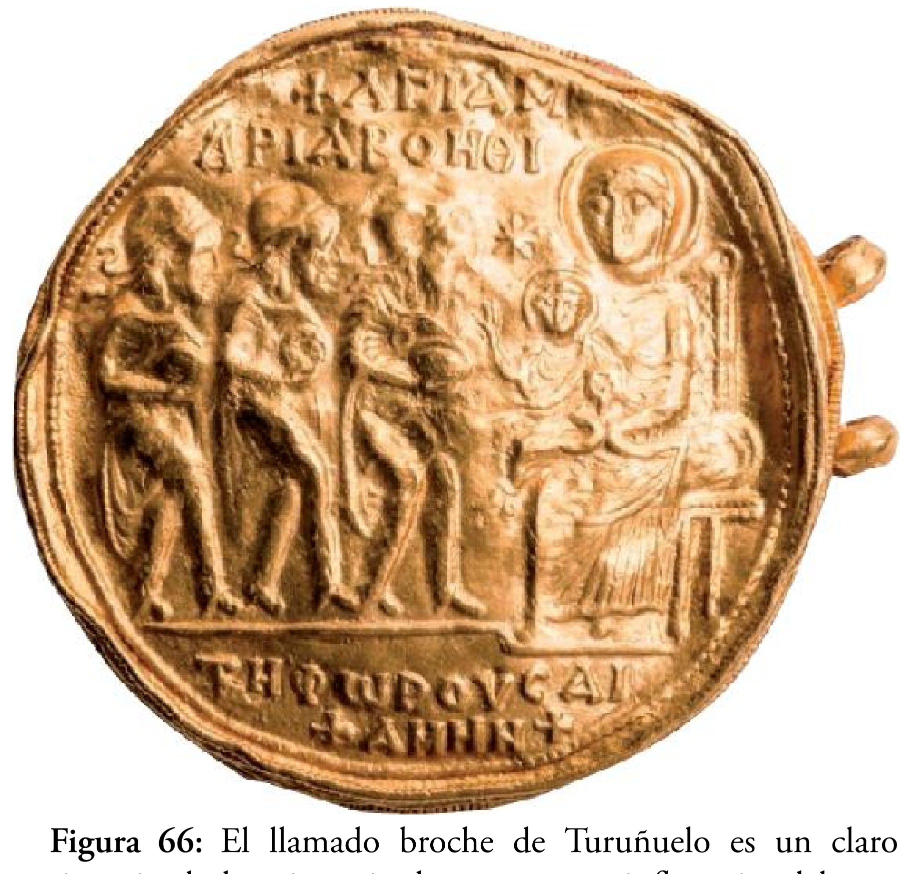


Figura 66: El llamado broche de Turuñuelo es un claro testimonio de la existencia de contactos e influencias del otro lado del Mediterráneo en época visigoda. Se trata de una fíbula fabricada en oro que formaba parte del ajuar de una sepultura femenina de la necrópolis del Turuñuelo (Medellín), ocupada por la que sin duda fue una mujer perteneciente a la élite del entorno de la ciudad metropolitana de Emerita. De su sudario se conservan unos hilos de oro, mientras que otros objetos como un par de pendientes, un anillo inscrito y un bolso formaban también parte de su ajuar. La fíbula se data hacia finales del siglo VI y cuenta con una leyenda en griego que refiere a la protección de santa María a aquel que la lleve. En el terreno iconográfico, incluye una representación de la adoración de los Reyes Magos, que van vestidos al modo oriental de la época. El estilo artístico es claramente bizantino y

es muy probable que el origen de la pieza se encontrara en el territorio siriopalestino.

Las múltiples colonias de mercaderes provenientes de Bizancio con que contó la Hispania visigoda de los siglos VI y VII tuvieron un fuerte impacto en la economía, pero también en la sociedad y en la cultura del reino. La actividad comercial de estas colonias orientales tuvo tal dimensión que llamó la atención de la legislación visigoda. [130] Así, por ejemplo, sus emporios comerciales se denominaban telonios, palabra de origen griego, τέλη, que literalmente significa «impuestos», y que nos da idea de lo vitales que eran estas colonias comerciales como fuente de ingresos para el reino. De hecho, los telonios o emporios comerciales de mercaderes bizantinos llegaron a ser tan importantes que fue con su nombre, telonios, como se comenzó a designar a los puertos comerciales.

Los telonios, además, estaban bajo la supervisión de un telonario, al parecer un miembro de la comunidad de mercaderes orientales, que ejercía funciones aduaneras y judiciales. Eran la puerta de entrada de los productos de lujo del Oriente como especias, sedas y ricas telas, perfumes, incienso, marfiles y objetos de orfebrería, entre otros, pero también de vinos, aceite, cereales… La España visigoda exportaba a cambio aceite, vino, cueros de Corduba y salazones. En el puerto de Cartagena, por ejemplo, el 52 % de las ánforas que se han rescatado habían sido usadas para transportar aceite.

Los mercaderes orientales procedían en su mayor parte de puertos egipcios, Alejandría y Tinis sobre todo, siriopalestinos, Gaza, Ascalón, Laodicea y Beritos (hoy Beirut) y africanos, Cartago, Septon y Cesarea (actual Cherchel) y estaban instalados en puertos como Narbona, Tarraco, Valentia, Híspalis y Olisipo, además de en los puertos de la Spania bizantina en donde permanecieron aún después de ser

conquistados por Sisebuto y Suintila en ciudades como Malaca, quedando otros como Cartago Spartaria arruinados a partir del 625, y otros aún activos y en poder bizantino como Mesopotaminoi y Carteya.

Pero los mercaderes orientales procedentes de Bizancio también llegaban al interior hasta ciudades como Corduba, Emerita Augusta, Toletum y Caesaraugusta. En Emerita Augusta, por ejemplo, la comunidad oriental era tan importante y rica que un médico griego, Pablo, fue elegido obispo y este no es el único caso. Un egipcio, Nepopis, también llegaría a ser obispo de Emerita Augusta y ambos, Pablo y Nepopis contaban con cuantiosas fortunas procedentes del desempeño de su oficio en el caso de Pablo y del comercio, en el caso de Nepopis. [131]

El comercio con la Francia merovingia era también activo e importante. Los comerciantes francos asentados en Burdigala, Nanetum y en otras ciudades del litoral Atlántico, llevaban cereales a Gallaecia y a las costas de Asturias y Cantabria en donde lo intercambiaban por hierro, oro, miel y otros productos. Ese intercambio comercial con los francos también se verificaba, claro está, en las ciudades de la Septimania. Además, los comerciantes hispanos también viajaban a los reinos francos y así, por ejemplo, sabemos de la exportación a los reinos merovingios de cueros de Corduba, los célebres cordobanes, cueros curtidos de gran calidad por los que esta ciudad ya era célebre antes de la instalación de los musulmanes, así como de salazones de pescado y salsas hechas con él, como el famoso garum que ahora recibía el nombre de *liquamen* y que seguía alcanzando precios muy altos en los mercados. De hecho, los comerciantes hispanos eran tan numerosos en las ferias francas, como la de Saint-Denis, como para que se les dedicara atención especial en un diploma otorgado por el rey franco Dagoberto I en el 629. [132]

Como se ve, la economía del reino correspondía a un estado aún rico y poderoso y a una sociedad en la que sus élites aún gustaban de disfrutar de lujos y comodidades.

Esas élites eran de doble origen: godo e hispanorromano. Si nos detenemos en los nombres de los integrantes del *officium palatinum* de Ervigio que firmaron las actas del XIII Concilio de Toledo del 683, advertiremos que predominan los nombres de origen godo: Ostrulfo, *comes* , Wadamiro, *comes scanciarum et dux* , Recaredo, *comes scanciarum et dux* , Argemiro, *comes cubiculi et dux* , Égica, *comes scanciarum et dux* , Sisebuto, *comes scanciarum et dux* , Walderico, *comes toletanus* , Cisila, *comes notariorum* , Gisclamundo, *comes stabuli* , Giliango, *spatharius et comes* , Alderico, *spatharius et comes* , Adeliubo, *comes scanciarum* , Eudila, procer, Salamiro, *comes scanciarum* , Ataúlfo, *comes cubiculoriorum* , Cilco, *spatharius et comes* , Audemundo, procer, Traserico, *spatharius et comes* , Igimiro, *spatharius comes et dux* , Trasimiro, procer, Torresario, *comes spatharius* , Recaúlfo, procer.

Pero también advertiremos altos dignatarios que portan nombres romanos: Isidoro, *comes thesaurorum e dux* , Vítulo, *comes patrimonii* y Severino, *comes spathariorum* . Resulta curioso que los tres portadores de nombres romanos, Isidoro, Vítulo y Severino, son los tres hombres más poderosos del *officium* , donde Isidoro era el conde y duque encargado de custodiar y administrar el tesoro del reino, de recibir y gestionar los impuestos, acuñar la moneda, controlar pesas y medidas, etc.; Vítulo era el conde que administraba las extensísimas fincas del patrimonio regio y Severino era el jefe de la guardia del rey, los espatarios y, por tanto, el garante de su seguridad.

Ahora bien, los nombres, ayer como hoy, no garantizan que quien los porta pertenezca o no a determinada etnia. Conocemos muchos godos con nombres romanos y muchos hispanorromanos que adoptaron nombres godos. Lo cierto es

que, desde Leovigildo, cuando se abolió la ley que prohibía los matrimonios mixtos, ley que por otra parte no solía ser muy respetada –recuérdese el caso del rey Teudis y su matrimonio con una rica y noble propietaria hispana–, ambas noblezas, la germánica y la romana, se mezclaron generosamente y la mayoría de los linajes godos recibieron sangre hispanorromana y viceversa. Cierto es que la nobleza romana prefirió orientarse en general hacia la Iglesia copando ricos episcopados y la goda hacia el ejército y que ambas confluían en la administración del reino, pero no era norma general y como ya señalamos antes, existieron generales de éxito de origen hispanorromano como el duque Claudio o el celebrado Nicolao y obispos godos como Juan de Bíclaro o Masona de Mérida.

La nobleza del reino, los *domini regni* , era fenomenalmente rica gracias a sus extensas propiedades y se fue mostrando cada vez más independiente del centro. De entre sus familias más poderosas de origen godo se elegía al rey y su poder y riqueza, que se manifestaba también en la capacidad de levantar tropas en sus predios y fincas, fue en aumento.

Por Ibn al-Qutiyya, tataranieto de Sara, nieta a su vez del rey Witiza (702-710) sabemos que los tres hijos de este rey pidieron a Táriq, a cambio de traicionar al rey Rodrigo, que se les entregaran las 3000 aldeas o fincas que habían pertenecido a su padre cuando era rey. Táriq accedió y tanto Musa ibn Nusair como el califa sancionaron el acuerdo y fueron garantes de él. Tanto que cuando años más tarde murió Alamundo, el hijo mayor de Witiza, y su hija Sara fue desposeída de su parte de la herencia por uno de sus tíos, Artabasdo, la intrépida mujer construyó un barco en Sevilla y navegó hasta Siria para presentarse en Damasco ante el califa Hisäm I (724-743) y solicitarle protección y la devolución de las aldeas que por derecho le pertenecían, algo a lo que el califa accedió de inmediato. La historia, contada por un descendiente directo de

Sara, Ibn al-Qutiyya, cuyo nombre significa «el hijo de la goda», nos evidencia las gigantescas propiedades de la nobleza visigoda y la extensión del patrimonio regio. [133]

Por debajo de la nobleza laica y eclesiástica, se hallaban los hombres libres: pequeños y medianos propietarios, comerciantes, médicos, pequeños funcionarios. Luego estaban los libertos y la gran masa de la población: los colonos, esto es aparceros, y siervos, esclavos ligados a las grandes propiedades del rey, la nobleza y la Iglesia.

Los ya citados comerciantes orientales y los judíos, numerosos, solían establecerse de preferencia en las ciudades, aunque se tiene noticia de judíos propietarios de fincas y en no pocas ocasiones se les condenó por poseer o comprar esclavos cristianos para que las trabajaran.

El rey, figura suprema, se veía limitado en su poder por la nobleza y por el alto clero. Su alianza con la Iglesia le confería sacralidad y autoridad, desde luego, pero también implicaba que la favoreciera en extremo y que se viera obligado a llegar a compromisos con ella y con los nobles. La sacralidad del rey se instituía mediante el rito de la unción real. El rey subía al altar mayor de la iglesia pretorial de Toledo, la de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y allí, con la mano sobre el altar y las escrituras, juraba proteger y regir con justicia a los pueblos de su reino. Luego se postraba de rodillas y el obispo derramaba sobre su cabeza el óleo sagrado, tras lo cual era aclamado por la asamblea de nobles y eclesiásticos y por el pueblo que aguardaba en el exterior. [134]

Las fiestas marcaban el ritmo del año y de las estaciones. Algunas eran muy antiguas y perpetuaban ritos paganos, otras, cada vez en mayor número, estaban ligadas a la veneración de santos y a la glorificación de Cristo y la virgen. En dichas fiestas, la música, los manjares –los embutidos eran

especialmente degustados en esos días–, el vino y los juegos y espectáculos teatrales y venatorios tenían su momento junto con justas y ejercicios con las armas, *palaestrae ludu* . [135]

El lucimiento de ropas y joyas en las fiestas, tanto públicas como privadas, bodas y banquetes contribuía a mostrar la riqueza y rango de las gentes y a dar esplendor a los encuentros. En este último punto se usaban fíbulas o broches de excelente factura, algunos muy lujosos. En Alovera (Guadalajara), se hallaron un par de fíbulas con forma de águila o, lo que es más seguro, con forma de cuervo, quizá una alusión a los cuervos de Wodan, el Odín germánico, realizadas en bronce con la técnica del *cloisonné* que creaba pequeños cajones que se rellenaban con esmalte de intensos colores, y que fueron usados por una dama goda del siglo VI para sujetarse el peplo a los hombros. Las hebillas de cinturón usadas por los hombres eran también pequeñas obras de arte. Las calzas, los mantos o sagos, las túnicas manicatas, esto es, con mangas, denominadas *coccinas* , y teñidas de vivos colores, los velos y los zapatos con dos hebillas formaban parte del atuendo y podían ser de lino, de lana y, para las prendas más lujosas, de seda y brocado. Los nobles godos aún usaban como señal de distinción las pieles de oso, de lobo y de otros grandes animales para cubrirse los hombros y el lucimiento de joyas de oro, plata y bronce con incrustaciones de piedras preciosas o de inclusiones de esmalte, lo que era norma común entre todos aquellos que pudieran permitírselo. Era, asimismo, señal de nobleza y pertenencia a la élite goda llevar los cabellos largos, una costumbre que se mantuvo hasta el final del reino y hasta el punto que se tenía por una pena infamante y terrible o por una humillación invalidante, que a un noble o a un hombre libre se los cortaran. Las armas de los nobles y los arreos de sus caballos eran del mismo modo ricos en ornato y materiales nobles y ese gusto

por el vestido y los adornos fue siempre una señal distintiva del mundo de la Tardoantigüedad. [136]

La sociedad tendía a una cierta rigidez. Pero, por debajo del formalismo que parece impregnarlo todo, se advierte una vida más rica y diversa a la par que conflictiva. Por ejemplo, pese al dogmatismo social que se advierte en los concilios, sus continuas condenas de los espectáculos, de los festines o de la magia, nos señalan un mundo vital y más complejo en donde las rígidas separaciones y fórmulas vitales eran, en la práctica, continuamente transgredidas. De ahí que en el II Concilio de Braga del 572 se condenara a los obispos y sacerdotes cristianos que practicaban los encantamientos mágicos o que el Liber Iudiciorum dedicara múltiples disposiciones al adulterio, a la prostitución y a la violación en donde se evidencian que las relaciones sexuales entre libres, ingenuos, y siervos, esclavos, entre nobles y simples y entre sacerdotes y seglares, eran comunes e implicaban todo tipo de grados de consentimiento y relación. [137]

Las mujeres sufrían muchas más prohibiciones que los hombres y peores castigos y su papel social estaba muy limitado. No obstante, como en cualquier otro tiempo y sociedad, la influencia de la mujer venía determinada por su estatus social y su ascendencia. Así, por ejemplo, pese a las continuas condenas que se hacían a propósito de las relaciones sexuales entre miembros de distintas clases y en particular entre libres y no libres, todo apunta a que la esposa de Recaredo, Baddo, con la que vivió en concubinato desde su primera juventud, era de origen servil y eso no frenó a este para convertirla en su esposa legal y en reina de los godos y presentarla ante la asamblea de obispos y nobles que asistieron al III Concilio de Toledo del 589 en el que, por cierto, Baddo participó de forma activa y firmó por sí misma la declaración de fe. Lo que nos constata que sabía leer y escribir: *Ego Baddo,*

Gloriosa regina, hane fidem, quam credidi et suscepi, mea manum de toto corde subscribsi , esto es: «Yo Baddo, reina gloriosa, firmé con mi mano y de todo corazón, esta fe que creí y admití». [138]

También sabía hacerlo Brunequilda, hija del rey Atanagildo y de Gosvinta. Brunequilda fue la figura principal en la política franca durante más de cuarenta años. Dirigió el destino de Austrasia y Borgoña, protegió las artes y las letras, restauró puentes, acueductos y murallas y dio muestras de una sabiduría política fuera de toda duda, amén de una dureza implacable y feroz frente a sus oponentes y enemigos. Que una muchacha como lo era Brunequilda cuando se quedó viuda de Sigiberto de Austrasia lograra no solo sobrevivir en el violento mundo merovingio, sino hacerse con el control de extensos reinos y convertirse en uno de los árbitros de la política internacional de su tiempo, [139] da fe de la fuerza, formación y capacidad con que contaron muchas mujeres de este periodo.

Gosvinta, la terrible y fascinante reina viuda de Atanagildo y Leovigildo es otro ejemplo de mujer poderosa dotada de formación, capacidades y medios para adoptar un papel activo en el primer plano de la política visigoda e internacional. [140] También lo fue Liuvigoto, la esposa del rey Ervigio, que, como veremos en el siguiente capítulo, entre el 687 y el 694, supo capitanear el partido de su difunto esposo y enfrentarse durante años a su sucesor, Égica, en un laberíntico y formidable duelo de voluntades e ingenio político.

De todos modos, Baddo, Brunequilda, Gosvinta y Liuvigoto no son los únicos ejemplos de mujeres protagonistas y no todos se dieron en la realeza. Florentina, hermana de san Isidoro, san Leandro y san Fulgencio, fue una mujer de erudita cultura y gran poder e influencia en su tiempo. Abadesa de un monasterio, pronto fundaría otros muchos, hasta cuarenta, difundiendo de una forma extraordinaria el monacato femenino en Hispania.

Otra abadesa célebre, esta vez de mediados del siglo VII y al frente de un monasterio femenino ligado a los que san Fructuoso fundara en la costa gaditana, fue Benedicta. De linaje noble hispanorromano, había sido prometida a un gardingo de la corte, pero ella tenía ideas propias y se fugó, yendo a parar de Toledo a la costa gaditana en donde se puso en comunicación por carta con san Fructuoso. El hecho debe de ser señalado, pues de nuevo nos muestra a una mujer que sabía leer y escribir y eso, lo reitero, era extraordinario en el occidente europeo de la época y manifiesta que el Reino de Toledo era un tanto especial en cuanto a la formación y cultura. Y es que Benedicta no se limitaba a cruzar simples mensajes con san Fructuoso, sino que el santo la formó como abadesa mediante misivas que iban y venían entre este y la doncella por intermedio de frecuentes correos. La fuerza de carácter e independencia de Benedicta, tan contrarios a los estereotipos femeninos habituales de la época, se manifiesta también en su enfrentamiento con la justicia real, ya que se negó a plegarse a las exigencias que el *comes civitatis* y su prometido, el citado gardingo, le hicieron para que cumpliera su obligación de salir del monasterio que acababa de fundar con apoyo de Fructuoso y se casara con su prometido. [141]

LA CULTURA EN EL REINO DE TOLEDO

Ya hemos hecho referencia al esplendor cultural del reino visigodo en comparación con otros estados altomedievales. Así lo señala el maestro Alejandro Rodríguez de la Peña quien compara a reyes letrados como Sisebuto, Suintila, Chintila, Chindasvinto, Recesvinto, Wamba o Ervigio con sus contemporáneos y analfabetos colegas merovingios y anglosajones. [142]

La cultura visigoda vino determinada por tres factores: el triunfo del cristianismo, la tradición clásica y la influencia bizantina.

En el siglo V destacarían Orosio, que terminó de formarse con san Agustín de Hipona y cuya fama llegaba a Constantinopla en donde se le tenía por un gran erudito y al que muchos tienen por el autor de la primera *Historia universal cristiana* , [143] e Hidacio, cuya crónica inserta una historia centrada en Hispania en el contexto del atribulado Imperio del siglo V y que comenzó a difundir la era hispánica, palabra, *era* , que por cierto se originó en Hispania. [144] Sin embargo, la segunda mitad del siglo V y las primeras dos décadas del VI fueron desoladoras. Las guerras, invasiones y devastaciones continuas dieron al traste con buena parte de la actividad cultural y la mayoría de las antiguas escuelas municipales y de las nuevas que estaba creando la Iglesia cerraron y una fuerte penuria de hombres de letras parece haber afectado a Hispania [145] en crudo contraste con el todavía vital panorama cultural que ofrecían Italia, Galia y África.

El siglo VI se vería orlado por hombres de gran erudición como Justo de Urgel, Apringio de Beja, Licinio de Cartagena, Leandro de Sevilla, Eutropio de Valencia, Juan de Bíclaro, Fulgencio de Écija, Masona de Mérida, Montano de Toledo, Máximo de Zaragoza, Pascasio de Dumio o Justiniano de Palencia.

No tenemos aquí espacio para detenernos en cada uno de ellos y tendremos que limitarnos a rápidos esbozos: Juan de Bíclaro, que nos ha dejado una crónica universal que sincroniza la historia del Imperio con la del reino visigodo y que se formó largamente en Constantinopla; Leandro, hermano de san Isidoro y amigo del papa Gregorio Magno con quien coincidió en Constantinopla y que fue uno de los hombres más sabios del momento amén de una de las mentes que condujeron a la unidad religiosa del reino; Licinio de Cartagena, corresponsal asimismo del docto papa Gregorio Magno; o san Martín de Braga, nacido en Panonia y llegado a Gallaecia en tiempos de

Justiniano y que nos dejó el que es, sin duda, el primer tratado político dedicado a un rey bárbaro, Miro, rey de los suevos, en el que le señalaba las cuatro virtudes cardinales que debía de ostentar un príncipe cristiano: prudencia, magnanimidad, continencia y justicia, constituyéndose su obra en el primer «espejo de príncipe» latino de la Tardoantigüedad y el Alto Medievo, y teniendo gran influencia en el pensamiento político de san Isidoro, [146] el cual a su vez determinó el imperante en el reino visigodo durante todo el siglo VII, son ejemplos de una cultura más fuerte de lo que en general se acepta.



Figura 67: Vista de la piscina bautismal y el baldaquino de la basílica rural de El Bovalar (Serós). La zona bautismal es la más emblemática del yacimiento, que cuenta, además de con la basílica, con otras estructuras de habitación anexas, que quizá puedan interpretarse como una pequeña aldea o las estancias de un monasterio, y una zona de necrópolis.

Fue su época la de la bizantinización de la corte de Leovigildo, la de la edificación de Recópolis, la de la creación de monasterios como el de Agali, cerca de Toledo y célebre por la erudita formación de sus monjes y su gusto por la astronomía, o el Servitano, erigido en Levante por Donato y sus 70 monjes africanos cargados de libros con los que constituyeron una espléndida biblioteca.

Es también la época de la *schola* oscense que en pleno siglo VI mantenía la enseñanza de la gramática y la poesía latina, la de la escuela de Santa Eulalia en Emerita Augusta, las de las escuelas episcopales de Híspalis, Dumio, Palentia, Caesaraugusta y Tarraco y la de la definitiva creación, a partir del II Concilio de Toledo del 527, de la *schola* ligada a la *domo ecclesiae* , esto es, del germen de las escuelas catedralicias que debían de formar en las letras y en teología a los niños y jóvenes hasta los dieciocho años con el fin de nutrir de hombres letrados al sacerdocio y al diaconado. Si a esa edad, dieciocho años, y tras haber estado bajo el magisterio del *praepositus* de la *domo ecclesiae* , el joven se reafirmaba en su vocación, continuaba su formación hasta los veintiún años, edad en la que recibía el subdiaconado, quedando para los veinticinco años recibir el diaconado y accediendo posteriormente al sacerdocio. [147] Esta rigurosa formación que fue nutriendo de hombres letrados a la Iglesia hispanogoda, contrasta con la desoladora imagen que sobre la incuria intelectual de los sacerdotes de la Spania bizantina presentaba en una carta Licinio de Cartagena al papa Gregorio Magno [148] y junto con

las exigencias que san Martín de Braga introdujo en la Iglesia sueva mediante el canon XX del I Concilio de Braga del 561 que reclamaba que todos los clérigos que aspiraran a ser obispos tuvieran un exhaustivo conocimiento de las sagradas escrituras y de las enseñanzas de los padres de la Iglesia, [149] da fe de que, pese a ser un siglo difícil, culturalmente hablando, el siglo VI preparó las bases del inmediato y espléndido renacimiento isidoriano.

Además, esas escuelas eclesiásticas, al igual que las que surgían en los monasterios, no solo formaban a futuros monjes, sacerdotes y obispos, sino también a laicos, tal como ya mencionamos que ocurrió con Sisebuto, futuro rey, que se formó en la escuela monacal de Agali a la par que en el Aula regia.

Pero sería el siglo VII el del esplendor cultural hispano. Como señala Rodríguez de la Peña, la «densidad» de hombres doctos y el resurgimiento de las letras latinas es de una fuerza sin parangón en el Occidente de la época y se vio favorecido tanto por la Iglesia y su más señero representante hispano, Isidoro de Sevilla, como por la fascinación que Leovigildo tenía por el Imperio, como también y al cabo, por la definitiva inmersión cultural que supuso la conversión de Recaredo para la monarquía goda y sus élites. [150] Pues la cultura latina se consideró desde entonces atributo de cualquiera que aspirara a ser alguien en la corte y el Reino de Toledo y con ello, en palabras de un historiador francés, se logró que «El Aula regia toledana tuviera más en común con la corte imperial bizantina que con la merovingia». [151]

Además, como ya señalara en 1946 don Claudio Sánchez Albornoz, [152] el Aula regia, en tanto que acogía a los hijos de la alta nobleza, servía de verdadera escuela palatina y difundía un sello cultural entre los *domini regni* que los hacía reconocibles entre sí, les otorgaba prestigio y promovía entre ellos el gusto

por la cultura. De ahí que, al contrario de lo que sucedía en las cortes merovingias, en Hispania los reyes y la nobleza conservaran no ya el conocimiento personal de la lectura y la escritura, sino también de no pocos saberes literarios.

Esa formación de los jóvenes nobles, muchos de ellos gardingos reales, tenía tanto la vertiente militar, el ejercicio de las armas y su dominio, como la de las letras, leyes y números, en cuanto que algunos de ellos terminaban siendo destinados a puestos del *oficcium palatinum* y de las provincias del reino relacionados con la administración: *comes notariarum* , *comes scanciarum* , *comes stabuli* , *comes civitatis* , *etc.* o incluso a alcanzar el gobierno de las grandes provincias como duques. Uno de estos últimos, el victorioso duque Claudio de Lusitania, el general de linaje hispanorromano que aplastó a los francos en Carcasona en el 589, no tenía problema alguno en cambiar cultísimas cartas con una de las mentes más privilegiadas de su tiempo, el papa Gregorio Magno.

En suma, se trataba, como hizo más tarde Carlomagno en la escuela palatina de Aquisgrán, de formar una auténtica nobleza de servicio y de establecer lazos personales con las familias más poderosas. [153] La leyenda de la hija de don Julián puede estar ligada con este carácter de escuela formativa del Aula regia, pues en su versión más antigua, escrita hacia el 860, se dice que la muchacha estaba en la corte de Rodrigo para ser educada e instruida. Así que no solo los muchachos nobles residían y se formaban en el Aula regia, sino que todo apunta a que algunas muchachas nobles también residían en la corte toledana y recibían en ella formación literaria. Algo que también prueba la ya citada historia de Benedicta quien, tras haber residido en la corte y escapado de ella para no casarse con un gardingo, huyó a las costas de Gades (Cádiz) en donde no tuvo ningún problema en comunicarse por medio de la escritura con san

Fructuoso ni en recibir sus lecciones mediante el intercambio de cartas. [154]

Se ha señalado, asimismo, que el carácter de monarquía electiva que el reino adoptó definitivamente en el siglo VII también pudo ser un acicate para que las grandes familias proporcionaran a sus hijos conocimientos amplios de gramática, derecho, matemáticas, y otras materias importantes, pues no de otro modo puede explicarse que aquellos que lograron hacerse con el trono sin ser hijos de reyes, Sisebuto, Suintila, Sisenando, Chintila, Chindasvinto o Ervigio, contaran, sin embargo, indefectiblemente, con una amplia cultura que, ya lo hemos señalado repetidas veces, contrasta poderosamente con el analfabetismo de los contemporáneos reyes francos y anglosajones. [155]

Ese gusto por el sostenimiento de la cultura se evidencia de igual manera en la búsqueda y recepción de obras literarias y en el deseo de dar a conocer la propia erudición que caracteriza, a mi modo de ver, a la Hispania visigoda. Ya señalé cómo en época de Leovigildo se recepcionó en la corte toledana el panegírico a Justino II que el poeta latino africano Flavio Cresconio Coripo había declamado en la corte constantinopolitana en enero del 566. Como es evidente, la recepción de dicha obra no solo tuvo un efecto práctico e inmediato, el conocimiento preciso de las ceremonias imperiales para su *imitatio* en el Aula regia, sino también un impacto literario que muestra que la búsqueda de libros no se limitaba a las obras antiguas. Estas, por otra parte, eran una auténtica pasión hispana. En la *Crónica mozárabe* del 754 se nos ha conservado la historia de una de esas «misiones de búsqueda» de libros por el Mediterráneo que podían implicar aventuras sin par y desvelos sin cuento que podían durar años. Tajón, discípulo de san Braulio de Zaragoza, es enviado por el rey Chindasvinto en el 646 a Roma para que buscara dos obras

de san Gregorio Magno que no se tenían en Hispania: los *Moralia* sobre Job y las *Homilías* sobre el profeta Ezequiel. El atribulado Tajón cruza el Mediterráneo y llega a Roma en donde se enfrenta a los inabarcables anaqueles de la Biblioteca Vaticana y ya desespera de lograr hallar entre aquel libresco océano el tomo que contiene las obras de Gregorio Magno que busca, cuando la intervención de los apóstoles, de los ángeles y del propio san Gregorio Magno, mueven al papa a acudir en auxilio del desesperado bibliófilo visigodo que, con una copia del libro en su poder, regresa triunfalmente a Hispania para presentarse ante su erudito, octogenario e implacable rey. [156] Tajón terminaría componiendo una obra genial basándose en sus lecturas romanas, las *Sententiae* y, junto con su maestro, continuó la estela brillante de san Isidoro.

La correspondencia de Braulio de Zaragoza con Roma o las apasionadas disputas teológicas de Julián de Toledo con el papa hacia el 688, muestran que el nivel de la formación de los hombres de letras hispanos estaba a una altura que solo podía ser igualada en Roma o en Constantinopla.

Y, en buena medida, el responsable de ese nivel era Isidoro de Sevilla. Necesitaríamos varios libros para glosar su figura y sus obras. Baste aquí con decir que su enciclopédico saber, azuzado por el de su erudito amigo y rey, Sisebuto, dio cima a la más fascinante obra escrita entre el 400 y el 1200: las *Etimologías* . Esta obra no es una mera «enciclopedia», si se me permite el presentismo, sino toda una reflexión sobre el saber de los antiguos griegos y romanos y de su síntesis con la literatura hebrea y la nueva civilización cristiana. Isidoro no solo recogió y sintetizó buena parte de los conocimientos del mundo clásico, sino que los adaptó al nuevo mundo surgido de la caída del Occidente romano, haciendo así comprensible ese saber para el hombre medieval y de paso y, por ende, salvándolo en buena medida.

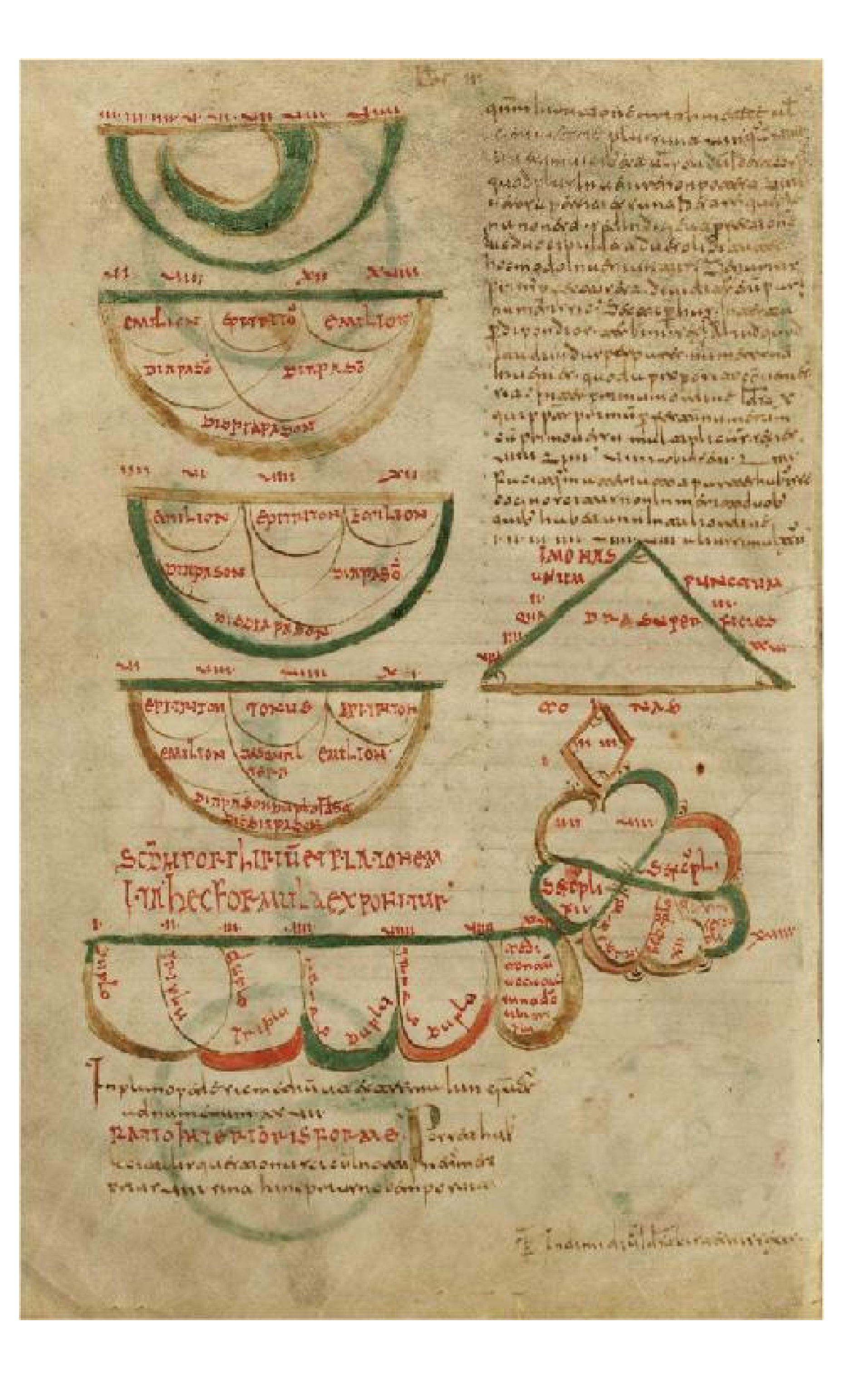


Figura 68: Folio 26v miniado del *Isidori Etymologiae Codex Toletanus* (*nunc Matritensis*), copia en pergamino de las *Etimologías* de san Isidoro, elaborado en escritura minúscula visigótica, acaso en Toledo o Sevilla durante el siglo IX. Procedente de la Catedral de Toledo, Biblioteca Nacional, Madrid.

Los veinte libros que componen las *Etimologías* son una muestra apabullante del saber del que se podía disponer en la Hispania visigoda del siglo VII. Los enumeraré para que el lector saque sus propias conclusiones, se maraville y se vea impelido a devorar esta joya olvidada y universal. Y digo olvidada porque nuestros niños ni siquiera conocen su nombre, tampoco la mayoría de los adultos, dicho sea de paso, y digo universal porque Europa entera, la Europa de los siglos VII a XV, se formó en buena medida con la lectura de estos veinte libros de las *Etimologías* . El primero de los cuales está dedicado a la Gramática; el II a la Retórica y la Dialéctica; el III a la Aritmética, la Música, la Geometría y la Astronomía; el IV a la Medicina; el V al estudio del Derecho y al de la Cronología; el VI abordaba las Sagradas Escrituras, pero también los ciclos del tiempo, las bibliotecas y los libros, las fiestas y los principales oficios; el VII explicaba lo que se sabía sobre Dios, los ángeles, los santos padres, y la jerarquía y organización de la Iglesia; el VIII comparaba la Iglesia y la sinagoga, a la par que hablaba de célebres filósofos, herejes y poetas; el IX se adentraba en lo que se sabía sobre los pueblos, sus lenguas, instituciones, costumbres y las relaciones que se tenía con ellos o de donde provenía el conocimiento que de ellos se tenía; el X se detenía en el estudio de los nombres; el XI se dedicaba al estudio anatómico del hombre y en las malformaciones y fenómenos ligados al ser humano; el XII hacía lo propio con los animales a los que describía, tanto los más conocidos como los más exóticos para el hombre europeo; el libro XIII glosaba los

elementos, estudiaba los mares, ríos y los diluvios; el XIV recogía todo el conocimiento geográfico acumulado por griegos y romanos durante más de mil años de expediciones, conquistas, viajes, estudio y comercio; el XV describía los tipos y elementos de los asentamientos urbanos y rurales: las ciudades, villas, aldeas, *etc.* y hablaba de las formas de comunicación que podían emplearse; el XVI glosaba los pesos y medidas y recogía el saber sobre los minerales y los metales; el XVII se dedicaba íntegramente a la agricultura; el XVIII se centraba en el estudio de la guerra: armas, táctica, *etc.* y de los espectáculos y juegos; el XIX describía los distintos tipos de embarcaciones, la pesca y volvía sobre los oficios, para pasar luego al estudio de los edificios y de las vestimentas; y, el libro final, el XX, se dedicaba a los alimentos y bebidas, al ajuar doméstico y a las herramientas. [157]

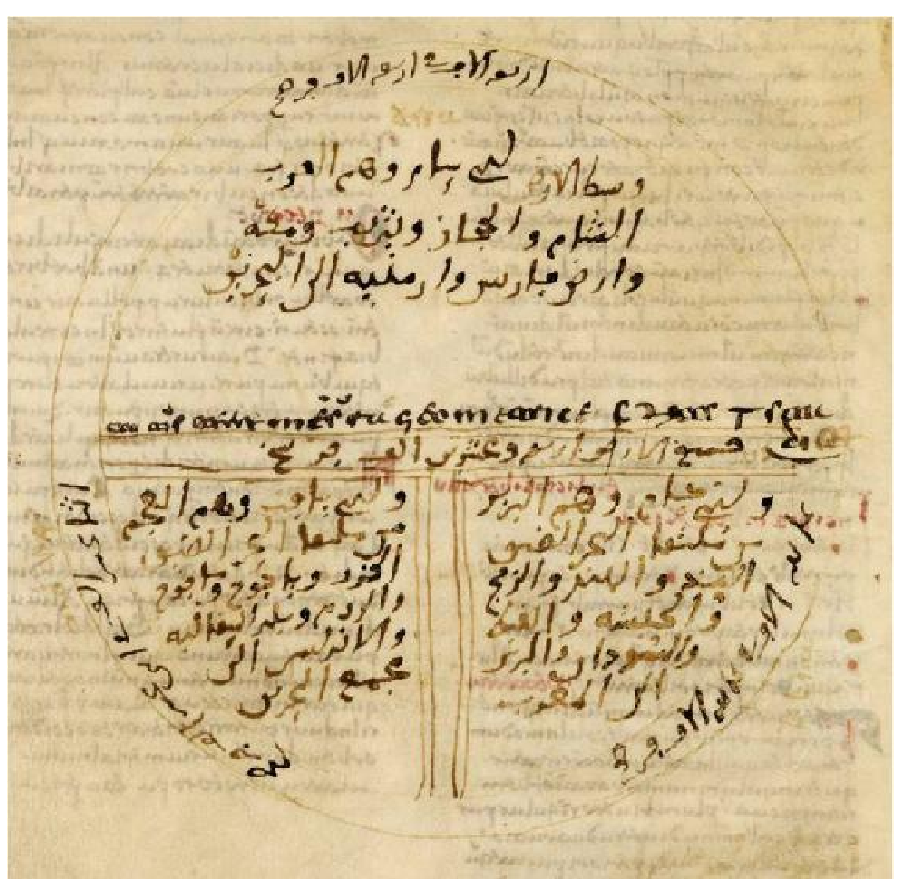


Figura 69: Mapa de T en O con escritura árabe del folio 116v miniado del mencionado códice *Isidori Etymologiae Codex Toletanus (nunc Matritensis)* . Los mapamundis T en O, *Orbis Terrarum* , constituyen la más característica representación geográfica altomedieval, con la O representando el océano que circunscribe a los tres continentes –Europa, África, Asia–, separados por una T cuyo trazo vertical simboliza el Mediterráneo, mientras que el horizontal sería la línea trazada por el Nilo y el mar Negro. En su intersección, simbólicamente, se emplazaba Jerusalén.

La gigantesca obra que acabamos de glosar no fue la única que emprendió san Isidoro. También a instancias de Sisebuto, redactó una *Crónica universal* que es una fuente de sorpresas

para los pocos que, en realidad, la leen. En ella san Isidoro no se limitaba a una idea de la historia del mundo puramente cristiana, sino que habla de los dioses y héroes del mundo antiguo como de algo positivo, esto es, de algo real e integrado en la historia de la humanidad. Así, por ejemplo, Isidoro escribe: «Entonces se mostró Minerva bajo la apariencia de una joven virgen junto al lago tritónide. De ella se cuenta que sobresalió con muchos inventos. Pues, en efecto, se dice que fue la inventora del taller, que descubrió el escudo y el arco, y que enseñó a tejer la tela y a teñir la lana». [158]

Como se ve, Isidoro nos ofrece una visión humanizadora de los antiguos dioses que, sin embargo y sorprendentemente en un obispo cristiano que escribía hacia el 621, no los priva de su condición divina como puede constatarse en las siguientes entradas de su crónica: Esclavitud de los hebreos en Egipto durante ciento cuarenta y cuatro años. Se dice que en estos tiempos vivió Prometeo, de quien cuentan las fábulas que formó a los hombres del lodo. También por entonces su hermano Atlante inventó la astrología y fue el primero en reflexionar sobre el movimiento del cielo y su explicación. Y Mercurio, nieto de Atlante, fue conocedor de muchas artes, y por esto, tras su muerte, fue llevado junto a los dioses. [159]

¿Junto a los dioses? Repito y subrayo: ¿Mercurio, Hermes, nieto de Atlante y llevado junto a los dioses? Esta genealogía divina es excepcional y desconcertante y que yo sepa no ha sido explicada, y en mi opinión apunta a los misterios y a que san Isidoro tenía conocimiento literario de ellos. Conocimientos mucho más amplios y herméticos, y nunca mejor dicho, de lo que se suele creer.

No solo eso, como ya se habrá advertido, san Isidoro suma en esta curiosa crónica la historia bíblica, la grecorromana y la oriental, integrando noticias y elementos de todas ellas en las entradas de su obra: «reinó primero entre los asirios Belo al que

algunos consideran Saturno. El primer rey de los sicinios fue Agialeo, de quien recibió su nombre Agialea, que hoy día es llamada Peloponeso». Y también: «Por esta misma época Nino reinó como rey de los asirios, el cual inició las guerras el primero e inventó las armas. Por esta época el arte de la magia es descubierto en Persia por Zoroastro, rey de los bactrianos». [160]

En fin, la *Crónica universal* sirvió de marco a la siguiente gran obra del erudito hispano: *Las historias de godos, vándalos y suevos* , la primera historia por completo centrada en Hispania a la que cantó en su poético prólogo, *De Laude Spaniae* , y que, sin duda, merece ser considerada la primera historia de España.

San Isidoro escribió otras muchas obras, por ejemplo, sus *Sententiae* [161] en donde recoge su famosa fórmula sobre que es ser rey que tanto influyó en el canon LXXV del IV Concilio de Toledo del 633 y que a su vez tiene resonancias horacianas, y también su aguda *De natura rerum* , entre otras, pero su acción fue más allá al formar a todo un grupo de sabios. El más insigne fue san Braulio de Zaragoza que auxilió a su maestro con las *Etimologías* e influyó poderosamente en los logros legislativos y organizativos de Chintila, Tulga, Chindasvinto y Recesvinto. Su cultura, casi tan enciclopédica como la de su maestro, brilla en sus cartas y en sus escritos.



Figura 70: Pilastra visigoda de la iglesia de San Salvador (Toledo), que fue reutilizada en la construcción de una pequeña mezquita sita en lo que ahora es dicha iglesia. La pilastra está decorada en sus cuatro caras, dos de ellas ornadas con motivos eucarísticos, una tercera con tres columnitas adosadas al fuste, y la cuarta, que aquí se aprecia, muestra escenas del Nuevo Testamento. De arriba abajo: la curación del ciego, la resurrección de Lázaro, la samaritana junto al pozo y la curación de la hemorroísa.

Tras él tenemos al ya citado Tajón y a Eugenio, sin duda el más grande poeta en Occidente en el siglo VII, cuya obra sigue hoy sorprendiendo por su viveza, naturalismo y sensibilidad; [162] a Ildefonso, al que se le llamaba «Boca de Oro»; a Julián de Toledo, historiador y teólogo que no tuvo empacho en polemizar con el mismísimo papa sobre la persona del hijo, de Cristo y que tampoco tuvo reparo en acudir al emperador Justiniano II en demanda de aprobación; a Valerio del Bierzo discípulo de Fructuoso y, probablemente y pese a las dudas de muchos, su hagiógrafo; y, a Félix de Toledo, en fin, y por no poder extenderme más, a una rutilante pléyade de eruditos y autores como no se había visto y no volvería a verse en mucho tiempo en Occidente.

El arte visigodo, con su cuidado por la decoración y su gusto por la orfebrería, recuérdense las fabulosas coronas votivas del tesoro de Guarrazar, su arquitectura frágil a la par que etérea con uso de elementos tan significativos como el arco de herradura visigodo y que levantó iglesias como las tres palatinas de Toledo, palacios como los de la misma ciudad o como los grandes edificios de Recópolis, [163] no puede tener aquí justa cabida y el lector tendrá muchas otras obras a las que recurrir para conocerlo.

Cuando el rey Sisebuto componía su ya citado poema sobre los eclipses lunares, incitaba a san Isidoro a escribir sus obras o

se quejaba de cuánto prefería la pluma a la espada, no sabía que estaba encendiendo un faro que sería la guía para Europa en los siglos oscuros. Ese faro cultural seguía brillando con fuerza cuando los guerreros árabes y bereberes que invadieron la península ibérica destruyeron el Reino de Toledo.

Notas

1 Gallegos Vázquez, F.: «El ejército visigodo: el primer ejército español», 15-56, en especial 15-16; García de Valdeavellano, L., 1998, 215; González Salinero, R.: «Formación y estructura del ejército visigodo», 24-27.

2 Nicolás Evantio, Nicolao Evantius, un noble de linaje hispanorromano que prestó servicios militares en tiempos de Chindasvinto y que por sus victorias mereció ser uno de los pocos afortunados elogiados en los epitafios de Eugenio de Toledo: *Epitaphium Nicholao Evantius* , en Vollmer, F., 1905.

3 San Isidoro, *Historias* , 69-70; Actas del VI Concilio de Toledo del 638, canon XVII, pp. 244-245, en Vives, J., 1963.

4 Arce, J., 2017, 124; González Salinero, R.: «Formación y estructura del ejército visigodo», 24-27.

5 Gallegos Vázquez, F.: «El ejército visigodo: el primer ejército español», 15-56, en especial 15-16; Isla Frez, A., 2010; González Salinero, R.: «Formación y estructura del ejército visigodo», 24-27; García Moreno, L. A.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 41-78.

6 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 12, 13, 15 y 24, en Velasco, T., 1981, t. I, apéndice VI, pp. 413-433 y edición del texto latino, en Migne, J. P., 1862 y en Levison, W., 1976; y Valerio del Bierzo, *Vita Sancti Fructuosi* , 2, en Díaz y Díaz, M. C., 1974 y en Nock, C., 1946.

7 Liber Iudiciorum, IX.2, 8-9.

8 Martín Viso, I.: «Las leyes militares de los reyes visigodos del siglo VII», 57-59; Soto Chica, J.: «El

ejército visigodo. Composición, reclutamiento, organización y cadena de mando», 35-40.

9 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37 y III, 2; Vida de san Avito, IV, 361-362; Breviario de Alarico, IX, 14.2; Código de Eurico, 31; Liber Iudiciorum, Antiqa, IX, 2.1-6; García Moreno, A. L.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 51-53; Gallegos Vázquez, F.: «El ejército visigodo: el primer ejército español», 24-26; Soto Chica, J.: «La batalla de Vouillé o el sangriento nacimiento de dos reinos», 14-21.

10 Hidacio, *Cronicón* , a. D. 468, 2.

11 Jordanes, *Getica* , XXXIX-XLI 207-216; Soto Chica, J., 2019, 100-122.

12 Procopio de Cesarea, V.12.50-51 [texto griego]. Los historiadores confunden los 2000 soldados con los lanceros. No se dan cuenta de que se trata de dos tipos de tropas: una de infantería, 2000 hombres, y una de caballería, los doríforos o lanceros: caballería pesada, cuyo número en realidad Procopio no proporciona.

13 San Isidoro, *Historias* , 41; *Chronica Caesaraugustana* a. D. 541; Gregorio de Tours, *Historias* , III, 29.

14 San Isidoro, *Historias* , 45.

15 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 570, 2; 571, 3 y 572, 2.

16 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 583, 1 y a. D. 584, 1 y 3; Gregorio de Tours, *Historias* , V, 38 y VI, 43; San Isidoro, *Historias* , 49.

17 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 585, 4 y Gregorio de Tours, *Historias* , VIII, 30 y IX, 7.

18 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 585, 2-6 y a. D. 586,

4; San Isidoro, *Historias* , 92; Gregorio de Tours, *Historias* , VIII, 35 y 45.

19 *Crónica de Juan de Bíclaro* a. D. 589, 2; Gregorio de Tours, *Historias* , IX, 31; San Isidoro, *Historias* , 54.

20 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 13; González Salinero, R.: «Formación y estructura del ejército visigodo», 24-25.

21 Valerio del Bierzo, *Vita Sancti Fructuosi* , 2.

22 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 12, 13, 15 y 24; Valerio del Bierzo, *Vita Sancti Fructuosi,* 2, en Nock, C., 1946.

23 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 35, véase texto latino en Migne, J. P., 1862.

24 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 24.

25 Liber Iudiciorum, IX.2, 6.

26 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 9-10.

27 Liber Iudiciorum, IX.2, 8.

28 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 10, 11, 12 y 13.

29 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 10.

30 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 15.

31 Actas del XIII Concilio de Toledo del 683, firmas en pp. 434-435, en Vives, J., 1963; Liber Iudiciorum, XII.2, 14.

32 Actas del XIII Concilio de Toledo del 683, firmas de los asistentes en pp. 434-435 en Vives, J., 1963;

García Moreno, L. A.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 56-57.

33 Isla Frez, A.: «El *officium palatinum* visigodo. Entorno regio y poder aristocrático», 823-847. La idea de que los condes de las ciudades formaban parte del *officium palatinum* era de don Claudio Sánchez Albornoz, pero Amancio Isla Frez mostró que no era correcto: Sánchez Albornoz, C.: «El Aula regia y las asambleas políticas de los godos», 37 y 40.

34 Actas del XVI Concilio de Toledo del 693, firmas de los asistentes en pp. 519-521, compárese con firmas de los asistentes al XIII Concilio del 683 en pp. 434-435, en Vives, J., 1963. Para la rebelión de Suniefredo: Collins, R., 2005, 119-120; Orlandis, J., 2003, 127.

35 Liber Iudiciorum, IX.2, 6; García Moreno, L. A.: «España visigoda (siglos V a VII)», 56-57.

36 Liber Iudiciorum, XII.1, 2.

37 Aguado Blázquez, F. A.: «La guarnición y el funcionamiento táctico de la Muralla Teodosiana de Constantinopla» [en prensa].

38 Actas del XIII Concilio de Toledo del 683, firmas de los asistentes en pp. 434-456, en Vives, J., 1963.

39 Gallegos Vázquez, F.: «El ejército visigodo: el primer ejército español», 53-54.

40 González Salinero, R.: «Formación y estructura del ejército visigodo», 24-25.

41 Soto Chica, J., 2015, 54. La obra definitiva sobre los cuerpos de guardia y la guarnición de Constantinopla es la del doctor Aguado Blázquez al que agradezco el privilegio de que me permitiera consultar su trabajo

aún inédito: Aguado Blázquez, F. A.: «La guarnición y el funcionamiento táctico de la Muralla Teodosiana de Constantinopla» [en prensa].

42 Actas del XIII Concilio de Toledo del 683, firmas de los cinco *spatharius et comes* y del *comes spathariarum* y del *comes spatharius* en pp. 434-435, en Vives, J., 1963; González Salinero, R.: «Formación y estructura del ejército visigodo», 24-25; García Moreno, L. A.: «España visigoda (siglos V a VII)», 54-56; Gallegos Vázquez, F.: «El ejército visigodo: el primer ejército español», 53-54.

43 Actas del XVI Concilio de Toledo del 693, pp. 516-517, en donde se juzga a un oficial de los espatarios que, con la aprobación del rey Wamba y la aquiescencia del obispo de Mérida, había asumido las atribuciones fiscales y administrativas del *numerarius* de Mérida, en Vives, J., 1963.

44 Actas del XIII Concilio de Toledo del 683, canon II, pp. 416-419, en Vives, J., 1963; Liber Iudiciorum, II.1, 1, IX.2, 8-9 y XII.1, 3.

45 González Salinero, R.: «Formación y estructura del ejército visigodo», 24-25; García Moreno, L. A.: «España visigoda (siglos V a VII)», 54-56; Gallegos Vázquez, F.: «El ejército visigodo: el primer ejército español», 38-39; Muñoz Bolaños, R., 2003, 20-23; Balbás, Y.: «Centauros de metal», 60-63 y Martín Viso, I.: «Las leyes militares de los reyes visigodos del siglo VII», 57-59.

46 García Moreno, L. A.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 58.

47 Liber Iudiciorum, V.3, 3-5.

48 Código de Eurico, 310 y 311; García Moreno, L. A.: «España visigoda (siglos V a VII)», 61-63; Gallegos Vázquez, F.: «El ejército visigodo: el primer ejército español», 43-44; González Salinero, R.: «Formación y estructura del ejército visigodo», 24-27; Soto Chica, J.: «El ejército visigodo. Composición, reclutamiento, organización y cadena de mando», 35-40.

49 Liber Iudiciorum, IX.2, 1 y 4-6.

50 Liber Iudiciorum, IX.2, 1 y 4.

51 Liber Iudiciorum, IX.2, 1 y 3-4.

52 Liber Iudiciorum, IX.2, 1 y 3-4.

53 Tanto en el Liber Iudiciorum como en las actas de los concilios de la segunda mitad del siglo VII hay múltiples referencias a estas tareas no militares de los mandos militares y oficiales. Sobre la orgánica del ejército visigodo y sus oficiales, véase Soto Chica, J., 2019, 527 y ss.

54 García Moreno, L. A.: «España visigoda (siglos V a VII)», 55-57.

55 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 10 y 11; Soto Chica, J., 2019, 453 y ss. y Haldon, J., 2001, 70.

56 Liber Iudiciorum, IX.2, 9.

57 Liber Iudiciorum, IX, 2.8-9; Martín Viso, I.: «Las leyes militares de los reyes visigodos del siglo VII», 57-59; Soto Chica, J.: «El ejército visigodo. Composición, reclutamiento, organización y cadena de mando», 35-40.

58 Actas del XII Concilio de Toledo del 681, p. 383, en

Vives, J., 1963.

59 Liber Iudiciorum, IX.2, 9; Martín Viso, I.: «Las leyes militares de los reyes visigodos del siglo VII», 57-59; Soto Chica, J.: «El ejército visigodo. Composición, reclutamiento, organización y cadena de mando», 35-40.

60 Liber Iudiciorum, IX.2, 6; Martín Viso, I.: «Las leyes militares de los reyes visigodos del siglo VII», 57-59; González Salinero, R.: «Formación y estructura del ejército visigodo», 24-27; Soto Chica, J.: «El ejército visigodo. Composición, reclutamiento, organización y cadena de mando», 35-40; García Moreno, L. A.: «España visigoda (siglos V a VII)», 64-67; Muñoz Bolaños, R., 2003, 33-34.

61 Sanz Serrano, R., 2009, 319 y Santos Yanguas, N. V., Vera García, C.: «Las acuñaciones monetarias de Pesicos y la conquista de Asturias por los visigodos», 375-400.

62 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 10, 11, 12 y 13.

63 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 12 y 13.

64 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 12-13, 14 y 15.

65 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 6, 7 y 9.

66 Liber Iudiciorum, IX.2, 9; San Isidoro, *Etimologías* , XVIII, 6-7; García Moreno, L. A.: «España visigoda (siglos V a VII)», 58-60; Muñoz Bolaños, R., 2003, 27-29; Balbás, Y.: «Centauros de metal», 60-63.

67 San Isidoro, *Etimologías* , XVIII, 6-7; Vizcaíno Sánchez, J.: «Coraza laminar protobizantina

procedente de Carthago Spartaria (Cartagena)», 195-210.

68 Soto Chica, J., 2019, 457 y ss.

69 Al-Maqqari, pp. 121-122, traducción de E. Lafuente Alcántara recogida en W. Segura González: «Inicio de la invasión árabe de España de España», 114-123.

70 Balbás, Y.: «Centauros de metal», 60-63; Soto Chica, J., 2019, 457 y ss.

71 Cantar de Valtario, p. 49, en de Cuenca, L. A., Jiménez Garnica, A. M., 1998.

72 Catalán Ramos, R.: «El armamento de época visigoda. De las llanuras de Aquitania a la Laguna de la Janda», 48-54.

73 Halsall, G.: «La mentalidad política y militar de la aristocracia goda», 28-32.

74 San Isidoro, *Historias* , 70.

75 San Isidoro, *Etimologías* , XVIII, 10-11; Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 12-16.

76 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 10-16; Parra Romo, A.: «La campaña militar de Wamba en la Septimania», 72-77; Soto Chica, J., 2019, 457 y ss.

77 San Isidoro, *Historias* , 42; Gregorio de Tours, *Historias* , VIII, 45; San Isidoro, *Historias* , 70; *Crónica de Fredegario* , IV, 33; *Crónica de Alfonso III* , 2; Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 13 y 34; *Crónica mozárabe* del 754, 87 era 782, 1.

78 Soto Chica, J., 2019, 457 y ss.

79 San Isidoro, *Etimologías* , IX.3, 4-5.

80 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 10.

81 Actas del Concilio de Mérida del 666, canon III, pp. 327-328, en Vives, J., 1963.

82 Liber Ordinum, *Ordo canto rex cum exercitu ad prelium egreditur* , en Ferontin, M., cols. 150-151.

83 Liber Ordinum, *Ordo canto rex cum exercitu ad prelium egreditur* .

84 San Isidoro, *Etimologías* , IX.3, 4-5.

85 Martín, J. C.: «La "Crónica universal" de Isidoro de Sevilla: circunstancias históricas e ideológicas de su composición y traducción de la misma», 203-204, n. 20, a cuya tesis me sumo.

86 Sánchez Albornoz, C.: «El Aula regia y las asambleas políticas de los godos», 88-107.

87 Actas del XIII Concilio de Toledo del 683, enumeración de los cánones, canon III, p. 438, en Vives, J., 1963.

88 Liber Iudiciorum, I.2, 1-5.

89 Orlandis, J.: «El rey visigodo católico», 62-63.

90 Actas del XIII Concilio de Toledo de 683, canon III, p. 436, en Vives, J., 1963.

91 Entre otros muchos ejemplos: Actas del VII Concilio de Toledo del 646, canon I, pp. 249-253, y Actas del VIII Concilio de Toledo del 653, canon II, pp. 268-277, en Vives, J., 1963.

92 Entre otros ejemplos de las penitencias que por múltiples motivos legales y religiosos se podían imponer: Actas del Concilio de Narbona del 589, canon XV, p. 150, en Vives, J., 1963.

93 Actas del IV Concilio de Toledo, p. 221 en Vives, J.,

1963.

94 Liber Iudiciorum, VIII.1, 4-7 y II.3, 4.

95 Martínez Díez, G.: «Función de inspección y vigilancia del episcopado sobre las autoridades seculares en el periodo visigodo-católico», 579-589.

96 Petit Calvo, P.: «Crimen y castigo en el reino visigodo de Toledo», 215-238.

97 Liber Iudiciorum, VII.6, 2.

98 Liber Iudiciorum, XII.3, 11.

99 King, P. D., 1981, 97-99.

100 Liber Iudiciorum, VI.1, 3.

101 King, P. D., 1981, 98 y ss.; Petit Calvo, P.: «Crimen y castigo en el reino visigodo de Toledo», 215-238.

102 King, P. D., 1981, 168-292; Petit Calvo, P.: «Crimen y castigo en el reino visigodo de Toledo», 215-238; Liber Iudiciorum, pp. 18-21; Zeumer, K., 1944, 90-92.

103 Actas del XIII Concilio de Toledo del 683, canon II, pp. 416-419, en Vives, J., 1963.

104 Actas del Concilio de Narbona del 589, canon XV, p. 150 en Vives, J., 1963.

105 Bachrach, B. S, 1977.

106 Liber Iudiciorum, VI.1, 2, II.1, 26 y III.4, 17.

107 Las provincias del Reino de Toledo pueden establecerse a partir de algunas entradas de los Concilios de Toledo, de las listas del llamado Anónimo o Cosmógrafo de Rávena: Anónimo de

Rávena IV, 42, en Pinder, M. E., Parthey, G., 1860, y de algunos datos prosopográficos. García Moreno admite 8 y otros especialistas como Sanz Serrano o Kulikowski cuentan un mínimo de 9 y valoran la posibilidad de que otras regiones que aparecen en los textos, como Celtiberia, Carpetania o Auriola, también tuvieran entidad provincial o al menos de marca: García Moreno, L. A.: «España visigoda (siglos V a VII), 56-57; Sanz Serrano, R., 2009, 370-373; y, Kulikowski, M., 2005, 30-81.

108 Liber Iudiciorum, II.1, 1 y XII.1, 2.

109 Sánchez Albornoz, C.: «El Aula regia y las asambleas políticas de los godos», 80-110; García Moreno, L. A.: «Estudios sobre la administración del reino visigodo de Toledo», 123-155.

110 San Braulio de Zaragoza, *Vita Sancti Aemiliani,* 4, 11 y 22, entre otros pasajes.

111 Sisebuto, *Epístola 6* , en Gil, J., 3-28; Jiménez Sánchez, J. A.: «Un testimonio tardío de Ludi teatrales en Hispania», pp. 371-377.

112 López Quiroga, J.: «El poblamiento urbano y rural de época visigoda en Hispania», pp. 12-19.

113 *Ibid.* , pp. 12-19.

114 *Ibid.* , pp. 12-19.

115 Lorenzo de San Román, R.: «*Ecclesiae Ilicitanae, qui et Eiotanae, Episcopus* . Sobre la extensión y dualidad de la sede episcopal de Ilici en la Antigüedad Tardía», 265-305.

116 San Isidoro, *Etimologías* , XV, 2 y Liber Iudiciorum, IX.1, 21.

117 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 10.

118 Valerio del Bierzo, *Autobiografía* , en Frighetto, R., 2006, pp. 144-147.

119 Chavarría, A., 2007.

120 San Isidoro, *Etimologías* XV.13, 2 y IX 4, 33.

121 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 3.

122 Actas del II Concilio de Braga del 572, canon LX, p. 101, en Vives, J., 1963.

123 Actas del II Concilio de Braga del 572, canon VI, p. 83, en Vives, J., 1963.

124 López Quiroga, J.: «El poblamiento urbano y rural de época visigoda en Hispania», 12-19.

125 San Isidoro, *Etimologías* , XVII; San Isidoro, *Historias* , *De laude Spaniae* .

126 San Isidoro, *Etimologías* , XVII y XIX.

127 San Isidoro, *Etimologías* , XVI, 4, XVI, 13, XVI, 16 y XVI, 21-22 y San Isidoro, *Historias* , *De laude Spaniae* .

128 Código de Justiniano, en adelante CJ. 1.27.2.2.

129 Leoncio de Neápolis, *Vida de Juan de Chipre* , VIII, 453-454, en Festugière, A. J., 1974.

130 Liber Iudiciorum, XI.III.

131 *Vitas sanctorum patrum emeretensium* ; Mariezkurrena, S. I.: «Puertos y comercio marítimo en la España visigoda», pp. 135-160; García Moreno, L. A.: «Colonias de comerciantes orientales en la Península Ibérica. s. V-VII», 126-157.

132 Orlandis, J.: «Comunicaciones y comercio entre la España visigótica y la Francia merovingia», 166-178.

133 Ibn al-Qutiyya, pp. 25-26, traducción de J. Rivera recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe de España», 24-27.

134 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 4.

135 San Isidoro, *Etimologías* , XVIII, y para las justas y juegos militares: San Isidoro, *Historias* , 54.

136 San Isidoro, *Etimologías* , XIX. Y para las fíbulas en forma de cuervo que lucía una dama goda y para los mantos de pieles de los nobles visigodos, véanse las magníficas ilustraciones y fotografías del especial n.º 23 de Desperta Ferro: Ejércitos medievales hispánicos 1. Los visigodos. Madrid, 2020, p. 6 así como la ilustración de la portada.

137 Actas del II Concilio de Braga del 572, canon XLIX, pp. 100-101, en Vives, J., 1963; Liber Iudiciorum, III.4, 1-18.

138 Actas del III Concilio de Toledo del 589, declaración de fe de la reina Baddo y firma de la reina en p. 116.

139 Castillo Lozano, J. A.: «Una aproximación a la naturaleza de la figura de la reina Brunequilda», 112-118.

140 Valverde Castro, M. R.: «Mujeres "viriles" en la Hispania visigoda: los casos de Gosvinta y Benedicta», 17-44.

141 Valerio del Bierzo, *Vita Sancti Fructuosi* , 15.

142 Rodríguez de la Peña, M. A., 2008, 244-246.

143 Alonso Núñez, J. M.: «La transición del mundo antiguo al medieval en La historiografía: la primera

historia universal cristiana. Las *Historiae adversum* paganos de Pablo Orosio», 146.

144 Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, XIX.

145 Rodríguez de la Peña, M. A., 2008, 254-255.

146 Barlow, C. W., 1950, 236 y ss.

147 Actas del II Concilio de Toledo del 527, canon I, pp. 42-43, en Vives, J., 1963.

148 Liciniano de Cartagena, *Epístola I* , en Díaz y Díaz, M., 1958, 813.

149 Actas del I Concilio de Braga del 561, canon XX, p. 75, en Vives, J., 1963.

150 Rodríguez de la Peña, M. A., 2008, 254-256.

151 Riché, P., 1967, 209-221.

152 Sánchez Albornoz, C.: «El Aula regia y las asambleas políticas de los godos», 71.

153 Riché, P., 209-221 y Riché, P.: «L'éducation a l'époque wisigothique: les *institutionum disciplinae* », 174-175.

154 Ibn 'Abd al-Ḥakam, *Futûh Ifrîqiya wa-al-Andalus* , p. 42, en Vidal Beltrán, E. 1966; Valerio del Bierzo, *Vita Sancti Fructuosi* , 15.

155 Rodríguez de la Peña, M. A., 2008, 257-258.

156 *Crónica mozárabe* del 754, 23.

157 San Isidoro, *Etimologías* .

158 San Isidoro, *Crónica universal* , 38 B.

159 San Isidoro, *Crónica universal* , 44-46b.

160 San Isidoro, *Crónica universal* .

161 San Isidoro, *Sententiae* III, 48, 7 en Migne, J. P., 1863.

162 Eugenio de Toledo, *Epitafios conyugales* .

163 Arce, J., 2017, 91 y ss. y 213 y ss.

9

«Con la espada, el hambre y la cautividad»

La caída del Reino (672-722) Y así, con la espada, el hambre y la cautividad devasta
no sólo la España Ulterior sino también la Citerior hasta más allá de Zaragoza,
ciudad muy antigua y floreciente, poco ha desprovista
de defensas porque así quiso Dios.
Con el fuego deja asoladas hermosas ciudades,
reduciéndolas a cenizas;
manda crucificar a los señores y nobles y descuartiza
a puñaladas a los jóvenes y lactantes.
De esta forma, sembrando en todos el pánico,
las pocas ciudades restantes se ven obligadas a pedir la paz.

Crónica mozárabe del 754, 54

De esta manera tan cruda el contemporáneo autor de la llamada *Crónica mozárabe* del 754 termina de dibujarnos el vertiginoso cuadro de la conquista musulmana del reino visigodo: una batalla campal decisiva, la toma de la capital del reino, la brutal eliminación de las élites opositoras, la siembra del terror para abortar cualquier tentación de resistencia, el ofrecimiento y firma de pactos con los asustados y desconcertados jefes supervivientes…

La conquista del reino visigodo fue una conquista rápida, implacable y sangrienta. La estrategia y los procedimientos seguidos por los conquistadores no fueron una excepción, ni una novedad. Todo lo contrario, habían sido previamente

ensayados en las provincias orientales del Imperio bizantino y en Persia, y afinados en la larga y durísima conquista del África bizantina. En efecto, si comparamos las primeras campañas de Táriq y de Musa ibn Nusair contra el reino visigodo (711-713) con las de Siria, Egipto y Persia, nos percataremos de toda una serie de coincidencias. En cierta medida, la experiencia conquistadora desarrollada por los caudillos árabes desde el 633 había formado y consolidado lo que hoy se denomina una «doctrina» militar. Un depósito de experiencias y métodos que facilitaban el abordaje de nuevas conquistas. Esas conquistas tenían su propia dinámica y en cierta medida cada una de ellas engendraba la siguiente y de este modo, la conquista del reino de Toledo no fue sino la necesaria continuación de la del África bizantina como esta a su vez no fue sino el paso ineludible tras el sometimiento de Egipto. El historiador egipcio Ibn 'Abd al-Hakam, que escribía hacia el 860, debió de entenderlo así, pues en vez de abordar en su obra la totalidad de las conquistas árabes, como hicieron sus contemporáneos al-Baladhurî y al-Tabarî se centró en las de Egipto, África y España: *Futûh misr wa Ifriqiya wa-al-Andalus* .

Sin embargo, la conquista del reino visigodo tuvo para los árabes un brillo especial y comparable al de las conquistas de Siria-Palestina y Persia. Por eso, cuando el califa Walid II (743-744) construyó su palacio de caza en Qusayr 'Amra, mandó a sus artistas que pintaran un fresco en el que aparecieran los grandes reyes vencidos por el islam y en el que podemos ver al rey visigodo Rodrigo junto al emperador romano Heraclio, al rey de reyes de Persia y al *negus* de Abisinia. No ha de sorprendernos, la caída de un Reino tan grande y rico como el visigodo tuvo un fuerte impacto entre los contemporáneos, tanto entre los vencidos como entre los vencedores. De ahí que Musa ibn Nusair, el Conquistador, escribiera exultante a su califa, Walid I (705-715): «Esto no es una conquista, esto es la

resurrección» [1] , tratando así de explicar la inmensa riqueza cosechada por las lanzas de sus hombres en el reino visigodo.

Pero ¿cómo pudo caer tan rápido un reino tan poderoso y en apariencia bien asentado? Esta pregunta atormentó a los derrotados y la respuesta sigue siendo hoy día fuente de discusión y controversia.

WAMBA: DE LA APOTEOSIS A LA SEMILLA DE LA TEMPESTAD (672-680) El 1 de septiembre del 672 en la villa de Gérticos, quizá ubicada en la provincia de Cáceres o puede que en las de Salamanca o Valladolid, murió el rey Recesvinto cuyo reinado, sumado al de su padre Chindasvinto, había supuesto un largo e inhabitual periodo de treinta años de continuidad en el trono visigodo. [2] Junto al cadáver del rey se hallaban muchos de los miembros del *officium palatinum* y, es probable que una parte del ejército, pues al parecer la muerte del rey se produjo a la vuelta de una campaña bélica desarrollada en la cordillera Cantábrica o en alguna zona montañosa del oeste peninsular.

Pero para los poderosos magnates reunidos en torno al difunto Recesvinto, había algo mucho más tangible e ineludible que la muerte, una pregunta incómoda y peligrosa: ¿Quién ocuparía ahora el trono vacío? Incómoda, porque todos los presentes sabían que sería uno de ellos el que sería ungido rey, y peligrosa, porque ese acto podría determinar la fortuna o la ruina, el exilio o incluso la muerte de los demás. Pues, en el Reino visigodo los cambios en el trono podían traer consigo drásticas transformaciones en los equilibrios de poder y lo que un individuo o una familia habían recibido de manos de un rey, podían perderlo a manos de otro en función del complicado

juego de alianzas y contraalianzas que solía determinar la elección de un nuevo monarca.

Y es que la condición y las características de la monarquía electiva que se habían ido configurando desde el IV Concilio de Toledo del 633 hacían de aquel momento, la muerte de un rey, el momento decisivo en la vida de quienes ostentaban el poder en el reino.

Quizá por todo ello eligieron a Wamba. Este había sido duque de Gallaecia hacia el 655 y eso implica que en el 672 debía de ser un hombre que, como mínimo, se hallaba en la cincuentena. [3] El propio Wamba, siguiendo una tradición tan romana como teatral de rechazar el poder cuando le fue ofrecido por sus compañeros del *officium palatinum* reunidos en torno al frío Recesvinto, pretextó su edad para la protocolaria negativa inicial. [4] No importaba, ya que su edad, precisamente, jugaba a su favor y al de los demás, pues auguraba un reinado corto y eso implicaba que muchas de las luchas subterráneas de ambición que amenazaban los pilares del reino podían posponerse en torno a un acuerdo de mínimos representado por el poderoso, cabal y viejo Wamba.

Pero no resultó ser un anciano apacible. Como buen y hábil político, exigió ser ungido rey en la capital del reino, Toletum, y por las manos del obispo de la ciudad, Quirico. Con ello, quería asegurarse que nadie pudiera poner en duda su legitimidad como monarca. Así que sería el 19 de septiembre, tras viajar desde Gérticos a Toletum, cuando se llevó a cabo la ceremonia de la unción real que lo convertía en sacro rey de los godos. Sobre el altar de la iglesia pretorial y palatina de los santos apóstoles Pedro y Pablo, Wamba juró servir y proteger a los pueblos que iba a regir y luego se postró de rodillas ante el obispo Quirico de Toledo para recibir en la cabeza el óleo perfumado. Luego, aclamado por los miembros del Aula regia

presentes en la iglesia e investido con toda la gloria de un rey, se mostró al ejército y al pueblo para que a su vez lo aclamaran. [5]



Figura 71: Tremis de oro del rey Wamba, acuñado en Emerita Augusta. Como todas las acuñaciones visigodas, sigue modelos bizantinos, aunque con un arte más crudo y basto. En el anverso aparece el busto de Wamba tocado con la *stemma* , y la leyenda ID.IN.M.VVAMBA RX+, y en el reverso una cruz sobre tres escalones, un motivo que aparece por primera vez en las emisiones del emperador Tiberio II (*reg.* 578-582), y que representa la gran cruz que en el siglo IV fue erigida en Jerusalén en el Gólgota, lugar de la crucifixión de Jesús. Alrededor de la cruz se lee la leyenda + EMERITA PIVS.

Que los grandes nobles esperaban que el reinado de Wamba fuera apacible y rápido, dicho de otro modo, que no estorbara sus ambiciones ni las retrasara mucho tiempo, nos lo demuestra lo que pasó pocos meses más tarde: en marzo o abril del 673, inquietado por las noticias sobre las correrías vasconas, reunió a lo mejor de sus guerreros y se trasladó a la provincia de Cantabria en donde, sin duda, congregó a las levas de aquellas regiones con vistas a su expedición contra los vascones. Entonces le llegaron noticias de la Narbonense, en Galia, que le informaban de la rebelión de Ilderico, conde de Namaus y que dicho conde contaba con el apoyo del obispo Gumildo de

Magalona y de otros importantes nobles y eclesiásticos de la provincia, amén de con el auxilio de bandas de guerreros francos y sajones. Wamba no se amilanó, podría ser viejo, pero era rápido e inflexible. Despachó de inmediato a uno de sus duques, Paulo, al frente de una fuerza importante con la que se debía poner fin de inmediato a la sublevación del conde Ilderico. Pero Paulo debió de creer que su rey no podría hacer frente a una segunda traición que se sumara a la primera, así que en vez de combatir a Ilderico y a sus partidarios, se unió a ellos y se convirtió en la cabeza de una sublevación que pronto se extendió a la Tarraconense gracias al apoyo de su duque, Ranimiro/Ranosindo. [6]

Pero más allá de la Narbonense y el oriente de la Tarraconense, el resto del reino permaneció refractario a la rebelión. Puede que Paulo se quedara un tanto desconcertado al comprobar que no seguían sus pasos el resto de duques, condes y *domini regni* de Hispania, y quizá puede que por ello terminara ofreciendo a Wamba una suerte de división del reino que quedaba implícita en la carta que envió al rey cuando este se aproximaba al Pirineo al frente de su ejército: «en nombre del Señor, Flavio Paulo, Rey del Oriente a Wamba, Rey del Sur». Así encabezaba su misiva el sublevado duque y con ello le reconocía a Wamba el título de rey pero limitaba su soberanía al sur, esto es, a las provincias situadas a mediodía de la Tarraconense, mientras que él, Paulo, ostentaría también el título de rey, pero en este caso ejerciendo autoridad sobre las provincias más orientales del reino: Tarraconense y Narbonense. [7] Pero Wamba desdeñó semejante oferta y la valoró como lo que en realidad era: la prueba de la debilidad de la posición de Paulo.

Paulo se había equivocado. Wamba podía ser viejo, pero reaccionó con fuerza y rapidez. El rey convocó a los nobles que estaban junto a él en Cantabria y les expuso el problema: o bien

volver a Toletum y, desde allí, partir cada uno a reunir las levas generales del reino antes de marchar contra los rebeldes o dirigirse de inmediato contra ellos a la cabeza de la fuerza que tenían ya a mano y dispuesta para castigar a los vascones. Siguiendo el criterio del rey se optó por la rapidez.

Pero si alguien esperaba que Wamba, alarmado por la rebelión de Paulo, desistiera de su proyectada campaña contra los vascones, se equivocaba. El rey iba primero a dar cumplimiento a lo ya planeado de antemano. Desde las posiciones iniciales de la hueste goda, situadas en lo que hoy es el sur de Navarra, Wamba penetró en tierras vasconas como un rayo destructor. En siete días batió a las bandas guerreras vasconas que se reunieron para enfrentarlo en campo abierto, tomó sus *castra* más fuertes, incendió sus poblados, saqueó sus campos, mató o robó sus ganados, dio muerte a sus gentes. La violencia y efectividad del ejército fue tal que los vascones suplicaron la paz entregando rehenes y tributos. [8]

Wamba había actuado así por una buena razón: Paulo, el duque rebelde, había llamado a engrosar sus huestes no solo a grupos de francos y sajones, sino también de vascones [9] y, por tanto, marchar contra él sin aplastar antes a la rebelde Vasconia no habría servido más que para que más y más guerreros vascones se pasaran a las filas rebeldes para reforzarlas y para que, una vez que el ejército real se hallara lejos, combatiendo en el este de la Tarraconense o en la Narbonense, los saqueadores montañeses cayeran sobre el indefenso valle del Ebro. Así pues, como buen estratega, Wamba había llevado a cabo y con éxito, una acción de limpieza y consolidación de su retaguardia antes de lanzarse a combatir al más peligroso de sus enemigos: Paulo.

Wamba prescindió de tren de bagaje y enfiló con el ejército el camino hacia la guerra civil. Por Calagurris (Calahorra) y Osca (Huesca) se presentó, cuando aún no lo esperaban, en las tierras controladas por los rebeldes a los que desbordó

dividiendo a su hueste en 4 cuerpos: 3 *turmas* enfilaron los caminos hacia el Pirineo con la misión de tomar las fortalezas que guardaban los pasos principales y una cuarta, conducida por él mismo, seguiría camino hacia la costa, tomaría Barcinona (Barcelona) y Gerunda (Gerona) y, reagrupándose con el resto de la fuerza, penetraría en el corazón de la rebelión, la Galia Narbonense. [10]

Los planes salieron bien. Controlada la costa de la Tarraconense, y tras reabastecer al ejército y darle descanso durante dos días para que se reagruparan los rezagados, las 3 *turmas* o divisiones de la vanguardia del ejército real tomaron las tres fortalezas que custodiaban los pasos pirenaicos orientales: Castrum Libyae (Llivia), Castrum Colibriae (Colliure) y Vulturaria (Oltrera) para caer luego sobre la fortaleza de Clausuras en donde se tomó prisioneros a dos de los jefes de la sublevación, el duque Ranosindo y el gardingo Hildegiso. [11]

Tras un nuevo reagrupamiento de fuerzas, Wamba volvió a dividir su ejército: 4 *turmas* avanzarían por delante en dirección a las principales ciudades rebeldes, mientras que una flota operaría contra la ciudad de Magalona y una quinta fuerza, conducida otra vez por el propio rey, marcharía como reserva. Todos los objetivos fueron alcanzados: Narbona, Baterrae y Agda fueron tomadas por las 4 *turmas* destacadas y Magalona fue asimismo ocupada mediante el ataque anfibio que se había dispuesto. [12]

Pero quedaba el jefe rebelde, el duque Paulo, que se había atrincherado en Namaus, cuyo anfiteatro había sido reconvertido en una poderosa fortaleza y que contaba con el apoyo de aliados y mercenarios francos, sajones y vascones, amén de con los grupos de rebeldes derrotados que huían hacia Namaus tratando de escapar de la cólera del rey.

Una vez más se envió por delante una poderosa vanguardia mandada por 4 duques y se inició así un violento sitio. Pero Paulo, en su desesperación, resistía en espera de la llegada en su socorro de refuerzos francos, y fue preciso que el rey destacara en apoyo de los sitiadores una poderosa columna de refuerzo de casi 10 000 guerreros, mandada por el duque Waldimiro. Retomados los asaltos, se libró una dura batalla que duró desde el amanecer hasta la hora quinta del día y que terminó con los hombres del rey tomando a viva fuerza las murallas y penetrando en la ciudad. Tras un último intento de resistencia en la ciudadela que formaba el antiguo anfiteatro de la ciudad y con su campo desmoralizado y dividido, Paulo se rindió. [13]

Wamba había triunfado. Había iniciado la primavera conduciendo un ejército contra los vascones y ahora, en septiembre, se encontraba con un grupo de nobles rebeldes encadenados y echados a sus pies, que suplicaban clemencia, mientras él, Flavio Wamba, sentado en su trono y rodeado de sus nobles y soldados, pisaba los cuellos de los aterrorizados y vencidos sublevados, marcando con dicho ritual su completa victoria y la absoluta sumisión y humillación de sus enemigos.

El reino volvía a estar unido y el rey supo ser tan hábil en el juicio como en la guerra. Mandó decalvar, rasurar sus cabellos, a los sublevados y los privó de sus bienes y, al igual que había hecho con el botín de la guerra, los repartió entre sus fieles y sus soldados. Recluyó a los traidores, pero no los castigó con la muerte y en cuanto a los miles de cautivos apresados entre los aliados y mercenarios francos y sajones de Paulo, los liberó, [14] tratando con ello de evitar que la rebelión derrotada diera paso a una guerra abierta contra los francos.

Estos últimos, los francos, al fin se movieron. Uno de sus duques, Lupo, penetró en la región de Baterrae, al frente de un ejército, pero el rápido avance de las tropas visigodas lo cogió por sorpresa y sembró el pánico entre sus filas. Los francos

volvieron grupas y huyeron por los montes dispersándose y dejando su bagaje y multitud de cautivos en manos de los guerreros de Wamba. Este, previsor, marchaba siempre fortificando los campamentos de su ejército, y había dado orden de que se restaurasen de inmediato las dañadas murallas de Namaus y del resto de ciudades y fortalezas arruinadas por la guerra. [15]

Sometidas las provincias rebeldes, dispersadas y puestas en fuga las huestes de los «bárbaros» –así llama Julián de Toledo a los francos–, restauradas las fortificaciones y asegurado el orden y el buen gobierno, Wamba celebró un gran triunfo en Toletum. Al igual que había hecho mucho tiempo atrás Clodoveo tras vencer a Alarico II, Wamba se mostraba en toda su gloria guerrera y esa gloria guerrera no era sino la *imitatio* consciente de una ceremonia romana: el triunfo. [16]

Las crónicas asturianas atribuyen también a Wamba triunfos sobre los astures rebeldes y sobre la flota sarracena que, según cuentan, atacó las costas hispanas en el 672 con una poderosa flota de 270 naves que los visigodos lograron incendiar. Ahora bien, de haber existido semejante ataque, sin duda muy exagerado en las cifras, solo podría adjudicarse a los moros de las regiones mauritanas no controladas por Bizancio, lo que me parece muy probable, pero en ningún caso esa incursión pirática puede asignarse a la flota musulmana que a la sazón, 672, llevaba veintitrés años echándose al mar, teniendo sus bases en Egipto y en la costa siriopalestina, esto es, a más de 3300 km de las costas de Hispania, hallándose además y, en la década del 670, envuelta con la flota bizantina en plena batalla por el control de los accesos a Constantinopla, y no habiendo navegado nunca hacia occidente más allá de Sicilia y esto último solo a partir del 665. De hecho, el punto de amarre de la flota califal situado más al oeste era, y solo desde el 667, la ciudad líbica de Trípoli. No, una flota musulmana no pudo

navegar hasta Hispania. De hecho, ninguna escuadra árabe surcaría las aguas del Mediterráneo occidental hasta que en el 698 y tras la batalla naval de la bahía de Rades y la definitiva conquista de Cartago por los musulmanes, se derrumbaron la defensa y dominio bizantinos en África.

¿Entonces? Como ya he apuntado más arriba, la noticia recogida en las crónicas asturianas no es necesariamente falsa y es probable que recoja el recuerdo de un gran ataque pirata moro, no musulmán. Los moros de las Mauritanias (Argelia occidental y las costas norteñas de Marruecos) no se someterían al dominio árabe sino entre el 707 y el 710. Así que no es de extrañar la confusión de los cronistas astures. Al fin y al cabo, cuarenta años más tarde de los sucesos acontecidos en el 672, los hijos de esos mismos moros estarían peleando por los árabes en Hispania. Por esta razón no debería de extrañarnos que los cronistas asturianos de finales del siglo IX no tuvieran muy clara la diferencia entre unos y otros. [17]

Para reforzar aún más la respuesta militar del reino, Wamba promulgó el 1 de noviembre del 673, dos meses después de aplastar la sublevación de Paulo, una exigente ley militar que obligaba a todos sus súbditos aptos para esgrimir las armas, ya fueran laicos o eclesiásticos, libres o siervos, que se hallaran en un radio de 100 millas del lugar en donde se verificara un ataque o alzamiento, que se presentaran ante los oficiales del rey con las armas y dispuestos a combatir. La ley, ya lo vimos, preveía durísimas penas y, por lo que el sucesor de Wamba expuso ante la asamblea del XII Concilio de Toledo del 681, se aplicó de forma implacable sin tener en cuenta la pertenencia o no a las élites gobernantes del reino. [18]

En esa línea de atar más en corto a la nobleza, cada vez más poderosa y protofeudal, Wamba tomó medidas como la de permitir a libertos y esclavos del fisco, y por ello dependientes de la corona, ascender al desempeño de altas magistraturas y

dignidades a través del patronazgo regio. Es evidente que, y al igual que ocurriera durante los años duros del reinado de Chindasvinto y siguiendo la estela marcada por la antigua Roma, con esta medida se trataba de reforzar el poder del monarca colocando en los puestos clave de la administración a «hombres nuevos» dependientes por completo del rey.

Siguiendo esa misma dinámica de reforzamiento de la figura del rey frente a la alta nobleza, Wamba aumentó el esplendor y ceremonial de la corte toledana, imitando a la bizantina y remarcando la sacralidad del soberano y su condición superior ante unos nobles a los que Wamba mismo había llamado «hermanos» cuando combatía al rebelde duque Paulo, pero de los que cada vez desconfiaba más. [19]

También trató de sujetar mejor a la nobleza eclesiástica. Los obispos actuaban cada vez más como señores deseosos de acaparar tierras y hombres y el rey inició una serie de acciones destinadas a frenar esa tendencia. En el 675, convocó el XI Concilio de Toledo que, aunque con la asistencia solo de 17 obispos y de los delegados de otros 2, reunió a la jerarquía de la Iglesia de la provincia Cartaginense para tratar de embridar los afanes de poder episcopal y las dudosas prácticas de muchos obispos, abades y clérigos. No en vano, hacía más de dieciocho años que los obispos de «Hispania y Galia» no se reunían en concilio, como dice el cronista de la Mozárabe del 754, y bajo la dirección de Ildefonso de Toledo, llamado Boca de oro, se trató de poner orden. De manera que, una vez abordadas las cuestiones teológicas, el concilio se centró en la reforma de las prácticas abusivas, delincuenciales en realidad, de muchos prelados hispanos que no se recataban en apropiarse de forma indebida de propiedades ajenas, derramar sangre o vivir en abierta simonía. [20]

Así que Wamba, el supuesto «manejable» anciano que los nobles del *officium palatinum* habían elegido con la intención

de no destrozarse en luchas por el poder, pero con la esperanza de poder seguir acumulando riquezas a expensas de la corona y aumentar su autonomía respecto a ella, estaba resultando ser un rey fuerte, eficaz y centralizador y eso pronto despertaría un sordo rencor entre los obispos y nobles más ambiciosos y, por ende, más perjudicados por la política del rey.

Al cabo, aprovechando una súbita, con toda probabilidad inducida, enfermedad de Wamba y con el auxilio interesado del nuevo y recién nombrado obispo de Toledo, san Julián, se preparó un despiadado golpe. Ervigio, uno de los miembros más insignes del *officium palatinum* , invalidó a Wamba. Según la versión de la *Crónica de Alfonso III* , Ervigio dio a beber al rey una poción elaborada a base de cocción de esparto que lo sumió en un sopor paralizante, le obligó a permanecer en cama presa de fuertes dolores, le produjo una notable desorientación y le llevó al borde de un estado comatoso que, en apariencia, lo conducía sin remisión a la muerte. Esta parecía inminente el 14 de octubre del 680, así que se llamó al solícito obispo Julián de Toledo para que diera la penitencia y extrema unción al rey y para que este fuera tonsurado y, por ello, dedicado al señor, lo que lo invalidaba como rey. De inmediato se extendieron documentos que según parece firmó el semiincosciente Wamba y por los que recomendaba como su heredero a Ervigio.

Lo que da verosimilitud al relato de la crónica asturiana es que, en efecto, la ingesta de cocción de esparto, al que se conocía desde la antigüedad como *spartium* , gayomba, espartza, atocha, gamuka o sarga, provoca síntomas idénticos a los que sufrió Wamba. Pues el esparto contiene un alcaloide llamado citisina que posee propiedades similares a las de la nicotina y la estricnina y una pequeña dosis mezclada en la bebida de la víctima, como fue el caso de Wamba, produce de inmediato letargo, bradicardia, es decir, una fuerte caída del ritmo cardiaco, amnesia y debilidad muscular extrema que lleva

a la postración más absoluta y a un estado que parece anunciar la muerte. Los efectos pueden durar días o incluso semanas, restableciéndose luego el intoxicado. La descripción y uso de esta planta aparecen ya especificados en el *Dioscórides* , quien la comparaba con el peligroso eléboro, y en las *Etimologías* de san Isidoro. [21] Que la *Crónica de Alfonso III* cite de forma expresa el esparto, retama de olor, y que sus efectos tóxicos, bien conocidos en época visigoda, cuadren a la perfección con los síntomas sufridos por Wamba, son un poderoso indicio de la veracidad del relato y de que este rey fue víctima de una preparada y retorcida conjura. Los nobles conjurados con Julián y Ervigio no perdieron ni un solo momento y el 21 de octubre Ervigio fue ungido nuevo rey.

Cuando unos días más tarde el convaleciente Wamba salió de su inducido estado semicomatoso y se recuperó por completo, se encontró con que ya no era rey y que pasaría lo que le quedaba de vida, siete años, recluido en un monasterio.

La infamante y descarada posición de Ervigio en el inmediato XII Concilio de Toledo presentando los supuestos documentos de la renuncia de Wamba al trono y de su recomendación de ser sucedido por Ervigio, la hipocresía y, quizá, mala conciencia de Julián de Toledo durante el mismo, la necesidad de Ervigio de admitir a Égica, sobrino carnal de Wamba como esposo de su hija, Cixilo, y el cuidado que la *Crónica de Alfonso III* y la *Crónica mozárabe* del 754, favorables a Julián, ponen en eximir o en «pasar de puntillas» sobre el asunto «Wamba», son indicios de que el engaño perpetrado por Ervigio y su episcopal amigo Julián levantó ampollas en el partido fiel a Wamba. [22] La nobleza, presionada por Wamba, al cabo y una vez más, se alzaba con la victoria frente al empeño centralizador de la corona. Concluía así el reinado de un buen rey que no se merecía terminar de manera tan poco digna y que gobernó el reino justo antes de que se iniciara su declive.

Wamba al menos tuvo la dicha de ver terminadas las obras de restauración y embellecimiento de la capital del reino, Toletum, a la que dio nuevo y mayor esplendor. Al respecto, la *Crónica mozárabe* del 754 nos dice: «En su tercer año, restaura, con admirable y esperado trabajo la ciudad de Toledo, y esculpiendo una dedicatoria en verso graba en sus puertas con un punzón de hierro sobre el blanco y resplandeciente mármol, este epigrama: "Wamba, rey insigne y que propagó la ilustre gloria de su pueblo, restauró, con la ayuda de Dios, esta ciudad"». [23] No fue la única inscripción mandada esculpir por Wamba. En las torres que flanqueaban la puerta sobre la que el rey había ordenado colocar el epigrama antes citado, se esculpieron invocaciones a los santos mártires para que protegieran a la ciudad de Toletum y al pueblo hispanogodo.

Pero ante la tormenta que las vanguardias del califato estaban desencadenando ya contra la vecina África bizantina, haría falta algo más que invocaciones para salvaguardar al reino.

«UN MUNDO QUE SE DERRUMBA». EL REINO VISIGODO Y LA TEMPESTAD ISLÁMICA (680-709) Cuando en noviembre del 681, en el XII Concilio de Toledo, Ervigio se presentó ante los obispos del reino y ante los miembros del Aula regia para tratar de acallar la oposición que existía a su ilegal y retorcido ascenso al trono, habló ante los presentes de la necesidad de contar con la fuerza y sabiduría de los concilios, y esto es literal: «Para dar apoyo a un mundo que se derrumba». [24] Ervigio, como muchos otros, tenía la sensación de vivir una época oscura en un mundo donde se consumaban los tiempos.

No se equivocaba, cuarenta años atrás, en Egipto y de forma inadvertida, se había iniciado el «derrumbamiento» del mundo

de Ervigio y Julián de Toledo. El mundo, la Hispania, cantada por san Isidoro y unificada por Leovigildo, Recaredo, Sisebuto y Suintila. En efecto, fue en noviembre del 642 cuando los musulmanes completaron de verdad la conquista de Egipto al rendir al fin la ciudad de Tinis, la segunda en riqueza y población del país. Ahora, con Egipto en su poder, con el canal de Trajano abierto de nuevo a la navegación para que el trigo y los tributos de Egipto fueran por el mar Rojo a los puertos de la capital del califato, Medina, y con los astilleros y puertos egipcios, los más importantes del Imperio bizantino, a disposición del nuevo imperio, el islam podía dar el salto hacia el dominio del Mediterráneo y eso, por encima de la pérdida de tal o cual provincia, era en esencia, la verdadera quiebra del mundo antiguo forjado, casi novecientos años atrás, por la hegemonía romana. Además, Egipto no solo era la llave del Mediterráneo, sino también de los caminos que llevaban a la rica África bizantina y esta, a su vez, era la «puerta» meridional del reino visigodo.

Egipto, pues, otorgó al islam las riquezas, los barcos, los marineros y la posición geoestratégica necesarias para propulsar sus conquistas hacia el occidente mediterráneo y africano. Esta importancia de Egipto se trasluce en todos los relatos de la conquista de al-Ándalus en mayor o menor grado. Un polígrafo andalusí del siglo XI, por ejemplo, afirmaría: «al-Andalus fue conquistada por un ejército de bereberes, *afariqas* y egipcios». En las fuentes árabes, *afariqa* es el nombre que se le da a los africanos de lengua latina del norte de África y cuando en este texto y en otros parecidos, se habla de egipcios, a mi entender, se alude a los marineros egipcios de la flota califal con base en Túnez que en el 711 llevó a Táriq los refuerzos enviados por su señor, Musa ibn Nusair, así como a los que tripulaban las naves que llevaron al propio Musa y a su ejército a Hispania en el 712. [25]

Pero el primer golpe contra el muro de contención que para el reino visigodo representaban las posesiones bizantinas en África se dio en el 643, cuando los musulmanes, apoyados por una flota tripulada por marineros coptos, atacaron la Pentápolis romana (actual Cirenaica o Barca, en el nordeste de Libia) y, a partir de ahí, todo se precipitó. Al año siguiente, una segunda expedición atacó la Tripolitania y en el 647-648, tras haber rechazado en el 645-646 un intento de reconquista de Egipto por parte de Bizancio, el califato lanzó una tremenda algarada que atravesó 2500 km de estepa y desierto para ir a golpear en el corazón del exarcado bizantino de Cartago y aplastar en la batalla de Sufetula a su ejército. Tras lo cual y durante semanas, las columnas de saqueadores musulmanes se adentraron por las tierras de Bizakia, más o menos lo que hoy es Tunicia, y Numidia, aproximadamente al nordeste de Argelia, devastando e incendiando a placer, para retirarse solo tras cobrar de los desesperados africanos un inmenso tributo con el que regresaron triunfantes y ahítos de oro, cautivos y botín a sus bases de Cirenaica y Egipto.

Sin embargo, Bizancio, hoy lo sabemos, restauró de inmediato su dominio efectivo sobre África y transformó Tripolitania en una suerte de marca fronteriza tras la cual podían resguardarse las ricas eparquías –provincias–, de Bizakia y Numidia. Ni siquiera la sublevación del patricio Gennadio y el ataque musulmán del 665 quebraron el control bizantino y, de hecho, como prueba palpable y acerada de ello, las tropas del «ejército de África» partieron en el 668-669 desde Cartago a Sicilia para participar allí en el aplastamiento de la sublevación del usurpador Mizizios. [26]

Pero, al cabo, sin duda, aprovechando los disturbios producidos por las sublevaciones de Gennadio y Mizizios, en el 667-668 el implacable, genial y cruel ‘Uqba ibn Nâfi’ al-Fihrî destrozó la marca tripolitana, tomó Leptis y Trípoli y convirtió

a esta última en la nueva base avanzada del islam en Occidente, y ello a la par que solicitaba de la flota con base en Egipto que lanzara un ataque naval de distracción contra Sicilia, para a continuación internarse, al frente de una columna de jinetes, en el desierto para rodear las fortalezas y defensas bizantinas y caer sobre la retaguardia enemiga y destrozarla.

Fue un golpe terrible. ‘Uqba hizo 100 000 cautivos africanos que vendió en los mercados de Barca y Egipto y continuó presionando con saña. De hecho, todo apunta a que con ‘Uqba la conquista de África adoptó los oscuros tintes de una guerra salvaje en la que la siembra del terror y la devastación sistemática del país enemigo formaban parte de la estrategia de conquista. La arqueología nos da muchas pruebas de ello en lugares como Thysdrus (El Djem, Tunicia) en donde su enorme anfiteatro se transformó en un medieval «campo de refugiados» a la par que en fortaleza última para las gentes de la ciudad y la región circundante, o en Barasus (actual Oruga, en Tunicia), una próspera ciudad de Bizakia en donde los musulmanes no solo incendiaron los edificios y desmantelaron las murallas, sino que se aseguraron de destruir las gigantescas cisternas, cuyas bóvedas eran sostenidas por más de cien columnas y que contaban con una capacidad de 7300 m^3 de almacenamiento de agua con los que abastecer a las poblaciones y campos de cultivo de la comarca. Pues bien, no solo fueron dañadas dichas cisternas, sino que, para asegurarse de que el agua quedaba contaminada, se arrojaron a ellas cientos de cadáveres de hombres, mujeres y niños. Cuando los supervivientes regresaron, la única opción que les quedó fue convertir sus preciosas cisternas en una fosa común y marcharse para siempre. [27]

Para el 670, ‘Uqba había desmantelado la defensa bizantina y fundado en el corazón de Bizakia una ciudad, Cairuán, destinada a convertirse en la capital de la Ifriqiya musulmana

que debía de sustituir al exarcado romano. No fue tan fácil. África resultó ser un «hueso más duro de roer» de lo que podía prever nadie. [28]

Durante los siguientes cuatro años, 670-674, el despiadado ‘Uqba se vio frustrado en sus deseos de conquista y no consiguió ningún avance, logrando por contra los bizantinos establecer una nueva línea defensiva que aislaba a Cairuán. Contra esa nueva línea defensiva dirigió toda su habilidad diplomática y toda su fuerza militar el nuevo valí que venía a sustituir al airado pero ahora incapaz ‘Uqba, Abu-l-Muhâdjir, un converso copto que llegó a la cabeza de un ejército de egipcios recién convertidos al islam, bereberes laguatan y sirios y que, tratando de aprovechar la apurada situación del Imperio bizantino, a la sazón con su capital, Constantinopla, asediada por los ejércitos y las flotas omeyas durante los años 674-678, trató de convencer a las élites romanoafricanas y bereberes de que pactaran con el califato. No lo logró y optó, ya en el 678 y el 679, por lanzar fuertes ataques contra Numidia y contra la región del cabo Bon y aunque logró éxitos parciales, la tremenda derrota sufrida por los ejércitos y flotas del califa Mu`âwiya ante Constantinopla en el 678 y el inmediato tratado de paz firmado entre ambos imperios en el 679, [29] obligaron al valí de Ifriqiya a firmar a su vez un tratado con las autoridades bizantinas africanas y a devolver lo poco que había conquistado.

Así que, en el 680, cuando Wamba fue traicioneramente depuesto y Ervigio subía al trono en Toletum el «mundo podía estar derrumbándose» pero no la defensa bizantina que, una y otra vez, detenía a los musulmanes y servía por tanto de adelantado valladar para el reino visigodo.

Pero la paz del 679 no duró mucho en África. De inmediato se reiniciaron allí las hostilidades y de nuevo reapareció en el escenario bélico el temido, audaz e implacable ‘Uqba. En el

682-683 el viejo guerrero llevó a cabo una fenomenal cabalgada que, de batalla en batalla y de saqueo en saqueo, lo llevó desde Cairuán a las costas atlánticas de lo que hoy es Marruecos. Frustrado porque el océano le impedía seguir guerreando, ‘Uqba obligó a su caballo a internarse en las olas hasta que el agua le llegó al pecho y allí, bañado de espuma oceánica, gritó a los cielos su furor y su disculpa: «¡Dios mío, te pongo por testigo de que no existe camino alguno, si lo encontrase, seguiría adelante!». [30]

La tradición islámica insiste en que ‘Uqba, durante esta expedición, llegó a estar frente a las murallas de Septem. De ser así, mientras Ervigio daba los primeros pasos en la convocatoria de un nuevo concilio, el XIII del 683, los futuros destructores de su reino ya cabalgaban a sus puertas.

Pero ‘Uqba solo había emprendido una expedición de saqueo y exploración y no de conquista. Así que retrocedió. Lo hizo para morir. A su regreso, camino de Cairuán, en Tabudeus (Tobna, norte de Argelia) fue sorprendido por Kusayla, a la sazón el jefe de las tropas bizantinas y de los auxiliares bereberes de Numidia. ‘Uqba cayó combatiendo y su ejército fue tan completamente aniquilado que el pánico cundió en Cairuán y la ciudad, casi abandonada por sus habitantes, cayó en manos bizantinas, de manera que se destruyó el dominio musulmán por completo, el cual quedó relegado al este de Trípoli que se mantuvo como el punto más avanzado del califato hacia occidente, mientras que Bizancio restauró su dominio y así lo celebró el papa Juan V en una carta enviada en el 686. [31]

Pero el entusiasmo del papa y la tranquilidad de los africanorromanos solo duró unos años. En el año 688 una potente expedición musulmana encabezada por el valí Zuhayr ibn Qays aplastó a los romanos en la llanura de Mamma (Tunicia central). La batalla fue feroz y en ella fue muerto el héroe de los africanorromanos y de los bereberes, Kusayla.

Pero nueva y tercamente, Bizancio respondió al golpe con un inmediato contraataque: la flota romana cayó sobre las costas de Cirenaica y desembarcó allí tropas que se internaron hasta Barca, la principal base musulmana, tomando la ciudad e incendiándola. Cuando Zuhayr ibn Qays tuvo noticia de que su base estaba en manos bizantinas, se retiró a toda prisa. Al llegar su agotado ejército a las cercanías de la debelada Barca, los bizantinos lo estaban esperando. Fue una carnicería y el valí cayó junto con la práctica totalidad de su ejército. [32]

Así que, en el 690, al oeste de Egipto, ahora amenazado de nuevo por la flota bizantina, el califato no tenía ningún punto de apoyo más allá de la aislada Trípoli. Dicho de otro modo, tras cuarenta y tres años de combates, apenas nada se había ganado. Sí, los árabes podían lanzar grandes expediciones que podían penetrar hasta el corazón del África romana, pero no lograban asentarse definitivamente en ella, ni controlar territorio alguno más allá de Barca/Cirenaica y del enclave de Trípoli. Además, los bizantinos, una y otra vez, no se limitaban a defenderse, sino que contraatacaban con notable éxito y volvían a amenazar la «clave de bóveda» del califato, Egipto.

El califato estaba tratando de recomponer el orden interno, sumergido como estaba en guerras civiles, pero no podía permitir que Egipto estuviera tan expuesto y para ello era imprescindible conquistar de una vez por todas el África bizantina. Así que el califa ‘Abd al-Mâlik (685-705) nombró un nuevo valí para la casi inexistente Ifriqiya musulmana: Hassân ibn al-Nu’man al-Ghassâní.

Resultó ser un excelente y despiadado general. Tras «limpiar» sistemáticamente de puntos de amarre y bases avanzadas bizantinas las costas de Cirenaica y Tripolitania y restaurar las comunicaciones con Trípoli, Hassân preparó una sorpresiva expedición que, alejándose de la costa y avanzando con rapidez por el predesierto para evitar los ataques de la flota bizantina, y

para flanquear las posiciones fortificadas enemigas, apareció de súbito ante las murallas de Cartago en la primavera del 697. Nadie lo esperaba, y el exarca no había sido capaz de ordenar la defensa de forma efectiva. En mayo del 697, Cartago, la capital del África bizantina, caía en manos musulmanas y el Mediterráneo occidental quedaba abierto a la expansión del califato.

Pero si la conquista de Cartago por Hassân ibn al-Nu’man al-Ghassâní había sido el fruto de una arriesgada y magistral «sorpresa estratégica», el contraataque bizantino no fue menos inesperado y sí más devastador y terrible todavía. Bizancio no podía permitir que Cartago, la llave del Mediterráneo occidental, quedara en manos del califato. Si quería conservar lo que le quedaba de África y, más aún, Sicilia, Cerdeña, las Baleares, Malta y sus posesiones italianas, tenía que expulsar a los musulmanes de Cartago. África, pese a los cincuenta años de devastaciones, seguía siendo rica y el Imperio no iba a renunciar a ella sin combatir hasta la extenuación.

A inicios de septiembre del 697 la flota más poderosa que Bizancio jamás hubiera enviado a Occidente –μετά πάντων τῶν Ρωμαϊκῶν πλωϊμάτων, «toda la flota» tal como especifican los historiadores bizantinos Teófanes, Nicéforo y Zonarás–, cayó de repente sobre la desprevenida guarnición musulmana de la arruinada Cartago. Se trataba de un golpe masivo: unos 200 *dromones* y quizá 800 barcos de transporte y apoyo que llevaban no menos de 20 000 soldados. Los *dromones* bizantinos pusieron proa contra las defensas del puerto interior de Cartago. Teófanes relata como el *strategos* de la flota romana, el patricio Juan cortó a hachazos y con sus propias manos, la cadena que cerraba el puerto. [33]

Los musulmanes fueron derrotados y expulsados. Hassân ibn al-Nu’man al-Ghassâní se hallaba con el grueso de su ejército

tratando de rendir las ciudades bizantinas situadas inmediatamente al oeste de Cartago y cuando le llegó noticia de que su guarnición cartaginesa había sido destruida y de que la flota y el ejército romanos le cerraban la retirada, supo que la derrota llevaba su nombre. Sí, lo llevaba. Hassân fue aplastado con tanta eficacia que apenas si logró huir con los restos de su hueste y alcanzar con ellos el refugio de Kusur Hassan, «los castillos de Hassân». Y allí, desde un punto situado al este de Trípoli, pues su nueva base se hallaba en la frontera de Tripolitania con Cirenaica, suplicó perdón y refuerzos al califa.

La derrota de Hassân supuso un fuerte impacto en la memoria colectiva de los musulmanes y con el tiempo, los historiadores, genealogistas, geógrafos y poetas árabes tejieron todo tipo de leyendas en torno a ella. Así, por ejemplo, las obras islámicas de los siglos IX a XIV, nombrarían como vencedora de Hassân ibn al-Nu'man al-Ghassâní a una misteriosa profetisa, la Kâhina, y no al verdadero autor del desastre musulmán, el patricio Juan. Pero una atenta lectura del texto árabe de la llamada *Crónica de los árabes* recogido por Elías de Nísibe a inicios del siglo XI y que, sin duda, es la fuente más cercana a los hechos, puesto que el original fue redactado en torno al 750, permite explicar las en apariencia irreconciliables divergencias existentes entre las fuentes bizantinas y árabes. La clave estaba en no conformarse con la traducción al siriaco que de dicho texto hizo Elías de Nísibe, ni con las traducciones al alemán, latín o francés que se han venido haciendo desde finales del siglo XIX, sino en acudir al original árabe transcrito por la mano del propio Elías de Nísibe y en donde podemos leer que no fue la Kâhina ni ninguna otra misteriosa heroína la que infligió una completa derrota al ejército de Hassân, sino los «reyes de los romanos», es decir y tal como era habitual en las obras árabes primitivas, los

generales y jefes romanos, o sea, el patricio Juan y sus *drungarios* y navarjos. [34]

Cuando el califa Abd al-Mâlik recibió la noticia de la derrota de su valí africano, Hassân ibn al-Nu'man al-Ghassânî, debió de montar en cólera y puesto que ahora, en el otoño del 697, su poder se hallaba en la cima y controlaba de nuevo y por completo su gigantesco Imperio que se extendía desde Afganistán hasta Libia, movilizó todos sus recursos para un inmediato y devastador contragolpe. El califa ordenó a todas las escuadras de la flota del califato que se reunieran en Alejandría de Egipto con vistas a participar en la primavera siguiente en la nueva expedición contra Cartago. No solo barcos, Abd al-Mâlik mandó al valí de Egipto que pusiera todos los recursos militares disponibles a disposición de su derrotado colega de Ifriqiya, Hassân ibn al-Nu'man al-Ghassânî. En fin, para asegurarse de que esta vez el islam triunfaría, envió a Hassân 6000 jinetes escogidos de los *aynâd* de Siria, la mayoría de ellos del *yund* de Damasco. En total, Hassân ibn al-Nu'man al-Ghassânî reunió en Kusur Hassan y en Trípoli a 40 000 guerreros [35] a los que en la primavera del 698 sumó una flota que superaba a la romana.

Esta vez, flota y ejército marcharon en paralelo y directamente contra Cartago. El patricio Juan había cometido el error de dispersar a su ejército para que invernara y de paso y más importante, para que restaurara el dominio efectivo del Imperio sobre toda Bizakia. Pero, por ello mismo, las fuerzas romanas no pudieron ofrecer una resistencia eficaz cuando las columnas de Hassân se les echaron encima y las arrollaron, plantándose de nuevo ante una Cartago cuyas defensas, arruinadas tras las inmediatas conquista y reconquista árabe y bizantina del 697, aún no habían sido del todo reparadas. La batalla decisiva, no obstante, se libró en el mar, cuando la flota bizantina, anclada en la bahía de Rades, fue sorprendida por la musulmana y puesta en fuga. Constantino Manasés, que

escribió en el siglo XII pero recogiendo datos de fuentes contemporáneas de los hechos, señala sin paliativos la derrota naval, mientras que el resto de las fuentes bizantinas solo mencionan la inmediata evacuación de Cartago y la retirada de la flota romana a Creta.

Y, sin embargo, el patricio Juan no daba la partida por perdida. Trató de reorganizar su escuadra y caer desde Creta sobre las bases califales de Barca y Egipto obligando así a retroceder, como en el 688-689, al ejército musulmán destacado en África que tendría que evacuar la recién tomada Cartago para proteger su retaguardia y salvaguardar Egipto. Pero la flota bizantina se negó a obedecer las órdenes de su comandante y se sublevó, proclamando emperador al drungario del *thema* de los cibirreotas, Apsimar, [36] que, por cierto y aunque resulte irónico, era un godo-griego, esto es, un descendiente de los godos instalados en Asia Menor en el último tercio del siglo IV, quien llevó la flota, no contra los árabes, sino contra Constantinopla en donde, tras asaltar las defensas marítimas de la ciudad, depuso al emperador Leoncio y ocupó el trono imperial. [37] Y digo que resultó irónico, porque de esa forma el godo-griego Apsimar «terminó abriendo el camino» que llevaría a los musulmanes a la Hispania visigoda.

Estamos en los inicios del otoño del 698, en Hispania reinaban el hambre, la peste y Égica, un rey implacable pero incapaz que trataba de sostenerse en el trono mientras que un Imperio en expansión, el califato, acababa de abrir «la puerta» y en breves años llamaría terrible y atronadoramente a ella.

En los once años que siguieron (699-710), dos valíes extraordinariamente activos y combativos, Hassân ibn al-Nu'man al-Ghassâní y Musa ibn Nusair, barrieron los últimos focos de resistencia bizantinobereber en Bizakia, Numidia y las Mauritanias. Fueron once años de durísimos combates en los que apareció la ya citada Kâhina como líder de la resistencia

frente a los invasores musulmanes, pero lo hizo, tal como dice la *Crónica de los árabes* , como «reina de los romanos», [38] es decir, como caudillo de los africano-romanos que siguieron oponiendo dura resistencia al islam aun después del abandono bizantino y que continuaron siendo un grupo importante de la población norteafricana, con su latín y su cristianismo, hasta el siglo XII.

Cartago, la gran ciudad púnica fundada hacia el 814 a. C. por los fenicios y vuelta a la vida el año 29 a. C. gracias a la fundación por Augusto sobre sus ruinas de una colonia romana, Iulia Concordia Carthago, quedó arruinada tras setecientos veintisiete años de historia romana, y la cercana Túnez, cuyo puerto venía cobrando importancia desde el siglo VI, se convirtió en la nueva y formidable base de la flota musulmana en el ahora abierto Mediterráneo occidental. Mil artesanos coptos expertos en la construcción naval fueron asentados en ella y otros muchos fueron destinados a tripular los 260 barcos de guerra amarrados en su puerto. El África bizantina se había transformado en el al-Magrib musulmán.

Precisamente esos 260 navíos de guerra califales serían decisivos, ya lo advertimos, en la consolidación de la cabeza de puente establecida por Táriq en el 711 y, sobre todo, para la consumación de la conquista emprendida en el 712 por su patrón, el valí Musa ibn Nusair. [39] Pero para eso aún faltaba. En torno a la ciudad de Septem o de Septon, como la llamaban los bizantinos, se hallaba el último enclave imperial, el *thema* septemsiano, que pronto tendría que enfrentar la postrera ofensiva islámica contra el occidente norteafricano. En el 707 fue nombrado valí de Ifriqiya Musa ibn Nusair quien bien pronto aplastó la resistencia romano-bereber en Numidia y las Mauritanias (noroeste de Argelia y norte de Marruecos), tal como lo constata la fuente contemporánea de los hechos: la *Mozárabe* del 754, que recoge la toma y destrucción de muchas

ciudades en Numidia y las Mauritanias por parte de los musulmanes. [40]

Dos años más tarde, 709, Musa ibn Nusair ya había llegado al *Fretum Gaditanum* , a las Columnas de Hércules, que pronto mutarían su nombre por el de estrecho de Gibraltar, y lo único que quedó del dominio de los *rum* , de los romanos norteafricanos, fue Septem y sus alrededores. Allí gobernaba el enigmático, semilegendario y maldecido don Julián.

Este, sin duda el último *comes* bizantino, título intercambiable en la orgánica del ejército y de la flota bizantinas con los de tribuno y navarjos, pues el destacamento que guarnecía Septem siempre tuvo ese doble carácter a la par terrestre y naval, [41] tenía aún bajo su control el Estrecho, gracias a su pequeña escuadra de entre 3 a 5 *dromones* , un dato este último del despliegue de la flota bizantina que, como veremos, historiadores árabes como Ibn ʽAbd al-Hakam corroboran al recoger que Julián puso a disposición de Táriq 4 naves para pasar a la nueva tierra que se extendía al otro lado del mar y que el anónimo redactor de la *Crónica mozárabe* del 754, por entonces un niño pequeño, llamaba Hesperia, «la tierra del ocaso», [42] y eso, el ocaso, era lo que estaba viviendo sin saberlo, el reino de los visigodos.

EL OCASO DE UN REINO: FRÍO, HAMBRE, PESTE Y DISPUTAS (680-710) El 14 de noviembre del 684 Ervigio y su amigo y cómplice, Julián de Toledo, tenían ante sí el apresuradamente reunido XIV Concilio de Toledo, «para dar a conocer a todos los pueblos de España» la misiva que el ya difunto papa León II había enviado para solicitar la aprobación de los cánones del VI Concilio ecuménico de Constantinopla del 680-681. Muchos obispos no pudieron acudir, pues el reino se hallaba cubierto por la nieve y atrapado por

un temprano invierno: «Un tiempo inclemente, en el cual no sólo toda la tierra en lo más duro del invierno se halla cubierta con grandes nevadas, sino que hace un frío glacial…», [43] se nos dice en las actas del concilio. Pero se habrá notado que, aunque el redactor de las actas del concilio pretextara que se hallaban en «lo más duro del invierno», lo cierto es que estaban a treinta y siete días de que comenzara de verdad dicha estación y, no obstante, la tierra estaba sepultada bajo la nieve.

Y es que el clima seguía enfriándose. Todo había comenzado en el año 536. Ese año, Procopio, testigo visual, [44] señaló que el sol brilló sin fuerza, como velado, durante todo el año. Un año sin verano y con nevadas en agosto, que inició un endiablado ciclo de enfriamiento del clima, malas cosechas, hambrunas y epidemias que fue apocalípticamente coronado en el 541 cuando apareció el azote de la gran peste de Justiniano, la peste bubónica, que se llevó por delante a un cuarto de la población del mundo antiguo. Es lo que los climatólogos llaman «el gran velo de polvo», fenómeno que provocó un «invierno volcánico», que, durante dos o tres años, disminuyó de forma significativa las temperaturas en todo el planeta.

No se recuperaron del todo. La bajada de temperaturas y la caída de la pluviosidad afectaron de un modo tremendo a un mundo que, basado en la agricultura, se vio golpeado con fuerza por el cambio climático. La temperatura del planeta descendió a lo largo del siglo VII entre dos y tres grados de promedio y el pico del enfriamiento llegó, precisamente, en la segunda mitad del siglo VII y trajo consigo, de nuevo, a la peste.

Las fuentes orientales, más prolíficas, señalan heladas terribles: el Éufrates congelado, el Bósforo congelado, gigantescas inundaciones, la pérdida de los olivares o de los

viñedos en Siria o Mesopotamia a causa de que se helaban las raíces de los árboles, hambre, epidemias. [45]

Lo mismo ocurrió en Hispania. La *Crónica mozárabe* del 754 resume el reinado de Ervigio de la siguiente manera: «Gobierna siete años, asolando a España un hambre terrible». [46] Mientras que de los quince años de reinado de su sucesor, Égica (687-702), la misma crónica nos dice: «En su época, se extendió sin piedad una peste inguinal». [47] Es decir, la peste bubónica. De hecho, en el 701, ante un nuevo y virulento rebrote de la peste, Égica y su hijo, Witiza, se verían obligados a dejar precipitadamente la capital del reino, Toletum y a peregrinar con su corte por los caminos de Hispania, para tratar de escapar del azote de la maligna epidemia. [48] En fin, una fuente árabe del siglo XI, el *Ajbar machmúa* , uno de los textos musulmanes sobre la conquista islámica más fiables, afirma que, en los años previos al desembarco de Táriq ibn Ziyad, la mitad de la población de Hispania había perecido por causa de la peste. [49]

De hecho, creo que eso, la pérdida de cosechas debido al enfriamiento del clima, fue lo que obligó a Ervigio a condonar los impuestos debidos por sus súbditos al erario público desde hacía años. [50] No se trataba pues solo de mostrarse magnánimo y de quitarse así la estampa de rey ilegítimo que portaba desde su irregular ascensión al trono en el 680, sino que simplemente, los campesinos y sus señores no podían pagar porque sus cosechas se arruinaban año tras año.

En el XII Concilio de Toledo, en enero del 681, Ervigio se hallaba francamente desesperado por consolidarse en el trono. Así que comenzó por ir granjeándose el beneplácito de la nobleza laica y eclesiástica del reino atenuando el rigor de la ley militar de Wamba y restaurando los derechos, privilegios, cargos y propiedades de los que habían sido castigados por mor de dicha ley. A cambio, Ervigio presentó ante la asamblea conciliar los documentos que Wamba, paralizado, desorientado,

desmemoriado y atenazado por una debilidad muscular extrema por haber bebido diluida en su bebida una pócima de esparto, supuestamente había firmado a su favor y solicitó que el concilio eximiera a los «pueblos de España» del juramento de fidelidad que habían pronunciado a favor de Wamba cuando este fue elegido rey. [51] Esto eliminaría cualquier motivo de controversia entre el antiguo y el nuevo juramento y, con ello, cualquier apoyo legal que los renuentes a aceptar el nuevo régimen pudieran esgrimir. El concilio confirmó asimismo que la penitencia y la tonsura del depuesto rey Wamba no eran revocables y, por ende, que no había opción alguna para una posible restauración del viejo y ahora monacal Wamba.

Ervigio reconoció también de forma explícita que los concilios tenían capacidad legislativa, pues lo que de ellos emanara como norma, tendría la misma validez que las leyes elaboradas por el rey. No obstante, logró mantener en manos de la corona la elaboración última en forma de ley de las disposiciones conciliares, pues el rey seguía siendo el único que podía promulgar leyes de general y obligado cumplimiento en todo el reino. Es lo que se denomina *Lex in confirmatione concilii* . [52]

Ahora bien, se evalúe como se evalúe lo antes expuesto, no hay duda de que se trató de un paso más en el progresivo retroceso del poder real frente al poder eclesiástico y nobiliario.

Pero la oposición al régimen de Ervigio no cejaba y fruto de ello fue que el rey se viera obligado a establecer una alianza matrimonial entre su hija, Cixilo y Égica, un sobrino carnal del burlado y depuesto rey Wamba, con la que se buscaba atemperar un tanto la inquina del partido nobiliario que aún pugnaba por sostener los derechos del antiguo soberano. [53] En esa misma línea de congraciarse con la nobleza y el episcopado, se deben también de situar las concesiones hechas a la asamblea conciliar del XIII de Toledo de noviembre del 683. Más aún,

cuando Ervigio rehabilitó a los nobles castigados por Wamba por su participación en la rebelión del duque Paulo del 673, y propuso al concilio que les fueran devueltas sus propiedades, este se opuso a que aquellas fincas que hubieran sido entregadas por Wamba a otros nobles les fueran ahora arrebatadas a estos últimos para volver a dotar a los restablecidos traidores. Así que Ervigio tuvo que echar mano del patrimonio regio para compensar a los rehabilitados. La negativa conciliar, sin duda orquestada por Julián, mostraba que Ervigio, por muy amigo que fuera del obispo de Toledo, estaba en sus manos [54] y en las de la nobleza.

Que la relación entre el rey y la nobleza, tanto laica como eclesiástica, había cambiado significativamente quedó claro cuando Ervigio tuvo que admitir que no fueran los tribunales reales, sino asambleas de nobles, las que juzgaran a los magnates acusados de alta traición. Esto era muy revelador, pues el rey era considerado el juez supremo del reino, pero ese «juez supremo» veía ahora su jurisdicción limitada a la condición o no de gran señor de potenciales o reales traidores. Además, los nobles sospechosos de alta traición no podían ser privados de sus bienes y dignidades, atormentados para que confesasen o recluidos en mazmorras sin antes quedar acreditada su culpabilidad por el antedicho tribunal constituido por sus iguales. [55]

Lo que sorprende sobremanera en la sociedad visigoda de la Hispania del siglo VII, ya lo hemos apuntado otras veces, es la fuerte presencia de la escritura y del derecho. Al contrario que en otras sociedades del occidente, la visigoda se ceñía al código de leyes vigente y escrito, en este caso el Liber Iudiciorum, para resolver la mayoría de sus conflictos. Dicho de otro modo, la ley era por lo general conocida, aplicada y citada. Así se evidencia en no pocas de las famosas «pizarras visigodas» [56] y ello nos da pie para meditar sobre la verdadera importancia y

trascendencia de las cesiones de Ervigio ante los nobles y la Iglesia en cuestiones legislativas y judiciales: no se trataba solo de que el rey otorgara tal o cual privilegio, ni de que limitara su poder en beneficio de la nobleza o los obispos, se trataba de su proyección simbólica y, por ende, de su esencia. Pues el rey, recordémoslo, era el «ungido del señor» y su representante en la tierra. Él, el rey, recibía la ley de Dios y la aplicaba para bien de su pueblo. De modo que las cesiones hechas en los concilios y en el Liber Iudiciorum a la nobleza laica y eclesiástica eran ante todo una devaluación de la figura real y eso dañaba su imagen ante el pueblo y le privaba de buena parte del halo de sacralidad que, esforzadamente y desde Recaredo, los reyes godos se habían afanado en asumir. Ervigio, simplemente, restó brillo y poder al trono y con ello dejó a su sucesor, Égica, un difícil precedente que se trató de corregir a base de nuevas leyes y fuerza. [57]

Esa genuflexa posición ante la nobleza y el episcopado mantenida por Ervigio se advierte también en la revisión y ampliación del Liber Iudiciorum, claramente favorable a los *domini regni* , laicos y eclesiásticos, del reino a la par que empeoraba la situación legal de los siervos y de los simples hombres libres. [58]

Quizá acosado por las pérdidas que el erario público acusaba debido a las condonaciones de impuestos, las malas cosechas y las devoluciones patrimoniales efectuadas a la nobleza rehabilitada, Ervigio, instigado por el obispo Julián, de origen judío y cuyos padres se habían convertido al cristianismo poco antes de que él naciera, promulgó una despiadada serie de leyes que obligaban a los judíos del reino al bautismo forzoso y que les embargaban sus bienes para beneficio del tesoro real. [59]

Como se habrá podido advertir, el debilitamiento de la autoridad real y, por tanto, de la administración central, fue mayúsculo y además se dio en un contexto de

empobrecimiento general y de aguda conflictividad social y política. Todo esto contrasta poderosamente con el reinado previo, el de Wamba. Pues, durante los años del viejo soberano, el reino no solo había sido capaz de desplegar con terrible efectividad un apabullante poder militar, sino que acciones como la restauración de la capital regia, Toletum, muestran que las arcas del tesoro estaban llenas y que la prosperidad no estaba en cuestión. Es obvio que en un mundo con estructuras económicas tan frágiles, bastaba un ciclo de dos o tres años de malas cosechas para poner cualquier prosperidad en peligro, pero junto con el empeoramiento del clima y la consiguiente depauperación económica, se advierte el efecto nada desdeñable de la incapacidad de Ervigio para gobernar y para imponerse a las fuerzas disgregadoras del estado.

Ervigio enfermó al cabo en noviembre del 687 y entonces bebió el último y amargo trago que el destino le había preparado con el jugo de los frutos de su desmedida ambición y de su retorcida traición a Wamba: en el lecho de muerte, el sobrino del traicionado Wamba, Égica, yerno de Ervigio, le arrancó su reconocimiento como nuevo rey postergando a los hijos varones del moribundo.

Ervigio había sido un mal rey en malos tiempos. [60] Égica quizá merezca otro juicio. Son muchos los historiadores, incluidos los contemporáneos como el cronista de la *Mozárabe* del 754, que le son generalmente adversos y lo cierto es que, en mi opinión y a tenor de lo que en realidad recogen las fuentes, hay que esforzarse mucho, desde un punto de vista historiográfico, para darle la vuelta a su reinado y presentarlo de una forma positiva. [61]

No se trata solo de que Égica reinara mal o bien, cuestión difícil de establecer a partir del análisis de sus leyes, unas 15, [62] y quizá tampoco sea solo cuestión de sopesar los resultados de su gobierno, sino de que Égica no era un monarca excepcional

y en tiempos tan duros como aquellos en los que le tocó reinar, no ser excepcional era casi una condena al fracaso.

Y fracasó. La peste se cebó en el reino y, a tenor de lo que sabemos que estaba pasando en otras partes del Mediterráneo, el clima continuó siendo desastroso. A todo esto, se sumó la fuerte lucha interna desencadenada entre la facción ervigiana y la de Égica y que, en no poca medida, paralizó y desvió una parte considerable de las fuerzas del reino durante años. Égica, al contrario que Ervigio, no fue un rey fácil de manejar para la nobleza, pero tampoco fue capaz de imponerse del todo a la facción de su antecesor.

No bien llegó al trono trató de desligarse de su suegro, quien, temiendo la reacción de Égica cuando llegara al trono, le había obligado a prestarle dos juramentos: el primero le obligaba a no actuar contra los hijos de Ervigio y de apoyarlos en cualquier litigio en el que se vieran implicados y el segundo le obligaba a velar por el bienestar general por encima del suyo propio.

Égica, a los cuatro meses y medio de subir al trono, convocó el XV Concilio de Toledo en mayo del 688 y presentó a la asamblea su *tomus* , esto es, los temas que debían de examinarse y, claro está, entre ellos estaba la petición de Égica de que se le eximiera de los juramentos prestados a Ervigio. Dicho en román paladino: Égica buscaba la revancha y, sobre todo, la libertad de reinar sin «hipotecas».

No la encontró. Julián, el archipoderoso obispo de Toledo, fue más listo que él. Sin negarse en redondo a las peticiones del rey, el concilio, dirigido por Julián, enredó de tal manera la cuestión de los juramentos que Égica se vio obligado a mantener en esencia lo comprometido con Ervigio y, aunque se le daba la razón en cuanto que el bien general debía de prevalecer sobre los intereses de los hijos y esposa de Ervigio, no

se le eximía de su obligación de protegerlos y de no perjudicarlos.

Además, Julián de Toledo logró que se le confirmase en su polémica teológica sobre las voluntades de Cristo, humana y divina, sostenida desde hacía años con el papa Benedicto y en la que incluso había terminado siendo implicado el emperador Justiniano II (685-695 y 705-711). El triunfo de Julián fue completo: desarticuló el intento de Égica de liberarse de sus obligaciones hacia el antiguo régimen y puso a toda la iglesia del reino tras él en su polémica con el papa, logrando así ser reconocido como cabeza y primado de la Iglesia hispana.

Como Julián se alzaba en este concilio con un prestigio y poder sin parangón con el de ningún otro obispo toledano antes y después de él y puesto que protegía los intereses de la familia y facción de su difunto amigo y rey, Ervigio, Égica se topaba con un poderoso contrapoder que le impedía actuar con libertad. [63]

Un rey burlado suele tener muy mal humor. Égica se empecinó en desligarse del anterior régimen y esta vez su ataque fue directo: se separó de la hija de Ervigio, su esposa Cixilo. En algún momento entre el año 688 y el 693, es probable que en el 691, la «alejó» del trono, si bien y para entonces y en una fecha situada entre el 685 y el 687, Cixilo ya le había dado un hijo, [64] Witiza, por cuyas venas corría sangre de los dos linajes enfrentados desde el 680: el ervigiano y el de Égica y Wamba.

La *Crónica de Alfonso III* atribuye este hecho a la influencia de Wamba que, desde su monasterio, parece haber ejercido bastante influencia sobre su sobrino Égica. [65] Era este un hombre con experiencia. Y lo más seguro es que esa experiencia se remontara al reinado de su tío Wamba, pero en cualquier caso durante el reinado de su suegro y ya en las actas del XIII Concilio de Toledo del 683 aparece como *comes scanciarum et*

dux y, por ende, para esa fecha era una de las figuras más notables del *officium palatinum* . [66] Pero esa experiencia no le había otorgado prudencia ni habilidad política. Su nuevo proceder contra los partidarios de Ervigio no solo no cosechó los frutos esperados, otorgar al rey libertad absoluta en su gobierno, sino que limitó su capacidad para promover a los puestos vitales a hombres de su confianza. Y es que uno de esos puestos, el de obispo de Toledo, ya sin ambages el primado de Hispania, quedó en manos no del hombre que quería el rey, sino del hombre que había designado el siempre triunfante y maquiavélico Julián. En efecto, a la muerte de Julián de Toledo (690) fue Sisberto, el favorito del difunto, quien se sentó en la silla episcopal de Toletum y, desde ella, siguió en buena medida la política de su antecesor.

Pero Égica era terco. Así que perseveró en una política de enfrentamiento con el partido opositor y esta vez apuntó en dirección a la reina viuda, Liuvigoto o Liuvigotona. Puesto que en Toletum, en la sede regia, la oposición del nuevo primado, Sisberto, y de buena parte del *officium palatinum* no le inspiraba confianza, Égica optó por convocar en Caesaraugusta el concilio, el III de Zaragoza, con el propósito de internar en un monasterio a la viuda de su predecesor, Liuvigoto. [67]

Esta había visto como en los cánones IV y V del XIII Concilio de Toledo del 683 su esposo, Ervigio, blindaba su posición al establecer una explícita protección para ella y al prohibir que, a su muerte, fuera obligada a tomar los hábitos o a volver a casarse, prohibiciones que se hicieron extensivas a las futuras reinas. [68] Dicho de otro modo: con los cánones IV y V Ervigio aseguraba para su esposa una posición en la corte en la que lideraría un partido, el de los ervigianos, con el que debía de generar un contrapeso frente a quien se configuraba ya como su sucesor a la par que su rival, Égica. Y es que una Liuvigoto que no estuviera mediatizada por un nuevo esposo, ni anulada

bajo un hábito monástico, era un factor de inestabilidad en la corte de Égica y máxime cuando este último ya se había librado de su esposa, Cixilo, hija de Luvigoto, y por tanto eran crudas y abiertas las hostilidades entre ambos linajes. Égica logró que en el cínico canon V del III Concilio de Zaragoza se decretara que las reinas viudas, léase Liuvigoto, fueran internadas en un monasterio «por su bien». [69]

Sin embargo y pese al canon V, parece que Égica contaba con una fuerte oposición en el seno de la Iglesia capitaneada por el obispo de Toledo, Sisberto, y que internar en un monasterio a Liuvigoto no iba a ser empresa fácil y eso pese a que Égica trató de domeñar a los obispos señalando sus prácticas inmorales, ilegales incluso, de enriquecimiento que llegaban incluso a volver a convertir en esclavos a quienes sus antecesores habían liberado de tal servidumbre. Sin duda, estas acusaciones del rey contra el episcopado no dejaban de ser un intento por quebrar la resistencia a sus deseos de abatir la posición de la reina viuda.

Así que, pese a todo, el partido ervigiano, dirigido por Liuvigoto, no se descompuso en el III Concilio de Zaragoza, sino que más bien resistió y contraatacó. Aunque la cuestión es embrollada y Liuvigoto y sus partidarios se cuidaron mucho de no aparecer implicados de forma explícita, todo apunta a que la conjura que situó en el trono de Toletum al usurpador Suniefredo a finales del verano del 692 contó con el apoyo ervigiano. Égica se hallaba a la sazón fuera de la capital y su ausencia fue aprovechada por el tal Suniefredo para alzarse y, con el apoyo del primado de Toletum, Sisberto, hacerse con el control del trono. Sisberto lo ungió rey y con ello se daba por supuesta la deposición de Égica. El nuevo rey llegó a acuñar moneda y parece que mantuvo el control sobre la sede regia hasta marzo del 693.

Pero Égica no perdió la calma. Reunió partidarios y tropas y marchó contra Toletum. Los hombres del usurpador se

desbandaron tras los primeros encuentros y, sin mucha oposición, Égica entró triunfante en Toletum y apresó a los traidores. El golpe había fracasado.

Tras aplastar la rebelión, la ira del rey cayó fundamentalmente sobre los miembros del partido ervigiano y ello señala con rotundidad que Luivigoto y sus fieles habían participado en él. El golpe del 692-693 había mostrado la fuerza de la oposición y, sobre todo, cuán peligrosa era para el rey. Égica respondió con brutalidad y así lo recoge la *Crónica mozárabe* del 754: «Persigue a los godos con crueldad». [70]

El alcance de la represión aplicada por Égica y, con ella, de la fuerza que había tenido del partido opositor al rey, se manifiesta en las firmas de los miembros del *officium palatinum* en el XVI Concilio de Toledo del 693 en el que solo 4 de los firmantes habían estado presentes en el XV Concilio y solo 2 formaban parte del Aula regia desde tiempos de Ervigio. El resto, los otros 10, eran «hombres nuevos» nombrados por Égica. [71]

El XVI Concilio proclamó el triunfo de Égica: Sisberto, el obispo de Toledo que Julián le había impuesto, fue oficialmente excomulgado y privado de todos sus bienes, amén de tener que confesar ante la asamblea y para mayor escarnio, su crimen de lesa majestad. Su silla episcopal fue ocupada por Félix, obispo de Híspalis, un hombre fiel al rey y su vacante sede hispalense y la de Bracara Augusta fueron, asimismo, otorgadas a obispos partidarios de Égica, y, al contrario de lo sucedido en los concilios XV de Toledo y III de Zaragoza, todas las peticiones del rey fueron aprobadas sin oposición.

Égica impuso en el canon X que los conjurados y rebeldes a su autoridad fueran excomulgados, privados de sus dignidades y puestos en el *officium palatinum* y que se les incautaran sus bienes, amén de que fueran vendidos como siervos. [72] Todo un despliegue de dureza y autoridad que contrasta no solo con los

primeros seis años de Égica, sino, ante todo, con la débil posición de su antecesor, Ervigio.

Que Égica no solo se estaba empleando a fondo con la represión del partido opositor ervigiano sino que de paso trataba de restaurar la posición dominante de la corona frente a la nobleza laica y eclesiástica, lo evidencia la ley II.5, 19 promulgada por él y en la que quedaban prohibidos todos los juramentos que no fueran hechos al rey. Es decir, se dejaban sin fuerza, o más bien, se trataba de dejar sin fuerza, los juramentos de fidelidad y apoyo que se prestaban entre sí los miembros de la nobleza y que eran la base de la creación de partidos y el foco de toda conjura o rebelión contra la autoridad real. Estos juramentos eran la base de una sociedad que caminaba resueltamente hacia algo que, discusiones estériles y eruditas aparte, podemos denominar ya como protofeudal.

Además, y para complementar lo anterior, se exigía a los miembros del Aula regia que llevaran a cabo ante el rey un juramento particular y expreso para asegurar su fidelidad y quedar así doble y particularmente comprometidos en caso de rebelión o conjura.

Las disposiciones de Égica se enfrentaban a una realidad social cada vez más omnipresente: el *patrocinium* que estaba convirtiéndose de hecho en el eje organizador de las relaciones de poder y riqueza en el reino visigodo.

En fin, se impuso que se aprobara que los bienes de la familia del rey, de sus hijos, serían por completo y para siempre, preservados, y que no podrían ser confiscados bajo ningún pretexto por futuros reyes. [73]

Égica tuvo que hacer un amplio uso de las penas consignadas en el canon X del XVI Concilio y en las leyes II.1, 7 y II.5, 19. Estas leyes, por otra parte, no le bastaron, pues el rey echó mano de la extorsión y la violencia para aplastar a los nobles

que, real o imaginariamente, se le oponían. Lo creo así porque cuando Witiza, su hijo, llegó al poder a finales del 702, el rencor hacia el trono era tan fuerte que el nuevo soberano, que al fin y al cabo también era miembro de la aplastada y reprimida facción ervigiana, se apresuró a reponer en sus dignidades a los nobles y les devolvió sus propiedades que, claro está, habían pasado al fisco. [74]

Así que Égica se esforzó en reparar lo hecho por Ervigio y consolidar de nuevo el poder real, pero no fue capaz de enderezar la situación del reino, pues no se trataba solo del peligroso y habitual juego político que en el reino visigodo se planteaba desde hacía mucho entre el trono y la nobleza, sino que también tenía que enfrentar los efectos devastadores de gravísimos desastres: en el 691 se perdió casi por completo la cosecha y toda Hispania sufrió una durísima hambruna, la cual, con toda seguridad, dispuso muchos ánimos a apoyar la usurpación de Suniefredo al año siguiente; y, lo que es más, en el 693 la peste arrasaba el reino sumándose al hambre y, por si faltaba algo, por tres veces, 689, 692 y 694, los francos, sin que tengamos los detalles, atacaron Septimania y la devastaron a placer sin que el ejército godo pudiera impedirlo y dejando tras de sí tal destrucción que obligó al rey a exonerar a las juderías de la Narbonense de las crueles medidas que había impuesto a las del resto del reino, pues tantos habitantes de la región habían muerto o habían sido apresados por los francos que no era aconsejable privar de más gente a la provincia. [75]

También la flota bizantina lanzó un ataque contra las costas levantinas de la Hispania visigoda en el 697/698, casi seguro que en septiembre u octubre del 697. Este ataque, que rechazó el conde Teodomiro, el futuro señor de la guerra que, a fuerza de espada y diplomacia lograría sobrevivir a la invasión islámica y tallarse un señorío semiindependiente en el Levante español, con toda seguridad solo puede relacionarse con una de las

escuadras que habían participado en la reconquista de Cartago en ese mismo año 697/698 y puesto que la noticia es dada por la contemporánea y muy confiable *Crónica mozárabe* del 754 [76] solo cabe admitirla y preguntarse por qué. Bien, puede que no se tratara más que de recordar, tras el impresionante despliegue de poder realizado, que el Imperio seguía siendo la gran potencia dominante en el Mediterráneo o puede que fuera una respuesta a algún intento visigodo por apoderarse del enclave bizantino de Mesopotaminoi o, simplemente que, preparándose a invernar en una Bizakia devastada por la guerra, la flota bizantina buscara una forma fácil de hacerse con grano y víveres recurriendo a la piratería.

En este clima de creciente incertidumbre, se enmarcan por un lado las exenciones de impuestos acometidas por el rey y, por otro, la política antijudía de Égica. De hecho, dicha política parece la única continuidad existente con el anterior reinado. Égica fue aún más duro que sus predecesores y exigió a los judíos el bautismo so pena, si se negaban a ello, de ser privados de sus bienes, dispersados y entregados como esclavos a señores cristianos. [77] Solo, como ya he dicho, se libraron de esta «solución final», así ha sido llamada por algunos historiadores, los judíos de la Septimania y de los Pirineos.

Se ha señalado una y otra vez que esta saña contra los judíos tenía bases escatológicas, se aproximaba el fin del mundo y la consumación de los tiempos y por ello había que preparar al reino logrando al fin la limpieza y unidad de almas necesarias para afrontarlo, y también se ha apuntado que la legislación antijudía de Ervigio y Égica se apoyaba en la necesidad de combatir y prevenir la complicidad de las juderías africanas con la expansión islámica. Se aduce para ello lo expuesto por el rey en el XVII Concilio de Toledo del 694 en donde se acusaba a las juderías del reino visigodo de connivencia en una supuesta conjura con judíos del extranjero para preparar la caída del

reino y del cristianismo: Porque es cosa cierta y sabida en casi todo el orbe de la tierra se ha divulgado la buena fama de que las tierras de España florecieron siempre por la plenitud de la fe, por eso, fortísimas razones obligan a nuestra gloria a oponernos a los judíos con todas nuestras fuerzas, porque se afirma que en algunas partes del Mundo, algunos se han alzado contra sus príncipes cristianos y que muchos de ellos fueron muertos por los reyes cristianos, por justo juicio de Dios y sobre todo porque poco ha por confesiones inequívocas y sin género alguno de duda, hemos sabido que estos han aconsejado a los otros judíos de las regiones ultramarinas para todos de común acuerdo combatir al pueblo cristiano, deseando la hora de la perdición de este, para arruinar la misma fe cristiana. [78]

¿A qué se refería el rey? Los únicos hechos que podían relacionarse con luchas entre judíos y cristianos se remontaban a la gran guerra romano-persa que tuvo lugar entre el 603 y el 628 y a los días de la toma de Jerusalén por los persas con auxilio judío en el 614, a los combates de Tiro por esos mismos años, a las guarniciones judías instaladas en ciudades como Edesa y, sobre todo, a la confusión que en los primeros años de la conquista árabe de Siria-Palestina existió en realidad entre judaísmo y protoislam y que ha dejado prueba de ello en textos tan fascinantes como *La didascalia de Jacob* escrita en el verano del 634, la *Historia de Heraclio* del obispo Sebeos y en multitud de textos apocalípticos hebreos del siglo VII. [79] Pero Égica parece estar haciendo referencia a hechos más cercanos en tiempo y espacio y si se trata de algo cierto, aunque sea en una mínima parte, quizá pueda relacionarse con la existencia de supuestas, y digo supuestas, tribus moras de religión judía. Es un viejo debate y no está resuelto del todo, aunque los testimonios en que se basa la existencia de esas tribus son muy tardíos y no del todo seguros. En cualquier caso y aunque esas tribus hubieran existido de verdad no creo ni que fueran

poderosas, ni que fueran numerosas. [80] Así que soy más proclive a creer que Égica, simplemente, necesitaba una excusa y que la encontró en las similitudes que podían hallarse entre musulmanes y judíos a ojos de gentes que no conocían en detalle a un islam que, por otra parte, aún se estaba conformando. Esas similitudes aún intrigaban e inquietaban a rabinos y sabios judíos de Cartago y Palestina en el 634 y a obispos y cronistas armenios contemporáneos de Égica y, por ello, me parece muy plausible pensar que a Égica y a sus consejeros les ocurriera otro tanto y visionaran realmente a los judíos como una posible «quinta columna» de unos conquistadores que ya estaban casi a las puertas del reino. De hecho, recuérdese, la legislación antijudía en la Hispania visigoda se había iniciado con Sisebuto (612-621) y yo no descartaría, pese a que una y otra vez se niega, que el aspecto económico, la necesidad de reparar un fisco cada vez más agobiado por los desastres de las hambrunas, la peste y la guerra, tuviera algo que ver. [81]

En el año 700 la peste y el hambre reaparecieron con fuerza y puede que ese año también se verificara un intento de usurpación, aunque todo es confuso y oscuro y puede que se trate de una confusión con el intento de Suniefredo del 692-693.

En el 701 Égica y su hijo se echaron, literalmente, a los caminos para huir de un nuevo brote de la peste. En el 702 se emitió la última ley que conocemos del reino visigodo. [82] Una ley que hablaba de esclavos fugitivos y de gentes que, teniendo una relación de *patrocinium* con sus señores, los abandonaban en busca de una vida mejor. Esta situación, tan parecida a la que se dio en Europa en el siglo XIV a causa de la gran peste, apunta en mi opinión no solo a un repunte de la conflictividad social o a un rechazo de las duras condiciones de servidumbre, que también, sino ante todo a que la mano de obra comenzaba

a escasear y que la «competencia» entre señores que ofrecían mejores condiciones a los fugados y refugio en sus tierras, provocaba fricciones entre las élites que el rey trató de zanjar con esta dura ley. [83]

A finales del 702 murió Égica. Había asociado a su hijo Witiza al trono hacía años, en el 694 y ello es probable que supusiera una cierta reconciliación con Cixilo, Luivigoto y el partido de Ervigio, pues Witiza, recuérdese, era el nieto de Ervigio y Luivigoto y el hijo de la «alejada» Cixilo. Así que el joven consorte no tuvo problemas en consolidarse en el poder y, como hemos visto ya, lo primero que hizo fue curar las viejas heridas abiertas por la política de su padre devolviendo a la nobleza enfrentada al fallecido Égica, sus propiedades y parcelas de poder. Por eso, cuando algunos tratan de presentar el reinado de Égica como una época de revitalización del reino, se encuentran ante la torva realidad: su fracaso se manifiesta en las inmediatas concesiones de su hijo y sucesor, Witiza. Este no solo restableció a los nobles caídos en desgracia durante el reinado anterior, sino que les concedió exenciones fiscales y los compensó por los daños que su padre pudiera haber causado a sus patrimonios. Más aún, en un acto muy teatral y calculado, quemó ante testigos todos los documentos que su padre había recabado de la nobleza a base de amenazas y presiones para que le cedieran tierras y bienes. [84]

Esa «generosidad» de Witiza, recogida en la *Crónica mozárabe* del 754 era, ante todo, debilidad. Witiza no era más que un joven vanidoso y desbordado. Es posible que no tuviera ni diez años cuando en el 694 fue asociado al trono por su padre y de hecho es muy probable que en el año 700, cuando de verdad fue ungido, su edad fuera de catorce o a lo sumo quince años. Así que no tenía más de diecisiete cuando se quedó solo en el trono. Un niño al frente de un reino. ¿Qué podía ir mal?

Todo. La nobleza se mostró entusiasta del nuevo rey, desde luego, pero el poder real y la hacienda del reino menguaron de forma significativa y como prueba de ello la moneda acuñada durante el reinado de Witiza (702-709/710) muestra una calamitosa caída de la ley y del peso lo que es el mejor testimonio posible de la situación crítica de las finanzas del reino. [85] Algunos autores han tratado de quitarle peso a esta prueba aduciendo que no eran ya los impuestos, sino las concesiones de tierras las que determinaban el poderío de un estado y de su gobierno. Lo cierto es que ni aun así se endereza la cosa, pues Witiza hizo devoluciones masivas de patrimonio fundiario a la nobleza y, además, se adopte la perspectiva historiográfica que se quiera, por innovadora y original que esta sea, se tiene que admitir que un rey y un reino con un tesoro vacío no son un rey ni un reino en su mejor momento. [86]



Figura 72: Triente de oro acuñado en Emerita Augusta en torno a los años 695-702. Nos hallamos ante una de las escasas y raras monedas en las que aparecen representados y homenajeados dos personajes a un tiempo, en este caso los reyes Égica y Witiza, cuyos bustos aparecen afrontados y tocados con coronas radiadas, de las que cuelgan sendas ínfulas al estilo de la numismática romana. La presencia de ambos personajes, padre e hijo, tiene su razón de ser en la asociación al trono que Égica

hizo a Witiza, a fin de prolongar la continuidad dinástica, y evidencia la sempiterna tensión entre la herencia y la elección como sistemas de sucesión en el reino visigodo.

Witiza tuvo que convocar un concilio, el XVIII. Pero no se han conservado las actas. Quizá porque, como afirma la *Crónica de Alfonso III* , Witiza había permitido el matrimonio de los sacerdotes tal como se había aprobado en Oriente en el famoso Concilio Quinisexto del 692 celebrado en Constantinopla y puede que sea esa la razón de que la Iglesia hispana se «esforzara» en que no se conservasen las actas del XVIII Concilio que, probablemente, tuvo que tener lugar bien en el 703 o bien poco después. [87] Sin duda, hubo oposición y división eclesiástica y puede que ello explique el desconcierto de la Iglesia ante los acontecimientos del 711-712 y hechos tan llamativos, aunque en modo alguno extraños, como la precipitada huida a Roma del obispo primado de Toledo.

No se conserva tampoco ninguna ley emitida por Witiza, ni noticia de hecho destacable alguno, más allá de las acusaciones contra Witiza de que mantenía varias mujeres viviendo junto a él en el palacio o que vivía de forma «insolente» y disoluta. [88] Los apuntes de la *Crónica mozárabe* parecen aludir a una cierta mejoría de la situación general de Hispania. Puede que el azote de la peste remitiera o que se sucedieran unos años de buenas cosechas que pusieran fin al terrible ciclo agrícola iniciado en tiempos de Ervigio y agudizado desde el 701, o puede, simplemente, que la nueva política de acuerdo y beneplácito con la nobleza laica y eclesiástica puesta en marcha por el joven rey fuera del agrado del cronista que anotó en su crónica: «Transcurrida esta era, y por haber fallecido ya su padre de muerte natural, conserva el poder Witiza con gran esplendor durante los años indicados, y toda España da muestras de extraordinaria alegría y se regocija». [89]

Pero el reino no debía de estar muy tranquilo, [90] pues la durísima lucha por el poder que se desencadenó a su muerte solo puede explicarse como el resultado de la formación de poderosos bandos en derredor del joven y débil rey que esperaban el momento para tomar el trono.

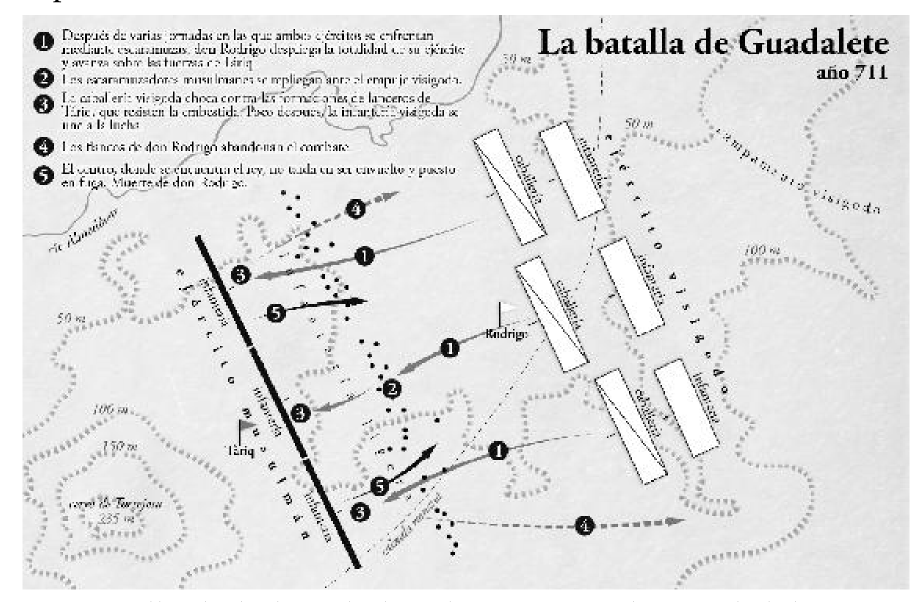
Witiza murió a finales del 709 o a inicios del 710, cuando no tendría más de veinticuatro años y dejando tras de él unos hijos pequeños, de no más de diez años, y unos hermanos, que a su vez rondarían los veinte años, y que aunque ambiciosos, se mostraron incapaces de mantener el trono en manos de su familia, pues no pudieron esgrimir más derecho ni más fuerza que la de ser hermanos e hijos de rey.

SPANIE RUINAS , LA BATALLA DE GUADALETE Y EL FIN DEL REINO

Spanie ruinas , esto es, «la ruina de España», escribe el contemporáneo escritor de la *Crónica mozárabe* del 754 tras haber narrado la invasión islámica, la batalla de los montes Transductinos o de Guadalete y la conquista del reino por Táriq ibn Ziyad y Musa ibn Nusair.

Un documento histórico es mucho más que la residencia de un cúmulo de datos. Un texto también recoge los sentimientos de quien escribe. El cronista de la *Mozárabe* del 754 es un hombre herido, siempre consciente de lo que ha perdido y sobrepasado por esa pérdida. Es un hombre que se ha adaptado sin problemas a su nueva realidad y la vive plenamente, pero la nostalgia por lo que se perdió en el campo de batalla es persistente, aguda y, lo reconozco, emocionante en el pleno y eterno sentido de esta palabra: «¡¿Quién podrá, pues, enumerar tan grandes peligros?! ¡¿Quién podrá enumerar desastres tan lamentables?! Pues, aunque todos sus miembros se convirtiesen en lengua, no podría de ninguna manera la naturaleza humana

referir la ruina de España, ni tan grandes males como esta soportó». [91]



Más allá de la hipérbole y la retórica subyace el dolor. Para alguien que se sienta en su silla de despacho o en el sillón de su salón y lee este texto, puede que ese dolor se reduzca al análisis textual. Pero si recuerda que el escritor en cuestión fue testigo de la caída de su mundo y de las guerras, hambrunas, matanzas y zozobras que la acompañaron, y que esos desastres fueron reales y experimentados por seres humanos como él, quizá pueda empatizar lo suficiente con el cronista como para entender la desorientación y la amargura que para muchos tuvo que suponer la caída del reino visigodo.

El cronista, mostrando su erudición y su necesidad de ejemplos con los que reflejar la dimensión de las penurias experimentadas por su generación, a continuación del texto citado recurre a la caída de Troya, de Jerusalén, de Babilonia y de Roma para que sus futuros lectores puedan comprender que: «Todo esto y más lo sintió España tanto en su honra, como también en su deshonra, pues antes era atrayente, y ahora está hecha una desdicha».

Cuando en el siglo IX las gentes del acosado reino de Asturias, o de la castigada Septimania, o de los amenazados condados de la Marca Hispánica, leían textos como este, sentían a su través la nostalgia por algo que, sin ser ya suyo, les parecía propio. Esa y no otra es la semilla de lo que se ha dado en llamar neogoticismo porque, recuérdese, todo acto de exaltación y propaganda necesita de un sentimiento y ese sentimiento se gestó en la experiencia real, traumática y personal de hombres como el cronista de la *Mozárabe* del 754 que contemplaron la conquista y transformación de su patria.

Pero ¿cómo se perdió un reino tan poderoso en tan poco tiempo? Como es inevitable, en su momento se acudió al castigo divino como explicación, el reino había caído en la inmundicia del pecado y había recibido el justo escarmiento en forma de invasores despiadados: «Y puesto que reyes y sacerdotes pecaron contra el Señor, así perecieron todos los ejércitos de España». [92]

Pero lo cierto es que la caída del reino visigodo no tuvo nada de extraordinaria, ni de singular, si la colocamos en su contexto: la gran expansión árabe de los siglos VII y VIII. Si es observada desde esa amplia perspectiva, no fue sino un acontecimiento más en una cadena de grandes conquistas que, además y en no pocos casos, tuvieron un mismo patrón: divisiones políticas internas, ejércitos poderosos dispuestos a rechazar a los invasores pero debilitados en su cúspide por las divisiones en el alto mando, ofrecimiento al invasor de una batalla decisiva y, tras ser barridas sus fuerzas en ella, una repentina y rápida caída no exenta de una resistencia feroz pero, al cabo, inútil. Como veremos, la conquista del reino visigodo por los ejércitos islámicos siguió la pauta que acabamos de esbozar y que en esencia es similar a la que se desarrolló en Siria-Palestina entre el 636 y el 638, en Egipto entre el 639 y el 642 o en Persia entre el 636 y el 642.

Cuando Witiza murió, en diciembre del 709 o enero del 710, su reino ya había sufrido el ataque de una algarada enemiga. En efecto, en septiembre u octubre del 709, el *comes* Julián, el aislado y olvidado señor de lo que restaba del *thema* septemsiano acababa de pactar con los nuevos señores de África, los musulmanes, y lanzado una razia contra las tierras visigodas que se extendían más allá de Mesopotaminoi. [93] En los años precedentes, 707-709, Musa ibn Nusair, el nuevo valí de Ifriqiya había aplastado lo que quedaba de la resistencia africanorromana y bereber tomando multitud de ciudades y fortalezas en Bizakia, Numidia y las Mauritanias. Las operaciones bélicas fueron tan duras y continuadas que el contemporáneo cronista hispano de la *Mozárabe* del 754 las consignó. [94]

En el curso de esas expediciones de saqueo y conquista, Julián, el «patricio de los romanos», que así es llamado en la obra de Ibn al-Athir, [95] mientras que al-Baladhurî le da el significativo título de *Vali Majâz al-Andalus* , [96] literalmente, «comandante del estrecho de España», lo que cuadra a la perfección con su rango de conde o navarjos de la escuadra del *thema* septemsiano, combatió también a los invasores. Debía de ser un hombre desesperado. En algún momento posterior a la definitiva caída de Cartago en agosto/septiembre del 698, Julián debió de comprender que el Imperio no le enviaría ayuda, bien porque él fuera un hombre leal al depuesto Leoncio (695-698), bien, lo que creo más probable, porque fuera un hombre de Apsimar (698-705). Pero, en cualquier caso, su posición política tras la aventurada restauración en el trono constantinopolitano del «emperador de la nariz cortada», Justiniano II (685-695 y 705-711) debía de ser angustiosa y poco envidiable. Justiniano II era la genialidad y la crueldad encarnadas y ambas cualidades juntas no suelen ser agüero de nada bueno. Y es que este emperador destacó por su ansia

insaciable de venganza y un Julián que debiera su puesto a Leoncio o a Apsimar solo podía esperar a partir del 705 una cosa de Constantinopla: la muerte.

Así que no sería nada extraño que, ante el avance de Musa ibn Nusair hacia la Mauritania Tingitana en el 707-709 Julián buscara desesperado la protección del reino visigodo. [97] Pero el caso es que el reino visigodo, a la sazón gobernado por el sensual y joven Witiza, no estaba para proteger mucho a nadie y cuando Julián vio como era ocupada Tingis (Tánger) en la primavera del 709, lo comprendió perfectamente. A partir de ahí no debió de tardar mucho en llegar a la conclusión de que le vendría bien un cambio de bando. ¿Y qué mejor manera de iniciar una alianza que dando muestras de furor contra el antiguo aliado? Fue así como en el otoño del 709 los 4 *dromones* de la flotilla destacada en Septem desembarcaron tropas septemsianas y moras para correr los campos de más allá de los montes Transductinos.

Fue todo un éxito y mostró al segundo de Musa ibn Nusair, Táriq ibn Ziyad, a la sazón gobernador de las nuevas regiones recién sometidas, o mejor dicho, a medio someter, de al-Magrib, que al otro lado del Estrecho había un reino próspero e incapaz de defenderse con eficacia pues acababa de sumergirse en la anarquía y tras esta solo le esperaba la guerra civil. [98]

En efecto, nada más morir Witiza, quizá incluso antes, Rodrigo, duque de la Bética, había reclamado la corona. La *Crónica mozárabe* no deja lugar a dudas sobre la violencia e ilegalidad de los actos de Rodrigo, pero tampoco deja lugar a dudas sobre su éxito: «Rodrigo, más por astucia que por valor, toma el reino de los godos». [99] Ahora bien, triunfar no es sinónimo, necesariamente, ni de inmediatez, ni de universalidad. Rodrigo contaba con el apoyo de la nobleza de la Bética y es probable que de la Lusitania y la Gallaecia, pero en la Tarraconense y la Septimania tenían su propio candidato y

en Toletum tenían sus propias ideas acerca de la sucesión. Así que se inició un amplio periodo, quizá hasta de seis meses, de profunda división y desconcierto trufados de negociaciones y, con toda seguridad, de luchas entre facciones.

Según la *Crónica de Alfonso III* , escrita en torno al año 880, Rodrigo era hijo del conde Teodofredo quien a su vez era hijo del rey Chindasvinto. [100] El dato podría ser plenamente cierto, acomodando el hecho cronológico de que Chindasvinto tendría setenta y nueve años en el 642 y que por tanto y por muy tardío que fuera el nacimiento de Teodofredo, este debía de ser ya un hombre adulto cuando subió al trono Wamba y, en ese caso, Rodrigo debía a su vez de ser un hombre maduro, cuarenta o cincuenta años, en el 710. Según la misma crónica, a Teodofredo le habían sido arrancados los ojos por orden de Égica, quien ya vimos que mantuvo una posición dura frente a buena parte de la nobleza y que no era en especial recatado a la hora de aplicar «métodos coercitivos y extremos» contra sus nobiliarios oponentes. Ahora bien, en las actas del XVI Concilio de Toledo del 693, aparece como firmante el conde Teodofredo [101] y todo apunta a que este personaje solo puede ser el citado padre de Rodrigo. De ser así, y la lógica apunta a ello con fuerza, la caída en desgracia de Teodofredo tuvo que ocurrir entre el 694 y el 702.

Así que es muy probable que Teodofredo y Rodrigo fueran parientes en primer grado de los reyes Chindasvinto y Recesvinto y que, tras prosperar bajo Wamba y Ervigio, y superar las luchas de facciones que se dieron en los primeros seis años del reinado de Égica, terminaran cayendo en desgracia durante la segunda parte del reinado de este último.

La nueva política de Witiza basada en la reconciliación y restauración en sus dignidades y propiedades de los represaliados por su padre debió de permitir a Rodrigo regresar al círculo de poder del reino. Pero su regreso a ese círculo no

parece que estuviera acompañado por la gratitud, sino por el deseo de revancha. Pues, según algunas noticias, además de la ceguera de su padre, Rodrigo pudo tener otra «deuda de sangre» con el linaje de Égica: Fafila, hermano de Rodrigo, habría sido asesinado por un jovencísimo Witiza a causa de una mujer. [102] La noticia esta vez parece poco fiable, pero apunta a la idea y la refuerza, de que ambos linajes, el de Rodrigo y el de Witiza, tenían «material» más que suficiente para una buena disputa.

Y la tuvieron. Witiza parece haber estado emparentado con la mujer de Rodrigo, Egilona, que fue lo más probable hija o sobrina de Égica y, sin duda, este enlace matrimonial, cuya motivación, como en otros muchos casos ya analizados –Gosvinta y Leovigildo o Cixilo y Égica–, era cerrar heridas entre linajes enfrentados o necesitados de apoyarse mutuamente, debió de reforzar mucho la posición de Rodrigo. Al menos lo suficiente como para imponerse a los hermanos de Witiza. La *Crónica mozárabe* nos da el nombre de uno de ellos, Oppas, y sabemos que fue uno de los nobles que se alió con los invasores. [103] De modo que no debía de estar muy conforme con la subida al trono de Rodrigo y por eso creo que el matrimonio de Egilona con Rodrigo no fue fruto del tira y afloja entre las facciones de Rodrigo y los hermanos e hijos de Witiza, sino previo al enfrentamiento y que, por ende, fue pieza fundamental en la estrategia de Rodrigo para debilitar al campo contrario y obligarlo a llegar a un compromiso. ¿Acaso la facción witizana no seguiría estando representada en el trono a través de Egilona? Sabemos que Rodrigo no tuvo hijos con Egilona y puesto que él debía de ser un hombre que sobrepasaba la mediana edad, los hermanos de Witiza podían esperar lo mismo que esperaban muchos cuando, treinta y ocho años atrás se eligió rey a Wamba, que el nuevo reinado fuera corto. Y lo fue, pero de una forma que nadie fue capaz de prever.

Pero si los hermanos de Witiza, pues sus hijos debían de rondar los diez años, se opusieron a Rodrigo, también lo hizo el duque Agila. Este, que pudo ser o bien el duque de la Tarraconense o bien de la Narbonense, se proclamó rey, Agila II (710-713), y como tal comenzó a acuñar moneda en las cecas de Narbona, Caesaraugusta, Tarraco y Gerunda. [104]

Pero no hay dos sin tres. Algunos apuntan a que en esos mismos días llegó a alzarse un tercer candidato al trono en Toletum. Así que, en el verano del 710, en Hispania había dos o tres reyes disputándose el poder supremo y ello sin descartar que existieran otras facciones en pugna de las que las fuentes no nos dejaran noticia alguna. [105]

¿A quién puede extrañarle entonces que las incursiones enemigas se multiplicaran? Lo hicieron de inmediato. [106] Y lo hicieron porque, al igual que había pasado setenta años antes en Egipto o setenta y cuatro años atrás en Persia, no hay nada más tentador para un grupo de saqueadores/conquistadores que un país dividido. Y digo saqueadores/conquistadores con pleno conocimiento. Desde el primer momento, allá por la primera gran incursión contra el Imperio romano en el 629 o contra Persia en el 633, los ejércitos musulmanes se caracterizaron por su «oportunismo». Si la incursión era afortunada y daba pie a la conquista, perfecto, si no era así, se retiraban con el botín y regresaban en mejor ocasión.

Y la «ocasión» no dejó de mejorar. Una vez en posesión de Toletum, Rodrigo comenzó a reunir tropas y a llamar a las levas para dirigirse contra Agila II. Este, por su parte, se alió con los siempre fieros vascones y, muy al principio de la primavera del 711, Rodrigo debía de estar con un ejército en algún lugar del valle del Ebro o en sus alrededores, situándolo algunas fuentes en Pompaelo [107] planeando atacar a los vascones para luego marchar sobre Caesaragusta y el resto de la Tarraconense.

En otro contexto de guerra civil, como el que se desarrolló en tiempos de Wamba en el 673, hubiera sido un buen plan. Ahora, en el 711, era toda una cortés invitación al desastre. Si leemos atentamente la *Crónica mozárabe* del 754 constataremos que para esas fechas, marzoabril del 711, no menos de dos ataques habían precedido al de Táriq ibn Ziyad de abril del 711 y de que esos ataques no fueron pequeñas algaradas, sino potentes y devastadoras incursiones. [108]

El primero, ya lo citamos, fue el de Julián, algo que se atestigua si ponemos en relación la *Crónica mozárabe* del 754 con las enrevesadas y semilegendarias noticias de las tardías fuentes árabes y cristianas, y la de Tarif Abu Zura, que tuvo lugar al año siguiente, en el verano, quizá en septiembre, del 710. [109] Pero, además, es que la *Crónica mozárabe* del 754 permite establecer que tras el segundo de los ataques ya citados, el de Tarif Abu Zura, varios ejércitos o columnas enemigas continuaron operando en la Bética y devastándola antes y a la par de que lo hiciera el ejército principal conducido por Táriq ibn Ziyad, por lo que permanecer con el grueso de la fuerza en el valle del Ebro era, sencillamente, un error de cálculo que, a la postre, le costaría el trono y la vida a Rodrigo.

Pues de los ataques de tanteo del 709-710, se estaba pasando a la creación de bases permanentes para lanzar desde ellas ataques en profundidad que, aunque es probable que fueran independientes entre sí al principio y fruto de la ambición de señores de la guerra locales de origen bereber, se estaban coordinando y sumándose bajo la dirección de Táriq ibn Ziyad quien capitaneaba la fuerza principal y tenía la legitimidad otorgada por la delegación del mando hecho en su persona por el valí Musa ibn Nusair. Y, todo ello, sumaba una fuerza que permitía pasar ya del saqueo y el establecimiento de bases a la pura y completa conquista del país.

Las noticias sobre la multiplicidad de incursiones y sobre la suma y coordinación de varios contingentes invasores tuvo que ser desconcertante para Rodrigo y, ya lo hemos dicho, alteró sus planes contra Agila II. Ahora bien, si cambiar de planes es siempre muestra de buen sentido militar, hacerlo precipitadamente supone asumir un riesgo que el buen estratega sabe afrontar a base de resolución, rapidez de movimientos, buena logística y unidad de mando. Pero al contrario que Wamba en el 673, Rodrigo no hizo gala de nada de eso: «Tras reunir un gran ejército contra los árabes y los moros enviados por Muza, esto es, Taric Abuzara y otros que estaban ya realizando incursiones a la provincia que hacía tiempo le estaba encomendada y devastaban muchas ciudades, se fue a las montañas Transductinas para luchar contra ellos [...]». [110] Es decir, Rodrigo hizo girar a su «gran ejército» y lo llevó hacia el sur en una marcha forzada de más de 1100 km para llevarlo a combatir contra un ejército descansado, ahíto de botín y motivado por la victoria.

Y es que antes, Rodrigo había enviado contra los invasores al recién nombrado duque de la Bética, de manera que la derrota de este último fue en realidad la que obligó a Rodrigo a dejar de lado su campaña contra Agila II y sus aliados vascones. Y es que saber que el ejército provincial de la Bética y las levas locales que a él se sumaron y cuya fuerza conjunta debía de rondar los 10 000 hombres había sido derrotado de forma tan lamentable como para que sus restos fueran perseguidos durante días hasta las afueras de la capital provincial, Corduba, debía de ser prueba más que suficiente de que esta vez y al contrario de lo sucedido con los ataques de piratas moros del 672 o de los de la flota bizantina en el año 697/698, se trataba de algo de verdad peligroso para la propia supervivencia del reino. [111]

Pero ¿cómo se había precipitado la invasión? Sin duda, tras el éxito de las incursiones de Julián y Tarif, Táriq se vio empujado

a reunir todo lo que tenía y a cruzar el Estrecho. ¿Empujado? Sí, empujado. Debemos de situarnos en su contexto: apenas si controlaba la región que hoy llamamos Marruecos y en la que una multitud de tribus en distintos grados de sometimiento y poco o nada islamizadas esperaban el más mínimo signo de vulnerabilidad por parte de los musulmanes para rebelarse. Si Táriq se quedaba quieto y dejaba que fueran los jefes locales los que se llevaran el botín y la gloria corría el riesgo de que esos mismos jefes cobraran demasiada fama y poder y cuestionaran su autoridad. Dicho de modo sencillo: Táriq se tuvo que poner al frente para no ser arrollado.

Las fuentes islámicas recogen las vacilaciones de los jefes árabes. No contaban con una flota en la región y la más cercana estaba en Túnez a más de 1400 km de singladura, a unos ocho días de navegación con buen viento y sin incidencias y, además, en caso de derrota no solo se arriesgaban a verse atrapados al otro lado del mar, sino a que sus recién sometidos súbditos bereberes se alzaran en una rebelión general.

Pero había que decidirse. En abril del 711 y tras pactar con Julián, el ahora aliado y vasallo del califato y señor de Septem y Mesopotaminoi –a la que el cronista de la del 754 también llamaba *Messulam* Ciuitatem–, que le prestara apoyo naval y logístico, amén de sumarse con sus hombres a la empresa, Táriq ibn Ziyad desembarcó en Calpe, rebautizada como Gibraltar, en abril del 711.

¿Por qué no desembarcó en el puerto amigo de Mesopotaminoi? Pues porque una cosa era que Julián fuera su aliado y otra muy distinta que se fiara de él. Que no lo hacía en absoluto lo recogen las fuentes árabes que señalan que Táriq dejó en la Isla Verde, la isla que controlaba el acceso al puerto de Algeciras, una guarnición amén de a su esclava favorita, Umm Hakím, y que dicha guarnición tenía la necesidad de intimidar a las gentes del lugar, asesinando labriegos y

fingiendo que los cocinaban y los devoraban. [112] Una «necesidad» que solo se entiende en un contexto de profunda desconfianza mutua entre aliados. Y es normal que así fuera. Julián nadaba en aguas peligrosas. Si la expedición musulmana terminaba en derrota y los bereberes se alzaban y los godos le exigían responsabilidades, se vería solo y aislado. Táriq sabía todo eso y por ello no se puso del todo en manos de Julián.

Pero todo fue bien. El desembarco, que por mor de disponer solo de 4 *dromones* [113] y de algunos barcos de apoyo, llevó varios días, no fue estorbado y los hombres de Táriq pudieron desplegarse, ocupar Cartaiyana (Carteya) e instalar una pequeña guarnición en la Isla Verde de la futura Algeciras, trasponer los montes Transductinos (actuales sierras de Ojén y de Los Cabritos) y pasar tres meses saqueando a placer la Bética desde su base en la bahía de Algeciras.

¿Con cuántos hombres invadió Táriq el reino visigodo? Era un ejército numeroso, sin duda, pero las cifras dadas por las fuentes son dispares, aunque las más seguras y antiguas, como Ibn al-Hakam, Ibn Qutaiba o el *Ajbar machmúa* , señalan o bien que su ejército se componía de 1700 árabes y 12 000 bereberes, esto es, 13 700 guerreros, o que el total sumaba 17 000 hombres, o bien que sus fuerzas solo sumaban un total de 7000 hombres. [114] Ahora bien, puesto que la única fuente contemporánea, la *Crónica mozárabe* del 754 afirma que los invasores eran árabes y moros, debemos de pensar que el contingente árabe, aunque menor que el bereber, debía de ser significativo y por ello me inclino a pensar que la detallada cifra ofrecida por el más antiguo de los testimonios árabes, el de Ibn ‘Abd al-Hakam, 1700 árabes y 12 000 bereberes, sea la correcta y que la confusión se deba a que Táriq, en un principio, pasara con 7000 hombres y que luego se le sumaran los contingentes de saqueadores que ya operaban en la Península y nuevas fuerzas que fueran pasando el Estrecho durante los tres meses

previos a la batalla de los montes Transductinos o de Guadalete, hasta totalizar la cifra ofrecida por Ibn ʽAbd al-Hakam.

Esa fuerza estaba constituida por infantería en su práctica totalidad, lanceros árabes, infantería pesada y, sobre todo, arqueros e infantería ligera. [115] Algunas fuentes árabes insisten en que Táriq no contaba ni tan siquiera con una pequeña fuerza de jinetes, [116] mientras que otras señalan que sí contó con algo de caballería. Y es que, sin duda, los hombres de Táriq se hicieron con algunos caballos durante sus tres meses de saqueos y devastación.

Tras haber aplastado al ejército del duque de la Bética, Táriq debía de estar exultante. El botín era bueno y su prestigio militar no paraba de crecer entre los guerreros moros que constituían el grueso de su fuerza. Pero, entonces, comenzaron a llegarle inquietantes noticias sobre el gran ejército que Rodrigo conducía contra él desde el lejano norte y Táriq se apresuró a pedir refuerzos a su valí, Musa ibn Nusair. Este, a la sazón, estaba en Cairuán, pero contaba con la gran flota amarrada en el puerto de Túnez, 260 barcos, así que dio orden de que 5000 hombres embarcaran y fueran a reforzar al ejército de Táriq. [117] La llegada de estos refuerzos por mar es la única explicación militarmente coherente de que Táriq contara con esa fuerza a tiempo. Pues, como ya hemos señalado, de Túnez a Algeciras había unos ocho días de navegación y teniendo en cuenta el tiempo necesario para que el mensaje de auxilio de Táriq llegara a Musa y el que este último debió de requerir para movilizar las tropas y la flota, es probable que ya a mediados de mayo Táriq tuviera noticias de que Rodrigo se movía contra él.

Con la llegada de los refuerzos enviados por Musa, Táriq pudo haber contado, en el mejor de los casos, con unos 18 000 hombres y, en el peor, con unos 12 000. En mi opinión, lo que terminó aconteciendo en la inmediata batalla de los montes Transductinos o de Guadalete y en los meses posteriores a ella,

se explica mucho mejor asumiendo la primera cifra, 18 000 hombres, como la del total de fuerzas de Táriq en el momento del gran enfrentamiento con Rodrigo. [118]

La gran batalla decisiva se aproximaba. ¿Dónde tuvo lugar? Tradicionalmente se la ha ubicado junto al río Guadalete, pero esta ubicación, defendida por el gran maestro Claudio Sánchez Albornoz, contradice a la única fuente contemporánea, la *Crónica mozárabe* del 754, y las precisiones de las fuentes árabes más antiguas y seguras como Ibn ʻAbd al-Hakam. De hecho, la única baza de esta hipótesis es la pretendida identificación de los topónimos Guadalete y Wadi Lakka, uno de los nombres que los árabes dan al río que formaba parte del campo de batalla. Además, teniendo en cuenta los condicionamientos tácticos de la batalla: Táriq solo contaba con infantería, como una y otra vez repiten las fuentes árabes mejor informadas, y estaba situado sobre un monte que dominaba la comarca del lago, La Janda, lo que hace inviable situar en el Guadalete la batalla. En primer lugar, porque esto alejaría a Táriq de los montes Transductinos en donde la *Mozárabe* del 754 ubica la batalla. En segundo lugar, porque llevaría a Táriq a adentrarse casi 80 km tierra adentro desde Algeciras y llevar a su ejército de infantería a través de una llanura sembrada de humedales para desembocar en unos llanos en los que la caballería goda hubiera tenido todas las ventajas y en donde no habría tenido problema alguno en flanquear y rodear a los musulmanes para destruirlos. Una derrota en Guadalete, tan lejos de su base en Algeciras, hubiera significado la aniquilación para Táriq y sus hombres y, además, como veremos más adelante, este, tras obtener la victoria, repasó los montes Transductinos para atravesar el llamado Desfiladero de Algeciras en dirección a Medina Sidonia. No, el Guadalete no pudo ser el escenario de la batalla y tampoco pudo serlo Vejer que tampoco está en los montes Transductinos.

¿Entonces? Veamos: la única fuente contemporánea, la *Crónica mozárabe* del 754, nos dice que el choque tuvo lugar en los *Transductinis promonturiis* , esto es, en los montes Transductinos, y como Transducta es la forma latina tardía en que se denominaba a la antigua Iulia Traducta (Algeciras), y no a Tarifa como por error se ha afirmado, [119] se debe de identificar a esos *Transductinis promonturii* con las sierras que cierran la bahía de Algeciras: del Cabrito, de Algeciras, del Fate, del Niño y de Ojén, y puesto que las fuentes árabes más seguras insisten en que la batalla se dio en el territorio de la futura Cora de Medina Sidonia y dado que dicha información no colisiona en absoluto con el testimonio de la *Mozárabe* del 754, y como la laguna de La Janda, el «lago» de las noticias árabes y un río que iba a desembocar a ella, el llamado Wadi Lakka, «río del lago», o en otras noticias como río de Umm Hakïm y todavía en otras como río Beca, aparecen también relacionados con la precisa ubicación del gran combate, la única comarca que puede reunir todos esos testimonios se hallaría en la vertiente noroeste de las sierras del Cabrito, Ojén, del Niño y del Saladar, a cuyos pies se extienden, de sudeste a noroeste, los llanos y las ahora desecadas marismas del río Almodóvar y de la cercana laguna de La Janda, y en concreto en los parajes que hoy se denominan Los Tornos y Beneroso, situados en el lugar de un antiguo *fundus* romano llamado Ursianus, relacionado con el martirio de los mártires Servando y Germán, extendiéndose también al pie del actual cerro de Torrejosa, que se adentra como un montuoso espolón en el llano. Al norte de ese espolón o saliente, Torrejosa, a 1 km en línea recta, se hallaba la bifurcación de la calzada que comunicaba Emerita Augusta pasando por Híspalis con Sagontia y Asidona y que continuaba hacia el sudoeste dejando la laguna de La Janda a su derecha, para bifurcarse justo en el punto citado: a 1 km de Torrejosa, pasando un ramal a un lado del monte y en dirección a Baelo Claudia (en Bolonia) y de

Mellaria, en Valdevaqueros (Tarifa), para lo cual cruzaba el río Almodóvar, y el otro ramal, más transitado en esta época y durante el resto de la Edad Media, pasaba por el actual Cortijo del Pedregoso y contorneaba el cerro de Torrejosa por su otra vertiente, alcanzaba la margen derecha del Almodóvar y cruzaba los montes siguiendo lo que hoy se llama Camino de Facinas en dirección a Transducta. Era esa calzada la que todavía en plena Edad Media seguía siendo el camino principal para cruzar la región, tal como lo señala un geógrafo musulmán, Al-Idrisi. [120]





Figuras 73 y 74: Los montes Transductinos, las actuales sierras del Cabrito, Ojén, del Niño y del Saladar, vistas desde la laguna de La Janda, tal como los habrían contemplado el rey Rodrigo y sus huestes según la hipótesis para la batalla que

sugiero en colaboración con los arqueólogos Ana María Berenjeno y Eduardo Kavanagh.

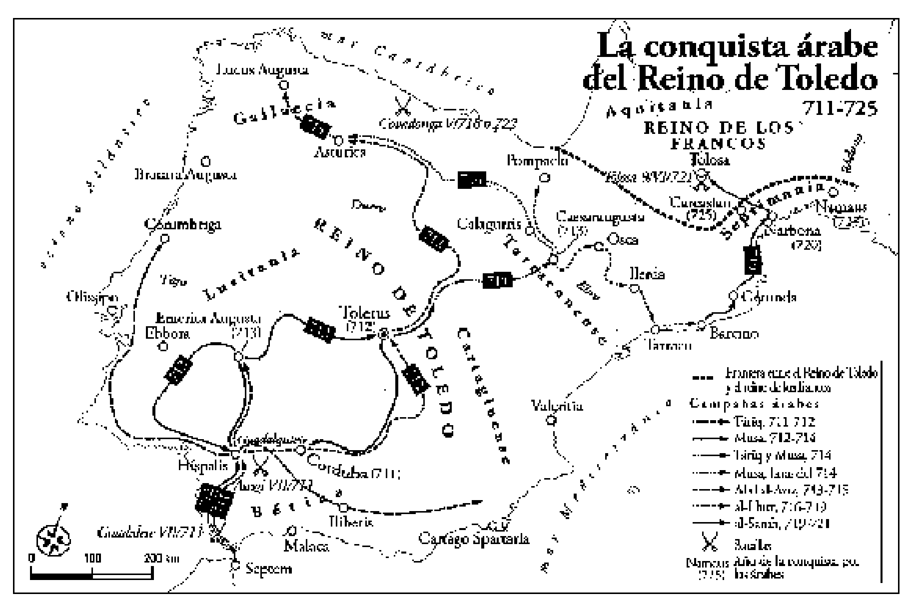
Que Táriq se hallaba en un monte que dominaba la llanura hacia La Janda lo dejan claro las fuentes árabes más seguras, [121] y puesto que ese cerro solo podía estar en las montañas Transductinas, como especifica la *Crónica mozárabe* del 754, ese monte solo podía ser Torrejosa. Este era un lugar ideal para situar un ejército que quisiera librar una batalla frente a una fuerza enemiga superior: un cerro elevado desde donde avistar al enemigo, con un manantial de agua fresca y, a sus pies, la bifurcación de la calzada por donde vendría el ejército adversario, pasando un ramal a un lado y el segundo al otro lado del cerro y siendo, por tanto, ambos fácilmente interceptables desde él y ello a la par que el llano que se extendía a sus pies era estrecho, unos 3,5 km, debido a las marismas y humedales del río Almodóvar y de la cercana laguna de La Janda, que por mor de la sequía que había provocado el progresivo enfriamiento del clima, debía de estar situada a entre 3,5 y 4 km hacia el oeste. Pues bien, desde el punto en que la calzada que iba a Iulia Traducta hasta el que veía como la que iba a Baelo Claudia y Tarifa cruzaba el Almodóvar, había 3 km en un eje nordeste sudoeste y ese sería el frente de batalla de Táriq. Un frente estrecho que anularía la superioridad numérica del ejército de Rodrigo.

Cuando la batalla comenzara, Rodrigo tendría que llevar a sus hombres desde la bifurcación de la calzada hacia delante y su hueste se vería constreñida entre los montes, las marismas y el Almodóvar, mientras que Táriq tendría cubiertas sus espaldas y, aun cuando fuera vencido, controlando el puerto de montaña y la calzada que lo cruzaba, tendría fácil, en menos de una jornada de marcha, retirarse hasta su base en Iulia Traducta y embarcarse allí para refugiarse en África.

Que Táriq se hallaba en los montes Transductinos y a menos de una jornada de marcha de Iulia Traducta, no solo se apoya en el testimonio de la *Crónica mozárabe* del 754 y en su correlación con el testimonio de Ibn 'Abd al-Hakam, sino también con otras fuentes árabes que señalan que, tras la batalla, Táriq retrocedió hacia Iulia Traducta para luego tomar la calzada que, por el desfiladero de Algeciras llevaba hacia Écija y Córdoba. [122]

En los próximos meses, 2020-2021, participaré en un proyecto junto a los arqueólogos Ana María Berenjeno y Eduardo Kavanagh para tratar de confirmar esta hipótesis que ya apunté en *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad oscura* [123] y que ahora y gracias a las aportaciones de los mencionados Ana Berenjeno y Eduardo Kavanagh y a las precisas indicaciones y orientaciones del bombero forestal José Turrillo Blanco, que tuvo la amabilidad de guiarnos por los citados parajes, puedo precisar y corregir. Siendo esta ubicación la única que, como ya he dicho, permite agrupar en un solo punto los datos de las fuentes más antiguas y fiables, amén de ser el único paraje de la zona que pudo albergar un encuentro bélico de la magnitud de esta gran batalla.

Y es que, como escribiera el gran maestro Roger Collins, no se puede hacer ninguna reconstrucción de los sucesos de la invasión islámica del reino visigodo sin poner en el centro a la *Crónica mozárabe* del 754 y, por ende, se debe de rechazar cualquier otro testimonio más tardío y legendario que violente la noticia geográfica que sobre la batalla decisiva entre godos y musulmanes nos da esta fuente contemporánea y preciosa, esto es, que la batalla se libró en los montes Transductinos. [124]



Bien, ya tenemos el lugar de la gran batalla. ¿Y la cronología? Es una pregunta en apariencia fácil si atendemos solo a las fuentes árabes, pero lo cierto es que es muy difícil precisar con rigor la fecha de esta decisiva batalla. Y es que la llamada *Crónica arábigo-bizantina* del 741, la otra única fuente contemporánea de los hechos, no precisa la fecha y la *Mozárabe* del 754, nuestra fuente más directa y segura, ofrece una cronología distinta a las fuentes árabes y algo confusa, pues, según una cronología de la *Crónica mozárabe* del 754, Rodrigo subió al trono en la era 749, en el 711, y no en el 710, y fue derrotado en la era 750, es decir, en el 712, y no en el 711. [125]

Pero las fuentes árabes precisan una cronología diferente y colocan la batalla en fechas situadas entre mayo y julio del 711, llegando una de ellas, la de Ibn al-Sabbat, a precisar que el decisivo encuentro tuvo lugar el último domingo del Ramadán de ese año 92 de la Hégira, el 19 de julio del 711 y prolongándose la batalla, según esa misma fuente, durante ocho días. Mientras que la más cercana narración de Ibn 'Abd al-Hakam habla de un largo día de durísimo combate y tres días de matanza y otras fuentes hacen hincapié en que los dos

ejércitos estuvieron enfrentados durante una semana antes de que la lucha se decidiera. [126]

En cuanto a la composición de los dos ejércitos, el islámico era, ante todo, un ejército bereber: el 87,5 % de los 13 700 guerreros que estaban junto a Táriq ibn Ziyad cuando este solicitó ayuda a Musa ibn Nusair eran moros. Puede que alguno de esos 12 000 guerreros bereberes hubieran peleado antes por los bizantinos y que ello les hubiera proporcionado cierto adiestramiento y equipamiento de calidad, pero sin duda la inmensa mayoría de ellos eran hombres mal armados y sin disciplina. Los árabes tenían hacia ellos una actitud de desprecio que a veces rayaba en la brutalidad, pero les reconocían un valor sin igual y una ferocidad y salvajismo en combate terroríficos y eso, terror, fue lo que despertaron en los caballeros y soldados godos que se les enfrentaron al pie de los montes Transductinos o Guadalete. La *Crónica mozárabe* del 754, escrita por un hispanogodo que los contempló en Hispania, nos traslada el pavor que despertaban los salvajes guerreros moros: «Pero al saber esto, los moros bajan de las montañas para luchar, desnudos y ceñidos por unos colgantes que pendían delante de sus partes pudendas… Al mostrar los moros su negro rostro montados sobre preciosos caballos y rechinando sus blancos dientes, los caballos egipcios se encabritan…». [127]

Como se ve, el salvajismo de los moros asustaba incluso a sus señores árabes y la relación entre ambos pueblos derivó en continuas guerras y tiranteces que llegan hasta hoy día. Los bereberes, en su mayoría, solo esgrimían un puñado de venablos y a lo sumo una lanza. Siendo menos frecuentes las espadas, cortas y de hoja recta y llevando muchos de sus guerreros escudos de cuero endurecido, pero nunca, exceptuando a algunos de sus jefes, yelmo o armadura. Se amoldaban mal a la disciplina, pero combatían con ferocidad,

aunque eran, sin embargo, proclives al desánimo y la espantada si la batalla parecía tornarse en su contra. Ni que decir tiene que, como demostraron las grandes sublevaciones bereberes del siglo VIII, el islam estaba poco o nada enraizado en ellos y su fidelidad al califato solo se mantenía en virtud de la fuerza que sobre ellos ejercieran los valíes del califa en Ifriqiya.

Muy distintos eran los guerreros árabes. Si Táriq tuvo consigo a 1700 de ellos cuando desembarcó en Gibraltar, era un jefe con suerte, pues eran soldados de primera. Además, es de suponer que entre los 5000 hombres de refuerzo que le envió Musa ibn Nusair antes de dar la gran batalla contra Rodrigo, habría también algunos cientos de guerreros árabes. Estas tropas árabes eran veteranas y solían estar integradas por compañías de arqueros y de lanceros que combatían en orden cerrado y dándose apoyo mutuo.

Su general, Táriq ibn Ziyad era, según unas fuentes, de origen bereber y, según otras, de origen persa, de Hamadán. [128] No creo que Táriq fuera bereber por la sencilla razón de que en este momento, inicios del siglo VIII, con la conquista de las tribus moras de Mauritania tan reciente y teniendo en cuenta el grado de desprecio que los árabes manifestaban de continuo hacia los moros, me parece inviable que un bereber tuviera mando sobre oficiales y soldados árabes.

¿Qué tuvieron en frente ese núcleo de tropas de élite árabes y esas bandas de guerreros bereberes armados a la ligera? Un ejército mucho más numeroso que ellos y mucho mejor armado.

En efecto, Rodrigo debía de estar con el grueso de sus mejores tropas en el alto valle del Ebro cuando decidió abortar su campaña contra Agila II y sus aliados vascones. Por supuesto, no podía contar con los hombres de la Tarraconense y la Narbonense que servían bajo los estandartes de su rival, Agila

II, y creo que cuando llevó a sus guerreros nobles y a sus comitivas hacia el sur tampoco lo acompañarían las levas del norte y del oeste, pues la ley militar de Ervigio solo preveía que la décima parte de los hombres en edad militar y situados en un radio de 100 millas a la redonda de donde se verificara un ataque enemigo estaban obligados a acudir con las armas en la mano para sumarse al ejército real. Aun así, cuando Rodrigo llegó a Toletum su hueste debía de ser rutilante: los mejores caballeros del reino, sin duda, pero no apabullante por su número.

Mas pronto lo fue. Pues, conforme el rey se acercara a Corduba, se le irían sumando gardingos y nobles ligados a él por juramentos personales y, una vez en la capital de la Bética, Rodrigo vería su ejército engrosado con los supervivientes del ejército permanente del derrotado duque de la Bética y por las levas de esa misma provincia.

Sin duda era un gran ejército. ¿Se puede estimar cuantos hombres lo formaban? Los cálculos han ido desde los 12 000 hombres que estimó recientemente García Moreno a los 90 000 que calculó Muñoz Bolaños, pasando por los 40 000 que don Claudio Sánchez Albornoz concluyó que formaban la hueste de Rodrigo. La primera cifra es demasiado baja y se contradice con los datos de las fuentes que afirman de forma unánime que el ejército visigodo contó con una fuerte superioridad numérica y que el ejército de Táriq pasaba de los 12 000 hombres, por lo que asignarle esa misma cifra al de Rodrigo no tiene sentido, máxime cuando se aceptan los datos del ejército musulmán como ciertos. La segunda cifra admite uno de los números más altos que los autores árabes dieron para el ejército visigodo, pero es un cálculo claramente desmedido y que sigue la línea de la tradición árabe de asignar a los enemigos del islam, persas, bizantinos o visigodos, ejércitos gigantescos y de esta manera engrandecer el triunfo de los seguidores del profeta. La tercera

cifra, la de Sánchez Albornoz, se apoya, sin duda, en la más comedida de las proporcionadas por los autores musulmanes, la de Ibn Jaldûn, [129] pero creo que sigue siendo alta, puesto que es muy superior a la del ejército que una fuente plenamente contemporánea y bien informada, la *Historia Wambae regis* de Julián de Toledo, nos permite calcular para el ejército real dirigido por Wamba en el 673. Ahora bien, se recordará ahora que precisamente Wamba se vio enfrentado en el 673 a circunstancias muy similares a las que afrontó Rodrigo en el 711: la rebelión de la Tarraconense y la Narbonense y que, por tanto, y al igual que Rodrigo, se vio privado de las tropas que de allí pudieran sacarse, amén de la necesidad de moverse rápido y, por lo mismo, de no poder reunir todas las levas del reino disponibles. Con todo eso sobre nuestra mesa la conclusión es clara: es probable que Rodrigo dispusiera en el 711 de un ejército muy similar en número al dirigido por Wamba en el 673 y las cifras dadas por Julián de Toledo, ya lo vimos, nos permitían calcular ese ejército con bastante precisión y evaluarlo en unos 25 000 hombres. [130]

Ese número, 25 000 hombres, está por debajo de las disparatadas cifras que dan las tardías fuentes musulmanas: 40 000, 60 000, 90 000, 100 000 y hasta 600 000 soldados. [131] Aun así, si aceptamos esa cifra de 25 000 hombres, la superioridad numérica de los godos, tal como repiten todas las fuentes árabes, era notable y doblaría de sobra al enemigo si este sumaba 12 000 guerreros. Mientras que, si admitimos la cifra más alta dada por las fuentes para el ejército de Táriq ibn Ziyad, 18 000 guerreros, los 25 000 hombres de Rodrigo tendrían una ventaja numérica de un 38 %. [132]

Si nuestra tesis es acertada y el ejército de Rodrigo tenía un tamaño y composición similar al que condujo treinta y ocho años antes Wamba, podríamos estimar además que unos 8000 o 9000 de los guerreros de Rodrigo eran caballería de superior

calidad y el resto, unos 16 000 hombres, eran infantería de muy mediocre calidad y pésimo armamento ligero: venablos, hondas, *scramasax* y arcos.

La superioridad numérica de los visigodos debería de haber inclinado la balanza a su favor. Pero la disposición del terreno, ya lo veremos, y, sobre todo, la fuerte división interna existente en la hueste de Rodrigo le fueron fatales. De hecho, tanto la fuente contemporánea, la *Crónica mozárabe* del 754, como las árabes, son unánimes: la derrota goda tuvo una causa principal y clara, la traición a su rey de dos tercios del ejército visigodo.

Cuando Táriq, situado en el cerro de Torrejosa, vio acercarse a su posición al ejército godo que marchaba por la calzada que venía de Sagontia y Asidona en dirección a Iulia Transducta, mandó formar a sus hombres al pie del monte y desplegarse en una línea de batalla con frente noroeste-sudoeste y que se extendía sobre unos tres kilómetros desde la calzada citada hasta el paso del Umm Hakïm o Wadi Lakka (Almodóvar) por la que llevaba a Baelo Claudia y Mellaria. Ante ellos, y teniendo en cuenta la baja pluviosidad existente en la zona a inicios del siglo VIII, debía de extenderse un llano de unos 4500 m de extensión que se veía limitado por las marismas de La Janda y el Almodóvar, y con ello se cerraba una planicie de 3000 por 4500 m aproximadamente que sería el obligado y estrecho campo de batalla de Rodrigo si pretendía desalojar a Táriq de su posición. El terreno era, pues, muy poco apropiado para un gran despliegue de caballería y muy favorable a una infantería aguerrida como la que tenía Táriq y que podía convertir aquel campo en una ratonera para la caballería goda.

Rodrigo no se dejó enredar de inmediato y acampó sobre la calzada principal, a poco más de 1 km al norte de Torrejosa. Durante días, pues aunque la *Crónica mozárabe* no da información alguna al respecto las fuentes musulmanas hablan de un total de ocho días, los dos ejércitos permanecieron

enfrentados y tanteándose en duras y sangrientas escaramuzas. [133]

No obstante, aunque Rodrigo se mostró prudente, su táctica «prudencia», aunque resulte paradójico, convocó al desastre, ya que durante esos siete días de tanteo y choques parciales la moral de su campo se deterioró y, sobre todo, los miembros del partido witizano, en especial los hermanos del anterior y difunto rey, tuvieron tiempo de entrar en contacto con Táriq y de sopesar la conveniencia de una traición que, otorgando la victoria a los invasores, acabara con Rodrigo y dejara el trono en sus manos.

Una fuente árabe ligada al partido witizano, pues está escrita por uno de sus descendientes, Ibn al-Qutiyya, habla con toda claridad de un acuerdo bien y pormenorizadamente establecido entre ambas partes: los musulmanes y los familiares del difunto Witiza. [134] Además, la *Crónica mozárabe* del 754 señala a uno de los hermanos de Witiza, Oppas, como uno de los hombres clave en el éxito de la conquista islámica y ese hombre, Oppas, ora como hermano de Witiza, ora como su hija, ora haciéndolo también obispo de Sevilla, aparece una y otra vez en las fuentes como una de las cabezas del partido que traicionó a Rodrigo. [135] Puede también que los witizanos creyeran que la derrota sería el fin de Rodrigo pero que, al cabo, ahítos de matanza y botín, los musulmanes se retirarían o que ellos, una vez en el poder, podrían reunir fuerza suficiente como para expulsarlos. Sea lo que fuere, pactaron hacer defección del campo del rey cuando comenzara la batalla decisiva. Así que traicionaron y se equivocaron. [136]

Rodrigo, un hombre maduro y versado en los implacables laberintos de las lealtades de la nobleza goda y de los contrapesos del *officium palatinum* , debía de ser muy consciente de que el tiempo se le acababa y de que el partido witizano, que solo había admitido a regañadientes su ascenso al

trono, estaba acercándose al campo enemigo. Tenía que cortar de raíz esa tendencia disgregadora y puesto que, con una batalla ante sí, no podía hacerlo aplastando a los posibles traidores, la única forma que le quedaba era precipitar el combate y obtener la victoria. Una victoria, debió pensar Rodrigo, apagaría las llamas de cualquier conjura y consolidaría su trono.

Sí, eso hubiera logrado una victoria, pero no fue ella la que acudió a extender sus doradas alas sobre Rodrigo, sino la cruel derrota y la pálida muerte.

Al amanecer del día 26 de julio del 711, el rey Rodrigo, vestido en toda su gloria guerrera, ordenó a su ejército que avanzara sobre las posiciones enemigas y que formara en línea de batalla.

Debió de ser impresionante: 8000 o 9000 caballeros revestidos de hierro y cuero, montados sobre caballos de gran alzada asimismo protegidos. Una reluciente congregación de millares de aceradas moharras de lanza brillando al sol y de miles de hombres a pie que seguían a sus señores para apoyarlos con sus hondas, venablos, arcos, espadas cortas y lanzas.

Táriq, a su vez, desplegó a sus hombres al pie del cerro de Torrejosa, sobre el llano y desde una calzada al punto donde la otra pasaba el Wadi Lakka o Umm Hakïm (Almodóvar). Era un frente de 3000 m que cubrían a la perfección sus 18 000 hombres y que obligaba al más grande ejército visigodo a estrechar su frente de carga y a situarse en un «cuello de botella» entre las marismas, el río y la línea enemiga apoyada en Torrejosa.

Lo más probable es que Táriq desplegara su tropa conforme a la formación habitual de la infantería omeya, el *jamis* , pues su fuerza era en esencia de infantería y sus escasos jinetes casi seguro hicieron lo mismo que en otras grandes batallas de este periodo: desmontar y formar en orden cerrado como lanceros.

Rodrigo optó por desplegar su fuerza en tres grandes divisiones: él ocupó el centro con sus espatarios, *leudes* , gardingos y nobles más fieles seguidos de sus respectivas comitivas y en las alas situó a los hombres del partido witizano y a otras huestes menos firmes. Su despliegue se vio estorbado, ya lo hemos dicho, por los cercanos humedales y por el río y, por ello, el frente godo tuvo que estrecharse mucho por lo que solo podía fiar la victoria a una carga frontal sin posibilidad de envolver al enemigo.

Rodrigo, sobre un magnífico caballo tordo y resplandeciente de oro y piedras preciosas, dio al fin la orden de carga y el suelo debió de temblar bajo los cascos de 9000 caballos de guerra. La carga visigoda tuvo que enfrentar primero el castigo que le proporcionarían los arqueros y honderos árabes y bereberes desplegados como una pantalla de tiradores delante de las filas de los lanceros. Esos arqueros y honderos formaban lo que los árabes llamaban la *muqaddama* y tras ella estarían las tres divisiones principales del *jamis* : *qalb* , el centro, al pie del cerro de Torrejosa, *maymana* , el ala derecha sobre la calzada a Iulia Transducta, y la *maysara* o ala izquierda, hacia el paso del Almodóvar por la calzada que iba a Baelo Claudia y Mellaria. Un despliegue sombrío y torvo formado por tres cuadros de tres filas de profundidad, *sufûf* , erizados de lanzas y con las filas prietas y dispuestas a no romperse ante la carga de la caballería cristiana Por detrás de las tres divisiones de lanceros, aún se dispondría un cuarto contingente de reserva: *saqah* , que sin duda custodiaba la calzada que iba a Iulia Transducta a través de los montes, y que estaría dispuesto, desde su posición elevada, tanto a acudir en auxilio de los suyos, como, si la jornada era adversa, a cubrir su retirada hacia Iulia Transducta para en ella reembarcarse en busca de la seguridad que prometía África.

Las fuentes insisten en que la batalla fue dura. Uno de los relatos más antiguos, el de Ibn ‘Abd al-Hakam, que escribía hacia el 860, nos dice: Tariq y sus infantes combatieron, pues no había un solo jinete entre ellos. Lucharon desde que el sol salió hasta que se puso, y cabía creer en su exterminio total. Sin embargo, Dios dio la muerte a Rodrigo y a los suyos, y la victoria a los musulmanes. No se ha dado en Occidente matanza tan grande como esta, pues los musulmanes no dejaron de emplear la espada durante tres días. [137]

Y así debió de ser. Cuando la caballería goda, lanceros en su práctica totalidad y sin apoyo digno de ese nombre de arqueros montados, cargó sobre el ejército de Táriq, sería recibida por una lluvia de flechas y pedradas lanzadas por los arqueros y honderos de la *muqaddama* que, al no poder sostenerse ante la furibunda carga de los guerreros godos, retrocedería por entre los huecos abiertos entre las divisiones de lanceros. Entonces, al toparse con las cerradas filas que apuntaban sus largas lanzas hacia ellos, los caballeros de Rodrigo se verían frenados en seco.

Comenzaría entonces una feroz lucha trufada de cargas y contracargas, combates desesperados y avances y retrocesos de las líneas propias y enemigas. Las filas musulmanas, sin duda, vacilarían al recibir el embate de la infantería visigoda que, aunque mal armada, era tan numerosa, o casi, como ella y que sumaría su peso al de la formidable caballería. Pero los hombres de Táriq resistieron.

En ese momento, el instante supremo de toda batalla, cuando las líneas vacilan y los hombres matan y mueren envueltos por el polvo, el clamor y la sangre y el desconcierto y el miedo comienzan a imponerse a la furia y al valor, en fin, cuando la superioridad numérica del ejército de Rodrigo parecía al fin imponerse, las dos alas de la hueste goda, abandonaron el campo en mitad de una terrible confusión.

Y confuso tuvo que ser. Pues algunas fuentes afirman que, en lo más recio del combate, las alas del ejército godo cometieron traición al abandonar el centro, donde peleaba Rodrigo; mientras que otras narraciones afirman que las dos alas godas no abandonaron el campo, sino que giraron y atacaron a su propia división central en donde combatía el rey. Aunque esto último me parece poco plausible y lo desautoriza la *Crónica mozárabe* del 754 que describe así la batalla: «Se fue [Rodrigo] a las Montañas transductinas para luchar contra ellos [Táriq y los otros jefes enemigos] y cayó en esta batalla al fugarse todo el ejército godo que por rivalidad y dolosamente había ido con él solo por la ambición del reino. Así, ignominiosamente, perdió su trono y su patria, muriendo también sus rivales». [138]

Así que creo más bien que la confusión fue terrible y que el estorbo que suponían el acuático muro de las cercanas marismas de La Janda y el sinuoso río Almodóvar, hicieron muy difícil la retirada tanto a los traidores, como a los fieles a Rodrigo. Máxime cuando, sin duda, Táriq ordenó a su ala derecha que comenzara a empujar a los desesperados godos hacia el sudoeste, acorralándolos contra las marismas, mientras que el ala izquierda musulmana permanecería firme con su flanco expuesto cubierto por el río y sirviendo de yunque.

Algunas fuentes musulmanas cuentan que, en la confusión sangrienta de la batalla, terminó siendo empujado hacia el río y que allí se ahogó. Nada cierto se sabe. Algunas narraciones dicen que no se halló su cuerpo, otras que su cabeza fue enviada al califa en Damasco. El rey, atrapado en mitad de la vorágine del combate, combatió hasta el final.

Todo apunta a que el ejército godo se vio acorralado contra las marismas de La Janda y del río, y que la matanza fue terrible y masiva, llegando a durar, según cuentan, tres días. Pasados los cuales, entre los montones de muertos, los guerreros de Táriq hallaron el cadáver del gran caballo de batalla de Rodrigo: un

espléndido tordo, maravillosamente ensillado y enjaezado con una silla guarnecida de oro y cuajada de rubíes y esmeraldas. Otro soldado musulmán que rebuscaba entre los muertos, halló también, medio enterrada en el barro de la orilla del río, una bota del rey, adornada con perlas y rubíes. [139]

La derrota había sido espantosa. El rey estaba muerto y con él buena parte de la nobleza del país y lo mejor de su caballería y hombres de guerra. Rodrigo se lo había jugado todo a una carta y había perdido y con él, y como dicen las fuentes cristianas, se «perdió España».

El botín hecho por Táriq y sus hombres fue inmenso. Millares de cautivos, cantidades increíbles de oro, joyas y espléndidas armas. También cayó en manos musulmanas todo el aparato del trono visigodo y, sin duda, una parte considerable del *thesaurus* real. Algunas fuentes afirman que se tomó un deslumbrante trono portátil que llevaban sobre sus lomos dos magníficas mulas y que estaba elaborado con oro y piedras preciosas, cubierto con un dosel de seda adornado con perlas, jacintos, esmeraldas y rubíes. Otras fuentes añaden que los musulmanes se apoderaron hasta de la corona de los reyes godos. [140]



Figura 75: Cruz de oro del tesoro de Torredonjimeno. El hallazgo del conjunto, que incluía numerosas piezas de ornamenta y otras joyas, como cruces y elementos de coronas votivas, se produjo por accidente en 1926 al excavar al pie de un olivo. Su ocultación, en este caso con el añadido de una cobertura de yeso que envolvía el conjunto de piezas de orfebrería, se debió también a la intención de preservar dicho

tesoro de los ejércitos musulmanes, probablemente tras la derrota sufrida en Guadalete. Se ha discutido mucho acerca de la posible ubicación original de estas piezas ornamentales. Si en Guarrazar se escondieron las que parecían ser las piezas del tesoro de la catedral y quizá otras iglesias toledanas, las pistas sobre el origen de los restos de Torredonjimeno remiten casi en exclusiva a las inscripciones que aparecen en algunas de las cruces, dedicadas a las santas hispalenses Justa y Rufina. Es probable que la hipótesis más razonable es la que apunta a que hubieran pertenecido a la propia basílica martirial de estas santas en la ciudad de Sevilla.

Pero el inmenso tesoro conquistado por los hombres de Táriq no los detuvo mucho tiempo. Como buenos y experimentados conquistadores, olieron la debilidad del reino y la aprovecharon. Táriq actuó como un gran caudillo guerrero, reagrupó su fuerza y la hizo moverse rápido, retrocediendo por la calzada que, desde el lugar de la batalla, llevaba de nuevo a Iulia Transducta para luego desviarse hacia el llamado «desfiladero de Algeciras» [141] a fin de tomar el camino a Asidona y una vez ocupada esta, marchar hacia Astigi (Écija), en donde se estaban concentrando los restos del derrotado ejército godo y algunas levas locales apresuradamente reunidas.

Con el apoyo de sus aliados, Táriq libró aquí una segunda y desesperada batalla, al parecer tan dura como la de los montes Transductinos (Guadalete). Pero logró imponerse otra vez y tras un recio asedio, tomar también la ciudad y abrirse así, definitivamente, el camino hacia la capital provincial: Corduba. Esta trató de ofrecer resistencia, pero sus defensas no estaban en buen estado y tras un breve asedio, cayó en manos del invasor. [142]

A partir de aquí las fuentes son confusas y ofrecen distintas versiones de lo que Táriq hizo a continuación: algunas afirman que continuó hacia Toletum tomando la sede regia sin esperar

órdenes de su valí, Musa ibn Nusair, otras narraciones cuentan que Táriq ibn Ziyad se detuvo en Corduba y que esperó a que Musa ibn Nusair se le sumara. Algo que algunas fuentes sitúan a finales de ese año del 711, en noviembre, lo que me parece poco creíble, pues embarcar un ejército en otoño y cruzar con él el Mediterráneo era poco frecuente y prudente, mientras que una de las fuentes más cercanas en el tiempo, primera mitad del siglo IX, y más digna de crédito, la de Ibn Abi Riqac, sitúan ese encuentro de Musa y Táriq en abril o mayo del 712. [143]

Además, la *Crónica mozárabe* parece asignar la conquista de Toledo a Musa ibn Nusair y ello situaría la caída de Toletum en la primavera del 712. De ser así, y así me lo parece a mí, lo que debió de pasar entre tanto fue, sencillamente, el caos. [144] A ese caos apunta la huida a Roma del obispo de Toledo, Sinderedo que «actuó no como un pastor sino como un mercenario, abandona las ovejas de Cristo». [145] Dice con amargura el cronista de la del 754 y añade que: Mientras devastaban España los ya mencionados expedicionarios y esta se sentía duramente agredida no solo por la ira del enemigo extranjero, sino también por sus luchas intestinas, el propio Musa, como las columnas de Hércules lo encaminaban hacia esta desdichada tierra, y creía que la indicación del libro le señalaba la entrada al puerto y las llaves en la mano presagiaban o le abrían el paso a España, atravesando el Estrecho de Cádiz penetra en ella, injustamente destrozada desde tiempo atrás e invadida para arruinarla sin compasión alguna. Después de arrasar hasta Toledo, la ciudad regia, y azotar despiadadamente las regiones circundantes con una paz engañosa, valiéndose de Opas, hijo del rey Egica, condena al patíbulo a algunos ancianos nobles que aún quedaban después de haber huido de Toledo y los pasa a espada a todos con su ayuda. Y así, con la espada, el hambre y la cautividad, devasta no solo la España Ulterior, sino también la Citerior hasta más allá de Zaragoza». [146]

Del texto anterior se deduce que lo más seguro es que los distintos partidos godos no se pusieran de acuerdo sobre lo que hacer: ¿Elegir un nuevo rey o aceptar a Agila II que, a la sazón, debía de seguir en el valle del Ebro? Al final, cundió el pánico cuando Musa ibn Nusair, tras desembarcar con un nuevo ejército de refuerzo, se encaminó a la capital.

Pues este sí sabía lo que había que hacer. Entró en Toletum esgrimiendo la guadaña de la muerte y la cosecha fue abundante. La *Crónica mozárabe* no solo señala matanzas de nobles en Toletum, sino también la siembra en Caesaraugusta del terror más absoluto acompañándolo de crucifixiones de nobles y matanzas indiscriminadas de la población civil. [147]

La misma crónica anota que muchas ciudades se rindieron y aceptaron las condiciones de los conquistadores. El reino se derrumbaba y aunque aún hubo muchos focos de resistencia y algunos, incluso, lograron llegar a acuerdos ventajosos con los invasores, como fue el caso del conde Teodomiro cuyo palacio parece haber sido hallado por los arqueólogos recientemente y que fue hasta el 744 un rey vasallo del califa, pero *de facto* casi independiente y capaz de legar su reino a un sucesor, Atanagildo. [148]

Otros no tuvieron tanta suerte: hubo ciudades que después de aceptar tratados se alzaron y trataron de resistir y expulsar a los musulmanes. Pero fracasaron y entonces fueron tomadas al asalto. Otras mantuvieron los pactos y llevaron una vida semiautónoma como parece haber sido el caso de Ilíberis. Grandes familias, como probablemente la del conde Casio que dio origen a los célebres Banû Qasi del valle del Ebro, se integraron y otras, como la de don Pelayo, se refugiaron en el tumultuoso y escarpado norte.



Figura 76: Capitel de estilo bizantino, decorado con hojas de acanto formando lóbulos a los lados y un grueso ábaco con una roseta tetrafoliada junto a sendas cenefas de hojas creando triángulos. La fórmula sigue el esquema del modelo bizantino «a imposta», cuya cronología arranca en el siglo VI, aunque a juzgar por sus particularidades es probable que sus paralelos más próximos sean algunos capiteles numidios fechados en la segunda mitad del siglo VII. El ejemplar procede del yacimiento del Plà de Nadal (Ribarroja del Túria), un conjunto palatino erigido por el *dux* Teodomiro –según se conoce a partir de epigrafía asociada– y ubicado en el territorio de la ciudad de Valentia. Museu de Prehistòria de València.

Era la disgregación agonizante y final de un reino célebre. En el 713, Agila II, que había disputado el trono a Rodrigo y que,

sin duda, le restó fuerzas que en la batalla de Guadalete hubieran sido decisivas, fue derrotado y muerto y su heredero, Ardón, aunque siguió combatiendo en la Narbonense hasta el 719 o 720, también terminó siendo derribado por las lanzas de los conquistadores.

Pronto la práctica totalidad del antiguo reino visigodo estaba bajo el dominio del gran califato de Damasco. En el 725, Carcasona y Namaus, las últimas grandes ciudades del caído reino, abrieron sus puertas a los musulmanes.

Al-Ándalus no sustituyó a la Hispania visigoda en unos años. Fue un proceso lento. El cronista de la *Mozárabe* del 754 seguía denominando en esa fecha, 754, reyes de Hispania a los gobernadores musulmanes, y cada vez que uno llegaba apuntaba que «ocupaba el trono». Era aquella Hispania un mundo aún vacilante y que podría haber girado en otra dirección muy distinta a la que lo hizo: en el 715-716, Abd al-Aziz, el hijo del conquistador Musa ibn Nusair, estaba casado con Egilona, la viuda de Rodrigo y la poderosa dama casi logró que su nuevo y conquistador marido se proclamara rey o de eso se le acusó y por ello se le dio muerte. [149] Más aún, en el 718, el califa Omar II (717-720) tras sufrir la devastadora derrota y destrucción ante Constantinopla de sus flotas y ejércitos, meditó con seriedad ordenar la retirada de al-Ándalus. [150]

Pero, aunque muchas familias nobles del reino se integraron en el nuevo mundo califal y aunque durante las dos o tres primeras generaciones posteriores a la conquista la sociedad y la economía apenas si cambiaron en su esencia y la inmensa mayoría de la población siguió apegada a su fe, su lengua y sus costumbres, el mundo había cambiado.

Había terminado un ciclo. La historia caminaba por una nueva senda. Los visigodos, los que habían marchado bajo las nieblas de la leyenda desde Escandinavia al *limes* romano, los

que habían sido «el terror de los romanos» y saqueado Roma para llevarse de ella los tesoros del Templo de Jerusalén, los que habían combatido a Atila en los Campos Cataláunicos y derramado sangre ajena y propia en cien combates, habían dado fin a su historia y lo habían hecho como verdaderos «hijos de un dios furioso»: sobre un ensangrentado campo de batalla.

Sus epígonos seguirían haciéndolo. En lo más recio de la Cordillera Cantábrica, entre los astures de feroces hábitos guerreros, un espatario de Rodrigo, Pelayo, estaba reuniendo guerreros montañeses y nobles godos que huían del sometido sur. Puede que la *Crónica mozárabe* también se refiriera a ellos cuando decía: «Pero asustados, rechazan la paz lograda, huyen por segunda vez en desbandada a las montañas y mueren de hambre y otras causas». [151]

No todos murieron. Pelayo y los suyos sobrevivieron al hambre y a las persecuciones y en el monte Auseva, en Covadonga, quizá en el 722, se enfrentaron a los musulmanes y vencieron. ¿Qué importa que la batalla solo fuera una escaramuza sin importancia? Nada. Eso no importó nada. Lo que importaba no fue el tamaño de los ejércitos enfrentados, lo más probable unos pocos centenares en cada hueste, sino lo que Pelayo supo hacer con su victoria: dar esperanza a un puñado de rebeldes y sobre esa rebeldía, la de sus hombres, puso los cimientos de un reino que no olvidaría a los visigodos.



Figura 77: Sólido de oro del año 94 de la Hégira (712). Se trata del tipo de moneda denominada «de transición», por su leyenda en latín. El patrón monetario se basa en el del sólido bizantino, de uso mayoritario en el norte de África, aunque en este caso la acuñación se produjo en Hispania, a juzgar por lo que indica su inscripción en el reverso, que del mismo modo indica la fecha de cuño en números romanos. En el anverso figura una estrella de ocho puntas junto a una orla con la primera parte de la profesión de fe musulmana (*chahada*). Las primeras monedas de oro andalusíes en latín pasarían a los pocos años de la ocupación musulmana a ser bilingües desde época del califa omeya Sulayman (715-717) y, posteriormente, contar solo con leyendas en árabe. Su factura irregular, habitual en estas monedas de transición, puede sugerir que su acuñación se produjera a partir de materiales recuperados como botín por los ejércitos musulmanes.

Notas

1 Ibn 'Abd al-Hakam, p. 47.

2 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 2-3.

3 García Moreno, L. A.: «Wamba».

4 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 2.

5 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 3-4.

6 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 30, 6-8.

7 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 10.

8 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 9-10.

9 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 6, 8, 9, 14, 24, 25, 27, 33 y 34.

10 Parra Romo, A., 2018: «El ejército visigodo en campaña. Wamba y la secesión de la Narbonense», 221-251; Parra Romo, A.: «La campaña militar de Wamba en la Septimania», 72-77.

11 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 11.

12 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 12-13.

13 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 13-26.

14 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 23-24-27.

15 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 26-29.

16 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 29-30.

17 *Crónica de Alfonso III* , 2. Y sobre la situación de la flota musulmana en estos años medios del siglo VII y

sobre sus primeros ataques a Sicilia y al Mediterráneo occidental y para la conquista de la Cartago bizantina y su importancia para la supremacía naval musulmana en Occidente durante los siglos VIII y IX, véase Lirola Delgado, J., 1990, 88-89; Soto Chica, J.: «La primera expedición árabe contra Chipre. Una nueva interpretación», 23-32; Soto Chica, J.: «Una noticia oriental olvidada sobre Ceuta y las Mauritanias. La reorganización y la defensa de los territorios africanos y del extremo occidente bizantino en la segunda mitad del siglo VII», 139-154; Soto Chica, J., García Amorós, M.: «Nuevas e ignoradas noticias sobre la Kähina y la conquista árabe del África bizantina: de reina de los bereberes a reina de los romanos», 93-108; y, Soto Chica, J., 2019, 453-490. Y sobre la situación política y militar del África bizantina y el empuje islámico en la zona: Soto Chica, J.: «África disputada: Los últimos años del África bizantina», 457-514.

18 Liber Iudiciorum, IX.2, 8; Actas del XII Concilio de Toledo del 681, p. 383, en Vives, J., 1963; Martín Viso, I.: «Las leyes militares de los reyes visigodos del siglo VII», 57-59.

19 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 35.

20 *Crónica mozárabe* del 754, 36; Actas del XI Concilio de Toledo del 675, pp. 344-369, en Vives, J., 1963.

21 Dioscórides IV, 154; y en particular Font Quer, P., 1982, 355-356; San Isidoro, *Etimologías* , XVII.9, 103. Agradezco profundamente al doctor Francisco Aguado, médico y perito forense, amén de cirujano maxilofacial y comandante médico militar y, sin duda, uno de nuestros grandes bizantinistas y la máxima

autoridad española en la historia de la medicina antigua y medieval, que me pusiera al corriente de los efectos tóxicos del esparto sobre el organismo y de la historia de su uso desde época de Dioscórides. También a Irene rodríguez, técnico documentalista clínico en Granada, que tuvo la gentileza de ofrecerme documentos e información al respecto.

22 *Crónica de Alfonso III* , 2-3; *Crónica mozárabe* del 754, 37-38; Actas del XII Concilio de Toledo del 681, cánones I y II, pp. 386-387, en Vives, J., 1963, donde el concilio examina los documentos presentados por Ervigio como prueba de su acceso legal y consentido al trono.

23 *Crónica mozárabe* del 754, 35.

24 Actas del XII Concilio de Toledo del 681, discurso de apertura del rey Ervigio, p. 380, en Vives, J., 1963.

25 Para el papel de los egipcios en la expansión islámica por el Mediterráneo, África del Norte y España, véase Kennedy, H., 2007, 246-266 y 400-413; Soto Chica, J.: «Egipto y los egipcios en la segunda fase de la expansión islámica (642-718)», 299-340, en especial, 313 y ss.; Soto Chica, J.: «Egipto, los árabes y la conquista de la Libia Marmárica, Pentápolis y Tripolitania, 642-698», 543-608.

26 Pablo Diácono, *Historia de los longobardos* , V.12, en Herrera Roldán, P., 2006.

27 Aguado Blázquez, F. A., 2005; Soto Chica, J.: «Egipto, los árabes y la conquista de la Libia Marmárica, Pentápolis y Tripolitania, 642-698», 543-608; Soto Chica, J.: «África disputada: Los últimos años del África bizantina», 457-514.

28 Ibn Idari, *Historia* , I, pp. 13-14, en Fagnan, E., 1901-1904.

29 Soto Chica, J., 2019, 453 y ss.

30 Ibn ʻAbd al-Hakam, p. 34.

31 Juan V, Epístola a. D. 686 celebrando la «Restauración de África», en Migne, J. P.: «Exemplar Divina Jussionis», *Patrología Latina* , vol. 96, col. 427.

32 Ibn ʻAbd al-Hakam, p. 39; *Nowairi* , I, 97-135 y II, 557-583 en Slane, M.: «Histoire de la province de l'Afrique et du Maghrib traduite de l'Arabe d'en-Noweïri», 1.er partie, février 1841, et 2.e partie, mai, 1841; *Tidjani* , p. 120, en Rousseau, A.: «Voyage du Scheikh et-Tidjani dans la Régence de Tunis, pendant les années 706, 707 et 708 de l'Hégire», pp. 57-208 y 5.e série février-mars 1853, 79-81, 101-168 y 354-425; *Ibn al-Athir* , 27, en Fagnan, E., 1898; *al-Baladhurî* , II, 360, p. 142, en Murgotten, F. C., 2 vols, 1969.

33 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6190, 370-371.

34 Elías de Nísibe, *Cronografía* , 74-75, en Brooks, E. W., Chabot, J. B. (eds.), 1909-1910. Sobre esta cuestión y su puesta en valor, véase Soto Chica, J., García Amorós, M.: «Nuevas e ignoradas noticias sobre la Kâhina y la conquista árabe del África bizantina», 93-108.

35 Ibn Idari, *Historia* , 23.

36 Vasiliev, A., 1945, vol. 1, 176.

37 Soto Chica, J.: «África disputada: Los últimos años del África bizantina», 507-514.

38 Elías de Nísibe, *Cronografía* , 154-155.

39 Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 54, en Motos Guirao, E., 2013; Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6209, 398-399; Aguado Blázquez, F. A., 2005*;* Kennedy, H., 2007, 246-266 y 400-413.

40 *Crónica arábigo-bizantina* del 741, 36, en Blanco Silva, R.: «Una crónica mozárabe a la que se ha dado en llamar *Arábigo-bizantina* de 741: Un comentario y una traducción», 153-167; y, de forma explícita y contundente, *Crónica mozárabe* del 754, 51.

41 CJ, 1.27.2.2; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , I, 3-4; León VI, *Naumacika* , p. 494-495, 25-27; Treadgold, W., 1995, 14, 47-65, 87-95 y 194-196; Soto Chica, J., 2015, 35-50 y Soto Chica J., 2019, 251-316; Soto Chica, J., 2019, 453-490; y, Soto Chica, J.: «La invención del fuego griego y la lucha de bizantinos y árabes por el control del Mediterráneo: ingeniería y guerra naval en la Alta Edad Media», pp. 113-134.

42 *Crónica mozárabe* del 754, 59. Y para la bizantinidad de don Julián y de Ceuta en el 709-710: Motos Guirao, E.: «Crisis institucional y política de destierros. El año 641 en Bizancio», 197-230; Soto Chica, J.: «Una noticia oriental ignorada sobre Ceuta y las Mauritanias. La reorganización y defensa de los territorios africanos y del extremo occidente bizantino en la segunda mitad del siglo VII», 139-154.

43 Actas del XIV Concilio de Toledo del 684, p. 442, en Vives, J., 1963.

44 Procopio de Cesarea, IV, 14.5-7.

45 Para los efectos del enfriamiento global y sus ecos en las crónicas y fuentes orientales, véase Martínez

Carrasco, C.: «El maldito siglo VII: los efectos del enfriamiento y las catástrofes naturales en Siria-Palestina según las crónicas», 283-300.

46 *Crónica mozárabe* del 754, 37.

47 *Crónica mozárabe* del 754, 41.

48 *Crónica mozárabe* del 754, 47.

49 *Ajbar machmúa* , p. 33, traducción de E. Lafuente y Alcántara recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 32-36.

50 Actas del XIII Concilio de Toledo del 683, canon III, p. 438, en Vives, J., 1963.

51 Actas del XII Concilio de Toledo del 681, pp. 381-389, en Vives, J., 1963.

52 Orlandis, J.: «Sobre el origen de la "Lex in confirmatione concilii"», 113-126; Valverde Castro, M.ª R., 2000.

53 *Crónica de Alfonso III* , 3.

54 La figura de san Julián cuenta con el problema de su exaltación religiosa y cultural. Al ser «blanqueado» por las fuentes y al deslumbrar con su autoridad intelectual, la historiografía ha sido, a menudo, poco crítica hacia la figura del poderoso obispo: Rivera Recio, J. F., 1944; Murphy, F. X.: «Julian of Toledo and the fall of the Visigothic kingdom», 1-27.

55 Actas del XIII Concilio de Toledo del 683, canon II, pp. 416-419 y 438, en Vives, J., 1963.

56 Pérez-Prendes Muñoz-Arraco, J. M.: «Resonancias jurídicas en las pizarras visigóticas», 127-141 y

Alvarado Planas, J.: «La aplicación del derecho en el año 700», 85-89.

57 Alvarado Planas, J., 1997, 83-95.

58 Zeumer, K., 1944, 94-107.

59 Orlandis, J.: «Hacia una mejor comprensión del problema judío en la España visigoda», 169-171; Bachrach, B. S, 1977, 19-20.

60 Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, 247-254; Orlandis, J., 1992, 142-161.

61 Poveda Arias, P.: «Relectura de la supuesta crisis del fin del reino visigodo de Toledo: una aproximación al reinado de Egica a través de sus fuentes legales», 13-46.

62 Suele haber cierto desacuerdo en atribuir algunas leyes a Égica: Poveda Arias, P.: «Relectura de la supuesta crisis del fin del reino visigodo de Toledo: una aproximación al reinado de Egica a través de sus fuentes legales», 13-46.

63 Actas del XV Concilio de Toledo del 688, presentación del *tomus regio* , pp. 449-452 y 464-471 y *Crónica mozárabe* del 754, 41. Y para Julián y la polémica con el papa Benedicto: pp. 452-464 y *Crónica mozárabe* del 754, 38 y, sobre todo, 41.

64 *Crónica albeldense* , XIII, 69. La fecha del nacimiento de Witiza puede establecerse entre el 685 y el 691 según dos datos: el primero es su unción real en el 700, algo que tuvo que tener lugar con su mayoría de edad legal, catorce años, y el segundo procede de la *Crónica albeldense* que nos dice que Witiza vivió diecinueve años y puesto que murió a finales del 709 o muy al comienzo del 710, eso situaría su nacimiento

en el 690/691 La contradicción entre las fuentes es difícil de explicar y es probable que la fecha de nacimiento deba de ser establecida en el 688 o incluso en el año precedente y bajo el reinado de su abuelo Ervigio.

65 *Crónica de Alfonso III* , R. 4.

66 Actas del XIII Concilio de Toledo del 683, firmas de Égica como *comes scanciarum et dux* , p. 434, en Vives, J., 1963; Díaz Martínez, P.: «El reino visigodo en vísperas del 711: sistema político y administración», 31-42 e Isla Frez, A.: «El *officium palatinum* visigodo. Entorno regio y poder aristocrático», 844-845.

67 Actas del III Concilio de Zaragoza del 691, canon V, pp. 479-480, en Vives, J., 1963.

68 Actas del XIII Concilio de Toledo del 683, cánones IV y V, pp. 419-422, en Vives, J., 1963.

69 Actas del III Concilio de Zaragoza del 691, canon V, p. 479-480 en Vives, J., 1963.

70 *Crónica mozárabe* del 754, 41.

71 Actas del XVI Concilio de Toledo del 693, firmas de los miembros del *officium palatinum* , p. 521, en Vives, J., 1963.

72 Actas del XVI Concilio de Toledo del 693, *tomus regio* y canon X, pp. 487 y 509-512, en Vives, J., 1963.

73 Actas del XVI Concilio de Toledo del 693, pp. 482-521, y canon X, pp. 509-512, en Vives, J., 1963.

74 *Crónica mozárabe* del 754, 44.

75 *Crónica de Alfonso III* , R. 4 y A S 4.

76 *Crónica mozárabe* del 756, 87, 1.

77 Liber Iudiciorum, XII.2, 18.

78 Actas del XVII Concilio de Toledo del 694, presentación del *tomus regio* , p. 524, en Vives, J., 1963.

79 Para un análisis general de la conflictividad violenta entre judíos y cristianos en el Oriente y el África bizantinos de la primera mitad del siglo VII, véase la introducción y estudio que acompañan a la edición y traducción de *La didascalia de Jacob* : Maldonado Villena, F., Soto Chica, J., 2015.

80 González Salinero, R.: «Fuentes Grecolatinas para el estudio de la minoría judía en Egipto y el Norte de África en el momento de la invasión islámica (siglos VI-VIII)», 73-92.

81 Cordero Navarro, C.: «El problema judío como visión del "otro" en el reino visigodo de Toledo», 32-38; García Iglesias, L.: «Motivaciones de la política antijudía del reino visigodo en el siglo VII», 257-268 y para una postura netamente diferente y más realista en mi opinión: Martin, C., Nemo-Pekelman, N.: «Les Juifs et la cité. Pour une clarification du statut personnel des juifs de l'Antiquité tardive à la fin du royaume de Tolède (IVe -VIIe siècles)», 244.

82 Liber Iudiciorum, IX.1, 21.

83 Para otras interpretaciones, véase Isla Frez, A.: «Los fugitivos y el título sobre ellos en el *Liber Iudicum* », 113-124.

84 *Crónica mozárabe* del 754, 44.

85 Miles, G. C., 1952, 406-441.

86 Una visión positiva del final del Reino en Poveda Arias, P.: «Relectura de la supuesta crisis del fin del reino visigodo de Toledo: una aproximación al reinado de Egica a través de sus fuentes legales», 13-46. La inmensa mayoría de la historiografía no apoya esa visión. Por ejemplo, entre otros muchos: Collins, R., 1983, 143-145 y Menéndez Pidal, R., 1991, t. III, vol. I, 261-263.

87 García Moreno, L. A.: «Los últimos tiempos del reino visigodo», 425-460.

88 *Crónica mozárabe* del 754, 44 y *Crónica de Alfonso III* , 5.

89 *Crónica mozárabe* del 754, 47.

90 García Moreno, L. A., 1975, 204-207.

91 *Crónica mozárabe* del 754, 55. Para los primeros compases de la conquista se puede leer el trabajo de Segura González, W.: «El comienzo de la conquista musulmana de España», 92-135, con el que no estoy del todo de acuerdo pero que es excelente. Consúltese también Díaz, P. C.: «Morbo gótico. Comprender la caída del reino visigodo de Toledo», 78-82.

92 *Crónica de Alfonso III* , 5.

93 Al-Himyari, pp. 68-69, traducido por M.ª P. Maestro y recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 68-71.

94 *Crónica mozárabe* del 754, 51.

95 *Ibn al-Athir* , p. 22.

96 Al-Baladhurî, I, pp. 365.

97 Martínez Carrasco, C.: «El último patricio romano de Spania. Una relectura de la figura del “Conde don Julián”».

98 Sánchez Medina, E.: «Reflexiones en torno al 711. Problemas, metodologías y posibles avances», 28-36.w

99 *Crónica mozárabe* del 754, 52.

100 *Crónica de Alfonso III* , 6.

101 Actas del XVI Concilio de Toledo del 693, firmas de los asistentes, p. 521, en Vives, J., 1963.

102 García Moreno, L. A.: «Rodrigo».

103 *Crónica mozárabe* del 754, 54.

104 Miles, G. C., 1952, 384-385.

105 García Moreno, L. A., 2013, 135-175 y 241-251.

106 *Crónica mozárabe* del 754, 51, 52 y 54.

107 *Ajbar machmúa* , pp. 33-34.

108 *Crónica mozárabe* del 754, 51 y 52.

109 Entre otras muchas: *Crónica albeldense* , p. 13; *Ajbar machmúa* , p. 33.

110 *Crónica mozárabe* del 754, 52.

111 Ibn ‘Abd al-Hakam, p. 44.

112 Ibn ‘Abd al-Hakam, p. 43.

113 *Ajbar machmúa* , pp. 32 y 33 e Ibn ‘Abd al-Hakam, p. 42.

114 Ibn ‘Abd al-Hakam, p. 41; *Ajbar machmúa* , p. 32; Ibn Qutaiba. Al-Imama wal-siyasa, p. 14, traducción

de J. Rivera recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 14-16.

115 *Ajbar machmúa* II, pp. 29-30; Abu Jafar, Libro de las suficiencias de la historia de los Califas, p. 47, traducción de P. de Gayangos y recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 46-50.

116 Ibn ʻAbd al-Hakam, p. 46.

117 *Ajbar machmúa* , p. 33.

118 *Crónica mozárab* e del 754, 52; Ibn ʻAbd al-Hakam, pp. 41 y 44-45; Ibn Qutaiba. Al-Imama wal-siyasa, p. 15; Ibn Abi Riqac, pp. 18-19, traducción de M. M. Anduña recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 17-20; al-Himyari, p. 70; *Ajbar machmúa* II, p. 30, compilado y traducido por Dozy y recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 28-32; Ibn Idari, *Historia* , p. 36; *Ibn al-Athir* , 439.

119 *Crónica mozárabe* del 754, 52. Para la identificación de Algeciras con Iulia Traducta/Transducta y los testimonios de las fuentes al respecto, véase Berenjeno Borrego, A., Soto Chica, J.: «La última posesión bizantina en la Península Ibérica: Mesopotamenoi-Mesopotaminoi. Nuevas aportaciones para su identificación», 163-194.

120 Nubiense, El, *Descripción de España de Xerif Aledris* , 41, en Conde, J. A. (trad. y notas), 1980; Pascual Barea, J.: «Ubicación en el valle de Ojén (Cádiz) del Fundus Ursianus donde fueron ejecutados los mártires Servando y Germán», 233-249.

121 Ibn ʻAbd al-Hakam, p. 45.

122 Entre otros muchos: Ibn ‘Abd al-Hakam, p. 44; Ibn al-Qutiyya, p. 26, traducción de J. Rivera recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 24-27.

123 Soto Chica, J., 2019, 527 y ss.

124 Collins, R., 1991, 31-39.

125 *Crónica mozárabe* del 754, 51 y 52.

126 Ibn al-Sabbat, pp. 66-67, traducción de E. de Santiago recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 65-68; Ibn ‘Abd al-Hakam, p. 45.

127 *Crónica mozárabe* del 754, 84.

128 Al-Maqqari II, p. 108, traducción de P. de Gayangos y recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», pp. 101-114.

129 García Moreno, L. A., 2013, 244-246 y 260-262; Muñoz Bolaños, R., 2003, 75-79; Sánchez Albornoz, C.: «Otra vez Guadalete y Covadonga», 11-114 y Bernabé Salgueiro, A.: «La batalla del Guadalete. Aproximación a su realidad histórica y arqueológica», 73-100.

130 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 11-12 y 15.

131 Ibn Qutaiba. Al-Imama wal-siyasa, p. 15; Al-Maqqari, p. 113; Ibn Abi Riqac, p. 19; al-Himyari, p. 70.

132 Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 11-12 y 15.

133 *Crónica mozárabe* del 754, 52; Fath al-Andalus, p. 43, traducción de M. Penelas recogido por Segura

González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», pp. 40-43; *Ibn al-Athir* , 40-44.

134 Ibn al-Qutiyya, pp. 24-26.

135 *Crónica mozárabe* del 754, 54.

136 *Crónica mozárabe* del 754 51, 52 y 54. Y entre las fuentes árabes, entre otros muchos testimonios: *Ajbar machmúa* II, p. 31; *Ajbar machmúa* , p. 31; Ibn al-Sabbat, p. 67; *Crónica del moro Rasis* , p. 24, en Catalán, D., Soledad de Andrés, M. (eds.): «Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González», 20-24.

137 Ibn 'Abd al-Hakam, p. 46.

138 *Crónica mozárabe* del 754, 52.

139 Al-Maqqari, pp. 120-122, traducción de E. Lafuente Alcántara y recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», pp. 114-125.

140 *Crónica mozárabe* del 754, 51, 52 y 54; Ibn 'Abd al-Hakam, pp. 41 y 44-46; Al-Maqqari, pp. 113-114; Ibn al Kardabus, pp. 59-60, traducido por Felipe Maíllo y recogido por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 58-60; Ibn Qutaiba. Al-Imama wal-siyasa, pp. 15-16; Ibn al-Sabbat, p. 68.

141 *Ajbar Machmua* II, pp. 31-32 y consúltese también nota 26 de las citadas páginas.

142 *Ajbar machmúa* , pp. 34-35; Ibn 'Abd al-Hakam, p. 44.

143 Ibn 'Abd al-Hakam, pp. 44-46; Ibn Abi Riqac, pp. 18-19.

144 Véase el magnífico trabajo de Pérez de Tudela Velasco, M.ª I.: «El ejército cristiano en la España altomedieval: de la derrota militar ante los musulmanes, a la resistencia espontánea frente a ellos», 9-24.

145 *Crónica mozárabe* del 754, 53.

146 *Crónica mozárabe* del 754, 54.

147 *Crónica mozárabe* del 754, 54.

148 *Crónica mozárabe* del 754, 87, 1-2.

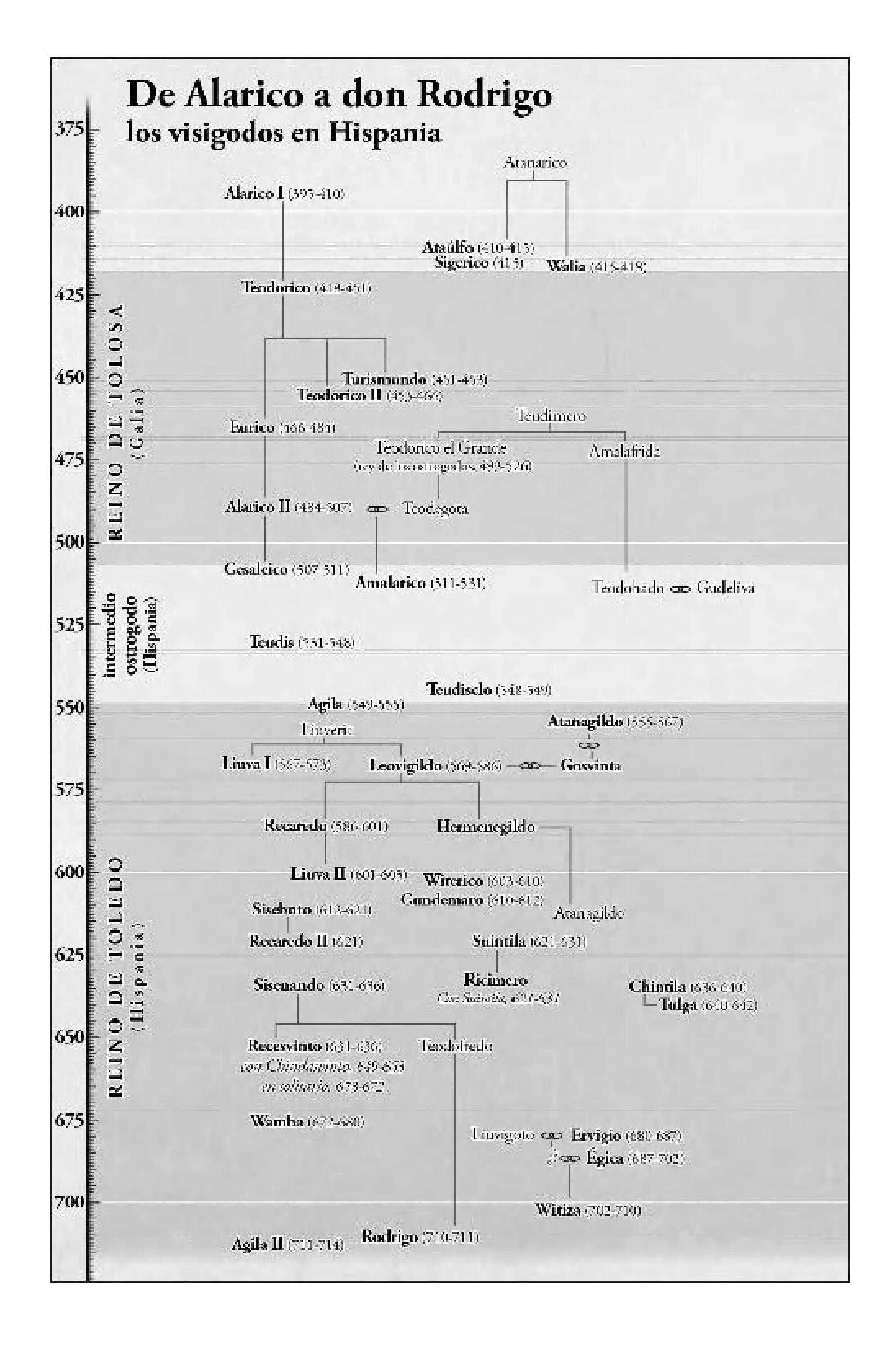
149 *Crónica mozárabe* del 754, 80.

150 Collins, R., 1991, 40.

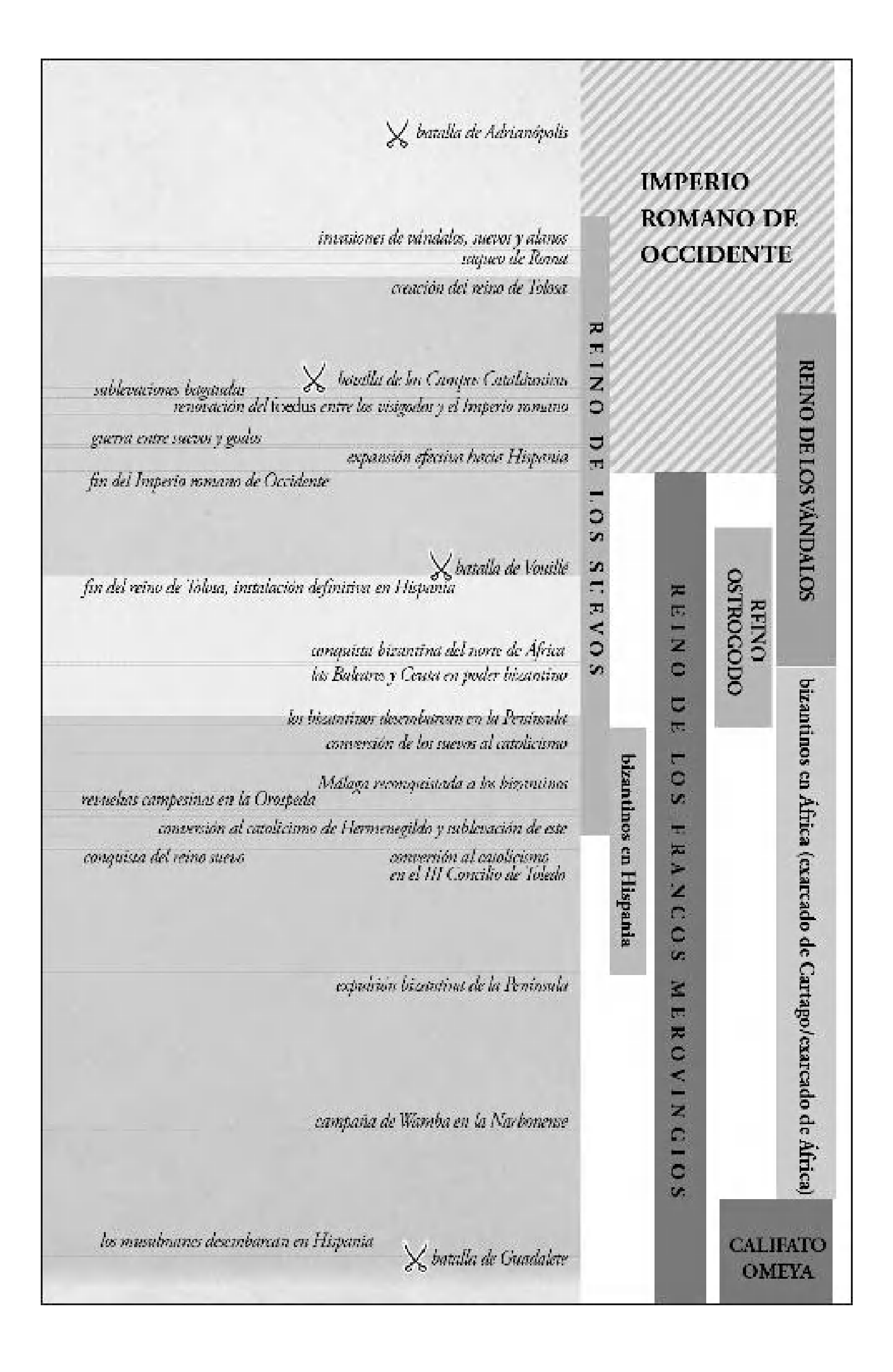
151 *Crónica mozárabe* del 754, 54.

Anexo

Cronología



De Alarico a don Rodrigo
los visigodos en Hispania
375
400
425
450
475
500
525
550
575
600
625
650
675
700
REINO DE TOLOSA (Galia)
intermedio ostrogodo (Hispania)
REINO DE TOLEDO (Hispania)
Atanarico
Alarico I (395-410)
Ataúlfo (410-415)
Sigerico (415)
Walia (415-418)
Teodorico (418-451)
Turismundo (451-453)
Teodorico II (453-466)
Teudimero
Eurico (466-484)
Teodorico el Grande
Amalafrida
Alarico II (484-507)
Teodegota
Gesaleico (507-511)
Amalarico (511-531)
Teodohado
Gudeliva
Teudis (531-548)
Teudisclo (548-549)
Agila (549-555)
Atanagildo (555-567)
Liuva I (567-573)
Leovigildo (569-586)
Gosvinta
Recaredo (586-601)
Hermenegildo
Liuva II (601-603)
Witerico (603-610)
Gundemaro (610-612)
Atanagildo
Sisebuto (612-621)
Recaredo II (621)
Suintila (621-631)
Sisenando (631-636)
Ricimero
Chintila (636-640)
Tulga (640-642)
Recesvinto
con Chindasvinto, 649-653
en solitario, 653-672
Teodofredo
Wamba (672-680)
Liuvigoto
Ervigio (680-687)
¿?
Égica (687-702)
Witiza (702-710)
Rodrigo (710-711)
Agila II (711-714)



batalla de Adrianópolis
IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE
invasiones de vándalos, suevos y alanos
saqueo de Roma
creación del reino de Tolosa
batalla de los Campos Cataláunicos
sublevaciones bagaudas
renovación del foedus entre los visigodos y el Imperio romano
guerra entre suevos y godos
expansión efectiva hacia Hispania
fin del Imperio romano de Occidente
batalla de Vouillé
fin del reino de Tolosa, instalación definitiva en Hispania
conquista bizantina del norte de África
las Baleares y Ceuta en poder bizantino
los bizantinos desembarcan en la Península
conversión de los suevos al catolicismo
Málaga reconquistada a los bizantinos
revueltas campesinas en la Orospeda
conversión al catolicismo de Hermenegildo y sublevación de este
conquista del reino suevo
conversión al catolicismo en el III Concilio de Toledo
expulsión bizantina de la Península
campaña de Wamba en la Narbonense
los musulmanes desembarcan en Hispania
batalla de Guadalete
REINO DE LOS SUEVOS
bizantinos en Hispania
REINO DE LOS FRANCOS MEROVINGIOS
REINO OSTROGODO
REINO DE LOS VÁNDALOS
bizantinos en África (exarcado de Cartago/exarcado de África)
CALIFATO OMEYA

Bibliografía

FUENTES PRIMARIAS

Adler, W., Duffin, P.: *The Chronography of George Synkellos: A Bizantyne Chronicle of Universal History from the Creation* , Oxford, 2002.

Adriaen, M. (ed.): *Ambrosius, Expositio evangelii secundum Lucam* , Turnhout, 1972.

Aguilar Miquel, J.: «Epistula ad Quiricum Barcinonensem antistitem y epigrama operis subsequentis de Tajón de Zaragoza. Estudio, edición crítica y traducción», *Euphrosyne – Revista de Filologia Classica* , 2018, n.º 46, pp. 182-204.

«Ajbar machmúa» (trad. E. Lafuente y Alcántara), en *Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González* , recogido en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa* , 2010, n.º 10, pp. 32-36.

«Ajbar machmúa II» (compil. y trad. Dozy), en *Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura* , recogido en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa* , 2010, n.º 10, pp. 28-32.

al-Baladhurî: *The origins of the Islamic State* , *Al-Baladhuri* (*Kitab Futuh Al-Buldan*) (trads. P. K. Hitti [vol. 1] y F. C. Murgotten [vol. 2]), 2 vols., New York, 1969.

«Al-Himyari» (trad. M. P. Maestro), en *Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González* , recogido en

Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , 2010, n.º 10, pp. 68-71.

«Al-Maqqari» (trad. E. Lafuente Alcántara), en *Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González* , recogido en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa* , 2010, n.º 10, pp. 114-125.

«Al-Maqqari II» (trad. P. de Gayangos), en *Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González* , en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa* , 2010, n.º 10, pp. 101-114.

Amidon, Ph. R.: *Philostorgius: Church History* , Atlanta, 2007.

Arce, A.: *Itinerario de la Virgen Egeria (381-384)* , Madrid, 1996.

Bachrach, B. S.: *Liber historiae Francorum* , Minneapolis, 1973.

Barlow, C. W.: *Martini Episcopi Bracarensis opera omnia* (Papers and monographs of the American Academy in Rome 12), Newhaven, 1950.

Barnes, T. D.: «The Victories of Constantine», en *Zeitschrift für Papirologie und Epigraphik* , 1976, n.º 20, pp. 149-155.

Barnish, S. J. B.: *Casiodorus: Variae. Translated, with notes an introduction* , Liverpool, 1992.

Blanco Silva, R.: «Una crónica mozárabe a la que se ha dado en llamar *Arábigobizantina* de 741. Un comentario y una traducción», *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* , n.º 17, 1999, pp. 153-167.

Blockley, R. C. (ed.): *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire. Eunapius,*

Olympiodorus, Priscus and Malchus (2 vols.), Liverpool, 1983.

Blockley, R. C.: *The History of Menander the Guardsman* , Liverpool, 1985.

Brooks, E. W., Chabot, J. B. (eds.): *Opus Chronologicum, Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium: Scriptores Syri Textus* , Rome/Paris, 1909-1910.

Bruzzone, A.: *Merobaude Flavio, Panegirico in versi. Introduzione e commento* , Rome, 1999.

Buendía, F.: *Don Francisco de Quevedo y Villegas, obras completas. Obras en prosa* , Madrid, 1979, vol. I.

Burgess, R.W. (ed.): *Chronicle of the Hydatius and the Consularia Constantinopolitana. Two contemporary account of the final years of the Roman Empire* , Oxford, 1993, pp. 174-245.

Campos, J.: *Juan de Bíclaro, obispo de Gerona: su vida y su obra: introducción, texto crítico y comentarios* , Madrid, 1960.

Castillo Bejarano, M.: *Claudio Claudiano. Poemas. Obra completa* (2 vols.), Madrid, 1993.

Código Teodosiano, en adelante CTH, disponible en <http://www.thelatinlibrary.com > [última consulta 12-05-2020].

Codoñer Merino, C.: *El De viris illustribus de Isidoro de Sevilla. Estudio y edición crítica* , Salamanca, 1964.

Collins, R.: «An historical commentary on the consularia Caesaragustana», en C. Cardelle de Hartmann (ed.), *Victor Tunnunensis, Iohannes Biclarensis. Chronicon cum reliquiis ex Consularibus Caesaraugustanis. Chronicon* (CCSl, 173 A), Turnhout, 2001.

Cornelio Tácito. Agrícola. Germania. Diálogo sobre los oradores , Madrid, Gredos, 1981 [introd., trad. y notas de J.

M. Requejo].

Croke, B. (Theodor Momsen Text): *The Chronicle of Marcellinus: A Translation and commentary* , Sidney, 1995.

Crónica del moro Rasis (ed. Diego Catalán y M. Soledad de Andrés), en *Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González* , recogido en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa* , 2010, n.º 10, pp. 20-24.

Cuenca, L. A. de (trad.), Jiménez Garnica, A. M. (introd. y notas): *Cantar de Valtario* , Madrid, 1998.

D'Ors, A. de: *El Código de Eurico* , Madrid, 2014.

Dalton, O. M.: *Sidonius Apolinaris. Letters* , Oxford, 1915.

De la Baune, J. (ed.): «Ejusdem Claudii Mamertini, Genethleicus Maximiani» en J. de la Baune, *Panegyrici Veteres* , Paris, 1676, pp. 125-139.

De Saavedra Fajardo, D.: *La corona gótica* , Murcia, 2008.

Delehaye, H.: «Saints de Thrace et Mésie», *Analecta Bollandiana* , 1912, XXXI, pp. 161-300.

Demougeot, E.: «Une Lettre de l'empereur Honorius sur l'hospitium des soldats», *Revue d'Histoire du Droit Française* , 1956, n.º 36, pp. 33-34.

Descripción de España de Xerif Aledris, conocido por el Nubiense (trad. y notas J. A. Conde), Madrid, 1799 (2.ª ed. 1980).

Dewing, H. B. (ed. y trad.): *Procopius. History of the Wars* (6 vols.) [texto griego], vol. 3: Books V and VI, London-New York, 1919.

Díaz, M.: *Cronicón de Hidacio* , Madrid, 1906.

Díaz y Díaz, M. C.: La vida *de San Fructuoso de Braga. Estudio y edición crítica* , Braga, 1974.

Díaz y Díaz, M. C.: *San Isidoro de Sevilla, Etimologías* , Madrid, 2000.

Dio Cassius. Roman History (9 vols.) [trad. de E. Cary], Harvard University, 1914-1927.

Dioscórides. Plantas y remedios medicinales. Libros IV-V , Madrid, Gredos, 2002 [trad. de M. García Valdés].

Divjak, J.: *Sancti Aureli Augustini Opera. Epistolae ex Duobus Codicibus Nuper in Lucem Prolatae* (CSEL, vol. LXXXVIII), Vienna, 1981, pp. 51-70.

Droysen, H. (ed.): *Scriptores rerum germanicarum, monumenta germaniai historici, Paulus Diaconus,* Historia romana, Berlin, 1879.

«El libro de las suficiencias sobre la historia de los califas, Abu Jafar» (trad. P. de Gayangos), en *Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González* , recogido en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa* , 2010, n.º 10, pp. 46-50.

Estrabón. Geografía. Libros V-VII , Madrid, Gredos, 2001 [trad. y notas de J. Vela Tejada, J. Gracia Artal].

Eusebio de Cesarea, Vida de Constantino , Madrid, Gredos, 1994 [trad. de M. Gurruchaga].

Eutropio, Aurelio Víctor, Breviario. Libro de los Césares , Madrid, Gredos, 1999 [trad. y notas de E. Falque).

Ewald, P., Hartmann, L. M.: *Gregorii I Papae Registrum epistolarum Libri I-XIV* , Berlin, 1892.

Fagnan, E.: *Ibn-el-Athir. Annales du Maghreb et de l'Espagne,* Argel, 1898.

Fagnan, E.: *Histoire de l'Afrique et de l'Espagne intitulé al-Bayano'l-Mogrib* (2 vols.), Alger, 1901-1904.

«Fath al-Andalus» (trad. M. Penelas), en *Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González* , recogido en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa* , 2010, n.º 10, pp. 40-43.

Férotin, D. M.: *Le liber ordinum en usage dans l'église visigothique et mozarabe d'Espagne du cinquième au onzième siècle* (Monumenta Ecclesiae Liturgica, vol. 5), Paris, 1904, cols. 150-151.

Festugière, A. J.: *Leontios de Neapolis, Vie de Syméon le Fou et Vie de Jean de Chypre* , Paris, 1974.

Festugière, A. J.: «Évagre, Historie Ecclésiastique», *Byzantion* , 1975, 45, 2, pp. 187-488.

Foerster, R.: *Libanii opera* , Leipzig, 1903-1927 (reimpr. 1967).

Fontaine, J.: *Isidore de Séville. Traité de la nature, suivi de L'Épître en vers du Roi Sisebut à Isidore* (Bibliothèque de L'École des Hautes Études Hispaniques, Fasc. XXVIII), Bordeaux, 1960.

Frighetto, R.: *Valerio del Bierzo. Autobiografía* , La Coruña, 2006.

Frye, R. N.: «Res Gestae Divi Saporis», en R. N. Frye, *The History of Ancient Iran* , München, 1984.

Galletier, E.: *Panégiriques Latins* , tome III (XI-XII), Paris, 1955.

Gil, J.: *Miscellanea Wisigothica* , Sevilla, 1972, pp. 3-49.

Gil, J.: «Interpretaciones latinas», *Habis* , 1984, n.º 15, p. 187.

Gil Fernández, J., Moralejo, J. L., Ruiz de la Peña, J. I.: *Crónicas asturianas: Crónica de Alfonso III (Rotense y A Sebastián); Crónica albeldense (y Profética)* , Oviedo, 1985.

González Palencia, A. (ed.): *Pedro de Medina. Obras* , vol. I, Madrid, 1944.

Grigoriadis, I.: ’πίτομη ἱστοριῶν [Epítomi istorión], Atenas, 1995.

Harto Trujillo, M.ª L. (ed.): *Amiano Marcelino. Historia* , Madrid, 2002.

Haenel, G. F.: *Lex Romana Visigothorum* , Leipzig, 1848.

Helm, R.: *Eusebius Werke* . Siebenter band: *Die Chronik des Hieronymus* , Berlin, 1956.

Heródoto. Historia. Libros III-IV , Madrid, Gredos, 1986 [trad. y notas de C. Schrader; rev. de M.ª E. Martínez-Fresneda].

Heródoto. Historia. Libros V-VI , Madrid, Gredos, 1988 [trad. y notas de C. Schrader].

Heródoto. Historias. Libro VII , Madrid, Gredos, 1985 [trad. y notas de C. Schrader; rev. de B. Cabellos Álvarez].

Herrera Roldán, P.: *Pablo Diácono. Historia de los longobardos* , Cádiz, 2006.

Herrera Roldán, P.: *Gregorio de Tours. Historias* , Cáceres, 2013.

«Ibn Abi Riqac» (trad. M. M. Anduña), en *Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González* recogido en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa* , 2010, n.º 10, pp. 17-20.

«Ibn al Kardabus» (trad. F. Maíllo), en *Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González* , recogido en

Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , 2010, n.º 10, pp. 58-60.

«Ibn al-Qutiyya» (trad. J. Rivera), en *Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González* , recogido en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa* , 2010, n.º 10, pp. 24-27.

«Ibn al-Sabbat» (trad. E. de Santiago), en *Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González* , recogido en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa* , 2010, n.º 10, pp. 65-68.

«Ibn Qutaiba, *Al-Imama wal-siyasa* » (trad. J. Rivera), en *Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González* , recogido en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa* , n.º 10, pp. 14-16.

Jeffreys, E.: *The age of dromon* , Boston, 2006, pp. 482-519.

Krusch, B.: *Vita Eptadii presbyteri Cervidunensis* (Monumenta Germaniae Histórica, SRM 3), Berlin, 1896.

Krusch, B.: *Venanti Honori Clementiani Fortunati, opera Pedestria* (Monumenta Germaniae Historica, AA, new ed.), Berlin, 1961.

Lactancio. Sobre la muerte de los perseguidores , Madrid, Gredos, 1982 [introd., trad. y notas de R. Teja].

Lagarrigue, G. (ed., trad. y notas): *Salvian de Marseille* . OEuvres, vol. I, Paris, 1971.

Larate Castro, L.: *Beowulf y otros poemas antiguogermánicos* , Barcelona, 1974.

Lasala Navarro, I., López Hernando, M.ª P.: «“Origo Constantini Imperatoris”, comentario, notas y traducción»,

Habis , 2007, n.º 38, 271-285.

Levison, W.: *Iulianus Toletanus, Historia wambae. Corpus Christianorum* , *Series Latina* , vol. CXV, Turnhout, 1976.

López Pereira, J. E. (ed. y trad.): *Crónica mozárabe de 754* , Zaragoza, 1980.

Magaña Órue, E., Rodríguez González, J., De la Torre Rodríguez, J. I.: *Mauricio emperador romano de Oriente. Strategicon* , Madrid, 2014.

Malaspina, E.: *Liber epistolarum della cancellería austrasica (sec. V-VI)* , Rome, 2001.

Maldonado Villena, F., Soto Chica, J.: *La didascalia de Jacob* , Granada, 2015.

Mango, C.: *The chronicle of Teophanes the Confessor* , Oxford, 1997.

Martín, J. C.: «La "Crónica universal" de Isidoro de Sevilla: circunstancias históricas e ideológicas de su composición y traducción de la misma», *Iberia. Revista de la Antigüedad* , 2001, vol. 4, pp. 199-239.

Maya Sánchez, A.: *Vitas sanctorum patrum emeretensium* (Corpus Christianorum, Series Latina 116), 2 vols., Breppols, 1992 [ed. en esp.: Velázquez, I. (trad.): *Vidas de los santos Padres de Mérida* , Editorial Trotta, Madrid, 2008].

Menéndez Pidal, R.: *Alfonso X el Sabio. Primera Crónica general: Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio y que continuaba bajo Sancho IV en 1289* , Madrid, 1955.

Migne, J. P. (ed.): «Gregorius Nazianzenus. Epistolae», en J. P. Migne, *Patrologiae Cursus Completus, Series Graeca* , Paris, 1862, vol. 37.

Migne, J. P.: «Iulianus Toletanus: Historia Wambae Regis; Incliti insultatio Viris historici in tyranidenn Galliae;

Judicium in tyranorum perfidia promulgatum», en J. P. Migne, *Patrología latina* , col. 759 y ss., vol. 96, Paris, 1862.

Migne, J. P. (ed.): «Socratis Scholastici, Hermiae Sozomeni. Historia ecclesiastica», en J. P. Migne, *Patrologiae Cursus Completus, Series Graeca* , Paris, 1864, vol. 67.

Migne, J. P.: «Teodorethi, cyrensis episcopi. Opera Omnia», en J. P. Migne, *Patrologiae Cursus Completus, Series Graeca* , 1860, vol. 80, t. III.

Migne, J. P. (ed.): «Chronologia Regnum Gothorum», en J. P. Migne, *Patrologia latina* , col. 1118, Paris, 1850, vol. 83.

Migne, J. P.: «Isidorus Hispalensis, Sententiarum Libri tres», en J. P. Migne, *Patrología latina* , Paris, 1863, vol. 83.

Migne, J. P.: «Tyrannius Rufinus, Pelagius », en J. P. Migne, *Patrologia latina* , Paris, 1878, vol. 21.

Migne. J. P.: «Gregorius Turonensis. Historia francorum libri decem», en J. P. Migne, *Patrologia latina* , Paris, 1879, vol. 71.

Minard, P.: *Gregorius Magnus. Registre des Lettres* , Paris, 1991.

Mommsen, T.: *Iordanis Romana et Getica* , *Monumenta Germaniae histórica, Autores antiquissimi* , Berolini, 1882, vol. 1., pp. 1-52.

Mommsen, T. (ed.): *Chronica Minora, II, saec. IV, V, VI, VII* , Berlin, 1894, vol. 2.

Mommsen, T. (ed.): Monumenta Germania Historica. Cassiodori Senatoris Variae, 12, 7, CLXXI, Berlin, 1894.

Mommsen, T. (ed.): «Chronica Gallica», en *Monumenta Germaniae historica* , AA IX, München, 1982 (reimpr.).

Morin, G., Antin, P.: *Die Chronik des Hieronimus* , Turnhout, 1958-1959.

Muhlberger, S.: *The Fifth-century Chroniclers. Prosper, Hydatius, and the Gallic Chronicler of 452* , Leeds, 1990.

Neira Faleiro, C.: *La Notitia dignitatum. Nueva edición crítica y comentario histórico* , Madrid, 2006.

Nobbe, K. F. A. (ed.): *Claudii Ptolemaei Geographia* , Lipsiae, 1843.

Nock, C.: *The Vita Sancti Fructuosi: Tex with a Translation, Introduction, and Commentary* , Washington, 1946.

Osenbrüggen, E.: *Cuerpo del derecho civil romano* , Barcelona, 1898.

Paniagua Aguilar, D. (ed.): *Flavio Vegecio Renato. Compendio de técnica militar* , Madrid, 2006.

Paulo Orosio, Historias. Libros V-VII , Madrid, Gredos, 1982 [introd., trad. y notas de E. Sánchez Salor].

Pausanias. Descripción de Grecia. Libros III-VI , Madrid, Gredos, 1994 [introd., trad., y notas de M.ª C. Herrero Ingelmo].

Petschenig, M.: *Victoris Episcopi Vitensis. Historia persecutionis Africanae provinciae* , Vienna, 1881.

Picón, V., Cascón, A. (eds.): *Historia Augusta* , Madrid, 1989.

Pinder, M. E., Parthey, G.: *Ravennatis Anonymi cosmographia et guidonis geographica* , Berolino, 1860 (reimpr. Aalen, 1962).

Pinto Pais, A.: *Luis Vaz de Camoes. Os Luísiadas* , Lisboa, 2000.

Plinio el Viejo. Historia natural. Libros III-VI , Madrid, Gredos, 1998 [trad. de A. Fontán e I. García Arribas].

Procopio, Historia secreta , Madrid, Gredos, 2000 [introd., trad., y notas de J. Signes Codoñer].

Procopio, Historia de las guerras. Libros III-IV. Guerra vándala , Madrid, Gredos, 2000 [trad. de J. A. Flores Rubio].

Procopio, Historia de las guerras. Libros V-VI. Guerra gótica , Madrid, Gredos, 2006 [trad. de J. A. Flores Rubio].

Procopio, Historia de las guerras. Libros VII-VIII. Guerra gótica , Madrid, Gredos, 2007 [introd., trad. y notas de F. A. García Romero].

Ramis Barceló, R., Ramis Guerra, P.: *Liber Iudiciorum. El libro de los juicios* , Madrid, 2015.

Riesco Terrero, L.: *Epistolario de San Braulio. Introducción, edición crítica y traducción* , Sevilla, 1975.

Robles Gómez, J. M.: *Flavio Vegecio Renato. Medicina veterinaria* , Madrid, 2014.

Rodríguez Alonso, C. (trad., ed. crítica y estudio): *Las historias de los godos, vándalos y suevos de España de Isidoro de Sevilla* , León, 1975.

Roseman, C. H.: *Pytheas of Massalia: On the Ocean* , Chicago, 1994.

Salvador Martínez, H. (ed.): *Poema de Fernán González* , Madrid, 1991.

San Jerónimo: *Obras completas de San Jerónimo Xa: Epistolario I (cartas 1-85)* (trad. de J. Bautista Valero), Madrid, 2013.

San Jerónimo: *Obras completas de San Jerónimo Xb: Epistolario II (cartas 86-154)* (trad. de J. Bautista Valero), Madrid, 2015.

Sánchez Martín, J. M.: *Jordanes. Origen y gestas de los godos* , Madrid, 2001.

Santa Marta del Río, S., Fuertes Lanero, M., Capánaga, V., Calvo Martín, T.: *La Ciudad de Dios. Vida de San*

Agustín , 2 vols., Madrid, 1988.

Sanz Fuentes, M. J.: «Transcripción del testamento», en J. I. Ruiz de la Peña Soler, M. J. Sanz Fuentes, *Testamento de Alfonso II el Casto. Estudio y contexto histórico* , Granada-Siero, 2005.

Sidonio Apolinar. Poemas y panegíricos , Madrid, Gredos, 2005 [trad. y notas de A. López Kindler].

Símaco, Cartas. Libros VI-X , Madrid, Gredos, 2003 [trad. y notas de J. A. Valdés Gallego].

Sinesio de Cirene. Himnos. Tratados , Madrid, Gredos, 1993 [introd., trad. y notas de F. A. García Romero].

Slane, M.: «Histoire de la province de l'Afrique et du Maghrib traduite de l'Arabe d'en-Noweïri», *Journal Asiatique* , 1841-1842.

Sotomayor Muro, M., Berdugo Villena, T.: «El concilio de Elvira en la Hispana», en M. Sotomayor Muro, J. Fernández Ubiña, *El concilio de Elvira y su tiempo* , Granada, 2005, pp. 13-34.

Temistio, Discursos políticos , Madrid, Gredos, 2000 [introd., trad. y notas de J. Ritoré].

The Egypt Exploration Society: The Oxirhinchus Papiri Collection, London, 2016.

θεοφυλακτος Σιμοκαττης, *Ι* στορία [Theofylaktos Simokattis, *Historia*], Atenas, 2005.

Vallejo Girvés, M.: «Inscripción conmemorativa de la reconstrucción bizantina de las murallas de Cartagena», *Catálogo de la Exposición Bizancio en España. De la antigüedad al Greco* , 21, 2003, pp. 78-79.

Vázquez de Parga, L.: *Sancti Braulionis Caesaraugustani Episcopis, Vita S. Emiliani* , Madrid, 1943.

Velasco, T.: *Historia del Ejército Español* , Madrid, 1981, t. I, apéndice VI, pp. 413-433.

Vidal Beltrán, E.: *Ibn ʽAbd al-Hakam. Futûh Ifrîqiya wa-Al-Andalus. Conquista de África del Norte y de España* , Valencia, 1966.

Vives, J.: Concilios visigóticos e hispano-romanos, Barcelona/Madrid, 1963.

Vollmer, F.: *Epitaphium Coniugale* , *Dubia et Spuria. Monumenta* Germaniae *Historia, Auctores Antiquissimi* , vol. 14, Berlin, 1905.

VV. AA.: *Acta sanctorum quotquot toto orbe coluntur* . *Vel à catholicis Scriptoribus celebrantur* , Brussels, 1643/1940, vol. IV, 1894.

Wallace-Hadrill, J. M.: *The fourth book of the Chronicle of Fredegar* , London, 1960.

Whitby, M.: *The History of Theophylact Simocatta* , Oxford, 1986.

Whitby, M.: *Chronicon Paschale. 284-628 a. D* ., Liverpool, 1989.

Zósimo, *Nueva historia* , Madrid, Gredos, 1992 [ed. de J. M. Candau Morón].

Ζώσιμος. Νέα Ιστορία [Zósimos. Néa Istoría], 2007 [texto griego].

FUENTES SECUNDARIAS

Aguado Blázquez, F. A.: *La guarnición y el funcionamiento táctico de la Muralla Teodosiana de Constantinopla* , Granada (en prensa).

Aguado Blázquez, F. A., 2005: «El África bizantina: reconquista y ocaso». Por desgracia, esta magnífica obra ya no puede consultarse en línea.

Alonso Núñez, J. M., 1993: «La transición del mundo antiguo al medieval en la historiografía: la primera historia universal cristiana. La *Historiae adversum paganos* de Pablo Orosio», en C. Díaz y Díaz, *De la Antigüedad al Medievo: siglos IV-VIII* , Madrid, pp. 143-158.

Alvarado Planas, J., 1997: *El problema del germanismo en el derecho español: Siglos V-XI* , Madrid.

Alvarado Planas, J., 2011: «La aplicación del derecho en el año 700», *Zona arqueológica* , n.º 15, 1, pp. 85-89.

Álvarez Cora, E., 1996: «*Qualis erit lex* : la naturaleza jurídica de la ley visigótica», AHDE, n.º 66, pp. 11-117.

Arce, J., 2017: *Esperando a los árabes. Los visigodos en Hispania (507-711)* , Madrid.

Arce, J., 2017: *Bárbaros y Romanos en Hispania (400-507 a. D.)* (3.ª ed.), Madrid.

Arce, J., 2018: *Alarico (365/370-410 a. D.). La integración frustrada* , Barcelona.

Ariza Armada, A., 2017: «Los dinares bilingües de al-Ándalus y el Magreb», *Hécate, Revista de numismática* , n.º 3, pp. 137-152.

Azkárate Garai-Olaun, A., 1993: «Francos, aquitanos y vascones. Testimonios arqueológicos al Sur de los Pirineos», *Archivo Español de Arqueología (AEspA)* , n.º 66, pp. 149-176.

Bachrach, B. S., 1972: *Merovingian Military Organization, 481-751* , Minneapolis.

Bachrach, B. S, 1977: *Early Medieval Jewysh Policy in western Europe* , Minneapolis.

Bachrach, B. S., 2012: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», en R. W. Mathisen, D. Shanzer, *The Battle of Vouille, 507 CE. Where France Began* , Boston/Berlin, pp. 11-43.

Balbás, Y., 2020: «Centauros de metal», *Desperta Ferro Especiales* , XXIII: Ejércitos medievales hispánicos (I). Los visigodos, pp. 60-63.

Beevor, A., 2009: *El día D. La batalla de Normandía* , Barcelona.

Bernabé Salgueiro, A., 1988: «La batalla de Guadalete. Aproximación a su realidad histórica y arqueológica», *Actas del I Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»* , Universidad Nacional de Educación a Distancia, Ceuta, 1987, vol. 2, pp. 73-100.

Besga, A., 1997: «Sobre la credulidad del pasaje IV, 33 de la llamada *Crónica de Fredegario* », *Letras de Deusto* , vol. 27, n.º 77, pp. 9-38.

Bierbrauer, V., 1994: «Archäologie und geschichte der goten vom 1-7. Jahrhundert. Versuch Einer Bilanz», *Frühmittelalterliche Studien* , 28, pp. 51-71.

Birley, A., 2009: *Marco Aurelio. La biografía definitiva. El retrato de un emperador humano y justo* , Madrid.

Blázquez Martínez, J. M., 1989: «Administración de las minas en época romana. Su evolución», en C. Domergue (coord.), *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas. Coloquio Internacional Asociado* , Madrid, 24-28 de octubre de 1985, vol. II, pp. 119-131.

Bronisch, A. P., 2006: «El concepto de España en la historiografía visigoda y asturiana», *Norba. Revista de Historia* , vol. 19, pp. 9-42.

Brown, P., 1997: *El primer milenio de la cristiandad occidental* , Barcelona.

Brzezinski, R., Mielczarek, M., 2002: *The Sarmatians 600 BC-AD 450* , Oxford.

Cañas Navarro, P., 2000: «Aspectos jurídico-censales en el ejército romano», *Revista de Historia Militar* , n.º 90, en especial, nota 101, disponible en <http://bibliotecavirtualdefensa.es/BVMDefensa/i18n/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=75075 > [última consulta 17-03-2020].

Carbó García, J. R., 2004: «Godos y getas en la historiografía de la tardoantigüedad y del Medievo: un problema de identidad y de legitimación socio-política», *Studia Historica* , n.º 22, pp. 179-206.

Castellanos García, S. M., 1999: *Hagiografía y sociedad en la Hispania visigoda. La Vita Aemiliani y el actual territorio riojano (siglo VI)* , Logroño, pp. 49-60.

Castellanos García, S. M., 2007: *Los godos y la Cruz. Recaredo y la unidad de Spania* , Barcelona.

Castillo Lozano, J. A., 2018: «Una aproximación a la naturaleza de la figura de la reina Brunequilda», X Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres, 15-31 de octubre, pp. 112-118.

Catalán Ramos, R., 2020: «El armamento de época visigoda. De las llanuras de Aquitania a la Laguna de la Janda», *Desperta Ferro Especiales* , XXIII: Ejércitos medievales hispánicos (I). Los visigodos, pp. 48-54.

Cazier, P., 1994: *Isidore de Séville et la naissance de L'Espagne catholique* , Paris.

Chavarría, A., 2007: *El final de las* villae *en Hispania (siglos IV a VIII)* , Turnhout.

Collins, R., 1980: «Merida and Toledo: 550-585», en E. James, *Visigothic Spain: New Approaches* , Oxford, pp. 189-218.

Collins, R., 1983: *Early Medieval Spain. Unity in diversity (400-1000)* , London.

Collins, R., 1991: *La conquista árabe, 710-797* , Barcelona.

Collins, R., 1992: «King Leovigild and the Conversion of the Visigoths», en R. Collins, *Law, Culture, and Regionalism in Early medieval Spain* , Aldershot, Hampshire.

Collins, R., 2005: *La España visigoda, 409-711* , Barcelona.

Cordero Navarro, C., 2000: «El problema judío como visión del "otro" en el reino visigodo de Toledo», *En la España medieval* , n.º 23, pp. 32-38.

Díaz, P. C., 2020: «Morbo gótico. Comprender la caída del reino visigodo de Toledo», *Desperta Ferro Especiales* , n.º 23: Ejércitos medievales hispánicos 1. Los visigodos, pp. 78-82.

Díaz y Díaz, M., 1958: «La cultura gótica del siglo VII», *Settimane di studio del centro italiano di Studi sull'Alto Medioevo* , *Caratteri del secolo VII in occidente* , V, tomo 2, Spoleto, p. 813.

Díaz Martínez, P. C., 1991: «El territorio de la actual provincia de Zamora en el contexto de la Antigüedad Tardía (ss. IV-VI)», *Actas del I Congreso de Historia de Zamora, Instituto de estudios zamoranos Florián de Ocampo* , Zamora, pp. 369-377.

Díaz Martínez, P. C., 2011: «El reino visigodo en vísperas del 711: sistema político y administración», *Zona Arqueológica* , n.º 15, 1, pp. 31-42 (Ejemplar dedicado a: 711. Arqueología e historia entre dos mundos).

Drinkwater J. F., 1996: «The Bacaudae of fifth-century Gaul», en J. Drinkwater, H. Elton, *Fifth Century Gaul: A Gaul of Identity?* , Cambridge, pp. 208-217.

Drinkwater, J., 1998: «The Usurpers Constantine III (407-411) and Jovinus (411-413)», *Britannia* , n.º 29, pp. 269-298.

Elton, H., 1996: «Defence in fifth century Gaul», en J. Drinkwater, H. Elton, *Fifth Century Gaul: A Gaul of Identity?* , Cambridge, pp. 165-176.

Errington, R. M., 1996: «The accession of Theodosius I», *Clio* , n.º 78, pp. 438-453.

Ferrill, A., 1989: *La caída del Imperio romano: la explicación militar* , Madrid.

Font Quer, P., 1982: *Plantas medicinales, el Dioscórides renovado* , Barcelona.

Fouracre, P. (ed.), 2005: *The New Cambridge Medieval History,* Cambridge.

Frochoso Sánchez, R., 2013: «Las acuñaciones andalusíes en la primera mitad del s. VIII», en L. A. García Moreno, E. Sánchez Medina, *Del Nilo al Guadalquivir II. Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica. Homenaje al profesor Yves Modéran* , Madrid, pp. 175-187.

Fuentes Hinojo, P., 1995: *La Península Ibérica y el Mediterráneo en el tránsito del Mundo antiguo al Medieval (siglos V-VII)* , Madrid [tesis].

Gallegos Vázquez, F., 2011: «El ejército visigodo: el primer ejército español», en L. Martínez Peñas, M. Fernández Rodríguez (coords.), *Reflexiones sobre poder, guerra y religión en la Historia de España* , Madrid, pp. 15-56.

Gárate Córdoba. J. M., 1981: *Historia del Ejército español* , t. I: Los orígenes, Madrid.

García de Valdeavellano, L., 1998: *Curso de historia de las instituciones españolas. De los orígenes al final de la Edad Media* , Madrid.

García Iglesias, L., 1975: «El Intermedio ostrogodo en Hispania (507-549 d. C.)», *Hispania Antiqua* , n.º 5, pp. 89-120.

García Iglesias, L., 1977: «Motivaciones de la política antijudía del reino visigodo en el siglo VII», *Memorias de historia antigua* , 1, pp. 257-268.

García Moreno, L. A., 1972: «Colonias de comerciantes orientales en la Península Ibérica, s. V-VII», *Habis* , n.º 3, pp. 127-154.

García Moreno, L. A., 1974: «Estudios sobre la administración del reino visigodo de Toledo», *Anuario de historia del derecho español* , n.º 44, pp. 5-156.

García Moreno, L. A., 1975: *El fin del reino visigodo de Toledo* , Madrid.

García Moreno, L. A., 1989: *Historia de España visigoda* , Madrid.

García Moreno, L. A., 1991: «La oposición a Suintila: iglesia, monarquía y nobleza en el reino visigodo», *Polis, Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad* , n.º 3, pp. 13-24.

García Moreno, L. A., 1992: «Los últimos tiempos del reino visigodo», *Boletín de la Real Academia de la Historia,* n.º 189, pp. 425-460.

García Moreno, L. A., 1998: «History Through Family Names in the Visigothic Kingdoms of Tolouse and Toledo», *Cassiodorus. Rivista di Studi sulla Tarda Antichità* , n.º 4, pp. 172-173.

García Moreno, L. A., 2008: *Leovigildo. Unidad y diversidad de un reinado* , Madrid.

García Moreno, L. A., 2010: *Diccionario biográfico español* , II, Madrid.

García Moreno, L. A., 2010: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», en H. O'Donnell y Duque de Estrada (coord.), M. A. Ladero Quesada, *Historia militar de España* , t. II. Edad Media, Madrid, pp. 41-78.

García Moreno, L. A., 2010: «Alarico I», en L. A. García Moreno, *Diccionario biográfico español* , II, Madrid, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/5926/alarico-i >.

García Moreno, L. A., 2010: «Leovigildo», en L. A. García Moreno, *Diccionario biográfico español* , II, Madrid, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/11996/leovigildo >.

García Moreno, L.A., 2010: «LiuvaI», en L.A. García Moreno,*Diccionario biográfico español* , II, Madrid, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/12098/liuva-i >.

García Moreno, L. A., 2010: «Liuva II», en L. A. García Moreno, *Diccionario biográfico español* , II, Madrid, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/12100/liuva-ii >.

García Moreno, L. A., 2010: «Quindasvinto», en L. A. García Moreno, Diccionario biográfico español, II, Madrid, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/12129/quindasvinto >.

García Moreno, L. A., 2010: «Recaredo I», en L. A. García Moreno, *Diccionario biográfico español* , II, Madrid, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/11028/recaredo-i >.

García Moreno, L. A., 2010: «Witerico», en L. A. García Moreno, *Diccionario biográfico español* , II, Madrid, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/6013/witerico >.

García Moreno, L. A., 2013: *España 702-719. La conquista musulmana* , Sevilla. García Moreno, L. A., 2017: *España, siglo V. La monarquía goda balta y la diócesis de las Hispanias* , Madrid.

García González, J. J., 1995: «Incorporación de la Cantabria al estado visigodo», *Cuadernos burgaleses de historia medieval* , n.º 2, pp. 167-230.

García San Juan, A., 2013: *La conquista islámica de la Península ibérica y la tergiversación del pasado. Del catastrofismo al negacionismo* , Madrid.

Gerrard, J., 2016: «Los últimos romanos de Britania», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 36, pp. 6-12.

Gil Egea, E., 2009: «África del Norte en vísperas de la conquista árabe: introducción a las fuentes grecolatinas I. Las fuentes hispanas», en L. A. García Moreno, M.ª J. Viguera Molins (eds.), *Del Nilo al Ebro. Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica* , Alcalá de Henares, pp. 117-140.

Goffart, W., 1957: «Byzantine Policy in the West under Tiberius II and Maurice: The Pretenders Hermenegild and Gundovald», *Traditio* , n.º 13, pp. 73-118.

Gómez Espelosín, F. J., 2000: *El descubrimiento del mundo* , Barcelona.

González Echegaray, J., 1998: *Cantabria en la transición al Medievo. Los siglos oscuros: IV-IX* , Santander.

González Salinero, R., 2009: «Fuentes grecolatinas para el estudio de la minoría judía en Egipto y el Norte de África en el momento de la invasión islámica (siglos VI-VIII)», en E. Sánchez Medina, L. A. García Moreno (ed. lit.), M.ª J. Viguera Molins (ed. lit.), *Del Nilo al Ebro. I Estudios sobre la conquista islámica* , Alcalá de Henares, pp. 73-92.

González Salinero, R., 2017: *Introducción a la Hispania visigoda* , Madrid.

González Salinero, R., 2020: «Formación y estructura del ejército visigodo», *Desperta Ferro Especiales* , n.º 23, pp. 24-27.

Görres, F., 1907: «Die byzantinischen Besitzungen an den Küsten des spanischwestgotischen Reiches (554-624)», *Byzantinische Zeitschrift* , 16, pp. 410-560.

Goubert, P., 1944: «Byzance et l'Espagne wisigotique (554-711)», *Études byzantines* , t. II, pp. 5-78.

Goubert, P., 1945: «L'administration de l'Espagne byzantine: I. Les Gouverneurs de l'Espagne byzantine», *Études byzantines* , t. III, pp. 127-142.

Gozalbes Cravioto, E., 2007: «La demografía de la Hispania romana tres décadas después», *Historia Antigua* , n.º XXXI, pp. 181-208.

Green, H., 1999: «Linguistic evidence for the early migration of the Goths», en P. Heather (ed.), *The Visigoths. From the migration period to the seventh century. And ethnographic perspective* , Suffolk, pp. 11-40.

Grosse, R., 1947: «Las fuentes de la época visigoda y bizantinas», *Fontes hispaniae antiquae* n.º IX, Barcelona.

Grousset, R., 1991: *El imperio de las estepas* , Madrid.

Guzmán Armario, F. J., 2013: «La política exterior de los visigodos en Hispania. Un ensayo sobre la debilidad del reino de Toledo», *Estudios sobre patrimonio, cultura y ciencias medievales* , n.º 15, pp. 215-234.

Guzmán Armario, F. J., 2018: «El cruce del Danubio», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 50, pp. 26-34.

Gryson, R., 1980: *Litterature Arienne Latine* , Lovaine.

Haldon, J., 2001: *Byzantine Wars: Battles and Campaigns of the Byzantine Era* , Gloucestershire.

Halsall, G., 2012: Las migraciones bárbaras y el Occidente romano. 376-568, Valencia.

Halsall, G., 2018: «Los gérmenes del apocalipsis», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 50, pp. 6-12.

Halsall, G., 2020: «La mentalidad política y militar de la aristocracia goda», *Desperta Ferro Especiales* , XXIII: Ejércitos medievales hispánicos (I). Los visigodos, pp. 28-32.

Heather, P., 1991: *Goths and Romans (332-489)* , Oxford.

Heather, P., 1996: *The Goths* , Oxford (reed. 1997).

Heather, P., 1999: «The creation of the visigoths», en P. Heather (ed.), *The Visigoths. From the migration period to the seventh century. And ethnographic perspective* , Suffolk, pp. 41-72.

Heather, P., 2001: «The late Roman art of client management, imperial defence in the fourth century west», en W. Pohl, I. Wood, H. Reimitz (eds.), The transformation of frontiers from late Antiquity to the Carolingians, Leiden, pp. 15-72.

Heather, P., 2006: *La caída del Imperio romano* , Barcelona.

Heather, P., 2010: *Emperadores y bárbaros. El primer milenio de la historia de Europa* , Barcelona.

Heather, P., Matthews, J., 1991: *The Goths in the fourth century* , Liverpool.

Hughes, I., 2012: *Aetius: Attilas Nemesis* , Barnslei South Yorkshire.

Isla Frez, A., 2001: «Los fugitivos y el título sobre ellos en el *Liber Iudicum* », *Arqueología y territorio medieval* , n.º 8, pp. 113-124.

Isla Frez, A., 2002: «El *officium palatinum* visigodo. Entorno regio y poder aristocrático», *Hispania* , vol. LXII/3, n.º 212, pp. 823-847.

Isla Frez, A., 2010: *Ejército, Sociedad y política en la Península Ibérica entre los siglos VII y XI* , Madrid.

Isla Frez, A., 2020: «El reino de los visigodos», *Desperta Ferro Especiales* , n.º 23: Ejércitos medievales hispánicos 1. Los visigodos, pp. 6-14.

James, E., 1988: «Childéric, Syagrius et la disparition du royaume de Soissons», *Revue archéologique de Picardie* , n.º 3-4, pp. 9-12.

Jerez Cabrero, E., 2006: «El *Chronicon Mundi* de Lucas de Tuy (C. 1238). Técnicas compositivas y motivaciones ideológicas» [tesis doctoral], Universidad Autónoma de Madrid, leída el 27-10-2006.

Jiménez Garnica, A. M., 1999: «Settlement of the Visigoths in the fifth century», en P. Heather (ed.), *The Visigoths. From the migration period to the seventh century. And ethnographic perspective* , Suffolk, pp. 93-114.

Jiménez Garnica, A. M., 2004: «Sobre *rex* y *regnum* . Problemas de terminología política durante el primer siglo de historia de los visigodos», *Pyrenae* , n.º 35, 2, pp. 57-73.

Jiménez Garnica, A. M., 2010: *Nuevas gentes, nuevo imperio: los godos y Occidente en el siglo V* , Madrid.

Jiménez Garnica, A. M., 2017: «El camino hacia la leyenda: Alarico y el saco de Roma», *Opidum, Cuadernos de investigación* , n.º 13, pp. 177-197.

Jiménez Sánchez, J. A., 2003: «Un testimonio tardío de *Iudi* teatrales en Hispania», *Gerión* , vol. 21, n.º 1, pp. 371-377.

Jones, H. M., 1964: *The Later Roman Empire 284-602* , Oxford.

Kampers, G., 2005: «Theoderid», *Reallexikon der Germanischen Altertumskunde* , vol. 30, pp. 419-421.

Kazanski, M., 1991: *Les goths* , Paris.

Kazanski, M., 2018: «Los godos en el siglo IV», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 50, pp. 26-34.

Kennedy, H., 2007: *Las grandes conquistas árabes* , Barcelona.

King, P. D., 1980: «King Chindasvind and the first territorial Law-Code of the Visigothic Kingdom», en E. James, *Visigothic Spain: New approaches* , Oxford, pp. 131-158.

King, P. D., 1981: *Derecho y sociedad en el reino visigodo* , Madrid.

Kulikowski, M., 2000: «Barbarians in Gaul, usurpers in Britain», *Britannia* , n.º 31, pp. 325-345.

Kulikowski, M., 2004: *Late Roman Spain and its cities* , Maryland, Baltimore, 2004.

Lacarra, J. M., 1975: *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media* , Pamplona.

Lenski, N., 2018: «El día más nefasto», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 50, pp. 38-44.

Leppin, H., 2008: *Teodosio I el Grande* , Barcelona.

Lirola Delgado, J., 1990: *El nacimiento del poder naval musulmán en el Mediterráneo. 28/60 H. 649-680* , Granada.

Lomas Salmonte, F. J., 2002: «VIII Concilio de Toledo (653): la Biblia en el tomo regio y en el debate sobre la legislación de Chindasvinto», *Excerpta Philologica* , 02, n.º 10-12, pp. 517-532.

López Borgoñoz, A., 2010: *Ciencia en la corte visigoda. El rey Sisebuto y su pequeño tratado sobre eclipses* , disponible en <http://borgonoz.blogspot.com/2010/10/ciencia-en-la-corte-visigoda-el-rey.html > [17-07-2020].

López Fernández, J. A., 2018: *Campañas dacias y marcomanas. La dinastía Ulpio-Aelia en las fronteras*

septentrionales de Roma. 101-180 d. C. , Zaragoza.

López Quiroga, J., 2017: «El poblamiento urbano y rural de época visigoda en Hispania», *Desperta Ferro Arqueología e Historia* , n.º 16: Los visigodos en Hispania, pp. 12-19.

Lorenzo de San Román, R., 2016: «*Ecclesiae ilicitanae, qui et eiotanae, episcopus* . Sobre la extensión y dualidad de la sede episcopal de Ilici en la Antigüedad Tardía», *Lucentum* , n.º 35, pp. 265-305.

MacDowall, S., 2001: *Adrianople AD 378. The Goth Crush Rome´s Legions* , Oxford.

MacGeorge, P., 2002: *Late Roman Warlords* , Oxford.

Manzano Moreno, E., 2006: *Emires conquistadores* y califas. Los omeyas y la formación de al-Ándalus, Barcelona.

Mariezkurrena, S. I., 1999: «Puertos y comercio marítimo en la España visigoda», *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad* , n.º 11, pp. 135-160.

Martin, C., Nemo-Pekelman, N., 2008: «Les Juifs et la cité. Pour une clarification du statut personnel des juifs de l'Antiquité tardive à la fin du royaume de Tolède (IVe -VIIe siècles)», *Antiquité Tardive* , n.º 16, pp. 223-246.

Martín Viso, I., 2005: «The local articulation of central power in the North of the Iberian Peninsula (500-1000)», *Early Medieval Europe* , 13(1), pp. 1-42.

Martín Viso, I., 2006: «La configuración de un espacio de frontera: propuestas sobre la Vasconia Tardoantigua», en U. Espinosa Ruiz, S. M. Castellanos, *Comunidades locales y dinámicas de poder en el norte de la Península Ibérica durante la Antigüedad Tardía* , Logroño, pp. 101-140.

Martín Viso, I., 2020: «Las leyes militares de los reyes visigodos del siglo VII», *Desperta Ferro Especiales,* n.º 23: Ejércitos medievales hispánicos 1. Los visigodos, pp. 57-59.

Martínez Andreu, M., 1985: «La muralla bizantina de Carthago Nova», *Antigüedad y cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad tardía. Del Conventus Carthaginiensis a la Chora de Tudmir* , n.º 2, pp. 129-151.

Martínez Carrasco, C., 2014: «El último patricio romano de Spania. Una relectura de la figura del "Conde don Julián"», en II Jornadas Interdisciplinares de Derecho, Historia y Arqueología. De Roma a Bizancio. El territorio en el Sureste hispano, Universidad de Almería, disponible en < https://www.academia.edu/7516539/El_%C3%BAltimo_patricio_romano_de_Spania._Una_relectura_de_la_figura_del_conde_don_Juli%C3%A1n > [17-07-2020].

Martínez Carrasco, C., 2018: «El maldito siglo VII: los efectos del enfriamiento y las catástrofes naturales en Siria-Palestina según las crónicas», *Revista de História da Sociedade e da Cultura* , n.º 18, pp. 283-300.

Martínez Díez, G., 1960: «Función de inspección y vigilancia del episcopado sobre las autoridades seculares en el periodo visigodo-católico», en *Revista Española de Derecho Canónico* , vol. 15, n.º 45, pp. 579-589.

Martínez Pina, J., 2019: «San Isidoro de Sevilla. El origen de la tradición del *Laus Hispaniae* », *Clío* , n.º 213, pp. 90-93.

Matías Rodríguez, R., 2006: «La minería aurífera romana del noroeste de Hispania: ingeniería minera y gestión de las explotaciones auríferas romanas en la Sierra del Teleno (León, España)», en I. Moreno Gallo (coord.), *Nuevos elementos de ingeniería romana. III Congreso de las Obras Públicas Romanas* , Astorga, pp. 213-241.

Mathisen, R. W., 2012: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», en R. W.

Mathisen, D. Shanzer, *The Battle of Vouille, 507 CE. Where France Began* , Boston/Berlin, pp. 3-11.

Melyukova, A. I., 2008: «The Scythians and Sarmatians», en D. Sinor, E. H. Kaplan (eds.), *The Cambridge History of early innen Asia,* Cambridge, vol. I, cap. 4, pp. 97-117 [edición en línea].

Menéndez Pidal, R., 1991: *Historia de España* , tomo III: España visigoda, vol. I: Las invasiones, las sociedades, la Iglesia, Madrid.

Menéndez Pidal, R., 1992: *Historia de España* , tomo VI: España cristiana. Los comienzos de la Reconquista (711-1038), Madrid.

Miles, G. C., 1952: *The Koinage of the Visigoths of Spain Leovigild to Achila II* , New York.

Modéran, Y., 2003: *Les maures et L'Áfrique romaine (IV e - VII e siècle)* , Rome.

Montenegro J., Castillo, A. del, 1997: «Precisiones sobre Ceuta antes de la conquista musulmana (siglos VI-VIII), *Byzantion* , vol. 67, n.º I, pp. 70-90.

Motos Guirao, E., 2013: *Patriarca Nicéforo. Historia breve. Edición y traducción* , Granada.

Motos Guirao, E., 2015: «Crisis institucional y política de destierros. El año 641 en Bizancio», en M. Vallejo Girvés, J. A. Bueno Delgado, C. Sánchez-Moreno Ellart (eds.), *Movilidad forzada entre la antigüedad clásica y tardía* , Alcalá de Henares, pp. 197-230.

Muñoz Bolaños, R., 2003: *El ejército visigodo. Desde sus orígenes a la batalla de Guadalete* , Madrid.

Murphy, F. X., 1952: «Julian of Toledo and the fall of the Visigothic Kingdom», *Speculum* , vol. 27, n.º 1, pp. 1-27.

Musset, L., 1982: *Las invasiones. Las oleadas germánicas* , Barcelona.

Navarro Torrente, M. A.: «Influencia del Gran palacio de Constantinopla en los recintos palaciegos del reino de Toledo» [en prensa].

Nixon, C., 1996: «Relations between Visigoths and Romans in fifth century Gaul», en J. Drinkwater, H. Elton, *Fifth Century Gaul: A Gaul of Identity?* , Cambridge, pp. 64 y ss.

O'Donnell, J., 2012: *La ruina del Imperio romano* , Barcelona.

O'Flynn, J. M., 1983: *Generalissimos of the Western Roman Empire* , Canada.

Olesti Vilá, O., Andreu Expósito, R., Wood, J., 2018: «New perspectives on Byzantine Spain: the *Discriptio Hispaniae* », *Journal of Ancient History* , vol. 6, n.º 2, pp. 278-312.

Orlandis, J., 1971: «Sobre el origen de la "Lex in confirmatione concilii"», *Anuario de Historia del Derecho Español* , n.º 41, pp. 113-126.

Orlandis, J., 1977: *Historia de España. La España visigótica* , Madrid.

Orlandis, J., 1980: «Hacia una mejor comprensión del problema judío en la España visigoda», *Settimane di Espoleto XXVII* , pp. 169-171.

Orlandis, J., 1983: «Gregorio Magno y la España visigodo-bizantina», en C. Sánchez Albornoz homenaje, *Estudios en homenaje a Don Claudio Sánchez Albornoz en sus noventa años* , vol. 1, pp. 329-348.

Orlandis, J., 1984: «Comunicaciones y comercio entre la España visigótica y la Francia merovingia», *Hispania y Zaragoza en la Antigüedad Tardía* , Zaragoza, pp. 171-180.

Orlandis, J., 1987: *Historia de España, 4. Época visigoda (409-711)* , Madrid.

Orlandis, J., 1992: *Semblanzas visigodas* , Madrid.

Orlandis, J., 1993: «El rey visigodo católico», en S. García (ed.), *De la antigüedad al Medievo siglos IV-VIII* , Madrid, pp. 53-64.

Orlandis, J., 2003: *Historia del Reino visigodo español* , Madrid.

Pampliega, J., 1998: *Los germanos en España* , Pamplona.

Papathanassiou, M., 1990-1991: «Stephanus of Alexandria: Pharmaceutical notions and Cosmology in his Alchemical Work», *Ambix* , n.º 37, pp. 121-133.

Papathanassiou, M., 1996: «Stephanus of Alexandria: On the structure and date of his alchemical work», *Medicina nei Secoli* , vol. 8, n.º 2, pp. 247-266.

Parra Romo, A., 2018: «El ejército visigodo en campaña. Wamba y la secesión de la Narbonense», *Studia historica. Historia antigua* , vol. 36, pp. 221-251.

Parra Romo, A., 2020: «La campaña militar de Wamba en la Septimania», *Desperta Ferro Especiales* , n.º 23: Ejércitos medievales hispánicos 1. Los visigodos, pp. 72-77.

Pascual Barea, J., 2018: «Ubicación en el valle de Ojén (Cádiz) del Fundus Ursianus donde fueron ejecutados los mártires Servando y Germán», *Habis* , n.º 49, Sevilla, pp. 233-249.

Pavan, M., 1979: «La battaglia di Adrianopoli. (378) e il problema gotico nell'imperio romano», *Studi Romani* , n.º 27, pp. 153-165.

Pérez Marinas, I., 2013: «*Regnum gothorum* y *Regnum Hispaniae* en las crónicas hispano-cristianas de los siglos VIII y IX: Continuación, fin o traslado en el relato de la

conquista árabe», *Estudios Medievales Hispánicos* , 2013, n.º 2, 175-200.

Pérez de Tudela Velasco, M.ª I., 2011: «El ejército cristiano en la España altomedieval: de la derrota militar ante los musulmanes, a la resistencia espontánea frente a ellos», *En la España medieval* , vol. 34, pp. 9-24.

Pérez-Prendes Muñoz-Arraco, J. M., 2005: «Resonancias jurídicas en las pizarras visigóticas», en I. Velázquez, M. Santonja, *La pizarra: Los últimos hispanorromanos en la Meseta* , Instituto Castellano-Leonés de la Lengua, Valladolid, pp. 127-141.

Petit, C., 1995: «Iustitia y Iudicium en en el reino de Toledo. Un estudio de teología jurídica visigoda», *La Giustizia nell'Alto Medioevo (secoli V-VIII). II. Settimane di studio del Centro italiano di Studi sull'Alto Medioevo* , XLIX, vol. II, Espoleto, pp. 847-871.

Petit Calvo, P., 1998: «Crimen y castigo en el reino visigodo de Toledo», *Arqueología, paleontología y etnología* , vol. 4, pp. 215-238.

Potter, D., 2013: *Constantino el Grande* , Barcelona.

Poveda Arias, P., 2015: «Relectura de la supuesta crisis del fin del reino visigodo de Toledo: una aproximación al reinado de Egica a través de sus fuentes legales», *Anuario de historia del derecho español* , n.º 85, pp. 13-46.

Poveda Arias, P., 2019: «La diócesis episcopal en la Hispania visigoda: concepción, construcción y disputas por su territorio», *Hispania Sacra* , LXXI, vol. 143, enero-junio, pp. 9-24.

Presedo Velo, F., 2003: *La España bizantina* , Sevilla.

Ramallo Asensio, S. F., Vizcaíno Sánchez, J., 2007: «Evolución del sistema defensivo de Cartagena durante la Antigüedad», en A. Rodríguez Colmenero, I. Roda de

Llanza, *Murallas de ciudades romanas en el Occidente del Imperio* , Lugo, pp. 483-524.

Ramírez Tirado, A., 1997: *Juanide, Panegírico de Justino II* , Madrid.

Ramírez Sádaba, J. L., Mateos Cruz, P., 2000: «Catálogo de las inscripciones cristianas de Mérida», *Cuadernos emeritenses* , vol. 16, Mérida.

Recchia, V., 1970: «La poesia cristiana: Introduzione alla lettura del "Carmen de luna" di Sisebuto di Toledo», *Vetera Christianorum* , vol. 7, pp. 21-58.

Riché, P., 1967: *Éducation et culture dans l'Occident barbare* , VI[e] -VIII[e] siècle, Paris, pp. 209-221.

Riché, P., 1971: «L'éducation a l'époque wisigothique: les *institutionum* disciplinae», *Anales toledanos* , 3, pp. 171-180.

Ripoll López, G., 1996: «Acerca de la supuesta frontera entre el *Regnum Visigothorum* y la Hispania bizantina», *Revista Pyrenae* , vol. 27, pp. 251-267.

Rivera Recio, J. F., 1944: *San Julián, arzobispo de Toledo (s. VII). Época y personalidad* , Barcelona.

Rodríguez de la Peña, M. A., 2008: *Los reyes sabios. Cultura y poder en la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media* , Madrid.

Rodríguez González, J., 2003: *Historia de las legiones romanas* , Madrid.

Rodríguez González, J., 2005: *Diccionario de batallas de la historia de Roma (753 a. C.-476 d. C.)* , Madrid.

Roldán, J. M., Blázquez, J. M., Castillo, A., 1995: *Historia de Roma II. El Imperio romano* , Madrid.

Rousseau, A., 1852 y 1873: «Voyage du Scheikh et-Tidjani dans la Regence de Tunis, pendant les annees 706, 707 et 708 de l'Hegir», *Journal Asiatique* , 4 serie 20 août-

septembre 1852, pp. 57-208 y 5 serie février-mars 1853, pp. 79-81, 101-168 y 354-425.

Salvador Ventura, F., 1990: *Hispania meridional entre Roma y el islam, economía y sociedad* , Granada.

Sánchez Albornoz, C., 1944: «Otra vez Guadalete y Covadonga», *Cuadernos de Historia de España* , vol. 2, pp. 11-114.

Sánchez Albornoz, C., 1946: «El Aula regia y las asambleas políticas de los godos», *Cuadernos de Historia de España* , vol. 5, pp. 4-110.

Sánchez León, J. C., 1996: *Los bagaudas: rebeldes, demonios, mártires. Revueltas campesinas en Galia e Hispania durante el Bajo Imperio* , Jaén.

Sánchez Medina, E., 2010: «Entre filantropía y pragmatismo: los *Discursos Políticos* de Temistio al emperador Teodosio y el problema bárbaro», en G. Bravo, R. González (eds.), *Toga y Daga. Teoría y Praxis de la Política en Roma* , Madrid, pp. 291-306.

Sánchez Medina, E., 2011: «Reflexiones en torno al 711. Problemas, metodologías y posibles avances», *Aljaranda* , n.º 81, pp. 28-36.

Sánchez Medina, E., 2013: *La reinvención de la barbarie africana durante la Antigüedad tardía: africanos y romanos en conflicto con el poder bizantino* , Granada.

Sánchez Medina, E., 2017: «Estrategias de debilitamiento del poder de los últimos emperadores del Occidente romano (455-480)», *Revista Diálogos Mediterrânicos* , n.º 13, pp. 103-120.

Sánchez Medina, E., 2018: «Xenofobia a la romana», en *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 50, pp. 50-54.

Sánchez Prieto, A. B., 2004: «La Intitulación diplomática de los Reyes Católicos: Un programa político y una lección

de historia», en *III Jornadas Científicas sobre Documentación de la época de los Reyes Católicos* , Madrid, Universidad Complutense, tomo de ciencias y técnicas historiográficas, pp. 273-301.

Sánchez Real, J., 1951: «La invasión germánica del 259 en Tarragona», *Boletín Arqueológico de la Sociedad Arqueológica Tarraconense* , n.º 51, pp. 129-151.

Santos Yanguas, N. V., Vera García, C., 1999: «Las acuñaciones monetarias de Pesicos y la conquista de Asturias por los visigodos», *Historia Antigua* , n.º 23, pp. 375-400.

Sanz Huesma, F. J., 2008: «Merobaudes en Hispania (443 d. C.)», *Habis* , n.º 39, pp. 363-368.

Sanz Serrano, R., 1985: «La intervención bizantina en la España de Leovigildo», *Erytheia* , vol. 6, n.º 1, pp. 45-59.

Sanz Serrano, R., 1986: «Aproximación al estudio de los ejércitos privados en Hispania durante la Antigüedad Tardía», *Gerión* , vol. 4, pp. 225-265.

Sanz Serrano, R., 2003: «*Sive pagani sive gentiles* : Análisis del contexto sociocultural del paganismo hispano en la Tardoantigüedad», *Gerión* , vol. 21, n.º extra VII (ejemplar dedicado a: Paganos, adivinos y magos. Análisis del cambio religioso en la Hispania Tardoantigua), Madrid, pp. 9-38.

Sanz Serrano, R., 2006: *Gala Placidia (ca. 389-ca. 450)* , Madrid.

Sanz Serrano, R., 2009: *Historia de los godos. Una epopeya histórica de Escandinavia a Toledo* , Madrid.

Sarasa Sánchez, E., 2000: «Un rey del año mil: Sancho Garcés III de Navarra, el Mayor (¿992) 1004-1035», en J. M. de Cortázar (coord.), *Los protagonistas del año mil. Actas del XIII Seminario sobre historia del monacato* , 2-5 de agosto de 1993, Madrid.

Segura González, W., 2011: «El comienzo de la conquista musulmana de España», en XIII Centenario del Desembarco de Tarif ibn Mallik (Tarifa, julio 710), *Al Qantir* , 11, pp. 92-135.

Sinor, D., 2008: «The hun period», en D. Sinor, E. H. Kaplan, *The Cambridge History of early Inner Asia* , Cambridge, pp. 177-205 [edición en línea].

Soto Chica, J., 2012: *Bizancio y los sasánidas. De la lucha por el Oriente a las conquistas árabes 565-642* , Granada.

Soto Chica, J., 2013: «Egipto y los egipcios en la segunda fase de la expansión islámica (642-718)», en L. A. García Moreno, E. Sánchez Medina (eds.), L. Fernández Fonfría (coord.), *Del Nilo al Guadalquivir. II. Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica. Homenaje al profesor Yves Modéran* , Madrid, pp. 299-340.

Soto Chica, J., 2013: «Narsés y la conquista de Italia (552-554)», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 18, pp. 46-52.

Soto Chica, J., 2015: «África disputada: Los últimos años del África bizantina», en L. A. García Moreno, E. Sánchez Medina, L. Fernández Fonfría (eds.), *Historiografía y representaciones. III. Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica* , Madrid, pp. 457-514.

Soto Chica, J., 2015: *Bizancio y la Persia sasánida: dos imperios frente a frente. Una comparación militar y económica, 565-642* , Granada.

Soto Chica, J., 2015: «Comentiolo: de los Balcanes a Mesopotamia pasando por Hispania. La agitada vida de un gobernador de la Hispania bizantina», en R. Rodríguez López, J. R. Robles Reyes, J. Vizcaíno Sánchez, *Navegando en un mar sin orillas. El legado de Roma y Bizancio en el Sureste de Hispania* , Almería, pp. 239-266.

Soto Chica, J., 2015: «Egipto, los árabes y la conquista de la Libia Marmárica, Pentápolis y Tripolitania. 642-698», en L. A. García Moreno, E. Sánchez Medina, L. Fernández Fonfría, *Historiografía y representaciones: III estudios sobre las fuentes de la conquista islámica* , pp. 543-608.

Soto Chica, J., 2015: «Una noticia oriental ignorada sobre Ceuta y las Mauritanias. La reorganización y defensa de los territorios africanos y del extremo occidente bizantino en la segunda mitad del siglo VII», en R. Rodríguez López, J. R. Robles Reyes, J. Vizcaíno Sánchez, *Navegando en un mar sin orillas. El legado de Roma y Bizancio en el Sureste de Hispania* , Almería, pp. 139-154.

Soto Chica, J., 2017: «El reino de Toledo y sus relaciones externas», *Desperta Ferro Arqueología e Historia* , n.º 16, pp. 20-25.

Soto Chica, J., 2017: «Héroes mitológicos y héroes bizantinos. Mitología griega y orígenes del caballero cristiano bizantino en los procesos de heroificación de Juan Troglita, Belisario y Heraclio (530-630)» en J. Soto Chica, *La mitología griega en la tradición literaria: de la antigüedad a la Grecia contemporánea* , Granada, pp. 247-264.

Soto Chica, J., 2017: «La invención del fuego griego y la lucha de bizantinos y árabes por el control del Mediterráneo: ingeniería y guerra naval en la Alta Edad Media», en M. Gajate Bajo, L. González Piote, *Guerra y tecnologíainteracción desde la Antigüedad al presente* , Madrid, pp. 113-134.

Soto Chica, J., 2018: «Antes de la batalla. El Imperio romano en vísperas del desastre», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 50, pp. 12-18.

Soto Chica, J., 2018: «La primera expedición árabe contra Chipre. Una nueva interpretación», en P.

Papadopoulou (ed.), *Chipre: una imagen cultural de la isla de Afrodita* , Granada, pp. 23-32.

Soto Chica, J., 2018: «Mujeres al frente de ejércitos: Mavia, reina de los árabes, vencedora de los romanos (375-383)», en M.ª J. Bravo Bosch, A. Valmaña Ochaíta, R. Rodríguez López, *No tan lejano. Una visión de la mujer romana a través de temas de actualidad* , Valencia, pp. 445-472.

Soto Chica, J., 2019: *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad oscura* , Madrid.

Soto Chica, J., 2019: «Señoras de la guerra en la Alta Edad Media: el caso de la reina Mavia», en M. Santirso Rodríguez, A. Guerrero Martín, *Mujeres en la guerra y en los ejércitos* , Madrid, Los Libros de la catarata, 2019, pp. 79-90.

Soto Chica, J., 2020: «El ejército visigodo. Composición, reclutamiento, organización y cadena de mando», *Desperta Ferro Especiales* , n.º 23: Ejércitos medievales hispánicos 1. Los visigodos, pp. 35-40.

Soto Chica, J., 2020: «La batalla de Vouillé o el sangriento nacimiento de dos reinos», *Desperta Ferro Especiales* , n.º 23: Ejércitos medievales hispánicos 1. Los visigodos, pp. 14-21.

Soto Chica, J., Berenjeno Borrego, A. M., 2015: «La última posesión bizantina en la Península Ibérica: Mesopotamenoi-Mesopotaminoi. Nuevas aportaciones para su identificación», en R. Rodríguez López, J. Robles Reyes, J. Vizcaíno Sánchez (eds.), *Navegando en un mar sin orillas. El legado de Roma y Bizancio en el Sureste de Hispania* , Almería, pp. 163-194.

Soto Chica, J., García Amorós, M., 2019: «Nuevas e ignoradas noticias sobre la Kâhina y la conquista árabe del

África bizantina: de reina de los bereberes a reina de los romanos», *Gladius,* vol. 39, pp. 93-108.

Soto Chica J., Motos Guirao, E., 2010: «Guerra, sociedad, economía y cultura en la Alejandría y en el Egipto disputado por bizantinos, persas y árabes. 602-642», en L. A. García Moreno, E. Sánchez Medina, M. J. Viguera Molins (ed. y coord.), *Del Nilo al Ebro: estudios sobre la conquista islámica* , Alcalá de Henares, 1, pp. 11-51.

Sulimirski, T., 1975: «Los nómadas sármatas. Un pueblo ahora olvidado, disperso entre las naciones», en E. Bacon, *Civilizaciones extinguidas. Pueblos y culturas desaparecidos* , Barcelona, pp. 279-298.

Svennung, J., 1967: *Jordanes und Scandia* , Estocolmo, pp. 5-48.

Teillet, S., 1984: *Des Goths à la nation gothique. Les origines de l'idée de nation en Occident du Ve au VIIe siècle* , Paris.

Tejado Sebastián, J. M.: «*Castra, turres et clausurae* . Las fortificaciones visigodas: algunas cuestiones para su definición», *Desperta Ferro Especiales* , n.º 23: Ejércitos medievales hispánicos 1. Los visigodos, pp. 42-47.

Tjäder, J. -O., 1972: «Der Codex Argenteus in Uppsala und der Buchmeister Viliaric in Ravena», en U. E. Hagberg, *Studia Gotica* , Estocolmo, pp. 144-164.

Thompson, A., 1977: «Britain, AD 406-410», *Britannia* , 8, pp. 303-318.

Thompson, E. A., 1982: *Romans and barbarians: the decline of the Western Empire* , Madison-London.

Treadgold, W., 1995: *Byzantium and Its Army 284-1081* , Stanford.

Valverde Castro, M. R., 2000: *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda: un proceso de*

cambio , Salamanca.

Vallejo Girvés, M., 1993: *Bizancio y la España tardoantigua (ss. V-VIII). Un capítulo de historia mediterránea* , Madrid, Alcalá de Henares.

Vallejo Girvés, M., 1996-1997: «*Comenciolus, magister militum Spaniae, missus* a Mauricio Augusto contra hostes barbaros. The Byzantine Perspective of the Visigothic Conversion to Catholicism», en *RomanoBarbarica. Contributi allo studio dei rapporti culturali tra mondo romano e mondo barbárico* , 14, pp. 289-306.

Vallejo Girvés, M, 1999: «Sobre la Península Ibérica y el Mediterráneo bizantino: efecto de la rebelión de Heraclio en la contingencia visigodo-bizantina (a. 602-610)», en J. González Fernández (coord.), *El mundo mediterráneo (siglos III-VII)* , *Actas del III Congreso Andaluz de Estudios Clásicos* , Madrid, pp. 489-499.

Vallejo Girvés, M., 2002: «Las relaciones políticas entre la España visigoda y Bizancio», en M. Cortés Arrese (coord.), Toledo y Bizancio, Cuenca, pp. 76-110.

Vallejo Girvés, M., 2003: «Inscripción conmemorativa de la reconstrucción bizantina de las murallas de Cartagena», *Catálogo de la Exposición Bizancio en España. De la antigüedad al Greco* », 21, pp. 78-79.

Vallejo Girvés, M., 2004: «El exilio bizantino. Hispania y el Mediterráneo occidental (siglos V-VII)» en *Bizancio y la Península Ibérica: de la Antigüedad Tardía a la Edad Moderna* , pp. 117-154.

Vallejo Girvés, M., 2012: *Hispania y Bizancio. Una relación desconocida* , Madrid.

Valverde Castro, M. R., 2008: «Mujeres "viriles" en la Hispania visigoda: los casos de Gosvinta y Benedicta», *Estudios medievales* , 26, pp. 17-44.

Vasiliev, A., 1945: *Historia del Imperio bizantino* (2 vols.), Barcelona.

Velázquez Soriano, I., 2005: «Hagiografía y culto a los santos en la Hispania visigoda: aproximación a sus manifestaciones literarias», *Cuadernos emeritenses* , n.º 32, pp. 7-271.

Vilella, J., 1991: «Gregorio Magno e Hispania» en *Gregorio Magno e il suo tempo* , 2 vols., pp. 167-186.

Villaverde Vega, N., 2001: *Tingitana en la Antigüedad tardía (siglos III-VII)* , Madrid.

Vizcaíno Sánchez, J., 2005: «Contra hostes barbaros. Armamento de época bizantina en Carthago Spartaria», *ANMurcia* , 21, pp. 179-195.

Vizcaíno Sánchez, J., 2007: «La presencia bizantina en Hispania (siglos VI-VII). La documentación arqueológica», *Antigüedad y Cristianismo* , XXIV, Murcia.

Vizcaíno Sánchez, J., 2008: «Coraza laminar protobizantina procedente de Carthago Spartaria (Cartagena)», *Gladius* , 28, pp. 195-210.

Vizcaíno Sánchez, J., 2020: «"Quienquiera que seas el que admiras la descomunal altura de las torres". La pugna de visigodos y bizantinos por el sur de Hispania», *Desperta Ferro Especiales* , n.º 23: Ejércitos medievales hispánicos 1. Los visigodos, pp. 64-70.

Ward-Perkins, B., 2007: *La caída de Roma y el fin de la civilización* , Madrid.

Westbrook, N., 2013: *An arquitectural interpretation of the early Byzantine Great Palace in Constantinople, from Constantine I to Heraclius* , University of Western Australia.

Whitby, M., 1985: *The History of Theophylact Simocatta* , Oxford.

Wolfram, H., 1990: History of the Goths, Berkeley.

Zeumer, K., 1944: *Historia de la legislación visigoda* , Barcelona.



Fíbulas aquiliformes halladas en Alovera (Guadalajara). Se trata de unas piezas del atuendo femenino visigodo que se abrochaban en parejas frente a los hombros. Se trata de un objeto asociado a un vestido germánico muy similar al clásico peplo grecorromano, prenda femenina talar que a menudo se confeccionaba en lana y, con menos frecuencia, en lino. La función de estas fíbulas era sujetar las partes trasera y delantera (o *apoptygma*) del mencionado peplo, y eso explica su posición frente a los hombros, que era donde se producía esta unión. En este caso en concreto, la pareja es idéntica pero invertida (con el ave mirando en la dirección opuesta) para el hombro contrario, y es especialmente lujoso. Están fabricados en bronce y pasta vítrea mediante la técnica del alveolado o tabicado, también

conocida como *cloisonné* , consistente en la fabricación de unos cajones metálicos en cuyo interior se vierte esmalte. En cuanto a su iconografía, muchos han querido ver en ellos águilas y, en consecuencia, un signo de romanidad, en tanto este sería el símbolo por excelencia del Imperio. Otros, por el contrario, suponen que estas fíbulas representan cuervos y vinculan el hecho con el simbolismo de los míticos cuervos del dios germánico Odín, Hugin y Munin. La función de estas aves, según el relato mítico, sería la de proveer de información a su patrón (Odín); dedicaban el día a hacer averiguaciones y cada noche regresaban a él, se posaban sobre sus hombros y le contaban cuanto hubieran descubierto. La coincidencia entre la disposición ordinaria de estas fíbulas –frente a los hombros– y la de los míticos cuervos –sobre los hombros del dios– es otro argumento a favor de esta última hipótesis. En caso de confirmarse, se trataría de una prueba de la supervivencia de creencias o tradiciones paganas en el reino hispanovisigodo. Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

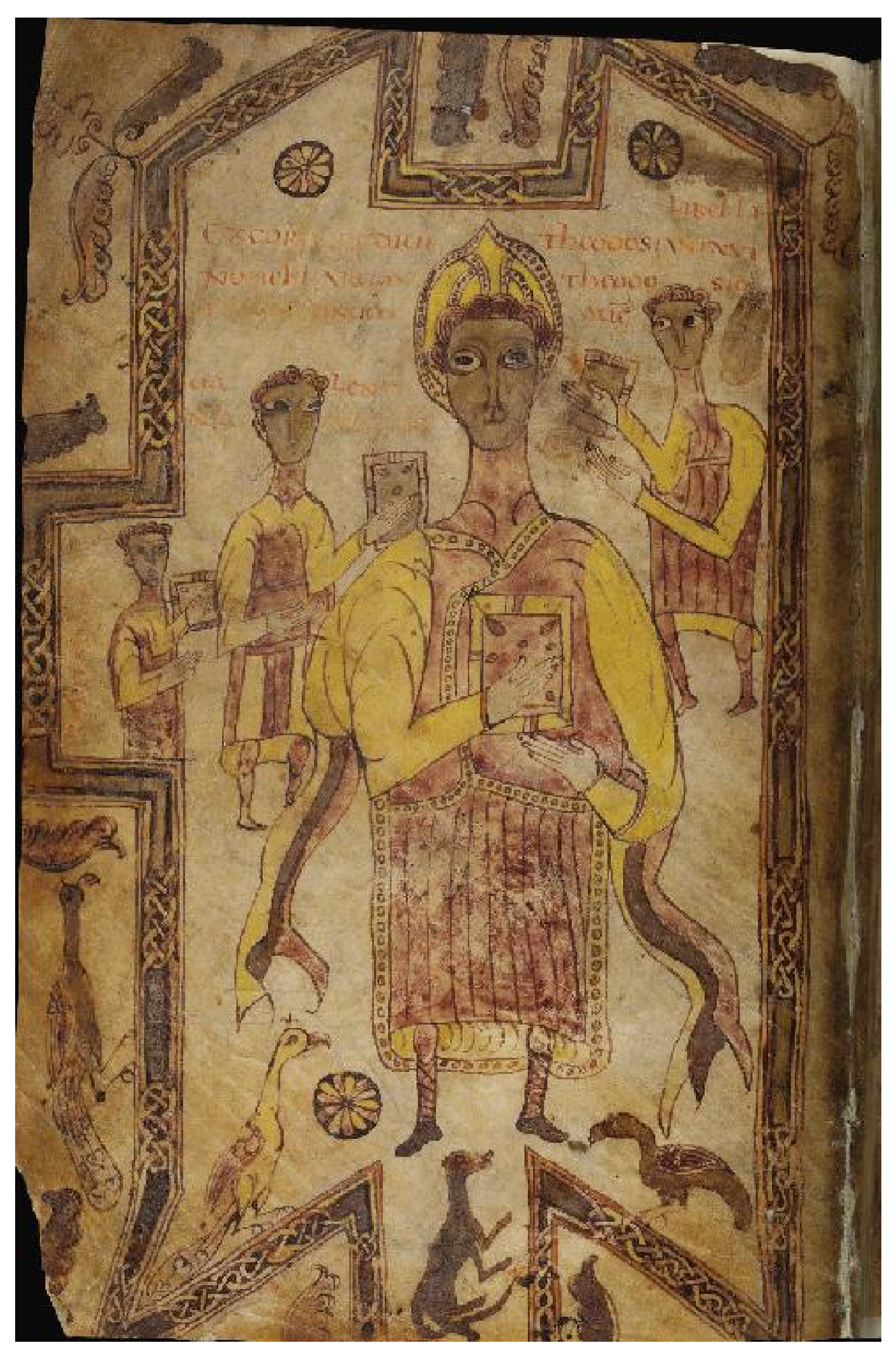


Hebilla de cinturón visigoda fechada entre los años 520 y 560. Corresponde a la tipología de hebilla ovalada articulada a una placa rectangular (o tipo II). Su decoración consiste en

cabujones, esmalte alveolado o *cloisonné* sobre una superficie de bronce que hace las veces de base de la pieza. Se trata de un elemento característico de la tradición germánica de atuendo masculino. Curiosamente, a partir del III Concilio de Toledo (589) y la conversión de los monarcas visigodos al credo niceno, este tipo de hebillas se fueron abandonando (según Palol), lo que quizá dé cuenta de su significado vinculado a la identidad goda por oposición a la hispanorromana. Cleveland Museum of Art, Estados Unidos.

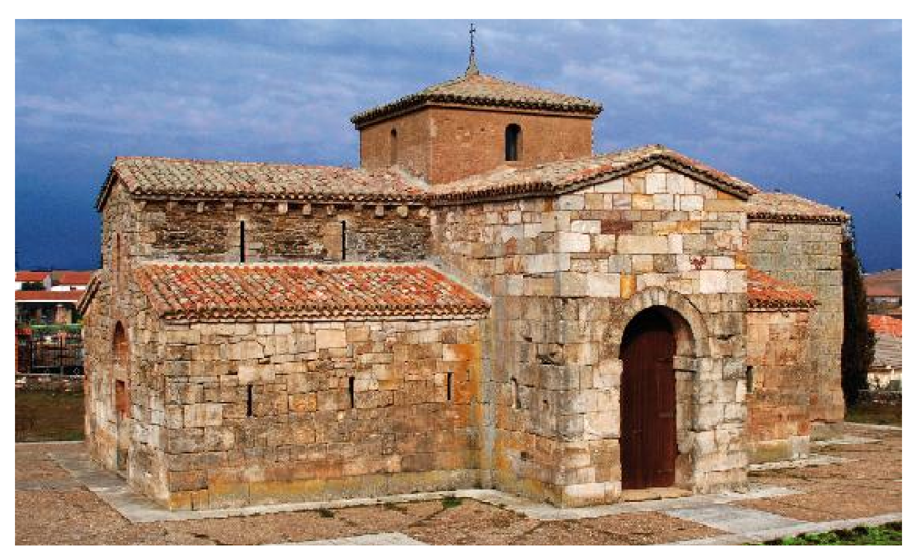


Broche de cinturón de placa rígida hallado en la necrópolis de Establés (Guadalajara), ornamentado con una pareja de leones afrontados en la placa y una cabeza humana en la base de la aguja, una forma característica de contextos más avanzados que la de la imagen superior, de finales del siglo VI y comienzos del siglo VII.



Primera página del manuscrito ms lat. 4404, redactado entre los años 803 y 814. Contiene varias obras jurídicas entre las

que destaca el Breviario de Alarico (o Lex Romana Visigothorum), elaborado durante el reinado del rey visigodo Alarico II (484-507) y promulgado en el 506 en Aduris (Aire-sur l'Adour, Burdeos). Se trata de un recopilatorio de derecho romano vulgar en el que, curiosamente, apenas se aprecia influencia alguna del derecho germánico. Por lo mismo, algunos consideran que estaba destinado a ser empleado en exclusiva por la comunidad romana del reino visigodo, mientras que la germánica se regiría por otro código distinto, el de Eurico, este sí fuertemente germánico. Otros autores, por el contrario, tienden a pensar que la existencia de ambos códigos responde a la evolución de la historia institucional del reino godo, que fluctuó entre periodos de preponderancia del derecho romano y otros del germánico. En la miniatura se aprecia la representación de varias figuras que corresponden a los emperadores romanos Teodosio el Grande (*reg* . 379-395), Valentiniano III (*reg* . 425-455) y Mayoriano (*reg* . 457-461), así como el emperador bizantino Marciano (*reg* . 450-457), autores de algunas de las disposiciones jurídicas que contiene el manuscrito.





Iglesia de San Pedro de la Nave, Campillo (Zamora). Corresponde a una de las últimas muestras de la arquitectura visigoda previa a la invasión islámica, ya que su construcción se

data entre el 680 y el 711. La creación del embalse de Ricobayo obligó, a instancias del arqueólogo Manuel Gómez-Moreno, su traslado, piedra a piedra, desde su ubicación original a orillas del río Esla a la localidad de Campillo entre 1930 y 1932. En origen su planta era de cruz griega, aunque luego se le añadieron las dos naves laterales que la asemejan a la planta basilical. Destaca la decoración de su interior, una de las más ricas de la arquitectura visigoda, compuesta de un friso a lo largo de una hilada de sillares, con una sucesión de roleos en los que se inscriben figuras vegetales y animales, y capiteles historiados, entre los que destacan el del sacrificio de Isaac (a la derecha arriba) y el de Daniel en el pozo de los leones (a la derecha abajo).





Bajorrelieve de la ermita de Santa María, Quintanilla de las Viñas (Burgos), datado a finales del siglo VII o comienzos del VIII, con la figura de Cristo entre dos ángeles.



Interior de la iglesia de Santa María de Melque, en San Martín de Montalbán (Toledo), donde pueden apreciarse los arcos de herradura característicos de la arquitectura visigótica. La iglesia formaba parte de un conjunto monástico emplazado a unos 30 km al sur de la capital, Toletum, y su construcción se habría iniciado a mediados del siglo VI, habiendo dado la datación dendrocronológica una fecha que estaría en el intervalo entre el 668 y el 729. Algunos escasos elementos decorativos conservados –filigranas de estuco– sugieren influencias orientales, y se ha planteado la hipótesis de que la iglesia pudiera haberse destinado a ser mausoleo de algún miembro de la élite visigoda.



El tesoro de Guarrazar es uno de los conjuntos de orfebrería más conocidos de la historia de la dominación goda en España. La corona de Recesvinto es una de sus piezas más destacables y corresponde al nutrido grupo de coronas votivas que formaban parte de este conjunto, en este caso –al igual que ocurre con las coronas de Suintila y el abad Teodosio–, indicando de forma explícita el nombre del rey oferente de tan rico objeto. Las letras que colgaban de cadenillas en el borde inferior de la diadema, ornamentadas con celdillas y vidrios coloreados, vienen precedidas de una cruz y se leen: +RECCESVINTHVS REX OFFERET. Objetos como este formaban parte de los *ornamenta* , que junto a los *ministeria sacra* (utensilios necesarios para el desarrollo del culto), habrían formado parte del rico mobiliario de algunas iglesias episcopales. En la propia Toledo, tenemos noticia de la existencia de una serie de coronas que se conservaban en la basílica catedralicia de Santa María y que se exhibían colgadas encima del altar en la vigilia pascual del sábado (*Liber Ordinum* , 86). La entrega de coronas votivas a las iglesias del reino no parece, sin embargo, haber sido un gesto frecuente, sino algo más bien excepcional. Así se desprende, por ejemplo, de la noticia de la captura de una corona ofrecida por Recaredo a la iglesia de San Félix de Gerona por parte del rebelde Paulo y que se consideraba la principal joya del tesoro de este (Julián de Toledo, *Historia Wambae regis* , 26).



Entre los elaborados frescos de la residencia omeya de Qusayr ‘Amra, en el desierto de Jordania, se incluye una escena en la que aparecen desfilando seis reyes con las palmas vueltas hacia arriba en actitud de homenajear al califa. Parte de estos personajes puede identificarse a partir de las leyendas bilingües en árabe y griego que figuran encima de sus cabezas. De este modo, de izquierda a derecha se sitúan el *Kaisar* (el emperador de Constantinopla), el rey Rodrigo (Rodericus), del que apenas se observa la parte superior del casco y parte de sus vestiduras, Cos-roes, rey de los sasánidas, el *negus* de Etiopía y otras dos figuras no identificadas que quizá correspondieran al emperador

de China y el rey de la India. La representación es significativa, puesto que otorga aquí a Rodrigo, pese a su efímero mandato, un lugar de privilegio entre los monarcas de los grandes imperios conocidos. El conjunto está fechado en torno a la primera mitad del siglo VIII (la presencia del propio rey visigodo es un excelente *terminus postquem*), acaso durante el reinado del califa Hisäm (724-743).



Detalle de la gran cruz de Guarrazar, uno de los objetos más representativos del tesoro hallado en la localidad toledana de Guadamur a mediados del siglo XIX. Los restos corresponden a los brazos –o bien el anverso y el reverso de un solo brazo– de una cruz procesional fabricada en oro con ornamentación calada y repujada representando motivos vegetales y una serie de cabujones de piedras, perlas y nácares, de clara inspiración bizantina y una probable procedencia de un taller extrapeninsular. En el brazo de la izquierda, se conserva, colgando de una cadenilla, una letra alfa, que en su día estuvo complementada por una omega en el brazo derecho, como es característico de las cruces apocalípticas (así llamadas por incluir estos símbolos que refieren a Dios según Apocalipsis, 21.6: «Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin»). En realidad, los restos corresponden a las placas de recubrimiento que revestían el alma de madera de la cruz, que probablemente en su crucero albergaba un relicario. En tal sentido, se ha sugerido que quizá esta cruz de oro pudo haber correspondido a la que, según la *Crónica de Alfonso III* , habría regalado el papa Gregorio el Grande a Recaredo en el 599 como obsequio

por su conversión al catolicismo junto con unas reliquias del *lignum crucis* y algunos cabellos de san Juan Bautista. Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

ÍNDICE